

CARTAS

A OSKAR LOERKE, Berlín

Zürich, 9 de marzo de 1927.

Mi querido Loerke:

Le agradezco a usted de corazón las amables y penetrantes palabras que me ha escrito a propósito de mi *Lobo estepario* y me alegro muchísimo de su juicio sobre el prólogo, que dejaré, desde luego, tal y como está...

... Un asunto que me preocupa de vez en cuando, sin que esto quiera decir que lo tomo muy en serio, es mi pertenencia a la Academia. ¡Cuánto daría por estar de nuevo fuera de ella! El mismo cuestionario que me remitieron, tan semejante al que envían a los opositores a una plaza en el Servicio de Ferrocarriles prusiano, era verdaderamente espantoso y las comunicaciones e informaciones de la Sección se me antojan hasta el momento tristes y ridículas.

Cuando me comunicaron mi elección creí poder esquivarla sin escándalo y de manera cortés llamando la atención de la Academia sobre el hecho de que yo no soy ciudadano alemán, sino suizo, por lo cual no podía aceptar la elección y el nombramiento. Cuando esta razón no fue tomada en cuenta, decidí aceptar, simplemente por comodidad y para no parecer descortés...

... Si se le ocurriese a usted, en cualquier momento u ocasión, una manera discreta mediante la cual pudiese yo sentar mi renuncia, le suplico que me la indique...

... Adieu, y muchas gracias por todo.

A OSKAR LOERKE, Berlín

22 de julio de 1927.

Querido Loerke:

Hace casi tres semanas, por los días de mi cumpleaños, llegó a mis manos su grata y amable carta, que aparté al momento con objeto de librarla del aluvión de papeles que traía hasta mí cada nuevo día.

Y ayer leí, por casualidad, el artículo que ha escrito usted en un periódico berlinés (no sé exactamente en cuál).

Del mismo modo que su carta, entre tantas, fue una de las pocas gratas y sinceras, así también lo fue su artículo entre la inmensa mayoría de los restantes, vulgares por demás, tan superficiales en sus alabanzas como en su crítica, del todo descaminados. Dos alegrías, por tanto, me ha procurado usted. Y le doy las más sinceras gracias por ello.

Mi vida aquí, durante este verano, ha sido un tanto más agradable que en otras ocasiones, porque he recibido la visita de una amiga que permanecerá en casa largo tiempo; por lo demás, este verano no me ha sido muy favorable. Arribé de nuevo a estos contornos en la primavera, muy fatigado y con mala salud, después de un invierno ciudadano, pensando normalizarme un poco en breves semanas con la vida de campo, los baños de sol y la sana y rica leche, pero no lo he conseguido.

Por lo menos brilla el sol, aunque interrumpido por la lluvia con mayor frecuencia que en otros años, y cuando brilla lo hace generosa y cálidamente; con tal motivo suelo encontrar algún rato propicio para pintar y entonces tomo asiento en medio de las viñas y los pequeños maizales, escucho el zumbido de los escarabajos y el correr de lagartos, contemplo el vuelo de las jóvenes golondrinas y me extasio con los colores de las montañas y el horizonte. Y todo vuelve entonces a estar bien.

Gracias, querido camarada; me ha proporcionado una gran alegría.

A NINÓN HESSE

Zürich, abril de 1928.

Hoy he dado un pequeño paseo antes de comer, uno de esos comunes y ridículos paseos de ciudad, por el muelle y a lo largo de las instalaciones del lago de Zürich, hasta las jaulas de los pájaros, donde las aves multicolores pían y retozan, divertidas de que ningún hombre pueda adivinar sus nombres, escritos en las tablillas o carteles allí adosados de un modo que solo da origen a confusiones. A uno de ellos pude oírle cantar claramente:

O wie gut, dass niemand weiss,

dass ich "Blauer Astrild" heiss! (1)

Había allí unos pequeños pájaros de fábula, color azul claro e intenso, venidos de África, irisados como las pequeñas mariposas multicolores que pueblan en el estío las altas montañas y regalan sus visos tornasolados cuando se posan en el regato para beber o emprenden el vuelo en bandadas cuando se pasa junto a ellas. Ante estos pájaros pensé en ti porque sé que también te gustan y porque todos ellos han sido contemplados y amados por tus ojos claros y bondadosos.

Lucía el sol, pero soplaba un frío cierzo; disfrutamos de una primavera para los ojos, no para la piel. Sin embargo ha sido un día feliz, en primer lugar por los pájaros y

también porque esta mañana ha llegado muy escaso correo después..., imagínate: cuando paso por delante del Palacio de la Música, veo un cartel con el programa del concierto de esta tarde, y ¿qué dirás que anuncian? ¡La más hermosa de todas las sinfonías de Mozart, la preferida entre todas por mí, la sinfonía en sol menor, cuyo primer tiempo comienza con tan prodigioso y placentero gozo, mientras el segundo lo hace lleno de una misteriosa tensión! Es ya la tercera vez en lo que va de año que oigo esta obra, todas en distinto lugar, con diversos directores y diferentes orquestas; cada vez fue un hallazgo casual, hecho de paso y cada vez, también, una señal de felicidad.

(1)Oh qué bien que nadie sepa

que me llamo "Astrild azul".

Después del *gran* paseo por las orillas del lago, y ya en casa, di el pequeño paseo de los ojos a través de mi habitación, deambulé lentamente por el minúsculo jardín de cactus, estuve diez minutos en Méjico, entre los euforbios y me detuve un minuto ante nuestra Urania verdeoro, la mariposa mágica de Madagascar. Imagino que tú tendrás ocasión de ver todos los días, allá en París, muchas cosas hermosas; pero estoy seguro de que no pueden serlo más que nuestra Urania. Y con las mariposas también se puede hablar francés.

Acaba de aparecer un nuevo libro mío, titulado *Crisis*. Tu ejemplar espera tu llegada en Tessino. Para mí, como siempre, llega demasiado tarde su aparición y ahora deberé escuchar reproches y alabanzas de mis amigos sobre cosas que fueron para mí actuales e importantes hace tres años y que hoy han dejado ya de serlo desde hace tiempo. Y esos amigos que hoy se muestran enojados contra el libro me dirán dentro de cinco o seis años (mientras vuelven a irritarse contra mí por mi última obra), que voy cada vez más cuesta abajo, y que debería hacer un esfuerzo y escribir nuevamente algo tan lindo como fue aquel viejo *Crisis*.

Pero esto no te interesa nada y sé que deseas conocer en qué trabajo actualmente. Pues sí, yo también desearía saberlo, pero es cosa que escapa a todas mis investigaciones. En cosas como estas no conviene ser demasiado curioso; por lo demás, me sucede que suelo despertarme por la noche, en medio de algún sueño olvidado, y entone creo saber con exactitud que ese sueño era precisaren la nueva obra que intento crear... Pero nunca sé más acerca de ella.

Pese a todo, naturalmente, soy trabajador y aplicado. Si yo no fuese en el fondo un hombre hartos laborioso, no se me hubiese ocurrido jamás la idea de elaborar cánticos de alabanza y teorías acerca del ocio. Los perezosos geniales, los perezosos natos, nunca han hecho cosa semejante, que yo sepa.

De momento, esto es, desde antayer, vuelvo a dedicar muchos ratos a mi cuaderno de dibujo. Tú sabes que este es mi trabajo predilecto y que por mi gusto dedicaría la mitad de mis jornadas a esta ocupación hermosa, juguetona y fantástica. Pero no hay tanta gente rica como se cree. Hoy día, cualquier muerto de hambre anda por el mundo tan elegante y atildado que se le podría tomar por un consejero de comercio; pero de todos los miles de personas que se hacen un traje cuatro o cinco veces al año, apenas media docena son lo bastante ricos y están de verdad tan acostumbrados a lo hermoso y delicado como para ocurrírseles no solo abonarse a un par de revistas o mantener en casa un papagayo o unos peces de adorno, sino también adquirir de un poeta poemas manuscritos por su autor e ilustrados con dibujos a todo color, hechos de propio puño por él mismo. No; muy pocos son los que tienen tales ideas. La mayoría de la gente rica no suele tener ni siquiera ideas.

Pero he aquí que ha venido uno, un caballero extremadamente simpático, que había oído hablar de mis manuscritos y dibujos, y ha solicitado un cuaderno con doce poesías manuscritas y dibujos en color. Así, pues, durante unos días no soy un ocioso desocupado, sino un empleado favorecido con un pedido, y como tal me siento. Si no estuviese lleno hasta rebosar de este orgullo, si no me sintiese feliz por causa de este pedido, tampoco hubiese

llegado a vivir los diversos sucesos dichosos de este día, ya que los tales solo acuden a quien tiene imán en el bolsillo. Y no hubiese oído hablar a la azul Astrild de África ni tampoco el amigo Andrea (1) dirigiría esta tarde la sinfonía en sol menor.

Así, pues, hoy me he sentado lo mismo que ayer ante mi escritorio, tan bien conocido por ti, teniendo a mi lado las pequeñas paletas de acuarela y el vaso de agua y durante algunas horas he ido sacando de mis carpetas los poemas que más me agradaban en este día y pintando una viñeta en cada uno de ellos. He pintado ya dos pequeños paisajes del Tessino, uno de ellos con un árbol pelado y un campanario, y el otro con el monte San Giorgio al fondo. Y ahora me propongo escoger una nueva hoja en la cual pienso pintar una corona de flores, a todo color, o al menos con todos los colores de que dispone mi paleta, aunque predominará el azul. Las flores las saco en parte de la memoria y en parte las invento. Hace años ya inventé una flor que existe en realidad. Fue para mi amada de entonces (cuando tu luna no había despuntado aún) y me esforcé en inventar una flor linda y singular. Un par de días después descubrí aquella misma flor en una tienda de flores: se llama *gloxinia*, un nombre un tanto pretencioso, sí; pero era exactamente la flor que yo había imaginado.

(1) Se refiere al director de orquesta Volkmar Andrea.

¿Qué más cosas podría contarte? Ah, sí; ayer me ocurrió una cosa absurda al teléfono. Me disponía a llamar a un amigo y gesticulaba ya con el aparato, con cierto éxito, ansioso de saber si las maravillas de la técnica se sentirían hoy inclinadas o no a demostrar su eficacia. Bien; el caso es que me dieron la comunicación solicitada, me envolvió la usual y lejana música de campanas y al fin se acercó alguien al teléfono; era una criada, y yo la rogué que llamase el señor. Corrió ella y durante algunos momentos reinó la calma, pero en seguida comenzó a ladrar un perro en aquella remota casa con la cual estaba yo comunicando, un perro con una hermosa voz de barítono, que muy bien podía ser un perro de aguas joven todavía. Ladraba y ladraba y así siguió durante cinco, durante diez minutos, haciéndome dudar varias veces de si se trataría de un vulgar ratero en lugar de un perro de aguas. La cosa era, de todos modos bastante enigmática, porque hasta el día de la fecha mi amigo no ha tenido nunca perro. Al fin, tras de una espera terriblemente larga y unos ladridos no menos inacabables, alguien se precipitó en la habitación, regañó al perro, furioso, moderó luego su voz y preguntó qué deseaba yo. Pero no llegó a

enterarse de mis deseos, porque inmediatamente se evidenció que me habían comunicado equivocadame.

La vida sin ti transcurre magníficamente; por ello, tómate todo el tiempo que necesites. La mayoría de las veces estoy en compañía de personas encantadoras, ya sean pájaros, flores o mariposas y por las tardes bebo un poco de buen coñac, que ahora dura mucho más tiempo desde que no estás tú para beberlo conmigo; figúrate que todavía bebo de la misma botella que abrimos el día que te marchaste. Y cuando regreses, te regalaré una cosa que no puedes adivinar, ni yo tampoco todavía; pero ya se me ocurrirá.

Deambular de este modo por la ciudad, sin ojos - porque te los has llevado tú -, es terriblemente aburrido. Cuando brilla el sol y alguien me encarga un manuscrito ilustrado, y vienen días felices como el de hoy, la cosa se puede resistir. Pero cuando llueve, y no canta ningún pájaro, y tú estás tan lejos, tan lejos, la vida tiene muy poco valor.

A EMMY HENNINGS

Zürich, 1928.

Estimada Emmy Hennings:

¿De modo que otra vez anda usted dando vueltas por las comarcas de Salerno y Nápoles, y fija su residencia en Positano? Allí hay muchos alemanes y esto, al parecer, tiene para usted ciertas ventajas idiomáticas; pero yo creo, sin embargo, que usted puede entenderse y convivir con las sencillas gentes del Sur mucho mejor que con todos estos artistas e intelectuales, aunque parezca que entienden el alemán.

Sí, y usted deposita sus cartas en aquellos viejos buzones enmohecidos que hay entre las rocas, para enterarse luego de que estos buzones no han vuelto a ser utilizados ni vaciados desde hace años, y que no hay ni siquiera llaves para abrirlos. Así, mi querida Emmy, encontrarán sus cartas después de varios siglos, las desenterrarán como a Pompeya y ellas volarán como mariposas desde su crisálida; el profesor que las publicará y el editor que las editará se convertirán gracias a ellas en hombres famosos y acaudalados y pronto se mostrarán todos unánimes en afirmar que desde Bettina Brentano no habían vuelto a escribirse cartas semejantes.

Hoy, naturalmente, poco se nos da aún de todo esto. Su profesor no ha nacido todavía, las cartas yacen en el mohoso buzón y ni usted ni yo nos preocupamos de semejantes historias. Y como mis cartas, al parecer, tampoco llegan a sus manos, y su región está rodeada de agua y la correspondencia de los trastornados extranjeros parece desaparecer en las estufas de los carteros, le escribo a usted esta carta por medio del periódico, del mismo modo que algunos desesperados buscan novia a través de él. En definitiva, la gente como nosotros no hace durante toda su vida otra cosa que luchar en este mundo por un poco de amor y de comprensión, a través de rodeos desesperados y mediante absurdos lenguajes secretos, porque, a pesar de toda nuestra desesperación y de nuestros fracasos, seguimos manteniendo en el corazón la creencia de que la música que creamos tiene un sentido y procede del cielo.

Por lo que al quehacer poético se refiere, a mí me va mucho mejor que a usted, al menos en apariencia. Hace años escribió usted su libro *Cautiverio*, una de las obras más sinceras y conmovedoras de nuestra época, un libro milagroso..., y nadie sabe nada de él; los libreros abarrotan sus escaparates con toda la quincalla de moda que es devorada hoy para yacer mañana en el cubo de la basura y los libros como el suyo permanecen desconocidos. Pero aunque a mí me va mejor que a usted y mis libros se venden más, no crea que tengo más suerte que usted en lo que se refiere a ser comprendido, Emmy, ni más que la que tuvo nuestro querido Hugo (1). Nosotros hacemos nuestra música y, por malentendido e incompreensión, alguien nos arroja de cuando en cuando una moneda de cobre en el sombrero, porque cree que nuestra música es algo didáctico, moral o sensato. Si supiese que es pura y simplemente música, proseguiría su camino guardándose su moneda.

(1) Se refiero al poeta y dramaturgo Hugo von Hofmannstahl

Sin embargo, los grandes éxitos de moda enmohecen pronto, Emmy, y la poesía sigue viviendo. Recuerdo muchos ejemplos. No quiero hablar de los poetas antiguos, que desde hace cien y más años son incomprendidos y sin embargo, no caen en el olvido, porque siguen viviendo y ardiendo por siempre en diez o cien corazones fervientes. Me acuerdo, por ejemplo, de un tal Knut Hamsun, que hoy es un señor anciano ya y goza de fama mundial: los editores y las redacciones le estiman y valoran muy alto y sus libros conocen muchas ediciones. Este mismo Hamsun, allá por la época en que escribió sus libros más hermosos y encendidos, fue un apátrida desesperado, con los zapatos siempre

rotos y flecos en el pantalón; y cuando los muchachos de entonces le defendíamos y gritábamos nuestra admiración por él, se reían de nosotros o ni siquiera nos hacían caso. Sin embargo, ha llegado su *tiempo* y los espíritus mostrencos han recibido su descarga a través del largo hilo conductor, tan bien conocido por nosotros, después de treinta años, y se estremecen y tienen que reconocer que han tropezado con algo condenadamente vivo.

Por lo demás, yo he descubierto algunos libros verdaderamente hermosos que, sin duda, es preciso elogiar. El editor de Dresde Wolfgang Jess ha publicado una edición completa de los *Fragmentos*, de Novalis, por vez primera en la historia: un libro de inagotables riquezas. Joachim Ringelnatz ha descrito sus experiencias de la guerra con demasiada extensión, ciertamente, pero de forma gratísima; el libro se titula *Marino en guerra*, y ni el kronprinz, ni tampoco ninguno de los generales, ha sido capaz hasta el momento de hablar tan bien acerca de la guerra. Se acaba de inaugurar la estatua del pobre Gustav Landauer, podríamos decir porque sus cartas han aparecido en Riitten y Loening, en dos tomos; muestran ellas a un hombre noble y discreto, que, sin embargo, se precipitó ciegamente en la máquina infernal de una revolución que tan poco espíritu encerró dentro, excepto el suyo y el de otros dos hombres también asesinados. Pero el mejor de todos los nuevos libros, que desde hace un mes me ocupa dos horas diariamente y me seguirá ocupando aún varios meses, es uno que también hubiese gustado, quizá, a Hugo: el *Santo Tomás de Aquino*, del dominico Sertillanges, traducido al alemán en la editorial Hegner, de Hellerau. Bien sabe Dios que la "imagen del mundo" de un dominico medieval no era precisamente simple, y encerraba bastante más espiritualidad que la de un literato alemán actual o de un presidente de América.

¿Ha llevado usted consigo, en su viaje, la pequeña cajita de música redonda, con las tres viejas y deliciosas canciones, esa caja que tiene un sonido tan fino, tan delicado e infantil y que tantas veces ha hecho nuestras delicias? ¿Conserva usted todavía su salvoconducto y su bolso, o los ha perdido, se los han robado o los ha regalado a alguien? Buena, magnífica cosa es que no tenga usted ningún acompañante, *cicerone* o jefe de grupo, Emmy, porque a buen seguro que no se sentiría satisfecho a su lado y le prohibiría y echaría a perder demasiadas cosas gratas. Y es bueno también que en lugar de él vaya siempre con usted su ángel niño, tan recatado y extraño a este mundo, y que, no obstante, sabe conducirla a usted con tanta decisión y amplitud de espíritu a través de este mundo singular y de esta época no menos singular y exigente, de la que con tanto éxito ha logrado huir nuestro amigo Hugo.

Las dos cartas de Hugo que aparecieron en el número de diciembre de la *Neue Rundschau* no han cambiado el mundo, ciertamente, ni han acercado el tiempo a la eternidad, pero han sabido despertar amor y lágrimas en dos docenas de personas y les han aliviado un poco el peso de la vida. La vida de ustedes dos, de Hugo y suya, se convertirá pronto en leyenda; y del mismo modo que el padre de Hugo fue capaz de contar, en medio de sus informes profesionales, que en sus viajes de negocios se habían acercado hasta él los pájaros y habían bebido en su vaso de cerveza del mismo modo se contarán algún día cosas prodigiosas y consoladoras acerca de usted y de Hugo, hasta formar un ciclo de fábulas, y todo será cierto y más que cierto.

El hombre que le ha prescrito a usted el uso de malta y le ha predicado severas consignas de salud no se ha propuesto matarla, y creo que en esto se equivoca usted. Lo ha hecho con toda su buena intención. El habrá creído que usted es una mujer y que sería muy conveniente para usted recuperar un poco de salud y de fuerzas para resistir mejor los viajes, el hambre y el desconsuelo. Si hubiese sospechado siquiera que usted es un pájaro encantado y un pequeño ángel, solo se hubiese atrevido a acercarse a usted con muchas reverencias y le hubiese prescrito puro café turco, viejo marsala y cigarrillos egipcios. Ya verá cómo acaba enmendando su yerro, no lo dude ni un momento. El la considera hoy como una persona un poquillo enferma y otro poquillo trastornada; todos nos consideran así. Pero ha de llegar el tiempo en que se acercará a usted y le rogará, sollozando, que deje de beber malta.

Si yo poseyese su técnica de viajar, querida Emmy, iría a visitarla; pero ya sabe usted que solamente puedo volar cuando estoy echado en mi habitación o en una pradera estival. Tan pronto como me ponen en contacto con trenes u otros aparatos semejantes, sobreviene la catástrofe. O rehusó yo, o rehúsa el aparato. Cuando hace poco más de un año, y con la conciencia bastante tranquila, tomé un billete para Berlín por primera vez en mi vida, y me encaminé hacia esta ciudad absurda, nuestro convoy permaneció media hora larga parado en medio de los campos, cerca ya de Berlín, y los empleados se afanaron desesperada e inútilmente en torno a la locomotora en huelga. Mientras tanto, nosotros veíamos al viento agitar las copas de los pinos, y las liebres cruzar corriendo sobre la reseca hierba. Pero el Señor endureció entonces mi corazón; no hice caso de la advertencia y me obstiné en adentrarme en Berlín, con una hora de retraso. Y como consecuencia de ello hube de padecer la Kurfürstendamm, la avenida de la Victoria, la Galería Nacional y no sé cuántas cosas más, todas igualmente tristes. Una cosa semejante se hace una sola vez en la vida.

Durante estos días de estancia en Zürich estuve con mi esposa en la cervecería donde un día ustedes dos, esto es, usted y Hugo, actuaron en *cabaret*. Estaba, como siempre, abarrotado de gente, y había atracciones de café cantante. Un individuo de los que actuaban podía imitar con su cara las de Lenbach, Menzel y Hindenburg, y una joven bailarina era tan linda que podía permitirse el lujo de olvidar las tres palabras que debía pronunciar en la pieza y quedarse quieta y callada. Pero en la escena no había ninguna Emmy, y abajo, ante el piano, no se sentaba un Hugo. Por lo menos, el hombre del piano no daba la impresión de pasarse el día escribiendo dramas y poesías y preparando una revolución del Arte. Pero eso no puede saberse con certeza. Muy cerca del *cabaret* se alza la casa en la que, allá por el año 16, un pobre y menudo señor Lenin ocupó un cuartucho hasta el día en que le llamaron desde Rusia, con objeto de que diese la vuelta al mundo. Si desea usted escribirme, eche usted la carta en Amalfi, porque allí funcionará, sin duda, el correo. O échela en el mar, que también es digno de confianza. Y no se nos vaya usted con los ángeles, porque todavía la necesitamos mucho. Hasta la vista y muchos, muchos saludos.

A OSKAR LOERKE, Berlín

A rosa, enero de 1929.

Querido Loerke:

Como me ha escrito usted con tanto afecto y prontitud, y por otra parte me veo precisado a guardar cama, porque me he lastimado en el curso de un recorrido por las montañas, querría enviarle a usted, como prueba de mi agradecimiento, esta hoja de papel en la que he pintado un trozo de este paisaje de Arosa; prueba, digo, de mi agradecimiento y de mi cariño.

Algunos de sus informes han sido de mucho valor para mí. Pero más valioso es todavía el hecho de que pueda sentir por usted un compañerismo y solidaridad verdaderamente fieles. Entre las comunicaciones de la Academia... su nombre se me aparece siempre como una estrella de buen augurio. Le saluda afectuosamente...

AL SR. T. G. M., Glatz

9 de agosto de 1929.

... Durante toda mi vida, como usted sabe, he estado lleno de nostalgia de la vida, de una vida real, personal, intensa, libre de normas y de mecanizaciones. Al igual que todos, tuve que pagar este plus de libertad personal que recabé para mí mismo, en parte con renunciaciones y privaciones y en parte también mediante una redoblada actividad. De este modo, mi profesión de escritor se convirtió con el tiempo no solo en un sendero útil para acercarme a mi ideal de vida, sino también en un fin en sí misma. He llegado a ser un poeta, pero no he llegado a ser un hombre. He alcanzado una meta parcial, pero no la meta fundamental. He fracasado, he naufragado. Con residuos más dignos y concesiones menores, quizá, que otros idealistas, pero he naufragado. Mi modo de escribir es personal, es intensivo, es con frecuencia, para mí mismo, portador de dicha y de paz; pero mi vida no lo es, mi vida no es sino disposición y prontitud para el trabajo. Y los sacrificios que he de hacer por mi vida en absoluta soledad, etcétera, no los hago desde mucho tiempo ha en consideración a la vida, sino en consideración al trabajo literario. El valor y la intensidad de mi vida se hallan en las horas en las que soy productivo desde el punto de vista literario, esto es, precisamente en aquellos momentos en los que expreso lo insuficiente y desesperado de mi vida.

Usted respetará esta confesión mía, aunque le haya defraudado. Quizá lleguemos a encontrarnos en alguna ocasión.

A H. S., alumno de la Realschule, Troppau (1)

De viaje, 13 de abril de 1930.

Distinguido señor:

Ha llegado a mis manos su demanda. Por lo que se refiere a cuanto se dice en Demian acerca de Caín, no conozco fuentes literarias previas, pero bien podría imaginar que en los gnósticos hay algo muy semejante. Lo que entonces era teología, para nosotros, los hombres de hoy, es antes psicología; sin embargo, las verdades son las mismas.

Así como el conocimiento o la *ciencia*, esto es, el despertar hacia el espíritu es representado por la *Biblia* como pecado (mediante la imagen de la serpiente en el Paraíso), del mismo modo ha sido considerado con recelo, por la moral y la tradición, todo cuanto se relacione con la individuación, el convertirse en hombre, el abrirse paso y la lucha de lo individual para salir de la masa, así como las fricciones entre el adolescente y la familia, entre padre e hijo, son cosa natural y antiquísima, y no obstante todo padre las considera como

una inaudita rebelión. De este modo, asimismo, es posible concebir, según mi entender, a Caín, el malhechor proscrito, el primer asesino, como a un Prometeo al revés, como un defensor del espíritu y de la libertad, castigado con el destierro por su insolencia y su osadía.

Hasta qué punto sea compartida esta teoría por los teólogos, o haya sido comprendida y aceptada por los desconocidos autores de los Libros de Moisés, es cosa que no me preocupa en absoluto. Los mitos de la Biblia, como todos los mitos de la Humanidad, carecen de valor para nosotros mientras no nos decidamos a interpretarlos personalmente, para nuestra propia época y para nosotros mismos. En este caso pueden llegar a ser muy importantes.

(1) "Realschule": Escuela real o profesional, vertida principalmente hacia la formación científica y de lenguas vivas.

A LA SRTA. G. D.,

Estudiante de Filosofía, Friburgo de Brisgovia

75 de julio 1930.

... Escribe usted que, para usted, hay un hombre verdaderamente grande y sabio, a saber, el que ha creado el proverbio de la eterna rueda del retorno. Yo no sé a quién se refiere usted, pero sospecho que es Buda. Sin embargo, la doctrina y la imagen de la rueda del eterno retorno no es invención de Buda, y existía mucho tiempo antes de él. Y aquello por lo que se afanó Buda en sus centenares de sermones no es la doctrina de la rueda que retorna, conocida ya sobradamente por todos, sino su nueva doctrina de la redención de este eterno retorno, del camino hacia el nirvana.

Tengo la impresión - lo reconozco francamente - de que ustedes, los jóvenes de hoy, lo toman todo con harta ligereza. Hablan acerca de Buda y le admiran por una serie de pensamientos que no son suyos en absoluto, y no ven en él aquellas cosas por las que vivió y se afanó. Ustedes despachan con rapidez y desenvoltura cualquier cosa, utilizan sin reparo ni sosiego religiones y concepciones del mundo, y lo mismo Buda que Nietzsche les parecen buenos para someterles a censura después de una lectura rápida y superficial. Para mí - debo decirlo - este modo de proceder no merece la menor consideración. Ustedes conceden a cualquier entrenamiento de remo o natación cien veces más

cuidado, minuciosidad y aplicación que a lo tocante al espíritu. Muy bien; pero en tal caso, quédense en el deporte y dejen lo espiritual.

Están ustedes llenos de aspiraciones, tienen intensa nostalgia y muchos oscuros impulsos que buscan sublimación de muchos modos. Lo que no poseen ustedes es reverencia. No es culpa suya. Pero sin reverencia, todo espíritu es espíritu maligno, y la credulidad con que un buen *boy* americano y bobalicón venera sus reglamentos de remo,

etcétera, es más fructífera que esta indiferencia carente de distancia y de respeto y este acerbo nihilismo con los que ustedes atraen hacia sí a todo lo espiritual y lo arrojan de nuevo en seguida. No siento la menor estimación por este comportamiento.

La terrible confusión de nuestra época también la padecemos los viejos, no solo ustedes, los jóvenes, y también los viejos podemos constatar sin esfuerzo alguno que la vida humana es una cosa sospechosa y equívoca. Nosotros (bueno, yo hablo, en realidad, de mí mismo, pero supongo que en mi generación habrá otras personas como yo), nosotros, digo, intentamos adueñarnos con clara conciencia de esta desesperación {uno de los ensayos o tentativas para lograrlo es mi *Lobo estepario*), pero intentamos, asimismo, dar un sentido a esta vida cruel y aparentemente exenta de él, relacionarla con algo supratemporal y suprapersonal. El *Lobo estepario* no trata solamente de música de jazz y de muchachas, sino también de Mozart y de los inmortales. Y así, mi vida entera se halla bajo el signo de una tentativa de atadura y de entrega, de religión, en una palabra. No pretendo ser capaz de hallar para mí o para los demás algo semejante a una nueva religión, una nueva formulación o posibilidad de atadura, pero sí de permanecer en mi puesto, y aunque llegue a desesperar de mi época y de mí mismo, capaz también de no arrojar lejos de mí el respeto ante la vida y ante la posibilidad de su sentido, aunque para ello hubiese de quedarme del todo solo, aunque me convirtiese en una persona ridícula..., me aferré a ello con decisión. No lo hago por esperanza alguna de que, de este modo, el mundo o yo mismo podamos experimentar alguna mejoría. Lo hago simplemente porque no soy capaz de vivir sin un respeto, sin una entrega a un Dios.

¿Qué quiere usted decir en rigor cuando califica a la vida de una gran paradoja, porque la reacción y la revolución, el día y la noche, se suceden siempre entre sí, porque siempre coexisten dos principios opuestos, y siempre tienen razón los dos a la vez, o ninguno de ellos? Usted afirma tan solo que la vida es un misterio inexplicable para su entendimiento, que de modo patente se desenvuelve y realiza de acuerdo con otros principios que los de la humana

razón. Se puede extraer de esto la doble consecuencia de escupir a la vida, por un lado, y por otro, de no oponer a lo incognoscible el escepticismo de la razón desengañada, sino la reverencia de ver, en lugar de una estúpida paradoja, la maravillosa oscilación entre muchos pares de polos y contrapolos.

En una palabra: no creo que usted y yo lleguemos a entendernos. Quizá hayan tenido ustedes una juventud singularmente dura. Pero tampoco para las personas maduras, al menos hasta donde poseían conciencia y razón, fue más fácil participar en la guerra el año 1914, contemplándola y juzgándola, que lo fue para los jóvenes, los cuales, al menos, marcharon a la guerra llenos de enormes ideales y envueltos en canciones, hasta que estuvo perdida y la juventud recordó de pronto que no había sido ella la causante de la guerra, sino sus padres quienes la habían hecho. ¿Qué piensa transmitir y dejar a sus hijos esta generación?

Yo no puedo contestar a sus preguntas, no puedo tampoco responder a las mías propias y me encuentro tan desorientado y afligido como usted misma ante la crueldad de la vida. Sin embargo, mantengo mi fe en que el absurdo y la carencia de sentido de la vida son posibles de superar. Y yo, por mi parte, procuro dar siempre un sentido a mi propia vida. Creo que no soy responsable de la lógica o de la carencia de sentido de la vida, pero sí soy responsable de lo que haga con mi propia, única e irreplicable vida. Se me antoja que ustedes, los jóvenes, sienten demasiada afición a rechazar esta responsabilidad. Ahí es donde se separan nuestros caminos...

A LA SRTA. G. D., estudiante de Filosofía. Duisburg

21 de julio de 1930.

... Le envió a usted con esta carta, en respuesta a su saludo, un dibujillo que he pintado sobre papel en estos días pasados (dibujar y pintar son mi modo mejor de descansar); el cuadrito desea decirle a usted que la inocencia de la Naturaleza, la vibración de un par de colores, pueden crear dentro de nosotros, y en cualquier hora, una libertad y una fe renovadas, aun en medio de una vida ardua y llena de problemas.

Poco puedo responder a sus preguntas y me permito rogarla que no me fuerce usted a un intercambio epistolar; esta carta de hoy es una excepción.

Me parece que usted plantea equivocadamente las preguntas. No debería preguntar: "¿Son acertadas mi forma y mi sentido de la vida?", porque

para esto no hay respuesta posible, ya que toda forma de vida es tan acertada como otra cualquiera, y todas ellas son un pedazo de la vida misma. Antes, al contrario, debería usted preguntar: "Ya que soy tal y como soy, ya que llevo dentro de mí estas exigencias y problemas, que al parecer desconocen por entero otras personas, ¿qué debo hacer para soportar la vida y hacer de ella, en la medida de lo posible, algo hermoso?" Y la respuesta sería, más o menos, esta, si de veras escucha usted la voz más recóndita e íntima: "Como eres así, y no de otro modo, no debes ni envidiar ni despreciar a los demás por su distinto modo de ser, y no debes preguntar por la rectitud o acierto de tu propio ser, sino aceptar a tu alma y a sus exigencias lo mismo que aceptas tu cuerpo, tu nombre, tu origen, etc.: como algo dado, inevitable, que es preciso aceptar sin más y defender aunque todo el mundo estuviese en contra."

No sé más. No conozco sabiduría alguna capaz de hacerme más fácil o llevadera la vida. La vida no es fácil, jamás lo es; pero séalo o no, nunca debemos preguntar por ello. O bien tenemos que entregarnos a la desesperación, cosa que es libre para cualquiera, o debemos comportarnos como las personas aparentemente sanas y discretas, aparentemente faltas de problemas y de alma; debemos intentar, por todos los medios, aceptar nuestra naturaleza como la única acertada y justa, conceder a nuestra alma todos los derechos.

He aquí que estoy dando consejos, y en rigor no creo en su valor. De ellos usted aceptará lo que consienta su propia naturaleza, ni más ni menos. Nada podemos hacer por cambiarnos. Pero seremos tanto más fuertes cuanto más aceptemos y reconozcamos la vida, cuanto más identificados estemos en nuestro interior con aquello que nos ocurre desde fuera de nosotros mismos. Adiós.

A UN LECTOR

Julio 1930.

... Cuando un lector escribe al escritor diciéndole que su última obra le ha gustado sobremanera y le felicita por ella, suele añadir, la mayoría de las veces, algunas observaciones de repudio o menosprecio acerca de otra obra cualquiera del mismo escritor. Por lo menos a mí me ha ocurrido siempre esto. El que me felicitaba por *Siddhartha*, rechazaba generalmente el *Demian* o el *Klingsor*. Quien admiraba el *Lobo estepario*, encontraba endeble *El agüista*. Quien se deshacía en elogios sobre el *Goldmund*, no solía hacerlo sin dejar entrever que

persona alguna me hubiese creído capaz de escribir una obra tan considerable después del desagradable y desafortunado *Lobo estepario*.

Ninguno de estos lectores hubiese dicho a una madre conocida suya que la felicitaba por una criatura como Anna, al tiempo que Emil y María le parecían abominables engendros.

Al escritor le ocurre lo mismo que a la madre. Para mí, *Knulp* y *Demian*, *Siddhartha*, *Klingsor*, el *Lobo estepario* o *Goldmund* son hermanos entre sí, y cada uno de ellos no

es sino una variación sobre mi tema. Soy del todo inocente en el hecho de que existan lectores que solo encuentren en el *Lobo estepario* comentarios sobre música y *jazz* y

es bailes frívolos, mientras que no son capaces de ver ni el teatro mágico, ni Mozart, ni los inmortales, que constituyen el auténtico contenido del libro; no tengo la culpa de que otros lectores solo echen de ver a Narziss, en el *Goldmund*, o parezcan haber leído tan solo las escenas de amor. Y por mi parte, la mayoría de las veces suelo sentir desconfianza ante estos libros que un gran número de personas aprecian, alaban y ensalzan a costa de mis otros libros.

No puedo decir, por el contrario, que la incomprensión o el olvido que han debido padecer algunas de mis creaciones literarias me haya causado, en rigor, pena o dolor. Me agrada el éxito y escucho con placer las alabanzas, pero ambas cosas pueden llegar a aburrir y también a empequeñecer la propia estimación. Me sentí sorprendido, y casi un tanto lastimado, por la absoluta incomprensión que halló mi *Lobo estepario* por parte de la crítica, pero casi inmediatamente después comenzó a llenarme de alegría. Y así, desde hace años, constituye para mí un orgullo y un secreto júbilo el que algunas de mis creaciones sean poco conocidas y otras hayan sido despachadas con una frase rotunda y llena de incomprensión. Estas creaciones, las preferidas por mí, me pertenecen a mí y a mis amigos, son mi jardín particular y no un lugar de recreo público, solo yo puedo pasear por ellas. Incluso releo en ocasiones algunos trozos de ellas, cosa que jamás hago con los libros míos famosos...

A LA SEÑORA M. W.

Zürich, 13 de noviembre de 1930.

Muchas gracias. Recibo numerosas cartas parecidas a la suya, pero la mayor parte de ellas no son tan gentiles ni tampoco tan bondadosas; por ello quiero contestarla a usted brevemente, aunque padezca de la vista y, en realidad, estoy incapacitado para el trabajo. He tomado una medicina y puedo contar con que mis dolores se interrumpirán durante una o dos horas.

Ocurre esto: todo cuanto usted misma y otras muchas personas me escriben acerca del *Goldmund* es ingenioso y cierto, pero marra por completo lo que yo mismo pienso acerca del libro. Los lectores hallan contento en la *armonía* y se alegran de que, en lugar de aquel terrible *Lobo estepario*, haya visto la luz una obra mía más grata, una obra que si bien trae a la memoria los abismos, no los abre de un golpe; una obra, en fin, que es posible manejar con discreción y melancolía, pero después de la cual se puede seguir ganando dinero o engendrando hijos con plena tranquilidad, porque sucede en la Edad Media y es una pura fantasía poética, etc.

Yo opino de modo completamente distinto. Desde el punto de vista puramente artístico, el *Lobo estepario* es tan bueno, por lo menos, como el *Goldmund*, está construido, en torno al intermezzo del tratado, tan concisa y rigurosamente como una sonata y aborda el tema con pureza y amplitud. Pero recuerda a la guerra (que, por lo demás, volverá pasado mañana a estar entre nosotros) y a la música de jazz y al cine y a toda la vida de hoy, cuyo infierno no desean ustedes, ni permiten que presenten los escritores. Esto, naturalmente, no lo saben los lectores; ellos leen honradamente y siguen la ley del mínimo esfuerzo, que les lleva al punto donde menos pueden padecer. El problema del *Goldmund* es el del artista, un problema terrible, trágico... Pero el lector no es un artista él mismo, y puede contemplarlo desde lejos, sin peligro. Mientras que en el *Lobo estepario* se ve forzado a contemplar su propia época, sus propios problemas, a sentir vergüenza de sí mismo, y estas cosas no le agradan. El Arte no existe para causar daño, piensa. Y no se le ocurre pensar, al mismo tiempo, que solo puede soportar la música de Bach, que solo puede gozarla, porque la fe de Bach y sus problemas ya no le conciernen a él en absoluto.

Perdóneme que conteste así a su amable carta. No lo hago con enojo o mala intención. Soy mucho más propicio al silencio que a la charla, pero cuando se habla creo que debe hacerse con la mayor justeza posible.

Sé no obstante, que una parte de su carta tiene razón y profundo valor, y le doy las gracias por ello. De no ser así, no hubiese escrito estas líneas.

AL SEÑOR ST. B. Naumburg

Zürich, 24 de noviembre de 1930.

... Estoy más cerca de su concepción de la vida que de la que mantiene su hija. Desde luego, no opino que el no vivir sea mejor que el vivir, pero sí comparto la opinión de todos los sabios de la antigüedad, a saber, que una cierta superioridad y dominio sobre el dolor y la inquietud solo pueden provenir del despertar interior, de la consideración, o mejor aún, de la experiencia íntima, de que el mundo sensorial y el acontecer exterior son accidentales y carentes de realidad, y también de que no podremos redimirnos de la vida ni mediante la entrega a las niñerías y preocupaciones que trae consigo, ni tampoco mediante una ascética renunciación, sino solo mediante el conocimiento y comprensión, renovado a través de todos los tiempos, de la unidad de Dios, que se halla oculta tras de los abigarrados velos de los sucesos vitales. Lo redentor de esta convicción no es solamente el logro de un mayor sosiego ante las exigencias del mundo y de las propias pasiones, sino también una resignación ante la imposibilidad de realizar nuestras exigencias morales, porque no vivimos, sino que somos vividos desde fuera, somos hilos del gran velo, nada más. Esta es, más o menos, la fe de mis horas de meditación, y este es también su consuelo.

No tengo, sin embargo, necesidad alguna de predicar a los demás esta fe. Cuando la vida conduce hasta mí a seres humanos sumidos en grave aprieto, procuro decir una palabra, sí, pero nada más, ni siquiera a mis propios hijos..

... Las verdaderas sabidurías y las posibilidades de redención, por otra parte, no están ahí para instrucción o entretenimiento, sino solamente para uso de aquellos que se encuentran con el agua al cuello...

AL SEÑOR B. B., Solingen

Noviembre 1930 (?).

... No puedo decirle a usted si llegará a ser un poeta o no. No existen poetas de diecisiete años, y hoy menos que nunca. Si posee usted las dotes para serlo, las posee por su misma naturaleza y las tenía ya cuando era niño. Pero el que de estos dones llegue a salir algo, el que usted llegue a tener algo que decir o a significar, no depende pura y simplemente de ellos. Depende de que usted sea capaz de tomarse en serio a sí mismo o a la vida, de que viva usted con entereza y rectitud y de que pueda resistir la tentación de hacer solamente

aquello que se le antoja fácil al propio talento. En una palabra: depende de cuánto trabajo, sacrificio y renunciación es usted capaz. Si el mundo le ha de devolver a usted algo por todo esto, o le ha de quedar reconocido, es más que dudoso. Si no está usted poseído de la idea, si no preferiría usted morir antes que renunciar a su labor poética, mi consejo es: déjelo usted.

Su escepticismo no tiene nada que ver con las preguntas que plantea por el momento. Este escepticismo es cosa natural en su edad. Si no logra usted superarlo en el plazo de algunos años, podrá ser un periodista, pero nunca un poeta. La sensatez en el hablar y en el vivir nada tienen que ver con la poesía.

Con los mejores deseos, y con el ruego de que no vuelva a escribirme hasta pasados los años, le saluda...

A WILHELM KUNZE, Nuremberg

17 de diciembre de 1930.

Estimado señor Kunze:

Hoy he recibido su artículo publicado en el *Würzburger General-Anzeiger*. Me ha causado verdadera alegría y siento que llegue en un momento en el que, sin duda, usted habrá de sentirse defraudado por mí.

Si he de decir un par de palabras tras la lectura de este artículo, que me gusta mucho, sean estas: no creo que *idílico* sea una consigna fértil. Yo tengo por el más decisivo signo de mi vida y de mi trabajo la aspiración o impulso religioso. Tengo por principal y predominante signo de mi modo de ser el que el hombre individual, ya se halle ante la guerra mundial o ante un florido jardín, experimente el mundo exterior como mundo aparential de lo Uno y de lo divino, y procure inordinarse en él. Se me antoja carente de importancia el hecho de que esta experiencia religiosa fundamental, que no discurre por mí, ciertamente, dentro de las formas tradicionales de una iglesia, prenda en motivos *idílicos* o en otros cualesquiera. Considero la palabra *idílico* como una palabra con la que el hombre de la gran ciudad despacha aquellos contenidos vitales que le resultan desconocidos y extraños, al tiempo que son propios del hombre campesino.

Volveré a echar un vistazo, nuevamente, sobre su libro. En primer lugar, ha ocurrido, sin culpa por mi parte, que, un reproche fundamental que he de oponer a ciertas afirmaciones y actitudes de su generación, he cobrado en mi,

con ocasión de su libro, aguda conciencia y formulación clara. Nunca me ha sido simpático el afán de conceder primacía y de organizar a la juventud; en realidad, solo hay jóvenes y viejos entre los hombres adocenados. Todos los hombres superiormente dotados y diferenciados son ora jóvenes ora viejos, del mismo modo que son tristes o alegres según las ocasiones. Pero basta de esto; lo único que ha sucedido es que, al leer y juzgar su libro, me han parecido importantes ciertos templos de ánimo y consideraciones de carácter general.

Pienso que esto se corregirá por sí mismo. Sé también» perfectamente, que no puedo ser del todo justo con usted y con su personalísimo y singular libro a través de estas meditaciones hartamente generales. Pero ¿qué son nuestras palabras? ¿Y por qué mi generación ha de tener menos derecho a la expresión que la suya?

Lo que me lastimó un tanto fueron sus palabras. "Primero deben enseñarnos a nosotros tal cosa." Si yo hubiese podido responder a esto verbalmente, usted me hubiese comprendido, con toda seguridad.

Me despido de usted con gratitud y un saludo...

A UN JOVEN QUE BUSCA ALGO PARECIDO A UN "FÜHRER"

Chantarella, invierno 1930.

Su carta me ha encontrado en la alta montaña, sobrecargado de trabajo y muy necesitado de descanso. Por ello solo puedo responderle brevemente.

No hay motivo alguno para desesperar. Si usted ha nacido verdaderamente para vivir una vida propia y no una vida mostrenca, hallará el camino que conduce a su propia personalidad y a su propia y peculiar vida, aunque es un camino arduo y dificultoso. Si no está usted capacitado para ello, si sus fuerzas no son suficientes, tendrá que renunciar más tarde o más temprano y acabará por aceptar la moral, los gustos y las costumbres de la generalidad.

Es cuestión de fuerzas. O, como prefiero pensar, cuestión de fe. Porque es frecuente hallar hombres muy fuertes que pronto se abaten, y hombres muy delicados y débiles que, pese a su enfermedad y a su flaqueza, saben vencer espléndidamente a la vida y hasta imponerle su sello en medio del sufrimiento. Si Sinclair tiene fuerza (o fe), Demian se acerca a él y le atrae hacia sí mediante su propia fuerza.

La fe a la cual me refiero no es fácil de expresar en palabras. Podría definírsela, más o menos, de este modo: yo creo que pese a su evidente desatino, la vida posee un

sentido, y yo me resigno a no poder captar con la razón este último sentido, si bien estoy presto a servirle aunque haya de sacrificarme para ello. Oigo dentro de mí la voz de este sentido en todos aquellos instantes en los que estoy verdadera e íntegramente despierto y viviente.

Quiero intentar la realización de todo cuando exige de mí la vida en esos momentos, aunque vaya en contra de las modas y las leyes usuales.

No es posible imponer esta fe, ni tampoco llegar hasta ella forzosamente. Solo es posible vivirla como una experiencia íntima. Del mismo modo que el cristiano no puede conseguir ganar por la fuerza o lograr mediante astucia el don de la gracia, sino tan solo vivirla en su espíritu mediante la fe. El que no puede hacer tal cosa busca su fe en la iglesia, o en la ciencia, o entre los patriotas o socialistas, o en cualquier otro lugar donde haya morales, programas y recetas preparadas de antemano.

Yo no puedo juzgar si un hombre es capaz y está destinado a seguir el arduo y hermoso sendero que conduce hasta una vida y un sentido propios, aunque le vea con mis propios ojos. La llamada convoca a millares, muchos son los que recorren un trecho de camino, muy pocos los que le siguen hasta más allá de los límites de la juventud, y quizá nadie llegue a recorrerlo plenamente.

AL SEÑOR B.

Hacia 1930

... No me es posible dejar su carta sin respuesta.

Veo el asunto, más o menos, así: afirmar que no es posible vivir con los fundamentos vitales que he sostenido y defendido siempre no es justo ni exacto. Yo no soy defensor de una doctrina firme y reducida a fórmulas; soy un hombre del devenir y de las mutaciones, y de este modo, junto al "todos estamos solos" de mis libros, hay también algo más; por ejemplo, todo el Siddhartha es una confesión de amor, y esta misma confesión brota, asimismo, en otros muchos de mis libros.

No pretenderá usted de mí, seguramente, que demuestre mayor fe en la vida de la que poseo en realidad. Muchas veces he expresado con apasionamiento que una vida auténtica, realmente digna de ser vivida, es del todo imposible dentro de nuestra época y del espíritu de esta. Creo en ello categóricamente. El hecho de que, pese a todo, yo viva, y de que esta época y esta atmósfera de mentira, codicia, fanatismo y tosquedad no me hayan matado ya, debo agradecerlo a dos felices circunstancias, a saber: la rica herencia de savia natural que llevo dentro de mí, y la circunstancia de que yo, aunque sea un acusador y un enemigo de mi época, pueda ser, al mismo tiempo, un creador. Sin esto no podría vivir, y aun así, mi vida es con frecuencia un infierno.

Poco o nada habrá de variar mi posición frente al mundo actual. No creo en nuestra ciencia, ni en nuestra política, ni en nuestra manera de pensar, de creer, de regocijarse; no comparto ni uno solo de los ideales de nuestro tiempo. Pero no por ello carezco de fe. Yo creo en las leyes de la Humanidad que son milenarias, y creo también que ellas sobrevivirán sin esfuerzo la turbia confusión de nuestra época.

No me es posible mostrar un camino que permitiese sostener los ideales humanos mantenidos por mí para siempre y al mismo tiempo creer en los ideales, objetivos y consuelos de nuestro tiempo. Por lo demás, tampoco tengo el menor interés en hacerlo. Por el contrario, durante toda mi vida he intentado emprender muchos caminos a través de los cuales sea posible superar el tiempo y vivir en lo intemporal (y estos caminos los he plasmado numerosas veces en mi obra, parte en forma de juego, parte en forma seria).

Cuando me tropiezo con lectores de, por ejemplo, el *lobo estepario*, hallo muy a menudo que todos ellos toman muy en serio cuanto se dice en este libro acerca de la demencia de nuestro tiempo, y no ven, en cambio, lo que para mí es mil veces más importante, o en todo caso, si lo ven, no creen en ello. Pero no se hace nada de valor con limitarse a tachar de inferiores a la guerra, la técnica, el ansia de dinero, el nacionalismo, etc. Es preciso instaurar una fe en lugar de los ídolos de la época. Y esto lo he echo yo en muchas ocasiones: en el *Lobo estepario* son Mozart, y los inmortales, y el teatro mágico; en *Demian* y en *Siddhartha* se citan los mismos valores, bien que con nombres distintos.

Con la fe en lo que Siddhartha llama amor, y con la fe de Harry en los inmortales, es posible vivir; de eso estoy seguro. Con esta fe no solo se puede soportar la vida, sino también vencer al tiempo.

Veo que no consigo expresarme con exactitud. Me siento un tanto acobardado cuando veo que todo aquello en lo que yo creo, y que está expresado claramente en mis libros, no es comprendido por mis lectores.

Después de leer mi carta, vuelva usted a cualquiera de mis libros y repáselo usted para ver si realmente no hay en él, aquí y allá, frases y expresiones de una fe con ayuda de la cual es posible vivir. Si no halla usted nada de esto, arroje mis libros lejos de sí. Si encuentra algo, siga usted buscando.

Hace poco tiempo que me preguntó una mujer joven qué había querido decir yo con lo del teatro mágico del Lobo estepario; le había causado una gran decepción el que yo me burlase en este libro de mí mismo y de todo, en una especie de borrachera de opio. Yo le dije que debía leer nuevamente aquellas páginas, y por cierto con plena conciencia de que nada de cuanto he dicho en mi vida era para mí tan importante y sagrado como este teatro mágico, el cual es, a su vez, imagen y velo que encubren lo que para mí posee más hondo valor e importancia. Y ella me volvió a escribir poco después, diciéndome que ahora había comprendido.

Comprendo muy bien sus preguntas, señor B., y creo que bien puede suceder que por algún tiempo mis libros no sean buenos para su opinión, que usted los deje de lado y que supere todo cuanto un día le unió a ellos. Naturalmente, nada puedo aconsejarle a usted en este punto. Yo solo puedo defender lo que he vivido y he escrito, incluso las contradicciones, los zig-zags y el desorden. No es mi cometido ofrecer a los demás lo que es objetivamente óptimo, sino lo que es mío propio (aunque solo sea un padecimiento o un lamento), tan pura y sinceramente como me sea posible.

AL SEÑOR F. v. W., WALDENBURG

Hacia 1930.

Distinguido Sr. F. v. W.:

Su carta ha llegado a mi poder. Comprendo su conflicto, pero no puedo ayudarle a resolverlo, si no es solamente aconsejándole que en modo alguno permanezca fiel, por mero sentimiento de piedad, a ideales de los cuales ha comenzado usted a dudar.

Mi obra literaria y mi persona le han servido a usted durante un tiempo y le han estimulado también. Esto no es razón para no apartarlas a un lado y desprenderse de ellas tan pronto como así lo requiera su propia evolución espiritual.

Por lo visto, se ha adscrito usted unilateralmente a un *romanticismo*, alejándose de este modo de la actualidad y de la realidad en mayor grado del que puede usted soportar. Debe usted corregir esto.

Sin embargo, debe usted comportarse de modo más serio y concienzudo de lo que se evidencia en su manifiesto. En él hay demasiadas frases y demasiadas opiniones que han sido pensadas muchos decenios antes que usted lo hiciera y formuladas por otras personas mucho mejor y más agudamente que usted.

Hay también en él una frase que dice: "Los espiritualistas escriben una apología de la economía", etc.

¿Quiénes son estos *espiritualistas*? ¿Por qué llama usted espiritualistas a los apologetas de la economía? ¿Qué entiende usted por espíritu? Se ve claramente que lo ignora. Cosas como estas deben ser meditadas con mucha mayor agudeza y penetración de lo que ha hecho usted hasta el momento.

Si se vuelve usted hacia estos problemas, es muy posible que la vida dedicada a la poesía y la contemplación signifique de hecho para usted una situación indigesta y egoísta. Yo también me vi obligado un día a desechar mi filosofía callada y contemplativa, y a entregarme al día en curso hasta sangrar. Sucedió esto cuando vino la guerra y durante casi una decena de años fue para mí un deber y una amarga necesidad la protesta contra la guerra, la protesta contra la necesidad tosca y ávida de sangre de los hombres, la protesta contra los espiritualistas, particularmente contra los que predicaban la guerra. Yo he meditado todas estas cosas a fondo, en tanto en cuanto se convirtieron para mí en problema; he adoptado posición ante ellas, explicado mi propia culpa y participación, y también he estado durante años, prácticamente, del lado de una pequeña oposición activa y combatiente. Después retorné, cambiado, sí, pero robustecido en todos los puntos básicos de mi fe, hacia Holderlin y Nietzsche, hacia Buda y Lao-Tsé, hacia la poesía y la contemplación, y sabía lo que hacía con ello.

Encuentre usted su propio camino y no permanezca atado a personas e ideales que le fueron gratos un día.

A UN LECTOR EN BUSCA DE CONSEJO

Hacia 1930/31.

Quiero responder a su carta brevemente, aunque ella también, como todas las cartas semejantes, me ataca por un punto en el que tengo fuerte defensa.

Numerosos lectores de mis libros me consideran como su amigo personal, como su guía, a veces como su médico y director espiritual, confesor o consejero, sin consideración, no solo a mi persona y a mi trabajo, sino también al hecho de que todas estas funciones (consejero, médico, etcétera) solo tienen pleno sentido dentro de un íntimo contacto personal y carecen absolutamente de valor cuando falta el conocimiento personal y se ejercitan desde lejos y por correspondencia.

Si, de modo excepcional, correspondo alguna vez a tales cartas, porque llega a conmoverme el pesar que en ellas se expresa, mis correspondientes empiezan a asediarme inmediatamente con cartas regulares, a veces casi diarias, y toman la costumbre de utilizarme como punto para descargar todos sus diversos estados de ánimo.

Si rechazo tales pretensiones, llegan hasta mí, de parte de quienes me escriben, incontables estallidos de descompostura espiritual, de tipo tan feo y deprimente que durante varios días me siento incapaz de todo trabajo y como entumecido. Y entonces se evidencia lo desagradable: precisamente estos mismos lectores que han penetrado más profundamente en mis libros y hallado en ellos mayor reflejo de sí mismos, son los que no tienen el más mínimo respeto por la personalidad desconocida de su autor, ni el menor grado de comprensión para con el poeta; allí donde este esquiva sus pretensiones a menudo desvergonzadas, tórnase ellos irritados y llenos de enojo, y reaccionan a menudo con descargas de bochornoso rencor. Precisamente aquello que yo quisiera *enseñar* como poeta, lo único a que desearía apelar, a saber, el respeto, les falta plenamente, y parece faltar en especial a toda la juventud alemana de hoy. No quiero decir con esto que el lector deba considerar al poeta como un ser superior a él mismo, sino al contrario, que debe estimarle como un ser igual a él y no exigirle lo que no es capaz de dar.

Ya conoce usted mi posición y mi opinión sobre las cartas semejantes a la que usted mismo me ha escrito.

Sin embargo, creo que puedo decirle algo de interés, algo que quizá le sirva de estímulo. Si es usted capaz de ver desde fuera, *objetivamente*, su relación

conmigo, se percatará usted de algo que le permitirá efectuar una corrección necesaria en esta misma relación.

Se dará usted cuenta, digo, de que el Hermann Hesse al que usted llama, lee, ora ama, ora increpa, no es sino un reflejo de su propio yo, y existe para usted solo hasta el punto donde es semejante y parece cercanamente emparentado con usted. Usted querría verse confirmado por este Hesse, desearía escuchar aquí y allá alguna palabra de sus labios, y al mismo tiempo le dirige usted de cuando en cuando las expresiones de su enojo, con la intención de lastimarlo o demostrarle menosprecio.

Pero este Hesse es su propio espejo, y todo cuanto usted le llama debería llamárselo a sí mismo, tanto lo bueno como lo malo. Si una parte de su camino hacia Hesse es realmente un camino hacia sí mismo, este mismo camino hacia Hesse es también a veces una evasiva, un cambio de dirección, una mutación en la orientación de sus impulsos, desde usted mismo hacia un objeto aparentemente extraño; en pocas palabras: una evasión desde su propio interior hacia afuera.

Naturalmente, es fácil rebatir todo cuanto acabo de decir, porque no es sino una pequeña parte de la verdad, como todo cuanto se expresa mediante palabras. No obstante, quizá halle usted en esta carta, a la que he dedicado una mañana entera, algo que le sea de utilidad. Y quizá vea usted también que Hesse no siente animosidad alguna contra usted.

A THOMAS MANN

Chantarella, 20 de febrero de 1931.

Mi querido y admirado Thomas Mann: Muchísimas gracias por su afectuoso saludo y por el artículo de su hermano. Ninón se alegró mucho también al recibir los saludos de su esposa; raro es el día que no hablamos de ustedes tres, frecuente y afectuosamente.

Nos encontramos cercados por la nieve. Desde hace tres días nieva sin pausa, y desde ayer solo es posible moverse afuera, con harta dificultad, por algunos senderos a medio desembarazar. La nieve reciente, con más de un metro de espesor, es peligrosa; por el momento es imposible utilizar los esquís para desplazarse, porque la nieve se desprende con facilidad y forma en seguida rápidos aludes; esta mañana fue preciso extraer, cerca de mi casa, a un

campesino con sus dos caballos, que cayeron en una masa de nieve deslizante y pedían auxilio.

La cuestión de la Academia ha cobrado para mí un aspecto digno de reflexión por el hecho de que me arrojado en una misma olla junto con los restantes miembros dados de baja. También en el artículo de su hermano se habla de los *caballeros* dados de baja.

Todo esto se echará pronto en olvido y los excesivamente nacionales que hacen hoy causa común conmigo, pronto volverán a encontrar ocasión para denostarme y tratarme como a su enemigo acérrimo.

Mi posición personal ante la cuestión, dicho entre nosotros, es más o menos la siguiente:

No me siento receloso o desconfiado ante el actual Gobierno por el hecho de que sea nuevo y republicano, sino porque me parece que es ambas cosas demasiado escasamente. No puedo olvidar que el Estado prusiano y su Ministerio de Instrucción, los patronos de la Academia, son a un tiempo las autoridades responsables de las Universidades y de su fatal espíritu negativo, y en el intento de unir dentro de una Academia a los espíritus libres yo veo también el intento de poner el bocado con facilidad a estos críticos de la vida oficial, de ordinario tan incómodos.

Añádese, además, a esto el que yo, como ciudadano suizo que soy, no me encuentro en situación de colaborar activamente. Si soy miembro de la Academia, acepto y reconozco con ello al Estado prusiano y a su forma de sojuzgar al espíritu, sin ser, no obstante, un prusiano, ni pertenecer al Reich. Esta disonancia me ha incomodado sobremanera, y lo más importante para mí desde el mismo momento de mi salida fue borrarla por completo.

Bien; espero que volvamos a vernos pronto, y quizá con el paso del tiempo todo cobre un aspecto distinto.

Los dos le enviamos nuestros más cordiales saludos; le enseño esta carta a Ninón, que añadirá de su mano un saludo para su esposa.

A LA SRA. MIA ENGEL, Stuttgart-Degerloch

Mediados de marzo de 1931.

Querida doctora Engel:

Gracias por su carta; me llena de alegría cualquier contacto con Schrempf, y espero asimismo que el futuro me depare un encuentro con él.

Quisiera añadir algunas palabras, en la creencia de que los pensamientos de su carta provienen del mismo Schrempf y de que usted suele hablar con él acerca de estas cosas.

Veo en su carta dos puntos con los cuales no estoy de acuerdo.

En primer lugar, lo que concierne a la amistad entre Goldmund y Narziss, Veraguth y Burkhardt, Hesse y Knulp, etcétera. Afirmar que estas amistades, por el hecho de existir entre dos hombres, estén plenamente libres de erotismo, es un error. Yo soy sexualmente normal y jamás he mantenido relaciones físicas de tipo erótico con hombres; pero calificar por ello a las amistades de libres de todo erotismo, es cosa que se me antoja falsa. En el caso de Narziss, es perfectamente claro. Goldmund significa para Narziss no solamente el amigo y no solamente el Arte, sino también el amor, el calor sensual, lo deseado y prohibido.

Además dice usted que Schrempf encuentra incompleta la experiencia amorosa de Goldmund, porque le falta su parte mejor.

Esto puede muy bien ser cierto. Pero la tarea de un poeta, por lo menos de un poeta de mi clase, no consiste, bien lo sabe Dios, en imaginar figuras ideales, plenas, ficticias, ejemplares, y en ofrecérselas a los lectores para edificación o imitación. Antes al contrario, el poeta debe (o más bien tiene que, dado que no puede obrar de otro modo) esforzarse por expresar con máximo rigor y fidelidad aquello que le fue posible vivir como experiencia propia, dentro de lo cual incluyo también, por supuesto, las rigurosa vivencias de la fantasía. Por lo que respecta al amor sexual y a la amistad, no me ha sido dado vivir experiencias más intensas que las que figuran en el *Narziss* - sé perfectamente que estas figuras y su vida no son ejemplares ni perfectas, ni lo he pretendido jamás -; pero Schrempf no puede pretender de veras que yo presente en mis libros, en pro de una perfección ideal cualquiera, experiencias vitales que la vida me ha negado.

Opino que la crítica de un autor cualquiera no debe investigar: "¿es cómodo y grato para el crítico el contenido de un libro?", sino: "¿ha dominado el autor verdaderamente el tema?". Mi tema no es una presentación o exposición de lo que hombres ideales y ficticios puedan experimentar en el amor, sino ofrecer ese pedazo de humanidad y de amor, ese pedazo de vida impulsiva y de vida de sublimación que yo conozco por mi propia naturaleza y de cuya

honradez, sinceridad y autenticidad puedo salir fiador. Así pienso y veo la cuestión, y por ello hay en mi obra un constante intercambio entre la confesión de experiencias insólitas y en cierto modo ideales, y la confesión de imperfección, debilidad, tormentos infernales y desesperación. Por eso debo dividirme en *Narziss y Goldmund* y por eso Siddhartha se enfrenta al *Lobo estepario*, *Demian* a *Klein* y *Wagner*.

Veo en Schrempf una especie de antípoda mía, un defensor de un tipo de hombre y de pensamiento a los cuales solo me acerco mediante una afinidad de temperamento espiritual e intelectual. Pero jamás desearía yo que Schrempf o una cualquiera de sus obras fuesen distintas a como son o respondiesen más exactamente a mi propio ideal. Por ello tampoco puedo imaginarme que Schrempf desee verdaderamente un Goldmund distinto y más ideal. Puede, sí, imaginar y desear, como creo que hará en efecto, que tanto Goldmund como Hesse, en vez de ser unos pobres diablos, pudiesen ser capaces de una experiencia o una realización más altas y hermosas..., pero no deseará que el

pobre diablo de Hesse ofrezca a las gentes en sus libros figuras más ideales y ejemplares.

Nada puedo hacer por evitar que lo que tengo de positivo y de negativo, de fortaleza y de flaqueza solo pueda expresarse en una sucesión de contrarios, en un intercambio entre la claridad y la oscuridad. El dilema está expresado en mi obra *El agüista* de modo casi exhaustivo...

AL DR. P. SCH., Deutsch-Nettkrov

Zürich, mediados de abril 1931.

... El artículo que usted leyó tiene diez años de edad, y yo no sabía ni una palabra acerca de esta impresión; se trata de una reimpresión de las que suelen hacer los periódicos por docenas. Pero el caso es que ha llegado hasta sus manos y ha logrado algún sentido; esto me parece magnífico.

La experiencia vital de que la desesperación se convierte de nuevo en gracia, y que basta mudar una piel para abocar nuestra vida entera a nuevas transformaciones, la he tenido yo frecuentísimamente. Ya que usted me tilda de psicoanalítico, quisiera definir esta experiencia más o menos de este modo:

Todo intento de tomar en serio la cultura, el espíritu y sus exigencias, y de vivir de acuerdo con ellas, conduce inexorablemente a la desesperación. La

redención viene luego a través del reconocimiento de que hemos objetivado en exceso experiencias y situaciones puramente subjetivas. Entonces, en momentos de claridad, nos vemos a nosotros mismos y a nuestra vida tal y como un analítico observa un sueño: traduciendo su contenido manifiesto en términos psicológicos. Aprende a jugar de nuevo con los objetos aparentemente yertos y con los conceptos, también rígidos y yertos en apariencia, de enfermedad y salud, dolor y alegría. Bueno, esto bien lo sabe usted por sí mismo.

Estas experiencias de redención no aseguran, naturalmente, una defensa contra nuevas caídas en la desesperación, pero estimulan la fe en que toda desesperación es superable desde dentro. No se convierte uno en *sano*, no se deja atrás el dolor (yo también paso muy raros días sin dolores), pero se recomienza una y otra vez con curiosidad, el camino hacia aquello que tenemos aún delante de nosotros y se halla el *amor fati*.

Todas estas cosas las he escrito en una hora mañanera, rápida y descuidadamente; tómelas usted también así.

A UN JOVEN

Verano de 1931.

Ha llegado su carta; se parece a otras muchas que recibo. Muestra la postura típica de su generación: cinismo basado en irresponsabilidad, desesperación basada en anarquía. Contra ello no existe remedio alguno; de ahí surgirán guerras y otras porquerías semejantes, causadas por la falta que hay en todos ustedes de respeto, de voluntad de servicio, de afán por la elevación y el fortalecimiento de la personalidad a través de una gran tarea. Como sustituto de la religión y de la cultura, no son suficientes el boxeo y el remo.

Ustedes no pueden hacer nada en contra de ello, porque son víctimas también; pero eso no es razón para alardear. Si ustedes no son capaces de tomar nada con seriedad, intenten cuando menos tomarse en serio a sí mismos, porque de otro modo se apagará en su vida todo sentido y valor. Y su vida tiene tanto valor cuanto sean capaces ustedes de darle.

A THOMAS MANN

Baden, primeros de diciembre de 1931.

Admirado Thomas Mann:

Su afectuosa carta me llegó a las manos aquí en Baden, fatigado ya por los baños y con la vista en muy malas condiciones, hasta el punto de que nunca acabo de despachar todo el correo. Perdóneme usted, pues, la brevedad de esta carta. La respuesta a la suya no exige espacio alguno, porque se limita a un *no*. Pero me gustaría fundamentar tan detalladamente como sea posible las razones por las que no puedo aceptar la invitación de la Academia, pese a haberme sido transmitida por un hombre tan admirado y querido por mí como es usted. Sin embargo, cuanto más medito en ello, tanto más complicada y metafísica se me antoja la cuestión, y como pese a todo debo fundamentar ante usted mi negativa, lo hago con la crudeza clara y brutal que suelen adoptar situaciones tan complicadas como esta cuando se ven precisadas a expresarse de improviso en palabras.

Pues bien: la razón última de mi incapacidad para incorporarme a una corporación alemana oficial es mi profunda desconfianza frente a la República alemana. Este Estado inconsistente y falto de espíritu ha brotado del vacío, del agotamiento de la posguerra. Los pocos espíritus nobles de la Revolución, que jamás existió, han sido asesinados, con la connivencia y aplauso del noventa y nueve por ciento del pueblo. Los tribunales son injustos; los funcionarios, prevaricadores; el pueblo, políticamente hablando, del todo infantil. En el año 1918 yo saludé a la revolución con toda simpatía, pero mis esperanzas en una República alemana digna de ser tomada en consideración han quedado destruidas desde hace mucho tiempo. Alemania no ha sido capaz de llevar a cabo su propia revolución y de hallar su propia forma de gobierno. Su porvenir es la bolchevización, que no es para mí cosa rechazable en sí, pero que significa, sin embargo, una enorme pérdida de las irrepetibles y peculiares posibilidades nacionales. Y desgraciadamente, a esta bolchevización le habrá de preceder, sin duda alguna, una sangrienta oleada de terror blanco. Así veo las cosas desde tiempo ha, y por muy simpática que me resulte esa minoría de republicanos bien intencionados, los considero totalmente faltos de poder y de posibilidades para el futuro; tan carentes de futuro como lo fue un día la simpática idea de Uhland y de sus amigos allá en la iglesia de San Pedro, en Frankfurt. De cada mil alemanes hay todavía hoy novecientos noventa y nueve que nada saben de una culpabilidad alemana en la pasada guerra, que ni han hecho la guerra, ni la han perdido, ni han firmado el Pacto de Versalles, al que consideran como un maligno relámpago en medio de un cielo apacible.

En pocas palabras: me encuentro tan alejado de la mentalidad que domina hoy en Alemania como lo estuve de la imperante en los años 1914-18.

Observo sucesos y procedimientos que considero insensatos, y desde 1914 y 1918 me siento lanzado muchas millas hacia la izquierda, en lugar de ese tímido paso hacia ella que han operado la opinión y las convicciones del pueblo. No soy capaz, tampoco, de leer un solo periódico alemán.

Querido Thomas Mann: yo no espero que usted comparta mis opiniones e ideas, pero sí que las acepte usted en la importancia y significación que tienen para mí. Sobre nuestros planes para el próximo invierno, mi mujer le escribe a la suya. Salude usted de mi parte, muy afectuosamente, a su esposa y a Madi; a las dos les hemos cobrado verdadero cariño. Y no se enoje usted conmigo, aunque mi respuesta haya podido defraudarle. Creo en el fondo, no obstante, que no le ha de coger de sorpresa.

Con la admiración y adhesión de siempre, le saluda...

A F. ABEL, Zürich

Baden, diciembre de 1931.

Querido Abel:

Gracias por su carta, que me encontró en Baden, donde lié mis bártulos una vez terminada mi temporada de reposo; ahora me encuentro en Zürich, donde permaneceré hasta mediados de enero.

He adquirido, con los años, la costumbre de no preocuparme en absoluto por los efectos visibles de mis libros y por su acogida e interpretación por parte de críticos y lectores. En general, mis sentimientos ante mis lectores son, más o menos, estos: me doy cuenta, sí, de que mis experiencias y mis preguntas guardan dependencia con las de un gran sector de la actual juventud; pero, sin embargo, no me siento comprendido. Y es que la mayoría de los lectores desean tener un jefe o guía, un *Führer*, pero no están dispuestos en lo más mínimo a subordinarse en una jerarquía o a sacrificarse frente a principios o exigencias espirituales.

En el caso de usted, yo también quisiera mantenerme en una actitud lo más pasiva posible, tanto más cuanto que por ahora andan en preparación algunas nuevas disertaciones sobre mí. Así, por ejemplo, me escribió hace poco tiempo una dama de Münster, Westfalia, para decirme que estaba preparando una disertación sobre *Hermann Hesse y el pietismo de Suabia*; no me fue posible contestarla siquiera; tan poco me interesa el asunto...

... Pero usted me ha hecho más fácil la respuesta a su carta, porque plantea preguntas directas, intentaré contestarlas brevemente.

Tiene usted razón cuando encuentra en mis obras posteriores a *Demian* un nuevo signo; en realidad, comienza ya en algunos de los *Cuentos*. Para mí mismo, este paso fue una recia experiencia, relacionada por cierto con la guerra mundial. Hasta esta yo había sido un ermitaño, pero no había entrado en conflicto con la patria, el gobierno, la opinión pública, la ciencia oficial, etc., aunque mis sentimientos eran democráticos y me adhería gustosamente a la oposición contra el kaiser y el *guillermismo*. (Colaboración en la revista *Simplizissimus*, fundador de la democrática y antikaiserista *Marzo*, etc.) Pero ahora, en la guerra, vi que no solo eran nocivos e inútiles el kaiser, el Reichstag, el canciller, los periódicos y los partidos, sino que todo el pueblo aclamaba y rugía, entusiasmado, ante las más abominables brutalidades e injusticias, y vi que los más violentos en sus gritos de aprobación eran los profesores y demás intelectuales oficiales, y vi asimismo que nuestra pequeña oposición, nuestra escasa crítica y nuestra democracia solo habían sido un falso folletín, que tampoco de nosotros era posible esperar nada bueno y que muy pocos estaban prestos a morir por ello. A la aniquilación de los ídolos patrióticos siguió la de nuestra vana presunción, y yo tuve que colocar bajo mi lupa a nuestra espiritualidad e intelectualidad alemanas, a nuestro idioma actual, a nuestra prensa, a nuestra escuela y a nuestra literatura, para darme cuenta de que, en su mayor parte, eran huecos y mendaces, incluyéndome yo mismo y mi labor de escritor realizada hasta el momento, aunque había sido hecha con lealtad y buena fe.

Este cambio producido por la guerra, que me tornó despierto y consciente, puede rastrearse en todo cuanto he escrito desde 1915 hasta la fecha. No obstante, la imagen de antaño ha sufrido en mí, más tarde, una pequeña mutación: después de considerar a mis libros anteriores, durante varios años, como insoportables, fui comprendiendo poco a poco que en ellos estaban ya las semillas de todos los posteriores, y en muchos momentos estas viejas obras me parecieron más dignas de amor que las posteriores: en parte porque me recordaban un tiempo más tolerable, y en parte porque su contención y su elusión de los grandes problemas se me antojaba como un presentimiento, como un escalofrío tardío ante el crudo y forzoso despertar.

Así, pues, yo mismo soy partidario de todos mis viejos libros, incluso de sus muchas faltas y debilidades.

Pero no tengo nada que oponer a que usted trate a estos libros, en su trabajo, como algo accesorio y secundario, y se apoye solo en aquellos otros en

los cuales cree que está captado con máximo vigor el problema disputado, como, por ejemplo, en el *Demian*.

Proceda usted tan personal y libremente como le permita el método empleado, atienda tan solo a los dictados de su sensibilidad, incluso allí donde no pueda usted justificar metódicamente sus juicios.

Y puesto que usted es ahora independiente del polo opuesto, Thiess, le ruego que no considere a mis libros como literatura, como expresión de opiniones, sino como creación poética, y que solo conceda valor y expresión a lo que le parezca a usted verdaderamente poesía. El literato es muy difícil de criticar; puede tener numerosas opiniones y fundamentarlas todas de manera bella y atrayente, permanece dentro de lo racional y para la pura *ratio* mundo tiene siempre un aspecto bidimensional. La poesía, por el contrario, puede esforzarse cuanto guste por imponer posibles opiniones, pero no lo conseguirá jamás porque solo vive y opera cuando es verdadera poesía, esto es, cuando crea símbolos. *Demian* y su madre son, o al menos así lo creo yo, símbolos, lo cual significa que abarcan y significan mucho más de lo que es accesible a la consideración racional, porque son conjuros mágicos. Usted puede expresar esto de otro modo, pero debe dejarse conducir por la fuerza de los símbolos y no por aquello que usted pueda extraer de mis libros, de manera puramente racional, como programa y opinión literaria.

No sé si me he expresado de modo comprensible. En una conversación hubiese sido más fácil. Tome usted de mi carta simplemente aquello que le parezca plausible y le diga a usted algo, y arroje a un lado todo lo demás.

A LA SRA. R. v. d. O., Hannover

Zürich, 2 de marzo de 1932.

... Usted y todos sus compañeros de sufrimientos no exigen otra cosa del poeta, en el fondo, sino que comprenda y conozca su dolor sin exigir nada, a su vez, de ustedes. No ven que el poeta sólo es capaz de presentir y de expresar algo acerca de la vida porque él mismo sufre de manera profunda e incurable.

Comprendo muy bien sus esperanzas, y no quisiera defraudarlas en modo alguno ni tampoco rechazarlas, aunque, dicho con franqueza, no tengo el menor interés por su destino personal. Todos los destinos son igualmente interesantes. Donde surge el dolor se despierta, desde luego, mi compasión, pero no mi curiosidad.

Ha padecido usted una dura prueba en medio de un pueblo y un país en los que reinan la miseria y el dolor, la injusticia y la tiranía, y donde todo va de mal en peor. Pues bien: yo opino que usted no debería considerar su sufrimiento, aunque este haya sido muy profundo, como una ofensa y una injusticia, sino comprender, por el contrario, que su dolor es inevitable, que es vano todo intento de rehuirle, sea cobijándose en el consuelo, sea entregándose a cualquier deber. Antes al contrario, acepte usted su sufrimiento como una distinción, como una condecoración con la que le han premiado, como una incitación para llegar a una Humanidad más noble y elevada. No debe usted aborrecer o huir de su dolor, como no huye ni aborrece a su propia vida, sino amarla, y entonces todo será distinto.

No sé más. Yo mismo llevo una vida amarga y difícil, me encuentro en un lugar errado, soy utilizado por las personas de un modo igualmente errado, o al menos así me lo parece con harta frecuencia. Y no obstante, he de aceptarlo, y diariamente he de padecer en mí, además del mío propio, mucho dolor ajeno y en muchas ocasiones siento que todo esto posee un sentido, pese a todo, y que es mucho mejor y más hermoso ser valiente y sufrir que llevar una vida fácil.

Intente usted extraer algún provecho de mis palabras; están dichas con sincera lealtad.

A UN JOVEN EN ALEMANIA

Este joven había escrito una carta insólita, que procede, sin duda, de un hombre singular. Es muy joven aún, creo que contará unos diecinueve años, y desde hace muchos no tiene en la cabeza otra cosa sino el deseo firmísimo de servir a su Patria y ayudarla a levantarse y a recobrar su grandeza, y esto, precisamente, como soldado, como oficial. Parece ser hijo de un terrateniente, fue siempre el admirado jefe de su clase escolar, lee con pasión a Clausewitz, etc. Me confesó que en su entrega a estas aspiraciones ha descuidado el carácter y la cultura, se ha endurecido, ha llegado a ser temido por otras personas; pero hasta el momento nadie le ha amado. En mis libros, que antes rechazaba, siente que se expresa un mundo o, como él dice, una "doctrina", que le hace dudar y sentirse inseguro en sus actuales tendencias. Me ruega que le dé explicaciones y enseñanzas al por menor.

8 de abril de 1932.

En mis libros ha encontrado usted el viso de un modo de pensar en el que me considera usted un maestro. Sin embargo, este es el modo de pensar de todos los intelectuales (1), y en todo caso, exactamente opuesto al de los políticos, los generales y los caudillos. Está expresado con prodigiosa claridad (al menos hasta donde tal cosa es posible) en los Evangelios, en las sentencias de los sabios chinos, ante todo de Confucio y de Lao-Tsé y en las fábulas de Chuang Tszé, en algunos poemas doctrinales indios también, como en el Bhagavad-Gita. Este modo de pensar recorre secretamente la medula literaria de todos los pueblos.

Pero usted buscará inútilmente un jefe o caudillo de este modo de pensar, porque ninguno de nosotros siente la ambición de ser un caudillo, ni siquiera tiene la posibilidad de serlo. No tenemos en gran cosa el mandar; en mucho, mejor dicho, en todo, el servir. Cultivamos el respeto por encima de todas las demás virtudes, pero no ofrendamos este respeto a las personas.

Comprendo perfectamente la diferencia existente entre el mundo que usted ve apuntado en mis libros y el otro mucho más claro, más simple y aparentemente más viril, del que usted proviene, ese mundo en el cual existen reglamentos muy minuciosos sobre el Bien y el Mal. donde todo es simple y posee aún el brillo de lo heroico. Clausewitz y Scharnhorst no le abocan a usted a conflicto alguno, sino que le muestran con el dedo un deber claramente definido de antemano, y como recompensa por su cumplimiento le prometen a usted valores visibles y seguros: batallas ganadas, enemigos abatidos, entorchados de general, monumentos para después de la muerte.

Nuestra anónima hermandad conoce también el heroísmo, y lo coloca muy alto, pero solo estima a aquel que es capaz de morir por su fe, no al que hace morir a los demás por la propia fe suya. Esto que Jesús llama el Reino de Dios, y los chinos el Tao, no es una patria que debe ser servida mediante el sacrificio de otras patrias: es el presentimiento de la Totalidad del mundo, junto con todos sus contrarios; es el presentimiento de la secreta Unidad de toda la vida. Este presentimiento o idea se expresa y es venerada en numerosas imágenes, tiene muchos nombres y uno de ellos es este: Dios.

(1) Lit.: *aller Gcistigen*.

Los ideales a los que usted ha servido hasta hoy y a los que volverá quizá algún día son nobles y elevados y poseen, además, la grandísima ventaja

de que son realizables. El soldado que, obedeciendo una orden, abandona la trinchera y se enfrenta al fuego enemigo; el general que gana una batalla con el sacrificio de sus últimas fuerzas, han colmado verdaderamente su ideal.

En el mundo de los Demian y los Lobos esteparios no existen los ideales realizables. En él, el ideal no es una orden, sino solamente un intento de servir a la suprema santidad de la vida; pero de servirla en formas que desde un principio reconocemos como incompletas y necesitadas de eterna renovación.

El camino de Demian no es tan claro y llano como el que usted ha recorrido hasta ahora. Exige no solo entrega, sino también vigilancia, desconfianza, autoexamen; no protege de las dudas, antes bien las busca. No es un camino para aquellas personas que necesitan ayuda mediante ideales y órdenes claros, unívocos y estables. Es un camino para desesperados, precisamente para quienes desesperan de la posibilidad de reducir a fórmulas lo sagrado, de la simplicidad unívoca de los ideales y deberes; un camino para aquellos a quienes abraza el corazón la miseria de la vida y la angustia de la conciencia.

Quizá sea su estado actual un escalón previo a esta desesperación. En tal caso le espera a usted todavía mucho sufrimiento, la amarga renuncia a muchas cosas que fueron su orgullo, mas también le espera mucha vida, muchos descubrimientos, mucha evolución.

Tome usted, caso de que así haya de ser, lo mismo del *Demian* que de mis restantes libros, solamente los conceptos que le hayan parecido importantes. Pronto dejará usted de necesitarlos y descubrirá nuevas fuentes. Goethe es un buen maestro, y Novalis, o el francés André Gide... Son incontables.

Pero quizá logre usted, pese a su impugnación actual, permanecer fiel a su vieja senda, a la sencillez de una vida severa y heroica, pero no problemática. Yo siento por todo aquel que se ofrenda a este ideal un gran respeto, aunque no comparto su ideal. Todo el que sigue su propio camino es un héroe. Todo el que hace y vive aquello para lo que está verdaderamente dotado, es un héroe...; aunque haga algo necio y pasado de tiempo, es más, mucho más que otros mil que se limitan a hablar sobre sus hermosos ideales sin sacrificarse nunca por ellos.

Hay una cosa que es propia de la confusión producida por la contemplación del mundo, a saber: que los pensamientos, los ideales y las opiniones hermosas no siempre suelen encontrarse en manos de los más nobles

y los mejores. Un hombre puede luchar y morir nobilísimamente por unos dioses viejos ya y superados, y causará entonces, quizá, la impresión de ser un Don Quijote; pero Don Quijote es un héroe de los pies a la cabeza, un hombre de suprema nobleza. Por el contrario, un hombre puede ser muy discreto, leído y diestro en el conversar y haber escrito bellos libros o pronunciado hermosos discursos, llenos de los pensamientos e ideas más seductoras, y pese a todo puede ser un mero charlatán, que escapa corriendo en cuanto escucha la primera invitación seria al sacrificio y la realización.

Por ello existen en el mundo muy diversos papeles, y es muy posible, más aún, hermoso y justo, el que dos prominentes enemigos se respeten y estimen entre sí mucho más que lo que hacen sus propios camaradas de partido. Seguramente, más de algún valeroso general alemán ha llevado muy dentro de su corazón, con amor y veneración, al recatado pensador Kant, cuya meta suprema era la paz, sin abandonar o descuidar por ello su cargo y su deber. Mas de alguno se encuentra en un puesto en el que no sabe si sirve a lo más valioso y pleno de sentido, o no, porque estos conceptos se tambalean hoy; y, sin embargo, permanece en él y prosigue su lucha, aunque solo sea por dar un ejemplo de fidelidad y voluntad de servicio.

He tenido cien ocasiones de experimentar esto durante la guerra, de la que fui siempre el más enconado enemigo. Conocí a gentes, periodistas, etc., que compartían totalmente mis puntos de vista y mis deseos en el orden político, esto es, eran mis auténticos camaradas y, sin embargo, apenas podía darles la mano: tan insoportables me resultaban, tan mezquinos y egoístas me parecían. Por el contrario, hallé a otros, patriotas entusiastas y fieles, oficiales, gente rebotante de las más descabelladas ideas sobre la inocencia de Alemania y su derecho a interminables anexiones, etc., y, sin embargo, eran hombres a quienes yo podía dar la mano, estimar y respetar, porque eran nobles en su modo de ser y yo podía creer en la veracidad de sus ideales, porque no eran unos charlatanes.

Hay una cosa, creo yo, que podrá usted aprender para siempre en medio de estas dudas actuales, y es que persona y programa no son lo mismo, y que se puede sentir mayor amistad y aprender mejores cosas de un contrincante, incluso de un enemigo declarado, que de un camarada de ideas que solo lo es con la razón y las palabras.

No puedo decirle más. No sé para qué estará usted dotado y preparado. Cifra usted en sí mismo elevadas esperanzas y exigencias. Se pide mucho a sí mismo, y esto promete mucho también. Pero todo cuanto hace usted lo hace ante todo en servicio de un ideal dogmático. No lo hace usted por Dios, sino

por la Patria, y como recluta de Clausewitz, Fichte, Moltke, etc. Quizá logre usted un día llevar a cabo lo difícil y arduo por amor de ello mismo, no porque sea noble y patriótico, sino simplemente porque no puede usted obrar de otro modo. Entonces estará cerca de la meta, en camino hacia la cual se hallan todos aquellos hombres Que aspiran verdaderamente a algo grande.

A LA MADRE DE UN JOVEN SUICIDA

8 de mayo de 1932.

Distinguida señora:

Me ha conmovido profundamente escuchar esta noticia y estoy leyendo con toda simpatía e interés el manuscrito de su hijo. Sus problemas, en general, me son harto conocidos; son los mismos que se plantea hoy todo el sector más noble de la juventud alemana. Pero el aspecto personal, singular y único de cada caso es siempre algo nuevo, vivo y dramático.

Esta juventud pasa por momentos amargos y difíciles, no solo exteriores, sino íntimos, como el problema de la libertad, y con él el de la personalidad, que se han convertido para ella en algo insoluble, y esto, precisamente, a través de un aparente exceso de libertad de que gozan los jóvenes de hoy. Para nosotros, allá en los años de nuestra propia juventud, regían aún innumerables leyes escritas y no escritas, que nosotros, que éramos ya en muchos aspectos una juventud revolucionaria y crítica, aceptábamos y observábamos de buena o mala gana, al tiempo que hoy ha desaparecido casi totalmente el último resto de una moral universalmente válida y obligatoria. Pero la liberación de las convenciones no es igual a la libertad íntima, y para los hombres nobles la vida en un mundo carente de una fe firmemente formulada no es más fácil, sino mucho más áspera, porque en tal caso son ellos mismos quienes deben crear y elegir todas las obligaciones y vínculos bajo los cuales deben ordenar su vida. Tengo esperanza en que logremos superar este estado de cosas, pero están en juego demasiados valores. Pienso en su hijo con sincera compasión y con el más profundo respeto ante su postrer acto, aunque no deba este ser considerado como ejemplar.

Ha vivido usted una experiencia dolorosa; ojalá no haya sido en vano y al fin venga a significar para usted más confortación que pesar. Yo también tengo hijos, y por eso la acompaño en su dolor. Respetuosamente...

A GEORGE WINTER, redacción de la Kolonne

Septiembre de 1932

Distinguido señor:

Me han enviado la revista en la que ha publicado usted su crítica de mi *Viaje hacia Oriente*; quiero darle a usted las gracias por esta crítica y responderle brevemente, porque es extraordinariamente raro que un autor se vea enfocado y situado seriamente en una crítica, cosa que a mí me ha ocurrido muy pocas veces en el transcurso de varios decenios.

Más profunda, esencialmente, que todas las demás críticas, la suya ha formulado el problema de mi pequeña obrita desde el punto justo en que su sentido paradójico (o mejor aún, bipolar) puede ser comprendido de mejor manera. Dice usted: la verdadera pertenencia del autor a la Alianza cae por tierra desde el mismo momento en que intenta escribir sobre esta misma Alianza.

Estoy de acuerdo solo en parte con el resultado final de su crítica, no solo por instinto de conservación; pero esta formulación de mi problema en su crítica acierta exactamente en la diana y me ha causado tanta alegría este saberme comprendido - experiencia la más rara y menos frecuente por la que suele pasar un autor - que decidí al momento expresarle a usted mi gratitud. Y una vez que lo he hecho, querría añadir un par de palabras acerca de lo que justifica, para mí, mi poesía y mi existencia misma.

Y es que, en el fondo, tiene usted razón, naturalmente. Es imposible, y está prohibido por Dios, meditar o escribir sobre las cosas primeras y esenciales. Estoy de acuerdo con usted en que no consideramos a la literatura como un caprichoso apéndice del espíritu, que muy bien podría darse por excusado, sino como una de sus más vigorosas funciones.

Así, pues, el escribir o pensar sobre lo sagrado (en este caso sobre la Alianza, esto es, sobre la posibilidad y el sentido de una comunidad humana) es cosa prohibida. Se puede interpretar esta prohibición, y su constante quebrantamiento, por parte del espíritu, de muy diversos modos: psicológico, moral, histórico-evolutivo. Por ejemplo, como la prohibición de pronunciar el nombre de Dios, que separa el estadio mágico de la Humanidad del estadio racional.

Mas en el momento mismo en que usted precisa y censura en su crítica mi pecado contra la prohibición ancestral y primera, cuya violación significa el

origen y nacimiento del espíritu, se siente usted invadido, a lo que me parece, por un leve viso de mala conciencia, y apunta que la censurada falta del autor muy bien podría ser, quizá, una falta del crítico. En realidad, en el mismo momento en que usted lee un libro con intención de juzgarlo, y en el instante en que usted escribe esta crítica está cometiendo el mismo pecado contra lo sagrado: usted sabe muy bien, allá en el fondo de su corazón, que la reverencia es la primera virtud del espíritu y que probablemente aquello contra lo que se endereza su crítica, lo mismo que su propia actividad, está dictado por el espíritu y dicho con toda seriedad y honradez, y, sin embargo, tiene usted que cometer el pecado de la crítica, tiene que repudiar, tiene que perpetrar la injusticia que subyace en todas las formulaciones rígidas.

No quisiera que usted no hubiese obrado así, o que hubiese obrado de otro modo. Pero desearía que usted mismo, al igual que he hecho yo con ocasión de su crítica, se confesase por un instante que también su obrar, sus juicios, son *en el fondo* innecesarios, son un pecado, pero que el quebrantamiento de esta viejísima prohibición es precisamente aquella clase de pecado que el espíritu ha de aceptar sobre sí. Le hace dudar no solo de la Alianza, sino de su propio obrar, de su propia esencia; le hace dar, entre la contrición y la justificación, cien pasos de pensamiento y de conciencia aparentemente inútiles, le hace escribir libros, se muestra fatal y trágico..., y, sin embargo, esta ahí, presente siempre, irresistible; es el Destino.

Mi obra literaria, la confesión de un poeta que envejece, intenta, como muy bien dice usted, presentar lo irrepresentable, traer a la memoria lo inefable. Y esto es pecado. Pero ¿conoce usted verdaderamente una poesía o filosofía cualquiera que intente otra cosa distinta que hacer posible lo imposible y atreverse a realizar lo prohibido con un sentido de responsabilidad?

El único punto de su crítica que me parece impugnable y débil es aquel en que indica usted que para los poetas y los pensadores hay problemas que son más verosímiles, más lícitos y más certeros que los míos. Yo creo que sin contrición, y sin el valor para llegar a esta contrición, ningún autor debería atreverse jamás a emprender la aventura de escribir y ningún crítico a emitir juicio sobre el autor. El que usted mismo indique en su crítica esta actitud me hace confiar en que usted me comprenda. Por esto le he escrito las presentes líneas, y no por justificarme. Pero precisamente porque en el ámbito espiritual, y precisamente en la Alemania de hoy, la comunidad, la camaradería, hasta el mero compañerismo profesional se han tornado tan increíblemente raros que uno se llena de alegría cuando halla en cualquier punto un trasunto de ellos.

A LA SRTA. E. K., Liebstadt

Octubre de 1932.

Me ha enviado usted una larga carta, pero no la ha escrito por causa de mí, sino de usted misma; no obstante, usted ha creído que con ella me hacía una especie de honor, un homenaje. Por ello quiero devolverle a usted un par de palabras como respuesta...

... En todos mis libros ha pasado usted de largo junto a lo que es más importante para mí, y ni siquiera ha visto lo que para mí posee más significación y en lo que yo creo. De otro modo no podría usted preguntarme, por ejemplo: "¿Cree usted que el camino más derecho hacia nuestro interior es apartarnos a un lado a nosotros mismos?" Yo no creo ni que cualquier punto del mundo esté más o menos *a un lado* que otro cualquiera, ni tampoco que se nos pregunte nunca dónde deseamos *apartarnos*. Los problemas que abarca su carta me ocuparon a mí también en años pasados, pero apenas guardan la menor relación con lo que de veras constituye la entraña de mi vida.

Usted ha descubierto lo poético en el *Klingsor*, y lo ha echado de menos en el *Lobo estepario*. Pero lo que ocurre en realidad es que usted no ha sabido encontrarlo.

El *Lobo estepario* está construido tan rígidamente como un canon o una fuga, y trabajado hasta la forma más justa que me ha sido posible. Juega y hasta baila. Pero el júbilo con el que hace tales cosas tiene su manantial en un grado de frialdad y desesperación que usted no conoce en absoluto. No hay forma sin fe, y no hay fe sin una desesperación previa y anterior, sin un conocimiento anterior (y también posterior) del caos.

Le ruego que no vuelva a escribirme; mi vida resulta demasiado corta para dedicarla a tales juegos. En algún punto de su frívola carta se oculta una chispa de seriedad; es a ella a quien he contestado. Al resto no es posible contestar.

A UN JOVEN LLENO DE PROBLEMAS

Finales de octubre de 1932.

Estimado señor W.:

Su carta está dirigida a un hombre enfermo de la vista y abrumado de correspondencia; por ello seré breve. No obstante, una respuesta a su carta me parece un deber, porque su llamada es comprensible para mí y ha sabido acertarme.

Mi respuesta es: ¡Sí, diga usted sí a su apartamiento, a sus sentimientos, a su destino, a sí mismo! No existe otro camino. Adonde conduce, es cosa que no sé; pero conduce a la vida, a la realidad, a lo ardiente y lo necesario. Puede usted hallarlo insoportable y quitarse la vida; eso es posible hacerlo a todo el que lo desee, y pensar en ello hace bien en ocasiones; a mí también. Pero esquivarlo, rehuirlo, mediante la decisión, la traición a su propio sentido y destino, la unión a los normales, eso no puede hacerlo usted. No duraría mucho tiempo, y traería una desesperación mas profunda que la actual.

Su otra pregunta es más difícil de contestar; me refiero a la que dice si la vida de uno de nosotros, tan aparte, tan fuera de lo normal, sometida a leyes tan distintas de las que rigen el mundo actual, merece la pena, en realidad, y si sosiega a aquel que la vive. No sé qué respuesta darle, o quizá tenga una distinta para cada nuevo día. Pienso, en algunos de ellos, que todo aquello a lo que he aspirado y en lo que he creído ha sido vano e insensato. Pero en otros días siento que yo mismo y mi vida, con todo lo difícil que es, estamos plenamente justificados, incluso logrados, y con este pensamiento me siento muy feliz... durante algunas horas. Y siempre que creo haber expresado mi fe en una buena fórmula, se me torna al instante dudosa y disparatada, y me veo precisado a buscar nuevos medios de defensa y nuevas formas. Tan pronto es esto un tormento como una inefable dicha. No sé si acaso merece la pena o no, y en el fondo me da completamente igual.

Y basta; ya sabe usted lo que pienso, y, por otra parte, no acertaría a decir nada más.

A F. ABEL, Tübingen

Mediados de diciembre 1932.

Distinguido Sr. Abel:

En estos momentos hace un tiempo demasiado hermoso como para encerrarse en casa a escribir cartas; gozamos hoy de uno de esos bellísimos días de anteinvierno propios de nuestro país, en los que las montañas en torno parecen hechas de cristal, como si fuesen traslúcidas. Pero usted ha pensado ya

muchas veces, seguramente, cuan poco correcto es por mi parte el hacerle esperar a usted tanto tiempo, y por ello quiero escribirle hoy sin más demora. Mi esposa me ha expuesto, resumidamente, todo su trabajo y me ha leído grandes partes de él; ahora conozco ya toda su estructura, los puntos de vista, el tono general, la moral de este trabajo, y creo que es tiempo sobrado de decirle a usted cuánto lo estimo y aprecio. Por lo que a mi opinión respecta, no existen en él interpretaciones equivocadas, y ese modo delicado y, sin embargo, firme que tiene usted de explicar cómo mi caso no debe ser despachado mediante un mero detenerse en lo patológico, me ha hecho mucho bien. La estructura del trabajo me parece espléndida. Me ha divertido muy de veras el que un profesor sospeche en mí una mezcla de *sangre eslava*. ¡Cuan prestamente se entregan a tales errores los profesores de hoy, en esta era de las teorías racistas! No, no; por parte de mi abuela materna he recibido, sí, un tanto de sangre suiza, muy poca en mi opinión; pero, por lo demás, todos mis antecedentes son tan puramente germánicos como es posible. Los alemanes del Báltico son, presumiblemente, una raza purísima, y entre mis antepasados (que vivieron en el Báltico desde 1750, poco más o menos) no ha habido ni una gota de sangre eslava, ni se ha casado ninguno de ellos con una mujer eslava; tampoco ha habido nadie capaz de hablar el ruso o el letón.

Me ha complacido también en grado sumo su afirmación de que jamás se halla en mi obra una doctrina antisocial. Sucede hoy con lo social, con el culto de la comunidad y de lo colectivo, que precisamente los egoístas y los enfermos morales se refugian con frecuencia, y apasionadamente, en las teorías y los compromisos sociales, y nos menosprecian a los demás, a nosotros, en los que lo social, esto es, el deber de la mutua subordinación y el ideal del amor son cosas obvias, tal y como sucede con el concepto de lo moral en el *Auch Einer*, de Vischer.

Mi larga demora se ha debido al hecho de que tuve necesidad de una cura de reposo en Baden, que ha durado, junto con una breve visita a Zürich, cuatro semanas y media. Ahora estamos de nuevo en casa, y mi esposa me encarga le transmita un saludo. Ha estudiado tan a fondo su trabajo, y me lo ha leído en parte, y en parte explicado, tan cuidadosa y puntualmente, que usted se hubiese llevado una verdadera alegría.

Un notabilísimo manuscrito me ha sido remitido estos días desde Nápoles. En esta ciudad, un italiano que conoce perfectamente bien el alemán, y al parecer es un puntual lector de todos mis escritos, ha hecho una especie de antología de todos ellos, con comentarios, para sí mismo y sus amigos, un pequeño volumen titulado *Voci della poesia di Hemiann Hesse*; y me ha resultado

sorprendente y aleccionador el verme reflejado así en el espejo de un idioma y una cultura extranjeros. El trabajo es meritorio y concienzudo, y con frecuencia alcanza una soberbia formulación; no sé si han pensado en publicarlo o no.

Entre tanto, la luz se ha ido retirando y acabo de encender la lámpara. Mi mujer ha ido hoy a visitar a Emmy Ball, que piensa abandonar el Tessino en enero, por largo tiempo quizá. En caso de que venga usted a casa de mi hermana, aprovechando las vacaciones, le ruego que dé usted allí muchos saludos de mi parte.

Le doy las gracias por su hermoso trabajo y espero que nos volvamos a ver alguna vez.

AL DR. M. A. JORDÁN

Respuesta a una carta abierta titulada "La misión del poeta"

1932.

Muy estimado Dr. Jordán:

Su carta abierta, con el título de *La misión del poeta*, ha llegado a mis manos y me ha hablado de muy grata manera, porque rebosa cordialidad y buena intención, y aunque supongo que es usted un católico practicante, no he considerado en absoluto a su carta como una manifestación de partidismo. Solo hay un punto en el que, según me parece, no lograremos ponernos de acuerdo, porque nuestros orígenes son demasiado distintos; sin embargo, sobre algunos otros puntos importantes creo poder responderle, y usted, aun en el caso de que estas respuestas no lleguen a satisfacerle, reconocerá, sin duda, su honradez.

En primer lugar, y aunque lo hago muy contra mi gusto, he de recordarle a usted que su conocimiento de mi labor literaria es muy fragmentario. Y su carta abierta se refiere muy en especial a una parte aislada, y no precisamente central, de mi actividad de escritor: mis esporádicos artículos de prensa. En estos artículos encuentra usted expresado un pesimismo que se le antoja, en última instancia, del todo inexcusable, y yo puedo comprender esta postura. Pero vistos desde mí mismo, estos artículos ocasionales, que utilizan consciente e intencionadamente esa forma conversacional que se llama *feuilleton*, representan, en primer lugar, una parte poco o nada esencial de mi labor, y en segundo lugar estas expansiones ocasionales un tanto caprichosas, coloreadas irónicamente las más de las veces, poseen para mí un sentido común

a todas ellas, a saber: la lucha contra lo que yo llamo el falso optimismo de nuestra vida pública.

Cuando me permito recordar que el hombre es un producto harto peligroso y harto expuesto al peligro, cuando me permito subrayar lo precario y trágico de nuestra existencia humana precisamente en el lugar en que más acostumbrados estamos a la ligereza y la satisfacción con nosotros mismos, esto es, en la prensa diaria, estoy realizando una parte de mi obra pequeña, sí, en lo relativo a importancia y amplitud, pero del todo consciente y responsable: la lucha contra la religión europeo-americana de moda, contra la religión del hombre moderno, soberano absoluto de todo. Cuando llamo la atención, con especial insistencia, sobre lo dudoso y sospechoso de la naturaleza humana, no hago sino lanzar a los cuatro vientos una arenga de guerra contra la autocomplacencia, infantil, sí, pero profundamente peligrosa, del hombre-masa, carente de fe y de pensamiento, en su frívola ligereza, en su presunción, en su falta de humanidad, de duda y de responsabilidad. Las palabras de este tipo que he expresado en mis obras no están dirigidas contra la Humanidad, sino contra la época, a los lectores de los periódicos, a una masa cuyo peligro, a mi entender, no consiste en la carencia de fe en sí misma y en su propia grandeza. Con harta frecuencia he unido a la general advertencia contra la sinrazón de esta humana *hybris* la inmediata advertencia acerca de los acontecimientos más recientes de nuestra historia, de la despreocupación y la fanfarrona inconsciencia con la que somos arrastrados a la guerra, de la repugnancia que sienten los individuos y los pueblos a buscar en sí mismos la culpa de ella. Comprendo que estas manifestaciones a las que un sentimiento de la propia impotencia comunica quizá, más de una vez, una acritud desesperada en la formulación, no resulten agradables para muchas personas. Por mi parte, jamás he mantenido la pretensión de estar en lo cierto; sé que estoy aherrojado en mi época y en mi propio yo, pero no obstante respondo absolutamente de esta parte (secundaria, como ya he dicho) de mi obra, y no creo que sea perjudicial en este momento de la historia del mundo, sino bueno y justo, sacudir y agitar al hombre medio actual para arrancarle de su insensata fe en la grandeza del progreso alcanzado, en sus máquinas, en su disipada e irresponsable modernidad.

En segundo lugar, frente a estas manifestaciones ocasionales y demasiado ligadas al momento, existen otros trabajos míos, sobre todo mis obras de creación poética o literaria, en las que, si bien se otorga generoso espacio a la problemática y la tragedia de la humana existencia, se expresa siempre, también, una fe, no en un sentido irrepetible y formulable solo dogmáticamente de nuestra vida y nuestras miserias, sino en la posibilidad de

captar en cada alma este sentido y de elevarse y redimirse mediante su servicio. Y en un artículo al que puse el mismo título que ha dado usted a su carta abierta dirigida a mí, he escrito acerca de la misión del poeta en nuestra época:

"Nos ahogamos en el aire, irrespirable para nosotros, del mundo de las máquinas y de la bárbara codicia que nos rodea por doquiera, pero no nos desentendemos del todo, antes bien lo aceptamos como nuestra parte en el universal destino, como nuestra misión, como nuestra prueba. No creemos en ninguno de los ideales de esta época. Pero creemos que el hombre es inmortal, y que su figura podrá volver a sanar después de cualquier mutilación, podrá resurgir purificado de cualquier infierno. No ocultamos que el alma de la Humanidad se halla en peligro y muy cerca del abismo. Pero tampoco debemos ocultar que creemos firmemente en su inmortalidad."

Quizá encuentre usted que estas palabras están en contradicción con aquellas otras manifestaciones más pesimistas, que tanto lamenta usted. Es posible, en efecto.

Pero precisamente lo que usted exige al poeta en su carta abierta, y para lo que cita como testigo de excepción al olímpico Goethe, es decir, el olímpico estar por encima de todo, no es mi tarea. Puede ser la del poeta clásico, pero no es la mía; no siento el menor interés por la tarea de ocultar o de presentar como inofensivos los abismos de la vida humana colectiva y de la mía propia, y sí por la de reconocer, expresar y padecer también los sufrimientos y pesadumbres de lo inhumano precisamente en las formas que adopta hoy. Tal cosa no puede suceder sin contradicciones, y en mis libros se halla, sin duda alguna, más de una frase que está en abierta contradicción con algunas otras frases de estos mismos libros; esto debo reconocerlo. El conjunto de mi vida y de mi obra literaria no aparecería, así, a los ojos de quien lo contemplase, como una totalidad armoniosa, sino como una permanente lucha contra un sufrimiento permanente, mas no exento de fe.

Y llego con esto al último punto sobre el que desearía explicarme y lograr, en la medida de lo posible, un entendimiento con usted.

Usted postula que un poeta que ha ganado la confianza de numerosos lectores contrae, por eso mismo, el compromiso y la obligación de acaudillarles. Confieso que casi odio la palabra *Führer*, tan usada y abusada por la juventud alemana. Necesita y pide un caudillo aquel que es incapaz de pensar por sí mismo y de responder de sí mismo. El poeta, al menos hasta donde esto es posible en nuestra época y en nuestra cultura, no puede hacer suya semejante tarea. Debe, sí, ser responsable, debe ser algo semejante a un dechado, pero no

en tanto muestre una superioridad, una salud y una firmeza inatacable (esto apenas sería posible a ninguno de ellos sin confusión y embarazo), sino en cuanto, merced a la renuncia al mando y a la *sabiduría*, alcance la honradez y la valentía de no imponerse a sus lectores, abusando de la confianza de estos, en el papel de un sabio y un sacerdote, siendo como es, en realidad, un ser humano que se limita a presentir y a sufrir.

El que numerosas personas, en especial jóvenes, hallen en mis escritos un algo que les infunde confianza en mí lo explico yo por el hecho de que existen muchas que sufren de modo semejante, que luchan también por una fe y un sentido de la vida, que desesperan parecidamente de su época y que, sin embargo, detrás de esta y de todas presienten con reverencia lo divino. Ellos encuentran en mí un portavoz; a los jóvenes les alivia ver que uno de los que ellos creen maduros y sin trabas confiesa algunas de sus mismas miserias, y a los débiles de pensamiento y de lenguaje les hace mucho bien hallar expresadas partes esenciales de su propia experiencia vital en la obra de alguien que, aparentemente al menos, domina la palabra mejor que ellos.

Cierto que la mayoría de estos lectores predominantemente juveniles no se contenta solo con esto. No quieren tener un mero camarada de sufrimientos, sino que desean un *Führer*, desean metas y éxitos inmediatos, ansían infalibles recetas de consuelo. Pero estas recetas están todas ahí, a la mano, contamos con la sabiduría de todas las épocas de la Humanidad y yo he remitido ya a cientos y cientos de fogosos jóvenes, que ansiaban oír de mis labios la última y suprema sabiduría, a esas palabras reales y auténticas, a esas palabras imperecederas de la vieja China y la vieja India, de la Antigüedad, de la Biblia y de la Cristiandad.

No toda época, no todo pueblo ni toda lengua están capacitados para expresar la sabiduría; no vive en cada siglo un sabio que sea al mismo tiempo un maestro de la palabra. Y, sin embargo, todas las épocas y los pueblos tienen parte en el tesoro común, y quien desea poseer la sabiduría de todas las épocas como consuelo para su dolor

personal, formulada de modo absolutamente nuevo y especial para su caso, ese tal pone en manos del hombre a quien desearía tener como guía y caudillo una autoridad y un poder tales como solo una auténtica Iglesia es capaz de otorgar a sus sacerdotes. Mi papel no puede ser el del sacerdote, porque detrás de mí no hay una Iglesia, y aunque he intentado ofrecer a mil personas diversas un consejo en mis cartas y en mis notas, jamás lo hice como *Führer*, sino como un camarada de sufrimientos, como un hermano mayor.

Mucho temo que mis palabras no hallen eco en usted y, sin embargo, me gustaría poder convencerle, no precisamente del rango y valor de mis pensamientos y de mi actitud, sino de la necesidad inevitable de mi situación. Los que se dirigen a mí, los que buscan en mí sabiduría, son casi sin excepción personas a quienes no podría servir de ayuda ninguna fe tradicional. Muchos de ellos han sido remitidos por mí a los antiguos sabios y maestros y les he recomendado también los escritos de algunos católicos actuales de primer rango. Mas la mayoría de mis lectores se asemejan a mí precisamente en que desean venerar a un Dios velado. Quizá sean solo los enfermos, los neuróticos, los insociables, quienes se sientan atraídos hacia mí y mis escritos, quizá el único consuelo que hallen en mí sea el que encuentren repetidas en mí, el hombre famoso, sus propias miserias y debilidades. No me incumbe en absoluto el decidirme por una misión cualquiera, como usted exige, sino el hacer todo cuanto esté a mi alcance en el lugar en que me ha colocado el destino. Y a esto pertenece, entre otras cosas, la siguiente: no dar más (o prometer más) de lo que tengo. Yo soy un hombre que sufre bajo la indigencia y miseria de nuestra época, no un caudillo brotado de ella; estoy presto a atravesarla como un infierno, con la esperanza de encontrar más allá de ella una nueva inocencia y una vida más digna; pero ofrecer este más allá como si fuera ya un aquí y un ahora, a eso no estoy dispuesto. No creo por ello que mi vida carezca de sentido y que yo no tenga misión alguna que cumplir. La resistencia impávida en medio del caos, la capacidad de espera, la humildad ante la vida, incluso allí donde nos angustia por su aparente falta de sentido, son también virtudes, sobre todo en una época en la que tan baratas son las nuevas interpretaciones de la Historia Universal, las nuevas orientaciones de la vida, los nuevos programas todo género.

Creo, mejor aún, lo sé con absoluta certeza, que muchos de aquellos para quienes mis escritos han sido interesantes y alentadores durante un cierto período de tiempo, luego se sentirán desconcertados por ellos y tendrán que arrojarlos a un lado. En su lugar, vendrán otros para quienes seré útil durante un trecho de su camino hacia la madurez humana. Crezcan aquellos otros, busquen compañeros de viaje más vigorosos que yo, encuéntralos, y emprendan sendas más audaces. Yo permaneceré en la mía, por muy dudosa y cuestionable que pueda parecer, en ciertos momentos, a mí mismo y a los demás.

A UN MUCHACHO

1932.

... Es usted un hombre joven y se pregunta por sus obligaciones y por el posible derecho a preocuparse por sí mismo en lugar de hacerlo por el bien común y por la patria.

Yo puedo contestarle a usted exactamente esta pregunta, en contraposición a todas las actuales tendencias.

Su deber es convertirse en un hombre, en un hombre tan útil, cabal y seguro de sus dotes como le sea posible. Su deber es adquirir un carácter y una personalidad, y no otra cosa. Si ha conseguido usted esto hasta donde le es posible y está a su alcance, ya verá como esas tareas en las que tanto desea usted acrisolarse, vienen hasta usted por sí solas.

En Alemania es hoy costumbre que muchachos y adolescentes, apenas hombres aún y que casi no saben leer, se vistan una chaqueta o una gorrilla cualquiera, se declaren miembros de un partido y sin más ni más tomen parte activa en la vida pública. Vociferan los tales, y destrozan a su patria, haciéndose ellos mismos, y haciendo a su pueblo, el hazmerreír de todo el mundo; cada uno de ellos es un verdadero criminal contra el Estado, porque tiene la obligación de llegar a ser algo, de aprender algo, de convertirse en un joven y en un hombre y de aprender a pensar por cuenta propia, y omite y traiciona este deber, entregándose antes de tiempo e importunamente a tareas que no le atañen en absoluto.

La Alemania de 1950 se verá dirigida por esos pocos hombres que hoy son todavía mozos, que no participan en este insensato vértigo, sino que desarrollan en silencio su personalidad.

He dicho demasiado. Medite usted sobre ello. Pero no inicie usted una correspondencia, porque yo no podría aceptarla, ni decirle a usted nada más de cuanto le he dicho hoy.

A LA SRA. E. L., Stuttgart

1932.

... Solo puedo contestarle a usted muy breves palabras, tanto más cuanto que en muchos de mis escritos he tratado ampliamente, y hace ya largo tiempo, de este mismo tema, por lo cual me es imposible repetir privadamente lo mismo a cada uno de mis lectores. Por tanto, veo la cosa de este modo:

Considero del todo indiferente a quién haya de votar usted hoy en Alemania, y si yo tuviese que participar en esa votación, renunciaría a hacerlo sin la menor duda. Ni los hombres ni los partidos políticos merecen que la nación se desgarre por culpa de ellos. Alemania ha olvidado enteramente reconocer su monstruosa culpabilidad en la guerra mundial y en la actual situación de Europa, confesarla humildemente (sin negar, por ello, que también los *enemigos* tienen gravísima culpa) y emprender una purificación moral y una renovación de conciencia (como sucedió, por ejemplo, en Francia durante el proceso Dreyfus). Alemania ha utilizado el duro e injusto Tratado de Paz para descargarse ante sí misma y ante el mundo de cualquier clase de culpa. En vez de reconocer dónde radican sus faltas y sus pecados, y de intentar corregirlos, fanfarronea exactamente igual que en el año 1914 de la inmerecida posición de paria que ocupa, carga sobre los demás todas las culpas de sus males, ora sobre los franceses, ora sobre los comunistas o los judíos...

...Según mi entender, aquellas personas que se sienten responsables del espíritu de Alemania tienen la obligación de mostrar una y otra vez a su pueblo este cáncer que le corroe, y de apartarse en absoluto de la actual vida política. Los restantes alemanes, sin embargo, pueden ayudar a su pueblo buscando un poco de limpieza y de responsabilidad en su ideología y en su trabajo, en lugar de asesinarses unos a otros los domingos y cometer toda clase de fechorías.

Y basta, porque la cosa es bien sencilla. No necesitamos, en absoluto, seguir echando malos remiendos a la engañosa República, ni haciendo a cualquier precio chapuzas viles. El puñado de personas que pensamos tenemos una tarea plenamente clara: no tomar parte en el general delirio y combatirlo con todas nuestras fuerzas, defender la honradez y la verdad y, de cuando en cuando, boicotear sosegadamente a la política. Solo así podrá venirse abajo nuevamente todo el actual aparato político del Reich...

AL SR. ADOLF B., Berlín

Hacia 1932.

... El deseo de la *felicidad* de los toscos y los necios no es quizá un estigma de los elegidos. Quizá posea cada nombre dentro de sí, aunque no todos con idéntica claridad de conciencia, la envidia por la *felicidad* de aquellos a quienes él ve un escalón por debajo o por encima de él mismo. Quizá toda vida envidie a las otras, y a cada vida se le antoje su propio destino más amargo que el de las demás. No lo sé, pero bien podría ser así. Por mi parte, los dolores de aquel que

puede envidiar por su necia felicidad a una cuadrilla cualquiera de borrachos de nacionalismo, convenientemente organizados, me parecen más dignos de estima que los espasmos de, por ejemplo, un hitleriano, que de cuando en cuando se libera por unos momentos de la borrachera del Partido, siente el tufo de la carne chamuscada y cree haberse convertido en un cerdo. Porque mucho me sospecho que tal cosa sea asimismo posible.

Pero no me propongo persuadirle a usted a que se una a un bando cualquiera. Usted pertenece, bien lo veo, a los elegidos, esto es, a los hombres a quienes les ha sido dado o permitido otorgar a su vida un sentido más elevado que el de la mera felicidad. El que usted se sienta contento de ello o, por el contrario, esté desesperado, en nada cambia la situación. No se verá usted libre ya, escuchará una y otra vez la voz y no seguirla le será amargo y difícil y le convertirá en un desgraciado.

Su experiencia de la muerte es la misma que la del joven Buda: el espectáculo de la enfermedad, la vejez y la muerte fue lo que puso al joven y gallardo príncipe Buda en la senda que durante algunos años tan colmada estuvo de tormentos y que al fin se tornó llena de luz bajo el árbol Bo.

Otro recuerdo literario acude a mi mente con motivo de su carta. Leyéndola hube de pensar en ciertas frases de Christoph Schrenpf, el cual, pese a su sobrio aspecto externo, es un auténtico sabio; he podido encontrar un par de estas frases, que se hallan en su libro *Del público secreto de la vida*.

La primera frase de Schrenpf trata de la "experiencia vital demoníaca", esto es, de la experiencia de ser llamado o elegido, y reza así:

"La experiencia demoníaca no trae placer ni dolor; esta más allá del placer y del dolor. Es gozosa, por cuanto, gracias a ella, se anula todo dolor; es pavorosa, por cuanto mediante ella, se anula todo gozo. Es experiencia de la vida con el escalofrío de la muerte."

La segunda frase del mismo libro dice así:

"Si me dispensan del maldito deber de ser feliz, podré vivir de modo bastante aceptable."

Quizá estas frases tengan algún valor para usted. Si no es así, al menos ha sido de valor para mí traerlas de nuevo a mi memoria.

EL SR. A. ST., Jugendburg Freusburg, Sauerland

Hacia 1932.

...Deseo buen éxito a su hermoso plan, pero por mi parte nada importante puedo aportar a él. Yo no pertenezco a los caudillos, y queda muy lejos de mi intención cualquier veleidad de influir en los demás o de educarles. El hecho de que, pese a todo, me unan muchas cosas a la juventud alemana y de que perciba en ella, aquí y allí, un eco mío, es un hermoso regalo para mí.

Con Romain Rolland, al que usted cita, me une una buena amistad desde el año 1914, en el que me descubrió casualmente como camarada de ideas; he intercambiado algunas cartas con él y le he visto con cierta frecuencia, la última vez, por cierto, en mi lugar de residencia, Montagnola, junto a Lugano.

Lo que yo tengo de común con Rolland, y lo que nos separa a ambos de la mayoría de la juventud alemana actual, es nuestra total aversión hacia todo nacionalismo, al que aprendimos a considerar, durante la última guerra, como sentimentalismo atrasado y como el máximo peligro que acecha al mundo de hoy. El país en el cual las tres cuartas partes de la juventud jura por Hitler y sus necias frases huecas, está totalmente vedado para nosotros por lo que se refiere a la acción eficaz y directa, aunque el correr del tiempo puede traer cambios importantes. Así como Rolland dirige su antinacionalismo, de modo principal, contra sus compatriotas franceses, cuya responsabilidad, en último término, siente y comparte, así también siento yo hostilidad y repugnancia contra la forma actual del nacionalismo alemán. Ese afán de rechazar lejos de sí toda y culpa en la guerra, ese declinar sobre los enemigos y sobre Versalles toda la responsabilidad por la situación de Alemania, crea en esta, según mi opinión, un clima de estupidez política, de mentira y de falta de pulcritud que habrá de contribuir grandemente a la preparación de una futura guerra.

Sin embargo, no veo la menor posibilidad de intervenir de modo directo. Cuanto más me veo obligado a ahorrar mi tiempo y mis fuerzas, tanto más ahincadamente debo entregarme al tipo de trabajo que considero el más adecuado para mí, y que es el puramente artístico. En medio de la corrupción de nuestro lenguaje y nuestra Literatura, permanecer firme y escribir un buen alemán; en medio del programa de tópicos en el arte y en la política, acentuar una y otra vez los fundamentos de la más sencilla y leal condición humana y llevar a cabo mi tarea de modo tan responsable y minucioso como me sea posible: este es mi único programa.

De esta carta mía, muestre usted a sus amigos más jóvenes lo que considere más apropiado. Gracias por su saludo y su llamada, que me ha causado sincera alegría. No me ha sido dado el don de caudillaje, ni puedo hablar a las masas; yo me dirijo siempre a los individuos y a sus conciencias. Y quisiera decirle a la juventud: madurad y tomad plena conciencia de vuestra responsabilidad antes de preocuparos por el mundo que os rodea y su transformación. Cuanto mayor sea el número de individuos capaces de observar el teatro del mundo con sosiego y espíritu crítico, tanto menor será el peligro de las grandes locuras masivas, sobre todo de la guerra.

A GOTTFRIED BERMANN, Chantarella, ST. Moritz

28 de enero de 1933.

... Sobre lo que significa en realidad el *Juego de abalorios* nada puedo decirte sino lo que tú mismo sabes ya, por haberlo leído en el prólogo. Lo único que podría añadir, quizá, sería esto: tengo en la cabeza el proyecto de escribir, simplemente, la historia de un Maestro del Juego de Abalorios, llamado Knecht, y que vive más o menos en la época en que se interrumpe el prólogo. No sé más. Me era de todo punto necesaria la creación de una atmósfera purificada; por esta vez no me he refugiado en tiempo pretérito ni en una intemporalidad de fábula, sino que he creado la ficción de un futuro con exacta fecha. La cultura mundana de aquella época será la misma que hoy; por el contrario, existirá una cultura espiritual tan alta que merecerá de veras la pena vivir dentro de ella y ser su servidor. Esta es la imagen ideal que desearía pintar en mi libro. Más no sigamos hablando de ello, porque si lo hacemos morirá la simiente. No hubiese debido hablar una sola palabra acerca de este asunto, pero no me arrepiento, sin embargo, porque me interesaba grandemente que tuvieses un cierto conocimiento de la clase de vida y de trabajo que llevo, de mi productividad latente o como quiera llamársele. Dicho claramente y en pocas palabras: en el fondo me avergüenzo de mi larga esterilidad y quería enseñarte que detrás de ella se oculta algo positivo.

Pero eso de enviar una copia a Fischer, etc., tal y como tú propones, es cosa del todo imposible, porque no existe tal copia. Solo existe, sí, una copia mecanografiada, que es la que tú has leído; el original lo poseo yo, y, con toda seguridad, no conservará su actual forma. En este prólogo solo se ha acotado el terreno, obligando al lector a rechazar el libro o a introducirse en la pura, aunque delgada, atmósfera en la que se desarrolla.

Desde la redacción del prólogo han venido a añadirse a este mismo prólogo algunos detalles, tales como la versión latina del *motto*, que es, naturalmente, una ficción; he encontrado al hombre que me ha traducido en un pulcro y hermoso latín este *motto* por mí inventado, como si perteneciese a un autor ficticio: se trata de un antiguo compañero de colegio; ambos fuimos, allá por el año 1890, los mejores latinistas de nuestra clase, pero hoy solo él lo domina todavía, porque yo he olvidado las nueve décimas partes...

A LA EDITORIAL S. FISCHER, Berlín

Respondiendo a una pregunta acerca de si en el texto: "...Pero el visitante se detuvo, miró y carraspeó, tal un orador, ohne doch etwas Deutsches herauszubringen, no debería decir "Deutliches" en lugar de "Deutsches" (1).

30 enero 1933.

Distinguidos señores:

Es mi deseo dejar el texto tal y como está, esto es con la palabra *Deutsches*. El pueblo, en Suabia, suele utilizar constantemente *Deutsch* y *Deutliches* como sinónimos, sobre todo en la expresión *Sprich deutsch!*, que se utiliza cuando alguien habla alemán, sí, pero retorcido y embarullado. Todas estas hermosas finezas del lenguaje, del idioma viviente, están yéndose al diablo en nuestros días con rapidez mucho mayor que antaño, y nuestros nietos no serán capaces ya de hablar alemán. Por ello procuremos nosotros conservar en nuestros libros algún pequeño resto de esta riqueza, aunque nadie sea capaz de entenderla.

AL SR. H. SCH., Pohle en el Oberlausitz

1933, finales de enero.

... Pienso que la auténtica eficacia e influencia de un poeta habría de ser esta: que un pequeño número de lectores estime sus libros durante un tiempo y luego los rechace, pero llevándose de ellos una mutación, un fortalecimiento, una iluminación de su vida y de su carácter. En lugar de ello, mi influencia y acción se reduce a que cientos de lectores descarguen sobre mí su crítica hostil y su adhesión ferviente, en la creencia de que yo tendría que responder lleno de

gratitud a esa minuciosa y concienzuda ocupación que ellos me han dedicado, y escribir, a mi vez, miles de cartas...

(1) "Ohne doch etwas Deutsches herauszubringen..." = alemán: deutlich = claro.

...No obstante, quisiera intentar la explicación de otro punto:

Tome usted del *Lobo estepario* lo que no es tan solo crítica y problemática de una época, esto es, la fe en la inteligencia, la fe en los inmortales. En mi *Viaje hacia Oriente*, estos son los que aman y sirven. Es lo mismo. Cuanto menos me siento capaz de creer en nuestra época, cuanto más depravada y marchita me parece ver a la Humanidad, tanto menos opongo la revolución a esta decadencia y tanto más creo en la magia del amor. Callar en un asunto sobre el que todo el mundo chismorrea, es ya algo. Sonreír sin maligna hostilidad frente a hombres e instituciones, combatir el *minus* de amor que padece el mundo mediante un pequeño plus de amor en lo privado y lo pequeño, esto es, mediante una redoblada lealtad en el trabajo, una mayor paciencia, una renuncia a ciertas mezquinas venganzas de la burla y la crítica, todo esto, en fin, son caminos pequeños que es posible recorrer. Me alegro de que también figure así en el *Lobo estepario*: el mundo no ha sido jamás un paraíso, no ha sido bueno un día lejano y se ha convertido luego en infierno; siempre y en todo tiempo ha sido imperfecto y sucio, y para ser digno, valioso y soportable, ha necesitado siempre el amor y la fe.

AL SR. M. K., Düsseldorf

Enero de 1933.

... En su última carta, sin embargo, ha olvidado usted por entero el auténtico motivo que le hizo escribirme por primera vez, y contra el que yo reaccioné en mis dos respuestas. Su pregunta era si yo me refería seriamente a alguna cosa en el *Lobo estepario*, o si tan solo me proponía un agradable abandono a las embriagueces del opio. El que no haya logrado ser comprendido nunca, ni en mis libros ni en mi vida, hasta el grado de seriedad y fervor reales en ellos, ha constituido para mí no solo una decepción de tipo personal, sino también básica. De la lectura de su última carta, por ejemplo, puedo colegir que usted conoce, asimismo, el *Siddhartha*. Y ha podido recibir, leyendo el *Lobo*

estepario, la impresión de que el hombre que ha escrito el *Siddhartha* dice ahora lo contrario de modo patente.

Como usted, con su pregunta sobre el teatro mágico, ha puesto en duda toda la gravedad de la vida y del quehacer a la que he llegado no sin antes pasar por más de un infierno, puse yo en mi respuesta un tono de burla al constatar cuan seriamente toma usted su propio pensamiento y su propia búsqueda. En su última carta, vuelve usted a subrayar cómo su generación (o la minoría de ella a la que usted pertenece) exige de modo perentorio que se tome en serio su búsqueda.

Para mi postura general, esto carece de sentido. Yo tomo en serio la búsqueda de cada hombre, simplemente como hecho vital, y siento un incondicional respeto ante todos ellos hasta el momento en que se muestren ante mí, mediante una experiencia real, como carentes de valor. Fui, incluso, tan cándido como para presuponer para mí y para mi trabajo, como cosa obvia, que el lector de mis obras o bien las arroja a un lado, o bien me distingue con tanta confianza que cree en mi absoluta seriedad.

Pero también este abismo que se abre entre usted y yo proviene solamente de nuestras diferentes edades. Para ustedes, los jóvenes, tanto su propio ser como su búsqueda y sus penas tienen, con razón, esta grandísima importancia. Para aquel que se ha vuelto viejo, la búsqueda fue un camino equivocado, y la vida un inútil desacierto, si no ha sido capaz de hallar el modo de venerar algo objetivo, algo que esté por encima de él mismo y de sus inquietudes, algo divino y absoluto, a cuyo servicio se someta por entero y cuyo servicio constituya lo único capaz de otorgar un sentido a su vida.

Bien; yo tomo absolutamente en serio su búsqueda y su dolor. Y le deseo muy de veras que el resultado de esta su búsqueda se evidencie algún día como muy semejante al de la mía propia: no en formas ni en imágenes a través de las cuales se exprese, sino en el don de un sentido y un valor a su propia vida.

Lo más necesario para la juventud es poder tomarse en serio a sí misma. Lo más necesario para la vejez es poder ofrendarse en sacrificio, porque por encima de ella haya algo a lo que pueda tomar en serio. No soy amigo de formular dogmas, pero creo realmente que una vida espiritual e intelectualmente rica debe transcurrir y jugar entre estos dos polos. Porque es tarea, deber y nostalgia de la juventud el llegar a ser, y es tarea del hombre maduro el apartarse de sí mismo, o bien, como decían antaño los místicos alemanes, el *Entwerden* (1). Es preciso haber llegado a ser un hombre maduro,

una auténtica personalidad, y haber padecido los dolores de esta individuación antes de poder ofrendar el sacrificio de esta misma personalidad.

El *Lobo estepario* no es objeto apropiado para nuestra discusión, porque tiene un tema que usted desconoce, a saber: la crisis en la vida del hombre al llegar la cincuentena. De aquí proceden también los malentendidos.

Y ahora quiero permitirme una pausa de descanso; mi correo es abundante todos los días, y aunque no taso muy alto mi propio tiempo, debo, sin embargo, cuidar mi vista cuanto sea posible. Quizá volvamos a encontrarnos alguna otra vez.

Justamente cuando me dispongo a terminar, me viene algo a la cabeza: creo que puede usted correr el peligro de entender torcidamente cuanto he dicho acerca del *Entwerden*, el sacrificio, etc., esto es, creer que es mi intención presentar la cosa cual si yo hubiese superado ya este *Entwerden* y este sacrificio, los hubiese consumado y me hallase ya al otro lado de ellos. Pues bien: muy al contrario, yo lucho por conseguirlo, sufro y en ocasiones me defiendo también contra ello; pero diviso la meta y creo en la inteligencia, del mismo modo que Harry Haller, junto a la música de baile y otras cosas pasajeras, cree en los inmortales.

(1) "Entwerden". Para los místicos.

A LA SRTA. ANNI REBENWURZEL, Colonia

4 de febrero de 1933.

Querida Anni Rebenwurzlel:

Muchas gracias por su carta. No he podido descifrarla por entero, pero sí casi toda ella, y la he leído y meditado con interés y afecto. Yo ya pensaba entonces que el semestre en la Universidad de Colonia, del que tantas cosas esperaba usted, quizá le defraudaría, pero nada dije acerca de ello, excepto una leve indicación referente a que el profesor tan admirado por usted pertenecía al grupo de nacionalistas extremos. Por lo visto, a esto ha venido ahora a añadirse algo más. Pero es preciso pasar por estas cosas y superarlas; debe usted hacerlo, igual que las demás personas, y en todo caso es difícil para un espíritu joven, presto al servicio y a la acción, encontrar el lugar donde pueda incorporarse plenamente, servir y rendir una labor útil. El *Betrieb* (1) se alza por doquiera,

como impedimento invencible, la organización y todos los restantes conceptos, las normas coactivas de la sociedad, el Estado, el dinero...

... No quiero contestar a su simpática carta con un sermón. Yo también he sido joven y también para mí tuvo un día la palabra luchar un sonido jubiloso y noble; en el año 1914, el mundo me forzó a meditar a fondo sobre ello durante algunos años. Pero es precisamente este luchar lo que le une a usted con los nazis y demás, pese a las distintas formulaciones.

El hombre occidental, y más en especial su forma más estúpida y brutal, más belicosa, esto es, el llamado hombre fáustico (lo que es igual que decir el hombre alemán, que ha convertido sus inferioridades en virtudes a fuerza de palabrería chillona), el hombre occidental, digo, ama y ensalza sobremanera la lucha; la pendencia es una virtud para él, y esto tiene, sin duda, un no sé qué de infantilmente hermoso y conmovedor. Mientras los hijos de la Tierra se zurren entre sí por un exceso de ímpetus y de sangre, y aun lleguen a matarse de cuando en cuando, la cosa no pasa de ser un lindo juego de niños. Pero cuando unas hordas organizadas hacen lo propio (véase los nazis), resulta bastante más desagradable. La peor forma de la lucha es la estatalmente organizada, como la que estalló en el año 1914, y la filosofía, correspondiente a ella, del Estado, del capital, de la industria y del hombre fáustico, del que son invento todas estas cosas.

(1) "Betrieb": organización, empresa, funcionamiento.

Para mí, desde que la *lucha* ha dejado de tener ningún atractivo, son cosas predilectas todo lo antiguerrero, todo lo que sufre noblemente, todo lo que es calladamente superior, y de este modo encontré el sendero que lleva desde la lucha hasta el dolor, el concepto de la resignación, que no es en absoluto un concepto negativo, el concepto de la virtud, que ha sido siempre el mismo desde Confucio hasta Sócrates y el Cristianismo. El sabio o perfecto de los antiguos escritos chinos es el mismo tipo que el hombre bueno indio y socrático. Su fortaleza no radica en su presta disposición para dar muerte, sino para dejarse matar. Toda la proceridad, todo el valor, toda la pureza perfecta y la irrepetibilidad de la vida y la labor humana, desde Buda hasta Mozart, tiene así sus raíces.

Hace ya casi tres semanas que nos rodea la nieve, con más de un metro de altura, y persiste aún, bien que cada vez más delgada, mientras el sol luce

sobre ella día tras día. Nuestro clima se mantiene bien en estos meses de invierno. No se distingue del Norte por su mayor cantidad de calor, sino por su mayor abundancia de luz...

A UN ESTUDIANTE DE POTSDAM

Mediados de febrero 1933.

Ha llegado hasta mí su carta, pero no puedo decir que su situación y su pregunta se me hayan aclarado singularmente a través de ella. Tan solo creo ver que usted duda de sí mismo, porque tiene puestas sobre sí muy elevadas esperanzas y exigencias. Este es el signo distintivo de los *elegidos*, o sea de aquellos que pueden llegar a ser algo. Sin embargo, infinito número de ellos se pierden para siempre, porque no hallan el punto medio entre el Yo y el mundo. Para el elegido, esto es, para aquel hombre destinado a alcanzar un grado superior de individuación, son difíciles los años juveniles, porque el desarrollo de su propia personalidad le aísla de los demás hombres y trae consigo luchas y dudas. Y más tarde llega también el otro peligro a saber: que precisamente los más dotados son quienes tienen mayor dificultad en evadirse de esa recatada introversión en el propio yo que traen consigo los años del desarrollo, y no son capaces de entablar una relación fructífera con el mundo que les rodea.

Nada es posible aconsejar desde afuera; es usted mismo quien debe intentar seguir su propio camino. O bien tiene usted que renunciar a ello y procurar simplemente adaptarse a los demás, o bien tomar clara conciencia de que sus disposiciones naturales le llaman y obligan a usted a seguir un camino alejado de lo vulgar y común. Aunque no vea usted la meta y no sepa todavía dónde habrá de situar la vida, andando el tiempo, a un hombre como usted, debe usted tomarse en serio a sí mismo y a sus conocimientos y procurar convertirse en un hombre de valía. Lo que necesita y pide nuestra época no es una masa de funcionarios honestos y capaces, no es laboriosidad, sino personalidad, conciencia, responsabilidad. Intelecto, talento, hay más que de sobra, y no significan gran cosa por sí solos. Intente usted considerar su situación desde este punto de vista; quizá acudan a su mente, al hacerlo, pensamientos que le lleven mucho más lejos.

A ERNST ROGASCH, Köln-Nippes

Mediados de febrero 1933.

... Su fantasía en torno a los Karamazov es recia y hermosa, aunque, según mi opinión, no lleva adelante al problema en sí. El cardenal que en lugar de ser un teólogo es un intelectual, y puede pensar y hablar tan desesperadamente, está maduro ya, claro es, para la ruina; pero no hay que lamentarlo por él, sino por el hecho de que nos resulte tan difícil desembarazarnos de él, y de que Cristo esté al lado y no diga nada.

No es que yo desee que usted le hubiese hecho hablar. Oh, no, eso no debía hacerlo en modo alguno, ni usted ni nadie. Pero mientras el cardenal goza por última vez de su erudita prudencia y su cultivada desesperación, se nos torna aborrecible y nuestro corazón vuela hacia aquel que se yergue a su lado y nos contempla en silencio a través de él...

... Su carta evidencia angustia y desesperación, a las cuales solo puedo contestar diciendo: resístalas usted, sopórtelas. No las rehuya jamás. No se dé usted por satisfecho con exteriorizarlas. ¡Hágalas usted entraña de su propia vida! Siento muy de veras que unas palabras mías (no sé cuáles) hayan dado motivo suficiente para abatirle a usted. Sospecho que usted ve en mí algo mucho más recio y poderoso de lo que en realidad soy. Yo no tengo ninguna ventaja sobre usted, y aún hoy día estoy expuesto a los embates de una desesperación muy semejante; solo le llevo ventaja en un punto: soy más viejo que usted y he podido aprender en el largo sendero de la experiencia que detrás de todo lo personal se halla lo impersonal, lo divino y que solo así puede brotar la realidad y ser vivida la vida. A veces alcanzo yo un trozo de realidad, a veces vuelvo a perderla. Es el humano destino, y no debemos conformarnos con él, pero tampoco debemos reivindicar esta tragedia como algo personal y exclusivamente individual.

No puedo decir más en respuesta a su carta...

A LA REDACCIÓN DE "ECKARDT",

Febrero de 1933 (?).

Muy señores míos:

He recibido su proposición para tomar parte en unas conversaciones de mesa redonda. No obstante, considero fundamentalmente un error el que los autores no escriban aquello hacia lo que se sienten impulsados por sí mismos, sino lo que les piden las redacciones. Base de este error es la institución del autor intelectual, que, en primer lugar, gusta de dejarse comprar, ora sea por

dinero, ora mediante la tentación de la fama, y en segundo lugar está siempre presto y capaz para reaccionar ante los estímulos y dar rienda suelta a su sabiduría sobre el tema que le hayan dictado en cada ocasión. A esto se añade una desdicha más, a saber: que todas las invitaciones del tipo de la de ustedes exigen del autor que formule una vez más, obedeciendo a una instigación ocasional (y, por tanto, de modo forzosamente peor), lo que ya ha expresado una vez, bien y según una necesidad íntima. Naturalmente, siento el máximo respeto por la buena intención y la limpieza de su deseo, pero no puedo colaborar con él, ni en esta ocasión ni en otra cualquiera.

A RUDOLF JAKOB HUMM. Zürich

Mediados de marzo de 1933.

... Puedo comprender muy bien la mutación sufrida por su pensamiento y su punto de vista. Conozco esa llamada que nos convoca a la masa y a la actual participación en la lucha; la conozco muy bien y he estado en más de una ocasión tentado de seguirla. Cuando estalló la Revolución alemana, yo estuve sin reservas del lado de esta Revolución... Por lo demás, tengo amigos por doquiera en la izquierda, y amigos muy entrañables precisamente en la izquierda alemana. Las camas están dispuestas también en mi casa, y espero para mañana la llegada del primer huésped huido de Alemania.

Otra cosa distinta, empero, es mi conocimiento de la injusticia de las circunstancias y mi opinión sobre la mutación de estas. Yo viví la guerra de 1914-18 de modo tan intenso y tan próximo a mi aniquilación, que desde entonces acá soy partidario decidido e inmovible de una cosa: que yo, por lo que a mí se refiere, rechazo y me niego a prestar apoyo a cualquier intento de modificación del mundo mediante la fuerza, ni siquiera al socialista, ni siquiera al, en apariencia, deseado y justo. Siempre morirán los que no deberían haber muerto, y aunque fuesen los merecedores de ello, yo no creo en la fuerza purificadora y expiatoria del crimen, y en este agudizamiento de la lucha entre partidos, que corre ciegamente hacia la guerra civil, veo, sí, la fuerza de la decisión, la tensión moral del *o esto, o aquello*, pero rechazo la violencia. El mundo está enfermo de injusticia, sí. Pero está más enfermo todavía de falta de amor, de humanidad, de sentimiento fraternal. Este sentimiento fraternal que necesita alimentarse de los desfiles multitudinarios y que empuña armas, no es aceptable para mí ni en su forma militarista, ni en su forma revolucionaria.

Esto es válido para mí, para mi persona. Dejo a los demás su propia decisión, y me limito a esperar, caso de que me conozcan, que acepten y respeten mi postura como necesaria para mí, o al menos como bien fundamentada y responsable...

... Yo también tengo a mis espaldas mi propio camino y mis mutaciones. Es, quizá, el camino de un Don Quijote; en todo caso, lo es de un padecer y un saberse responsable, que me ha deparado una conciencia hartamente sensible, la cual comenzó en el año 1914 (anteriormente era demasiado inocua), y si hoy soy yo el solitario y el *soñador*, de manera más consciente que antes, lo soy sin ver en ello una mera maldición, sino también una tarea. Yo poseo también, naturalmente, mi género peculiar de sociabilidad y comunidad. Recibo cada año algunos miles de cartas, todas de gente joven, la mayoría por debajo de los veinticinco años, y son numerosísimos los que vienen a visitarme en persona. Son, casi sin excepción, muchachos muy dotados, pero difíciles, destinados a alcanzar una medida de individuación superior a la normal, desorientados por las etiquetas del mundo sometido a frías normas. Algunos de ellos son personalidades patológicas, y algunos otros tan espléndidos que sobre ellos descansa toda mi fe en la pervivencia de un espíritu alemán.

Para esta minoría de espíritus jóvenes, en parte acosados por el peligro, pero vivos, yo no soy ni un director espiritual ni un médico, porque me falta la autoridad necesaria y la pretensión de serlo, pero no obstante robustezco, hasta donde alcanza mi capacidad, a cada individuo en aquello que le separa de las normas, y procuro mostrarle el sentido y la razón de ello. Jamás disuado a nadie de que se enrola en un partido político, pero le digo que si lo hace siendo aún demasiado joven correrá el peligro no solo de vender su propio juicio y voto a cambio de la grata ventaja de estar rodeado de camaradas, sino... (una visita me ha interrumpido en mitad de la frase, que comienzo de nuevo), ...sino que llamo la atención de todos, incluso de mis hijos, sobre el hecho de que la pertenencia a un programa y un partido no debe ser un mero juego, sino que debe poseer plena y absoluta autenticidad, y que, por tanto, quien se lanza a una revolución no solo tiene que apoyar su causa con su vida y sus fuerzas, sino que tendrá que decidirse a aceptar la muerte: el disparo, la ametralladora y el gas. Yo recomiendo con frecuencia a los jóvenes la lectura de los escritores de la izquierda revolucionaria, pero cuando se habla acerca de todo ello y se da rienda suelta a los comunes e irresponsables denuestos contra la burguesía, el Estado y el fascismo (cosas todas que yo, por supuesto, doy al diablo), yo traigo siempre a la memoria la cuestión de conciencia: que es preciso estar dispuesto a matar, y no solamente a matar a quienes se considera criminales y se les odia como tales, sino también a la matanza a ciegas, a disparar sobre las masas. Por

mi parte, yo no estoy dispuesto a ello, en ninguna circunstancia, y soy decididamente cristiano en lo tocante a preferir ser muerto antes que matar; sin embargo, jamás he intentado influir de modo alguno en otra persona, ni siquiera en mis propios hijos, para que adopten una u otra decisión con respecto a esta última cuestión de conciencia.

Dentro de una hora espero la visita de un conocido escritor antifascista, y mañana llegará a mi casa el primer fugitivo de Alemania. Las olas llegan también hasta aquí, y a mí me resulta tan difícil esquivarlas como en el año de 1914. Solo que ahora me siento más seguro de mi conciencia personal...

. ... Por última vez hube de examinar todo esto, durante la Revolución alemana, cuando me fue ofrecido un puesto activo en ella. Pese a todas mis simpatías por Landauer, etcétera, permanecí apartado. Y así continúo hoy. Desde el punto de vista de usted, esto es quizá un estancamiento; para mí fue, y sigue siendo, día tras día, vida, mutación y prueba constante.

A THOMAS MANN

21 de abril de 1933.

Querido Mann:

Vi en el Zürcher Zeitung, con alegría, el artículo de Schuh (a quien aprecio desde hace años), y creo que también le habrá causado alegría a usted.

Su situación actual me conmueve por muy diversas razones, y en parte también porque yo mismo hube de pasar por trances semejantes durante la guerra, de los cuales no solo se produjo para mí un absoluto repudio de la Alemania oficial, sino también una revisión de mi concepto sobre la función del espíritu y de la creación literaria en general. En el caso de usted se unen circunstancias muy distintas a las mías de entonces, pero la experiencia espiritual se me antoja común: ese tener que despedirse para siempre de conceptos a los que se ha amado con fuerza y alimentado durante largos años con la propia sangre.

No me corresponde, ni es tampoco mi deseo, decir sobre todo esto palabras distintas a las que dicte la más cordial y afectuosa simpatía. Presiento también que la experiencia por la que usted pasa ahora es distinta, y más amarga también, que la mía de antaño, simplemente por el hecho de tener usted hoy bastante más edad de la que yo tenía en los años de la guerra.

Pero yo veo cómo de todo esto surge un camino para usted y para nosotros, un camino que lleva desde lo alemán hasta lo europeo, y desde lo actual hasta lo intemporal. A este respecto yo no considero como intolerable el hundimiento de la República alemana y de las esperanzas que usted había puesto en ella. Se ha hundido algo que no era verdaderamente viable. Y para el espíritu alemán ha de ser una inmejorable escuela el hallarse de nuevo en abierta oposición frente a la Alemania oficial.

Espero que nos veamos pronto, y también a los chicos.

Le saluda afectuosamente...

A THOMAS MANN

Después de Pascua, 1933.

Querido Mann:

Nos hemos alegrado muchísimo de tener noticias de usted, y le agradezco su cariñosa carta. Siento muy de veras lo de Basilea; no sé por qué, hubiese considerado esto como una especie de vecindad.

Con respecto al específico tipo alemán de amor por la Patria, hoy es posible presenciar algunos ejemplos singulares y conmovedores. Existen judíos y comunistas expulsados que han hecho ya magníficos progresos en la actitud colectiva de un heroísmo no sentimental, y que ahora cuando apenas llevan un rato viviendo en el extranjero y en la inseguridad, padecen una nostalgia de la Patria verdaderamente conmovedora. Yo puedo comprender esto si pienso cuan difícil fue para mí, y cuánto tiempo necesité para desembarazarme de la parte sentimental del amor a Alemania.

A usted y a los suyos les recordamos con frecuencia y afecto entre nosotros. Han venido numerosas visitas, demasiadas, pero ante muy pocas de ellas, prescindiendo de los restantes puntos de contacto y simpatía, he sentido una afinidad tan intensa como con usted, en lo que respecta a sus relaciones con Alemania. El género de ofensas que usted sufrió me es, asimismo, familiar desde los años de la guerra; aún hoy leo, de cuando en cuando, tales exabruptos en las hojas literarias o en los reclamos de los librereros.

He de confesar que en esta ocasión no tomo parte en los acontecimientos de Alemania con tanto interés y viveza como entonces, en la guerra; hoy no

siento temor por Alemania ni tampoco me avergüenzo de ella, y en realidad me conmueve poco cuanto con ella se relacione. Cuanto más se torna la palabra unificación un lugar común, tanto más me aferró yo a mi fe en lo orgánico y en la justificación y absoluta necesidad de esas funciones que tanto abomina y rechaza la llamada conciencia colectiva. No soy quién para juzgar si mi pensamiento y mi modo de obrar son alemanes o no. Yo no puedo liberarme del elemento de germanidad que llevo dentro de mí, y creo que mi individualismo y también mi oposición y odio contra ciertos ademanes y frases usuales en Alemania son funciones con cuyo ejercicio no me sirvo solamente a mí, sino también a mi pueblo.

Saludos cordialísimos para todos ustedes. Nosotros hemos disfrutado de un tiempo muy seco y casi hemos tenido que acudir a las regaderas, pero al fin ha llovido reciamente y otra vez se puede pasear entre los cuadros de flores y hortalizas sin avergonzarse. Dos pequeños gatos han venido a engrosar nuestra familia, bien alimentados y cuidados por Ninón.

Le envía los mejores saludos y deseos...

A THOMAS MANN

Mediados de julio 1933.

Querido Mann:

Su hijo Michael me ha escrito una simpática carta, cuya respuesta le adjunto con estas líneas. Nuestras mujeres se han escrito también mutuamente y ahora me toca el turno a mí, aunque en este último tiempo he tenido excesivo trabajo; pero pienso muchas veces en usted, y además me traen a la memoria su figura, con mucha frecuencia, en los últimos meses. Una vez fue por medio de la historia de Fiedler, en Altenburg, de cuyo proceso ya ha oído hablar usted. Después fue Bruno Frank, que estuvo en mi casa, y habló de usted tan sabiamente y con tanta belleza y veneración, que fue para todos una verdadera alegría; yo pensé en mi primer encuentro con Frank, allá por el año 1908, en que ya era usted su estrella y su ejemplo. De este modo, cien cosas diversas me recuerdan a usted, y también algunas de nuestras charlas, que han dejado en mí ecos impercederos.

Me sabe mal no haber sido capaz de vencer mi timidez cuando estuvo usted aquí, y no haberle dado a conocer el prólogo de mi libro, que tengo planeado ya desde hace dos años. Escribí este prólogo hace ahora poco más de

un año, y pinto en él por anticipado la actual situación espiritual e intelectual de Alemania con tanta exactitud, que al volverlo a leer estos días pasados casi me asusté.

Inmediatamente de partir usted, me propuse dedicar nuevamente un tiempo a la lectura de sus libros, de los cuales los *Buddenbrok* y *Alteza Real* no había vuelto a leer desde hacía muchos años. Dado el estado de mis ojos, es un problema para mí cualquier intento de lectura, pero afortunadamente hemos hallado la solución, y desde hace unos días los *Buddenbrook* son la lectura de nuestras veladas; mi mujer lee en voz alta, con fervor, y de este modo usted está presente entre nosotros durante muchas tardes.

Mi papel en Alemania y en la literatura alemana por esta vez al menos, más agradable que el suyo. Oficialmente yo no he sido molestado. En los llamamientos e invitaciones a las juventudes hitlerianas para que se aficionen a sus poetas alemanes, yo no me he encontrado ni entre los recomendados con calor, como Kolbenheyer y demás, ni tampoco entre los "literatos del asfalto", de quienes aconsejan huir. Esta vez me han olvidado por completo, lo cual me alegra extraordinariamente, sin olvidar por eso que se trata de una mera omisión y que cualquier día puede cambiar.

Me parecen curiosas las cartas del Reich, que me escriben los partidarios del Régimen; todas ellas están escritas con una calentura de cerca de 42 grados: ensalzan con grandes palabras la Unificación, incluso la libertad que impera hoy en el Reich, y en las líneas siguientes escriben llenos de furor contra esa chusma de católicos o socialistas, a quienes ellos van a enseñar lo que es bueno. Es un temple de ánimo propio de guerra o de *pogrom*, exaltado y borracho; son ecos de 1914, sin aquella inocencia y limpieza entonces todavía posibles. Esto ha de costar sangre y otras cosas, huele demasiado a todo lo malo. Sin embargo, a veces me conmueve el fervoroso entusiasmo y la disposición al sacrificio que se evidencia en muchos de ellos.

Ojalá encuentre usted la vida soportable y ojalá podamos volver a vernos en un tiempo no demasiado lejano.

Le ruego que salude afectuosamente a su esposa en mi nombre y también a Mädi.

Cordialmente suyo...

AL SR. ADOLF B., Rotenburg en Hannover

28 de agosto de 1933.

Estimado Sr. B.:

Poco puedo contestar a su carta. Conozco muy bien el tipo humano al que usted pertenece, pero no por ello se conoce al individuo. De todos modos, veo claramente que usted lucha con fenómenos de la evolución que son del todo necesarios, en parte incluso obvios. El marchitarse de ciertas alegrías predilectas, por ejemplo, que a veces se padece en la vida lo he escrito y numerosas veces, como narrador, en mis libros *Bajo la rueda*, *Demian* y otros lugares. Este no es motivo para lamentaciones y temores. Y a ello pertenece, asimismo, el estancamiento en la productividad. Tome usted esto, por Dios, como lo que realmente es: una advertencia y una incitación a no considerarse acabado, sino a aceptar sobre sí los dolores de nuevas fases de desarrollo. Le falta a usted, al teólogo, esa piedad que no se posee en la juventud, porque llega después, pero a la cual se puede aspirar. Deje usted dentro del campo puramente biológico la cuestión de su talento, de su productividad, etc., y piense que en toda vida de artista la tolerancia y superación fructífera de esas pausas de la productividad, que a veces duran años, constituyen una de las experiencias más amargas y difíciles, pero también más ricas en enseñanzas. Considere usted, pues, su labor de creador literario no como una profesión, ni como una circunstancia más de su vida exterior y de su carrera. Nada sería más nefasto. Soporte usted tranquilamente la ausencia o la falta de la producción, pensando que también hay épocas en las que no se sueña, y no convierta usted esta circunstancia en un elemento de la conformación racional de la vida. Su productividad es, como la mía y como todas, un don, una gracia tan solo, y nada podemos hacer en pro o en contra de ella. Pero sí podemos dañarla si nos obstinamos en arrancarla del reino de lo milagroso.

A LA SRA. BR., profesora suplente, actualmente en Lugano

25 de septiembre de 1933.

... Comprendo y apruebo el que una persona exija mucho de sí misma, pero cuando extiende esta exigencia a los demás y hace de su vida una *lucha* por el bien, me veo precisado a reservar mi juicio sobre ella, porque no estimo en lo más íntimo la lucha, la acción y la oposición. Creo saber que toda voluntad de modificación del mundo conduce a la guerra y a la violencia, y por ello no puedo unirme a ninguna oposición, porque no apruebo las últimas

consecuencias de ella, y considero que no tienen posible remedio la injusticia y la maldad sobre esta tierra. Lo que nosotros podemos y debemos transformar somos nosotros mismos: nuestra impaciencia, nuestro egoísmo (también el espiritual), nuestro prurito de sentirnos ofendidos, nuestra falta de amor y de tolerancia. Cualquier otra modificación del mundo, aun cuando provenga de las mejores intenciones, es, en mi opinión, inútil; por ello no tengo la menor relación con los partidos y la prensa de la oposición, y no puedo darles ningún consejo a este respecto.

Con estas palabras no quisiera llevar a cabo crítica alguna de su postura; tengo respeto por toda voluntad seria, pero mi propia postura es absolutamente distinta. No tendría objeto alguno dejar de exponer esto claramente.

Por mi parte, y con relación a una persona que se encuentre en su situación, consideraría lo mejor para ella el que hallase en cualquier punto un trabajo positivo, constructivo y abnegado, aunque hubiese de desarrollarse entre sacrificios y renunciaciones. Esto me parecería lo único digno de una aspiración. Por lo que respecta a la lucha intelectual contra la esclavitud y la violencia, aunque a veces es también necesaria, no la considero una actividad capaz de dar alientos y felicidad a un hombre que sufre.

A JOSEF ENGLERT., Fiesole

29 de septiembre de 1933.

... Conozco desde hace mucho tiempo, desgraciadamente, la triste mentalidad de los judíos alemanes; su comportamiento con los judíos orientales fue ya, mucho tiempo antes de Hitler, una traición y una vergüenza; casi podría decirse "bien empleado les está" si esta frase no sonase hartamente ante la actual situación en que se encuentran. Pero no debemos olvidar que tanto judíos como alemanes cuentan, junto a su tosca, estúpida y cobarde mayoría, con una minoría fina, sabia y valerosa, por muy pequeña que pueda ser esta. Solo la existencia de una persona como Martin Buber es un consuelo y una felicidad. En sus últimos escritos, y en la conducta que ha venido manteniendo desde hace años, ha evolucionado hacia una pureza, una claridad y una seguridad de postura admirables, y es hoy, como judío y para la pequeña minoría de los judíos intelectuales, un compilador y un dador de energías, que no se ha acomodado ni un solo paso a la índole alemana ni a la cobarde germanojudía.

Estas pequeñas minorías y rebaños de espíritu y de piedad son aquellos con los cuales yo comparto hoy una idea y un impulso, y ejercito un silencioso trabajo y un padecimiento conjunto. Para mi pequeño círculo vital de orden personal, por ejemplo, mi unión con Alemania queda constatada casi diariamente mediante las cartas de lectores, la mayoría lectores muy jóvenes, que se dirigen a mí con una inseguridad frecuentemente enojosa, pero en la mayor parte de los casos con una conmovedora confianza, buscando una confirmación o una corrección en sus crisis vitales. Y estas cartas, mi única prueba real desde hace veinte años del sentido de mi existencia y mi labor y, al mismo tiempo, mi carga y mi castigo diarios, estas cartas, digo, de jóvenes lectores alemanes, no han variado en nada desde el mes de marzo de 1933, ni siquiera se han tornado más escasas. Hoy, como ayer, estos estratos de la juventud, para quienes no es posible un rápido ingreso en la masa y el uniforme, libran su batalla por la luz y el espíritu, batalla que acarrea con frecuencia la más amarga penuria material; obreros en paro leen en una biblioteca pública un libro que les impresiona, comienzan a meditar, buscan el camino para llegar hasta su autor, lo abandonan en seguida, quizá, porque solo entra en consideración para ellos como suscitador o estímulo, no como consejero o dechado, y es en este punto, es como interpelador de una pequeña minoría de persona que luchan por encontrar un sentido y una meta; en este preciso punto es donde estoy unido yo, ahora como antes con el pueblo alemán y donde tengo una función que cumplir. Algunas de estas personas saben encontrar personalmente el camino de Montagnola, aparecen un buen día aquí, hablan durante una hora o durante un día entero, llegados a pie o en bicicleta, y me traen, al igual que las cartas, tantas preocupaciones como alegrías, mientras que de todo esto surge para mí una responsabilidad que crece lenta, pero constantemente, y que a veces me pesa de modo muy amargo y a veces, también, me conforta y llena de júbilo. Por otra parte, muchos de mis amigos no comprenden que yo no me adhiera a ningún partido, que no me incorpore a Alemania ni me declare miembro de la oposición. En ocasiones haría con gusto esto último, pero solo durante unos instantes. ¿Para qué sirven las protestas? ¿Para qué los burlescos artículos sobre Hitler o sobre las dotes cuartelarias alemanas? ¿Qué me importa a mí todo eso? Yo no puedo modificarlo. Pero sí puedo ayudar un poco a todos aquellos que, al igual que hago yo, sabotean con su labor y su pensamiento toda esa sucia política y ansia de poder, y forman islotes de humanidad y de amor en medio del crimen y el odio diabólico. Con muchísimo gusto hubiese hablado una vez con usted, mi querido amigo. El hecho de que usted, con ese su modo enérgico y severo, tan de mi gusto, haya recuperado su actividad en mitad del infierno y haya puesto los fundamentos del bien, constituye para mí una íntima alegría.

Reciba usted ahora mi saludo más cordial, junto con su mujer y sus hijos, y el deseo de que disfrute allá en Fiesole, aunque sea por última vez, un otoño hermoso y dulce.

A THOMAS MANN

Finales de 1933.

Mí querido Thomas Mann:

Hace tiempo que terminamos la lectura de su *Jaakob*... Y ahora quisiera, al menos, darle las gracias por el gran placer que me ha ocasionado este libro. Sería necesario citar incontables particularidades que me han embelesado; lo más notorio, sin embargo, es para mí la proporción, el equilibrio y la continuidad que me han sorprendido en este libro, como en todos los anteriores suyos; lo apretado de la trama, la fidelidad en su voluntad y su amor por el todo, por la gran forma conjunta. Además, como es natural, en medio del actual modo de concebir la Historia y de escribirla, me ha gustado infinitamente esa ironía sosegada, levemente melancólica, con la que contempla usted al final del libro la problemática de toda historia y de todo intento de narración, sin cejar por ello un solo instante en el esfuerzo hacia esa historiografía que considera en el fondo como imposible. Es precisamente esto lo que me resulta a mí, formado de manera hartamente distinta y a través de otros orígenes, profundamente simpático y familiar: emprender lo imposible, aunque se sepa que con ello se acepta sobre sí, activamente, lo trágico. Además, ¡ha incidido tan hermosamente este libro, con su recatado sosiego, en medio de una época repleta de estúpidas actualidades! Y sus figuras son mucho más reales, más verosímiles, más precisas que las figuras del teatro del mundo. No habrá un solo lector que no considere a su Laban como un emocionante encuentro personal...

... Leo actualmente, hasta donde me permiten mis ojos, biografías pietistas del siglo xviii, y no sé ni siquiera lo que es la actividad creadora. Junto a esto crece la idea de mi plan, en el que trabajo desde hace ya dos años (un juego del espíritu, matemático-musical), la elaboración de una obra de varios tomos, de una verdadera biblioteca, tanto más hermosa y completa en la fantasía cuanto más lejos se halla de la posibilidad de su realización.

Nuestra comarca está totalmente blanca; nieve y escarcha alternan su presencia. Salude usted a su esposa, a Madi y a Bibi muy cordialmente de mi parte, y reciba usted nuestros mejores deseos para el nuevo año.

AL SR. A. H., Pforzheim

Hacia 1933

Estimado .Sr. H.:

Me ha escrito usted con toda franqueza, y por ello quisiera contestarle del mismo modo; pero ha escrito usted su carta a una persona que rechaza en absoluto ser un jefe o un guía, y que, por tanto, no puede dar los consejos que serían más agradables para usted. Por lo demás, estoy abrumado de trabajo y padezco de la vista desde hace años, por manera que la lectura de cartas tan largas me resulta muy penosa y me obliga a ser conciso también en las respuestas.

Está usted en camino hacia una personalidad y tendrá que proseguir este camino, aun en el caso de que le condujese verdaderamente a la locura o al suicidio. No tomo yo tan en serio a estos dos peligros; en algunos casos no son peligro alguno, sino el justo y adecuado término de una vida, y, por cierto, no de los peores.

Yo solo tomo en serio al hombre como individuo, como personalidad, y al parecer el camino para llegar a ello es hoy en día más difícil aún de lo que era en tiempos de mi juventud. Más, por lo demás, no ha variado en nada su sentido y su rostro, porque los destinos rigurosamente humanos apenas se modifican en varios siglos.

Tan solo han cambiado las tentaciones que procuran obligar al hombre joven de hoy a abandonar tempranamente el camino hacia el propio yo y a entregarse, en cambio, a una comunidad, a una meta aparentemente noble y elevada. Por lo que veo, estas tentaciones no han aparecido en usted bajo la ruda figura de programas y falsos ideales políticos; para tal cosa es usted una persona harto madura. Pero usted tiende a entregarse a las comunidades más pequeñas e idealistas: los vegetarianos, los ermitaños, los reformadores de costumbres, etc. Es del todo indiferente que los ideales de estas comunidades sean en sí nobles y buenos, o no; de todos modos representan un peligro para los jóvenes como usted, a saber: que también estas comunidades pequeñas y llenas de ideales quieren formarle a usted e imponerle su cuño, educarle e incorporarle a sus filas, y usted no debe rehuir este peligro y permanecer a solas, no; pero sí debe pensar de cuando en cuando que su pleno valor humano solo será alcanzado y logrará su total eficacia cuando usted se haya desarrollado verdaderamente hasta ser una personalidad y un carácter tan

firmes como le sea a usted posible. Por ello, jamás debe usted considerar en plano de igualdad los ideales y las metas de tales comunidades y de sus jefes, y su propia y personal evolución. Ciertamente subordinará usted más tarde su persona, si de veras vale usted algo, a fines elevados y humanos, pero solo cuando haya alcanzado usted el grado de evolución y madurez humana que le sea posible.

Por ello le aconsejo que no conceda excesiva importancia a los programas y los idearios de las asociaciones, comunidades, etc., y que, por el contrario, tome muy en serio a los jefes con quienes se encuentre, y abandónelos tan solo cuando sienta usted claramente que ya no pueden darle nada y que son inferiores a usted.

No es con las ideas generales y abstractas, sino con los hombres, con los guías y *caudillos*, con todos aquellos que son superiores a usted como personas, con quienes debe usted medirse y acrisolarse, y si al hacerlo surgen para usted momentos de desesperación y tentaciones de suicidio, no debe usted asustarse; láncese abiertamente sobre el infierno, porque es posible superarlo y vencerlo.

No puedo decirle más, ni puedo ver tampoco más en sus hojas manuscritas. Lea usted un par de veces estas líneas mías y ruego olvídense de ellas y deje obrar en su alma tan solo aquellos puntos que hayan dejado un acicate y un estímulo.

A WILHELM GUNDERT, Tokio

11 de febrero de 1934.

...Frente a los sucesos políticos del año me mantuve silencioso y neutral; desde hace veintidós años vivo en Suiza y soy ciudadano suizo, y como tal, no llevo dentro de mí excesiva pasión nacionalista. Puede ser cierto el que en tales momentos "haya que estar junto a su pueblo", como tú dices, pero se puede hacer esto de muy diversas maneras. Gritando en medio de la gran gritería y añadiendo su odio al de todos los *pogroms* contra los judíos y contra el espíritu, contra la Cristiandad y la Humanidad, poco o nada se ayuda al propio pueblo; para el *pueblo*, las *épocas* grandiosas son siempre las del odio y la saña guerrera. Nosotros, los intelectuales, aunque obrando así nos ganamos enemistad y celos, deberíamos callar ante estas cosas, mientras sea posible hacerlo, y deberíamos apoyar al pueblo, pero no a sus pasiones, sus brutalidades y sus vilezas, porque no es esta nuestra misión.

Quizá haya llegado ya a tu poder mi poema titulado Reflexión. Es una confesión de fe, en una formulación bastante áspera, muy alejada del cristianismo *alemán* de estos días, que no reconoce la primacía de lo espiritual porque está borracho de creencias racistas...

AL SR. S., Hohenberg I. SA.

Mediados de febrero 1934.

... Temo que la depresión no haya sido alcanzada todavía y que el Arte y la Poesía deban padecer hambre durante un tiempo. Esto no impide que nosotros podamos convertir en fructíferos los sufrimientos que esto acarreará, y al mismo tiempo ahorrar el futuro y contribuir a traerlo.

También se abre ante nosotros - aparentemente - el otro camino: desatender la tragedia y fusionarnos con la masa. Pero ¿se abre de veras ante nosotros? ¿Es de veras la renuncia a él virtud y tarea nuestra? Probablemente cada uno de nosotros sigue su propio camino con mucha menos libertad de la que él cree. Por ello es bueno para los elegidos saber de sus camaradas y sentirse incorporados a la fila de los creadores y los sufrientes, a esa fila que atraviesa toda la Historia Universal.

Ella es nuestra comunidad de los santos, y a ella pertenecen el pobre Villon y el pobre Verlaine tanto como Mozart, Pascal, tanto como Nietzsche. No sabría decir hoy nada más.

A LA SRA. JOHANNA G., Cernauti

Mediados de febrero 1934.

Querida Dra. G.:

En primer lugar, gracias por su carta. Sobre Buber estaba ya informado a medias, y le conozco también personalmente, aunque poco. Si le cuento entre los judíos que se hallan en una relación con Alemania muy estrecha, cercana y fatal, lo hago con muy buenas razones: Buber ha cursado, además de la rabínica, la escuela filosófica alemana (al menos una de ellas: Simmel); por si fuera poco está casado con una alemana, publica en Alemania desde hace muchos decenios y escribe - *last not least* - un alemán mucho mejor que el de la mayoría de los alemanes.

El judío alemán sobre el que usted me escribe, esto es, ese judío hijo de los negocios o de la cultura, carente de tradición y de religión, que desea saber tan poco de la Biblia y del Talmud como de sus hermanos del Este, mas pobres y más amenazados que él, este *judío alemán* provoca lástima, porque se encuentra en una situación difícil, pero apenas me interesa; cuenta con mi compasión, pero le considero un fenómeno de transición poco duradero, ya que existe solamente desde finales del siglo XVIII, y ahora desaparecerá probablemente, porque los judíos alemanes supervivientes regresarán de nuevo, en una u otra forma, al judaísmo, o al ghetto alemán, o al judaísmo político y a Palestina..., o al auténtico, eterno y espiritual judaísmo de la Biblia y del Talmud. Este camino queda abierto para todo judío incluso en medio de la persecución y del terror, y es el que quisiera mostrarle mi referencia a Buber y a los otros. Nada más.

Que es cosa amarga perder la patria, lo sé muy bien. Pero de estos sufrimientos pueden brotar cosas buenas, como han brotado del judío oriental Buber, menospreciado y mirado como sospechoso entre sus hermanos alemanes, que ni le comprenden ni le estiman. Si las actuales persecuciones de judíos tienen un sentido, es este: recordar a los más valiosos de los judíos lo indestructible, espiritual y divino de su origen, y de este modo servir al espíritu sobre este mundo. Los judíos alemanes vulgares y bien acomodados de la época más reciente eran gente agradable y cultivada, pero no sabían lo que era la miseria y el miedo, ni siquiera espirituales, y por ello no fueron fértiles en el orden espiritual. A través de la angustia actual puede que alguno llegue a serlo. Recordar esto fue el sentido e intención de mis líneas sobre los libros judíos.

A UN ESTUDIANTE DE TEOLOGÍA

17 de marzo de 1934.

Estimado señor:

No está bien que usted, como teólogo que es, se halle sumido en la incertidumbre acerca de dónde radican los valores y dónde pueda hallarse consuelo. Y tampoco está bien que usted espere de mí el que, mediante una apología de mí mismo, le facilite a usted la tarea de no serme desleal- Es mejor que lo sea usted; recorra usted el camino de la época, que lleva desde el espíritu hasta el poder, desde la fe en el espíritu hasta la fe en los cañones; y esté usted seguro de que ninguno de los buenos y nobles espíritus del pasado aprobará este camino. Es más fácil de seguir que el nuestro, y en él puede uno

desembarazarse de esa fatiga que tanto le molesta a usted en mí, y que hay que atribuir simplemente a varios decenios de lucha a favor del espíritu y en contra del poder brutal. Había en Göttingen un estudiante de Teología llamado Adolf B., que escribía poesías muy hermosas; si le conoce usted, salúdele en mi nombre y hable con él, ya que no puedo darle a usted lo que hubiese sido de su gusto.

A MAX MACHHAUSEN, Köln-Ehrenfeld

Junio de 1934.

Distinguido señor Machhausen:

Gracias por su carta; me causó verdadera alegría, y creo comprender bastante bien su origen. Desgraciadamente padezco de la vista y me cuesta mucha fatiga despachar mi trabajo, especialmente el correo; no obstante, quisiera enviarle a usted un saludo en respuesta al suyo.

Su carta habla de Scheler y de Ball. A Scheler le conozco casi exclusivamente de oídas y no he leído ninguna de sus obras tardías. Sin embargo, tengo un pequeño recuerdo personal de él. Durante la guerra, allá por 1915 ó 1916, estuvo una vez en Berna y me visitó dos veces. Personalmente no me resultaba antipático, pero en sus manifestaciones me sorprendió hallar un alto grado de nacionalismo; después de estallar la guerra, él había escrito incluso un libro de exaltación del nacionalismo, que tenía algo de fascinador y frente al cual me encontraba yo por aquel entonces, alrededor de 1916, en la más acerba oposición.

También Hugo Ball vivió una temporada, durante la guerra, cerca de mí, en Berna, pero sin que yo supiese nada de él ni conociese su nombre. Pertenecía él a un pequeño círculo radical de enemigos de la guerra, y mi nombre le era conocido, pero por aquel entonces yo no era para él más que un escritor fácil, un tanto ridículo, sentimental y pequeño-burgués. Solo años después, a partir de 1919, llegamos a conocernos, arribados ambos al Tessino como fugitivos, después de una existencia más o menos fracasada. Convirtiéndose en mi amigo y durante algunos años fue la persona con la que tuve relación más cercana y constante; nuestra intimidad fue en aumento hasta su muerte, y su tumba está cerca de mi residencia. Todavía conservo la amistad con su viuda.

Ball aportó a mi conocimiento muchas cosas del pensamiento católico, y recibió, en cambio, de mí retazos de la sabiduría india y china. En sus años

postreros era un católico de rígida ortodoxia, y aunque yo le contradije en muchas ocasiones y no disimulé nunca mi escasa simpatía por los curas, me agradó siempre en él, y ganó mi corazón, el que estuviese siempre dispuesto a sacrificar el intelecto, que intentase la heroica empresa de llevar a cabo este sacrificio, y que para él fuese más importante y más sagrada la realización del ideal romano en la vida individual, que todos los grandes edificios ideológicos. Fue conducido hasta la tumba por brazos heréticos, y yo también llevé tras de su ataúd, bajo la lluvia de la borrasca, un largo cirio hasta la iglesia de San Abbondio.

Esto es lo que me vino a la memoria con la lectura de su carta.

Usted es joven y todo cuanto busca se le presenta a usted como absolutamente nuevo: una nueva manera de vivir, una nueva forma de espiritualidad y de humanidad, etc. Para mí, que soy ya viejo, lo nuevo carece de encanto y, sin embargo, creo que lo que usted añora y lo que yo añoro son una sola y misma cosa. Y es que la Meta de todos los sueños humanos es siempre nueva; el impulso del hombre se halla siempre y por doquiera en oposición a lo acostumbrado, lo profano, lo diario y banal, y el joven y crédulo considera siempre a los adeptos de las confesiones y ordenanzas rígidamente formuladas como fariseos. Y yo creo, asimismo, que la élite y la mejor fuerza vital del Cristianismo se encuentra siempre en aquellas personas para quienes lo reducido a fórmulas amenaza siempre con tornarse insípido, y que, pese a ello, esas *nuevas*

ordenaciones añoradas son las antiguas, y que las viejas fórmulas recobrarán su encanto siempre vivo en la medida en que el buscador esté dispuesto a aceptar la fórmula como símbolo.

Si alguna vez viene usted al Sur y se acerca a nuestra región, quizá podamos vernos. Una disputa mantenida por encima de las fronteras es, por el momento, casi imposible. Le deseo a usted todo género de venturas.

A OTTO BASLER, Burg (Aargau)

25 de agosto de 1934.

Querido Basler:

Sí, es una verdadera lástima que no este usted aquí cuando repaso las lecciones de música con mi sobrino; yo podría aprender mucho de usted y,

además, es cosa muy hermosa en sí el trabar conocimiento con obras y maestros antiguos y para mí desconocidos, como, por ejemplo, la música de piano de Froberger y tantas otras cosas.

Me alegra siempre que sea usted un lector tan afectuoso e indulgente de mis poesías. Pienso lo mismo que usted acerca de la relación de mis poesías con las de George; pero, no obstante, yo no contrapondría de ese modo a los dos diferentes tipos de poesía para otorgar a uno de ellos una ventaja y primacía exclusivas; antes, al contrario, los dos son formas externas de antiguos y eternos tipos, antítesis cuyas dos partes contrarias son igualmente vivas. George, y cuanto pertenece a él (pertenece la mitad de la actual Alemania), presuponen un ademán voluntarioso, una disciplina, una selección dictada y controlada por la voluntad, al tiempo que yo pertenezco a ese género de personas que albergan una desconfianza inicial contra la voluntad y contra lo querido por ella, y buscan una armonía entre el espíritu y la naturaleza, entre la voluntad y la gracia. El peligro que acecha a los primeros es la soberbia, la dictadura (la dictadura de George sobre su *círculo* y su exigencia de exclusividad, como único poeta de la época, fueron precedentes de la otra dictadura alemana, y en parte su ejemplo directo); el peligro que acecha al otro tipo es el abandonarse, el descuido de la voluntad formal, la falta de rigor. No está lo válido en el punto medio entre ambos tipos, sino por encima de ellos, en la viva y cambiante variación entre ambos polos.

Mi interés teórico por la música es muy limitado, y por lo demás tendría muy poco valor, porque no soy capaz de practicarla. Me interesa el contrapunto, la fuga, la variación de los modos armónicos; pero detrás de estas cuestiones estéticas están presentes y vivos el auténtico espíritu de la verdadera música, su moral. Acerca de ello supusieron y dijeron los antiguos chinos mucho más que nuestros teóricos de la música. Lü Bu We (*Primavera y otoño*, capítulo 2) dice, entre otras cosas: "La música perfecta tiene su causa última. Procede del equilibrio. El equilibrio procede de la justicia, la justicia procede de la razón universal. Por ello solo es posible hablar sobre música con aquel que conoce la razón del universo." También sobre Wagner, el ratonero y músico callejero predilecto del segundo y más aún del tercer Reich alemán, sabe decir cosas exactas Lü Bu We: "Cuanto más estrepitosa sea la música, tanto más melancólicos se tornan los hombres, tanto más peligroso se vuelve el país, tanto más bajo se precipita el príncipe...", etc. O bien: "Una música así es, sin duda, estrepitosa, pero se ha apartado del verdadero espíritu de la música. Por eso no es una música alegre. Y si la música no es alegre, el pueblo se torna mustio Y la vida padece mengua." Y también: "La música de una época bien regida y ordenada es sosegada y alegre, y su compás, equilibrado. La música de una era

desasosegada es inquieta y rabiosa, y su compás es irregular y alterado. La música de un Estado en decadencia es triste y sentimental y su gobierno está amenazado."

Addio; quizá nos veamos en Baden al terminar el otoño. Estoy demasiado asediado por los invitados y las visitas y desde hace mucho tiempo no me ha sido posible realizar ningún trabajo, excepto el imprescindible de todos los días y ese par de poesías que han brotado entre tanto.

AL SR. H. L. Wiesbaden-Biebrich

Agosto de 1934.

Ha llegado su carta; pero la vida es demasiado corta para perderla en charlas vanas. Considero esto del todo inútil. Como es natural, puede usted burlarse a su gusto de la poesía titulada *Reflexión*, pero lo que no comprendo es cómo puede usted considerarla como un intento de arrebatarse al hombre su responsabilidad. Probablemente entienda usted por espíritu algo así como inteligencia, u otra cosa parecida. Yo, esto es mi poema, llama al espíritu divino y eterno, lo cual significa que el poema entiende precisamente aquello que, desde hace tres milenios, han entendido todas las ideologías espiritualistas: la sustancia divina. Es divina, pero no es Dios, aunque haya religiones positivas que lo consideren así. El que nuestra existencia sea trágica, pero también sagrada, nada le roba de su responsabilidad a aquel que cree en ello. Tampoco puedo ver por qué mi fe ha de estar en contraposición con *Crisis* u otro cualquiera de mis escritos. Ningún hombre posee su fe durante todos los días y horas con la misma fuerza y pureza con que la formuló, quizá, en una hora de ventura. Y la fe en el espíritu y en la determinación espiritual del hombre no excluye en modo alguno la tristeza y la desesperación del vivir corporal (de las que se trata en *Crisis*). Si los conceptos no estuviesen hoy tan profundamente trastocados y no extrajese cada nuevo día, del fondo de esta confusión, resultados diabólicos y letales, no hubiese sentido yo jamás, quizá, la necesidad perentoria de formular mi fe tal y como lo hace esa poesía.

Mi estimado señor: soy un hombre anciano y enfermo de la vista, y he de ocuparme todos los días con cartas semejantes a la suya ¿No sería conveniente que tomase usted esto en consideración?

Procure usted formular su propia fe por sí mismo, ¡y verá cuán difícil y cargada de responsabilidad se torna cada palabra! Después intente usted vivir su fe; no han de faltarle graves problemas a un muchacho alemán de hoy.

AL PROFESOR TOSHIHIKO KATAYAMA, Tokio

Agosto de 1934.

Querido colega:

Su amable carta me ha causado una gran alegría, y le doy a usted las más cordiales gracias por ella, lo mismo que por los dos cuadernos, el artículo sobre el Lauscher y su hermoso poema solar a la muerte.

Lo que señala usted sobre su artículo acerca del Lauscher es muy comprensible para mí. Las dos almas han aparecido en el curso de mi vida bajo diversos nombres e imágenes, y también la designación de apolíneo-dionisiaco perteneció en la juventud, durante algún tiempo, a mi vocabulario. Más adelante me acostumbré a ver estas dos almas como dos polos, entre los cuales el ir y venir de las corrientes y las tensiones puede traer, sí, luchas y dolores, pero significa siempre vida.

Si le es posible encontrar en Tokio el periódico berlinés *Neue Rundschau* hallará usted en el número de mayo de 1934 una narración mía, en la que podrá ver con qué ocupo mis horas desde hace algunos años, ya que se trata de un trozo extraído de una composición literaria más amplia, con la cual juegan mis pensamientos desde hace varios años.

El interés de los japoneses por la poesía alemana me ha llenado de alegría en más de una ocasión. Hace algunos años me visitó un profesor japonés, que cursó estudios en Europa durante algún tiempo. Había visitado en Alemania los lugares de nacimiento y sitios donde vivieron Goethe, Heine, etc.; estuvo también en mi ciudad natal y vino luego hasta Montagnola, para contármelo. En Alemania hay muy pocas personas que podrían hacer otro tanto. Pues, ¡y su artículo sobre el Lauscher! Cuando apareció la nueva edición del hoy olvidado *Lauscher*, hace cosa de un año, la prensa en Alemania apenas se dignó enterarse de ello, porque encontraban a este viejo libro "polvoriento y romántico"; toda la crítica alemana declinó la tarea de ocuparse de él más al pormenor. Sé, naturalmente, que tampoco entre ustedes, allá en el Japón, se ocupan los hombres exclusivamente en traducir a Goethe y escribir hermosos poemas, pero como he sentido a lo largo de toda mi vida una predilección especial por el Oriente, me causa alegría saber que uno de los pueblos orientales, al menos, sabe algo de mí y tiene una cierta relación conmigo; y como la distancia hermosea todas las cosas, su patria japonesa me parece a

veces una tierra dulce, sosegada y espiritual, pese a todas las actuales razones contrarias a esta afirmación.

De todos modos, tampoco falta entre nosotros la espiritualidad. Lo que más escasea es la meditación profunda, en el sentido de contemplación. Exceptuando una pequeña *élite* entre los católicos, esa actitud ensimismada, contemplativa, entregada reverentemente a un tema, es cosa desconocida hoy para los europeos, al tiempo que entre ustedes, desde el budismo hasta hoy, existe una tradición mucho mayor a este respecto.

Pero sea como fuere, alegrémonos de que, pese a las pasiones y crueldades de este mundo políticamente infantil, existan por doquiera en las naciones hermanos de nuestra pequeña orden, que no hacen historia ni emprenden conquistas, sino que piensan, contemplan y hacen música. Aquí es donde somos hermanos y colegas, y nuestro deseo es tocar tan pulcra y justamente como sea posible nuestras flautas y nuestros violines.

Con afectuosos saludos, extensivos a W. Gundert...

AL DR. WILHELM STAEMPFLI, Berna

25 de septiembre de 1934

Estimado Dr. Stiimpfli:

Me pregunta usted cómo me imagino y represento mi vida, caso de que hubiese sido impresor. Pues bien: no creo que fuese distinto en ningún aspecto a lo que ahora soy. Tampoco hubiese utilizado en modo alguno el aparato tipográfico solamente para mis propios escritos, sino que hubiese hecho copias de algunas palabras importantes con las que me he tropezado a lo largo de mi vida y las habría enviado a algunas docenas de amigos y conocidos, como granos de simiente de los cuales muchos se pierden, pero algunos dan fruto. Por ejemplo, hace mucho tiempo que habría reunido en un hermoso pliego las frases y pensamientos sobre la música y sus leyes que se encuentran en los antiguos chinos. Como sustitutivo de ello, he entresacado las frases más importantes sobre música que figuran en la Primavera, de Lü Bu We, y las incluyo en el prólogo de mi próximo libro, que hace poco tiempo he concebido en su cuarta y definitiva versión, muy modificada por cierto...

AL DR. C. G. JUNG, Küsnacht

Septiembre de 1934.

Distinguido y estimado Dr. Jung:

Me ha dado usted una gran alegría con su carta, que le agradezco muy de veras. Mi *Späherblick* (1), del que usted habla, no anda muy allá. En general, yo me inclino menos a la diferenciación y al análisis que a la visión de conjunto, a la armonía total.

Lo que dice usted acerca de la sublimación hiere ciertamente a nuestro problema en el punto medio y me aclara perfectamente la diferencia entre su concepción y la mía. Comienza con la confusión expresiva e idiomática tan en boga hoy, según la cual cualquiera utiliza a su gusto y capricho una definición o una calificación determinada. De este modo, usted reserva para la Química el término *sublimatio*, mientras que Freud opina de modo distinto, y yo también. Quizá sea, en realidad, la palabra *sublimatio* un producto verbal de la Química; no lo sé, pero sé que *sublimis* (y también *sublimare*) no pertenecen a un lenguaje esotérico, sino al latín clásico.

(1) "Späherblick": mirada escrutadora o espiadora.

Pero sobre este punto sería fácil llegar a un acuerdo. Por esta vez, tras de la cuestión lingüística se oculta algo real. Comparto y apruebo su concepto de la sublimación freudiana; yo no he defendido esta sublimación freudiana en contra de usted, sino el concepto en sí, que es, para mi modo de ver, un concepto importante en el conjunto de la cultura. Y es aquí, en todo caso, donde difieren nuestras opiniones. Para usted, el médico, sublimar significa algo buscado y querido, traslación de un impulso a una zona impropia de aplicación. Para mí, sublimación es, en último término, *represión*, pero solo aplico esta alta palabra allí donde me parece que está permitido hablar de una represión o eliminación *afortunada*, esto es, en la repercusión de un impulso en una zona impropia, sí, pero de alto rango cultural, como, por ejemplo, la del Arte. Considero la historia de la música clásica, por ejemplo, como la historia de una técnica de la expresión y del ademán, en la cual filas enteras y generaciones de maestros, casi siempre sin sospechar siquiera lo que hacían, han trasladado sus impulsos a una zona o ámbito que de este modo, y basándose en este auténtico *sacrificio*, llegó a una culminación de plenitud, a un clasicismo. Un

clasicismo semejante merece para mí cualquier sacrificio, y si, por ejemplo, la música clásica europea ha exigido a sus maestros, en el rápido camino de su plenitud, desde 1500 hasta el siglo xviii, muchos más servidores que víctimas, ella irradia desde siempre, e ininterrumpidamente, luz, consuelo, valor y alegría, y ha sido y será durante mucho tiempo para millares de personas, aunque ellas mismas no lo supiesen, una escuela de sabiduría, de valor, de buen arte de vivir.

Y cuando un hombre dotado e inteligente consigue tales cosas con una parte de sus fuerzas impulsivas, considero de supremo valor su existencia y su quehacer, aunque él sea quizá como individuo un caso patológico. Por tanto, lo que me parece ilícito durante un psicoanálisis, esto es, la desviación hacia una sublimación aparente, me parece permitido, incluso deseable y de alto valor cuando consigue su propósito, cuando el sacrificio rinde fruto.

Precisamente por ello es tan difícil y tan peligroso el psicoanálisis para los artistas: porque puede vedarle a quien lo toma en serio, y para toda su vida, el ejercicio del Arte. Si tal cosa ocurre con un diletante, bien está; pero si sucediese con un Haendel o un Bach, preferiría, sin duda, que no hubiese análisis alguno y nos quedásemos a cambio con Bach.

Dentro de nuestra categoría, dentro del Arte, los artistas llevamos a cabo una auténtica *sublimatio*, y no por voluntad y orgullo, sino por gracia; claro es que, al hablar así, no me refiero en modo alguno al *artista* tal y como lo imaginan el pueblo y el diletante, sino el servidor. Y Don Quijote, que aun en medio de la locura sigue siendo un caballero, es también una víctima.

Bien; voy a terminar. No soy un analítico ni un crítico; si echa usted un vistazo al lote de libros que le remití, encontrará que me expreso de modo crítico muy raras veces y de manera accidental, y que jamás condeno, esto es, que si me encuentro con un libro al que no puedo tomar en serio y estimar, me conformo con apartarlo a un lado, sin expresar opinión alguna sobre él.

Siempre he tenido ante usted, instintivamente, la sensación de que su verdadera fe es una fe auténtica, es un misterio. Su carta no ha hecho sino confirmármelo, y esto me llena de júbilo. Para su misterio cuenta usted con la parábola de la Química, del mismo modo que para el mío cuento yo con la de la música, y no, por cierto, de una música cualquiera, sino de la clásica. En Lü Bu We, capítulo segundo, se encuentra todo cuanto es posible decir, formulado con sorprendente justeza y exactitud. Desde hace años, y entre muchos contratiempos exteriores e interiores, ando tejiendo en los hilos del sueño para

acercarme a esta parábola musical, y espero que llegue el día en que pueda mostrarle algo de ello.

AL SR. A. B., Göttingen

Octubre/noviembre 1934.

...Su carta me entristece, y no me parece casualidad el que haya sido escrita por un teólogo justamente después de su examen de grado. Está dominada de un modo tan absoluto por la *ratio* y por la desesperada desconfianza en la *ratio*, que su autor parece encontrarse precisamente en ese punto en que, según todos los grandes teólogos, y a la cabeza de ellos Agustín, se halla en último término el conocimiento y la experiencia de sí mismo, y solo queda morir o resignarse hasta que suceda el milagro y se abra camino la redención.

Podría decirse: quizá no ha sido la teología mejor, la que ha estudiado usted y le ha conducido hasta la desesperación en el yo y el espectáculo de la tragedia del mundo, mientras que el verdadero contenido de la religión empieza precisamente ahí. Pero esto también es un logro, aunque se me antoja que en esa su desesperación y su aniquilamiento hay todavía un viso del orgullo de la *ratio*, que duda de sí misma, sí, pero que no puede rendirse. La razón y la espiritualidad están forzadas al máximo y giran en vacío, carentes de contenido en apariencia. De este modo, usted camina a través de un mundo desvalorizado, al igual que el autor del *Morgenlandfahrt*, hasta que vuelve a encontrar a Leo.

Sobre el suicidio no sé gran cosa; sin embargo, tengo la presunción, no demostrable, de que solo debe cometerse y lograrse cuando un alma se encuentra de veras, duradera y desesperadamente, apartada de sus fuentes íntimas. Yo no creo que el suicidio pueda ser precipitado o impedido mediante consideraciones reflexivas del propio suicida, ni tampoco mediante la persuasión de un tercero. Si así no fuese, quizá tuviese cierta influencia sobre usted la consideración de que hoy un joven teólogo alemán está llamado por el destino a las más grandes empresas que sea capaz de acometer.

Tenemos que dejar esta tarea a la propia vida y a los buenos y nobles espíritus, que usted no alcanza a ver por el momento. Yo veo el mundo y nuestra vida, contemplados con la razón, apenas un tanto más tenebrosos de lo que usted los ve. Pero yo tengo, sin embargo, una fe, o quizá una paciencia, lo cual significa que dentro de mí vive algo, muy pequeño a veces, y muy débil,

pero que puede engrandecerse de nuevo sin mi concurso, y que me permite vivir la vida aun sin una justificación racional.

El *Regenmacher* (I) apareció en primavera en el *Neue Rundschau*, y allí también aparecerá en diciembre un pequeño trozo de la obra total, del cual solamente han aparecido con anterioridad estas dos pequeñas partes. Esta vez va todo muy despacio, con pausas de medio año y aun de un año entero. He realizado algunos estudios para alimentar convenientemente a mi plan, que me atarea y atormenta desde que terminé el *Morgenlandfahrt*; entre ellos citaré las numerosas lecturas del siglo xviii, y muy en especial el pietista suabo Octinger, que tanto me gusta; también algunos estudios sobre música clásica, en los cuales me ha ayudado un sobrino que es organista, y buen conocedor y coleccionador de música antigua, al cual he tenido conmigo un par de semanas, durante las cuales alquilé un pequeño piano que ha dado vida y sonido a mi casa, de ordinario tan silenciosa.

Adiós, y vuelva usted a escribirme.

(1) "Regenmachcr": creador o hacedor de lluvia.

AL SR. M. P.

Baden, 22 de noviembre de 1934

Estimado Sr. P.:

Me ha alegrado mucho recibir su amable carta, junto con las hermosas fotografías de nuestras colinas, por todo lo cual le doy las más expresivas gracias; también fue un gratisimo saludo para mí el hermoso y querido rostro el naturalista Fabre. Contesto, como siempre, con una lamentable máquina de escribir, y por ello he de rogarle nuevamente un poco de indulgencia. Entre lo que se me exige cada día, en correspondencia, etc., y lo que pueden dar de sí diariamente mis pobres ojos, hay un malentendido cada vez mayor. Yo necesitaría tener una oficina, o al menos un secretario, para dar salida a todo mi trabajo, pero tal cosa me sería del todo imposible.

Me alegra mucho, pues, que acepte usted mis palabras sobre su libro y encuentre agrado en ellas. Ver y subrayar lo positivo y bienhechor me ha parecido siempre la tarea fundamental de quien ejerce el oficio de intermediario

entre libros y lectores. Por ello, solo en muy raras ocasiones me he permitido en mi vida censurar libros públicamente. Si nada hay que alabar, me callo.

Su carta me alegra también en otro sentido. Yo le había considerado a usted, de modo prematuro y como consecuencia de una serie de impresiones, un católico, esto es, un convertido, porque ya sabía que es usted judío de origen. Ciertamente, podría usted convertirse al Catolicismo hoy o mañana, sin que este hecho modificase en absoluto mi actitud para con usted. Pero en el fondo me agrada mucho más el que no se haya convertido usted. En primer lugar, la permanencia en lo heredado y la fidelidad a los orígenes es cosa más hermosa. Y en segundo lugar, yo creo en una religión situada fuera de, entre y por encima de las diversas confesiones; una religión indestructible, al tiempo que, pese a todo mi respeto, incluso amor, por la forma romana del Cristianismo, no tengo a esta forma por indestructible y eterna. Por lo demás, la sensación de saberse cobijado dentro del Catolicismo da en ocasiones a los espíritus poco nobles aquel orgullo y aquella pedantería desamorada que emanan, por ejemplo, del libro de Thieme; por no hablar de que este libro, que para Kant, etc., no contiene sino agudezas baratas, coquetea con el fascismo del modo más descarado. En estos casos yo me siento un auténtico protestante y considero lo antiespiritual y antidivino de tales fenómenos como verdadero papismo, aunque lo hago solo por breves instantes.

Por lo demás, comprendo mejor sus escritos al saber que no es usted católico. Alguna vez conversaremos acerca de todas estas cosas; tiempo habrá para ello.

AL PROFESOR C. BRINKMANN, Heidelberg

Baden, primeros de diciembre de 1934.

Distinguido y querido colega de la otra Facultad: Le agradezco sus líneas, que me han causado una gran alegría. Las recibí en Baden, donde permaneceré aún cinco o seis días, antes de volver a Montagnola, donde resido.

Hay una frase en su carta con la que no estoy de acuerdo. Dice usted que mi reconocimiento de una "necesidad de medida" es totalmente alemán. Yo no creo así. Alemán es justamente lo contrario. Alemán significa falta de medida, entusiasmo por lo dinámico, mocedad, desasosiego, junto con todas las virtudes y los graves defectos de tal constitución. La "necesidad de medida", conocida por nosotros en hermosos ejemplos, desde los griegos y los franceses, y todavía más evidente en los grandes clásicos chinos, se me antoja precisamente esa

necesidad humana, desnacionalizada o supranacional, aquella necesidad del alma, cuya voz es a un tiempo admonición para el pensamiento de la Humanidad y, en último término, de toda vida como unidad. Reivindicar esta suprema capacidad del hombre de acercarse a la divina Unidad desde el Yo, desde el Yo colectivo de la nación, reivindicar esta capacidad, digo, como virtud especial de una nación, me parece justamente lo contrario de aquella necesidad desmedida. No; esta necesidad es tan alemana como alemán era Goethe, el antipatriota, y tan griega como griego era el Sócrates condenado a muerte, porque está evadida del imperio del orgullo y de las ametralladoras. Desearía tan solo evitar todos los malentendidos. Si puede usted, eche un vistazo a los números correspondientes a mayo y a diciembre de la *Neue Rundschau*. Le saluda su afectísimo...

A LA EDITORIAL PHILIPP RECLAM JUN., Leipzig

Que me sugirió algunas modificaciones "de acuerdo con la época" en mi "Biblioteca de la Literatura Universal".

13 de diciembre de 1934.

Muy señores míos:

He recibido y meditado cuidadosamente su carta relativa a la nueva edición de mi tomito aparecido en su Biblioteca Universal, y siento no poder prometerles a ustedes el cumplimiento de sus deseos.

Y esto por dos motivos distintos, uno externo y otro interno.

El motivo externo, que me imposibilita para llevar a cabo una nueva y seria elaboración del librito, es la precaria salud de mis ojos y mi exceso de trabajo; apenas puedo despachar en el día lo más imprescindible.

De este modo me resultaría imposible, por ejemplo, ocuparme de improvisado con la *Edda*, escribir algo sobre ella, comparar entre sí las diversas traducciones, etc.

No menos imperiosos para mí resultan los motivos internos. Ustedes saben que mi obrita no es, en modo alguno, una guía objetiva y didáctica para recorrer las diversas literaturas, sino una confesión absolutamente personal acerca de cuantas experiencias de lector he podido acumular en mis cincuenta y siete años. Y no quisiera variar en lo más mínimo estas experiencias y esta

confesión. No considero de menos valor, hoy, a determinados libros y autores tan solo porque así lo haga el gusto de la época, ni quito de mi ensayo cosas que son para mí predilectas e importantes..., solo porque así lo recomiende la coyuntura histórica.

Solo veo dos caminos para resolver este atolladero. El más sencillo, al cual me siento inclinado, es este: que ustedes me restituyan todos los derechos sobre la obrita después de vender la actual edición, con lo cual el libro no volverá a ver la luz. El segundo sería este: que ustedes impriman otra vez mi antiguo texto, sin corregir ni un ápice, excepto algunas erratas de imprenta. En este caso, yo también estaría conforme con que ustedes variasen en la lista de libros de mi obrita aquellas ediciones de bibliografía que no se encuentran ya o que es posible sustituir por ediciones igualmente valiosas de su propia editorial.

No obstante, quiero dejar sentado de modo expreso y terminante que en ningún caso podrán introducirse otras modificaciones en la lista de libros, tales como, por ejemplo, eliminación de autores judíos, etc. Ustedes indican como recomendable una serie de modificaciones semejantes, y yo comprendo su postura, pero no es la mía. En este punto no me es posible hacer concesiones.

Quizá reflexionen ustedes una vez más acerca de toda esta cuestión. Si aceptan mi ofrecimiento de renunciar a una nueva edición y devolverme los derechos de autor, tienen ustedes la posibilidad de elaborar una guía a través de las literaturas con el concurso de un historiador de la literatura que sea más objetivo y, al mismo tiempo, más conforme con la época actual de lo que yo soy, y que sustituya en el futuro a mi intento subjetivo.

AL SR. H. M., Breslau

1934.

Solo puedo responderle a usted muy brevemente; no es posible en modo alguno explicar cosas como estas a distancia y por correspondencia. Así, pues, y con la mayor brevedad (porque ando sobrecargado de trabajo y padezco de la vista desde hace años): me sorprende que usted solo haya leído, como es cosa patente, la mitad de mi *Goldmund*, y por cierto la que se refiere al mismo Goldmund. La otra mitad, la de Narziss y su mundo, ha resbalado sobre usted sin dejar huella. Pero tanto el libro como su mundo carecen de sentido si se les divide de este modo; Narziss debe ser tomado en consideración tanto como Goldmund, porque es, en realidad, su polo opuesto.

Sus pesares provienen de que usted pertenece a ese género de personas que llevan innatas en sí la posibilidad y la aspiración a una personalidad. No es fácil la vida para ellos, pero en compensación solo para ellos se abre el mundo de la belleza y del espíritu. Prosiga usted este camino; en vano intentará acomodarse al mundo vulgar. Eche usted algún día una ojeada al *Demian* y también al último poema de mi libro *Vom Baum des Lebens* (en la editorial Insel). En estas dos confesiones, tan contradictorias entre sí en apariencia y a las que pertenece también el *Siddhartha*, puede usted encontrar la combinación que expresa con bastante justeza mi visión del mundo y de la vida. Captarla dentro de un sistema de conceptos y dar a la vida un sentido objetivo y dogmático, tal y como espera usted de mí, son cosas que me veda mi propia condición de artista. Entre las diversas confesiones religiosas que ha formulado la Humanidad, venero por encima de todas la de los antiguos chinos y la de la Iglesia católica. Pero en ellas también hallará el individuo destinado a lograr una personalidad no simplemente el sosiego y el descanso, porque su sentido no es el sosiego y a su sentido pertenece el procurarse a sí mismo permanente inquietud.

A UN REDACTOR SUIZO

17 de enero de 1935.

Uno de estos días apareció en su periódico un pequeño desliz: me refiero a una impropia ofensa contra la editorial judía S. Fischer, de Berlín, por causa de la omisión de una nota a pie de página en el libro de Annette Kolb.

Por diversas razones, pero muy principalmente por el mejor entendimiento entre compañeros de profesión, debo adoptar una postura ante este hecho, y dar el mentís al irresponsable ofensor de la Editorial Fischer. Este tal ha incurrido en un error. Debería y podía saber que la Editorial Fischer, junto con su *Neue Rundschau*, constituye hoy día en Alemania uno de los escasísimos puntos en los que la razón y la decencia humanas hallan refugio en medio del caos general. Entre otras cosas, un importante sector de mi trabajo consiste, desde hace casi dos años, en señalar mediante mi crítica de libros en las páginas de la *Rundschau*, precisamente aquellos libros que ninguna otra publicación del Reich se atreve hoy a destacar con semejante valentía: los libros de los judíos, los católicos y los protestantes, cuyo espíritu y manera de pensar es contrario al sistema imperante y se esfuerza, por el contrario, en defender y guardar la buena tradición y la honestidad intelectual.

Según mi modesta opinión, ustedes deberían no solo no sabotear nuestros honrados esfuerzos - a veces no exentos de peligros - mediante ataques tan insensatos, sino, por el contrario, alegrarse de ellos. La *Rundschau* es, por ejemplo, la única publicación periódica actual, de entre todas las alemanas de las que fui anteriormente colaborador, que se atreve todavía a publicar mis trabajos sobre judíos, católicos, etc., en tanto que presentan oposición al actual régimen de fuerza. Todas las demás han rehusado hacerlo. Y la antigua y no judía Editorial Reclam, de Leipzig, me ha sugerido, no hace mucho tiempo, que reforme totalmente, con vistas a su nueva edición, mi librito sobre literatura universal, tachando casi todos los nombres judíos, etc. Como es natural, he rechazado categóricamente tal sugerencia.

Lo repito: no debería usted publicar ninguno de tales hechos, porque con ello nos aniquilaría a nosotros y a nuestra tarea. Lo más villano del reproche publicado en su periódico es que el injuriado no tiene ni siquiera la posibilidad de desmentir las imputaciones, porque se encuentra asediado y observado en un país dominado por el terror. No deberá usted repetir a nadie nada de cuanto aquí le digo; pero usted, la redacción y también aquel irreflexivo colaborador deben ser puestos en guardia ante semejante irreflexión, para que nunca vuelva a ocurrir nada semejante.

Y vamos ahora a los hechos: la Editorial Fischer ha tenido el no pequeño valor de imprimir en el libro de Annette Kolb la ya citada nota a pie de página (sobre los judíos); nueve décimas partes de los editores alemanes no hubiesen sido capaces de hacer tal cosa.

Después (y no en la segunda, sino en la quinta edición) una Fiscalía de Audiencia alemana - sin duda mediante denuncia - ha sido advertida de la existencia de la referida nota. La Editorial se ha visto así abocada a la decisión de escoger entre la supresión de la nota o la confiscación y prohibición del libro. Hubiese estado en su perfecto derecho si acto seguido hubiese tachado la nota en cuestión, sin más. Sin embargo, no hizo tal cosa, sino que el director de la Editorial acudió a París para visitar a Annette Kolb, le expuso las circunstancias y recibió su conformidad para la supresión de la nota, porque la autora prefirió la pérdida de esta a la pérdida de todo el libro. La Editorial no hubiera podido comportarse de modo más correcto y más pulcro.

¿Opina quizá su colaborador que el editor hubiera debido, tan solo por el gesto, renunciar al libro y a la autora, hacer prohibir el libro y acabar, posiblemente, en un campo de concentración? Vistas desde el extranjero, tales exigencias donquijotescas son muy fáciles y muy poco costosas de plantear.

Espero que le resulte grato recibir estas explicaciones. En medio de mi abrumador trabajo, me he tomado la molestia de llevar a cabo esta información, no en modo alguno por el hecho de que Fischer sea también mi editor, sino porque es obvio que tampoco usted tiene muy clara idea de las condiciones en que se desenvuelve el trabajo espiritual y cultural en la Alemania de hoy. Yo mismo me encuentro comprometido en medio de este trabajo, cuya meta es apoyar y confortar un pensamiento puro en una minoría, más allá de la maldad y en medio del terror, y salvarlo para una época venidera, hasta donde sea posible hacerlo. La editora judía Fischer, blanco de las pullas de su colaborador, pasa actualmente por momentos harto amargos, y se ha mostrado en esta tarea como un camarada fiel y dignísimo. Por esto le he escrito a usted.

Dirijo la carta a su nombre, querido colega, porque no sé quien es el responsable directo de aquel descuido. No espero respuesta; solo espero que usted quede enterado de estas apreciaciones mías.

A UNA LECTORA RESIDENTE EN STUTTGART

23 de febrero de 1935.

Estimada señorita:

Solo puedo responderla muy brevemente, pero no obstante deseo hacerlo. Durante toda mi vida he buscado la religión que me resultase más adecuada, porque si bien nací y fui educado en el seno de una familia auténticamente piadosa, jamás pude aceptar el Dios y la fe que allí me eran ofrecidos. Esto se desenvuelve en algunos jóvenes con mayor o menor dificultad, según el grado de personalidad para el que están capacitados. Mi camino fue emprender la búsqueda de modo totalmente individual, esto es, buscarme ante todo a mí mismo y formar mi personalidad hasta donde me fue dado hacerlo. A esta etapa pertenece cuanto se narra en el *Demian*. Más tarde he sentido especial predilección durante algunos años por las concepciones religiosas de los indios, y después he ido conociendo, poco a poco, los clásicos chinos; solo mucho tiempo después de haber perdido la juventud comencé lentamente a trabar conocimiento y familiaridad con la fe dentro de la cual fui educado. En ello ha jugado un importante papel el Cristianismo católico clásico, pero yo me sentí impulsado a meditar y reconocer nuevamente las formas protestantes del Cristianismo, y también he recibido muchas cosas buenas y alentadoras de parte de la literatura judía, en especial de los libros casídicos y de algunas obras judías recientes, como quizá la *Realeza de Dios*, de Martin

Buber. Nunca he pertenecido a ninguna comunidad, Iglesia o secta, pero hoy día me considero casi un cristiano. Una confesión en la que procuré exponer con la mayor precisión posible los fundamentos de mi fe actual es el poema *Reflexión*, escrito a finales de 1933, y que se encuentra al final de mi tomito de poesías publicado en la colección Insel.

A su pregunta sobre el *Knulp*, podría responder lo siguiente: en oposición a ciertos programas de moda, no considero tarea propia del poeta el ofrecer a sus lectores normas de vida y de humanidad, y ser omnisciente y normativo. El poeta presenta y ofrece lo que le agrada, y figuras como *Knulp* son, para mí, muy atrayentes y gratas. No son "útiles", pero causan muy poco daño, muchísimo menos que muchas cosas útiles; y juzgarlas no es incumbencia mía.

Creo, por el contrario, que si personas bien dotadas y de fino espíritu, como *Knulp*, no encuentran sitio en el mundo que les rodea, este mundo es tan culpable como el mismo *Knulp*; y si hubiese algo que yo pudiese aconsejar a mis lectores, sería esto: amar a las personas, incluso a las débiles, incluso a las que no sirven para nada; pero no juzgarlas jamás.

Quizá le sirvan a usted de algo estas palabras; no tengo más que decir.

AL SR. VICARLO D. Z., Fehrbellin

3 de marzo de 1935.

...He intentado en aquel poema (*Reflexión*), en diciembre de 1933, bosquejar en primer lugar para mí mismo, del modo más fiel y exacto posible, los fundamentos de mi fe. Evidentemente, usted ha tomado el poema de modo menos literal de lo que yo había pensado; al menos en él se califica al Espíritu, expresamente, como "paterno", mientras que usted ha leído "materno".

Presume usted, acertadamente, que en la raíz de este poema se oculta una mutación, esto es, una iniciada "reflexión" sobre mi origen y antecedentes, que son cristianos. La necesidad de formulación surgió, no obstante, del actual combate entre una concepción "biocéntrica" y una concepción "logocéntrica", y yo quería pronunciarme claramente a favor de la "logocéntrica".

Usted ve en mi intento un grave peligro, y también una irrupción de lo no cristiano en un recinto y una terminología que considera usted como "terreno vedado" de la Teología y de la "Iglesia", solo dentro de la cual, según su

carta, es posible el Cristianismo. Pues bien: mucho antes de aparecer el Cristianismo hubo ya profesiones de fe espiritualistas y también las ha habido al mismo tiempo que él. Y esa "Iglesia" de la que usted habla, me ha faltado desde mi infancia y hoy día existe para mí menos todavía que antaño. Sobre el hecho de que exista o no, fuera de la católica, algo semejante a una "Iglesia", opinamos de distinta manera: yo no puedo ver dónde está esta iglesia y jamás me he tropezado con ella, mientras que me he encontrado con innumerables formas de fe y de Cristianismo sobre la base de otras tantas Iglesias locales, comunidades, etc. Si algún día llego al convencimiento de que no me es posible vivir sin una Iglesia, me confiaré a la única que puedo reconocer y venerar como tal, esto es, la Romana. Por el momento, sin embargo, y a pesar de mi progresivo retorno a la atmósfera cristiana de mi juventud, tal cosa me parece muy improbable; soy en el fondo demasiado protestante y no podría por menos de considerar como una debilidad semejante conversión, pese a todos los atractivos que pudiera ofrecer.

El que, como su carta supone, exista una Iglesia protestante y una Teología autoritativa y común a las diversas confesiones protestantes, es cosa que no sabía en absoluto. Desde mi niñez he conocido reformados, calvinistas, luteranos, la Iglesia nacional de Württemberg, en la que fui confirmado y que viene a ser una especie de mezcla de luterana y reformada; además he tenido contactos espirituales y personales con los círculos de pietistas y hermanos moravos... ¡En ningún lugar pude descubrir la menor huella de una Iglesia que mantuviese la pretensión, o la cumpliera, de ofrecer un asilo y un dogma común a todo el protestantismo! Como ideal y dechado existía esta Iglesia, sin duda, de un modo semejante, quizá, a como existe en las historias de herejes del viejo Arnold. Pero nunca me he encontrado, llevadas a la realidad y dotadas de una autoridad, a esta Iglesia y esta Teología de las que habla usted como si fuesen una realidad.

He de guardarme muy mucho de desarrollar prematuramente la confesión de mi poema; por el contrario, debo permanecer en mi camino, que quizá llegue un día a hacer de mí un cristiano completo. No he leído demasiados libros teológicos, y más católicos que protestantes. A las más venerables y atrayentes personalidades de la piedad protestante pertenece, para mí, Oetinger. Pero tampoco su teología es autoritativa.

Bien; basta por hoy. Me llaman ya. Solo podía satisfacer a medias su deseo; estime usted tan solo mi buena voluntad.

AL SR. E. K., Andeifingen

7 de mayo de 1935.

Querido señor K.:

Con mis reseñas de libros ocurre lo siguiente: durante todo el año yo informo sobre lo que voy leyendo, pero solamente sobre aquellos libros que en algún sentido tienen algo de ejemplar y valedero, a los que considero como un fruto y un producto de nuestra época y a quienes supongo capaces de sobrevivir hasta el día de mañana o de pasado mañana. Le adjunto a usted una de estas reseñas bibliográficas. En ella verá usted que entre las lecturas favoritas para mí no figuran por lo común las creaciones literarias, en especial las muy recientes. Soy un hombre anciano y siento afecto por la juventud, pero mentiría si dijese que me interesa esta apasionadamente. Para los viejos, sobre todo en épocas de tan amarga prueba como esta que vivimos, no existe sino una cuestión apasionante: la pregunta por el espíritu, por la fe, por el género de inteligencia y de piedad que se han acreditado como válidas, que han sabido estar a la altura de los padecimientos y de la muerte. Saber resistir estos padecimientos y esta muerte, es tarea propia de la vejez. Entusiasmarse, responder a un estímulo, sentirse lleno de fervor, es temple de ánimo propio de la juventud. Y ambas, vejez y juventud, pueden respetarse mutuamente y guardarse recíproca amistad, pero hablan dos lenguajes distintos.

Por ello, no quisiera reseñar su libro. Ciertamente, he hecho algunas excepciones, muy raras veces, y he comentado aquí y allá un libro llevado solamente por un sentimiento de compañerismo profesional o de deferencia personal, pero después de hacerlo no he tenido nunca la impresión de que haya servido para algo útil o haya sido cosa justa y acertada. En Alemania reseño provisionalmente - esto es, hasta el día en que me declaren autor prohibido - esos libros que nadie se atrevería a comentar, esto es, libros de judíos, de católicos, de adeptos a una fe cualquiera que se oponga abiertamente a la que hoy domina allí. Pero no hable usted de ello con sus camaradas; estas cosas deben suceder en el más estricto silencio.

Leeré sus poemas con mayor cuidado; padezco de la vista y me veo obligado a leer y escribir diariamente mucho más de lo que podría y debería hacer en realidad. Pero he leído ciertas cosas en su libro, y lo que me agrada en él no es simplemente el sonido de la juventud (que siempre tiene para los viejos algo que habla a su sentimentalismo), sino un cierto hálito de piedad. Considero a la devoción o piedad la mejor de cuantas virtudes podemos tener, más valiosa que todos los talentos; y yo entiendo por devoción no el ejercicio de

sentimientos solemnes en un alma individual, sino ante todo la piedad. El respeto del individuo ante la totalidad del mundo, ante la Naturaleza, ante los demás hombres; el sentimiento de saberse comprometido y de compartir la responsabilidad.

Y basta por hoy; he charlado demasiado. Gracias y un saludo.

AL PROFESOR J. W. HAUER, Tübingen

16 de mayo de 1935

Querido señor Hauer:

Me han alegrado mucho su saludo y su envío; poco a poco iré trabando conocimiento con él, aunque haya de ser harto lentamente porque estoy siempre sobrecargado de trabajo. Hoy quisiera tan solo decir un par de palabras muy generales acerca de la postura que adoptan ante sus problemas Suiza y el extranjero en general. Usted no es un profesor vulgar y corriente, de los que opinan que el mundo debe compartir sus propios puntos de vista y se admiran de que el extranjero piense de modo distinto al sabio asalariado para defender ciertas direcciones del pensamiento. En el extranjero se intentará conciliar ahora, y sin duda durante bastante tiempo, todos los aspectos ideológicos que corran, al parecer, paralelamente a los poderes dominantes. El lector de un periódico, por ejemplo, no establece distinción alguna entre usted y los cristianos alemanes; en ambos ve los defensores de una concepción del mundo que ha sabido llegar hasta el poder y cuyas manifestaciones externas consisten, entre otras, en persecuciones de judíos y cristianos. Y como el extranjero no es solamente un observador platónico de las circunstancias por las que pasa Alemania, sino que se encuentra en un intercambio y una relación con Alemania diarios y prácticos, y como, asimismo, existe por ejemplo en Suiza un gran número de gentes que han expresado su fe en el resurgimiento de Alemania, desde el final de la inflación, suscribiendo los empréstitos alemanes, y estos empréstitos se han evidenciado hoy como una especie de estafa...; bien, en pocas palabras: por estos y otros motivos, el extranjero se inclina a ver en toda nueva ideología que surge en Alemania un intento de glorificación de estos nuevos métodos y del poder brutal en general.

Por mi parte, he leído muy pocas veces noticias sobre usted en las publicaciones suizas. En una ocasión se publicó un sucedáneo de los Diez Mandamientos bíblicos, atribuido a usted. La mayoría de los mandamientos eran semejantes, pero formulados con mayor debilidad que en la Biblia, y el

"No matarás" había sido suprimido. Yo no sé hasta dónde estaba esto corrompido y desfigurado; pero sobre la mayoría de los lectores del periódico obró el efecto de un robustecimiento de todas las ideologías cuya meta es la justificación de la violencia.

Mientras persistan estas tensiones entre el Reich y el resto del mundo, no debe usted esperar, naturalmente, que su movimiento sea considerado en la vida pública de otro modo que como una consecuencia de todo ello, bien corra paralelamente a esas glorificaciones de la violencia o tenga solo un sonido semejante a ellas. Nosotros, en el extranjero, tenemos acerca de estas cosas intereses y presupuestos previos muy distintos a los de usted. Y en conjunto, la simpatía del extranjero por el Cristianismo, que hasta hace bien poco era cosa casi olvidada, se fundamenta tan solo en que es más frecuente sentir simpatía por el perseguido que por los perseguidores, y también en que tanto en la Biblia como en el Cristianismo se presiente una moral que quizá sea la más apropiada para atemperar un tanto los ilimitados apetitos del afán de poder. Este punto de vista es hoy, y lo será durante mucho tiempo, el que mantiene el extranjero ante estos problemas; de aquí el interés novísimo por el Cristianismo y la Iglesia, y las muchas simpatías hacia Roma.

El extranjero no pregunta si su movimiento corresponde a la Alemania de hoy y puede ser de algún valor; pregunta, por el contrario: ¿puede servir este movimiento para glorificar la omnipotencia del Estado y robustecerla más aún, o no?

Basta por hoy. Solo quería intentar esbozar un par de líneas. Es lo mismo que en la Reforma: se cree estar filosofando y lo que se hace es preparar la Guerra de los Treinta Años.

AL SR. J. F., Colonia

22 de mayo de 1935.

...Por su carta veo que el amigo Hein ha dejado caer su sombra sobre el camino de usted en los últimos tiempos, promoviendo en usted una conmoción interna y externa. Pienso esto de usted con el mejor sentimiento de amistad. Ante lo heroico, y por tanto también ante la Stoá, soy por lo general desconfiado, y así he considerado durante toda mi vida, con muy raras excepciones (una de ellas fue la muerte de mi madre), que el camino más breve a través del mundo de los dolores es precisamente el que conduce directamente

por en medio del dolor, y yo me abandoné a él y a los poderes superiores, dejando en sus manos lo que hubiese de suceder en adelante.

Hallar una manera digna y humana de envejecer y una sabiduría y una postura acomodada a cada una de nuestras edades es arte sobradamente dificultoso; la mayoría de las veces nos enfrentamos al cuerpo con nuestra alma, bien por anticipación o por retardo, y a las necesarias correcciones de estas diferencias pertenecen también aquellos profundos trastornos del sentimiento vital más íntimo, aquel temblor y temor en las raíces mismas que nos sobrecogen en las enfermedades y las grandes quiebras de la vida. Me parece que frente a ellas se debe ser pequeño y sentirse uno pequeño, del mismo modo que los niños hallan de nuevo el equilibrio, tras una turbación cualquiera, mediante el llanto y la debilidad...

Le deseo a usted cuanto de bueno y redentor pueda experimentar el hombre en horas oscuras.

AL SR. H. M., Coblenza

Baden, 19 de noviembre de 1935.

...Le sucede a usted lo que a todos: en mis libros y en todos los libros lee usted solamente lo que corresponde a su temple de ánimo y a su grado de experiencia vital, del mismo modo que una planta chupa de la tierra lo que necesita para desarrollarse. Y como usted es joven y está en plena evolución, sumido a veces en dudas y presumiblemente tierno y propicio al dolor, lee usted en los libros, ante todo, las cosas que son una confirmación de sus tristezas y sus dudas.

Y mis libros ofrecen ocasión más que suficiente para ello. Yo he seguido el cuestionable sendero de la confesión, y en la mayor parte de mis libros, hasta el *Morgenlandfahrt*, he mostrado hartamente al pormenor mis debilidades y dificultades que la fe que me ha hecho posible la vida y me ha dado aliento y fuerzas a pesar de estas flaquezas.

Si usted pudiese emanciparse de sí mismo tan solo durante una hora, vería súbitamente que el *Steppenwolf*, por ejemplo, no trata tan solo de Haller, sino también de Mozart y los inmortales. Y descubriría usted en mis escritos anteriores, tales como *Knulp*, *Siddhartha*, etc., una fe no formulada dogmáticamente, es cierto, pero existente y real. He intentado formularla de modo poético, por vez primera, en el *Morgenlandfahrt*, y de modo directo en el

poema que cierra mi librito de poesías publicado por la Insel-Verlag. Desde hace casi cuatro años medito en un plan que todavía he de elaborar con más detalle y claridad.

En el fondo, naturalmente, considero innecesario formular una y otra vez, de modo renovado y subjetivo, el meollo de toda fe auténtica. Lo que el hombre es y podría ser, y de qué modo podría llenarse a sí mismo y llenar a su vida con un sentido, santificándola, son cosas que han predicado todas las religiones, y que se halla en Confucio tanto como en su aparente antípoda Lao Tsé, en la Biblia tanto como en las Upanishadas. Ahí está todo aquello en lo que puede creer el hombre y a lo que puede aferrarse.

El que pese a ello necesitemos también ese tipo de literatura y de testimonio vital que subrayan en la vida humana todo lo débil, lo dudoso, lo triste, etc., es cosa que justifica la existencia de libros tales como el *Lobo estepario*, etc. Quizá sea mi testimonio cada vez más positivo desde el *Morgenlandfahrt* en adelante. Pero aunque nunca llegase a ser así, yo sentiría que mi vida y yo mismo somos algo enfermo, acechado por los peligros, poco o nada ejemplar, ciertamente, pero también positivo y lleno de fe.

A LA SRTA. H. B., Wolfratshausen

5 de octubre de 1936.

Distinguida señorita:

Su carta me ha entristecido un poco. El que usted no sepa en absoluto por dónde tomar el *Demian*, el que usted se pregunte por qué hay personas que pueden escribir algo semejante, son cosas que me demuestran cumplidamente que mi quehacer y mi pensamiento son los de un ermitaño, y apenas son comprendidos. Pero esto es cosa que sabía ya desde hace varios decenios y me he resignado ya a ello.

No puedo contestar a sus preguntas. Pero quisiera decirle a usted algunas palabras sobre la lectura de libros en general. No se debería leer jamás con los pensamientos y las preguntas con que usted lo hace; cuando usted contempla una flor o aspira su aroma, no se dedica acto seguido a deshojarla y despedazarla, a investigarla y analizarla al microscopio para averiguar por qué tiene ese aspecto y exhala ese perfume. Por el contrario, usted dejará que la envuelvan y la penetren los colores y formas de la flor, su aroma, toda su presencia sosegada y llena de misterio. Y se sentirá usted enriquecida

interiormente por la experiencia de su encuentro con la flor solamente en la medida en que sea usted capaz de la entrega silenciosa y recatada.

Lo mismo que con la flor debería hacer usted con los libros de los poetas.

Justamente ahora, cuando me dispongo a terminar, me viene a las mientes el motivo por el cual su carta me ha causado un cierto dolor. Es este: que considere usted posible, después de haber leído el *Demian*, el que yo pudiese menospreciarla o rechazarla a causa de su estirpe judía...

AL SR. P. U. W., Praga

21 de enero de 1937.

...Apenas creo que sus creaciones literarias estén ya maduras para su publicación. En ellas hay muchas cosas bellas y prometedoras, pero les falta todavía independencia; se nota en ellas, fuertemente, la atmósfera literario-romántica, pero se nota también la huella de los modelos y de los estímulos que la han hecho florecer. En la pintura y el dibujo es más fácil acordarse del trabajo artesano y limitarse simplemente a ejecutar estudios y ejercicios; en la labor literaria resulta mucho más difícil, pero no obstante es necesario. Yo le aconsejaría: intente usted realizar, junto a sus restantes trabajos, ejercicios literarios, la descripción de recuerdos y experiencias, de cosas vistas, de obras de arte, la narración con palabra más exacta, precisa y escueta de que sea capaz, y revise usted una y otra vez tales ejercicios, hasta que cada una de sus palabras quede fija y firme y usted pueda salir en defensa de ellas sin rebozo. No puedo aconsejarle más, no sirvo en absoluto para maestro. Mis palabras son tan solo un estímulo inicial.

El *romanticismo* al que usted se refiere es también conocido y amado por mí; pero no me es posible inferir con claridad, de esos diversos intentos de usted, lo que podrá ser de ellos algún día. Porque no se trata en absoluto de evocar con todo lo anteriormente leído una atmósfera romántica general, lo que no es difícil, y yo mismo he cedido muchas veces a la tentación de este hechizo; no, no se trata de eso, sino de extraer, del fondo de la postura romántica, una labor poética responsable, con máximo rigor en el uso de la palabra y profundo cuidado en la aplicación de la imagen. El antiguo romanticismo está ahí y no necesita que lo creen de nuevo. En usted hay muchos sedimentos, pero todavía predomina el recreo en el temple de ánimo general, en el seguro caminar dentro de una escenificación romántica; también esta es algo hermoso, pero no basta, y aquel a quien le basta, no pasará jamás de ser un *dilettante*. Precisamente porque

usted se dedica también a la pintura y a la música, debería intentar no conformarse en la labor poética con la mera indicación del estado de ánimo, sino probar a dibujar y construir auténticamente con las palabras, de manera tan consciente y sobria como sea posible; jamás se aprende del todo esta tarea, renovada siempre desde el principio con cada nueva frase que se escribe.

Esto es todo cuanto puedo y sé decirle. El peligro de usted es, según mi opinión, la soledad en la que vive. A su edad no se soporta sin daño durante mucho tiempo. Busque usted a cualquier persona como compañero y amigo, enséñele usted su propia alma, muéstrole sus intentos, ponga atención en el efecto que causen; esta persona no necesita ser un genio en modo alguno.

Deseo que encuentre usted su camino. Si no triunfa con el dibujo, debería usted buscarse otro medio de sustento más usual. ¡No intente convertir en pan a su poesía! ¡Eso, jamás!

AL PROFESOR ARTHUR STOLL, Basilea

27 de enero de 1937.

Querido profesor Stoll:

Muchísimas gracias por su saludo y por los impresos, que he estudiado con interés muy especial.

No sabía que acaba usted de celebrar su cincuenta cumpleaños, y por eso mi felicitación llegará a usted con retraso. Las múltiples exigencias y obligaciones que traen consigo tales aniversarios me son conocidas por experiencia propia, y en el verano de este año tendré que soportarlas también; soy justamente diez años mayor que usted, y cumpliré sesenta. Aunque trabajo y vivo en otra orilla del mundo y de la cultura que usted, y mis relaciones son pequeñas, sin embargo, las situaciones y el destino de cualquier trabajo intelectual serio son semejantes; y así, también en usted despertarán la fama y los agasajos, entre otros reflejos, el de la ironía. El ser famoso es, junto con los aniversarios, un intento de traducir a lo sociológico funciones puramente espirituales, o de someter a un denominador común, con las fórmulas de la masa, de la cantidad y demás, a la producción del espíritu, que solo puede ser engendrada por el individuo. Las consecuencias son malentendidos sin cuento, y debemos alegrarnos de que sean solo necios e inocuos, porque también podrían convertirse en trágicos...

...Y ahora solo me queda desearle a usted lo que todos deseamos a nosotros mismos: que logre usted remontarse desde la opresión del mundo y de los negocios hasta la refrescante soledad del trabajo verdaderamente intelectual y creador, y participe allí de esa eterna juventud contra la que nada puede el paso de los años. Cordialmente suyo...

A UN JOVEN PARIENTE

1 de febrero de 1937.

...Lo que dices acerca del Arte, en relación con Balzac, es cosa que por desgracia comprendo aún menos de lo que he comprendido anteriores manifestaciones tuyas de este mismo tipo. Que el Arte sea cosa tan necesaria como el pan es, asimismo, mi punto de vista; precisamente por esto he dedicado mi vida entera, y a menudo con no pequeños sacrificios, a ser un artista. Pero no creo en absoluto, ni ha creído jamás ningún verdadero artista, que este deba poseer una opinión estereotipada (¿la tienes tú acaso?), que deba decidirse por un partido o grupo cualquiera (¿perteneces tú a alguno?) y que deba aprender sumisamente de ti o de otro cualquiera lo que significan el Bien y el Mal, lo negro y lo blanco. El Arte pertenece a las funciones de la Humanidad encargadas de que perduren lo verdadero y lo humano, de que el mundo entero y la vida humana no se disuelvan en odios y partidismos, en puros Hitler o puros Stalin; el artista ama a los hombres, sufre juntamente con ellos, los conoce a menudo hartos más profundamente de lo que haya podido conocerles jamás cualquier político o economista, pero no se levanta por encima de ellos como un dios tiránico o un director que sabe exactamente cómo deben ser todas las cosas. ¿Que significa esa palabra tuya predilecta *convicción*? El Salvador, por ejemplo, amó, sin duda alguna a los pobres y condenó la avaricia, pero nunca elaboró un programa en el que se dijese cómo se podría eliminar en el futuro a la pobreza mediante convicciones, partidos, revoluciones, etcétera; antes al contrario, comprendió y dijo con toda claridad que siempre habría pobres. Por tanto, fue un secesionista, según tu teoría, para mí tan poco clara, un intruso que vivió en una tercera dimensión, lo mismo que nosotros los artistas, a quienes tanto desprecias tú. También me resulta del todo incomprensible esta afirmación que figura también en tu carta: que los artistas han conquistado por sí, en el correr de los siglos, un punto de vista privado y una postura particular. Pues, ¿dónde se encontraban antes? ¿Acaso no ha habido suficientes artistas que se han adherido a un partido con máxima vehemencia, que han sido portavoces de aspiraciones políticas, socialistas, etc.? Ellos y su obra no han sido por esta causa ni un solo ápice mejores o peores. Hay un punto en el que

estamos de completo acuerdo: que un artista o un intelectual es un villano si reniega de sus auténticos sentimientos y opiniones y engaña a los demás por puro oportunismo. Pero seguro estoy de que no puedes creer en serio el que un artista, hoy en día, gane en calidad por el mero hecho de adscribirse o venderse a un partido cualquiera.

Lo único que siento es que ante tus ojos yo soy también un hombre de los que consideran al Arte como algo puramente privado, y no conocen ni el Bien ni el Mal, sino tan solo lo *genial* o lo *no genial*. ¿De veras que no has leído nunca nada mío? ¿No has sentido jamás que si rechazo los programas y las convicciones encasilladas en fórmulas, lo hago tan solo porque creo que embrutece al hombre de manera infinita? ¿No has notado quizá que yo también poseo una conciencia bastante delicada para distinguir el Bien y el Mal? Mi querido H., en lugar de verme rechazado y escupido hoy por todos los partidos extremistas, yo podría gozar de influencia y aplauso entre las multitudes, solo con adherirme a un partido... ¡El único escritor actual de alto rango que se ha afiliado al comunismo, al término de su vida, es André Gide (1); bueno, en realidad quiero decir, el único a quien yo considero de auténtico valor. Resignado y lleno de desengaño ha entregado su voz y su nombre a los comunistas, y se ha apagado como poeta, retrayéndose y escogiendo el silencio.

En el correr de los siglos ha habido mil *convicciones* y partidos y programas, mil revoluciones, que han modificado el mundo y quizá lo han hecho avanzar. Pero ninguno de estos programas y confesiones ha sobrevivido a su época. Las imágenes y las palabras de algunos verdaderos artistas, y también las palabras de algunos auténticos sabios, de algunos hombres llenos de amor y de voluntad de sacrificio, han sido lo único capaz de superar su época, y mil veces diversas, transcurridos los siglos, han herido y despertado a los hombres, abriéndoles los ojos para el sufrimiento y el prodigio de su condición humana, una frase de Jesús o unas palabras de un poeta griego o de otro país cualquiera. Ser uno más, pequeño, entre los millares que nutren las filas de estos testigos rebosantes de amor sería mi deseo y mi orgullo, y no ser considerado como genial u otra tontería semejante.

Es lástima que así sea. Lástima que tú no poseas toda la madurez y el amor necesarios para poder creer y amar algo sin enjuiciar previamente. Pero la vida prosigue, por encima de nosotros y de nuestros deseos y opiniones, y yo creo que todos nosotros habremos de ser inexorablemente examinados y juzgados.

(1) Como es sabido, la adhesión y pertenencia de André Gide al Partido Comunista ha durado muy poco tiempo. (A. del A.)

Hablas en tu carta de esa *cocción de tahona* con la que comparas al Arte. Pero un panadero que se adhiere con tanto fervor a una opinión o convicción que dentro de cada pan amasa al mismo tiempo una papeleta electoral de su partido, será inexorablemente juzgado por aquellos que coman su pan en el sentido de si este pan es bueno, de fácil digestión y alimenticio. Si Homero y Goethe, y todos los demás poetas a quienes tanto desprecias tú por sus puntos de vista y opiniones *privadas*, no hubiesen sido capaces de cocer un buen pan, no podría ser este, hoy todavía, un manjar para los hombres.

Basta; por carta no es posible adelantar más en este camino, y nuestra discusión tiene, además, la desventaja de que partió de Balzac, que me es del todo indiferente. Acerca de Dostoyevski apenas hablarías tan despreciativamente, estoy seguro. Y, sin embargo, fue un ferviente nacionalista...

AL SR. C. S., Maehrisch-Ostrau

Comienzos de febrero de 1937.

...Veo que se siente usted amenazado por un peligro. No puedo decirle gran cosa, porque no soy ni médico ni educador. Usted debería tener un amigo o un consejero al cual dijese todas estas cosas, no por carta, sino directamente, oralmente, y con toda sinceridad. Desde la distancia a que nos encontramos solo puedo decirle esto: el miedo a la locura no es la mayoría de las veces sino miedo ante la vida, ante las exigencias de nuestro desarrollo y de nuestros impulsos. Entre la sencilla vida impulsiva y aquello a lo que todos aspiramos y quisiéramos ser de modo consciente, existe siempre un abismo imposible de salvar con un puente, un abismo que hay que traspasar de salto, una y cien veces, y cada vez es preciso mucho valor para hacerlo, y nos sobrecoge un íntimo temor ante el salto. No reprima usted sus arrebatos e impulsos premeditadamente, ni los califique de modo anticipado como *desvarío* o *locura*; antes al contrario, présteles usted oído aduéñese de ellos y hágalos comprensibles para sí mismo. Toda evolución está ligada a tales circunstancias; no puede tener lugar sin opresión y sin temores. Si le acongojan alucinaciones, no cierre usted los ojos, sino procure que estas imágenes se clarifiquen y ordenen dentro de su mente; de no hacerlo así, se enemistará usted con el caos

que se agita dentro de usted como de todos los hombres, solo que con mayor intensidad. Y usted debe entablar amistad con él, aceptarlo, aprender a contar con él. Y aunque fuese locura lo que se oculta dentro de usted, piense que la locura no es, ni mucho menos, lo peor que puede acaecerle a un hombre; también la locura tiene su cara sagrada.

El destinatario de esta carta volvió a dar noticia de sí once años después; es uno de los casos, bastante raros, en que un consejo dado fue aceptado y ha producido buen fruto. En marzo de 1948 escribió el entre tanto emigrado C. S.:

"Quiero darle las gracias. Hace muchos años, cuando me hallaba en los primeros pasos de una evolución, usted me ayudó y contribuyó decisivamente a que no me perdiera. Las previsoras y proféticas palabras que me envió usted entonces, hace doce años, me han enseñado a comprender mi vida desde aquel entonces con mayor claridad y más conscientemente. Han seguido siendo para mí un consuelo y un hilo conductor, un consuelo y una leve advertencia en el confuso y turbio camino hacia mí mismo. Si he podido mantenerme sano en mis raíces, pese a los largos y repetidos accesos de una terca enfermedad, que ha reducido una y otra vez a lo aparentemente irreconocible todo cuanto había logrado edificar, y si la aspiración y el deseo de lograr una disposición interior ha podido crecer y robustecerse dentro de mí sin cesar..., todo se lo debo a usted."

AL CONDE WISER, Bad Eilsen

Para el 24 de julio de 1937.

Cuando un chino desea hablarle a otro de un modo que exprese al mismo tiempo afecto y respeto, ternura y reverencia, le llama "mi hermano mayor".

Este sería el tratamiento que yo quisiera ofrecerle a usted, si no lo estima importuno, en el día de hoy: un pasable estado de salud, con pocos achaques, renovada fuerza para el trabajo y alegría en el trabajo, y en el corazón el sosiego y la resignación con los que un hombre que siempre se ha afanado en el ansia de renovación debe contemplar el curso del mundo en los años de su vejez. Yo creo que debe contemplar con este sosiego no solo el curso del mundo, sino

también el más allá y las diversas teorías y opiniones que existen acerca de él. Soy de la opinión de que no caminamos hacia la Nada, del mismo modo que creo que todo nuestro trabajo y nuestras preocupaciones por aquello que se nos antojó bueno y justo no han sido en vano. Sin embargo, hay un punto en el que me permito fantasear en ocasiones, pero sin adoptar jamás una opinión dogmáticamente prefijada, y es en qué formas el Todo nos vivifica a nosotros, las partes, y nos mantiene sujetos. Creer es confiar, no querer saber.

De todo corazón le saluda y le desea mil cosas buenas su agradecido amigo...

Le ruego que salude también en mi nombre a su esposa.

A ROBERT MAECHLER, Berna

14 de septiembre de 1937

Distinguido señor:

Gracias por su envío; he leído el artículo con interés...

...Debo y agradezco a su artículo algunas confirmaciones y también algunos pensamientos nuevos. Si yo escribiese acerca de ese tema, cambiaría quizá el título, y

diría: la conciencia de los poetas. Porque decir conciencia culpable significa, tanto en el sentido cristiano como en el psicológico, el primer signo de existencia de una conciencia viva, sana, aunque desasosegada. El que esta conciencia se eche de ver en los poetas es lo que les diferencia a estos de otros funcionarios de la vida de los pueblos, como, por ejemplo, de los hombres de Estado y los generales. Y como, desde el punto de vista cristiano, conciencia culpable es el mejor indicio de los acontecimientos espirituales más intensos y llenos de valor, la función del poeta se me antoja justificada solo mediante la referencia a esta conciencia culpable: el poeta, así, aparece como el indicador, como el sismógrafo en el cual puede leerse con rigor y claridad el estado de conciencia del mundo en torno.

Todo lo cual, naturalmente, no excluye la posibilidad de que también los poetas puedan tener una conciencia culpable, por motivos poco nobles. Para mí, no obstante, la conciencia más turbia y llena de remordimientos es mil veces

preferible a esa imperturbable y limpia conciencia de los hombres de Estado, los generales y los fabricantes de armamento.

A UN GRUPO DE JÓVENES EN Berlín

Mediados de octubre de 1937

Muchas gracias por su carta; ha sido para mí de más valor que un signo de fidelidad y que una promesa hecha no a mí, sino al espíritu al que pertenezco y sirvo. Para ustedes, la vida es más difícil de lo que fue para mí en mi juventud; entonces nos rodeaba un mundo amenazado, sí, y lleno de inseguridad, pero más inocente y más infantil que el de hoy. Entre tanto, la faz del mundo y de la época seguirá cambiando sin cesar, endureciéndose, tornándose una mueca, para volver a relajarse de nuevo; también las feas y toscas tendencias del espíritu de la época son convulsiones del espíritu humano, en permanente búsqueda. Cuando se vuelve atrás la mirada, se ve claramente: en lo espiritual y duradero, en las obras del espíritu, de las biblias y las filosofías, las *evoluciones* son muy pequeñas en el transcurso de los milenios, y desde la antigua India hasta Tomás de Aquino o Ekkehart, han imperado las mismas verdades, bien que bajo diversas figuras. Claro es que estas verdades solo valen para los que las conocen, no para el mundo y la masa. Y los que saben son siempre una minoría. Pero quizá necesiten ellas de la masa que las envuelve, vela y encubre, tanto como la masa necesita de ellas.

Basta, mis queridos amigos; esto lo saben ustedes por sí mismos.

A LA SRA. H. R., Norrköping

11 de enero de 1938.

...El diálogo acerca de la *forma*, que suscita usted en su carta, no es posible de sostener por esta vía. Con breves palabras solo puedo decir esto: escribir versos "por puro sentimiento" es una fantasía, sin existencia real. Se necesitan la forma, el lenguaje, el verso, la elección de las palabras, y todo esto no se completa y realiza con el *sentimiento* sino en la razón. Ciertamente, muchos poetas menores eligen sus formas de modo inconsciente, esto es, imitan formas que guardan en el recuerdo; pero el que no sepan lo que hacen es cosa que en nada cambia la situación. De toda la lírica de los grandes maestros, desde Píndaro hasta Rilke, ni una sola línea se ha escrito "por puro

sentimiento", como usted dice, sino todo con máxima selección y laboriosidad, con severísima concentración, y a menudo con el más despiadado análisis de leyes y formas tradicionales. "Con el sentimiento" se escriben tan solo cartas o folletines, pero nunca versos. Hay una cosa cierta: cuanto menos reflexiona el poeta sobre sus medios de expresión, cuanto más imita los viejos medios, inconscientemente, tanto mayormente cree ser original y puro poeta de sentimientos. Pero esto no es sino una ilusión.

AL SR. FR. A., Basilea

Comienzos de febrero de 1938.

Querido señor A.:

Lamento mucho no poder ayudarle. Ni puedo leer su manuscrito, ni puedo tampoco citarle al editor que pudiese interesarse en él.

He lanzado, sí, una ojeada sobre su trabajo, apenas un cuarto de hora, y por las muestras he podido percibir aproximadamente lo que usted se propone. En conjunto, aprecio en grado sumo sus opiniones, pero soy del todo escéptico en relación con su posible eficacia. Si viejas instituciones, como las Iglesias confesionales con todo su aparato, se muestran hoy día demasiado débiles para ofrecer resistencia al inmoralismo político; si la Alemania protestante no ha podido impedir el engrandecimiento de la cruz gamada, el Papa ha pactado con el Duce y los arzobispos han bendecido a los buques de guerra italianos..., ¿cómo podrá tener sobre el mundo influencia y peso la buena voluntad y el idealismo de nosotros, los individuos de un rebaño de bienintencionados carente de organización y formado en gran parte por elementos rebeldes de todo a ella? Yo creo que el mecanismo del Estado moderno y de la moderna Humanidad, alejada de Dios y del espíritu, habrá de disolverse en sí mismo, destrozándose y desahogando su furor en guerras sin cuento, antes de que sea posible pensar en una reconstitución.

Hablo de este modo como viejo que soy. Pero sé y creo también en lo contrario, esto es, que cada uno de nosotros, pese a los patentes y casi insalvables obstáculos, debe hacer lo suyo y aspirar a realizar lo imposible con los medios a su alcance, aunque este gesto no le conduzca sino al martirio; en determinadas circunstancias esto puede constituir la forma más eficaz de sacrificio. Por ello aspiro yo, como poeta, a mantener despierta una vida llena de espíritu, o al menos de nostalgia de ella, en un pequeño número de personas que sean capaces de comprenderme y de rendirse a mi influjo, en medio de la

maquinaria del oro y de la guerra en que se ha convertido el mundo. En medio de los cañones y los altavoces nuestras delicadas flautas dejan oír su melodía, evidenciando sin temor la inutilidad de nuestro quehacer y también su carácter ridículo: esta debe ser nuestra forma de coraje.

También usted debe proseguir así su camino; estas fatigas nunca suceden en vano.

¡No se descorazone usted!

AL SR. F. L., Zürich

16 de febrero de 1938.

Distinguido señor L.:

...Su carta, cuyo hermoso propósito veo perfectamente, me ha dejado perplejo. Olvidando muchos pecados de juventud, no tengo conciencia de haberme sustraído al cumplimiento de mis deberes, y me siento consternado al verme ahora, a mi edad, advertido por usted acerca de lo que constituye mi deber. Y precisamente en relación con Alemania, mejor dicho, con la Alemania política y actual, me he comportado desde 1914, según mi sentir, hartamente más limpia y noblemente que la mayoría de los emigrantes, que desde hace algunos años han notado de repente que allí no todo marcha como es debido y nos golpean a los demás en el hombro, con su aire de superioridad. De todos modos, mi postura ha contado, en parte, con algo que la ha hecho más llevadera y fácil: en lugar de una conversión, yo solo tenía que retornar a la ciudadanía suiza, que había poseído ya de niño. Sin embargo, a esto iban unidas circunstancias difíciles.

Por lo que respecta a la Alemania íntima, la del lenguaje, la creación literaria y la cultura, siempre me he considerado adicto a ella y lo sigo haciendo, aunque usted se empeñe en hacer depender esta pertenencia del grado en que cuente yo como colaborador de su empresa. Yo pertenezco, asimismo, a la Alemania íntima por el hecho de que tengo en mucho mi independencia y mi propia conciencia, y no me agrada en absoluto que me golpeen en el hombro y me enseñen cuáles son mis deberes. Todo cuanto he hecho en varios decenios ha sido una constante colaboración con la Alemania íntima, y con el paso de los años esta colaboración inconsciente fue tornándose más y más consciente. Por ejemplo, usted me ha insinuado que debería ensalzar prolijamente cierto libro

de Huxley, y yo creo haber obrado absolutamente dentro del sentido de esa buena *Alemania íntima*, cuando me he negado a hacerlo.

Hoy tan solo quisiera rogarle una cosa: deje a mi propio cargo el grado, el tipo y el contenido de mi eventual colaboración... El que, aun antes de que mi trabajo haya sido impreso, me vea advertido por usted, de tan enérgico modo, acerca de cuál es mi deber y aleccionado sobre lo que debo hacer y escribir, no es cosa que me incline precisamente a la colaboración, sino más bien al disgusto.

...Me propone usted que me una, a lo Sinclair, a una nueva juventud, y que ponga a esta al servicio de su empresa. Pero yo soy un hombre harto entrado en años para ponerme al mando de una tercera juventud; bastante trabajo tengo con permanecer fiel a mi deber, mediante la paciente prosecución del trabajo en la tarea que me ocupa desde hace más de cinco años. Si alguna rara vez produzco algo que merece consideración para una revista cualquiera, solo puede ser considerado como una excepción.

No tome usted a mal mis palabras; están dichas con la mejor intención.

A R. J. HUMM, Zürich

8 de julio de 1938.

Querido Humm:

Su carta me ha alegrado mucho, y hubiera sido mi intención darle a usted las gracias acto seguido; pero en este último tiempo, especialmente desde el 11 de marzo, me veo tan asediado por las preocupaciones y cuidados de los emigrantes y fugitivos que acuden a mí, que pierdo en ello la mayor parte de mi capacidad de trabajo...

...Usted me califica de columna, caro amigo, y yo me vería más bien como una sogá medio deshilachada y sometida a una tensión excesiva, de la que penden demasiados pesos, y que a cada nuevo de estos que viene a añadirse, piensa con temor: ahora, ahora se quebrará sin remedio. Sin embargo, me atrevo a suponer lo que quiere usted decir con esa columna. Usted nota en mí algo como una fe, algo que me sostiene y da fuerzas, en parte herencia del Cristianismo y en parte mera humanidad, que no es tan solo una cosa inculcada por la educación ni está fundamentada de modo meramente intelectual. Por ello es algo honrado y leal, aunque yo no podría formular mi propia fe, cuanto más

pasa el tiempo, en menor medida. Creo en el hombre como en una prodigiosa posibilidad, que no se apaga ni siquiera en medio de la más baja miseria y que es capaz de ayudarlo a salir de la mayor corrupción; y creo que esta posibilidad es tan fuerte y tan atrayente que una y otra vez se percibe como esperanza y como estímulo, y la fuerza que hace soñar al hombre con sus posibilidades más sublimes y le aleja una y otra vez de lo animal, es siempre la misma, llámese hoy religión, mañana razón y pasado mañana de otro modo cualquiera. La oscilación, el constante balance entre el hombre real y el posible, el ensoñado, es exactamente lo mismo que las religiones conceptúan como relación entre hombre y Dios.

Esta fe en los hombres, a saber, que el sentido de la verdad, la necesidad de orden, son cosas connaturales al hombre e imposibles de borrar de él, me sostiene a flote sobre las olas. Por lo demás, el mundo de hoy se me antoja una casa de locos y una pésima pieza teatral escandalosa, con frecuencia envilecida hasta causar el más profundo asco; pero, no obstante, lo miro como suele mirarse a los locos y a los borrachos, con el sentimiento que nos lleva a decir: ¡cómo se avergonzarán cuando vuelvan a algún día a estar sobre sí!

Me alegro de que va esté listo un nuevo libro de usted. Entre su lenguaje y el mío, entre sus problemas y los míos, se tiende la frontera de una generación; a veces me parece que soy cincuenta años mayor que usted y otras se me antoja que es usted el mayor de ambos. Pero, por encima de esta frontera, percibo un parentesco y una auténtica camaradería profesional, colaboración en diversos puntos del mismo edificio. Por lo demás, me torno cada día más tonto, y solo veo con asombro, nunca con auténtico deseo de comprensión, cómo se ofrecen por "concepciones del mundo" los impulsos políticos más infantiles, más bestiales incluso, y hasta adoptan el ademán y el gesto de las religiones. Estos sistemas tienen en común con el socialismo marxista, hartos más rico espiritualmente que ellos, una cosa: que consideran al hombre como un ser casi ilimitadamente capaz de politización, lo que no es en absoluto. Por mi parte, considero las convulsiones del mundo actual como una consecuencia de este gravísimo error.

Ya he charlado demasiado; hora es de volver al trabajo. No al literario, desgraciadamente, sino al correo matinal.

A OSKAR I.ASKE., Viena

Distinguido señor Laske:

Nuestra común amiga me ha traído, como regalo por mi cumpleaños, el cuadro pintado por usted, el paisaje de anteprimavera con la alquería en la ladera, y quisiera decirle ahora cuan grande alegría me ha causado con él.

No soy ningún analítico y puedo gozar sencillamente de las obras de Arte, sin entrar en demasiadas averiguaciones sobre la verificación del efecto estético; la mayoría de las veces dicha averiguación no es sino un ensaño, y se limita, cuando más, a ser una incorporación de la experiencia vital a un esquema previo de conceptos y vocablos. De todos modos, he meditado un poco sobre su hermoso cuadro, cuya frescura, levedad y aérea gracia también agradan. La ejecución virtuosa, el dominio facilísimo de la artesanía, no son lo que más me embelesa, aunque signifiquen mucho ciertamente; es, antes de todo, el hecho de que el pintor, que parece trabajar con tan fácil sencillez, percibe por doquiera a cada objeto lisonjeado y hechizado por él. De aquí, según mi opinión, brota la música del conjunto, y brotan también las floraciones multicolores y las islas mágicas del cuadro, aquellos puntos en los que tan bien se asienta una pequeña mancha de color, de tal manera acertada, que se la siente como una fuente de placidez y bienestar.

Bueno, sin duda oírás usted a gentes más discretas decir sobre sus cuadros más discretas cosas que yo; no me proponía hablar sobre su cuadro, sino tan solo darle las gracias por él y decirle que me gusta de veras.

A UN SABIO ALEMÁN

Finales de diciembre de 1938.

Estimado señor:

Gracias por su carta. En realidad, es exactamente así, tal y como usted indica. Lo único es que, de todos modos, seguimos siendo individuos, y no quedan ya adolescentes, por manera que bien podría pensarse, en mi opinión, que la comprensión siempre es posible. Pero precisamente cuando se hiere o golpea, suelen mostrarse los que reparten golpes o causan heridas harto más propicios a los sermones y las alabanzas a todo lo nuevo, juvenil y fuerte, que los golpeados. No reflexionan que toda la diversión de la zurra sería imposible si no existiesen zurradores y zurrados. Y como yo pertenezco a estos últimos, solo puedo informarle a usted sobre esta parte o sector del mundo. Por lo demás, los principios que defienden los combatientes me son por completo indiferentes, y no doy cuatro cuartos por todos juntos. No son sino ideologías, mejor aún, folletines sobre sucesos biológicos que han permanecidos ignotos.

Nosotros, los que estamos debajo, no solo tenemos ocupación mas que suficiente con sangrar y lamentarnos por cuanto nos han destrozado o arrebatado, en parte por travesura y en parte por rapacidad, sino que tenemos también otras funciones, en parte muy fatigosas, por ejemplo el cuidado y amparo de los ejércitos de fugitivos saqueados y despojados de sus bienes; créame que los cuidados a los prisioneros de guerra, tarea en la que trabajé en otro tiempo tres años íntegros, y en la que creí trabajar de modo agotador, era una auténtica diversión al lado de esta. No dudo ni un solo instante que detrás de las ideologías, mejor dicho folletines, se encuentra asimismo mucha juventud, una fe hermosa y tonta y también una parte de noble desesperación, porque la mayoría de los partícipes son, sin duda, seres humanos. Por lo que a mí respecta, no puedo interesarme por los objetos en litigio al igual que antaño durante la guerra mundial, porque sucumban durante este litigio a tan toscas y juveniles simplificaciones, pero sobre todo porque el suelo aparece por doquiera sembrado de víctimas, que sangran por cien heridas, y a nosotros los viejos se nos antoja más urgente preocuparnos por ellas que tomar parte en esa porfía juvenil de los altavoces. Me encuentro gastado, y estoy contento de ser viejo y de no poder enfrentarme a todo con esa apasionante gravedad de la juventud. Sé perfectamente bien dónde estoy; mi posición es una vez más una posición solitaria, como siempre lo fue, no encubierta ni protegida por grupo o partido alguno. Le envío mis pensamientos cordiales y mis mejores deseos.

A OSKAR LOERKE, Berlín

5 de octubre de 1939.

Mi querido y admirado Loerke:

Desde que recibí su carta, que tan grande alegría fue para mí, estoy queriendo escribirle; ahora, cuando vuelvo a buscarla, veo que lleva fecha del 14 de agosto, y, por tanto, he estado en deuda con usted un tiempo muy largo. Durante él, de todos modos, le envié una pequeña postal de saludo, después de leer su artículo sobre Rückert, que me causó una auténtica alegría. Releí entonces, también, algunos artículos un poco más antiguos, singularmente el dedicado a Jean Paul y el que trata del *Westöstlicher Diwan* (1). Al hacerlo, viniéronme grandes ganas de releer el *Franz. Pfinz*, pero lo había perdido, no sé cuándo ni dónde. No obstante, la Editorial Suhrkamp me remitió un ejemplar, y ese pequeño y delicioso libro me hizo mucho bien con su frescor y plenitud y su aire gozoso, pese a tantas cosas. Del mismo modo que la envoltura exterior del librito se ha conservado impecable después de treinta años, y parece nuevo

todavía, así también se ha conservado la narración; las frases están apretadas y llenas de enjundia, las imágenes son nuevas y sencillas, y en él se percibe todavía un leve aroma de Leibgeber y de Lenette.

Si llego a recibir el *Sendero de piedra* me llevaré una gran alegría. Está uno hambriento de cosas más sustanciales y llenas de sentido de lo que es, al parecer, la Historia Universal.

Que su vida le sea soportable, es lo que le deseo muy de veras.

(1) Se refiere, naturalmente, al "Westostlicher Diwan", de Goethe.

A LA SRA. A. B., Zürich

8 de octubre de 1939.

Distinguida señora B.:

Muchas gracias por su saludo y por la remisión del hermoso y conmovedor poema de L. M. ¡Bien me imagino lo que significaría para él el adiós a la patria!

Escribe usted: "...y, sin embargo, qué significa hoy un destino individual, cuando el dolor y el espanto se precipitan como un diluvio...", etc. Este pensamiento es casi obvio, desde luego, pero en el fondo no es justo ni certero. Una vida, un destino humano individual, auténtico y plenamente vivido no es menos, sino mucho más que cualquier destino colectivo. Si mil hombres son ametrallados en masa por un avión hitleriano, quemados vivos o condenados a las cámaras de gas, esto es espantoso, pero carente de sentido; es algo semejante a un terremoto, una marea o una epidemia de hambre, un destino masivo y fatal, y para nuestro corazón y nuestro espíritu no tendrá jamás la significación que posee un destino humano individual, auténtico, irrepetible, plenamente vivido.

Muchas gracias y un saludo.

A KUNO FIEDLER, St. Antönien

Octubre de 1939.

Distinguido doctor Fiedler:

He recibido su obsequio con sorpresa, y quiero darle a usted las más expresivas gracias por él. Ocurrió que me fue posible hacer que me leyesen en seguida su trabajo, mientras que muchos libros nuevos deben esperar por lo común largo tiempo.

Su trabajo, pese a su temple de ánimo belicoso, me ha causado una magnífica impresión, simplemente como estudio bíblico y cristológico, y como expresión de una teología liberal muy bien conocida y simpatiquísima para mí. Su carta, por el contrario, sitúa todo esto bajo una luz distinta, lo convierte todo en más actual y me muestra numerosas cosas que yo no sabía. Por ejemplo, me sorprende mucho el que un teólogo liberal considere hoy a los partidarios de Barth como absolutamente *ortodoxos* y los compare casi a los católicos, y me ha mostrado una vez más cuan efímeras son en el protestantismo todas estas designaciones y etiquetas. Lo que hoy era una secta, será mañana ortodoxia. Me vienen a las mientes pensamientos harto laicos, porque si bien estimo profundamente la derecho y valentía de su trabajo, no soy, sin embargo, antipapista, y siento grande admiración tanto por el Vaticano cuanto por esas *Sumas* de Santo Tomás de Aquino, de las que tanto se burla usted; más todavía, creo incluso que la filosofía escolástica es, junto con la música, aquella disciplina en la que la Europa cristiana ha producido su obra más plena y perfecta. Mi opinión es, más o menos, esta: para mí hay dos posibles formas de Cristianismo, a saber: una puramente práctica, personal, libre de dogmas, y otra eclesiástica y teológica. Para el individuo, si se halla a suficiente altura para tal cosa, esa cristiandad moral que propugna usted es precisamente, en mi opinión, lo que no necesita en absoluto de una teología. Pero como Iglesia, como forma, como tradición, como poder creador y defensor de la cultura, el Cristianismo católico no solo es muy superior al protestante, sino que posee incluso una flexibilidad y una fidelidad casi ideales en ese juego necesario de la adaptación y la guarda de una línea de conducta.

El Cristianismo al que usted se refiere es infinitamente más puro, más semejante a Jesús y más elevado moralmente que todo lo eclesiástico. Pero no posee ni basílicas ni catedrales góticas, ni algo semejante al texto de la misa romana, ni ha producido tampoco algo como la música de Palestrina o de Bach, y jamás lo producirá. Para su punto de vista, lo mágico en la religión es algo ya superado y necio, de modo semejante a como son locura, para los budistas puros, todos los dioses y las mitologías. Pero yo he podido experimentar por mí mismo que es posible retornar gustosamente de la filosofía y la moral más puras hasta los dioses y los ídolos, y eso con muy buenos resultados. La

profunda sabiduría de Buda, exenta de imágenes y de dioses, precisa de un polo opuesto y la cruel y sanguinaria grandeza de Shiva y la sonrisa infantil de Vishnú no son llaves menos eficaces que la ideología ético-causal de Buda para alcanzar el misterio del mundo.

Y tampoco creo, naturalmente, que la ortodoxia sea la madre de la sed de sangre y de las piras crematorias. Por el contrario, opino que el animal y el demonio que hay dentro del hombre retorna constantemente al crimen y a tormento, y encuentra siempre, como es natural, cualquier ideología ortodoxa, del mismo modo que Hitler y Stalin sirven a los mismos poderes con ortodoxias contrapuesta.

Si la Humanidad fuera un individuo podría ser salvada mediante el Cristianismo *puro*, y habría que desterrar a la bestia y al demonio. Pero no es así. Las religiones puras solo sirven para unos pocos estratos de seres superiores, al tiempo que los pueblos necesitan de las magias y las mitologías. No creo en un proceso evolutivo de abajo arriba. Una y otra vez surgen desde el fondo de esa triste y turbia masa de la Humanidad los puros redentores, solitarios e individuales, y solo son venerados por los muchos cuando se les ha crucificado y convertido en dioses.

Le estoy aburriendo; permítame que termine, porque todas estas cosas las conoce usted tan bien como yo. Su trabajo me produjo verdadera alegría.

A KUNO FIEDLER, ST. Antönien

Enero 1940.

Muy estimado doctor Fiedler:

Gracias muy sinceras por su carta. Ha sabido usted comprender que la mía no intentaba en modo alguno atacarle o contradecirle a usted, sino ser simplemente un eco y un fragmento de diálogo; por ello, no necesito defenderme de la sospecha de haber pretendido corregirle o enseñarle. En la cuestión de la que se trata primordialmente soy demasiado lego como para permitirme opinar. Por ello, no acepto su carta en el sentido de una defensa; solo quisiera rectificar un punto en el cual parece hallarse en su base un verdadero malentendido: yo dije que la inmensa mayoría necesita siempre algo semejante al catolicismo, etc.; pero no he dicho, por cierto, que debemos apoyarla en tal empresa. El que se tome siempre la razón por su mano, y tenga en esta tarea las ventajas que otorga la mayoría, me es cosa conocida,

naturalmente, y la he visto durante toda mi vida. Cuanto puedo decir en favor de la ortodoxia y en favor de los tontos y los perezosos es simplemente esto: que existen y constituyen la mayor parte del mundo y de

la realidad. Usted *combate* allí donde pueda ser necesario, y muy bien puede esta ser su tarea, pero no es la mía. Al contrario, en cuanto artista, como órgano de una contemplación lo más pura posible, yo he de respetar la realidad y no tomarla en consideración ética, sino estéticamente, lo cual es una función tan auténtica e importante como las del pensador, crítico o moralista.

Puedo imaginarme muy bien sus escalas de valores religiosos, en analogía con sus "grados de conocimiento". Tengo simpatía por las tipologías siempre que no sean utilizadas demasiado dogmáticamente, y como artista que soy, me siento inclinado sin más hacia una visión del mundo aristocrática. Abundo en su misma opinión cuando usted, por ejemplo, indica un rango de segundo o de tercer orden para la ortodoxia. Otra cuestión es, sin embargo, la de si es o no acertado entregarse entre estos diversos rangos a discusiones de preeminencia o de competencia. Esto solo tendría sentido si fuese posible, bien mediante la instrucción, la guía, etc., trasladar a un hombre de un rango o jerarquía a otro distinto. Si el noble puede ennoblecer verdaderamente al innoble, entonces tendrá sentido que le considere como un enemigo mientras siga siendo innoble. Según mi opinión, para la cual carezco, por supuesto, de sistema y tengo muy pocas posibilidades de expresión, el innoble jamás llegará a ser noble, mientras que todo *rango* posee, naturalmente, sus propios límites u orillas, en los que se funden entre sí las diversas cualidades y grados. Así como cada hombre lleva dentro de sí lo masculino y lo femenino, también lleva la simiente de lo noble y de lo innoble; no obstante, me parece que siempre está predestinado y como estigmatizado para ser noble o innoble. Si los ortodoxos están situados, en rango por debajo de los más nobles, no puedo ver cómo sería posible ennoblecerlos, y si tal cosa no es posible, de poco han de servir la doctrina o la lucha. Por el contrario, el noble no debe hacer otra cosa, en mi opinión, sino ser y vivir tal y como es, y si corresponden a su naturaleza y esencia la tolerancia y la caballerosidad con los menos nobles que él, tanto mejor. Si es consciente de su tarea o no, si reconoce y acepta la inferior calidad de los otros, o no lo hace, vivirá siempre como noble y participará de la nobleza y la grandeza trágica de la suprema humanidad. Y estas supremas experiencias vitales, aunque en su mayor o en su máxima parte son padecimientos, son también ese plus que lleva de ventaja a los ortodoxos y a la grey mostrenca, y del cual no puede desprenderse ni tampoco hacerlo accesible a los inferiores, por más que así lo desee. Nosotros, los artistas, nos sentimos satisfechos de tener que depender, por nuestra naturaleza y el género de nuestra peculiar

función, de nuestro estudio, nuestro taller y nuestros medios. Para un artista no tiene el menor sentido luchar por cosa alguna que no sea la perfección en su quehacer, y al decir esto no me refiero a la rutina, sino a la disciplina de la conciencia y la claridad de la percepción. Naturalmente, un artista puede ser, asimismo, de modo ocasional, un reformador del mundo, un luchador o un predicador, pero el éxito de sus esfuerzos no dependerá nunca del ardor de su voluntad y de la justicia de sus convicciones, sino siempre y únicamente de la calidad de su obra de artista. Cuando un artista insignificante se lanza a declamar o a pintar superlativas protestas contra el mundo corrompido, tal cosa será conmovedora o cómica, pero no más. Pero cuando un auténtico artista, la mayoría de las veces sin intención y aun sin clara conciencia de ello, traza un par de líneas o dice un par de versos, traerá a la memoria de todos aquellos que tengan un adarme de inteligencia, lo eterno, lo valioso y sagrado, a que se hallan subordinados todos los grados y escalas de valores.

No puedo seguir totalmente su invitación a tomar en consideración seria el invento del teléfono y otras cosas semejantes. Todas ellas son mera técnica, y si no hubiesen sido inventados ni el teléfono ni la telegrafía sin hilos, no hubiésemos perdido nada, según mi opinión. Ciertamente: el hombre ha necesitado un día del teléfono, perentoriamente, y por eso lo inventó. Pero el que no pudiese o no pueda pasarse ya sin él no es cosa que provenga de la evolución y el progreso espiritual, sino de la necesidad de mantener relaciones más rápidas con la fábrica y la Bolsa por causa de los negocios y de la exagerada codicia.

Su advertencia acerca de la enorme participación de intelectuales y literatos en las tinieblas del mundo es cosa que me afecta muy de veras, hasta el punto en que debe afectarnos y dolernos cualquier apelación a nuestra culpabilidad. Sin embargo, en este aspecto yo pertenezco a los inocentes; ni he aportado al mundo doctrinas y actitudes dañosas, como un Nietzsche o un Stefan George, ni tampoco he hecho un culto de la imitación de semejantes actitudes. Desde mi juventud, siempre me han reprochado el que no sea en modo alguno un luchador; ora me lo echaban en cara los piadosos, ora los incrédulos, cuándo los socialistas, cuándo los patriotas. Por ello creo percibir, probablemente de modo errado, también en su carta algo así como una apelación queda en favor de mi entrega a la lucha por esta o aquella empresa noble. Pero en lo tocante a este punto soy imposible de adoctrinar. En mis años juveniles aventúreme algunos pasos desde el Arte hacia la literatura moralista y educadora, no ciertamente por admoniciones externas, sino llevado por mi propia y mala conciencia, y sin sentir vocación íntima para ello, sino empujado, asimismo, por la mala conciencia, he servido durante largos años, por ejemplo,

a las aspiraciones democráticas y antimonárquicas, todo ello antes de la guerra mundial, y he debido pagar por ello como corresponde. Desde entonces soy un poco más sosegado en este respecto, aunque no tengo aún la conciencia limpia, ni mucho menos.

A KUNO FIEDLER, ST. Antönien

Enero 1940.

Estimado doctor Fiedler:

He recibido este año una enorme cantidad de correo de Año Nuevo, y cuando parecía haber cesado ya, vino una última oleada que se ha prolongado hasta mediado de enero, retrasada por la censura, el frío, la guerra en el mar, etc.; por ello su gratísima carta, que me llegó antes de la Navidad, ha quedado hasta hoy sin respuesta. Recibí con ella, lleno de gratitud, sus buenos deseos, y también lo que se refiere a la repetición de su visita; ¡quiera Dios que pueda lograrse en el transcurso de este año que entra! Y quiera también que pueda usted permanecer en el país y ser respetado en su sosiego cuanto sea posible. El que el hombre deba ser heroico y capaz de cometer cualquier porquería, el que haya de mostrarse tan propicio a vivir en América o en Shangai, como en su estudio o en un campo de concentración, me parecen pretensiones y clichés de la época que vivimos. Por el contrario, el que un hombre ame su sosiego, su trabajo, su mesa y su silla, y no esté dispuesto a renunciar a ellas, es en definitiva lo natural, aunque en torno a él la Humanidad se entregue a los actos más asombrosos, se agazape en las trincheras a cuarenta grados bajo cero o, como los judíos alemanes desde el racionamiento de víveres, deba morir de hambre lentamente a causa de su raza; mediante todas estas gestas heroicas el hombre no se ennoblece ni mejora un ápice, antes bien se envilece y pierde medida y figura.

Pero ese *paderer supletorio* del que usted habla y que ha sido invocado durante estos días en numerosas cartas, existe, ¡ya lo creo! De lo que se trata, sin embargo, según creo yo, es de que una pequeña minoría de hombres no acepte lo diabólico, sino sufra amargamente con ello; de igual manera que en Sodoma un pequeño número de *justos*, esto es, de hombres dignos de ser tomados en cuenta, hubiese sido suficiente para salvar a todos de la ira de Dios.

Le saluda con todo afecto y le desea mil cosas buenas su...

MISIVA DE CONSUELO DURANTE LA GUERRA

7 de febrero de 1940.

Distinguido señor:

Puede suceder en el bosque, frecuentemente, que un árbol joven, quebrado o desarraigado se apoye al caer sobre otro ya viejo, y se evidencie entonces que tampoco este sirve ya para nada, y que el árbol cuyo aspecto era todavía robusto e imponente era, en realidad, débil y hueco y se derrumba bajo el peso del más joven. Del mismo modo podría suceder con usted y conmigo. Sin embargo, todo es diferente una vez más. Me pongo fácilmente en su lugar; tuve ocasión de vivir a fondo aquellos cuatro años comprendidos de 1914 a 1918, hasta reventar, y esta vez tengo tres hijos que son soldados (el mayor acaba de ingresar en filas y los otros dos comenzarán su servicio el 1. de septiembre).

Como veo y conceptúo yo el conjunto de la Historia, aproximadamente, es cosa que podrá explicarle mejor que nada un ejemplo sacado de la Mitología. La Mitología india, por ejemplo, posee también la fábula de las cuatro edades del mundo, y cuando la postrera toque a su fin y todo se halle sumido hasta el cuello en guerras, corrupción y miserias sin cuento, vendrá Shiva, el dios luchador y purificador, y reducirá a cenizas al mundo enloquecido, danzando sobre él. Apenas habrá terminado esta tarea cuando Vishnú, el benigno dios creador, tendido en algún fresco prado, tendrá un hermoso sueño, y de este ensueño, o de un soplo de su aliento, o de uno de sus cabellos, brotara un nuevo mundo, hermoso, juvenil y lleno de delicias, y todo dará comienzo de nuevo, mas no como una torpe mecánica, sino grácil, aéreo y encantadoramente hermoso.

Pues bien: yo creo que nuestro Occidente se encuentra en el cuarto período de su edad, y que Shiva danza ya sobre nosotros; creo que casi todo ha de verse reducido a escombros. Pero creo en no menor grado que todo comenzará otra vez de nuevo, que los hombres volverán a encender en seguida fuegos votivos y a edificar santuarios.

Por ello estoy contento yo, mozo viejo y cansado, de ser ya lo bastante viejo y gastado como para poder morir sin lamentarlo. Pero no dejo a la juventud, incluidos mis hijos, enfrentada a la desesperación, sino solo al temor y a la amargura, al fuego de la prueba, y no dudo un punto, que todo cuanto nos pareció hermoso y sagrado volverá a serlo en el futuro para ellos y los hombres que han de venir. El hombre, en mi creencia, es capaz de grandes

exaltaciones y grandes suciedades, puede elevarse hasta ser un semidiós o caer hasta convertirse en un semidiablo; pero siempre cae, cuando lleva a cabo algo muy grande o muy sucio, sobre sus propios pies y medida, y al golpe de péndulo de la crueldad y el diabolismo sucede inevitablemente el balanceo contrario, sucede ese impulso de nostalgia, innato en el hombre de modo esencial, hacia la medida y el orden.

Y así creo yo que un hombre viejo no debe esperar hoy cosas muy hermosas del mundo en torno y hace muy bien en acogerse a los padres, pero también que un hermoso verso, una música, una mirada en derechura a lo divino es hoy día tan real, tan viva y tan valiosa, por lo menos, como lo ha sido antaño, y al contrario: muéstrase que lo que se llama real, esa realidad propia de los técnicos, los generales y los directores de Bancos, se torna cada vez más improbable e incierto, cada vez más superfluo, cada vez más irreal y hasta la guerra ha perdido casi toda su fuerza de atracción y su majestad desde sus devaneos con lo total; solo son esquemas y quimeras gigantescas las que combaten en estas batallas materiales, mientras que toda la realidad espiritual, todo lo verdadero, todo lo bello y también toda nostalgia de estas cosas aparecen hoy, contrariamente, mucho más reales y esenciales que nunca.

AL SEÑOR G. G., Copenhague

20 de febrero de 1940.

Muy señor mío:

Por mis impresos pudo colegir usted que su larga carta (y también la tarjeta adjunta y complementaria: esté usted tranquilo acerca de la *sustancia* y de su apreciación Por mi parte) llegó a mis manos en su día. Del *Alumno de latín*, uno de mis cuentos más antiguos (data de 1905, o menos), existe o existió al menos una pequeña edición económica, tal y como usted deseaba, y me fue posible remitirle dos ejemplares. Quise releer la narración aprovechando esta coyuntura, pero no llegué a hacerlo, ni creo que lo haga ya en todo el resto de mi vida. La última vez que la leí fue hace cosa de trece o catorce años, cuando trabajaba en la preparación de una nueva edición, corregida y renovada, de mi libro *Desde este lado*; tratábase menos de modificaciones que de abreviaturas y supresiones, eliminación de ornamentos superfluos, etc.; el libro existe hoy todavía en la versión que vio la luz entonces.

Algunos puntos de su carta despertaron en mí un efecto melancólico, muy en especial su idea acerca de cómo se presentaría en mi casa usted, el

varón esforzado, el héroe G., con objeto de levantar mi ánimo, y cómo bromearía conmigo y reiría homéricamente durante dos o tres días con sus noches correspondientes. Los hombres no poseen el don de conocerse recíprocamente, y mi idea acerca de usted es, con toda seguridad, tan falsa como la suya acerca de mí. Por lo que a mí respecta, la risa y la chanza no son cosas demasiado cercanas, aunque, naturalmente, he conocido tiempos más jubilosos, y si alguna vez me siento tentado de entregarme a ellas, y lo hago en efecto, me cuesta un desmesurado esfuerzo, pareciéndome más que suficiente con una hora o dos; pasar media noche o una noche entera entre risas y burlas sería para mí una extenuación tal, que nunca volvería a recuperarme de ella. No, mi querido camarada del Norte, no; todo cuanto figura en mis creaciones literarias o se halla apuntado en ellas, todos los sonidos y notas de mi música y todos los hallazgos o experiencias no se basan precisamente en mis dotes para la burla y el vigor, cosas ambas que no poseo, sino en un don o capacidad para el sufrimiento, en un don como el de la princesa de la media almendra, una sensibilidad extremadamente delicada... Por eso, y sin que esto signifique el menor deseo de herirle a usted, yo me siento muy contento con que no venga a visitarme, y no pueda golpearme en los hombros e incitarme a burlas y chanzas.

Si más adelante llega usted a percibir de modo más o diferenciado la melodía de mis libros, entonces verá, sin duda alguna, que esta delicadeza es tanto salud como dolencia, pero en todo caso es algo que no deseo modificar, aunque de este modo esté la vida colmada de pesares. Opino que nuestra vida, la vida vulgar y corriente de un occidental de hoy, es algo tan abominable que solo pueden resistirla los zoquetes, los idiotas, las gentes sin nervios, sin gusto e incapaces de una vibración delicada; el *heroísmo* es, sí, el ideal de esta época y suele acabar en el fondo de una trinchera, a cuarenta grados bajo cero. No; los hombres soportan esta vida tan solo porque han perdido ya el gusto por los dones más delicados, y entre ellos los más hermosos y mejores de cuantos posee el hombre. Yo, por el contrario, soy un poeta, un ser, por tanto, de una época mítica y perdida, más discreto, sí, y capaz de vibraciones hartamente más delicadas que las del hombre de hoy, pero preso en el mundo y el aire de este hoy y condenado a morir miserablemente, tal una rara fiera en la jaula del zoológico. Basta por hoy, que es ya demasiado. Le doy las gracias por su amable carta, que tantas alegrías me ha traído; también es una alegría para mí su relación con Spinoza.

A LA SRA. G. S., Berna

16 de abril de 1940.

Mil gracias por sus obsequios, que han sido bienvenidos. ...Acerca de cuanto dice usted sobre la novela de Joachim Maass, no puedo darle la razón. El hecho de que un hombre cuente o confiese su propia vida en una novela solo tendrá sentido y éxito si el lector toma en consideración seria esta confesión y se muestra inclinado a prestar oídos al escritor, pero no los tendrá si, en lugar de escudar, se siente lleno de preocupación pensando que quizá mueran de inanición tanto el confesor como el oyente, dado lo interminable de la confesión. La objeción de que una persona nunca habla corrientemente con tanta longitud y prosopopeya es muy parecida a esa otra objeción favorita en contra de la ópera: que la gente, en la vida usual, no habla cantando y, por tanto, la ópera es una tontería. Pero es que la creación literaria no tiene nada que ver con la vida corriente, sino que busca y desea hacer visible el trasfondo, el sentido de la vida, y cuando un hombre narra toda su vida y necesita para hacerlo cincuenta o cien páginas, tal cosa es muy poco si verdaderamente se narra en ellas algo digno de ser conocido.

Anteayer recibí, tras un largo lapso, una carta de Maass, el autor del *Testamento*; se encuentra en América y su destino es todavía incierto. Su amigo y bien dotado colega, Beheim-Schwarzbach (en la Editorial Reclam está su fabulosa narración *El tambor de la muerte*), se halla en Inglaterra, pero se vio obligado a dejar en Alemania a su esposa, que está, además, enferma de cierto cuidado.

Sí, también le agradezco todo cuanto dice usted acerca del poema modificado. En lo relativo a la observación sobre el verso de la ventana roja o del suave resplandor, tiene usted razón, probablemente; por lo menos, yo también prefiero el suave resplandor y seguramente será incorporado de nuevo al verso. La cosa fue así: el hecho de que el poema fuese trasladado desde lo subjetivo y narrativo hasta lo general y puramente alegórico era, sin duda alguna, acertado, aunque solo fuera porque el poema terminaba con un juicio puramente espiritual, a saber: con el reconocimiento de que la esencia de la música es el tiempo, y por cierto el puro presente, no otra cosa: he necesitado cerca de sesenta años para llegar a esta conclusión, aunque desde mis años de niñez fui un amigo de la música. Junto con la primera estrofa suprimida, lo fue asimismo, la línea que trataba de la nubosa noche de anteprimavera, línea la más cálida, la más plena de sentido, la que mejor expresaba la profundidad del espacio, y esta pérdida me produjo cierta tristeza. Quizá para sustituirla puse el rojo y el hervor de luz en el verso de la ventana y allí permanecerá hasta que, al fin, vuelva a introducir suave resplandor. Estas cosas solo nos ocurren a los

poetas. Cuando era muchacho leí una vez un chiste, en una hoja volante, mientras aguardaba mi turno en la sala de espera del dentista: un consejero de comercio se tropieza con un poeta y le pregunta si ha trabajado algo en el día de hoy. El poeta responde con toda seriedad: "Oh, sí. He dedicado toda la mañana a repasar lo que escribí ayer, y finalmente he tachado una línea." El otro, pregunta: "¿Y por la tarde?" El poeta responde: "He vuelto a examinar todo el trabajo y al final he decidido dejar tal como estaba la línea que había suprimido."

Jamás he olvidado esta lectura que hice en casa de un dentista de Stuttgart, allá por el año 1890.

Addio, con saludos afectuosos para los dos.

AL SR. G. G., Copenhague

1940 (?).

Estimado señor:

Es usted un robusto e imponente G., y uno se estremece cuando levanta usted la mano y se pone a sacudirse versos de la manga. Protesta usted con tal violencia de los versos míos, única cosa nueva que he producido en los últimos seis meses, que, sin duda, debe de haberle impresionado o conmovido alguna cosa existente en ellos, porque de otro modo no hubiera reaccionado usted con tanto ímpetu. La rectificación que de mi poesía hace usted yerra empero su objetivo, porque en definitiva, *amice*, no es posible intentar la rectificación de la poesía. Si no es tal Poesía, caerá por sí sola. Pero si lo es, si el poema está formado por visiones y experiencias vitales de observación, nada es posible hacer contra él, porque pertenece a las cosas más robustas que existen en el mundo.

No sé si mi poema es un auténtico poema, ni puedo adoptar la menor decisión acerca de este punto. Pero usted, mi querido lector, no debería crisar los puños cada vez que llega a sus manos una poesía y levantar la voz airadamente, con lo cual se hace usted mismo inaccesible para el poema, sino intentar primeramente comprenderlo, dejarse penetrar por él, en vez de examinar de buenas a primeras si posee o no la visión del mundo spinoziana por usted deseada.

¿Recuerda usted, quizá, en el *Siddhartha* ese malvado que el Buda lleva dentro de sí? La Mitología india, con sus imágenes de Vishnú y de Shiva, a menudo tan masivas, de las cuatro eras del cosmos, de la destrucción del mundo y de la eterna creación renovada de este, no solo guarda en sí rasgos infantiles y primitivos, sino también un esoterismo completo, que el sabio es capaz de percibir. Del mismo modo que el bandido es Buda, así también el Demiurgo es lo Uno, y la aniquilación y la creación renovada son Una sola cosa; detrás, sin duda, al fondo, allá en el trasfondo último del mundo. Pero en primera fila, sobre la pizarra de los escolares, en el borrador poético-mitológico de juguetona caligrafía, el poema es solamente poema, algo dotado de doble o múltiple significación, algo que parece a los más un estúpido juego de niños y que causa sobre los spinozianos un efecto semejante a un pañuelo rojo. Y entre medias de esta primera fila y este trasfondo, ante el primitivo demiurgo o poeta y el esotérico Dios spinoziano, se cierne, vibrante y musical, todo el mundo. Solo es preciso aguzar un poco el oído; con el tambor no es posible aproximarse a él, porque el tambor no hace sino levantar un muro entre poema y lector, entre la música y el oyente que protesta.

Basta; esta es una carta demasiado larga para mi costumbre. Pero era mi deseo mostrarle a usted que he escuchado atentamente su voz. Los poetas oyen tan bien que no es preciso dar golpes sobre la mesa, porque son como sismógrafos. Yo solo quería saludarle a usted y tomarle un poco el pelo, como se dice vulgarmente, para conseguir con ello, quizá, que de ahora en adelante espere usted ventear y respetar la presencia del misterio detrás de las mitologías y los demiurgos.

Yin y Yang (1) deben jugar conjuntamente, no combatir entre sí. El dolor del mundo debe hallarnos incommovibles en nuestro interior, pero no debe hallarnos ligados al servicio de una filosofía perfecta. También los poemas exigen ser contemplados con mayor juego y burla, y al mismo tiempo tomados con mayor seriedad de lo que usted hizo en esta ocasión.

(1) Yang y Yin son los dos principios universales, masculino y femenino, de la filosofía china primitiva, que recoge el taoísmo. (Nota del traductor.)

Finales de febrero de 1941.

Estimado señor W.:

Gracias por su carta, que me ha causado verdadera alegría; por ser usted hermano de P. U. W. puedo inferir con mucha aproximación de dónde proviene usted y cuál es su forma de ser.

Si es usted o no un poeta, esto es, un hombre que solo como tal poeta puede lograr la realización y la expresión de su propia esencia, es algo que ya se evidenciará por sí mismo. El que usted se sienta llamado fuertemente por la poesía y desee llegar a ser un poeta, es de todos modos un buen comienzo, y por ello debe usted proseguir este camino, hasta que se demuestre si es o no el único y el verdadero para usted. Para los poetas resulta esto más difícil que para los pintores, porque suele ser posible, en determinadas circunstancias, producir en edad muy temprana una pintura o una música de alta calidad y formalmente valiosas, mientras que las creaciones poéticas de valor duradero son producidas, casi sin excepción, por hombres que poseen ya una cierta madurez y plenitud de experiencia. Para el poeta no existe una artesanía u oficio que pueda ser aprendido realmente; por ello, la propia tarea se le antoja al joven poeta más fácil en apariencia, pero en el fondo es más difícil de llevar a cabo que para los demás poetas. La mayor parte de las veces es preciso esperar largo tiempo hasta que logra producirse algo que sea también valioso para los demás. Por ello es buena cosa ejercitarse, exigirse a sí mismo con máximo rigor, examinar todo lo escrito después de transcurrido un cierto tiempo y editar si no hubiese podido expresarse de un modo mejor, más exacto, más certero.

Conténtese usted con estas breves palabras; por hoy no puedo decirle a usted más. Solo añadiré esto: cuanto más se afana un artista por su propio arte, y mayor importancia le concede, tanto más se aproxima a la meta de encontrar lo último y lo postrero que es común a todo arte, a saber: la fe en el sentido de la vida o, si se quiere, el coraje de otorgar un sentido a esta vida. El camino que lleva a ello tiene muchas etapas, y discurre a veces hartamente sinuosamente, y parece en ocasiones difícil y áspero, y merece la pena de seguirlo, sin embargo.

AL DR. H. M., Burgdorf

Fines de marzo de 1941,

...Lo que dice usted sobre las correcciones y modificaciones en los poemas me resulta comprensible; pero, no obstante, me es imposible compartir

esta opinión. Los pueblos descorteses se inclinan siempre a considerar a la cortesía como una hipócrita y cobarde astucia, y a ensalzar la grosería como nobilísima virtud. Del mismo modo, aquellos pueblos que mantienen torpes o malas relaciones con el propio idioma (sobre todo los alemanes y con especial fuerza los suizos alemanes) se inclinan a tildar el cultivo del lenguaje de *gramatiquerías* y cosas semejantes, del mismo modo que los alumnos perezosos rechazan el estudio del latín y del griego, calificándolo de *pesadez casera*, etc. Si alguien otorga al cultivo del idioma el mero valor de un remilgo ocioso, y califica de *gramatiquerías* los esfuerzos en pro de una cuidadosa elección de las palabras y de la sintaxis, la cosa no tiene importancia si el que tal hace es un campesino o un bracero. Pero si es un poeta, está profundamente equivocado. Muchos poetas aficionados alemanes y suizos se comportan gustosamente como si la poesía fuese algo semejante a escupir o digerir, algo que se realiza de modo instintivo, impulsivo, con exclusión de la voluntad y de la razón. Este modo de pensar no es meramente necio y erróneo, sino que impone sus consecuencias a nuestra literatura, que, bien lo sabe Dios, no es precisamente rica...

Gócese usted con la primavera, mientras sea joven. Y reciba mis afectuosos saludos.

AL SR. L. M., Cannstatt

Estimado señor M.:

Antes de partir de viaje por tiempo de algunas semanas quiero darle a usted las gracias por su carta. El triste destino de los suyos toca también muy de cerca mis sentimientos; ojalá todo se resuelva más favorablemente de lo que piensan los detentadores del poder.

Por lo que se refiere a su inquietud y preocupación acerca de su propia naturaleza y de su capacidad y dotes para la vida, quisiera infundirle a usted fe y valor. Hay, naturalmente, muchos hombres para quienes la vida es harto fácil, y que son, en apariencia o en realidad, más dichosos, son los que carecen de una individualización demasiado fuerte, los que no conocen problemas. Establecer la comparación con ellos carece en absoluto de sentido para nosotros, los que no somos como ellos; nosotros debemos vivir nuestra propia vida, y esto significa siempre algo nuevo y peculiar, cada vez más difícil y también más hermoso para cada individuo. No hay norma alguna para la vida; ella ofrece a cada uno una tarea distinta o irrepetible y por eso no existe una incapacidad innata y

predestinada para la vida, antes al contrario, el más débil y más pobre es capaz de llevar, en el lugar que le ha sido asignado, una vida digna y auténtica y ser algo para los demás simplemente por el mero hecho de aceptar e intentar realizar ese lugar en la vida no escogido por él y su tarea singular y propia. Esto es humanidad pura y auténtica e irradia siempre algo nobilísimo y redentor, aunque el titular de esta tarea sea ante los ojos de todos un pobre diablo por el que nadie quisiera cambiarse.

No se entregue usted a pruebas y juicios valorativos de si mismo, ni a despiadadas autocríticas. Es posible contemplar de modo crítico y condenatorio una acción concreta cualquiera, de la que se arrepiente uno, y esto es justo; pero no se debe juzgar estimativamente la propia persona, tal y como ha sido situada en el mundo, sino limitarse a aceptar la parte que hemos recibido de Dios en dones y defectos, darles el sí y luego intentar extraer de ellos el mejor resultado posible. Con cada uno de nosotros Dios se ha propuesto algo, ha intentado algo, y nosotros somos sus enemigos y adversarios si no aceptamos esto y le ayudamos a realizarlo.

No puedo añadir más; tampoco se trata de decir muchas palabras.

A ALFRED KUBIN, Wernstein junto al Inn

Abril de 1942.

Querido Alfred Kubin:

En estos días pasados he regresado una vez más de Baden, donde he pasado unos días de reposo y de cura, y lo he hecho nuevamente con la ilusión de haber llevado a cabo algo útil en favor de la mitigación de mi vieja dolencia, convertida en crónica desde hace dos años.

Me encontré entonces con su libro, las *Aventuras*, que tengo ahora mismo delante de mí, y me siento dichoso de poder recorrer de nuevo esos paisajes suyos, tan caros para mí. En sus dibujos no solo amo su alma creadora y poética y esa maestría siempre viva del artista; es que, con frecuencia, la siento como algo muy cercano a mí mismo. De modo semejante a como han nacido muchos de mis poemas, esto es, en medio de una noche de insomnio, con la carpeta sobre las rodillas, entregado al garrapateo de letras y la hechura de los versos con mano nerviosa e insegura, como un niño se entrega a su juego, rebosante a un tiempo de encontrados sentimientos de flaqueza, abatimiento, necesidad de consuelo y dicha íntima y callada..., de modo semejante, digo, aunque no sea en

cama y por la noche, me imagino yo el nacimiento de muchas de sus hojas. Ese encontrarse poseído o hechizado por un contenido, una imagen cualquiera, ese sentirse enredado en la trama de las líneas y el capricho de los trazos, engendran algo que no estaba en el querer y en los propósitos; engendran un juego tan serio como solo puede serlo un auténtico juego, y una seriedad tan juguetona que lo arduo desaparece y surge una ingravidez semejante a una pompa de jabón.

Le doy las gracias de todo corazón por este precioso y sabrosísimo regalo, que tanto ha significado para mí.

A UN AMIGO

21 de enero de 1943.

Querido amigo E.:

Ayer llegó su diario de *Patrolscharte*, que leímos íntegramente durante la tarde. Le agradezco mucho su envío y le recuerdo con el afecto compasivo y entrañable que merecen sus padecimientos y su lucha. El buen padre se nos perderá una y otra vez en medio del dolor y recorrerá nuestro camino hacia la Madre eterna, inmensa e inexorable. Pero ora llamemos a la Madre Universal Vida o Dolor, en nuestro interior ella exige siempre, como contra-partida, la presencia del Padre, porque la naturaleza es en nosotros ambivalente y no tiene que elegir entre Naturaleza y Espíritu.

Una vez más me ha tocado muy de cerca y muy hondo su pérdida y su dolor, y con ellos toda la amargura de su crisis; nunca olvidaré su viacrucis, ni la ovejita despeñada y su madre, ni los que estallaron en risotadas a la puerta de la cocina, ni las conversaciones con Hans, ni los encuentros con el fotógrafo.

Fue, para mí una pequeña pero intensa alegría su anotación marginal sobre la aparición del libro de poemas. A este le seguirá ahora el *Knecht*, quizá para el próximo otoño; todavía me ha de dar mucho trabajo, con el nuevo editor, un capítulo que es preciso rehacer, las pruebas, correcciones y demás. Espero, sin embargo, llevarlo todo a buen fin, y fuera de ello no tengo nada importante que hacer.

AL SR. G. G., Copenhague

27 de marzo de 1943.

Mí querido señor G.:

Gracias por su vehemente carta fecha 18 de los corrientes. Me ha hecho mucha gracia, pero no resulta fácil contestarla; y es que se me antoja que a usted le ha enojado seriamente el que yo no pudiese consentir en la corrección de mi libro, y esto es algo que no comprendo. Usted me había suplicado, y yo le había contestado que en efecto leería por mí mismo las galeradas, porque no se trataba solamente de erratas de imprenta. Dicho en plata, y, según mi propia opinión para todo aquel que es también autor, de modo categórico: las erratas, esto es, las faltas o errores mecánicos de imprenta, las dejo con toda tranquilidad a cuenta y cargo del editor y de otros colaboradores, como, por ejemplo, mi esposa; en las correcciones yo me ocupo de otras cosas, tales como de eventuales correcciones materiales que pueden resultar oportunas después de una última lectura (y, efectivamente, lo resultaban), y en parte también, y sobre todo, de ciertas exigencias estilístico-sintácticas. Cuando yo, por ejemplo, deseo dar a una frase o período cualquiera, llevado por consideraciones puramente estético-musicales, una acentuación silábica levemente distinta o una coloración diversa en los vocablos, ¿cree usted seriamente que yo dejaría en manos de una persona extraña estos últimos y delicadísimos deberes de artista, en manos de un hombre, además, del cual me consta que puramente estético significa muy poco para él y apenas posee sensibilidad para percibir matices de este orden, y que ha reconocido paladinamente, poco tiempo ha, que la lectura de un libro de poesía es para él una verdadera necesidad? No, yo no puedo consentir tal cosa con seriedad, del mismo modo que considero demasiado endeble su pretexto de que el odio por la lectura de poesías sea cosa precisamente hamburguesa. No es hamburgués en modo alguno, sino una falta de cultura y de espíritu el que gentes de alto grado de formación, por otra parte, sean demasiado perezosas y demasiado torpes idiomáticamente para peder leer poesías, para participar de la vida más íntima y noble de su propia lengua. Esta es mi opinión, y creo que esta pereza del noventa y nueve por ciento de la gente no es hamburguesa, sino que se extiende desde Copenhague hasta China. Por lo demás, se ha evidenciado que también un hamburgués es capaz de comer moscas en caso de necesidad, y yo le agradezco cordialmente la acogida que ha dispensado a mi libro, y que me ha causado sincera alegría.

A UN JOVEN

Zürich, mayo de 1943.

Aunque no me siento capaz de escribir una carta como es debido - ando otra vez acosado y atormentado por los médicos -, quisiera responder a su saludo. Según he podido ver, surge de un verdadero trance infeliz. Lo que experimentamos en nuestra propia vida no es nunca comunicable por medio de palabras, y por ello, como es natural, su carta solo se aproxima de lejos al problema. Este radica en la palabra *Yo*. Usted habla del *Yo* como si se tratase de una magnitud conocida, objetiva, lo que no es en absoluto. En cada uno de nosotros existen dos *Yos*, y el que lograrse saber en todo momento dónde comenzaba el uno y dónde terminaba el otro, sería absolutamente sabio.

Nuestro *Yo* individual, subjetivo, empírico, muéstrase, cuando nos tomamos la molestia de observarlo un poco, algo extremadamente cambiante, caprichoso, depende en grado sumo de estímulos externos, muy sujeto a influencias de todo tipo. Por tanto, no puede constituir una magnitud con la que pueda contarse de modo firme, y mucho menos puede ser para nosotros un módulo y una voz. Este *Yo* no nos enseña ni alecciona sobre nada, sino tan solo, como la Biblia dice con harta frecuencia, sobre el hecho de que somos una especie débil, obstinada y pusilánime.

Pero existe también el otro *Yo*, oculto bajo el primero, mezclado con él, sí, pero imposible de intercambiarse con él. Este segundo, sublime y sagrado *Yo* (el *atmán* de los indios, que comparan ellos al Brahma), no es algo personal, sino que es nuestra participación en Dios, en la vida, en el Todo, en lo extra y lo suprapersonal. Bien merece la pena de perseguir este *Yo*. Es, no obstante, empresa difícil, porque este *Yo* eterno es silencioso y paciente, mientras que el otro *Yo* es siempre alborotado e impaciente.

Las religiones son, en parte, revelaciones sobre Dios y sobre el *Yo*, y en parte prácticas espirituales, sistemas de ejercitación para alcanzar la independencia de ese *Yo* privado y caprichoso y. lograr un acercamiento a lo que en nosotros hay de divino.

Yo creo que una religión es, más o menos, tan buena como otra cualquiera. No hay ninguna dentro de la cual no se pueda llegar a ser un sabio, y ninguna, asimismo, que no pueda reducirse en su práctica a la más necia de las idolatrías. Pero en las religiones se ha juntado y dado cita casi todo el verdadero saber, y más aún en las mitologías. Toda mitología es falsa si la consideramos otra cosa que meramente piadosa; pero cada una de ellas es una llave que abre el corazón del mundo. Todas ellas conocen los caminos que convierten la idolatría del *Yo* en un auténtico servicio a la Divinidad.

Basta; lamento no ser un sacerdote, pero quizá exigiría entonces de usted precisamente lo que por el momento no está en condiciones de dar. Y de este modo es mejor que me limite a dirigirle, simplemente, el saludo de un caminante que avanza, al igual que usted, en medio de la tiniebla, pero que sabe que existe la luz, y la busca.

AL PROF. ROBERT FAESI, Zürich

Después de su crítica del *Juego de abalorios*.

1 de noviembre de 1943.

...Quisiera responder brevemente sobre algunos insignificantes pormenores. Me ha decepcionado no poco el que pudiese pasarle a usted por las mientes la idea de buscar en ese mundo futuro de utopía propio de mi libro (y que usted sitúa con gran precisión de fecha) una manifestación cualquiera sobre formas de Estado, ropajes, etc. Por el contrario, me ha alegrado muy de veras el que usted haya captado con tanta exactitud la estructura de mi utopía y la haya formulado tan bien, comprendiendo que se limita a mostrar una posibilidad de la vida espiritual, un sueño platónico; no, en modo alguno, un ideal al que haya que considerar perennemente válido, sino un mundo posible, pero consciente de su propia relatividad. El sentido profundo y el valor de este mundo los representan el primer Josef Knecht y el Maestro de la Orden, mientras que el segundo Knecht, considerado históricamente, representa los pensamientos de la relatividad y la fugacidad del mundo idealista. El que así pudiese verlo Knecht es cosa que debe al Maestro Jakobus, y el que yo pudiese ver asimismo a Castalia, mi utopía, en su plena relatividad, debo agradecerérselo a aquel Jakobus del que ha recibido su nombre el pater: Jakob Burckhardt...

AL PROF. EMIL STAIGER, Zürich

Principios de enero de 1944.

Estimado y admirado profesor:

Su gratísima carta me ha traído una verdadera alegría. Desde que mi libro ha sufrido su primer e ingrato contacto con la vida pública, ese verse asaltado por los folletinistas de turno, entre cuyas voces ha sido la del profesor Faesi la única seria, ha comenzado lentamente su acción y su efecto sobre aquel

tipo de lectores para quienes fue pensado el libro, y hasta el momento el signo más hermoso de este efecto ha sido la carta de usted. Me trajo una resonancia tan bella y rica que hoy me siento contento y feliz, a pesar de mi pésimo estado de salud.

En rigor, no he pensado al escribir mi libro ni en una utopía (en el sentido de un programa dogmático), ni en una profecía; he intentado más bien representar algo que considero una de las ideas más auténticas y legítimas, cuya realización se puede palpar en muchos puntos de la historia universal. Su carta me testimonia, para mi júbilo, que al intentar tal cosa no he caído en lo imposible, lo sobrehumano y teatral. Durante todo el tiempo que dediqué al trabajo en este libro había muchos espíritus en torno mío: en rigor, todos los espíritus que han formado mi vida y me han educado, y entre ellos hay muchos de tan humana sencillez, tan alejados de todo *pathos* y toda patraña como aquellos de los sabios chinos, lo mismo históricos que legendarios.

Del mismo modo que su juicio sobre la diafanidad y la sencillez en el tono general de mi libro me alegran sus palabras sobre el sentido y posible eficacia del mismo. Lo halla usted expresado en breves palabras en el motío que encabeza el libro, y cuyo sentido es, más o menos, este: la evocación de una idea, la representación de una realización, son ya en sí un pequeño paso hacia esta realización objetiva (*paululum appropinquant*). También aquí su juicio es para mí una confirmación y una ratificación.

Al mismo tiempo que le doy las gracias por la alegría que me ha deparado usted, quiero decirle también que le conozco y admiro a través de algunos trabajos suyos, como, por ejemplo, los de *Trivium*. Más de una vez lo presentí claramente: ahí trabajan personas para quienes son importantes las mismas cosas que para mí.

Me alegraría muchísimo verle a usted alguna vez. Como yo no puedo desplazarme ya a mi voluntad, ni dispongo de la movilidad necesaria para hacer visitas, quizá se logre alguna vez, cuando usted venga a nuestra región, y disponga de tiempo para visitarnos, a mí y a mi mujer, que también es persona experta.

A OTTO ENGEL, Stuttgart-Degerloch

Fines de enero de 1944.

Querido doctor Engel:

Aunque por el momento, y desde el punto de vista material, gozo en mi oficio de todo lo contrario al éxito (los libros editados en Berlín se hallan agotados desde hace años, y los impresos en Zürich están limitados al pequeño mercado suizo; en los últimos años casi he regalado más libros de los que he vendido), no obstante la intensidad de la lectura y de la comprensión de mi obra ha aumentado mucho y el *Juego de abalorios* ha encontrado realmente un pequeño número de lectores que captan y aceptan hasta el último detalle, y esto es muy hermoso. Algunas cartas muestran esto de un modo palpable: una de ellas procedía del recientemente nombrado profesor de Literatura de la Universidad de Zürich, a quien no conozco personalmente; otra de E. Ackerknecht, autor de la hermosa *Kellerbiographie*; otra de usted y una muy hermosa y afectuosa de Marianne Weber. Yo creo que usted conoce ahora mi libro mucho mejor que yo, porque a mi se me escapa otra vez de las manos poco a poco. Usted ve, asimismo, la cara o lado suabo en los pensamientos de élite y .el juego de abalorios, lo que me hace verdadera gracia...

... Si los saludos pueden llegar todavía hasta el amigo Schrempf. salúdele usted muy afectuosamente y dígame que él pertenece a las figuras que están siempre presentes en mi vida y que considero su pensamiento y su persona como una feliz mezcla de espíritu socrático y de piedad Suaba, iluminado por la estrella extraña de Kierkegaard cuyo frío apasionamiento engendra en aquellos otros dos espíritus inolvidables sonidos de contraste.

Si es factible, escríbame usted hablándome de la impresión conjunta que causa mi libro. Su *motto* tiene, sobre otras muchas posibles, la ventaja de que le viene como anillo al dedo, y esto no es maravilla, porque el texto alemán ha sido inventado por mí y el autor Albertus; la versión en latín escolástico la ha hecho Schall y la ha revisado Collofino (Feinhals, Cuellofino); por ello se les cita a ambos, con gratitud, en la indicación final de las fuentes utilizadas.

Salude usted a su esposa y a los amigos, y procure usted sostenerse. Aunque las reservas de Tao existentes no toleran disminución alguna, es esta tarea que en tiempos tales corresponde a los individuos que han de transmitir la herencia a los que vengan después.

A ROLF VON HOERSCHELMANN, Feldafing

22 de febrero de 1944.

Estimado señor v. Hoerschelmann:

Muchas gracias por su carta. En lo referente a Castalia debería meditarse que no solo, ni tampoco en primera línea, es utopía, ensueño o futuro, sino también realidad, porque desde muy antiguo y con harta frecuencia han existido el orden, las Academias platónicas, las escuelas de yoga y todo eso. Y por lo que respecta a las mujeres: el poeta Bhartrihari, por ejemplo, era monje budista, pero escapaba una y otra vez porque pensaba que no podía vivir sin mujeres, y una y otra vez regresaba, arrepentido, y era recibido por los demás con el mayor cariño.

La otra pregunta: el *Juego de abalorios* es un lenguaje un sistema completo; por ello puede ser juzgado de todas las maneras imaginables, ora sea de una manera única e improvisada, ora de muchas diversas y con arreglo a un plan, ya sea rivalizando con pasión o de un modo hierático.

Murió en Stuttgart, cerca ya de los noventa años, mi amigo Christoph Schrempf. De todos los hombres que he conocido, él era el más parecido a Sócrates (sobre quien, por lo demás, escribió espléndidamente).

Quedaba todavía una pregunta: la muerte de Knecht, naturalmente, puede tener múltiples interpretaciones. La central, para mí, es la del sacrificio que lleva a cabo, con valor y alegría. Según mi opinión, con este gesto no interrumpe él su obra educadora con respecto al adolescente, antes al contrario la cumple y acaba.

Addio, y saludos muy afectuosos.

A UN AMIGO, SOBRE EL "JUEGO DE ABALORIOS"

Febrero 1944.

Querido amigo:

Gracias por tu carta, que me ha traído mucha alegría, excepto la mala noticia de que aquel error que cometiste arrastra tan largas consecuencias. Me parece magnífico el que hayas acudido a Brun; yo también me confiaría a él antes que a otra persona cualquiera.

Te refieres también en tu carta al doctor Engelmann, de Basilea, y añades: "...de quien tú también hayas oído hablar quizá". Aquí me veo obligado a protestar. Como medio basiliense que soy, basiliense, además, que trabajó a principios de siglo en Basilea como librero y anticuario, tendría que haber

estado muy ciego para no darme cuenta de quién era el doctor Engelmann. Por si fuera poco, mis padres le conocían ya cuando yo era todavía un niño, y mi hermanastro mayor, Theodor Isenberg, cursó sus estudios de farmacéutico junto a Engelmann. En nuestra tienda de antigüedades basiliense, allá en el Callejón del Arado, era cosa frecuente verle, con su negro sombrero de Basilea y su esclavina negra, su cabeza redonda y sonrosada, sus ojos de un claro azul, diciendo en su habla característica, entrecortada de sorbos: "I bruch aigedlig nid, i wott numme-n-e gly schnaigge" (1), y charlando gustosamente con mi colega Bauer y conmigo.

(1) ¿Es acaso un gozo

haber nacido hombre?

¿Puedo hoy alegrarme

de mi propia vida?"

Me parece normal y lógico el que hayas dominado a mi libro no tanto mediante el análisis meditativo cuanto con el sentimiento, el talante y las asociaciones mentales. El libro no es en modo alguno un tratado, ni mucho menos un sistema de filosofía; es una narración y una confesión, y su edificio, su ritmo y su colorido no están menos influidos y determinados por ello que los pensamientos que contiene. Todo esto de la *Utopía*, esto es, la situación o proyección de la obra en un futuro, no es, naturalmente, sino un pretexto, un recurso. En realidad, Castalia, la Orden, la erudición meditativa, etc., no son ni un sueño de futuro ni un postulado, sino una idea eterna, platónica, hecha carne visible en la Tierra, con harta frecuencia, en diversos erados de realización.

AL PROF. K. KERÉNYI, Ascona

Principios de septiembre de 1944.

Estimado señor y amigo (es este un encabezamiento que gustaba de utilizar Jacob Burckhardt):

Las fuerzas no acuden en mi ayuda como antes, ni tampoco las palabras; de no ser así, hace mucho tiempo que lo hubiera escrito a usted palabras de gratitud y de afecto. Acabo de terminar la primera lectura de su nuevo libro, en el que he hallado verdadero placer. Para describir adecuadamente el encanto que posee para mí la lectura de un auténtico mitologema he rebuscado aquí y allá las palabras adecuadas, pero no las he encontrado capaces de expresar esto mismo con tanta belleza y plenitud como lo hicieron las que usted me envió en su carta del mes de julio, y que decían así: "En la trama de tales sueños acaba uno por sentirse entretejido y, al mismo tiempo, enredado en aquella red sin orillas que comenzó con los grandes mitologemas de la Humanidad." Así es. Y mientras como poeta de hoy, se torna uno infinitamente pequeño ante este mundo mítico, se siente uno, sin embargo, confirmado y justificado en el sentido de su tarea, en los sueños poéticos. Esto es bueno, y necesario de cuando en cuando. En el ínterin, yo le remití a usted las dos poesías de Bremgarten, a guisa de saludo estival. Nos encontrábamos allí, en el lugar de la fiesta del *Morgenlandfahrt*, en medio, una vez más, de un mundo de recuerdos y de relaciones, y mientras que nosotros mismos y los amigos nos encontrábamos en parte envejecidos y cambiados, el castillo, el río y la arboleda aparecían tan invariables y tan exentos del paso de los años que se podía penetrar con los ojos en el propio pasado, y adentrarse en él como en un cuadro. Y hasta hubo en esta ocasión un momento culminante de muy singular valor: hubo una vez más, en honor nuestro, una auténtica fiesta de *Bremgarten*. En el hermoso salón rococó interpretaron para nosotros la última noche de nuestra estancia la obra postrera de mi amigo el músico Schoeck, una de sus más bellas creaciones, y después permanecimos largo tiempo sentados ante la larga mesa iluminada con la luz de las velas, como antaño, colación y vino en el amplio vestíbulo abierto, ante el telón de fondo del jardín nocturno, y estaban allí casi todas las figuras y las caras que me son queridas desde tantos años ha; algunos amigos extranjeros vinieron de viaje hasta allí para pasar con nosotros la noche, y también estaban dos de mis hijos, con sus esposas. Todavía no me he recuperado totalmente del esfuerzo que supuso el viaje sofocante del siguiente día, pero aquella inolvidable experiencia sigue resplandeciendo en mi memoria y no considero que su precio fue excesivo.

Le doy las gracias una vez más por su libro y por lo que me ha dado.

A UNA LECTORA

Que me preguntó por qué no figuraba mujer alguna en el *Juego de abalorios*.

Febrero 1945.

Apenas es posible contestar a su pregunta. Yo, naturalmente, podría aducir múltiples razones, pero todas ellas serían superficiales. Una creación poética no brota solamente de lo meditado y lo deseado conscientemente, sino también, y en gran parte, de razones mucho más profundas, que el mismo autor no conoce, o si acaso sospecha, todo lo más.

Yo aconsejaría que se considerase esto del siguiente modo: el autor de Josef Knecht era un hombre que iba para viejo, y cuando terminó su trabajo era ya casi un anciano. Cuanto mayor se torna un autor, tanto más intensamente siente la necesidad de ser exacto y concienzudo en su tarea, y de hablar tan solo de aquellas cosas que conoce verdaderamente. Las mujeres, sin embargo, son un trozo de vida que se torna de nuevo remoto y misterioso para el maduro y el viejo, aunque las haya conocido antes de modo profundo, por lo cual no confía ni pretende saber acerca de ellas algo verdadero y real. Por el contrario, conoce minuciosamente los juegos de los hombres, en tanto que son de índole espiritual, y se siente entre ellos como en su propia casa.

El lector dotado de fantasía podrá, sin duda, crearse y representarse dentro de mi Castalia todas las mujeres discretas y de espíritu superior que han existido en el mundo, desde Aspasia hasta el día de hoy.

AL DR. O. E., Stuttgart

Rigi, 10 de agosto de 1945.

...No solo comprendo sus pensamientos y su estado de ánimo ante la muerte de Anna Schieber, sino que los encuentro lógicos, más aún, obvios, dadas las circunstancias del caso y el carácter de usted. Y si llega el momento en que usted no pueda hacer otra cosa y se libera de la vida, no seré yo quien se lo tome a mal, por cierto. No obstante, espero que no lo haga usted, por amor a sus deudos más cercanos y, ante todo, porque las personas como usted, que han vivido la historia de Alemania desde el año 1919 de modo consciente y despierto, son raras y muy necesarias, y cada una de ellas es de veras insustituible. Lo que le faltó a usted para dominar la desesperación fue, sobre todo, la pertenencia a un grupo político de la oposición. La ideología democrática del Sur de Alemania, en tiempos de Hitler, era simpática, sí, pero hartamente envejecida. Le envío a usted junto con estas líneas la carta impresa de R., que un jefe socialista suizo, buen amigo mío, publicó con presteza en su periódico. Esta carta, que le ruego lea y transmita después a otras personas,

tiene para mí un altísimo valor, y no por los detalles que contiene sobre el horror y la aflicción de Alemania, sino por su ideología bravísima, positiva, entregada por entero al servicio del futuro inmediato.

He escrito a Marianne W. sobre el artículo de J., y espero que lo reciba y se lo transmita a usted. Aunque haya abjurado usted de todo nacionalismo, *caro amico*, no debería usted reaccionar con mentalidad nacional contra los sermones paternales, admonitorios, rebosantes de sabiduría de los pueblos virtuosos, esto es, no debería usted darse por aludido en estos sermones. No sabemos qué grande puede ser el sector de su pueblo que se opone con razón a estos sermones, pero mucho me temo que la mitad de él, por lo menos, ha cerrado los ojos y ha consentido todo y ahora no quiere saber nada ni acepta parte alguna de responsabilidad. También para mí es así el *pueblo alemán*; pero usted pertenece a él tan poco como yo mismo. Y basta de esto.

A LA SRA. LISE ISENBURG. Korntal

4 de octubre de 1945.

Querida Lise:

Te agradezco mucho tu carta. He pensado y pienso en Carlo con infinita frecuencia, a veces preocupado por él, otras veces imaginándolo en cualquier lugar del Este, entre rusos, tocando música o silbando con los labios, simplemente, con la cara sonriente, a punto de abandonarse a lo asiático.

...Es duro y amargo para ti, lo sé, y tienes que soportar muchas penas. Y nosotros, los respetados por la guerra en apariencia, hemos visto y experimentado tantas cosas desde 1933 y 1939, hemos tenido que tragarnos tantas cosas, hemos visto al mundo cambiando hasta el punto de provocar náuseas, que se nos ponen los pelos de punta, instintivamente, ante cualquier exceso de dolor, ante cualquier nueva peculiaridad de sufrimiento que llegue hasta nosotros. Y, sin embargo, el corazón palpita y vibra juntamente con todo ello y en ocasiones siente el ardentísimo deseo de romper para siempre con todo y abandonar este necio teatro de micos y títeres que nos contemplan con tan grotesca y satánica mueca y que, empero, tanto nos ha divertido durante largo tiempo. Yo suelo refugiarme de cuando en cuando en la visión de los pueblos antiguos, en especial de la India: hay en ella el mito de las cuatro épocas del mundo, empezando por la dorada, que van cayendo y degradándose de una a otra, hasta que la situación se torna insoportable y el gran Shiva inicia una danza sobre e mundo y bajo la danza del dios toda la mundanal miseria

queda reducida a un pataleo de escombros. Después puede comenzar de nuevo la creación, hermosa e inocente. Algunas veces se me antoja que hemos llegado al final de la cuarta era, y que Shiva surge esta vez bajo la forma de bomba atómica...

Querida Lise, debemos procurar que si los libros y las notas se pierden, tengamos siempre ante nosotros las escasas y las tonalidades, y que el alfabeto no quede destruido jamás, porque con ello podremos rehacer de nuevo casi todo. Pero, sin duda alguna, nuestro reino ya no es de este mundo. Saludos muy afectuosos de parte de ambos.

AL OBISPO TH. WURM, Stuttgart

3 de noviembre de 1945.

...Cuando, allá por los años inmediatamente posteriores a la primera guerra, tuve ocasión de ver cómo toda Alemania saboteaba casi de consuno su República y no daba señas de haber aprendido lo más mínimo, me fue fácil adoptar la ciudadanía suiza, lo que no había podido hacer durante la guerra, pese a mi radical condenación de la política de fuerza llevada por Alemania. En uno de mis libros pinté por aquel entonces, con voz cargada de presentimientos y de angustia, la segunda guerra que ya se avecinaba, pero todo el mundo se limitó a reír jovialmente.

Entonces me separé para siempre de la Alemania política. Hoy día recibo muchas cartas de alemanes que en el año 1918 eran todavía jóvenes y que me escriben diciéndome que aún resuenan en sus oídos los ecos de mis artículos de aquella época, y bien quisieran ahora que ellos y todos hubiesen tomado más en serio aquellas advertencias.

Bien; para mí es más fácil que para otros no ser un nacionalista. Nuestra familia era muy internacional, lo que se adecuaba muy bien para las misiones entre infieles y yo sentí muy pronto en mi alma las huellas del espíritu de la India junto a los de Lutero y Bengel. Personas como mi abuelo y mi padre no hubiesen debido ser ya, en rigor, nacionalistas; pero era necesario el paso de una generación para aclarar todo esto. Por ello y para ello nos hallamos ahora ante estas nuevas y terribles tareas y sufrimientos. Estoy de acuerdo con usted en que nada se ha de lograr con las medidas de castigo y de represalia y que la liberación debe ser procurada y proporcionada precisamente por aquellos que sufren ahora más profundamente. A veces me siento feliz por ser viejo y harto achacoso. Pero en algunas cartas de amigos y lectores alemanes, especialmente

de los reclusos en campos de prisioneros en Inglaterra, América, Italia, Francia, Egipto, etc., percibo tanta reflexión y tan buena voluntad, tanta claridad de ideas después y a través de los más terribles sufrimientos, que no puedo renunciar a la esperanza. Le recuerda con afecto y le saluda...

AL "CORREO DEL SUR", Constanza

5 de noviembre de 1945.

...No puedo aceptar su invitación de formular nuevamente los pensamientos del diario de Rigi y adaptarlos a la complicada situación y condiciones de ustedes. Semejante labor es tarea propia del periodista. La tarea del poeta es decir lo suyo propio con tanta exactitud y responsabilidad como sea posible y no apartarse el más mínimo paso de esta senda. Ambas tareas, la de la adaptación, propia de ustedes, y la del rechazo de cualquier adaptación, propia de mí, son necesarias y no concedo preeminencia a ninguna de ambas, pero yo he de atenerme a la mía.

Me sucede cada día, con frecuencia creciente, el que muchos lectores alemanes (entre ellos personas ancianas y discretas, como por ejemplo, el obispo Wurm) me escriben diciéndome que es ahora cuando acaban de comprender bien mis artículos de los años 1914 a 1919, y Que darían mucho por haberlos comprendido y seguido en aquel entonces. Y así sucederá también ahora. Yo extraje a su debido tiempo todas las consecuencias de mi despertar político durante la primera guerra, incluso la de mi total apartamiento de la Alemania política, mi salida de la Academia, mi nacionalización en Suiza, etc..., y me resultaría del todo imposible, aún con la mejor voluntad, incorporarme una v más, de modo real, a la mentalidad alemana de hoy. Mientras Alemania saboteaba entonces, insensatamente, a su joven República, halagaba a Hitler en su prisión militar y elegía por aclamación al viejo Hindenburg, yo sentía que no pertenecía ya a este pueblo en el sentido político...

AL DR. O. ENGEL, Stuttgart

22 de enero 1946.

Querido doctor Engel:

Espero que en este intervalo hayan llegado a sus manos mis saludos y mis respuestas, y le hayan tranquilizado al menos en algún sentido. Entre tanto he digerido de cabo a rabo sus cartas, su conferencia y aquella carta de prensa con la renuncia a la vida contemplativa; incluso he tomado buena cuenta de la conferencia, tanto que la he hecho copiar por cierta persona. Hay algo, desde luego, que no es cierto. Por ejemplo, dice usted que hay que alabar y dar gracias al Dios de las iglesias por haber dado al hombre una moral clara y observable en la práctica. Los sacerdotes alemanes que, junto con su Dios, se lanzaron en masa al cuello de Hitler, muestran antes lo contrario, y del mismo modo los arzobispos italianos, que consagraron y bendijeron los barcos de guerra y los aviones de Mussolini. Muestran mucho más aún, a saber: que el Dios eclesiástico y la Iglesia no protegen en modo alguno al hombre, incluidos los más altos dignatarios de la Iglesia, de los más burdos descarríos morales.

Y todo lo referente a la contemplación, al pensamiento, al examen de conciencia, a ese Dios que se torna súbitamente inservible en el momento de actuar, etc., todo esto se me antoja un tanto exagerado y precipitado. Es cierto que el hombre puede actuar y meditar a un mismo tiempo, y no era necesario decirlo una vez más de modo concreto, al igual que un médico nunca ha creído necesario aseverar de modo concreto y específico que el hombre no puede inspirar y exhalar el aire a un mismo tiempo, sino precisamente una cosa después de otra, con ritmo, según esa polaridad que es la vida misma. Todos nosotros hemos podido ver en el curso de los últimos decenios adonde conduce el desprecio de la contemplación en beneficio de la rígida y seca acción: a la adoración de la pura y vacía dinámica, a la exaltación de la vida arriesgada, en una palabra, a Benito y Adolfo. Esta canción, aunque esté cantada por una hermosa voz, con moderado temple, no me dice nada. Y mire usted por dónde: justamente en el instante en que usted ve que la acción es lo único necesario, en que se abrasa usted de celo y ansias de ayudar y de cooperar, es cuando siente la necesidad de explicarse este comportamiento activo dentro de una meditación reflexiva y bien estilizada. Parece, pues, como si el actuar fuese la inspiración y el contemplar la exhalación, y como si el hombre que no poseyese ambas cosas no fuese un hombre completo. Y, además, mientras usted considera a los contemplativos como innecesarios por el momento, y a la decisión y a la acción como lo único dotado por el momento de importancia vital, e intenta probarlo, me escribe a mí, que soy un contemplativo y no un activo, unas cartas llenas de pasión, con objeto de hacerme ver que lo contemplado y escrito por mí son cosas hoy imprescindibles, y que es urgente su impresión y su difusión, etcétera.

Con todo esto solo quería ponerle ante los ojos, por unos momentos, un espejo. Porque, por mucha razón que tenga usted en algunos puntos, no debe llegarse al extremo de que usted vea en los suizos unos aficionados a las golosinas y en los poetas gente que puede permitirse el lujo de llevar una *vita contemplativa*. Y baste con esto; no deduzca usted de estas palabras más que es mi intención dármelas de maestro, sino, por el contrario, cuan seriamente he leído sus cosas y las he meditado. Usted posee la razón de los irritados y los dolientes, que se hallan rodeados por un alboroto de estridentes llamadas a la intervención y la ayuda, y yo poseo la razón del viejo, cuyo cerebro no tiene ya el suficiente riego sanguíneo y para quien el *ars moriendi* tiene cada vez más importancia que el *ars vivendi*.

La comarca está cubierta por una espesísima nieve correo no ha podido llegar hasta nosotros durante dos días, de otro modo no hubiese podido llevar a cabo la copia, ni tampoco este saludo.

A UN PRISIONERO DE GUERRA EN FRANCIA

11 de marzo de 1946.

La discusión sobre la culpabilidad alemana, etc., llega a mi casa en forma de carta, diariamente y en todas las versiones posibles, de una a dos docenas de veces. A sus diversas preguntas puedo responder lo siguiente: durante la guerra de 1914 desperté yo al conocimiento de la realidad del mundo, renegué de la guerra y de la política alemana de violencia, aparté de mí todas las frases y los sentimentalismos patrióticos y poco después de la guerra renuncié a mi nacionalidad alemana y al único lazo de honor y relación con la patria, mi cualidad de miembro de la Academia.

Veo con frecuencia a muchos alemanes; la última semana pasó conmigo medio día el obispo Wurm, y me llegan cartas a centenares, en gran parte de esas mismas personas que bajo la dominación de Hitler no se atrevieron jamás, durante muchos años, a escribir a quien, como yo, estaba del todo desacreditado. La gente tiene preocupaciones y se plantea preguntas que nosotros hemos respondido hace ya muchos años.

No me lo tome usted a mal, pero me cuesta mucho trabajo soportar con paciencia las quejas, la irritabilidad y las frecuentes amenazas que figuran en las cartas de los prisioneros. Todos se lamentan de cosas que ellos mismos han hecho a otras personas, centuplicadas, y cantan alabanzas sin cuento al carácter alemán y a los magníficos soldados alemanes en la casa de un hombre cuya

vida y obra ha destruido Alemania, y cuya mujer ha perdido en las cámaras de gas alemanas a buen número de sus deudos más queridos. No nos gusta oír estas cosas, y durante muchos años hemos deseado la derrota de estos magníficos soldados alemanes. Consideramos injusto, y una falta típicamente alemana, mentar la soga en casa del ahorcado y mostrarse tan poco pacientes en el aguante de los sufrimientos que otras personas hubieron de soportar de ustedes, multiplicadas, durante largos años. No solo recibo cartas de usted, sino de centenares de prisioneros de guerra alemanes, de alemanes que viven en la Alemania de hoy, y en casi todas ellas echo de menos esas magníficas cualidades que concede usted al soldado alemán; todas ellas están llenas de lamentos, súplicas, demandas y también de indicaciones veladas sobre la valía propia y la insignificancia de los demás. Tampoco faltan amenazas de desquite y venganza. Todo esto significa para mí que nadie ha sido capaz de aprender nada, que todos prosiguen obrando y pensando tal y como hacían al comenzar la guerra, y esperan compasión, ayuda y comprensión, sin dar la menor muestra de sentirse responsables y culpables de la totalidad de lo sucedido, no solo de Hitler, sino de tantas otras cosas.

Por ello le ruego que se limite a comunicarme escuetamente sus demandas y noticias, dejando a un lado la conversación sobre temas de actualidad; no tenemos ni tiempo ni paciencia para perderlos en ellos, y estamos sobrecargados de trabajo...

Todos sus encargos han sido transmitidos ya, y por cierto en varias formas cada uno y por diferentes caminos; pero nosotros no mantenemos con Alemania una relación normal y digna de confianza.

AL SR. S. P., Innsbruck

6 de abril de 1946.

...Su teoría de que los pueblos no son responsables de lo que hacen no será compartida, a buen seguro, por el mundo democrático vivo, y tampoco lo es por mí. Alemania ha perdido muchas cosas después de la primera guerra y solo ha recibido un valiosísimo don: la República. Pero esta República fue sabotada unánimemente por un noventa por ciento del pueblo. Aquel Hitler, del que usted opina que solo desde 1933 en adelante se tornó peligroso y ávido de poder, era ya claramente reconocible en el año 1923 para todo aquel que quisiese ver, y cuando, tras su villana revuelta de Múnich, no solo no fue fusilado, o al menos recluido en estrecha prisión, sino halagado y mimado en la

cárcel, toda persona en el mundo que tuviese ojos y voluntad para ver sabía ya perfectamente lo que sería de Alemania en plazo breve. Por aquel entonces yo abandoné la nacionalidad alemana y me hice ciudadano suizo; también escribí el *Lobo estepario*, en el cual está pintada con trazos amenazadores la nueva guerra que se avecinaba...

...Los alemanes nunca han sido grandes de ánimo en el aguante. Pero nada ha sido perdonado, y ustedes deberían soportar ahora en nombre de Dios las consecuencias de haber saqueado el mundo como ladrones y haberlo convertido en un infierno, con medios satánicos. Naturalmente, sería harto más hermoso y mejor que los vencedores fuesen magnánimos y más piadosos. Pero son ustedes quienes les han obligado a esta guerra abominable y les han corrompido en parte. Contra esto no es posible luchar con un par de máximas morales, cosa que, por lo demás, he intentado yo hace largo tiempo en la charla radiofónica de Año Nuevo y en otros lugares. No está en mis manos más.

A LA DRA. PAULA PHILIPPSON, Basilea

Mayo/junio 1946.

Estimada y distinguida señora Philippson:

Gracias por su bondadosa carta. No me es posible, desde luego, hacer mías sus amables perspectivas para el futuro y sus augurios sobre el efecto que mi *Juego de abalorios* habrá de ejercer sobre la mentalidad alemana; me siento cansado, decepcionado y escéptico y por el momento no creo ni siquiera en la aparición de un libro mío cualquiera en aquellas latitudes; sin embargo, su carta me ha traído una verdadera alegría. En la práctica, la Editorial Suhrkamp tiene la licencia en su poder desde hace ya más de medio año, y anuncia la aparición del *Juego de abalorios*: pero aun cuando se lleve a cabo la edición realmente, hoy o mañana, el papel con el que puede contar la Suhrkamp apenas bastará para tirar un millar de ejemplares.

Con mi *Carta a Alemania* no estoy satisfecho, ni mucho menos; pero la he hecho imprimir una vez más en algunos centenares de copias, que todavía no están listas, con objeto de remitirla en cartas, de modo extra, a Alemania. Pero el hecho es este: el pueblo alemán como totalidad no tiene el menor sentimiento de responsabilidad y culpabilidad por los delitos que ha cometido contra el mundo y contra sí mismo. Hay voces como la conmovedora de la señora S., que tuve ocasión de leer. Pero estas voces son rarísimas y precisamente a estos pocos que no tienen la menor necesidad de que se les recuerde la realidad es a

quienes más daño se les hace con esos torpes intentos; he tenido ocasión de experimentar esto varias veces y preferiría callar acerca de ello. Pero cuando llegan a las manos de uno, diariamente, un montón de cartas, no es posible permanecer del todo inactivo. ¡Ah, y qué falso y equivocado es todo cuanto se hace en semejante situación! ¡Si al menos fuese posible prestar una ayuda práctica! Mientras he estado remitiendo paquetes hacia Alemania, nunca he tenido la sensación de estar haciendo algo útil, pero exceptuando tres casos, ¡ni uno solo nos ha sido acusado!

Y, sin embargo, se piensa una y otra vez que con el tiempo, también se extenderá en Alemania la idea de que un pueblo no es un mero objeto y una masa dirigida para fines abusivos, sino un sujeto dueño de sí mismo y capa de sentirse responsable de aquello que hace.

Hemos tenido una serie de días que han sido una tormenta casi ininterrumpida, y desde entonces acá ha llovido prácticamente sin interrupción; el agua forma verdaderos lagos en todas partes y el tiempo se ha vuelto frío. Pero del castillo de Muzot, en Wallis, nos llegó anteayer un ramo de rosas cogidas en el jardín de Rilke, que nos envió Regine Ullmann, a la sazón allí. Y he sido invitado por las autoridades francesas desde mi villa natal de Calw para asistir a una proyectada fiesta en homenaje mío, lo que me hizo reír de buena gana y recordar que antaño, a comienzos de la primera guerra, se hizo pública en el Ayuntamiento de Calw la propuesta de dar mi nombre a una calle; pero hubo gentes discretas que ya entonces se olieron que dentro de poco yo no sería una pieza de ornato, sino una mancha de ignominia, como efectivamente sucedió, y renunciaron al proyecto...

AL SR. L. E., Wietze

25 de junio de 1946.

...Por su carta veo tan solo que no ha sabido usted comprender ni uno solo de los pensamientos de mis libros. En lugar de preguntar por su propia culpa y sus propias posibilidades íntimas de arrepentimiento y mudanza, emite usted juicios condenatorios sobre los demás pueblos. Poco puede adelantarse en este camino. Dice usted, asimismo, que han perdido la guerra porque su armamento y pertrechos eran más débiles. Es esta una de las mentiras alemanas que todavía hallan eco en el día de hoy. No, ustedes no han perdido por eso la guerra, esa guerra de agresión a los países vecinos, provocada por ustedes mismos de modo satánico e insensato; cuando ella comenzó, ni Francia, ni

Inglaterra, ni Rusia estaban seriamente preparadas para una guerra; ustedes la han perdido porque una vez más se hizo insoportable para el mundo esa ansia Remana de crimen y de conquista. Y cuando se tiene en contra a todo el mundo, se pierde sin remedio. Y cuando se ha perdido, en lugar de procurar aprender algo de la derrota, se intenta tan solo gruñir y protestar en torno a los demás. Para ello debe usted dirigirse a los vencedores, no a mí...

...Esta es mi primera y mi última carta a usted. Ninguna enseñanza sacará usted de ella, porque no quiere hacerlo; pero, no obstante, yo estaba obligado, bien a mi pesar, a escribirla.

A UN CORRECTOR DE PRUEBAS

Octubre de 1946.

Estimado y distinguido señor corrector:

Como ambos hemos de depender siempre uno del otro y tendremos que llevar a cabo una tarea común, no estará quizá de más que prescindamos durante una hora de esas incesantes pequeñas correcciones, rectificaciones e intentos docentes que estamos ambos acostumbrados a poner en práctica con el otro, y procuraré decirle a usted algo más importante y principal sobre mi trabajo y el suyo, esto es, sobre mi concepto acerca del sentido de este trabajo, de su función en el conjunto del pueblo, del idioma y de la cultura. Sabe usted muy bien que mis palabras están animadas de la mejor intención, y estoy seguro de que habrá de reconocer esto aun allí donde no comparta usted en absoluto mi opinión. Por mi parte, supongo en usted, y ciertamente con razón, un interés por estos pensamientos, un compromiso voluntario con nuestra común tarea, un celo por su profesión y la importancia de esta, porque ¿quién de nosotros sería capaz, de seguir ejerciendo su oficio, de permanecer fiel a él, de ofrecerle un sacrificio y de hallar en él una alegría siempre renovada, si no tuviese un continuo gusto en acercarse más y más al sentido de esta profesión y en impedir su degeneración en un reseco sistema de ademanes mecánicos? En la época de la técnica» de la sobreestimación general del dinero y del tiempo laboral, toda profesión y todo hombre que trabaja, incluso el mejor intencionado, están sometidos al peligro incesante de convertirse en piezas inertes de una maquinaria y de transformar su trabajo de una labor personal y responsable en una labor esquematizada y manufacturada en serie. Precisamente en la oposición que ofrece usted a veces a mis opiniones y propósitos puedo yo reconocer cuán en serio toma usted su profesión. Si no estuviera persuadido de ello no me tomaría la molestia de

escribir estas aclaraciones, que - lo he notado ya en estas primeras líneas de introducción - no son tan fáciles de redactar como me figuraba yo, antes al contrario parecen tornarse cada vez más difíciles y escabrosas conforme avanza su desarrollo.

El trabajo común entre autor y corrector comienza en verdad tan solo cuando el autor ha dado fin a su tarea más grande y peculiar, esto es, la escritura del libro. Precisamente por ello suele inclinarse el corrector a considerar todo el restante trabajo, esto es, la conversión del manuscrito en un libro impreso, como tarea exclusiva suya, de la cual debe ser alejado y excluido el autor en la medida de lo posible. El, el autor, ya ha hecho lo suyo, ha escrito su ensayo, su narración o su novela, el editor se ha hecho cargo de su trabajo y ahora solo es asunto del tipógrafo y del corrector hacer del texto manuscrito un texto impreso. Parece cosa muy fácil. El autor ha ejecutado ya su trabajo, se lo han solicitado y retirado de sus manos; ¡que goce ahora de su descanso hasta que un nuevo manuscrito reclame sus fuerzas! ¿Por qué ha de preocuparse él también del largo proceso de la formación de un libro y mezclarse en trabajos propios de peritos? Tal cosa bien puede ser necesaria en ciertos casos y aceptarse como excepción, por ejemplo cuando el autor es todavía joven e inexperto y solo comienza a pensar en determinadas mejoras de su texto ante las galeradas que le remite el tipógrafo, cosa que un hombre experimentado realiza antes de entregar su manuscrito.

Empero, a muchos y también a usted, mi querido colaborador, se les antoja del todo innecesaria una intromisión del autor en la tarea del corrector tan pronto como se trate, no de la impresión del manuscrito, sino de la nueva edición de un libro antiguo, editado ya hace determinado tiempo. Y precisamente este tipo de trabajo es el que debemos llevar a cabo ambos la mayor parte de las veces, porque yo soy un anciano y raras veces ocurre que haya alguna cosa mía nueva por imprimir, al tiempo que nos encontramos una y otra vez ante la tarea de reeditar cualquiera de mis antiguos libros, que escasean o están del todo agotados tanto como consecuencia de la prohibición hitleriana, cuanto como por efecto de las bombas americanas. En tanto que yo, el autor, no deseo emprender una reelaboración de estos textos, sino que quiero simplemente verlos impresos de nuevo en su vieja figura, esta tarea podría desarrollarse realmente sin mí y limitarse a ser, escuetamente, un trabajo mecánico del tipógrafo y del corrector.

Sí, esto es lo que podría pensarse. Y, sin embargo, no es así. Si yo renuncio a leer por mí mismo las pruebas de imprenta y a examinar minuciosamente cada una de las letras del texto, de entre las manos del

tipógrafo surge un texto que parece ser el original, sí, a la luz de un examen superficial, pero que se aparta, en realidad, del texto original en docenas, más aún, en centenares de pequeños detalles.

Si en mi texto, por ejemplo, figura la frase *Er öffnete die Türe weit...*, usted no suprime ni añade, ciertamente, palabras enteras, pero convierte *Türe en Tür*. Y con esto solo hemos citado uno de esos infinitos casos de modificaciones que han de sufrir mis textos bajo sus manos y las del tipógrafo, uno de esos cien pasajes que ustedes creen haber mejorado, mientras que yo soy de la opinión de que no ha sido mejorado, sino echado a perder. Se trata siempre, tan solo, de algo aparentemente insignificante, de una o dos letras, de una *Tür* en vez de *Türe* de un *heute* en lugar del *heut* escrito por mí, de un *im Laufe* en lugar de mi *im Lauf*, de un *andrer* en lugar mi *anderer*. Yo escribí *Miethaus* y ustedes lo hicieron *Mietshaus*, yo escribí *unsrem* y ustedes imprimieron *unserem*, y así tantas cosas más; puras minucias, pequeñeces, sí, pero que existen a centenares.

Si alguien le preguntase a usted si creía verdadera y seriamente que dominaba mejor y con más seguridad que su autor la lengua alemana, sin duda alguna usted apartaría lejos de sí estos pensamientos. Diría usted que una sobreestimación semejante de sí mismo está tan lejos de su ánimo como un menosprecio del poeta y de su potencia idiomática; pero escribir es una cosa e imprimir otra, y existen unas normas y unas convenciones para la ortografía y la puntuación y cuando el escritor, según el talante de ánimo en que se encuentre en ese momento, pone o quita una e, una s o una coma, escribe una vez *heut* y la otra *heute*, pone en una ocasión una coma y en la otra un paréntesis o un guión, en el mismo punto y en idéntica estructura de una frase, puede verse que el escritor mismo no está tan seguro de su puntuación, y es buena cosa que el corrector vele porque estas formas y medios de expresión sean utilizadas de modo unitario y regular.

Y acto seguido cita usted, mi querido señor corrector, a todos sus dioses tutelares y a su código sagrado, el *Duden*.

Bien puede ser que haga yo injuria al *Duden* en alguna minucia, esto es, que le atribuya aquí o allá un punto más de rigidez y de dureza de las que verdaderamente contiene; no puedo controlar esto porque no poseo ningún ejemplar del *Duden*, ni lo he poseído jamás. Y no porque tenga yo disgusto alguno por los diccionarios; poseo algunos, y uno de ellos, el gran *Diccionario de la Lengua Alemana*, de Grimm, pertenece a mis libros predilectos.

Tampoco soy contrario a que exista algo parecido a un *Duden*, una reglamentación de la ortografía y una guía general para el uso de los signos de

puntuación. En épocas como la nuestra, en la que todos escriben y la mayoría escribe pésimamente, tales medios de auxilio son muy necesarios y deben darse por bienvenidos. Lo que tengo yo contra el *Duden* no es cosa principal; es cosa buena y acertada que un maestro de escuela concienzudo sea útil a su pueblo, mediante consejos, en la ortografía y la puntuación. Pero el *Duden*, y esto lo sabe usted perfectamente, ha dejado de ser un consejero hace ya mucho tiempo, y se ha convertido tan solo en un legislador todopoderoso bajo un abominable Estado de fuerza, en una instancia contra la cual no existe apelación, en un espantajo, coco y dios de las reglas de hierro, de la normativa más rígida y completa que sea posible.

Quizá permita también el *Duden* que se diga tanto *heut* como *heute*, *Tür* como *Türe*, *Miethaus* como *Mietshaus*. No lo sé. Usted mismo puede indagarlo. Yo solo sé que su tipógrafo y usted no quieren permitirme que haga uso de esta magnífica posibilidad y diga, según la necesidad del momento, ora *heut*, ora *heute*, ora *hierher*, ora *hierher*, ora *unsre*, ora *unsere*. Contra esto precisamente es contra lo que me defiendo y debo defenderme, porque se trata de cosas para las cuales no hay *Duden* que valga, ni autoridad estatal o profesional, y cuya responsabilidad cargan sobre sí solos el poeta y el escritor.

Si yo digo: *Schliess die Tür*, o bien *Schliesse die Türe*, en nada cambia el sentido de la frase. Pero cambia otra cosa. Cambia - solo es preciso que diga usted la frase en voz alta -, y totalmente, el ritmo y la melodía de la frase. Las dos letras suprimidas hacen de ella algo completamente distinto, no por lo que respecta al contenido real que expresa la frase en cuestión, sino en relación con su música. Y la música, muy en especial la música de la prosa, es uno de los pocos medios verdaderamente mágicos, verdaderamente encantados, de que dispone todavía hoy la creación poética. Estas sílabas insignificantes, añadidas o suprimidas, destacadas en caso de necesidad por la puntuación, poseen una función puramente poética, mejor aún, puramente musical, y una importancia semejante. La ciencia de la literatura ha descubierto todo esto hace muy poco tiempo y lo ha convertido en objeto de intensa investigación.

Pues bien, si me ha seguido usted amablemente hasta aquí, sígame un paso más. Imagínese durante unos momentos, se lo ruego, que es usted corrector, no en una editorial literaria, sino en una imprenta dedicada a obras musicales. Como objeto y modelo a imprimir tiene usted una partitura cualquiera, una pieza para piano u otra obra, bien sea en el manuscrito del compositor, bien en otra edición anterior. Como colaborador contaría usted con grabador de música, y junto con él tendría usted, como guía y norma de conducta, a un *Duden* musical, al libro de un maestro de música que ofreciese

puntual información sobre las leyes y medios de la expresión musical, en cuanto esta se reproduce en notas convencionales, y cuyo autor fuese un buen conocedor del lenguaje musical, pero no un creador ni tampoco, quizá, un verdadero amigo y conocedor de los maestros de la música. Este libro tendría la misión de servir de consejero a quienes desean escribir música sin dominar totalmente las leyes, los usos y las reglas propios de este oficio. Lo fatal en este libro bienintencionado y utilísimo sería tan solo que se viese introducido, mediante la autoridad estatal, como norma suprema, en un pueblo acostumbrado a la obediencia.

Así, pues, usted daría comienzo a la tarea de imprimir una partitura con ayuda de su grabador, aleccionado por su *Duden* musical. Usted procedería tal y como está acostumbrado a proceder en la corrección de pruebas de una novela. Por tanto, cuidaría en general de la fiel reproducción de los modelos, pero al mismo tiempo mantendría una cierta vigilancia y supervisión sobre la escritura musical, para sujetarla a una norma general. Usted, por ejemplo, nunca se permitiría suprimir un compás entero, pero sí, aquí y allá, una negra, una corchea o una semicorchea, o por lo menos, allí donde el compositor se aparta del esquema demasiado libremente, a su entender, haría usted de dos corcheas una negra, añadiría un signo de acelerando, aparentemente oportuno y suprimiría otro, aparentemente inoportuno. Serían intervenciones insignificantes, permitidas por el *Duden*, incluso requeridas por él, pero todas ellas violentarían de modo considerable la pieza musical. Y diez o veinte años después, otro editor de música volvería a editar esta misma pieza tomando como base la edición de usted, modificada esta vez por nuevas e insignificantes correcciones, de acuerdo todas ellas con un novísimo y revisado *Duden*. Y así, una tercera, cuarta o décima reedición de esta pieza musical aparecería más o menos igual que ha aparecido una gran parte de las ediciones económicas de nuestros escritores clásicos en la época anterior al descubrimiento de la conciencia profesional de editores y comentaristas.

Me asusta, distinguido amigo, el volumen que ha adquirido entre mis manos la cartita que me había propuesto escribirle. Cuanto más viejo me torno, tanto más difícil me resulta escribir, y cuanto más difícil se me vuelve escribir, tanto más aliento y espacio necesito para alcanzar, por encima de las innumerables posibilidades de mala inteligencia y equívoco, algo semejante a la legitimidad y el valor unívoco de mi tarea escrita. Pero quizá no haya sido en vano; quizá sueñe usted ahora alguna noche con letras suprimidas, del mismo modo que un mariscal sueña quizá, en alguna ocasión, con soldados caídos en la batalla. Entonces quizá siente una súbita tristeza, un dolor por ellos, y quizá también se pregunte si su sacrificio era realmente inevitable.

A LA SRA. ANNI CARLSSON, Estocolmo

28 de noviembre de 1946.

...Su trabajo sobre el *Juego de abalorios* satisface las más exigentes esperanzas; en él ha investigado usted un tema nuevo y complicado en su estructura y sus tendencias de modo tan nítido, ha subrayado los grandes lineamientos con tanta claridad y vigor y formulado los detalles singulares tan original y válidamente, que es una verdadera alegría poderlo leer, y bien me gustaría que este trabajo apareciese en alguna otra parte. Para su primera publicación, el Trivium ha sido, sin duda alguna, un lugar muy apropiado y muy honroso también...

AL PROF. ERNST BEUTLER. Frankfurt del Main

30 de marzo de 1947.

Distinguido y querido profesor Beutler: Gracias por sus noticias de fecha 17 de marzo, que me han interesado y alegrado de todo corazón.

Yo no puedo juzgar hasta qué punto es posible y justificable, en estos momentos de suprema penuria material, el que se dediquen fuerzas y medios de positiva importancia a la gran tarea propuesta por usted. Pero a su pregunta acerca de si considero esta tarea como de vital importancia, más aún, como sagrada, he de responder con una afirmación sin reservas.

Quizá no sea hoy tan nutrido el número de hombres, tanto en Alemania como fuera de ella, capaces de prever hasta qué punto se ha de evidenciar la destrucción de los lugares y monumentos históricos como una pérdida vital, como un tristísimo foco de enfermedades. Con ello no solo se aniquila un caudal grandioso y nobilísimo, un sinnúmero de elevados valores de tradición, de belleza, de objetos de piedad y de amor; se roba al mismo tiempo ese mundo circundante, formador y que forma y educa a través de sus imágenes visibles, de las razas venideras, y con ello el mundo espiritual de nuestros descendientes, un medio insustituible de educación y de vigorización, una sustancia sin la cual el hombre puede, sí, vivir en precario, pero solo con una vida atrofiada, cercenada en cien puntos distintos. Por ello saludo con entusiasmo su plan y le deseo éxito de todo corazón.

A UNA DAMA CON PENAS DE AMOR

20 de julio de 1947.

Distinguida Sra. M.:

He recibido su carta, y aunque percibo la angustia y la tristeza de las que ha brotado, la envidio a usted un poco Por ese caudal de entrega, de tiempo y de pasión que puede usted dedicar a sí misma y a su vida privada. También me agradaría a mí tal cosa, pero el mundo no quiere, y como es más fuerte que yo, me obliga día tras día a fatigarme con las penas y los ruegos de otras personas, que van desde el hambre desnuda hasta el fracaso artístico y los duelos de amor. Y esto sería también una buena cura para usted, porque es evidente que usted no posee un verdadero control de su conflicto, y se inclina a considerar como trágico lo que es solamente lamentable. Y no es trágico, no. El que un ser humano no pueda conseguir y retener para sí solo a aquella persona a la que ama es el más frecuente de todos los eventos, y saber resolverlo y vencerlo significa apartar de este objeto ese exceso de pasión y de entrega que se posee para su amor y orientarlo hacia otros fines: el trabajo, la colaboración en una empresa social, el Arte. Este es el camino dentro del cual su amor puede convertirse en algo fértil y pleno de sentido. El fuego en el cual usted solo abrasa ahora su propio corazón no es solo propiedad suya, sino también del mundo, de la Humanidad, y de tormento que ahora es, se convertirá en gozo si usted sabe hacerlo fructificar. Apártese usted de ese amor; no puedo aconsejarle otra cosa.

A RICHARD BENZ, Heidelberg

Wengen de Lauterbrunnen, fines de julio 1947.

Distinguido y querido doctor Benz: Su carta me ha encontrado aquí arriba, donde no me encuentro demasiado bien, por manera que soy tanto más sensible a cualquier alivio o confortación. Su afectuosa, amistosa carta, me ha hecho mucho bien, tanto más cuanto que puedo responder de todo corazón, y sin reservas, a sus sentimientos y sus pensamientos. En mi precario estado, apenas puedo hacer algo más que escribir un par de líneas, pero no quiero esperar, sin embargo, porque podría ser demasiado tarde; así, respondo desde aquí a su confesión y a su apretón de manos con la vieja simpatía de siempre. Ambos pertenecemos a los defensores de un modo de se que se extingue y a

menudo se me antoja que somos casi los únicos restos de una cultura y un género que se extingue junto con nosotros. Pero en otras horas veo y percibo también el contenido de eternidad que vive en lo que nosotros defendemos y amamos, junto a todo lo pasajero en desuso.

Hace un par de días me encontré en Lucerna con Thomas Mann, y estuvimos también una hora en Tribtschen y en el Museo Wagner. Con excepción de algunas fotos y cartas, todo estaba allí repleto de un *haut-goût* del peor siglo xix, un mundo de bambalinas ya muerto; pero al lado, en un gabinete, hallé bajo un cristal una fotografía, desconocida para mí, de Nietzsche joven, alumno de Pforta, que bien podía representar el imperio de la edad ingrata adolescente, y que borró por completo todo el resto de magia falsa y de inútiles trastos.

Le remito también a usted dos paquetes de impresos conteniendo lo poco que he escrito desde hace un año. Con ello creo que he llegado al final. He necesitado siempre mucha libertad y, ante todo, mucho recogimiento, y nunca se me ha antojado mi vida lo suficientemente privada; por eso, desde que el mundo me ha arrebatado esto, sin una compensación valiosa, siento que me seco y me mustio sin remedio. En fin, he vivido bien durante mucho tiempo y no quiero quejarme.

Me interrumpen. Adiós, y muchas gracias. Afectuosamente, su amigo...

AL DR. P. E., Dresde

16 de septiembre de 1947.

... Este es uno de los puntos, y no es importante. Mayor peso e importancia tiene el otro, que su carta trae a colación. Me entristece de veras el que también usted, como centenares de lectores míos y personas que me escriben, no puedan estimar a Hesse sin denigrar a Thomas Mann. No puedo comprender esto. Si Dios le concedió a usted el don de comprender a Hesse, pero no a Mann, si le falta el órgano necesario para captar e incorporar este delicioso y singularísimo fenómeno que es Mann dentro de la lengua alemana, el asunto no me incumbe en lo más mínimo. Pero el que yo, que no solo soy un amigo personal, sino un viejo y fiel admirador de Thomas Mann, haya de soportar constantemente ser comparado y enfrentado a él, me resulta extremadamente desagradable. Yo no quiero dárme las de maestro de escuela, y mucho menos lastimarle a usted, oh, no; pero era necesario decir esto, y ya está hecho.

A UNA LECTORA DEL "JUEGO DE ABALORIOS"

Septiembre 1947.

Las preguntas acerca de lo que significa el *Juego de abalorios*, de si existe, ha existido alguna vez o es una utopía, de hasta qué punto cree en él su mismo autor, etc., las encontrará usted contestadas con bastante exactitud en el *motto* que figura al frente del tomo primero.

Como autor que soy de la biografía de Josef Knecht, e inventor de Albertus Secundus, he añadido algo al *paululum appropinquant*. Igualmente han añadido y añaden aquellas personas que penetraron en la esencia de la música y que han creado la ciencia musical de los últimos decenios, o bien aquellos filólogos que emprendieron el intento de medir las melodías de un estilo de prosa, y algunos otros también. A estos incitadores del *non ens*, a aquellos que aproximaron a este a la *facultas nascendi*, pertenecía también mi primo y amigo Carlo Isenberg, el Ferremonte de mi libro. Era investigador musical, clavecinista y clavicordista; cuidaba de un órgano y dirigía un coro; ha investigado en el sur y el sureste de Europa en busca de los restos de la música más antigua; desapareció al final de la guerra, y si todavía vive, sigue prisionero en Rusia.

Por cuanto a mí se refiere, yo no he vivido en Castalia; soy un eremita y jamás he pertenecido a comunidad alguna, exceptuando aquella de los viajeros del Oriente, un Alianza de creyentes cuya forma de existencia es muy parecida a la de Castalia. Pero desde hace aproximadamente una decena de años, esto es, desde que empezaron a conocerse aquí y allí trozos de mi libro sobre Josef Knecht, no ha sido raro que me hayan alegrado saludos, llamadas y preguntas de gentes que trabajan y especulan en silencio, en cualquier lugar ignorado, y para quienes esa cosa que yo he llamado *Juego de abalorios* es tan existente en la realidad como para mí. Ellos sienten que su alma la afirma, y han tenido un presentimiento o un saber acerca de ella mucho tiempo antes de que apareciese mi libro, la han experimentado como una exigencia espiritual y moral, y comienzan ahora a reconocer, cada vez más, su fuerza capaz de formar y dar vida a una comunidad. Ellos continúan y llevan adelante lo que yo he indicado en mi libro: *paululum appropinquant*. Y me parece que usted pertenece a ellos y habita más cerca de Castalia de lo que usted misma cree.

AL SR. H. D., Tübingen

Fines de septiembre de 1947.

Querido señor D.:

Como su carta me interpeló de tan amable y grata manera, he dedicado asimismo dos tardes al manuscrito, haciendo que me lo lean en alta voz. No obstante, nada nuevo me ha dicho; conozco desde hace mucho tiempo las experiencias y las opiniones que contiene, y su presentación no es lo bastante personal y aguda como para robustecerlas con el valor de un documento. Me gusta muchísimo más su carta. Sin embargo, quisiera decir algo respecto a sus notas de un diario: no están libres de nacionalismo, ni lo estarán mientras la palabra *alemán* tenga para usted este valor sentimental de santidad. Usted rechaza, por supuesto, al eterno soldado alemán, pero ensalza al eterno hombre alemán, como si su dignidad, coraje, etc., ganasen en valor por el mero hecho de recibir la etiqueta de *alemán*, y como si esta misma dignidad, coraje, resistencia e hidalguía no caracterizasen igualmente bien a los buenos japoneses, chinos, árabes o franceses como a los buenos alemanes. No es mi intención adoctrinarle a usted, pero en lo tocante a este punto hay algo que no está en orden. Usted debería aprender a conocer y a estimar al hombre como persona humana, no como alemán, antes de permitirse decir que no es usted nacionalista. En el momento en que vuelva a ser posible en Alemania algo parecido a una organización autoritaria, la ensayarán de inmediato todos aquellos que apelan a la santa Alemania, a su santa necesidad, a sus santos padecimientos y a su inmortal hombría, y acto seguido hará su aparición también el soldado y la exigencia alemana de poder, de dominación y de predestinación.

Le doy las gracias por su carta.

A THOMAS MANN

13 de octubre de 1947.

Querido y admirado Foma Genrichovich:

Desde hace algún tiempo deseaba enviarle a usted un saludo cualquiera, una señal de vida y de recuerdo afectuoso, una muestra de simpatía, porque nos acordamos mucho de usted y hace muy poco tiempo hemos vuelto a leer todos los artículos de *Diálogo y respuesta*, comenzando por el que trata de Chamisso y el autobiográfico; después, inspirados por usted, hemos vuelto a tomar el *Stechlin*, después de tantos años, y lo leemos todas las noches. Y he aquí que hoy llegó un recuerdo suyo todavía más fuerte. Oímos por la radio la

cinta magnetofónica en la que grabó usted el *Wunderkind*; su voz nos llenó de alegría, como sus palabras, y nos emocionó una vez más comprobar que ya en sus obras más tempranas y pequeñas se evidencia con tan enorme exactitud no solo la precisión y soltura de la cadencia y la dicción, sino también el *centrum* de su temática y su problemática.

En fin, no hubiera sido necesario ni este encuentro en la radio ni otro recordatorio cualquiera para hacerme pensar en usted con afecto entrañable y con gratitud. El mundo no abunda en gentes y en colegas cuya existencia, modo de obrar e irradiación le causen a uno auténtica alegría; al volverse viejo cuesta cada vez más trabajo la aceptación de nuevos fenómenos y tipos, y por eso se agradece tanto más la compañía de esos pocos camaradas de viaje en cuya manera de ser y dotes solo alegría podemos encontrar...

A THOMAS MANN

Baden, 12 de diciembre de 1947.

Mí querido Thomas Mann:

Nada más grato podía desear, en estas semanas un tanto estériles y adormiladas del balneario de Baden, que una carta de usted, cuanto más tan llena de buenos augurios y de alegres noticias, porque me promete, o al menos demuestra, como posibles y deseadas también por usted mismo dos cosas que he anhelado desde hace mucho tiempo, a saber: un *Krull* completo y terminado, ya desde varios decenios atrás, y el comentario al *Fausto, ad usum Germanorum*, deseado más de una vez en el transcurso de los últimos años. Nada necesito decir sobre el *Krull*; ha tiempo sabe usted cuánta afición siento por esta figura, y puede imaginarse cuánto deseo y me prometo no solo de este gran placer de lectura, sino también del sosiego y demora que ha dedicado usted a esta tarea, cuya deliciosa música y atmósfera son algo concreto y real, y que se me antoja a mí, entre otros muchos, como un paseo por los altos aires del Arte, en juego con una materia libre de los macabros problemas actuales. ¡Que la buena estrella la corone y guíe!

Desde la última vez que supo usted nuevas mías he leído el *Leverkühn*. Se trata de un lance grandioso y osado, y no solo por el planteamiento del problema y el carácter encantadoramente leve y desmaterializado con que se traslada toda esta problemática al campo de lo musical, para ser analizada en él con objetividad y sosiego solo posibles en la pura abstracción. No; lo más asombroso y sorprendente para mí consiste en que usted no agita en el espacio

ideal este preparado puro, esta abstracción también ideal, sino que lo implanta en medio de un mundo y una época vistos de modo realista, de un mundo que nos incita al amor y a la risa, al odio y al salvazo. Muchas cosas hay en el libro que habrán de causarle no pocas molestias, pero ya se está acostumbrando a ello, y sé que usted no lo tomará demasiado a pecho. Para mí, después de esta mi primera lectura, el mundo interior de Leverkühn resulta mucho más claro, más ordenado, más transparente que su contorno, y precisamente me agrada que este mundo circundante sea tan vario, tan rico en figuras y tan diversamente iluminado, que tiene espacio suficiente para abarcar en sí las caricaturas de los teólogos de Halle junto al dulce niño Nepomuk, como me agrada que el poeta haya dotado tan espléndidamente a su cámara oscura y que apenas pierda nunca el buen humor, el gusto por el teatro.

Ya ve usted que poseo el libro, pero en un ejemplar corriente y mezquino. Si en alguna ocasión le sobrase a usted alguno más bonito y encuadernado, y pudiese enviármelo, se lo agradeceré muchísimo, naturalmente.

Otra cosa todavía: en algunas páginas de su libro, en las que se analiza la música de Leverkühn, me acordé de una figura secundaria de mi *Juego de abalorios*, Tegularius, cuyos juegos de abalorios tienen en ocasiones la tendencia de acabar, por los caminos en apariencia más legítimos, en melancolía e ironía.

Mis semanas de reposo han tocado a su fin y dentro de pocos días me hallaré de nuevo en casa. Para ambos, los saludos más afectuosos de Ninon y de su H. H.

A UNA MUCHACHA

31 de diciembre de 1947.

...Usted se halla en esa etapa de la vida en la que la persona, joven aún, intenta convertirse en un individuo, en una personalidad singular, en el caso de que la Naturaleza le haya obsequiado con suficientes dones. Noventa y nueve de cada cien renuncian casi de inmediato a este intento, que es incómodo y plantea muy elevadas exigencias, al tiempo que el camino de la adaptación, de la cómoda burguesía, de la ganancia económica, etc., es harto más fácil. Pero ese uno de cada cien, que no abandona el camino, sino que lo prosigue hasta el final, existirá siempre. Para él, naturalmente, el camino ancho y cómodo tiene también su fuerte atractivo, pero él no puede elegir, porque está predestinado

para otra cosa. Así queda separado de los restantes noventa y nueve y permanece de este modo el resto de su vida.

Usted podía haber leído esto en mis libros sin necesidad de molestarme ahora, viejo como soy ya. Pero se ha ahorrado este esfuerzo.

AL SR. J. H., Hannover

10 de enero de 1948.

...Sus pensamientos me agradan, y bien sería que muchos pensasen como usted. Yo mismo he aprendido de los pensadores indios a distinguir entre ser y hacer, y a ver en el criminal el posible santo. Hay miles de personas para quienes estos pensamientos han llegado a ser familiares a través de mis libros, singularmente del *Siddhartha*.

Pero hay que andar con cautela con la opinión de que lo importante es el querer, no el hacer. Es buena y certera para hombres y pueblos maduros, no para los inmaduros. La banalización de las *buenas obras*, la justificación exclusiva *mediante la fe*, fue ya en Lutero una osadía peligrosa, incluso arrogante, y ha contribuido a causar indecibles males. Los alemanes, y mucho más los de hoy, no son en verdad un pueblo a quien se deba predicar que el hacer, o las obras, importan poco, y que todo es disipable si la voluntad es buena. La voluntad será, en la mayoría de las personas, la de un patriotismo auténtico o pretendido, y en nombre de la patria, etc., se estaría dispuesto de nuevo a cometer los mismos crímenes cuyas consecuencias amenazan hoy con aniquilar al pueblo.

No concedo el menor valor a todo eso de tener razón o mantenerla, y no estoy dispuesto a proseguir la discusión acerca de este punto, simplemente porque tengo que hacer cosas más necesarias e importantes. Tan solo quería explicarle a usted, de forma un tanto fugaz, por qué me veo obligado a archivar en el cajón de los trastos, junto a otras cien similares, sus hermosas propuestas.

A UN AMIGO

Sobre el libro de Wilhelm Speyer *La felicidad de los Andernach*.

Finales de marzo 1948.

...Lo que admiro en el libro de Speyer es, más o menos, esto:

En primer lugar, que es una evocación íntima y nostálgica de sombras ya muertas. Así como Joachim Maass evoca y describe en su novela hamburguesa, por última vez y con mil rasgos y detalles singulares de afecto entrañable, al país natal que hubo de abandonar y perder, y que entre tanto fue reducido a cenizas, haciéndolo suyo una vez más por entero y del modo más íntimo y levantándole con ello un espléndido monumento; del mismo modo hace Speyer con Berlín, y pinta en su libro todo aquello en lo cual nació y creció él y todo cuanto conoce y ama como emigrante y apátrida que es, de igual modo que usted, por ejemplo, conoce el valle, el bosque y el río junto a los cuales fue niño y muchacho. Este amor y esta tristeza dan al libro su calor y su entraña poética.

En segundo lugar, el libro pinta con máxima precisión, basada en largos años de minuciosos estudios, la época en que el juvenil y resplandeciente, rico y optimista imperio alemán tuvo ocasión de ver cómo su viejísimo kaiser se convertía más y más en una sombra, cómo el príncipe heredero, esperanza de todos los liberales y los humanistas era apartado a un lado con creciente saña, por considerarlo enfermo incurable, y obligado a ver cómo surgía y se engrandecía el joven Guillermo, haciendo mofa de todo cuanto había creído su padre.

En tercer lugar, y este es el problema central del libro, se pintan en él los comienzos del antisemitismo alemán, con mucha exactitud y justeza y también, cosa la más trágica y grotesca en todo este suceso, cómo dentro de los mismos judíos, de los estratos judíos acomodados, cultos, plenamente incorporados y adaptados a la nación alemana e importantes desde el punto de vista económico de esta, cómo, digo, dentro de estos mismos judíos se prestó apoyo al joven e insolente Guillermo, a la nobleza prusiana, orgullosa y reaccionaria y al antisemitismo del vocero de la Corte, Stocker, etc., y cómo estas gentes mimadas por la fortuna, pero de buen fondo, mientras se avergonzaban de su raza judía y comenzaban a olvidarla y a eliminarla, adoraban, apoyaban y favorecían precisamente a todo aquello que, andando el tiempo, habría de traer la muerte a toda su clase y su raza...

AL SR. H. D., München

16 de abril de 1948.

Estimado señor:

Soy un hombre viejo y enfermo, y sobrecargado diariamente de trabajo, desde hace años; por ello solo puedo contestar muy brevemente.

Entre la reflexión y la meditación veo la diferencia de que la reflexión es algo activo, mientras que la meditación es un estado pasivo y tiene su fundamento en una expectativa abierta. Exige una neutralización de lo personal y la máxima independencia posible de las funciones corporales. La mejor preparación para esto son los ejercicios respiratorios, que no deben consistir, sin embargo, en una fatiga excesiva de los órganos respiratorios, sino, principalmente en que el ejercitante concentre toda su atención en el acto de respirar, inspirando y exhalando el aire de modo consciente y cuidadoso, e iniciando la inspiración con el vientre, pero sin forzar jamás. Cuando se ha respirado de este modo durante un rato puede uno entregarse a la idea de que, al inspirar, se toma e incorpora dentro de sí al mundo, dejándolo escapar de nuevo cuando se exhala el aire, y de que en este doble juego se participa en cierto modo en el Todo divino. Con ello se alcanza una relajación y laxitud singulares, una especie de despersonalización, se torna uno objeto, recipiente de lo que entra y escapa a chorros. Todo esto no constituye meditación, pero es la preparación para ella.

No puedo decir qué objetos o circunstancias sean buen término de meditación y cuáles no. La mayoría de los hombres permanecen cuando meditan dentro de lo visible, del mundo figurativo. Pero también es posible, quizá, meditar sobre un suceso musical.

No se me ocurre nada más, por el momento, y en especial nada sé acerca de si todas estas cosas son practicables o no dentro de su vida y del curso de sus días. Yo mismo he necesitado mucho tiempo para ello, del mismo modo que, como artista, es preciso ser un verdadero Crespo en tiempo para poder hacer algo a derechas.

Intente usted sacar algún provecho de estas palabras.

AL SR. W. S., Riehen-Basilea

Finales de abril de 1948.

Distinguido señor S.:

Gracias por su pequeña carta.

Estoy en absoluto de acuerdo con la interpretación que Michael Schabad hace de aquel proverbio bíblico.

En todo caso, para mí solo, esto es, del todo *privatim*, avanzo un paso más allá en esta interpretación, desde hace algunos decenios, con lo cual cometo probablemente un error histórico, porque ni el Viejo ni el Nuevo Testamento están concebidos de modo panteísta, bajo cuya luz, empero, me doy a mí mismo la única interpretación plena de la referida frase.

Concebido a la manera india, esto es, en el sentido de los Upanishads y de toda la filosofía pre-búdica, mi prójimo no es solamente un hombre como yo, sino que es Yo mismo, es uno solo conmigo, porque la separación entre él y yo, entre el Yo y el Tú, es una falacia, maya. Con esta interpretación se agota, asimismo, plenamente el sentido ético del amor al prójimo, porque solo quien haya sabido comprender que el mundo es una unidad, comprenderá también que es insensato el que los miembros y partes individuales de este conjunto unitario se dañen entre sí.

NO DAN RAZÓN DEL DESTINATARIO

Junio de 1948.

Aunque la inmensa mayoría de las voces que hasta mí llegan procedentes de Alemania es antes deprimente que otra cosa, siempre vienen también voces y signos muy diferentes. Vienen cartas de una valentía, una dignidad y un sosiego que resultan, para el que vive fuera de tantas penalidades, consoladoras y humillantes y que equilibran con creces el peso de esas cartas mendicantes, lamentosas o insultantes que tanto superan a las otras en número.

Singular satisfacción me produce aquel signo que me muestra la continuidad viva de ciertos rasgos, dotes, caprichos y pasiones del espíritu alemán, de ciertos movimientos espirituales que solo son posibles en esos pocos pueblos verdaderamente creadores de culturas, y de esta manera singular, solo en aquella Alemania que hoy amamos más que nunca y de la que muchos creen que está aniquilada y apagada para siempre. Y no es así, no; ella vive, aunque sea solo en simientes individualizadas y aisladas, vive del mismo modo que viven las raíces de un árbol antes espléndido y ahora abatido y quemado, y pueden aún brotar ramas en medio de los restos.

Corno ejemplo de esta Naturaleza y de esta fuerza impulsiva citaré tan solo dos pequeños obsequios que han llegado a mis manos poco tiempo ha, con breves días de intervalo.

Un chantre del Harz me remitió una *passacaglia* con fuga compuesta por él mismo con el tema formado por las letras de mi apellido, H-E-Es-Es-E (Si, mi, mi bemol, mi bemol, mi), pieza musical hermosa de veras, dotada del mejor contrapunto y en modo alguno académica.

Y de un Seminario de Estudios Góticos de la Escuela Técnica Superior de Dresde enviáronme los estudiantes un manuscrito en cuarto, de cuidadosísima caligrafía, un regalo todavía más sorprendente y agradable: ¡eran veintiséis poemas míos traducidos al gótico!

El que los alumnos de un seminario tengan tales ocurrencias, el que hayan sido capaces de extraer semejante producto de celo filológico y de afán estudiantil de diversión del fondo de esa otra diversión que era para ellos su gótico recién aprendido y de su afición por un poeta, es cosa muy grata de por sí y solo puede provenir de un abundante acopio de juventud, inteligencia e ingenuidad y jugosidad de espíritu. Pero el que esto haya sido posible en las actuales circunstancias, en la vida de los estudiantes alemanes, tan mezquina y dura, compensa con creces, para mí, muchos cientos de fenómenos muy distintos que contiene la realidad alemana de hoy.

A UNA LECTORA DE SAJONIA

Como respuesta a una carta desesperada

Verano de 1948.

Estimada señorita:

Todos vivimos hoy sumidos en la desesperación, al menos todas las personas despiertas, y por ello nos hallamos situadas entre Dios y la nada, y respiramos en medio de ellos, oscilamos y damos bandazos. Todos los días o deseáramos quitarnos la vida, y nos vemos siempre detenidos por lo que en nosotros hay de suprapersonal y supratemporal. De este modo, y sin que por ello tengamos derecho a considerarnos héroes, nuestra debilidad se torna valentía y salvamos para los hombres venideros un poco de ese caudal de fe que nos ha sido transmitido.

A UN JOVEN ARTISTA

5 de enero de 1949.

Querido J. K.:

Gracias por tu carta de Año Nuevo. Es una carta triste y deprimida, y comprendo demasiado bien todo ello. Pero en ella hay, asimismo, una frase que afirma que tú sufres con el pensamiento de que a tu vida y a ti mismo les ha sido conferido un sentido, una tarea, cuyo incumplimiento te hace sufrir. Esto es, pese a todo, una postura plena de esperanza, porque es literalmente verdadera, y te ruego que traigas de cuando en cuando a tu memoria, y medites sobre ellas, este par de indicaciones que ahora te envío. Los pensamientos que contienen no son míos, son antiquísimos y son quizá lo mejor que han pensado los hombres sobre sí propios y sobre su tarea.

Todo cuanto tú llevas a cabo en la vida, y por cierto no solo como artista, sino también como hombre, como padre, amigo y vecino, etc., no será medido por el eterno *sentido* del mundo, por la justicia perenne, según un módulo firme y fijo, sino según tu medida personal e irrepetible. Cuando te juzgue, Dios no te preguntará: "¿Has llegado a ser un Hodler o un Picasso, o bien un Pestalozzi o un Gotthelf?", sino que te preguntará: "¿Has sido y te has convertido verdaderamente en el J. K. para el cual has recibido los dones y la herencia?" Y entonces, nunca hombre alguno podrá pensar sin vergüenza y espanto en su vida y en sus errores, y lo más que podrá decir será esto: "No, no he llegado a serlo, pero al menos lo he intentado con todas mis fuerzas." Y si puede decir esto con lealtad, estará justificado y habrá superado la prueba.

Si conceptos tales como Dios o Juez eterno, etc., te desagradan, puedes darles de lado tranquilamente; no son cosa esencial. Lo único importante es que a cada uno de nosotros le ha sido dada una herencia y una tarea, que cada uno ha heredado ciertas cualidades por parte de su padre y de su madre, por parte de innumerables antepasados, de su pueblo y su idioma, unas buenas y otras malas, unas gratas y otras difíciles de sobrellevar, talentos y defectos, y él es todo esto junto, y todo ello, lo irrepetible y único, que en tu caso se llama J. K., ha de ser administrado por él y vivido hasta el fin, ha de permitir que llegue a su madurez y devolverlo finalmente, más o menos completo y pleno. Hay ejemplos que causan una impresión inolvidable, la Historia Universal y la Historia del Arte están llenas de ellos: por ejemplo, el de aquel que, como en tantos cuentos sucede, es el tonto y el inútil de la familia y es precisamente a él

a quien corresponde un papel principal, y justamente por haber permanecido fiel a su propia naturaleza ve cómo se quedan pequeños junto a él todos los más dotados y más favorecidos por el éxito.

Hubo en Frankfurt, a comienzos del pasado siglo, la aventajada familia de los Brentano, de cuyos casi veinte hijos son famosos, hoy todavía, dos: los escritores Clemens y Bettina. Pues bien: todos estos numerosos hermanos eran gente de altas prendas, interesante, cultísima, espíritus centelleantes, talentos deslumbradores; tan solo el mayor de todos fue y permaneció siempre un hombre sencillo, que pasó toda su vida en la casa paterna como un silencioso ángel familiar, incapaz de nada, piadoso como católico, paciente y bondadoso como hermano e hijo, y en medio del ingenioso y alegre enjambre de los hermanos, que se comportaban a veces con un punto de excentricidad, se convirtió más y más en un silencioso punto central y de equilibrio, en una singularísima joya hogareña de la que irradiaban paz y bondad. Y de este simple, de este siempre niño, hablan todos los hermanos con una reverencia y un amor tan grandes como de ninguna otra persona en el mundo. De este modo también se le otorgó a él, el infeliz, el tonto, un sentido y una tarea que supo cumplir con mayor perfección que el resto de sus brillantes hermanos.

Abreviando: cuando un hombre siente la necesidad de justificar su vida, no importa la grandeza objetiva, general, de su labor, sino justamente el que haya sabido realizar su esencia y naturaleza, todo cuanto le ha sido dado, tan plena y puramente como le sea posible en su vida y en sus acciones.

Mil diversas tentaciones nos apartan constantemente de esta senda; pero la más fuerte de todas estas tentaciones es esta: que, en el fondo, se desearía ser una persona completamente distinta de la que se es; que se siguen dechados e ideales a los que jamás se podrá alcanzar y que, además, no se deben alcanzar. Esta tentación, por ello mismo, es singularmente fuerte para los hombres de condición superior y mucho más peligrosa que los vulgares peligros del simple egoísmo, porque tienen la apariencia de lo noble y lo moral.

Todo muchacho ha querido ser, a una determinada edad de su vida, conductor de camión o maquinista de tren, luego cazador o general, más tarde un Goethe o un Don Juan; esto es natural y pertenece al natural desarrollo y evolución de la persona y a la autoeducación, porque la fantasía tantea en cierto modo las posibilidades para el futuro. Pero la vida no cumple estos deseos y los ideales infantiles y juveniles mueren por sí solos. Y, sin embargo, siempre se anhela algo que no le corresponde a uno, y se atormenta a la propia naturaleza con exigencias que la violentan. A todos nos sucede esto. Pero entre medias, en horas de vigilia interior, percibimos una y otra vez que no existe camino alguno

que nos saque fuera de nosotros mismos y nos introduzca en otra cosa, que hemos de atravesar la vida con nuestros dones y defectos propios, personales, y entonces suele suceder también que proseguimos nuestra marcha durante un breve trecho que se nos logra felizmente algo que hasta entonces no habíamos podido conseguir, y que durante un instante nos aprobamos a nosotros mismos sin dudas y podemos sentirnos satisfechos. Esto no dura mucho, claro es; pero, sin embargo, lo más íntimo en nosotros aspira de modo exclusivo a sentirse crecer y madurar por sí mismo. Solo entonces se está en armonía con el mundo, y a cada uno de nosotros le sucede tal cosa raras veces, pero la experiencia es tanto más profunda y significativa.

No debo olvidar que con este recuerdo dedicado a la tarea impuesta de modo irreplicable a cada individuo no me refiero en modo alguno a eso que nuevos y viejos *dilettantes* del Arte llaman la custodia y la realización de su individualidad y originalidad. Es obvio que un artista cualquiera, si hace del Arte su profesión y el contenido de su existencia, aprende primeramente todo cuanto en técnica del oficio sea posible aprender y no debe en modo alguno pensar que puede prescindir de este aprendizaje para que no se echen a perder su preciosa personalidad y originalidad. El artista que rehuye en cuanto tal artista el aprendizaje y la autodisciplina, lo hará también en cuanto hombre, no sabrá cumplir como bueno ni con sus amigos ni con las mujeres, ni con sus hijos ni con la sociedad, sino que, por el contrario, permanecerá siempre apartado, inútil, encenagado en su miseria, con su originalidad tan escrupulosamente guardada; hemos conocido varios ejemplos de este tipo. El esforzarse afanosamente por lo que ha de aprenderse es en el Arte una tarea tan evidente como en la vida; es preciso inculcar a todo niño la comida y el aseo, la lectura y la escritura; el aprendizaje de lo que debe ser aprendido no es un impedimento, sino un impulso y un enriquecimiento en el desarrollo de la individualidad. Me avergüenzo un poco de hacer constar por escrito estas cosas evidentes, pero hemos llegado todos a tal punto que ninguno de nosotros parece tener ya el instinto de lo evidente y por ello se ejercita un culto primitivo de lo inaudito y lo estrafalario. Como tú sabes bien, yo no soy en Arte un menospreciador de lo nuevo, antes al contrario; pero en lo moral, esto es, en la conducta del hombre con respecto a su tarea propia, me resultan sospechosas las modas y las innovaciones, y me siento lleno de desconfianza cuando escucho hablar a las gentes discretas sobre nuevas morales y éticas, como si se traía de nuevas modas o estilos en el Arte.

Hay, asimismo, en el mundo de hoy otra exigencia o incitación para el hombre, que se ve propagada por los partidos políticos, las patrias o los maestros de la moral universal. Me refiero a la exigencia de que renuncie el

hombre por entero a sí mismo y a la idea de que quizá sea él algo personalísimo e irrepetible, de que se adapte a una Humanidad futura normal o ideal, de que se convierta en una ruedecilla de la inmensa máquina, en una piedrecilla más entre millones de piedrecillas exactamente iguales. Yo no quisiera emitir juicio condenatorio alguno sobre el valor moral de esta exigencia, y reconozco que posee su cara heroica y grandiosa. Pero no creo en ella. La unificación, por bienintencionada que sea, es algo que va en contra de la Naturaleza, y no nos conduce a la paz y al gozo, sino al fanatismo y a la guerra. En el fondo, es una exigencia de la vida monacal, y solo puede consentirse cuando se trata de monjes, que han entrado voluntaria y libremente en una Orden. Pero no creo que esta exigencia que la moda impone a los hombres pueda significar un serio peligro para ti.

Veo que mi carta se ha convertido casi en un tratado. Por esta razón voy a hacer que la copien y se la daré a leer a otras personas, en ocasión propicia; creo que no tendrás inconveniente en ello.

AL SEÑOR V.

12 de enero de 1949.

... Aquella esencia alemana que todos nosotros amamos y a la que pertenecemos y nos sentimos obligados, aquella esencia que venera usted en Bach, Lutero, Goethe..., ¿por qué ha de necesitar que la defiendan con las armas? Con ello usted desplaza, en mi opinión y como suele hacerse con harta frecuencia, un problema moral a otro plano que no le corresponde; más aún: se crea usted escrúpulos de conciencia por algo inexistente, al tiempo que, de este modo, rehuye usted su auténtico y real problema.

Durante la victoriosa invasión alemana de media Rusia, me escribieron algunas veces soldados alemanes con mentalidad y edad de niños, diciéndome: "Nos encontramos aquí, en el Cáucaso, para defender aquellos supremos valores del espíritu alemán, entre los cuales contamos a su obra literaria", y otras necedades infantiles por el estilo. En realidad, todos aquellos pobres héroes ayudaban a las bestias que gobernaban la patria a destruir y aniquilar todo lo alemán bueno y auténtico. ¡Y ahora viene usted también y se atormenta pensando si acaso no debería ayudar, asimismo, con la espada a la Alemania de Goethe!

No; usted no traiciona ni a Goethe ni a Bach si se niega a desenvainar la espada por causa de ellos. Pero traicionará su condición de alemán si rehuye su

tarea espiritual y moral, esto es, la adhesión cada vez más firme y de modo más y más fructífero a esa inmortal Alemania del espíritu, para abandonarse a los sentimentalismos de la melancolía, del pecado o del suicidio. Porque el suicida solo deja de ser un sentimental cuando ha llevado a término su acción...

A ALFRED HENNING, Weimar

3 de febrero de 1949.

Distinguido señor Henning:

Su carta del 20 de enero, con las tres láminas, llegó a mis manos, pero no en el sentido a que se refería su invocación. He recibido, sí, con placer y con interés la noticia de que usted se entregaba ya a juegos de abalorio en una época en la que esta idea no había acudido aún a mi cabeza ni le había dado yo nombre poético. Asimismo, la noticia de que esta concepción había sido ideada ya, desde el punto de vista científico, en época similar y realizada en parte antes de que yo lo hiciera, no solo me ha irritado en absoluto, sino que me ha alegrado muy de veras, y deseo todo género de éxitos a su descubrimiento. Desde que apareció mi libro, han llegado a mí en numerosas ocasiones cartas procedentes de personas que practican el juego de abalorios, y que al igual que su carta me han mostrado que en él he dado expresión a un pensamiento o a una necesidad espiritual que yace implícita en la época y no es tan solo una imaginación individual de mi mente. De todos modos, estos juegos de abalorios no eran tan complejos y universales como el suyo; partían todos de la teoría musical y permanecían, más o menos, dentro de lo musical.

En lo que he de defraudarle, sin duda alguna, es en su esperanza de que dedique el resto de mis días y mis fuerzas, desde esta hora y momento, al estudio de las cosas de usted. Para ello, no solo me faltarían a mí, que soy un individuo y no un científico, numerosísimos presupuestos y condiciones formales, sino, ante todo, las fuerzas. Hace mucho tiempo que he dicho ya cuanto tenía que decir acerca de nuestra idea. En el tiempo transcurrido han caído sobre mí otras tareas y deberes, la mayoría de los cuales nada tienen que ver con la Literatura. Incluso me veo obligado a dejar a un lado, sin leerlos, los libros y manuscritos más hermosos e interesantes.

AL DR. WALTHER MEIER, Zürich

21 de febrero de 1949.

Estimado doctor Meier:

Gracias por su carta. Con mi narración *Amigos* me ha ocurrido a mí algo muy semejante a lo que le ha pasado a usted, cuando he vuelto a leerla nuevamente después de casi quince años: formalmente considerada, no era sino una historia de estudiantes, del todo convencional; pero detrás de ella (o, mejor dicho, dentro de ella, como su núcleo o entraña) se encerraba un paradigma intemporal, a saber: la invitación al hombre para que llegase a ser él mismo, para que tuviese el coraje de llegar hasta el fondo de sí mismo, más allá de las convenciones y la vulgaridad. En cuanto literato, he sido siempre, creo yo, un tradicionalista; con muy pocas excepciones, siempre me sentí satisfecho con la forma heredada, las hechuras accesibles, el esquema; nada me interesaba aportar cualquier novedad formal, ser un vanguardista y un descubridor de caminos. Esto ha perjudicado a algunos de mis trabajos, y ha beneficiado a otros en la misma medida; lo reconozco gustosamente.

A LA SVENSKA AKADEMIEN, Estocolmo

2 de marzo de 1949.

Distinguidos señores:

En relación con sus conjeturas acerca de los futuros Premios Nobel de Literatura, me permitiría rogarles que tuviesen en consideración a dos personalidades importantes y meritísimas. Ambas pertenecen a esa comarca de la Literatura universal sobre la cual puedo permitirme un juicio: la de habla alemana.

En ella figura, ante todo, Martin Buber, el judío y gran maestro y guía de la élite espiritual de los judíos. Como traductor de la Biblia, como redescubridor y vertedor al alemán de la sabiduría casídica, como erudito, como gran escritor y, finalmente, como sabio, maestro y representante de una elevada ética y humanidad, Buber cuenta hoy, para todos aquellos que conocen su obra, entre las más destacadas y valiosas personalidades del mundo literario actual.

El segundo nombre que quisiera traerles al recuerdo es el de Gertrud von Le Fort. En cierto sentido puede comparársela con la señora Undset: católica, maestra de la narración histórica y, asimismo, de la mítica y, al mismo tiempo, la representante más valiosa y dotada del movimiento de oposición

intelectual y religiosa en la Alemana de Hitler. Como representante de la ideología humana y cristiana es comparable a la señora Undset; como escritora yo la creo todavía superior.

Basta; he considerado mi deber traerles a la memoria a estas dos venerables figuras y a la gran tarea de su vida.

Con la más cordial estimación y atentos saludos...

AL SR. Z.

2 de agosto de 1949.

Estimado señor Z.:

En rigor, es innecesario escribir estas líneas, pero como veo que sus ruegos son graves e insistentes, no quisiera rehuir este deber.

En el *Juego de abalorios* he representado al mundo de la intelectualidad humanista que siente, sí, respeto ante las religiones, pero vive fuera de ellas. De modo semejante, treinta años atrás he representado en *Siddhartha* al miembro de la casta de los brahmanes que busca su propio tipo de piedad y espiritualidad, así como de sabiduría, fuera de la tradición de su casta y su religión.

No puedo ofrecer más. Sobre los valores y bendiciones de la religión cristiana le dirán a usted cualquier sacerdote o catecismo hartos más de lo que yo pudiera decirle.

Para mí, el ideal humanístico no es más valioso que el religioso, y dentro de las religiones no daría yo la preferencia a una cualquiera de ellas sobre las restantes. Por ello precisamente no podría pertenecer a ninguna Iglesia, porque en ellas falta la elevación y libertad del espíritu, y porque cada una de ellas se tiene a sí misma por la mejor y la única y considera sumidos en el error a todos cuantos no pertenecen a ella...

... Así, pues, debe elegir usted mismo. La senda que conduce a las Iglesias es fácil de hallar, las puertas están abiertas de par en par y no falta tampoco la propaganda. El camino que lleva hacia Castalia, y más allá de ella, el que sigue Knecht, es hartos más áspero. Nadie es invitado a seguirlo, a emprenderlo, y aunque Castalia es percedera, comparte este destino con toda obra humana. Mirar cara a cara a esta caducidad es cosa que pertenece al más elevado valor espiritual.

AL SR. K. ST., Blecher (Düsseldorf)

Fines de agosto 1949.

... Lo mejor será que le diga a usted sin rodeos lo que me ha parecido su carta.

Me ha gustado en ella su inteligencia; promete muchas cosas, no es la carta de un literato, sino la de un poeta.

Me ha gustado también la honradez con la que se plantea usted, ante sí mismo y ante mí, la problemática de su propia vida y de su generación. Junto con la inteligencia a la que me he referido antes, es algo positivo y hermoso...

... No me ha gustado un punto en el tono o acento de su carta, que me recuerda lo que el extranjero se representa siempre como *juventud alemana*: una generación extravagante, complacida en el dolor y la desesperación, un tanto fáustica y existencialista; algo, en fin, que nosotros los extranjeros tenemos en muy poco valor. Esta juventud, ebria de tragedia y de grandeza, fue antaño, cuando se echó por esos mundos con un zurrón y una guitarra, a medias absurda y a medias encantadora, pero en seguida se mostró propicia a las guerras, las conquistas, los tormentos y otras actividades a las que tampoco concedemos nosotros valor alguno.

Lo que no me gusta, pues, en su carta es más lo que tiene usted en común con su generación, lo general, que lo individual. Por ello me alegraría de veras que dedicase usted todas sus fuerzas a dar figura y madurez colmadas a lo individual, lo irrepetible, lo único y hermoso que hay en usted, y a demoler en lo posible lo otro, lo colectivo, o cuando menos a desconfiar de ello, porque es dote de muy poco valor.

Esta es mi opinión subjetiva, y se la he comunicado a usted porque hay algo en su carta que me ha gustado y me ha sonado con eco hermoso y honrado...

BREVE NOTICIA DEL VERANO DE 1949

El que recibe muchas cartas y es combatido por numerosa gente se enfrenta hoy día con un torrente irrefrenable de miserias de todo orden, desde la serena queja y la tímida súplica, hasta los descaros más rabiosos e irritados de

la desesperación cínica. Si yo tuviese que soportar; en persona todos los lamentos, tribulaciones, pobreza, hambre, destierro y miserias que me trae el correo de un solo día, hace mucho tiempo que no estaría vivo, y más de uno de estos relatos, con frecuencia harto objetivos y concretos, me pone ante los ojos circunstancias tales que me cuesta un gran esfuerzo penetrar en ellas con la fantasía compasiva, aceptarlas y tenerlas por verdaderas. En el decurso de estos últimos años he tenido que resignarme a economizar mi comprensión y mi sensibilidad para aquellos casos de auténtica y profunda necesidad con objeto de ayudar un poco, al menos, a aquellos a quienes es posible alcanzar con el consejo o el consuelo, o con el apoyo material. Entre las cartas que suplican un auxilio espiritual y moral hay una determinada clase que ha entrado en el campo de mi experiencia personal en estos años de amargura. Trátase de cartas de personas que ya no son jóvenes, a menudo casi ancianas, a quienes la dureza y miseria de la vida externa de hoy, convertida a veces en insoportable» les sugiere un pensamiento que resulta del todo extraño a su carácter y que jamás, antes de ahora, había surgido en su vida: el pensamiento de poner fin a tanto sufrimiento mediante el suicidio. Por supuesto, siempre llegaron hasta mis manos cartas con este temple de ánimo, escritas por gente adolescente, blanda de corazón, un tanto poéticas y otro tanto sentimentales, cartas que pertenecen a lo bien conocido y acostumbrado, y en algunas ocasiones he sido bastante claro, áspero incluso, en mis respuestas al coqueteo o a la amenaza con el suicidio. Solía escribir a estas gentes cansadas de vivir, que, por supuesto, yo no condenaba el suicidio en modo alguno, pero siempre que se tratase del auténtico, del consumado, ante el cual no siento menor respeto que ante cualquier otro género de muerte; pero que me era del todo imposible tomar tan en serio como sería su deseo las conversaciones sobre el hastío de vivir, y los propósitos suicidas, antes al contrario, me inclinaba a ver en ellas una especie de coacción a la compasión, no del todo lícita, no del todo decente. Pero ahora llegan estas cartas, no en exceso, aunque sí constantemente, escritas por personas que hasta el presente habían mostrado coraje y dotes ante la vida, con la pregunta de cuál es mi postura ante el suicidio, porque cada día se torna más amarga y más insoportable esta vida a la que falta todo sentido, toda alegría, toda belleza y dignidad, y yo no tengo respuesta posible para esta pregunta, que no lleve en sí la más absoluta y seria comprensión y el respeto ante la pesadumbre y el dolor que se me expone.

He anotado, para mi uso, un par de frases extraídas de mis respuestas a tales preguntas...

Un hombre de más de cincuenta años me pidió escuetamente, y sin el menor rastro de postura ficticia, cuál era mi opinión ante el suicidio, en el cual

jamás había pensado él durante toda una vida activa y plena de sentido de la responsabilidad, pero que ahora se le aparecía de modo cada vez más inequívoco y perentorio como la única liberación posible de una vida que se había convertido en algo demasiado difícil, demasiado carente de sentido y falta de dignidad. Extraigo de mi contestación las siguientes frases:

"Cuando yo contaba alrededor de quince años, uno de nuestros maestros nos desconcertó a todos con la afirmación de que el suicidio era la mayor de las cobardías morales que puede cometer el hombre. Hasta entonces yo me había inclinado antes a pensar que para tal cosa eran necesarios un cierto valor, un cierto orgullo y dolor, y había sentido siempre ante los suicidas un respeto mezclado con espanto. Por esto, la afirmación que el profesor hizo, con pretensiones de axioma, constituyó para mí, por el momento, un motivo de estupefacción y me quedé mudo; sin réplica ante esta afirmación que parecía reivindicar para sí todos los derechos de la moral y la lógica. Sin embargo, la estupefacción no duró mucho tiempo y pronto torné de nuevo a creer en mis propios sentimientos y pensamientos, y de este modo los suicidas me han parecido durante toda mi vida dignos de consideración, simpáticos y hasta - bien que de manera harto sombría - magníficos ejemplos de un humano sufrimiento al que era incapaz de llegar la fantasía de aquel maestro de mi adolescencia, como también de un coraje y un tesón que solo amor podían despertar en mí. Los suicidas que yo he conocido, por otra parte, han sido siempre, en realidad, personas de complicadísima problemática, es cierto, pero valiosas y muy superiores al nivel medio; y el hecho de que, además del coraje necesario para alojarse una bala en la cabeza, hubiesen tenido el coraje y la firme voluntad de convertirse en odiosos y despreciables para los maestros y la moral, era cosa que no hacía sino elevar aún más mis sentimientos de simpatía.

"Si el suicidio es cosa imposible y prohibida para un hombre por razones de naturaleza, educación y destino, mi opinión es que, aunque ocasionalmente pueda la fantasía tentarle con esta solución, nunca podrá llevarlo a cabo, y siempre será una cosa prohibida para él. Si el caso es otro, y alguien se despoja de la vida que ha llegado a ser para él una carga insoportable, con firme decisión, este tal tiene en mi opinión el mismo derecho a hacerlo que otros tienen a su muerte natural. ¡Ay, en más de uno que se ha suicidado he visto su muerte como algo mucho más natural y pleno de sentido que en otros casos distintos!"

Sin embargo, algunas veces al año llega a mis manos un tipo de carta que me produce singular alegría y a cuya respuesta dedico el máximo afecto e interés posibles. Algunas veces al año, digo, sucede que alguien me interroga si

es posible conseguir uno de esos manuscritos de poesías ornados con dibujillos míos que suelo tener a disposición de

los aficionados y cuyo importe me ayuda a cubrir una parte de los gastos ocasionados por los paquetes y auxilios de todo género remitidos a los países de la miseria y el hambre. Una de estas preguntas llegó de nuevo hoy, después de una pausa de varios meses, y me puso otra vez manos a la obra. Siempre procuro contar con un repuesto de uno o dos de tales manuscritos, si es posible, y cuando uno de ellos encuentra un aficionado, procuro asimismo sustituirlo lo más pronto que puedo. Esta es, de todas las tareas que he llevado a cabo nunca, una de las más gratas para mí, y su proceso es, más o menos, como sigue:

Primeramente abro mi armario escritorio, donde guardo el papel en mi gabinete de trabajo. Lo poseo desde que edificué mi actual casa, y contiene una fila de cajones anchos y muy profundos para guardar pliegos de papel, El armario y la gran copia de papel, en gran parte noble y viejo y hoy casi imposible de encontrar, constituye uno de esos cumplimientos de un deseo, según el refrán que dice: "Lo que de joven se desea, de viejo se consigue." Siendo un niño, siempre pedí como regalo de Navidades y cumpleaños pliegos de papel, y cuando contaba dieciocho años hice lo mismo, escribiendo sobre el papel de las peticiones estas palabras: "Un pliego de papel tan grande como la puerta de Spalen." Más adelante, siempre he aprovechado todas las ocasiones para adquirir hermosos papeles, que frecuentemente he cambiado, por libros o acuarelas, y desde que existe el armario soy poseedor de una cantidad de papel muy superior a la que jamás podre utilizar. Abro, pues, el armario y me entrego a la tarea de elegir el papel; a veces me atraen los lisos, a veces los rugosos, a veces los nobles papeles de acuarela, otras los más simples papeles de imprenta. Esta vez, mientras rebuscaba, me aficioné de repente a un papel muy sencillo, de tono ligeramente amarillento, del cual conservo aún, piadosamente, los pocos pliegos que he podido ahorrar. Es el papel en el cual se imprimió en tiempos uno de mis libros predilectos, *La Peregrinación*. No es un papel costoso, pero posee una porosidad singular, levemente absorbente, que da a los colores agudos que sobre él se depositen un no sé qué de antiguo y empaldecido. Según recordé, tenía sus peligros el empleo de este papel, pero ya no podía acordarme de cuáles eran y me atraía sobremanera dejarme sorprender por ellos y ponerlos a prueba.

Extraje el pliego; corté, con ayuda de la plegadera, el tamaño deseado; busqué un trozo de cartón adecuado para que sirviese de tapas y comencé mi tarea. Acostumbro siempre a pintar primero la hoja titular y las ilustraciones, sin pensar para nada en los textos, que escojo más adelante. Las primeras cinco

o seis ilustraciones, casi siempre pequeños paisajes o una corona de flores, las dibujo y coloreo de memoria, repitiendo motivos que me son familiares, y para las siguientes rebusco en mis carpetas de pintura y escojo modelos que se me antojan atractivos.

Pinto, con sepia, un pequeño lago, un par de montañas, una nubécula en el cielo; edifico en primer término, sobre la falda de la colina, una pequeña aldea; doy al cielo un poco más de cobalto, al lago un viso de azul prusia, al pueblecillo un punto de ocre dorado o de amarillo napóles, todo muy delgado, muy sutil, y me regocijo viendo cómo el papel, embebiendo dulcemente los colores, los amortigua y entremezcla. Con el dedo humedecido hago palidecer un poco el azul del cielo y procuro pasar el rato más agradable posible con mi pequeña y simple paleta, en este juego que ha largo tiempo que no practicaba. Sea como fuere, ya no van las cosas como antaño, me fatigo mucho antes, mis fuerzas solo alcanzan para pintar unas pocas hojas cada día. Pero todavía sigue pareciéndome lindo y divirtiéndome sobremanera esto de convertir un puñado de hojas blancas en un manuscrito ilustrado por mi propia mano, y saber que este manuscrito seguirá su curso de mutaciones, cambiándose primero en dinero, luego en paquetes con café, con arroz, con azúcar y aceite y chocolate y saber, además, que con todo esto se encenderá un rayo de ánimo, de consuelo y de renovado vigor en seres queridos, un grito de júbilo en los niños, una sonrisa en los enfermos y los viejos, y también, aquí y allá, un vislumbre de fe y de confianza en corazones mortalmente fatigados y que han perdido el valor...

Es un juego bonito de verdad y no me remuerde en absoluto la conciencia por el hecho de que ninguna de estas obrillas pictóricas encierre el menor valor artístico.

Cuando, un día lejano, realicé los primeros de estos cuadernillos y carpetitas, resultaron mucho más desmañados y carentes de arte que hoy; era durante la primera guerra mundial, y los hice por consejo de un amigo, en aquel entonces para ayudar a los prisioneros de guerra; han pasado ya muchos años, y después vinieron tiempos en los que me llenaba de alegría una tarea porque yo mismo tenía necesidad de ella. Hoy no existen ya, como hace varios decenios, bibliotecas para los prisioneros de guerra, en las que cambio mis trabajos manuales. La gente en cuyo servicio realizo yo hoy mis pequeños trabajos no son anónimos desconocidos; tampoco entrego las ganancias de mi labor a una Cruz Roja o a esta o aquella organización; con el paso de los años y los decenios me he ido convirtiendo en un partidario cada vez más decidido de lo individual y lo diferenciado, contra todas las tendencias de nuestra época. Y es muy posible que al pensar así no sea un estrafalario desquiciado, sino que

tenga razón objetivamente. Al menos puedo constatar que la tarea de socorrer y ayudar a un pequeño número de personas, a todas las cuales, por cierto, no conozco personalmente, pero que significan para mí algo especial, y cada una de las cuales posee su propio e irrepetible valor y su destino singular, me trae mucha alegría y me parece, en el fondo de mi corazón, mucho más justa y necesaria que los cuidados y la beneficencia a los que contribuí con mi ayuda, antaño, como ruedecilla de una enorme maquinaria de asistencia y ayuda. Aún hoy, cada nuevo día me trae la exigencia de adaptarme al mundo y, como hacen la mayoría de las personas, desembarazarme de todas mis actuales tareas con ayuda de la rutina y mecanización, con ayuda de un aparato, de una secretaría de un método cualquiera. ¿Debería, quizá, apretar los dientes y aprender a hacerlo en mis años de vejez? No, no; no me sentiría a gusto, y todos aquellos cuya angustia lanza sus oleadas hasta mi sobrecargada mesa de trabajo, se dirigen a un hombre, no a una máquina, ¡permanezca fiel cada uno a lo que le ha sido otorgado!

AL SR. A. SCH., Geislingen

27 de octubre de 1949.

Querido señor Sch.:

Lo que me cuenta usted acerca de su "amigo mayor en años" es típicamente alemán. El ha vivido desde 1933 toda la increíble suciedad y ahora se sienta en medio de la miseria y la destrucción alemanas; y, sin embargo, lo que le preocupa y el hecho contra el que quiere levantar "el fuego y la espada" es el cuidado por la moral de Noruega, que, según su opinión, trata equivocadamente a un traidor a la patria, que al mismo tiempo, desgraciadamente, es un gran escritor. En Francia, Hamsun habría figurado en primera fila entre los colaboracionistas fusilados. En Alemania habría pasado inadvertido, entre la frialdad de todos. No sé si Noruega le trata *acertadamente* o no, porque en un dilema como este no hay *acierto* que valga. Y a mí, naturalmente, me hubiera agradado mucho más que le hubiesen dejado libre abandonando a la libre opinión del pueblo el comportamiento que quisiese adoptar con respecto a él.

Prescindiendo de Hamsun, que no solo era adicto a los nazis, sino también, en la inmensa mayoría de sus libros, un mordaz enemigo espiritual, me causa tristeza el hecho de que su amigo, ya que desea enseñar normas de conducta a otros pueblos en lugar de edificar en su propia patria una celda de

paz y de construcción, lo haga de este modo desagradable, y que nos suponga a los escritores - que verdaderamente sentimos una compasión hartamente amarga por el destino de Hamsun, tan lleno de altos méritos -, que nos suponga, digo, a los escritores dispuestos a echar mano del *fuego y la espada*. Precisamente de estos medios de la violencia, la necedad y la tosquedad. Qué otra cosa es posible hacer sino apartarse a un lado y enrojecer de vergüenza.

Bien, muy bien me parece que usted no se haya contagiado de los desvaríos de ese amigo y que piense tan razonable y acertadamente. Porque yo suscribo íntegramente todo cuanto usted dice acerca del amor y del proceso de transformación.

Saludándole cordialmente...

A MARTIN BUBER

Después de aparecer la edición completa de sus narraciones casídicas.

Baden, fines de noviembre de 1949.

Mí querido Martin Buber:

Quiero darle las más expresivas gracias por su tomo aparecido en la *Biblioteca de la Literatura Universal*. Desde hace largo tiempo sentía el deseo de ver reunidas así las historias de la Casida. Y me felicito por haber tenido ocasión de presenciarlo, sabiendo que para usted habrá constituido una alegría no menor.

Aparentemente se extendía un largo camino entre aquellas leyendas anecdóticas dispersas de la lejana época del judaísmo oriental y este tomo de la *Literatura Universal*. Pero allí donde arde una luz, si uno solo de sus rayos se pierde y si las historias de los antiguos chinos y las conversaciones de sus sabios hubieron de esperar dos mil años antes de hacer su entrada en el panteón de los pueblos, sin que se perdiese un ápice de su vigor, es preciso reconocer que los dos siglos transcurridos entre el florecimiento del casidismo hasta el de su colección clásica son un lapso hartamente pequeño.

Desde que nos vimos por última vez he gozado en numerosas ocasiones con escritos suyos, principalmente aquella conferencia de Holanda y en su contribución, valiente y serena, a la filosofía existencial. También he darle las gracias por ello.

A LA SRA. FR.

Finales de 1949.

Respetada señora Fr.:

Su carta ha debido esperar un largo tiempo. Llegan demasiadas a mis manos y las más largas son las que han de permanecer más largo tiempo sin respuesta.

Al fin he leído su carta. Si no la he comprendido mal, se propone dos cosas: en primer lugar desea usted exponerme del modo más violento y minucioso su repugnancia por Thomas Mann y su Doktor Faustus, y lisonjearme a mí, de pasada, afirmando que, según su criterio, yo nunca hubiese podido escribir un libro tan desvergonzado, altanero y lleno de burla contra todo lo santo y tradicional como el de este degenerado. En segundo lugar indica usted que espera venir a Suiza durante la próxima primavera y se propone hacerme una visita con tal motivo.

Es difícil responder a todo esto. Si usted no ha sido capaz de entender y gustar el libro de Thomas Mann, la culpa no es de él, sino de usted misma. Y sus juicios demoledores sobre Thomas Mann, que es amigo mío muy querido y admiradísimo colega, se sirven de un vocabulario y una argumentación que he tenido que oír y leer cientos de veces, por manera que casi me siento inclinado a creer que usted se ha limitado simplemente a tomar juicios ajenos, y juicios, por cierto, falsísimos y descabellados, sin tomarse la molestia de leer el libro. Pues si de veras hubiese estado en sus manos y desde su primer capítulo hubiese causado en usted un efecto tan ingrato y repulsivo como afirma, ciertamente no hubiese soportado usted el tormento de leerlo hasta el fin. Estimo, pues, que usted ha escuchado juicios tan vergonzosamente necios en su círculo de amistades, o los ha leído en los sueltos de su periódico favorito, y de este modo me ahorro la respuesta.

Queda solamente, pues, su segundo deseo, esto es, la visita que proyecta hacerme.

Si usted llegase a realizar esta visita, hallaría en la puerta de mi casa un papel con el texto siguiente: "Palabras del viejo maestro chino Meng Hsie."

Cuando uno se torna anciano y ha llevado a cabo su tarea, solo le corresponde trabar amistad con la muerte, en el silencio y el sosiego.

Nada necesita de los hombres. Los conoce, los ha visto demasiado. Lo único que necesita es sosiego.

No es oportuno ni prudente ir en su busca, interpellarle, atormentarle con charlas vanas.

Lo prudente es pasar de largo ante la puerta de su morada, como si fuese la casa de nadie.

No sé cómo se comportaría usted después de leer estas palabras. Supongamos que es usted una persona dotada de una sensibilidad excepcionalmente delicada: en este caso se dará usted cuenta de que estas palabras chinas no son ni una broma ni una apelación a su cultura literaria, y las entenderá derechamente como un suplicante ruego y también como una advertencia contra lo insensato y zafio de un asalto masivo de visitantes, como gesto de un mundo más humano. En este caso, usted extraería las consecuencias lógicas y renunciaría a la proyectada visita. Pero la probabilidad se pronuncia a favor de que usted se comporte lo mismo que las tres cuartas partes del resto de mis visitantes, que nunca piensan en renunciar por delicadas consideraciones o nobles deferencias a aquello que se les ha metido en sus dignísimas cabezas. Y en tal caso, usted oprimiría el timbre, y caso de que yo me encontrase realmente en casa, la doncella la introduciría en nuestro gabinete. Y a continuación nos sentaríamos ambos, uno enfrente de otro, y clavaríamos las miradas en el suelo, confusos, porque usted se daría cuenta en seguida de que yo hablaba con toda seriedad al referirme a la charla vana y a la obligación de escucharla. Creo que ni para usted ni para mí sería una situación desea

AL SR. J. S., Lienham (Suecia)

1949.

Estimado señor S.:

Usted sabe perfectamente que el crimen en cualesquiera circunstancias no es el camino acertado para llegar a un acuerdo entre los hombres. La cuestión, por tanto, es solo esta: ¿Lograría usted reunir el coraje necesario para

negarse en redondo, caso de verse obligado a matar por razones de orden patriótico? Un hombre no puede asegurar de antemano, con plena certeza, ni tampoco saber si será capaz de ofrecer el postrer sacrificio a lo que él ha reconocido como acertado y justo. Tampoco hombre alguno está obligado a cumplir tal sacrificio, sino que cada uno debe realizar aquel que le permiten sus fuerzas. Solo su propio guía interno, su propio sentimiento y conciencia son quienes pueden decidir si usted, en un caso de absoluta seriedad, ha de ofrecer abierta resistencia a una orden de matar o puede conformarse con una silenciosa y aparente obediencia. No solo debemos prestar oídos a la razón y a la moral, sino también a nuestra propia naturaleza.

A UN ESTUDIANTE DE BONN

1949/1950.

Estimado señor B.:

Su carta y cuanto en ella dice usted acerca de su desabrimiento de la *duplicidad de valor* de algunos escritores y libros no solo no tropieza en absoluto con mi oposición, como al parecer temía usted, sino que encuentra mi pleno aplauso. La mayoría de las verdaderas creaciones literarias se ha distinguido por poseer esta duplicidad de valor, esto es ha conmovió tanto al pueblo y a los lectores sencillos entusiasmándoles, como también al pequeño estrato intelectual superior. No siempre ha sucedido tal cosa a un mismo tiempo, y muchas veces una creación literaria de técnica complicada y nueva ha necesitado un tiempo más o menos largo hasta que el pueblo la ha encontrado gustosa, y en otras una obra literaria ha parecido demasiado simple y por debajo de su dignidad a los cultos y refinados, que solo algún tiempo después han descubierto sus cualidades. Porque el hombre culto es tan solo más culto, pero en absoluto más inteligente que el pueblo.

A lo largo de mi vida de autor he trabado contacto mil veces con ambos tipos de lectores. Los sabios, los estudiantes, los eruditos; eran capaces de escribir las cartas más discretas y llenas de espiritualidad, pero la confesión de un lector inculto, diciéndome que la lectura de un libro mío le había alegrado y consolado, o fortalecido y afirmado en su actitud ética, ha sido para mí, por lo menos, tan valiosa como la carta más brillante de un jugador novicio del *Juego de abalorios* sobre cuestiones relativas a Castalia. Y por lo que respecta al valor fundamental y originario de cada creación literaria, esto es, a su potencia lingüística, el pueblo es mucho más seguro e infalible en su juicio que la gente culta con sus análisis filológicos o estéticos y sus fundamentaciones racionales. Y cuando se trata específicamente de juicios negativos y desfavorables, los que

proviene del pueblo me causan un efecto mucho más profundo y doloroso que los de los intelectuales.

A THEODOR HEUSS, Godesberg

1949/1950.

Mi querido doctor Heuss:

Su saludo y su obsequio han sido bienvenidos con verdadero afecto. Acepte usted mis gracias por ambos.

Su libro, la *Conjuración de las sombras*, ya me era conocido y es una alegría para mí poseerlo ahora, remitido por su propia mano. Posee usted una sensibilidad poética para los temas biográficos, que tan encantadoramente ha cultivado usted, y en el fondo esta sensibilidad o sentimiento no es otro que el amor. Usted ha amado a todas estas figuras, y ellas han jugado en su vida y en su fantasía un papel singular; no es una casualidad que figuras de la tierra suaba jueguen en ella tan importante papel. Tampoco es casualidad que el interés de sus temas radique en el encanto de ese mundo intermedio entre lo político y lo cultural. El libro tiene una atmósfera propia y peculiar, fuertemente perceptible, y en especial para un medio suabo, que al igual que algunas de sus figuras, ha abandonado o huido del país natal biográfica, pero no espiritualmente. Al menos hasta donde yo sé, desde tiempos de Varnhagen no ha existido en la literatura alemana nada tan lindo ni tan altamente sugestivo.

El que yo haya perdido en usted un buen lector, porque su profesión le roba todo el tiempo de ocio, es cosa que me pesaría sobremanera si no supiese por cien testimonios escritos venidos de Alemania cuán afecto le es, y cuánta confianza y respeto le ofrece a usted precisamente ese estrato del pueblo alemán al cual pertenecen mis amigos y lectores.

No sabemos aún por qué senderos podrá ser lograda esa introducción de la humanidad y la moral en el campo de la política, tan ansiada por todo el mundo. Por el momento, este mundo horrorizado y agotado se siente dichoso y rebosa esperanza cuando, al menos, se dejan ver un rostro y un corazón humanos en un lugar político prominente, cualquiera que sea. No debemos subestimar tal cosa, y hay muchas personas que le están reconocidas a usted por haber aceptado esta función, ciertamente fatigosa.

Un saludo lleno del viejo afecto cordial...

AL OBISPO DR. WURM, Stuttgart

1949/1950.

Querido y respetado Dr. Wurm:

He recibido su obsequio con agradecido júbilo y he hecho mío un trozo de él; el espíritu de su librito es para mí precioso y me hace mucho bien y en cada nuevo encuentro con él recuerdo unas palabras de usted: lástima que la Iglesia no haya sabido retener a gente como Schrempf y Hesse. No participo de este juicio, por muy hermoso y acertado que sea desde su situación peculiar, antes bien me alegro de que también una institución histórica de fondo conservador, como una Iglesia nacional, necesite de una constante renovación y toma de ánimos, de la polémica viva y el ajuste o adaptación, y los tome y asimile tanto en el círculo de las comunidades cristianas y las personalidades estimulantes como también en el círculo de los real o aparentemente apartados. Así como en un buen parlamento tanto el conservador como el miembro de la oposición no necesitan olvidar, en medio de sus combates actuales, que ambos sirven a un mismo objetivo y que, aunque sean hermanos en lucha, son realmente hermanos, del mismo modo entiendo yo la colaboración del espíritu, junto con su polémica, como vida, como algo orgánico, justo. En un sentido semejante me parece ha visto y presentado el amigo Hermelink, en su historia de la Iglesia, el oleaje y entrecruzamiento de las fuentes y las influencias. Y también en este libro, que desgraciadamente no puedo leer, pero a través de cuyas páginas paseo con frecuencia, veo cómo usted, en la fidelidad a su ministerio y a su Iglesia, cumple una tarea necesaria, nobilísima y santa. Así como usted estaba ciertamente en lo justo cuando, como dijo un día, solo veinticinco años después pudo aceptar, como patriota, mis artículos contemporáneos a la primera guerra mundial, también yo, por mi parte, me sentía obligado a expresar en aquel entonces algunas cosas necesarias, muy de acuerdo con Jesús y su doctrina, aunque lo estén menos con la concepción de Lutero acerca del deber de los cristianos ante sus superiores.

A SIEGFRIED UNSELD, Tübingen

1949/1950.

Estimado Dr. Unsel:

Sus cuestiones de orden estético relativas a Josef Knecht me dejan un tanto perplejo, porque no he tenido la dicha de poder dedicar tanto tiempo como usted a tan bellos estudios sobre Castalia. Desde su aparición, hace ahora siete años, hasta el día de hoy no me ha sido posible releer el *Juego de abalorios*, porque cada nuevo día me trae más trabajo actual del que yo puedo despachar.

No obstante, le soy deudor de una respuesta, porque entre las continuas preguntas de mis lectores acerca de Castalia y de Knecht, preguntas que son con frecuencia de un nivel pasmosamente bajo, la de usted se distingue de tal modo, por su agudeza y bella precisión, que por unos momentos ella misma constituyó para mí una interrogante.

En mi respuesta he de confiarme a mi memoria, si bien he repasado con ayuda de mi mujer los pasajes citados y en cierto sentido puestos en duda por usted.

Su opinión es que el biógrafo de Josef Knecht ha pretendido "ofrecer a los lectores su propia descripción de la vida desde la perspectiva de Knecht, esto es, describir tan solo lo que emana de la esfera de percepciones y vivencias de Knecht". Y usted encuentra rota esta perspectiva en los pasajes que cita en su carta, porque estos pasajes hacen referencia a hechos, palabras o pensamientos de otros, que Knecht no podía conocer.

Es muy posible, desde luego, que mi libro, gestado durante once años (¡y qué años!), contenga tales defectos de instrucción a pesar de toda la concentración y cautela puestas en él. Pero la *perspectiva* desde la cual ve usted construido el libro no era la mía. Antes bien, durante los primeros tres años mi perspectiva varió levemente en ocasiones. Al principio lo que me interesaba ante todo, más aún, lo que me interesaba de modo casi exclusivo, era la plasmación visible de Castalia, el país y el Gobierno de los sabios, el ideal claustro profano, una idea o quizá, como opinan los críticos, un ensueño que existía ya y operaba desde la época de la Academia platónica, uno de los ideales que han actuado como dechados a través de toda nuestra historia espiritual. Después comprendí que la realidad íntima de Castalia solo podía ser manifestada de manera convincente en una persona dominante, en la figura espiritual de un héroe y un mártir, y de este modo se irguió Knecht en el centro de la narración, ejemplar e irrepetible, no tanto como ciudadano ideal y perfecto de Castalia, pues de estos hay varios, sino por el hecho de que no puede sentirse contento a la larga con Castalia y su perfección ajena al mundo.

Sin embargo, el biógrafo que yo me creía ser es un aventajado alumno de Waldzell, que por amor a la figura del gran renegado se propuso describir la

novela de su vida para uso de un pequeño círculo de amigos y admiradores de Knecht. Todo cuanto posee Castalia se halla a la disposición de este biógrafo; la tradición oral y escrita, los archivos y, naturalmente, también la propia capacidad de representación y de comprensión. A partir de estas fuentes crea él, y se me antoja que no ha escrito nada que pudiese ser considerado como imposible dentro de este marco. A la parte postrera de su biografía, cuyo medio ambiente y cuyas peculiaridades no son controlables desde Castalia, la designa expresamente como la leyenda del desaparecido Magister Ludí, tal y como perdura entre sus discípulos y más allá de estos, en la tradición de Waldzell.

De las varias figuras del libro, algunas han recibido su faz individual de personas reales, y unos cuantos de estos modelos son bien conocidos por algunos buenos lectores, aunque otros continúan siendo un secreto mío. Fue reconocida, ante todo, la figura del Pater Jakobus, que es una muestra de homenaje y veneración a mi querido Jacob Burckhardt. Hasta me he permitido poner en boca de mi Pater una frase de él. Con su resignado realismo, pertenece a los contrarios al espíritu de Castalia.

Sin embargo, hay una figura en mi narración que es casi por entero un retrato. Se trata de Carlo Ferromonte. Este Carlo Ferromonte, o mejor dicho, su modelo viviente, fue un amigo mío queridísimo y pariente muy cercano, una generación más joven que yo, músico y persona experta en música, que hubiese sido la alegría de todo Monteport, un organista, director de coros, clavecinista y apasionado coleccionador de todos los restos de música popular aún viva, cuyas débiles huellas, casi extinguidas ya, persiguió él en continuos viajes, especialmente a través de los Balcanes. El, mi entrañable Carlo, se vio obligado a tomar parte en la insensata guerra como soldado de Sanidad, anduvo por los hospitales militares de Polonia y desde el fin de la guerra desapareció sin dejar rastro alguno.

A UN FILÓLOGO DE OCHENTA AÑOS

1949/1950.

Querido profesor Z:

He recibido su carta con tanto gusto, y me ha confortado tanto como el pan y el vino. La manera de aceptarme a mí, diez años más joven que usted, en el sosiego de su retiro, únicamente porque usted me recuerda algo que ya sabe, y en lo que yo, al igual que usted, creo como en lo único duradero en medio del cambio, se me antoja semejante al modo como un anciano educador consuela y

levanta el ánimo de un antiguo discípulo a quien no había vuelto a ver desde años ha, sumido en medio del turbulento mundo y que ahora anhela pisar terreno firme y seco, abandonando para siempre lo resbaladizo, simplemente aceptándolo de nuevo en la comunidad dentro de a cual él mismo le introdujo un día remoto, cuando era muchacho todavía. Quizá el viejo *magister* reciba al discípulo con una frase latina o griega para mostrarle, sin duda, que el recién llegado está todavía suficientemente fuerte en lenguas clásicas, y solo la confianza demostrada de este modo basta para devolver su seguridad al que retorna. ¡Cuánta sabiduría y picardía ríen ante mí en su narración! ¡Cómo su familia peregrina para acudir a una conferencia filosófica, y cómo usted, entre tanto, se regocija en la paz y el silencio y luego deja estupefactos a los que vuelven de la conferencia, demostrándoles cómo, tras un simple cálculo de probabilidades, se muestra en posesión de todo aquello que el señor conferenciante ha sabido expresar! ¡Qué bien, mi querido y admirado amigo, que la avanzada edad no haya sido capaz de empobrecer su vida! Porque, aunque nosotros hace mucho tiempo que no nos encontramos en condiciones propicias, como cincuenta años ha, de pasarnos una noche entera bebiendo y charlando en la *Gallina negra* de Ulm, no obstante sigue fluyendo para ambos el dulcísimo manantial del gozo en el espíritu y el lenguaje. ¡Quiera Dios que persista todavía mucho tiempo! Cordialmente le saluda su afectísimo...

A UN CAMARADA DE ESTUDIOS ESCOLARES EN SUABIA

1949/1950.

Mi querido D.:

Tu carta me ha alegrado muchísimo, pero también me recuerda que no he contestado a ninguna de sus predecesoras, o lo he hecho, cuando más, por medio de mis publicaciones, singularmente el artículo de Baden. Bien hubiese podido hacerlo desde Baden mismo, donde me encontraba bastante mejor que hoy, pero no tienes mas remedio que conformarte.

Has leído con optimismo el artículo de Baden; si nosotros no tomamos tan en serio las preocupaciones de otras personas como las nuestras propias, ¿adónde iríamos a parar? Pero la grandísima confusión, o mejor aún, desazón, suplicio, en que cae el hombre de lleno cuan en el mundo actual le toca en suerte el sino de la fama, es cosa que has sabido captar perfectamente y reconocer. Me ocurre a mí que allá en mis años mozos abrigué callada, pero intensamente, el deseo de llegar a ser un día un poeta famoso, y hete aquí que la

realidad de esta fama ha sido después, en aspecto y sabor, muy otra de cuanto yo había soñado. Tiene, desde luego, facetas hermosas y agradables, la más hermosa de las cuales es la camaradería con un par de contemporáneos muy queridos y admirados por mí. Pero el incremento de la responsabilidad resulta una pesada carga para una conciencia ya de por sí bastante escrupulosa, y las molestias, la plaga siempre renovada de los curiosos, de los mendicantes, de los jóvenes colegas y sus manuscritos, la invasión de visitas, este constante verse importunado por la publicidad, la prensa, las sociedades nacionales e internacionales con sus programas ideológicos universalistas, humanitarios o políticos, todo esto, en fin, es una auténtica desdicha para un hombre que ha sido siempre un poco hurón y para quien su propia vida nunca podía ser lo suficientemente privada. Es cierto que hay muchas formas de vencer todo esto; muchos lo resuelven tomando unas cuantas secretarías y montando todo un aparato de secretaría y antesala para detener el aluvión diario de visitas; pero ello significaría la capitulación y la traición para un hombre que ha odiado la rutina durante toda su vida y que jamás le ha concedido en ella ni un ápice de espacio. De este modo subsisten la confusión, la desazón y el suplicio, y menos mal que aún puedo decir, ante la mayoría de las cartas que me veo obligado a leer, que mi situación y mis desdichas resultan asaz soportables si se las compara con las que afligen a mis epistológrafos.

Por lo que respecta a la *Chattodicea* que acabas de leer, Chattus debe confesar que no la ha leído y que mucho se sospecha que tampoco Dios habrá leído las incontables teodiceas, o si acaso lo habrá hecho un par de siglos después de su aparición.

Me cuentas en tu carta cosas acerca de un crítico de Arte que ha confesado públicamente su arrepentimiento y contrición por la tolerancia, más aún, por la simpatía que hasta el momento presente sentía por las novísimas orientaciones y directrices del Arte. Abundo del todo en sus sentimientos, aunque también yo encontré divertimento verdadero en diversos géneros de superrealismo. Creo que el crítico en cuestión tan solo cometería injusticia si prosiguiese sus comentarios y disertaciones sobre arte moderno.

Y para terminar, te contaré otra cosa divertida. Ha pocos días recibí, enviada por un joven francés desconocido, desde una desconocida villa francesa, una carta de lector que originalmente era como todas las demás. Me escribía en ella que había descubierto y leído el *Demian* (que ahora, treinta años después de su aparición, ha visto la luz en francés), que el libro le había causado gran gozo y deseaba darme las gracias por ello, cosa que hacía a escape porque pensaba leer acto seguido el *Loup des steppes*, y creía muy posible que el lobo en

cuestión no le gustase ni poco ni mucho, yéndose así al diablo el hermoso y agradecido talante en que se encontraba actualmente.

A UNA MUCHACHA

Que me reprochó, con ocasión de mi *Goldmund*, que predicase en él un ensalzamiento sensorio-sentimental de la "personalidad" y el mundo del arte.

Enero de 1950.

Usted, con sus veintitrés años, ha sentido la necesidad de echar en cara a un hombre de setenta y dos su vida y su obra enteras, por inútiles y dañosas. Supongo, pues, que deben de haberla impulsado un gran sentido del deber, una fuerte conciencia de su responsabilidad en la actual situación del mundo, porque de otro modo no hubiese cometido usted semejante descortesía.

Un solo libro mío ha leído usted, el *Goldmund*, y también el *Steppenwolf* o el *Klingsor*. La historia de Knecht, en cambio, que trata de la incorporación y el servicio del individuo a un ordenamiento pleno de sentido racional y de la responsabilidad de quien quebranta este ordenamiento, aunque sea por motivos de conciencia, esa no la conoce usted. Sorprendida por ciertos pasajes de un libro que ofende sus mojigatas emociones, usted ha extirpado violentamente esos pasajes y, como se propone usted llevar al mundo a un orden mejor, ha comenzado por aquello por lo que comienzan todos los que intentan mejorar el mundo, esto es, por el mejoramiento y el cambio de los demás, antes que de sí propios. El camino es equivocado, y lo sería aunque usted hubiese deducido su actitud de un verdadero conocimiento de mi vida y mi obra. Usted no ha sabido percatarse del mundo de los grandes maestros y dechados, ese mundo de los supremos valores que me he esforzado en presentar, admonitoriamente, en *Narziss* y en *Siddhartha*, en *Mozart*, y en los inmortales del *Steppenwolf*, en todo el *Juego de abalorios* y en la mayor parte del trabajo de mi vida entera. Usted no se ha percatado de que junto a *Goldmund* está *Narziss*, junto al Lobo estepario están *Siddhartha*, *Josef Knecht* y *Castalia*. Usted, lastimada en la parte más mojigata de su existencia por un par de pasajes de mis libros, ha lanzado la totalidad de ellos, despreciativamente, ante mis pies, como dañinos, malos y carentes de valor. Yo sé muy bien que todo esto lo ha hecho llevada por el convencimiento verdadero de la sublimidad y santidad de sus motivos. Pero usted intenta salvar el mundo repartiendo golpes a diestro y siniestro allí precisamente donde su sensibilidad se siente malherida. Créame

que lo siento de veras, pero con semejante actitud se sitúa usted en el camino equivocado.

AL SR. P. H., Salzburgo

1950.

Estimado señor H.:

Es domingo, momentos antes del mediodía, la nieve se acumula en torno de la casa y prosigue cayendo, pesada y húmeda; mis sentidos y mis pensamientos, a quienes suele faltar con frecuencia el necesario brío y frescor, se sienten en esta hora plenos de gozo y de intrepidez, porque acabo de escuchar en la radio, uno detrás de otro, dos Conciertos brandenburgueses, y esto me ha dejado singularmente limpios el corazón y los oídos. Uno de ellos ha sido el quinto, tan asombrosamente osado, en el cual luchan entre sí el virtuosismo y el recogimiento, la melancolía y el arrojo, con tanta dulzura como encono, y el gran músico se siente una y otra vez arrebatado hacia un aislamiento que roza las lindes de una filosofía existencial plena de pesimismo, y una y otra vez vuelve a elevarse bravamente desde las melancólicas profundidades de la introversión hasta las alturas del orden cósmico y divino.

Retorno a mi mesa de trabajo, desde esta cura del espíritu, y encuentro en ella uno de los restos del gran alud del correo navideño: su grata y entrañable carta del mes de diciembre, en la que me cuenta usted tantas cosas de su diaria vida de jurista en medio de una sociedad corrompida, y también de su familia, y por último, de aquellas cosas que le ayudan a usted a soportar la demasía de experiencias vitales de estos años sangrientos y faltos de paz. Créame que es para mí una alegría saber que mis escritos pertenecen a esos elementos que le ayudan y consuelan, pero, al mismo tiempo, me llena de redoblada conciencia de la responsabilidad y estas confesiones me asustan sobre todo por el hecho de que muestran una y otra vez cuán descompuestos y disueltos se hallan hoy, incluso en los hombres de buena voluntad y de sólida formación, el orden interno, la relación con el todo, la referencia a la totalidad. Pues bien: a mí me ocurre lo mismo; tampoco a mí me basta cuanto las Iglesias y las filosofías nos ofrecen, terminado ya y consagrado por el uso, yo también necesito apoyos e incitaciones para poder soportar todo esto y no perder el valor. Por encima de cuanta educación cristiana y humanista he recibido, tanto en la casa paterna como en la escuela, me hallo siempre necesitado de auxilios y consolaciones. Felizmente, estos me resultan conocidos y alcanzables. Son los

buenos y hermosos pensamientos de la sabiduría aquella supranacional y suprarreligiosa *Summa*, de opiniones e ideas sobre la Humanidad y su áspero camino a través de este mundo, que ha sido pensada y formulada en el milenio anterior a Cristo; es la comunidad de los inmortales, desde los autores de los Upanishad hasta los grandes maestros chinos, desde los griegos anteriores y posteriores a Sócrates hasta Jesús. Y en rigor resulta incomprensible que a nosotros, hombres pusilánimes y exigentes, no nos baste con todo esto, que anhelemos más todavía; pero al mismo tiempo es magnífico que este anhelado exceso de luz, de consuelo, de fortalecimiento espiritual, haya sido realmente encontrado y llevado a cabo ya. A los sabios de los tiempos antiguos no solo ha seguido un espíritu tan noble y tan placentero como Spinoza, sino que nuestra alma occidental, tan poco sabia, tan poco ordenada y sana, ha sabido crearse, asimismo, este dechado de orden, este supremo símbolo de todo cuanto es digno de súplica y de esfuerzo por conseguirlo: la música. Dejemos a un lado la cuestión de si acaso el arte y la belleza son capaces realmente de perfeccionar y fortalecer al hombre; cuando menos, ellos nos recuerdan, al igual que el firmamento estrellado, la luz, la idea del orden, de la armonía, del sentido dentro del caos.

Como, por el momento, no tengo otra cosa que ofrecerle, le envío a usted este saludo en una mañana iluminada por Bach, como signo y prueba de que su carta no ha sido olvidada ni ha permanecido incomprendida por mí.

A UN AMIGO

Que me interrogó acerca de mi propuesta para el Premio Nobel.

Enero 1950.

Como es natural, podría proponer a más de un colega para la concesión del Premio Nobel. Por ejemplo, el muy querido Hans Carossa, la venerable poetisa Gertrud von Le Fort, el aventajado y casi excesivamente interesante escritor americano Thornton Wilder. No le he propuesto, porque entre todos los dignos de recibir el premio se encuentran algunos mayores en edad que él y a quienes, por lo demás, es preciso desagrarar; y a los otros dos no los he nombrado en esta ocasión, porque no creí oportuno exponer mis predilecciones literarias privadas, sino única y exclusivamente cooperar a que el Premio Nobel se sitúe en el punto más justo y apropiado posible. Y creo que, por el momento, la probabilidad de una concesión del premio a Alemania es verdaderamente muy escasa. Por otra parte, es natural que un autor cuyas obras principales han

sido escritas en mi propia lengua, me resulte mucho más entrañable. De aquí que la elección no me resultase difícil. Martin Buber, según mi opinión, es no solamente uno de los pocos sabios que actualmente viven en la Tierra, sino asimismo un escritor de altísimo rango, y, por si fuera poco, ha enriquecido a la literatura universal, como ningún otro autor viviente, con un auténtico tesoro. Y como precisamente este tesoro acaba de aparecer reunido en una nueva edición de la *Manessebibliothek der Weltliteratur*, con el título de *Die Erzählungen der Chassidim*, y dado que Martin Buber acaba de cumplir los setenta años y es, además, el más venerable y digno representante de Israel, esto es, del pueblo que ha padecido más crueles dolores de entre todos los pueblos de nuestro tiempo, se me antojó, y se me antoja, muy posible, muy probable incluso, que la elección de la Academia de Estocolmo pueda recaer sobre él.

Con estas narraciones casídicas, y junto a toda su gran obra restante, Buber ha revelado al mundo una fuente desconocida hasta el momento, fuera del mundo judío orientaría sacado a la luz un ámbito histórico-religioso-literario donde nos sale al paso con elevada tensión, muy cercana a la que es propia del pietismo protestante, una vida espiritual-religioso-moral de maravillosa plenitud y potencia vital. La tradición oral y escrita de este ámbito cultural oculto para el mundo nos es conocida tan solo en la forma que le ha dado Buber con sus leyendas escritas en lengua alemana y resulta misterioso, y al mismo tiempo grandioso y conmovedor, que este precioso don del pueblo judío haya sido ofrecido al mundo actual precisamente en el idioma de sus perseguidores y verdugos. Ello resulta muy propio del mundo casídico y constituye uno más de sus muchos y profundos símbolos.

Entre los cientos de leyendas casídicas, no todas me resultan igualmente gustosas, y algunas no las he llegado a entender. La que más comprendo y estimo es aquella serie de pequeñas, casi minúsculas, anécdotas extraídas de la vida de piadosos y sabios maestros, en las cuales se rinde cuenta y razón de cualquier palabra o acontecimiento de su vida diaria. Por ejemplo, se nos cuenta que un piadoso rabbi visita a un famoso hermano de ministerio, un gran teólogo, maestro y exegeta de las Escrituras. Al regreso de esta peregrinación de amor y de veneración pregúntanle por doquiera qué palabras le ha dicho el gran sabio, qué opinión ha expuesto acerca de esta o aquella cuestión de importancia. Pero el piadoso rabbi no trae consigo nada de este género. Ha visto al gran hombre, y ha visto también cómo este ha abrochado la correa de su sandalia; esto ha sido suficiente para él. Esta historia bien podría haber nacido en la antigua China, en el círculo de los alumnos de Confucio o de Mencio, en lugar de en la Podolia del siglo xviii.

AL SR. R. H., Múnich

3 de febrero de 1950.

Estimado señor H.:

Como hombre de origen y nacimiento austriaco, que ha vivido y presenciado la fundación de la República checa y luego ha tenido que sufrir el aluvión hitleriano primero y el comunista después, usted ha experimentado en su vida momentos muy semejantes a los que han vivido los parientes y amigos de mi esposa, judíos de la Bukowina, que, si no fueron deportados o enviados a las cámaras de gas, hubieron de padecer una *liberación* por los otros. Todo el mundo se siente enfermo al pensar que ha debido presenciar esta interminable serie de persecuciones, guerras, exterminaciones y torturas. Incluso algunos suizos han perdido por ello el sueño y el humor.

Y, sin embargo, la negra oleada del nacional-socialismo, que arrasó y mancilló su país natal, no puede equipararse sin más a la igualmente espantosa oleada del terror rojo. Todos nosotros, los que sobresalimos por un grado del nivel medio de la gente, aborrecemos el terror en cualquiera de sus formas y en cualquiera de sus formas abominamos de la dominación violenta del hombre; pero, no obstante, no debemos arrojar en un mismo cajón a Hitler y a Stalin, o mejor dicho, al fascismo y al comunismo. El ensayo fascista es retrógrado, inútil, insensato y vil; el intento comunista, empero, en un ensayo que la Humanidad debía llevar a cabo y que pese a su triste aferramiento a lo inhumano, habrá de ser realizado una y otra vez, no para llevar a término la necia dictadura del proletariado, sino algo semejante a la justicia y la fraternidad entre burguesía y proletariado. Todo esto suele olvidarse fácilmente ante la similitud de los métodos con los que trabajan fascismo y comunismo. Pero el olvido es cosa que debe estarnos prohibido; constantemente tenemos que distinguir claramente dónde está la realidad.

A UN ESTUDIANTE

12 de febrero de 1950.

Estimado señor B.:

Me plantea usted una cuestión que siempre me toca muy de cerca: ¿cómo se puede aprender a meditar?

No es un mero azar que en la Alemania actual se anuncie esta necesidad con insólita fuerza, como tampoco es un azar que ni uno solo de los pocos libros que pudieran servir de indicación pueda encontrarse hoy en Alemania. Ya que usted lo desea, le citaré algunos títulos:

Swami Vivekananda, *Karma Yoga*, Leipzig, 1901-

Die Yoga-Aphorismen des Patanjali, interpretados por Judge, Berlín, 1904.

Más fácilmente alcanzable ha de serle el siguiente: Sri Ramakrishna, *Worte, Lehren, Sinnsprüche*, etc., por su discípulo Swami Brahmananda. Verlag Rascher, Zürich.

Ramakrishna fue uno de los últimos grandes sabios y maestros de la India. Sobre él, y sobre el tema en general, se encuentran asimismo algunas cosas en el libro de Albert Schweitzer *Die Weltanschauung der indischen Denker*, München, 1935.

En la India nadie cree que sea posible aprender la meditación sin un gurú, esto es, un maestro personal. Probablemente tampoco cree nadie allí que un occidental sea capaz jamás de superar los escalones más inferiores del yoga. Pero esto no impide que podamos aplicar nuestros esfuerzos, al menos, por alcanzar estos escalones inferiores. Ciertos círculos han comprendido esto en América, y hay allí algunos maestros indios. Aldous Huxley podría darle a usted puntual información al respecto.

Por lo que a mí respecta, yo no he tenido un gurú, ni he llegado tampoco a los escalones superiores. Pero he podido aprender algo por propia experiencia, a saber: que la máxima ayuda externa para alcanzar un estado de concentración y de paz interior consiste, de hecho, en los ejercicios respiratorios que han causado la irrisión de Occidente tanto como la contemplación del propio ombligo. Practique usted estos ejercicios respiratorios, tal y como los conoce y practica cualquier gimnasta experto, y ponga especial atención en no forzar jamás la inspiración, aunque pueda hacerlo con la espiración, ya que de otro modo se causa usted un daño. Lo esencial en los ejercicios respiratorios consiste en que en ellos no debe atenderse absolutamente a nada más que a lograr una inspiración tan profunda y completa como sea posible, en que es preciso concentrarse en esta única y exclusiva función. Sirve de mucho, créame. Ayuda a ganar distancia frente a lo actual, prepara para el sosiego, para el recogimiento. Y si usted enlaza estos ejercicios respiratorios con una

representación mental, si desea comunicarles un género de significación espiritual, un contenido, imagínese usted que no respira aire, sino *brahmán*, que con cada inspiración usted deja que penetre dentro de sí lo divino, y lo exhala luego de nuevo; recordará usted el *Westöstlicher Diwan*.

Ora llegue usted lejos con sus ejercicios, o no llegue a ningún punto, si los lleva usted a cabo con seriedad se aproximará en todo caso a un temple espiritual que los occidentales solo estamos capacitados para experimentar vitalmente en la plegaria religiosa o en la entrega a lo bello. Usted no respirará mero aire, sino el Todo, Dios, y conocerá íntimamente algo acerca de la libertad, la beatitud y la piedad de la entrega y el abandono, del relajamiento de la voluntad, no por vía intelectual, sino corporal e inocente.

Ramakrishna cuenta en sus parábolas, en ciertas ocasiones, historias que podrían pertenecer muy bien a las anécdotas de Chuang Tsi. La sabiduría de todos los pueblos es una y la misma; no hay dos o más, sino solo una. Lo único, quizá, que he de objetar a las religiones y a las Iglesias es su proclividad a la intolerancia: ni un cristiano ni un mahometano reconocerán de grado que su fe es buena y santa, sí, pero no en modo alguno privilegiada y patentada, sino una hermana de todos los demás tipos de fe, en los cuales la Verdad intenta hacerse visible.

Una de las pequeñas historias que la tradición nos ha transmitido a través de Ramakrishna, y que podría hallarse muy bien, como digo, en Chuang Tsi, reza como sigue: Un sabio vio cierto día una comitiva de boda que atravesaba una pradera con gran prosopopeya, entre el estruendo de tambores y trompetas. Poco más allá observó a un cazador, tan absorto en afinar su puntería sobre una liebre que ni se percató de la presencia de la comitiva, ni siquiera escuchó la algarabía de esta. El sabio saludó al cazador y dijo así: "Honorable señor, vos sois mi gurú. Ojalá pudiesen mis pensamientos, cuando estoy meditando, dirigirse hacia el objeto de mi plegaria como los vuestros hacia esta liebre."

¡Ojalá encuentre usted a un cazador que se convierta en su maestro! ¡Y sea su aspiración hacia la unificación con la verdad tan indomable y terca como la puntería del cazador!

A UN MUCHACHO DE DIECISIETE AÑOS

A quien atormenta la incertidumbre acerca del valor real de sus poemas.

14 de febrero de 1950.

Estimado señor S.:

Usted desearía liberarse de la incertidumbre que le atormenta. Pero precisamente esta incertidumbre es el sino con el cual ha de luchar usted y salir vencedor. Persona alguna podrá decirle si algún día llegará usted a escribir versos duraderos y valiosos en lugar de estos actuales de principiante. Cuando yo tenía su edad, yo tampoco llegué a escribir ningún verso capaz de perdurar. Y algunos poetas de lenta evolución, como, por ejemplo, Conrad Ferdinand Meyer, han escrito versos muy débiles a los treinta años de edad.

Tiene usted que seguir luchando por ello, y si cree que no va a ser capaz de hacerlo, debería usted intentar la renuncia definitiva a la labor poética. Quizá pueda lograrlo. Si no lo consigue, comenzará de nuevo el tormento. Pero no sea usted ingrato jamás, y no olvide que estas luchas y estos intentos nos proporcionan también grandes alegrías, alegrías que los demás no conocen.

A UN JOVEN DE DIECIOCHO AÑOS

28 de febrero de 1950.

No he echado en olvido su carta, no; mas no quería despacharla con un mero gesto de cortesía, y como cada día me trae nuevas cartas más fáciles de contestar que la suya y el aparato con el cual me veo obligado a trabajar es harto modesto, me ha sido imposible contestarle a usted hasta el momento presente. Este aparato consiste, además de en los utensilios de escribir, en dos ojos que desde hace muchos años padecen constante fatiga y rara vez se hallan libres de dolores, y asimismo en dos manos que, hinchadas por la artritis, escriben o golpean las letras desgana y torpemente. Los ojos preferirían ocuparse con flores, con gatos jóvenes o con la lectura de un poeta antes que con todas estas cartas, y también las manos sabrían hallar más de un pasatiempo harto más grato para ellas. Y por si fuera poco todo ello, mi respuesta a su carta resulta más dificultosa todavía por el hecho de que me es imposible esperar una rectificación o remedio de sus posibles defectos en cartas posteriores, porque esta será la primera y la última carta que habré de escribirle a usted. Ciertamente leeré con gusto otras cartas suyas, pero no puedo invitarle a que me remita sus manuscritos, ni tampoco puedo prometerle más sino que leeré estas cartas posteriores, en caso de que lleguen hasta mis manos, con verdadero interés y con el grado de comprensión que me sea posible.

Su carta no pide, reclama o pregunta cosa alguna determinada. Está escrita no tanto con la intención de invocarme cuanto con la de liberarse de sí propio durante una hora. Usted rebosa una vida agitada, impulsiva y rica, que no puede desplegarse o expresarse en forma artística; usted se siente, en cierto modo, distinto y apartado de todos sus coetáneos, de los demás en general, y esta situación tan pronto le llena de felicidad como de espanto; usted pertenece a esa minoría de personas cuyas dotes y vocación les elevan muy por encima del nivel medio, y a quienes en épocas pasadas se llamaba genios, y se dirige usted a mí precisamente porque no me cuenta entre esos otros, sino que se siente de algún modo semejante y cercano a mí.

El camino de estos hombres singularizados y fatalmente estigmatizados ha sido siempre difícil y lleno de peligros, y el suyo lo será también. A su edad la desconfianza frente a la experiencia de los demás y el rechazo de toda responsabilidad pertenecen a los recursos naturales con los cuales el hombre singular, individualizado por encima del nivel medio, ha de defenderse contra el mundo que intenta envilecerlo, someterle a normas y obligarle a una presurosa adaptación. Innumerables muchachos de este género han quedado aniquilados, ya sea porque la vida resulta insoportable en esta tensión constante y en esta actitud defensiva, y salta con impaciencia sus propias fronteras, sea porque el joven solitario cede al final, se torna un filisteo y apenas logra salvar un mezquino resto del fuego divino, con o sin ayuda del alcohol, en el cobijo de un romanticismo filisteo hartado poco honroso y ornado generalmente con la corona del anonimato. He conocido a muchos jóvenes así.

Hay, no obstante, senderos distintos y más nobles, y en ellos se encuentran también auxilios y consolaciones de orden singular. Existe el camino del creador, del artista, del poeta, del pensador. Sin embargo, la obra del pensador o del artista presupone un acto de aceptación y de renuncia, legitima al artista genial ante el mundo, pero exige de él, al mismo tiempo, un grado de entrega, de lucha, de sacrificio desesperado, de los cuales no tuvo sospecha en la época de su irresponsabilidad. Por contra, e independientemente de si su obra alcanza o no el éxito en el mundo, se siente recompensado por su participación en el reino total del espíritu, por su camaradería con mil antecesores y compañeros de lucha, y recibe el don de un oído afinado para percibir las sabidurías y las hermosuras que han permanecido vivas e indestructibles a través de todas las épocas y las culturas.

Es este un camino más hermoso y más digno de entrega que otro cualquiera. En quien el amor a la verdad o a la belleza, el ansia por ser admitido en su reino, por tomar parte en su luz suprema, es lo bastante fuerte, ese tal

permanecerá siempre solitario e incomprendido, y aunque sufra con frecuencia recaídas en la actitud infantil de orgullo y de irresponsabilidad, su destino es, sin embargo, nobilísimo, pleno de sentido y digno de cualquier sacrificio.

Empero, a este camino y esta obra pertenecen unas dotes no solo generales. Hay en el mundo profusión de poetas llenos de espléndidas ideas, pero faltos de la palabra precisa y encendida; de pintores llenos de fantasía, pero sin la innata pasión del juego con los colores; de pensadores llenos de noble humanidad, pero carentes del vigor y el temperamento de la expresión. En el Arte, los ideales no son suficientes, y si alguien es un Cézanne, no basta que sea capaz de pintar como Tiziano o como Rubens, sino que tiene que poseer ese don y ese coraje sin par, esa paciencia y esa obsesión irrepetibles para pintar como Cézanne.

Existen, empero, numerosos solitarios, muchos hombres geniales y capacitados para lo superior a la normalidad, a quienes, no obstante, faltan las dotes singulares para una cualquiera de las artes y poseen tan solo las dotes generales, un plus de espiritualidad y fantasía, de capacidad para la experiencia vital, para la percepción sensible, para la resonancia. En su temprana juventud han sufrido asimismo, al igual que todos los otros, por su aislamiento y su diferenciación, han ensayado también, quizá, alguna profesión espiritual o artística sin lograr ningún rendimiento especial, y no obstante arden siempre en amor y en nostalgia hacia la participación en el Todo, hacia el rompimiento de su soledad, hacia una auténtica donación de sentido a su ardua y peligrosa existencia. Desean lo sublime, tienen sed de entrega total, pero no son oradores, ni poetas, ni heraldos, ni pensadores. Y precisamente en ellos se pone en evidencia lo que es en rigor el genio, las altas dotes y se hace patente que también los mejores artistas y los más profundos pensadores son todavía esclavos de su talento, capaces y especialistas. Y es que estos genios que no están especialmente dotados para ningún arte o ciencia en particular, son aquellos en quienes se alcanza la cima de lo humano y a través de quienes se justifican todos los dolores, toda la soberbia y el extravío de los superdotados y los geniales. Sucédeles un día que se topan de manos a boca con la realidad desnuda, son bruscamente despertados de su sueño por un espectáculo o una llamada cualquiera, de ese sueño que se llama Yo, contemplan el rostro de la vida, su grandeza espantosa y hermosísima, su plenitud, hasta estallar de sufrimiento, de penuria, de amor irredento, de extraviada nostalgia. Y ellos responden a la contemplación del abismo con el único sacrificio que es verdaderamente pleno de valor y definitivo, esto es, con el sacrificio de la propia persona. Se sacrifican a los hambrientos, a los enfermos, a los infames, sean quienes fueren; se dejan atraer, absorber y devorar con cualquier defecto,

cualquier flaqueza, cualquier dolor. Ellos son los que aman de veras, los santos. A ellos tiende toda la Humanidad que desea algo más que la norma y la vida diaria, y de su sacrificio toma valor y sentido cualquier otro sacrificio más pequeño; en ellos se cumple y justifica todo el problema de los solitarios, de los superdotados, de los difíciles y a menudo desesperados. Porque genio significa fuerza amorosa, nostalgia de entrega, y solo alcanza su plenitud en este sacrificio pleno y definitivo.

Creo que he dicho poco más o menos cuanto deseaba decirle a usted. Es mi respuesta a la carta que ha dirigido usted a un viejo desde la complejidad y la angustia de su problemática adolescente. Del mismo modo que su llamada a mí no contenía ruegos ni preguntas, así también mi respuesta no contiene consejos ni consolaciones. Usted me ha permitido lanzar una mirada sobre el desasosiego, la belleza y la inseguridad de su joven existencia, y yo, que también viví un día ese mismo desasosiego, esa belleza y esa inseguridad, he intentado ofrecerle a usted una imagen de cómo se presentan estos fenómenos y estos problemas a un hombre anciano. Si yo fuese un santo no habría tenido necesidad de acudir a tantas palabras. Si fuese uno de los grandes artistas, la carta de usted, con la importunidad de sus revelaciones, solo hubiera significado para mí una molestia y una perturbación en mi trabajo. Si hubiese sido, por ejemplo, un gran pintor, no hubiese acabado de leer sus cuartillas, sino que habría continuado mi trabajo y, al igual que el anciano Renoir, hubiese sujetado más firmemente el pincel a la gotosa mano.

Probablemente no es ningún azar el que usted se haya dirigido precisamente a mí y no a un santo o a un Renoir. Probablemente su carta ha sido escrita y dirigida a mí porque usted presiente en mí una persona muy semejante a usted mismo, que ni en el Arte ni en la vida ha alcanzado lo grande y lo absoluto, que no sienta sus reales en un más allá inaccesible para usted, sino en el mismo mundo y la misma problemática, aunque con otras costumbres, otras formas de pensamiento y expresión, otro temperamento y otras maneras de adaptación y de defensa, que son las propias de la vejez. El anciano a quien usted, saltando por encima de las numerosas diferencias, ha interpelado como si de un camarada se tratase, ha respondido a sus confesiones con las suyas propias e intentado mostrarle cómo se presenta nuestra común problemática vista desde el escalón de su edad. Le saluda cordialmente su afectísimo...

A UN JOVEN POETA

Que me escribió con ocasión de mi "Carta a un joven de dieciocho años".

1950.

Estimado señor G.:

En su carta, según dice usted mismo, avanza un *paso más allá* de lo que yo hago, y llama genios a todos los hombres, simplemente, porque la Humanidad es un conjunto total y porque cada individuo lleva ínsitas en sí todas las posibilidades del hombre. Es este un paso muy sencillo pero extremadamente peligroso, que usted debería dar en cartas privadas y entre iniciados, pero no en público. Porque el hecho de que el Bien y el Mal, lo Bello y lo Feo, y todas las parejas de contrarios puedan reducirse a una unidad, constituye una verdad esotérica, secreta, accesible a los iniciados (y muchas veces inalcanzable aún para estos), pero en modo alguno una verdad exotérica, comprensible y accesible por igual para todos. Es la sabiduría de Lao-Tsé, cuando este menosprecia virtudes y las buenas obras (con lo cual pensamos bien en el joven Lutero); pero Lao-Tsé se hubiese guardado muy bien de ofrecer al pueblo ignaro esta sabiduría.

Si nosotros damos este *paso adelante*, como usted hace, si para nosotros genio y persona humana son equivalentes en significación, con ello no hacemos otra cosa que despreciar el lenguaje, cuyo valor y cuya virtud máximos consisten precisamente en la diferenciación. Y entonces se puede sustituir una palabra por otra cualquiera y solo nos resta la nada.

Probablemente todo esto lo sabe ya usted mismo.

Por lo demás, mi carta a un joven de dieciocho años no era ningún ensayo sobre una cuestión de interés, ni un intento de plasmar una formulación objetiva o amena, sino la respuesta momentánea a una llamada concreta, personal e irrepetible.

No permita usted que le importunen en su camino, ni siquiera estas torpes líneas. Cartas como estas me cuestan mucho esfuerzo, sin que ni una sola vez se haya mostrado satisfecho aquel a quien he dado respuesta. Casi le envidio a usted un poquillo, porque hace todavía versos y puede gozar de una existencia privada.

AL REPRESENTANTE DE UNA SOCIEDAD CULTURAL ALEMANA

Febrero de 1950.

Distinguido y estimado señor Doctor:

Agradezco muy vivamente su carta, en la que he hallado muchas cosas muy amables para mí y muy entrañables.

Sin embargo, no me es posible aceptar su invitación de adherirme, como miembro del Senado, a una sociedad cultural alemana en vías de fundación, ni siquiera de manera provisional y sin compromiso, como usted me propone, porque esta cuestión está ya decidida de antemano. Ya he respondido negativamente a numerosas academias y entidades de tipo similar en Alemania, y no puedo ahora apartarme de esta línea de conducta.

Aquí, en la pequeña Suiza, todos éramos harto sensibles y desconfiados, mucho antes del advenimiento de Hitler al poder, contra cualquier enrolamiento en semejantes amistades con los pueblos vecinos, y Suiza ha sido siempre singularmente sensible contra las pretensiones que reclaman una unión fraternal sobre la base de la comunidad idiomática. Comenzó con la invocación a las épocas en las que aún no existían las configuraciones nacionales y estatales de hoy día, comenzó con el conjuro de realizaciones comunes de orden cultural, se trajo a la memoria, con insistencia, el amor de Goethe por Suiza..., y terminó con la impresión y distribución de mapas propagandísticos en los cuales figuraba Suiza como un cantón meridional de la Gran Alemania.

Yo no soy suizo de nacimiento, ni tampoco plenamente, ya que de mis cuatro abuelos tan solo una de mis abuelas era suiza (y no hablaba alemán, por cierto, sino francés), mas precisamente por ser un inmigrante voluntario y un nacionalizado, he prestado redoblada atención a la lealtad. Existen zonas más que suficientes para demostrar y constatar sobradamente mi absoluta falta de nacionalismo o, si usted así lo prefiere, de patriotismo, incluso frente a mi patria suiza de adopción; exteriormente, siempre he aprobado y apoyado con todas mis fuerzas la actitud suiza de incondicional defensa del propio suelo y de la propia independencia política, así como de la renuncia incondicional a eventuales anexiones territoriales. Solo en una ocasión hice una excepción y, tras de una resistencia y tenaz negativa iniciales, me dejé persuadir al fin y acepté la elección de miembro de una corporación del Reich alemán, a saber: la Academia de Berlín. Lo hice con expresa indicación de mi pertenencia política a Suiza y mi categórico rechazo de todas las pretensiones pangermánicas y de la Gran Alemania. Pero muy pronto hube de escribir nuevamente a Berlín anunciando mi retirada de la corporación, hasta el día de hoy.

Desde entonces me resulta mucho más fácil rechazar invitaciones similares, tanto más cuanto que la vejez y resignación me han tornado mucho más escéptico frente a todo cuanto puede lograrse mediante las sociedades, academias y organizaciones. Y tengo la intención de morir como un difícil y adusto individualista, que es la irrisión de todos.

A LA "NEUE SCHWEIZER RUNDSCHAU", de Zürich

Que en el año 1950 ofreció por dos veces una pequeña selección de las cartas de este libro.

Febrero 1950.

Querido Dr. Meier:

De acuerdo con lo que convinimos ambos, he reunido un mosaico de cartas de los dos últimos meses. El sentido y el propósito de este intento sería, en primer lugar, ofrecer a mis amigos y corresponsales una participación en lo que desde hace algunos años constituye la parte fundamental de mi diario *pensum* de trabajo, por manera que todo aquel que se halle en una relación epistolar conmigo, pueda recibir también un trasunto de todos los demás, para él desconocidos, que me escriben e intercambian correspondencia conmigo. Y en segundo lugar, quizá posea también un sentido permitir a los lectores neutrales y que no se hallan en relación directa conmigo, una ojeada sobre la diaria faena de un literato a cuya mesa llueven cartas venidas de diversos círculos y estratos de los lectores contemporáneos. El lector medio se imagina al autor sumido en una especie de noble retraimiento y semiociosidad y entregado a la tarea de escribir sus libros, en los que plasma su vida interior, protegida cuidadosamente del mundo externo, y sospecha poco o nada de la situación moral y sociológica, penosa y poco segura, del autor moderno frente a la *sociedad*, que apenas existe ya desde que nuestra Humanidad se ha reducido a una masa uniformada y sin rostro o a millones de individuos aislados, a

quienes nada une entre sí si no es el terror y la nostalgia.

Emprendo, pues, este intento, y no me oculto en modo alguno que la imagen que ha de brotar de un tal mosaico ha de ser una imagen harto unilateral, y también falseada aquí y allá. Porque el mosaico contiene, sí, mis cartas, pero no las de mis corresponsales, y estas son con frecuencia mucho más interesantes, más singulares y más intensas que las mías, porque todas ellas han brotado de manera espontánea y voluntaria, o bien bajo el impulso de la

necesidad íntima, mientras que mis respuestas solo pueden poseer en cierta medida estas cualidades, porque se hallan condicionadas y provocadas por aquellas. Ciertamente, solo yo tengo el derecho de elegir mis cartas, y hago uso de él en esta ocasión, así también como del derecho de suprimir ciertas partes de ellas, y de publicarlas luego; por lo que respecta a las cartas de mis corresponsales, no poseo tal derecho ni jurídica ni moralmente. Desde que las cartas de mis lectores llegan hasta mis manos en gran cantidad, me ha dolido con frecuencia arrojar al fuego de tiempo en tiempo estas cartas, y sobre todo las más valiosas y originales de entre ellas, y este sentimiento se ha llegado a convertir, con los años, en un problema de conciencia. Y desde hace algunos he escogido la solución de entregar de tiempo en tiempo, a una biblioteca pública, una selección de las más interesantes cartas de mis lectores, con objeto de salvarlas quizá de una absoluta desaparición. En ellas se encierra una buena parte de los dolores y también de la grandeza del europeo de hoy. Esperemos ahora que algún día sea quizá oportuno y posible elaborar, asimismo, un mosaico, o varios de ellos, con tales cartas.

AL SR. A. F., Esslingen

Febrero de 1950.

Querido señor F.:

Ha sido un regalo sorprendente y maravilloso el que me ha llegado por mediación de usted, acompañado de su amable carta: dos cartas más y dos tarjetas postales, de puño y letra de mi muy querido Carlo Isenberg, nuestro Carlo Ferromonte, desaparecido en el Este desde el término de la guerra. Cuando abrí la carta de usted se me ofrecieron a la vista, tan llenas de emoción como sobrecogedoras y casi espectrales, las hojas colmadas con la hermosa caligrafía de Carlo, tan familiar para mí antaño y en la que siempre encuentro de nuevo, en parte, la caligrafía de su padre, como también resonancias de la muy bella, leve y alada de mi madre, que era, asimismo, abuela de Carlo. Mi primer pensamiento fue, naturalmente, remitir las hojas a la mujer de Carlo, pero no me atreví a enviárselas simplemente porque el espectáculo súbito e inesperado de la letra del esposo que falta ya de su lado cinco años enteros hubiese podido impresionarle demasiado. Así, me he limitado a comunicarle la llegada a mi poder de estas queridas hojas, ofreciéndoselas a continuación. En cuanto a usted, le repito mis más efusivas gracias.

Su carta me regaló, además, una confesión personal. Usted ha resuelto el problema de vivir en dos mundos y de hallarse en paz con ambos. Usted es obrero y pertenece a la comunidad laboral de una fábrica, y, al mismo tiempo, vive usted en una íntima y fiel relación con el Arte y el Espíritu, con la Música y la Poesía. Esto es mucho, es algo verdaderamente ejemplar, y para mí doblemente valioso, porque entre mis numerosos correspondientes, hijos espirituales y niños enfermos, tengo también uno que es todavía joven y se halla muy lejos de la solución de su problema, que es el mismo de usted. Se ve obligado a pasar sus días ante el torno de una fábrica, siendo su máximo amor y su gran pasión leer libros y escribir poemas. Tiene espléndidas dotes y es persona buena de verdad, pero me es imposible dar fuerzas y coraje a su deseo de plantar de una vez para siempre a su torno y establecerse, como un genio solitario, en cualquier buhardilla romántica. Por el momento, desconoce la miseria del artista que no puede ganar su pan y no dispone de ningún torno para trabajar, y tampoco sospecha gran cosa de esos sentimientos de inutilidad y de falta absoluta de valor social que pueden resultar hoy un amargo lastre incluso para los artistas que han logrado el éxito. Y basta por hoy; reciba usted afectuosísimos saludos de...

A LOS EDITORES DE LA "DICHTERBÜHNE", Berlín

Una antología que contiene a casi un centenar de poetas alemanes de nuestro tiempo, en su gran mayoría del todo desconocidos.

Primeros de marzo 1950.

Distinguidos señores:

He lanzado una ojeada sobre su *Dichterbühne*.

Resulta emocionante y conmovedor ver cómo la necesidad de expresión lírica no se apaga jamás, ni siquiera en medio de las penalidades morales y materiales más amargas. Incluso los poemas menos logrados y más desmañados que contiene este meritísimo tomo poseen un no sé qué de convincente y de captador de nuestra sensibilidad, por la auténtica aflicción de la que provienen y por la elevada presión bajo la cual han brotado todos. En cien corazones y cabezas prosigue viva la poesía de manera creadora.

Cuando pienso cómo hubiera sido una *Dichterbühne* semejante allá por los años de mi juventud, en torno al 1900, hallo de inmediato grandes diferencias. El libro de 1900 hubiese contenido más tradición, más claridad

formal, más afán de juego y de impulso vigoroso, pero también mucha más fanfarronería, más vanidad, menos gravedad, menos auténtico fervor. La lírica joven posterior a las dos guerras mundiales resiste airoosamente la comparación con la lírica anterior. Está cargada hasta rebosar de vivencias íntimas y de sufrimientos, pero la fuente no está cegada y las melodías jóvenes no nos resultan a los viejos tan extrañas como pudiera creer alguno de los jóvenes.

A LA SRA. M. R., Kassel

Marzo de 1950.

Distinguida señora R.:

La situación desde la que usted me escribe, y la demanda que la trae hasta mí, son en todo caso hartamente tristes e irritantes. Huida desde el Este hacia la Alemania occidental en la que vio la luz primera, se encuentra usted ante la alternativa de emprender nuevamente el regreso y retornar a una vida que un día se le antojó imposible de soportar por más tiempo, o bien caer en presidio junto con los suyos, caso de que no le sea posible reunir y pagar una exorbitante suma de dinero. Todo ello parece inaudito, casi grotesco, y, por desgracia, no es nuevo ni resulta ya sorprendente, sino que resulta conforme con todo lo demás, perfectamente adecuado al mundo y a las circunstancias político-morales por las que atravesamos. Ni siquiera puede hacerse un reproche especialmente amargo a la legislación de su país; también le sucedería lo mismo a una ciudadana suiza, en la misma situación que usted, si hubiese huido a su propio país en busca de protección; no se la castigaría con presidio, desde luego, pero sería puesta en la frontera o por lo menos abandonada al inacabable y bestial infierno burocrático y policial de los apátridas.

Es terrible, pero, sin embargo, justo también, en cierto modo, que el pueblo al cual pertenece usted, pueblo que ha asesinado, atormentado y desterrado a tantos millones de personas inocentes, se vea ahora desgarrado de este mismo modo.

Me pregunta usted mi opinión acerca de la decisión moral que debe adoptar usted. Según me dice en su carta, tiene ante sí tres posibilidades: regresar a la zona oriental con trabajos forzados, etc.; permanecer en su país natal con la perspectiva de cinco posibles años de cárcel, o quitarse la vida. Creo y espero que no tomará usted este tercer camino. Aun en el caso de que su esposo, cuya personal actitud desconozco, se mostrase de acuerdo con usted en poner fin a la vida de ambos, piense usted que quedan sus hijos, a los cuales

dejarían en el más completo abandono o tendrían que matar junto con ustedes mismos. Una dama, pariente mía muy cercana, hizo esto mismo en Berlín, en el instante de la entrada de las tropas rusas: se quitó la vida junto con sus hijos. Ninguno de nosotros la reprocha por ello, pero nadie está tampoco de acuerdo con su decisión.

Si yo estuviese en su lugar no elegiría ni el regreso ni el camino hacia la muerte, ya fuese con los niños o sin ellos, sino que dejaría que siguiesen su curso el Destino y las autoridades, y soportaría la prisión. No defenderse, comportarse de modo pasivo, silencioso y sumiso resulta lo mejor, por lo demás, en situaciones aparentemente desesperadas, y es también la actitud más acertada, más irreprochable, más cristiana o, dicho de manera más sencilla: la más digna y decente. No creo que la cosa se prolongue durante esos cinco años con que le han amenazado a usted. ¡Quién se atreve hoy a trazar planes a tan largo plazo! Con la aceptación del "castigo", usted traslada sobre aquellos que le condenan la íntegra responsabilidad de su acción, y deja usted a su propio Destino todas las posibilidades abiertas.

Con íntimo disgusto y pena, no veo la menor posibilidad de hacer algo desde aquí en su favor. Sería bien necesaria una reconciliación entre Humanidad y Política, entre Ley y Espíritu, pero hasta donde alcanzo a ver, todos los intentos encaminados a ello se hallan por el momento sobre el erróneo carril de las oficinas y los congresos; yo no creo en ellos y siempre me he mantenido alejado. ¡Ni un solo día deja de traerme el planteamiento de estas preguntas! Compartiendo sus sentimientos, le saluda cordialmente su afectísimo...

A ERNST MORGENTHALER, Zürich

27 de abril de 1950.

Querido amigo:

El libro de Hamo (1), que ha aparecido ahora, tanto tiempo después de su muerte, y que acabas de enviarme, es realmente, como tú opinabas, su obra mejor y más concentrada. De nuevo ha surgido ante mí, llena de vida, su querida y burlesca figura, que, con toda su largura, podía parecer arrancada de un libro de cuentos, casi enano de fábula, lo mismo estuviese sentado, en cuclillas o agachado; y he revivido en mí sus dos o tres visitas a mi casa y otro par de encuentros en diversos lugares, su voz, su risa de conejo, sus diestros ademanes con aquellas manos espantosamente mutiladas, y luego, cuando se

marchaba y le seguíamos con la mirada, la singularidad y la extraña soledad de aquella figura que se tornaba de súbito larga y alta, cuando se alejaba, todo larguísimas piernas, entre perplejo y falto de dirección fija, con fingida indolencia y garbo, dejándonos a todos un dolor prendido en el corazón.

¡Cuánta tristeza deja también su libro! Esa obstinación, este furor adolescente, mantenido durante toda una vida, contra los demás, los normales, los felices, cuya miseria y desdichas, sin embargo, tan bien supo él observar, este heroico romanticismo..., ¡y este sino casi imposible de comprender! Lo que él mismo ha destruido con ello, lo han falseado y trastocado los demás. Exceptuando una mujer amada, jamás se cruzó con una persona de su igual valía, o por lo menos con ninguna llegó a una relación duradera. ¡Cuan terriblemente solitaria y mal entendida debió de ser su niñez!

(1) Hans Morgenthaler: *In der Stadt*, Spaten-Verlag, Grenchen.

Tras de la lectura de esta triste confesión, hube de preguntarme dónde radicaba, en rigor, lo interesante, lo original y lo atractivo de este libro desesperanzado. Y me dije: es la naturaleza que se esconde detrás de esta confesión, es la circunstancia de que esta lamentación de un hombre malogrado, tan insensata en ocasiones, tan innecesaria a veces en su comprometedor exposición, no provenga de un histérico versátil, que solo puede interesar al psicopatólogo, sino de un chico que posee fuerzas de gigante, que ha puesto en juego su vida cien veces diversas y ha sido capaz de dar, en lo puramente psíquico, un rendimiento muchas veces superior al de un hombre normal, de un hombre, por lo tanto, del cual cabía esperar algo del todo superior a lo normal, algo singular y único en su género. Y un poco de ello, aunque poco en verdad, ha manado hasta sus libros, y es lo que los hace tan valiosos.

Pero al menos ha dejado tras de sí este libro, este libro tan genial como necio, este autorretrato de un solitario enfermo de *amok*, grabado a zarpazos entre lágrimas y risas sardónicas. Pocos serán, a buen seguro, los que puedan sacar alguna enseñanza de ello; pero si este libro le abre los ojos a una sola persona y le muestra la abierta puerta que conduce al aire libre, o si acaso lleva a algunos corazones el espanto ante el grado de dolor que hubo de padecerse en sus páginas y ante el grado de carencia de amor y de comprensión que mostró el mundo en torno para con este pobre genio enfermo, diré que el libro no ha sido escrito en vano.

En estos últimos días han llegado a mí varias cartas de lectores americanos que me han dejado harto pensativo. Son las primeras voces que escucho venidas de aquel país, mis lectores de allá habían sido hasta ahora, sin excepción alguna, emigrantes de origen alemán. Pero desde la concesión del Premio Nobel han sido traducidos y han aparecido en América dos o tres libros míos, de modo tota mente innecesario, pero que fue imposible impedir. Naturalmente, el suelo no admite esta simiente. Pero este par de lectores que me han escrito, se han mostrado, sin embargo, como sensibles y receptivos. En mis libros han venteadado algo así como un hogar, porque todos ellos son pobres *outsider* y lobos de la estepa, solitarios y desesperados en medio de un mundo colectivo sano, vigoroso, sencillo y bien educado; padecen angustia y necesidad y se llenan de gozo con solo que un viejo allá en Europa, un hijo del siglo xix y del individualismo, les cuente asimismo algo acerca de sus propias miserias. He contestado ya a uno de ellos, cuya carta era una de las más inteligentes que han llegado nunca a mis manos, llena de una falta de fe y de una desesperanza tranquilas y expresadas con objetiva sencillez. Yo le he escrito diciéndole que me parece terrible recibir precisamente de su país cartas semejantes y que tan solo me es dado esperar y desear que el número de sus compañeros de ideas y de sufrimientos sea muy escaso, porque el cambio de una generación entera hacia el lado de la psicología individual diferenciada sería una auténtica catástrofe.

Hoy, día veintisiete de abril, se dejó oír el primer cuco. Cada año suena más hermoso y más incomprensible. Lo que el lobo estepario siente en Nueva Jersey cuando lee el *Demian*, solo que cien veces más y más diferenciado, lo siento yo con esta llamada, porque ella significa no solo primavera (que para los ancianos enfermos es una tortura antes que otra cosa), porque no solo canta el amor y el encanto de la Creación, sino que me trae a la memoria otras setenta primaveras y todos los matices y significaciones, lentamente cambiantes en estos setenta años, que la voz de este pájaro ha tenido para mí. Hoy no es ya, como en años juveniles, la nostalgia de viajar, el ansia insensata de arrojarlo todo a un lado y escapar, hacia el Sur, por encima de los Alpes, a través de Italia, hacia Sicilia, hacia África, hacia la India. Lo que hoy me evocan el cuco y la primavera es antes un recuerdo y una admonición sobre el estado del creador, un secreto juego con el pensamiento de ser una vez más, solamente, artista y poeta, tras un silencio prolongado largos años, y de atreverse al grande y peligroso juego con una concepción poética. Es solo un juego, pero primaveral, tan íntimo como provocador de una añoranza casi imposible de soportar; el pensamiento posee nuevamente, casi, la fuerza y el encanto mágico con los que un día me llamaron Italia, Sicilia y África. Es este un estado tan

hermoso cuanto peligroso, un estado que no debe durar mucho tiempo, porque no podría resistirse.

Addio. Un saludo de tu...

A RICHARD BENZ, Heidelberg

18 de mayo de 1950.

Distinguido y querido doctor Benz:

Desde hace largo tiempo deseaba darle las más expresivas gracias por su carta de principios de marzo, que encontró en mí un destinatario abierto y lleno de gratitud por todos y cada uno de sus muchos matices. Pues bien: usted sabe lo que significa el exceso de trabajo, y como respecto al que yo padezco ha recibido usted puntual información a través de mi mosaico de cartas y de otros signos diversos, no necesito emplear largo tiempo en ofrecerle mis excusas. Ambos sabemos lo bastante el uno del otro, nos vemos comprendidos recíprocamente y confirmados uno en el otro; todo ello no puede resultar afectado en lo más mínimo por una pausa en nuestro intercambio de correspondencia. Sea como fuere, resulta hermoso y confortante ver reconocida y expresada una tal relación de manera tan clara y tan cordial como ha sabido hacerlo su última carta. Estas relaciones, como las que existen entre usted y yo, son azares afortunados, y singularmente escasos, en la vida literaria de hoy día. En lugar de hacerlo en una atmósfera de compañerismo, de camaradería, con idénticas aspiraciones o en una *universitas litterarum*, cada uno de nosotros vive en una soledad en parte querida y en parte atormentadora y alguno que ha sido incapaz de resistir esta situación, ha terminado por ceder y se ha dejado absorber por una cualquiera de las grandes comunidades dogmático-autoritarias. Nunca olvidaré con cuanta resignación habló acerca de esto André Gide, en nuestro único encuentro personal.

Nosotros tenemos, desde luego, y esto constituye una dicha cierta y un consuelo, nuestros lectores, cuya reacción ante nuestro trabajo, cuyo aplauso o repulsa ayuda a justificarnos a nosotros mismos y a nuestro solitario quehacer. Pero por mucho y muy fieles y muy benévolo que sean estos lectores, nunca podrán sustituir a los camaradas. Solo el camarada, el colega, es capaz de hacernos donación de aquella compañía en el caminar, de aquella comprensión que penetra hasta los más delicados matices, de aquella estima y aquella tolerancia que significan muchísimo más que la gratitud y el aplauso de tantos lectores. Puede el lector poseer tanto amor y comprensión para nuestra obra

como le sea posible, pero la considera siempre como algo ya terminado y distanciado de nosotros, una obra que se ha evadido tiempo ha del reino del devenir y de las posibilidades en constante flujo, para entrar de lleno en el campo de lo real y de lo que nunca puede experimentar cambios. El lector comprende, en el mejor de los casos, lo que se halla dentro de nuestros libros. El resto lo sospecha a veces, pero no lo conoce; me refiero a la vida del artista o del crítico, la lucha por la obra, el ritmo entre el gozo de hacer y el desaliento, la buena y la mala conciencia, la resignación que acompaña la conclusión de cada obra y la despedida de ella para siempre, la preocupación por la formulación exacta, por el vocablo y la sintaxis, la entrega total a un quehacer cuyo voluntario iniciador y causante somos nosotros mismos al parecer, mientras que en realidad no somos sino los ejecutores e instrumentos de poderes y procesos mucho más antiguos, más profundos y más complicados. Ningún lector entiende esto, aunque a veces pueda sospecharlo; esto solo lo entiende un camarada. Y además, los lectores, incluso los buenos lectores, tienen con facilidad la inclinación a convertir lo inseguro y tanteante que hay en nuestras palabras en algo un punto más firme, más claro, más terminado y más rígido; en hacerlas, como se dice, más que el mismísimo Papa. Y hay algo todavía que puede sernos deparado por un colega, y es la comprensión para el grado de literalidad y seriedad a que aspira una cualquiera de nuestras formulaciones, para las gradaciones de la ironía, para la resignación del dejarlo todo en suspenso.

En una palabra, nosotros los autores necesitamos de los colegas, y desgraciadamente son muy raros los casos en los cuales dos colegas se aproximan entre sí y son capaces de ofrecerse recíprocamente el grado de seriedad y de benevolencia, de aprobación y de crítica sagaz, que hacen pleno de sentido para el autor su solitario trabajo. Entre nosotros dos, usted y yo, ha existido desde un principio esta felicísima relación, sin que me haya percatado yo de ello, desde luego, desde este mismo comienzo. Pero desde aquellas primeras ediciones suyas de los *Deutsche Volksbücher*, me resultan tan familiares sus dotes, sus intereses y sus posibilidades, que no me sentí maravillado cuando le halle ocupado con nuevos objetos y temas, como la música, como Jean Paul. Le encontré ocupado, más y más cada vez, con un trozo de la cultura alemana hartamente poco conocido y estimado por el mismo pueblo alemán, sin exceptuar a sus doctos, y que en su esencia, según me parece, es mucho más profundamente alemán que todos los esquemas oficiales de germanidad. Usted estaba enamorado de unos estratos históricos que me resultaban, a mí también, muy queridos y fecundos, y usted los defendía contra los mismos malentendidos, contra las mismas aversiones y enemistades que me han salido a mí al paso con frecuencia. En medio del estruendo de la tan viva empresa

espiritual alemana, usted tocaba para mí un instrumento entrañable y simpático, y con el correr de los años ambos reconocíamos más y más que ante nosotros yacían hojas de la misma partitura.

¡Ojalá se encuentre usted bien y entregado a su trabajo! Cordialmente le saluda su amigo...

A FÉLIX LÜTZKENDORF, München

Mayo 1950.

Querido doctor L.:

Desde hace más de un mes tengo su carta sobre la mesa en espera de respuesta. El hecho de su prolongado retraso tendría fácil disculpa, pero no quisiera conformarme ante usted con una simple cortesía. Hace ya veinte o veinticinco años redactó usted la, en aquel entonces, mejor disertación sobre mí, en la que investigó usted especialmente mis antecedentes y parentescos religiosos y asiáticos. En ella alcanzó un grado de comprensión muy superior al normal, y desde entonces acá, tras de todas las tempestades de la época que comenzó en 1933, se ha acercado a mí repetida y amistosamente, hemos intercambiado cartas y yo, viejo chiquillo, gustaba de vivir en la hermosa ilusión de seguir siendo comprendido y tomado en serio por usted.

Su carta ha destruido en parte esta ilusión, y de aquí se originó, como veo ahora claramente, aquel impedimento íntimo que tanto ha dificultado mi respuesta.

Deseaba usted que yo le permitiese llevar al cine uno de mis libros. Y cuando hube de negarle la autorización necesaria, como ha sucedido ya con algunos predecesores suyos, usted ha extraído de ello conclusiones que me han acarreado una profunda decepción. Escribe usted que yo "rechazo lejos de mí la posibilidad de tener que ver lo más mínimo con esa obra diabólica que se llama película cinematográfica", poco más o menos como si yo fuese un viejo pastor o un asceta que considera amenazada por el cine la "moral del pueblo".

En el ínterin, probablemente ha reflexionado usted acerca de esto, pero no obstante yo querría corregir, hasta donde me lo permite mi jornada repleta de trabajo, su idea demasiado simple acerca de mi actitud frente al cine.

Yo no veo en él, en absoluto, una "obra diabólica", y no tengo nada en contra de la competencia que pueda hacer al libro o a la poesía. Existen películas que estimo y admiro como testimonio de un elevado gusto artístico y una intención valiosísima. Y tampoco tengo lo más mínimo en contra de que talentos productivos y literariamente formados, como usted mismo, se dediquen al cine. Al contrario, creo que este ofrece a personas fuertemente dotadas el campo de acción verdaderamente adecuado para ellas, las hace auténticamente creadoras y las preserva, así, de cultivar otras artes de modo superficial y diletante. Existen dotes suficientes, cuyo placer y vigor lo constituyen la sensibilidad, la creación de tensiones, el despertar interés y atención por todas las posibles cimas y abismos de la vida, la producción de situaciones y complejos interesantes y característicos, dotes humanas plenas de intensa fantasía, noble ambición y curiosidad por la múltiple variedad de la vida y, en ciertas circunstancias, también de una elevada moral, quiero decir de un fuerte sentido de la responsabilidad por las almas de las decenas de millares de personas sobre quienes ejercen su influencia. Además, no solo puede pensarse, sino también demostrarse con ejemplos concretos, que el autor de un buen guión cinematográfico puede ser al mismo tiempo un verdadero poeta.

Existe, sin embargo, una gran diferencia entre un "film" ideado por un poeta y un "film" que se apropia de una obra poética ya existente y la utiliza para sus fines. Lo primero es una obra auténtica y legítima, lo segundo un robo o, dicho de manera más suave, un empréstito. Una creación literaria, que trabaja única y exclusivamente con los medios de la creación literaria, esto es, con el lenguaje, no debe ser utilizada, según mi criterio, como *material* y despojada por otro arte cualquiera con los medios propios de este. Y esto, en cualquier caso, no es sino degradación y barbarie.

Tiene usted mucha razón, desde luego, en cuanto o acerca de las posibilidades de influencia del "film" y sobre ese infinito número de miles de almas hambrientas y ansiosas de arte, que pueden verse influidas y calmadas por un "film", mientras que permanecen durante toda su vida inalcanzables para la poesía escrita e impresa. Pero si usted convierte en película cinematográfica a Raskolnikov, a Madame Bovary, a Enrique el Verde o a cualquiera otra creación poética, con todo el buen gusto y la destreza que sean posibles y aun con la máxima responsabilidad ética, no habrá hecho usted sino destruir el valor más íntimo y propio de esta creación poética y, en el mejor de los casos, lo más que habrá conseguido es alcanzar algo muy semejante a lo que alcanzaría una traducción de estas obras, por ejemplo, al esperanto. Lo que queda es el recuerdo de un valor sentimental o moral, y lo que se ha perdido es el corazón y el valor verdadero, lo inimitable e irrepetible.

Mas, con ello, se ha perdido también ese trozo de cultura vieja y todavía viviente que yace en cada obra de arte literaria.

Podría compararse al que lleva al cine una creación literaria con el ilustrador de un poema, y hacer constar que más de algún ilustrador fue más genial que la obra que ilustró. Por lo que a mí respecta, lo acepto; pero tanto más importunas me parecen todas las ilustraciones cuyo valor artístico es más bajo que el de la obra ilustrada.

Es muy posible y hasta probable que el futuro inmediato llegue a configurar la vida humana de tal modo que sucumban al "film" casi todas las tareas que hasta ahora sucumbían a la literatura, y que durante un largo tiempo apenas sea nadie capaz de leer un libro. Pero, por cuanto a mí respecta, aun en ese caso, me opondría a que se filmasen mis libros, y no me costaría esfuerzo alguno resistir los halagos de la fama universal o del dinero. Porque justamente cuanto más amenazada se halle la poesía y la palabra como medio artístico, tanto más cara y sagrada será para mí.

¡Dios mío, qué cartas tan largas! Estoy verdaderamente fatigado. Confórmese usted y reciba los afectuosos saludos de...

AL AUTOR DE UN FOLLETO SOBRE MI

1950.

Muy estimado señor:

Según todas las apariencias, por desgracia se han perdido las breves palabras mías de gratitud por el envío de su trabajo y también, el pequeño impreso que entonces le remití. Por ello, repito hoy ambas cosas.

Ha supuesto usted acertadamente que me sería casi imposible leer su obrita. Tal y como andan las cosas, he de contentarme con dar fin aproximado a la lectura del correo diario.

Añádese después el hecho de que a mi edad ningún autor siente curiosidad por este tipo de literatura. Sería en verdad triste cosa que él, a la edad de setenta y tres años, hallase todavía motivo de gozo en ver tratada su persona o su obra en libros o folletos, o abrigase aún el deseo de ver ampliado el círculo de sus lectores o el influjo que ejerce sobre este lectorado. En mí, ha largo tiempo que no existen tales deseos, y hasta la idea de que de mis escritos

haya brotado algo así como un efecto moralizador, ha muerto también en gran parte. Ocurren cosas, a este respecto, que acarrearán notables desencantos. Por ejemplo: hace cosa de un año, un muchacho de la Renania me ha escrito dos o tres veces unas cartas conmovedoras y entusiastas, en las que ponía por las nubes el efecto educador y confortante que habían ejercido sobre él *Demian*, *Siddhartha* y *Goldmund*. El poeta escuchó estas palabras gustosamente; sonaban en verdad lindas y verosímiles. Pero de súbito, en la tercera o cuarta carta de este muchacho formado y espolado por mí, aparece la verdad simple y desnuda: esta vez quería ofrecerme la suprema y más grande alabanza que se le antojaba posible. Y confesó que mis libros habían significado para él algo inmensamente grande, casi tanto como los escritos de la señora Ludendorff, a quienes debía agradecer los fundamentos básicos de todo su pensamiento y su idea del mundo. ¡Estábamos bien! Si mal no recuerdo, nunca he concedido demasiado crédito a la educación, esto es, siempre he abrigado fuertes dudas acerca de si el hombre puede ser cambiado o mejorado en cualquier manera mediante la educación. En lugar de ello tuve siempre cierta confianza por la dulce fuerza persuasiva de lo bello, del Arte, de la Poesía; yo mismo fui educado y formado por estos elementos, allá en mis años de juventud, y despertada mi curiosidad y mi afán por el mundo del espíritu mucho más fuertemente que por todas las "enseñanzas" oficiales o privadas. La confesión del entusiasmado muchacho me produjo una amarga desilusión y a la cruda luz de este desencanto se me presentó de súbito ante la memoria otra vivencia anterior y muy semejante, que había olvidado cuidadosamente desde entonces. Tratábase de una amiga mía, dama de fino gusto, suiza de nacionalidad, procedente de una distinguida familia de ambiente e ideología liberales. Esta dama se había aderezado una especie de santuario privado en una habitacioncilla secreta de su vivienda. Cierta día, en una hora de especial confianza e intimidad, me lo enseñó. Y en ella había, por todo apresto, un mueble adosado a la pared, semejante a una librería y cubierto por una cortina; y cuando retiré esta cortina apareció en el estante superior un retrato de Hitler, como de la mitad de su tamaño natural (era hacia 1934), junto al cual había un candelabro con velas, el Nuevo Testamento a la izquierda y a la derecha, bellamente encuadernado, *Mein Kampf*. En el estante inferior, apretados los tomos de tela azul celeste, estaban todos los libros míos aparecidos hasta el momento. Era lo más grotesco que jamás había podido ver y nunca me sentí tan furioso y al mismo tiempo tan perplejo. Y ahora, hete aquí que no había servido de nada el que yo hubiese logrado olvidar este santuario alumbrado por velas. De igual modo que para aquella dama había sido posible la vecindad del Salvador, Hitler y Hesse, este muchacho renano nos veneraba a Mathilde Ludendorff y a mí como sus maestros y educadores. Duras lecciones son estas.

Es lógico que experiencias semejantes, de las que aquí he narrado tan solo dos especialmente extremadas, le despojen a uno de cierta ilusión y cierta vanidad. Menos lógico resulta, antes al contrario sorprendente y casi incomprensible, el que un autor no solo resista tales encuentros con la realidad, sino que intente olvidarlos o dominarlos mediante el pensamiento aparentemente racional, y que pese a ellos pueda conservar la fe en que su quehacer y su juego, su pensamiento y su trabajo poseen un sentido, pueden ser justificados, han de proseguir su vida y su eficacia de cualquier misteriosa manera y aquí y allá ha de invocar en el corazón de una de esas personas que son imposibles de educar un eco bienhechor, vivificante y perfeccionador. No puedo negar que poseo una fe semejante. Se halla en contradicción con muchas cosas que son razonables, pero existe, y hemos tenido repetida ocasión de comprobar que la realidad viva solo aparece contadas veces como racional. Así como en una insensata cabeza adolescente pueden habitar juntas, tranquilamente, la fe en un pobre poeta y humanista y la fe en la señora Ludendorff, así también en un viejo poeta y humanista la fe en la imposibilidad de educar al hombre no puede apagar para siempre la fe en que los corazones de sus semejantes pueden ser alcanzados y conmovidos de cualquier manera.

Me he convertido en un divagador. Tome usted de esta carta lo que pueda serle útil.

A LA SRA. R. R., Giessen

1950.

Estimada señora R.:

En realidad, la vida es demasiado corta para semejante intercambio de correspondencia. Pero su ruego es demasiado serio y yo la estimo a usted demasiado parado dejar a un lado simplemente su respuesta. Por lo demás, la cuestión de la que se trata es, cómicamente, una cuestión hartamente actual y planteada diariamente por millares de personas. Es la cuestión de si realmente el espíritu contradictor del alma, el "pensamiento", es meramente un deporte de la inteligencia y si el temple de ánimo sensitivo ha de ser nuestro primer y quizá único guía en las decisiones morales. Existen sobre este tema algunos millares de libros, pero nosotros dos coincidimos en que no se trata para ninguno de ambos de una cuestión filosófica, sino ante todo de un problema práctico de la vida diaria, del problema de todos los "intelectuales".

Cuando escribo la poco grata palabra "intelectual", me viene a las mientes inevitablemente otra distinta y mucho más desagradable todavía, que fue inventada antaño por los "intelectuales" del Tercer Reich. Me refiero a la palabra *Intelligenzbestie*, y gracias a Dios ha desaparecido ya, nuevamente, del tan maltratado idioma alemán.

En aquel entonces, cuando Alemania fue "acaudillada" por bestias, fueron precisamente los intelectuales de Hitler quienes inventaron esa abyecta palabra. Ellos sabrían, por qué, pues ellos mismos fueron quienes vendieron el espíritu al poder y tomaron sobre sí la triste tarea de calumniar al espíritu, en aquellos puntos en que Hitler no podía comprarlo, de menospreciar su valor y de ofrecerlo como víctima propiciatoria al "furor del pueblo", una instancia asimismo inventada por las bestias. Desde entonces acá, las gentes que no gustan de pensar, los exaltados de la sangre y el suelo, del ánimo popular y del "furor del pueblo", sienten animosidad mal disimulada contra lo que ellos llaman "espíritu" y siguen cultivando su miedo ante el pensamiento y el libre juicio, su temor ante la crítica y las formulaciones precisas y se esfuerzan por defender y guardar la tierna y pura alma del pueblo de los rudos embates de la realidad. Y lo hacen siempre con un viso de razón, porque ni fueron ni son los peores quienes se asustan ante las palabras develadoras, reveladoras e irreverentes, y entre ellos figuran también los dignos y probos. Ellos temen la censura despiadada, la irreverencia y por ello temen al "espíritu" y le anteponen siempre el "alma", como reino de los sentimientos inocentes.

Sin embargo, no deberían escribirse entre comillas ni espíritu ni alma. La doctrina cristiana hace constar al hombre de cuerpo, alma y espíritu y también la Psicología ha considerado hasta hace breve tiempo los dones y actividades de la razón como una zona especial de la vida anímica. Ambos están incondicional e inseparablemente unidos, espíritu y alma, inteligencia y vida afectiva, y todo aquel que sobrevalore y cultive en exceso a uno de ellos, a costa del otro o en abierta guerra contra él, buscará y cultivará la mitad en lugar del todo, y por ello es un enfermo, un especialista, y no un hombre verdadero. Así, quien cultiva en exceso la palabra crítica y la razón analítica y ansiosa de conocimientos, lo hace a costa del todo, de la humanidad íntegra. Esto es lo que usted ha presentido muchas veces y lo que la ha impulsado a desconfiar de la razón. Pero si no tomamos en serio ni consideramos como personas completas a quienes solo conceden valor a la razón y a la crítica, hemos de saber también que la vida afectiva y la fantasía solas no bastan tampoco para hacer al hombre pleno de valores y útil y provechoso a su quehacer.

Es una experiencia curiosa: el hombre puramente racional, aunque nos ofrezca palabras de oro puro y juicios agudísimos, nos aburre pronto. E igualmente nos resultan aburridos los nobles entusiastas del sentimiento, los arrebatados y poéticos especialistas del corazón. El espíritu noble entregado solo a sí propio, y el noble sentimiento que solo confía en sí mismo, poseen una dimensión de menos. Se echa de ver esto en la vida diaria y en la vida política, y se nota más claramente todavía en el Arte. Tanto lo juicioso como lo entrañable, tanto lo impertinente como lo noble, no son completos sin su pareja, no son convincentes, no son dignos de interés. El hombre se nos torna aburrido cuando no tiene más que dos dimensiones.

Hemos tenido ocasión de experimentar en nuestra propia vida cómo el espíritu especializado y obediente al Poder de un Goebbels aspiraba precisamente a cultivar en el pueblo los sentimientos y la vida impulsiva, contraponiéndolos a la pura razón. Como no estaba permitida la crítica al Poder y resultaba mucho más fácil gobernar a un pueblo infantilmente carente de espíritu crítico, la raza y el suelo, los antepasados y los instintos fueron objeto de especial veneración; para aquellas bestias nunca se tenían los ojos lo bastante azules, ni se era lo suficientemente ensoñador e infantil.

Según mis impresiones, en Alemania se ha pensado poco sobre esto. Sabemos que la grandeza de los pueblos no radica en cómo aprenden, sino en cómo soportan. Y, sin embargo, se desea fervientemente que se aprenda y experimente algo en todos estos infinitos sufrimientos. Mas por ahora no hay trazas de que sea así. Una inteligencia especializada, cultivada al máximo, se encuentra frente a un pueblo que nada puede aprender de ella porque no es capaz de amarla. Ver esto, sufrir con ello, luchar contra ello, modificarlo: esta es la tarea de los no especializados, de los partidarios del espíritu que no se han convertido en contradictores del alma, y, por lo tanto, también la suya.

Y basta por hoy. ¡Qué terriblemente larga se ha hecho esta carta! Y no contiene sino vulgaridades obvias...

A UN JOVEN ALEMÁN

Que de muchacho fue un nacionalsocialista entusiasta. jefe de grupo en las Juventudes Hitlerianas, y desde la gran desilusión se encuentra desorientado y sin saber qué hacer.

Estimado señor J.:

Me es imposible complacer su deseo; soy un viejo sobrecargado de trabajo y además no tendría sentido alguno el que usted se confiase desde una larguísima distancia a un médico de almas y a un *Führer* que no le conoce a usted y frente al cual usted podría enmascararse a su gusto y capricho y jugar el papel que le pareciese más conveniente.

Le devuelvo a usted sus manuscritos, que necesitará sin duda. Sobre el ensayo, pienso lo mismo que su maestro, en cuanto a las poesías, nada me dicen.

A muchos les ha sucedido lo mismo que a usted. Cayeron ustedes en garras de la fantochada hitleriana y ahora se encuentran ustedes sin fundamento ni apoyo; conozco a muchos así. Educarles a ustedes, y hacerles de nuevo personas, sería una tarea grande e importante, pero muy por encima de mis aptitudes. Por lo demás, desde 1933 estoy al servicio ininterrumpido del Comité de Ayuda a las víctimas de ustedes, a los emigrados y a los judíos, y esto nos carga de un trabajo que supera con mucho nuestras fuerzas. Aprenda usted de una vez, da igual en un sitio que en otro, a servir de veras, a entregarse de veras, a pensar de veras en una cosa y no en usted mismo; este es el único camino que le llevará fuera de su resaca erial

TARJETA POSTAL

A cierta persona que me había enviado un libro con lindos poemas superrealistas.

1950.

Muy estimado señor:

Mi juicio acerca del superrealismo literario, por el que usted me pregunta, podría expresarse brevemente, más o menos, en la siguiente fórmula: aunque el presidente de la Comisión internacional ponga cara de haber traspasado tiempo ha el grado de latitud usual, arde, sin embargo, en las almas de los que se han entregado a él ciegamente, inmutable pero consciente de su objetivo, la radical falta de fe en el orden eterno.

A LA HERMANA LUISA, Zürich

1950.

Querida y respetada hermana Luisa:

Me ha enviado usted unos cuantos escritos y ha añadido estas palabras: "Existe un Dios vivo. ¿Dónde está escrito que yo no puedo comunicarle esta verdad a usted? Todos los demás dioses han muerto."

Naturalmente, no está escrito en parte alguna que usted no deba o no pueda hacerme dicha comunicación. Pero se me antoja, al igual que todos los intentos de conversión hechos al buen tuntún, sorprendente y en el fondo innecesaria. Usted hace saber su convicción acerca de la existencia de Dios a un anciano cuyos padres y antepasados fueron cristianos no solo de nombre, sino en su vida y acciones, y que pusieron su vida entera al servicio del Reino de Dios. Por ellos fui yo educado, de ellos recibí en herencia la Biblia y la Doctrina, y su Cristianismo no predicado, sino vivido íntimamente, es, entre las fuerzas que me han educado y formado, la más poderosa de todas. Por ello me parece su declaración un tanto superflua, algo así como si alguien viniese a advertirme en abril que ya es primavera, y en octubre que había llegado el otoño.

Esta es una de las cosas que me han extrañado un tanto en su saludo, tan bienintencionado y tan amable por demás. Pero no es la única, en sus breves líneas, y ella sola no hubiese bastado ni lejanamente para moverme a darle una respuesta.

No; en su breve carlita figura otra frase, una frase equivocada y de la que es difícil hacerse responsable, y es esta frase la que me empuja a darle una respuesta. La frase reza así: "Todos los demás dioses han muerto."

Yo no sé en cuántos países del mundo habrá vivido usted, ni cuántos pueblos, lenguas y literaturas habrá conocido. Pero aunque hubiese investigado y estudiado a fondo diez o veinte idiomas, literaturas y religiones, no tendría usted justificación alguna para pronunciar esta frase insensata, errónea y arrogante.

Usted afirma: "Existe un Dios vivo", y yo le doy la razón. Pero bien veo, en los dos tratadillos que me ha enviado usted, qué Dios es el que usted considera el único viviente. Es el Dios de los cristianos protestantes, en el mejor de los casos el de una Iglesia, quizá simplemente el de una secta, una pequeña comunidad de gentes piadosas que toman muy en serio su cristianismo. Este Dios es para usted el "vivo", y a todos los demás los declara, desde su altura despectiva, muertos.

Pues bien: fuera de la comunidad, o, si usted así lo desea, fuera de la Iglesia a la que usted pertenece, existen todavía muchos cientos de millones de

hombres, de todas las razas y lenguas, que creen igualmente en un Dios vivo y le sirven. El Dios de estos creyentes, que en número superan muchas veces a los de su iglesia, es probablemente para muchos de sus servidores (no para todos), exactamente lo mismo que el de usted, el único Dios vivo y bondadoso, y junto a él todos los demás dioses, incluso el de usted, estimada Hermana, están "muertos" y de nada valen.

El Dios de los judíos piadosos, por ejemplo, no es el suyo en modo alguno, porque es, sí, el dechado o ejemplo de acuerdo con el cual se ha formado el de usted, pero no es de ninguna manera el Dios que hizo hombre a su Hijo. Y así son todos los dioses, que veneran los musulmanes, los indios, los tibetanos o los japoneses, muy distinto del suyo, y, sin embargo, cada uno de ellos está vivo, muy vivo y muy actuante, cada uno de ellos ayuda a soportar la vida a un incontable número de personas, les ayuda a santificar la vida, a resignarse ante el dolor, y a traspasar con valor las fronteras de la muerte.

Y a todos estos millones de creyentes piadosos, ansiosos de consuelo, que buscan la dignidad y la salvación para sus pobres vidas y ante quienes un Dios vivo se ha revelado de manera distinta a como lo ha hecho para usted y su Iglesia, les echa usted por tierra, impávida y omnisciente, sus dioses, sus doctrinas y sus formas de fe. Hace falta para ello un valor sin igual, valor por el cual podría admirarla profundamente si no se tratase de un triste y pobre valor. No se basa en una superioridad real, sino en el desconocimiento de la realidad, en el espíritu partidista.

En adelante, lo mismo que con anterioridad, yo creeré en el Dios vivo, respetada Hermana Luisa, y me sentiré persuadido de su existencia precisamente porque El no se ha revelado una sola vez y en un lugar determinado, sino cien veces y en cien formas, imágenes y lenguas distintas.

No; los demás dioses (esos que tienen un aspecto distinto del suyo) no han muerto, se lo aseguro yo. Viven todos, por fortuna, y si alguna de estas múltiples formas de aparición de lo Uno se tornase gastada y fatigada por los siglos, el Dios vivo tiene preparadas ya desde hace mucho tiempo nuevas figuras en las cuales puede cobijarse y aparecer. El sobrevive a los pueblos, sobrevive a las religiones y a las iglesias, también a la de usted.

A UNA ANTIGUA NACIONALSOCIALISTA

1950

Muchas gracias por su amable y afectuosa carta. Cuanto en ella me cuenta acerca de la juventud que fue entregada a las Juventudes Hitlerianas sin posibilidad de resistencia, de crítica o de examen imparcial, no es cosa nueva para mí; me han contado exactamente lo mismo, tanto de palabra como por escrito, muchos cientos de veces y en todas ellas he debido dar la razón a quienes me lo contaban. No obstante, noto en su narración ciertas discrepancias. Por ejemplo, usted no dice que haya estado dispuesta, en su niñez, a vivir y a morir por la Patria, sino Por Hitler. Pero tanto usted como sus compañeros de padecimientos han visto mil veces los retratos de ese hombre y han oído otras tantas sus aullidos en la radio. Por ello, todo esto se nos antoja solo a medias comprensible. Y a continuación afirma usted, con un resto de resentimiento nacionalista, que los victoriosos enemigos de Alemania engañan hoy a los demás en contra de ella lo mismo que Alemania hizo un día en contra de sus enemigos. Esto no es sino una falsa ilusión sentimental. Nadie podía y puede sentirse más defraudado que yo mismo ante errores de las potencias de ocupación, que muchas veces claman al cielo, pero incluso en los casos más pavorosos nunca llegó a ser lo que fue la ocupación alemana en Francia y en Holanda; y aun cuando pasásemos por alto esta diferencia, ahí está el comportamiento de los alemanes contra los judíos: ninguno de los pueblos del universo puede presentar algo semejante a esto en los últimos siglos.

He debido hacer esta observación solo para mostrarle a usted cuán profundamente arraiga en todos nosotros el sentimiento nacionalista (y no me considero excepción) y con cuánta facilidad solemos falsear la verdad a partir de este insensato complejo afectivo. Tras de este enderezamiento de la cuestión, solo me resta agradecerle muy sinceramente su amable carta y sus pensamientos. Por desgracia, estos son tan solo los de una minoría, pero los hombres de buena voluntad han sido siempre una minoría.

AL PROF. HEINRICH HERMELINK, München

En cuanto hojeé tu *Historia de la Iglesia en Württemberg*, me maravilló ante todo el que la mayor parte de los temas en ella tratados me fuesen conocidos, familiares e interesantes, aunque no sienta interés ni por la Teología ni por la Iglesia. Y eso que la mayoría de los problemas teológicos y eclesiales me resultaban ya familiares desde la niñez por haberlos escuchado en las conversaciones de mis padres y abuelos y de sus amigos; desde las cuestiones de la valoración y enjuiciamiento de los Hermanos Moravos y las espinosas cuestiones acerca de las relaciones entre Iglesia y Comunidades con servicio divino laico, hasta aquellas conversaciones de nuestros padres sobre

Christoph Schrempf, sorprendidas subrepticamente por nosotros en contra de su voluntad, casi cada uno de estos temas me resultaba no solo usual, sino vivo e interesante, porque tras de ellos se alzaban las vivientes personas de los antepasados, los padres y los maestros, y por ello estos temas y problemas me fueron dados a conocer no solo como algo académico, sino como súplicas del corazón y plegarias santas y fundamentales de nuestra casa y nuestro círculo vital.

Leyendo más al pormenor, y dado que me resulta imposible, por mi exceso de trabajo, leer el libro entero, he extraído de él un buen número de florecillas y en este segundo repaso de sus páginas volvió a sorprenderme precisamente el elevado número de estas flores, esto es, de los objetos de tu estudio que resultaban para mí llenos de interés personal. Entre ellos, el primero, el pietismo, y después Bengel, el gran Oetinger, y una larga serie de *originales suabos*. Por doquiera hallé alimento para mi alma y pude establecer más de una constatación, para mí nueva, como, por ejemplo, la de que el difícil duque Carlos Eugenio llevó a cabo con acierto una estupenda e impresionante selección con los pastores a quienes protegió menospreciando las normas del Consistorio. Lo que echo un poco de menos es un verdadero estudio dedicado a la parte musical del servicio divino. Se habla suficientemente, desde luego, del canto comunitario y del libro de cánticos, mas no de lo puramente musical, de los buenos órganos existentes y su aumento, de las posibles músicas de coro, etc.

Con satisfacción y placer pude comprobar la tolerancia, la amplitud de corazón y el afán conciliatorio de tus juicios; resulta verdaderamente hermoso ver cómo Hegel, Hölderlin y tantos otros tienen su parte también, en tu libro, en el reino de Dios en Württemberg.

Creo que era ya tiempo de que se escribiese esta Historia de la Iglesia en Suabia. Para ello eran necesarias no solo erudición, aplicación y dotes literarias, sino también un autor de nuestra generación, alguien que al iniciarse la gran ruptura y transformación que comenzó en el año 1914, fuese ya un hombre y se hallase en posesión de las ininterrumpidas tradiciones de Suabia. Una persona veinte años más joven no hubiese podido disponer ya en esta medida de dichas tradiciones, ni se hubiera sentido dueño de ellas con seguridad.

Con tu libro has hecho un gran regalo a los suabos. Estoy seguro de que hallará lectores agradecidos, y no solo, por cierto, entre los eclesiásticos. El suabo ama y cultiva su propia historia y tú has escrito la historia de uno de los más importantes órganos de la vida de Suabia.

A UNA DAMA ERUDITA

Que me preguntó por qué en mi *Juego de abalorios* solo se habla de escuelas selectivas o de *élite* para hombres y no para mujeres.

Junio 1950.

Si en una creación literaria cualquiera solo se habla de hombres, esto no debe ser considerado nunca por las mujeres como una actitud antifeminista.

Una mujer, en efecto, que ha aprendido verdaderamente a leer y que posee los presupuestos necesarios para una vida castállica, jamás enderezará a una obra de arte la siguiente pregunta: ¿por qué posee precisamente esta materia, y no otra cualquiera, como contenido; por qué un escritor ha de permitirse, por ejemplo, hablar de las penas del joven Werther en lugar de hacerlo sobre las gestas de Alejandro Magno? Por el contrario, esa mujer participará sin resentimiento en cuanto de espiritual y trascendente a los sexos contenga dicho libro. Y si luego siente deseos de ello, escribirá un libro en el cual se presentará el mismo problema visto desde la orilla de las mujeres. Y todo hombre razonable no hará sino mostrarle gratitud por ello.

Afectuosamente le saluda...

A UN LECTOR DE FRANCIA

Junio 1950.

... Muchas gracias por el recorte con el divertido anuncio francés del *Peter Camenzind*, en el que se recomienda su lectura como interesante continuador del *Juego de abalorios*. Es cómico y conmovedor a un tiempo ver cómo un libro viejo ya, escrito por el autor en su juventud y casi olvidado ya, aparece de nuevo, vive y opera todavía, es traducido y leído en países extranjeros por hombres de otra cultura y de una época absolutamente distinta. Hace poco tiempo llegaron a mis manos cuatro cartas de muchachas japonesas, probablemente alumnas de un liceo de señoritas, en las cuales se mostraban entusiasmadas por el *Camenzind*, que ha aparecido también en Japón. Una de ellas escribía: «Cuando yo, junto con una amiga mía, contemplamos en el cielo una nube especialmente hermosa, que hemos aprendido a ver gracias a usted, ambas nos miramos y exclamamos: "¡Segantini!"» Esto ha sido escrito en Kobe,

en el año 1950. Los libros causan siempre efectos muy distintos a los que pensaba su autor. Así, pues, mi *Peter Camenzind* ha traído como consecuencia el que las muchachitas cultas del Japón digan este año, en lugar de *hiroshige* o bien *hokusai*, simplemente "Segantini"...

A THOMAS MANN, EN SU 75 CUMPLEAÑOS

Junio 1950.

Querido Thomas Mann:

Ha transcurrido ya algún tiempo desde que le conocí a usted. Fue en un hotel de Múnich, donde ambos habíamos sido invitados por nuestro editor, S. Fischer. De usted habían aparecido las primeras novelas y los "Buddenbrook", de mí, *Peter Camenzind*; ambos éramos todavía principiantes, y de los dos se esperaban muchas cosas hermosas. En todo lo restante, sin embargo, no éramos muy parecidos, como podía verse ya en nuestra vestimenta y nuestro calzado, y este primer encuentro, en el cual le pregunté a usted, entre otras cosas, si acaso estaba usted emparentado con el autor de las tres novelas de la duquesa de Assy, estuvo antes bajo el signo del azar y de una curiosidad meramente literaria que bajo el de una naciente amistad y camaradería.

Para que, pese a ello, haya llegado luego a esta amistad y esta camaradería, que es una de las más gozosas y libres de fricciones de mi madurez, han debido suceder muchas cosas en las que no pensamos ninguno de los dos en aquella placentera hora juvenil de Múnich y ambos hemos debido recorrer un camino áspero y con frecuencia sombrío, desde la aparente protección de nuestra nacionalidad, pasando a través del aislamiento y el destierro, hasta llegar a ese aire limpio y un tanto frío de una ciudadanía universal que ofrece nuevamente en usted una faz muy distinta a la que presenta en mí, y que, sin embargo, nos une a los dos mucho más firme y seguramente que todo cuanto habíamos podido tener en común allá en los tiempos de nuestra inocencia moral y política.

Entre tanto, los dos nos hemos hecho viejos y pocos de nuestros camaradas de viaje quedan todavía con vida. Y ahora celebra usted su septuagésimo quinto cumpleaños, que yo celebro también, lleno de gratitud por todo cuanto usted ha escrito, ha pensado y ha sufrido, lleno de gratitud igualmente por esa prosa suya tan sagaz como cautivadora, tan inexorable como juguetona, lleno de gratitud, en fin, por esa gran fuente de amor, de calor cordial y de renunciación, tan vergonzosamente poco conocida por sus

anteriores connacionales, de la que ha brotado la obra de su vida; por la fidelidad que ha mantenido usted a su idioma, por la honradez y el calor de su pensamiento, del que yo espero que se acredite un día, por encima de nuestra época, como uno de los elementos de una nueva moral política universal y de una conciencia igualmente universal, cuyos primeros pasos infantiles e inseguros contemplamos hoy con preocupación y esperanza.

¡Viva usted mucho tiempo aún entre nosotros, querido y admirado Thomas Mann! Yo le envío mi saludo y le doy las gracias no como representante de una nación, sino como caminante solitario cuya verdadera patria, al igual que la de usted, está apenas en sus comienzos.

Cordialmente suyo...

CARTA COLECTIVA PARA ALGUNOS AMIGOS DE SUABIA

Verano de 1950.

Ist's auch cine Freude,

Mensch geboren sein?

Darf ich micli auch heute

Meines Lebens freun? (1).

Así cantábamos antaño en la casa paterna, todos los días de cumpleaños. Hoy no cantamos nada que se le parezca, antes al contrario consideramos cosa lícita el regocijarse en tales días y nos esforzamos en festejarlos; y no obstante, cada uno de aquellos días era entonces una fiesta incomparablemente más alegre y más elevada que hoy. Y cuando ha pasado ya, queda encima de la mesa, aunque desde ocho días antes fuese poca toda aplicación a la lectura y el agradecimiento, un montón de cartas, y el deber de reducir ese montón inaugura el nuevo año con renovada e ingrata carga. Por ello me permito con vosotros el alivio de una carta colectiva; no la consideréis solamente como una respuesta a vuestras felicitaciones, sino también como respuesta a más de una grata carta de estos últimos meses, que hasta el momento había quedado sin ella.

Aunque no he regresado a Stuttgart, según profetizó antaño Häcker, ni se me puede hallar todos los jueves en el "Herzog Christoph", junto con los viejos camaradas, en estos últimos años la senilidad ha iluminado en mi memoria y en mi fantasía, cada vez más unívoca e intensamente, mi temprana juventud y mi antiguo país natal, y al igual que todos los viejos, gusto de imaginar que esto no es, en modo alguno, una mera debilidad de anciano, sino que realmente poseímos entonces algo que hoy nadie posee ni conoce ya.

(1) ¿Es acaso un gozo

haber nacido hombre?

¿Puedo hoy alegrarme

de mi propia vida?"

Pienso, por ejemplo, en la historia de las cucharas: le ocurrió al párroco Machtholf allá en el Möttlingen de los tiempos napoleónicos. La casa parroquial de Möttlingen viose literalmente saqueada por las tropas francesas en marcha, y el oficial obligó a Machtholf a asegurarle que en la casa no quedaba nada más que tuviese algún valor. Afirmólo así, con la conciencia limpia, y ya habían partido las tropas cuando Machtholf, hombre ya anciano, comenzó a sentirse intranquilo y a rebuscar en toda la casa, por si hubiese podido quedar algún objeto, y en efecto, halló dos cucharillas de plata. Espantado, emprendió inmediatamente el camino llevándolas consigo, en persecución de los franceses, hasta que les dio alcance, y se presentó al oficial, a quien hizo entrega de las cucharas pidiéndole perdón por haber mentido debido a su ignorancia de la verdad. Creo que si esta historia se narrase hoy a una clase escolar o a un auditorio repleto de estudiantes, provocaría en la mayor parte de ellos una sacudida de cabeza y después un vivo debate acerca de si acaso el tipo de la cuchara era o no un loco de remate y un pésimo ejemplo a seguir. Por lo que a nosotros respecta, en aquel entonces no sentimos necesidad de explicación alguna de la presente historia; la conducta de Machtholf nos causó, desde luego, impresión, pero no en modo alguno una impresión dudosa, ya que todos la considerábamos hermosa y acertada, y apenas nos causaba sorpresa el que aquel desvalijador extranjero lo hubiese comprendido y aceptado igualmente, ya que estrecho la mano del anciano párroco y le devolvió, junto con las dos cucharillas, todo cuanto le habían robado.

Hace breves días, un joven poeta magníficamente dotado me ha escrito una postal extremadamente impertinente, en la cual me enumera todo cuanto me falta para ser un verdadero autor y una persona humana, a saber: la necesaria formación en matemáticas y ciencias naturales, así como las *vivencias esenciales* del cuartel, de la guerra y del hambre. Me faltan, tiene toda la razón. Pero me parece que haber nacido y crecido en un aire y una temperatura en los cuales la historia de Machtholf no necesitaba de explicación alguna constituye también una vivencia esencial y no peor, por cierto, de lo que puedan serlo el cuartel, la guerra y el hambre.

Se me viene a las mientes, a este respecto, que muchos de vosotros me habéis contado experiencias tristes e ingratas en recientes novelas que han escogido como tema la novísima historia alemana. Conozco muy poco sobre esta Literatura, y he vivido y presenciado esta triste historia lo suficientemente despierto como para no sentir la menor necesidad de tales lecturas. Casualmente, empero, he conocido uno de tales libros, muy bueno por cierto; una novela que narra la historia del nacionalismo y el comunismo alemán desde 1919 hasta 1945. La novela es de Anna Seghers, una comunista, y me ha gustado extraordinariamente, desde el título - *Los muertos siguen siendo jóvenes* - hasta su última página, porque impera en ella una fuerza poética, un amor y una equidad que son más fuertes que cualquier compromiso partidista.

No puedo contestar a otra pregunta que me habéis planteado algunos de vosotros, a saber: ¿qué opiniones ha expresado Thomas Mann, en nuestros últimos encuentros. acerca de la situación mundial y del futuro? Y es que ha callado totalmente sobre estos particulares y se ha mostrado notoriamente contento con el carácter privado y exento de responsabilidad de nuestra reunión. Lo que puedo sospechar yo acerca de sus pensamientos no lo extraigo de sus palabras, sino solamente de observaciones de orden externo sobre la voz, la actitud o la expresión del rostro. Y de acuerdo con estas observaciones sospecho que ve y experimenta íntimamente tales cosas de modo muy parecido a mí. Ambos vemos a una Humanidad empobrecida y desvergonzadamente simplificada encaminarse hacia una vida que ninguno de los dos desearía compartir ni un solo día; nos alegramos de las conquistas y tesoros de una cultura muy amada que está en trance de morir y cuya totalidad solo puede ser sentida y comprendida, además de por nosotros, por unas cuantas personas de nuestra misma generación, y estamos de acuerdo con que ninguno de nosotros es capaz de gustar los frutos de las diversas simplificaciones y perfeccionamientos del mundo. Al decir esto no dudamos ni por un momento de que la Humanidad logrará resolver estos problemas con ese gesto sencillo y sano propio de aquellas personas a quienes no les pasa por las mientes la seria

consideración de los problemas, más aún, la percepción y la aceptación de problemas. Es un consuelo de viejo, un tanto amargo desde luego, pero he de reconocer que tanto el maestro Thomas como yo disponemos de mucha más fe, detrás y por encima del decorado teatral de la Historia Universal, de lo que nos otorga y supone la inmensa mayoría de nuestros lectores. Pero nosotros, los viejos, no nos sentimos excesivamente codiciosos de aumentar nuestro caudal de *vivencias esenciales*.

La pregunta acerca de qué postura adoptamos ante la guerra de Corea, por cuál de las dos partes contendientes nos declaramos y a quién consideramos responsable de su estallido y de sus consecuencias, la habréis contestado vosotros mismos, con seguridad, de modo muy semejante al mío. Nosotros no podemos situarnos, ni en esta insensata guerra ni tampoco en ninguna otra de las que son imaginables hoy, del lado de este o de aquel contendiente; esto es claro. Lo que hacemos es rechazar y reprobamos la guerra de una vez por todas y la consideramos un medio insensato y absolutamente inútil de continuación de la política. Ocurre con ella como con las bombas atómicas: son fabricadas, perfeccionadas y almacenadas precisamente por las mismas potencias que ganaron, para su propio daño, la última guerra mundial, y que no han logrado sacar de ella otra enseñanza sino la de que es preciso armarse con mayor cuidado y apresuramiento que nunca. Los jefes de Estado y los generales de las grandes potencias no han aprendido nada, y nada quieren aprender, desde su triste victoria apenas han hecho algo en favor de la paz y sí mucho en pro de la posibilidad de una nueva guerra. Hasta el último de los físicos que colaboran en la fabricación de las bombas, todos ellos son nuestros enemigos, y enemigos de la paz y de la Humanidad.

Adiós, amigos, y tened paciencia conmigo. Quizá pueda enviaros pronto algo de interés. Un profesor de Berna ha pronunciado ante sus colegas una conferencia en la que advierte enérgicamente sobre la peligrosidad de mis libros para los lectores jóvenes. La conferencia le ha complacido mucho, así como a sus colegas, y por ello desea imprimirla. Deseaba escuchar mi opinión acerca de ella y, como es natural, yo no pude disuadirle de su propósito. ¡Qué magnífica cosa sería que acabase de una vez la inconveniencia de que chicos quinceañeros lean el *Steppenwolf*! Yo daría cualquier cosa por ello.

AL DR. WALTHER MEIER, Zürich

Julio 1950.

Querido doctor Meier:

Aquí le envío una vez más un mosaico de cartas, el segundo y último.

En sí, la publicación que hemos ensayado sería de un género perfectamente posible y sensato y en principio no hay grandes cosas que oponerle. Pero he perdido el gusto por ello, en parte a causa de las experiencias que he tenido ocasión de constatar a propósito de mi primer mosaico y que en su gran mayoría fueron descorazonadoras. Por si fuera poco, estos últimos tiempos me han deparado nuevamente algunas malignas y dolorosas confrontaciones con el espíritu de la época y la joven generación literaria en forma de cartas, que me han entumecido literariamente.

Sin duda alguna sería mi obligación desembarazarme de estas decepcionantes experiencias sin dejarme paralizar por ellas y robarme la buena voluntad, y lo es en verdad, Porque, naturalmente, de nada sirve contestar a tales experiencias con una retirada en toda regla de la vida activa. Pero se añadió a estas otra experiencia o enseñanza y ella es la que me prohíbe en absoluto la continuación de estas publicaciones de mis cartas. Si las cartas de mi primer mosaico habían brotado espontánea e inmediatamente de las demandas de la vida misma y tanto su selección como sus publicación habían significado solamente una oposición posterior, nuestra primera publicación me ha proporcionado una experiencia en la que nunca había pensado seriamente, a saber: la experiencia de que es cosa completamente distinta reunir a *posteriori* un mosaico con carias privadas y escribir cartas privadas durante cuya redacción el autor cuenta ya con la posibilidad o el propósito de la posterior publicación. Con ello se pierde irremisiblemente algo, un cierto frescor y espontaneidad que son insustituibles, ni siquiera por un mayor cuidado y meditación en la escritura. Quizá, más aún. con toda probabilidad, yo escribiré todavía algunas cartas que encenraré después apropiadas para ser publicadas. Pero eso de tener siempre ante sí, en cuanto escritor de cartas y de modo a medias o plenamente consciente, la posibilidad de la publicación, esto es, no saber ya nunca más si se escribe al señor M. o a la señora P., o acaso a todo un grupo de lectores, es cosa que debilita las fuerzas del escritor de manera singular y casi inquietante.

Por ello, dejemos que el mosaico de hoy sea el postrero; no debe convertirse en costumbre, ni tampoco en una especie de partida o rúbrica constante, tanto en interés de ambos como en el del lector.

AL SEÑOR SP.

Sils Maria (Engadina), 23 de julio de 1950.

... Naturalmente, yo no puedo resolver su problema. Usted pertenece a esa clase de vagabundos que poseen el valor de aceptar la carencia de patria, pero que no son capaces de liberarse de la autocontemplación sentimental. Tiene usted exactamente la vida que deseaba y que probablemente es la más adecuada para usted, pero desea además comprensión sin compasión, y esto es pedir demasiado.

Las mejores armas contra las infamias de la vida son el valor, la tenacidad y la paciencia. El valor fortalece, la tenacidad divierte y la paciencia da sosiego. Desgraciadamente, suele encontrárseles demasiado tarde en la vida, y es en el proceso de descomposición y muerte cuando más necesarios suelen ser.

Estos son, más o menos, los pensamientos que me han venido a esta cabeza mía, no muy capaz ya, durante la lectura de su carta.

AL SR. DR. G.

Sils Maria, 10 de agosto de 1950.

Estimado doctor G.:

No me parece mal cuanto cita usted en su carta sobre el Cristianismo primitivo y el comunismo. El paralelo, naturalmente, solo es acertado en parte y no lo es del todo por la razón sencilla de que tras el Cristianismo se alza la persona y la historia de Jesús, una realidad, algo objetivo y sustancial, mientras que tras el comunismo no existe sino una idea, aunque esta sea importante y certera. El hecho de que las circunstancias sociales del final de la época capitalista no posean ya capacidad vital y sean derribadas para siempre por la rebelión de los desposeídos, es cosa inevitable, y en este sentido Truman lleva a cabo una guerra tan vana como la que llevó Hitler. Pero el hecho de que de la participación igual y equitativa de todos los hombres en los bienes de la tierra se dedujese la *dictadura del proletariado* demuestra hasta qué punto está la enferma y mal empleada.

Nada más sabría decir acerca de este tema. En el momento presente, tan lejos me siento de uno de los dos frentes mundiales como del otro; ambos son militantes, ambos intransigentes, ambos en el fondo carentes de fantasía, esto es, incapaces de creación. Gandhi era mucho más que todos los Presidentes

norteamericanos del siglo unidos a todos los defensores y creadores del comunismo, desde Marx hasta Stalin.

Adiós. Le saluda su afectísimo...

A LA SRTA. E. V., Oldentrup

10 agosto 1950.

Estimada señorita V.:

Me encuentro aún arriba en la Engadina, donde me recupero poco a poco de un acceso febril. Entre tanto se han juntado verdaderas oleadas de correo.

Su carta fue para mí grata y bien venida; ha tenido usted con los cuáqueros una auténtica y hermosa experiencia vital, y ha encontrado usted una irradiación del espíritu que nunca volverá a perder.

Sí; la violencia es el mal, y la renuncia a la violencia el único camino de aquellos que han despertado de veras. Este camino no será jamás el camino de todos, y jamás el de los gobernantes y el de aquellos que hacen la historia del mundo y llevan a cabo las guerras. La Tierra, pues, no será nunca un paraíso y la Humanidad nunca se reconciliará ni se hará una con Dios. Los malignos gobernarán y robarán y los semejantes a ellos les seguirán los pasos, ora con gritos de júbilo, ora crujiendo los dientes, y los pocos despiertos se limitarán a contemplarles, pero opondrán una y otra vez al mundo del Mal y de la Violencia tan maravillosos intentos de salvación como los de Buda, Sócrates, Jesús, el Cristianismo primitivo, los cuáqueros o el espíritu de Gandhi.

Cuando se sabe con claridad en qué lado se está, se vive más libre y más sosegadamente. Hay que estar siempre preparado para los sufrimientos y la violencia, pero jamás se debe estar dispuesto a matar.

Le saluda su afectísimo...

AL SR. DR. F., Stuttgart

Primeros de septiembre 1950.

Distinguido señor doctor F.:

Muchas gracias por su carta de fecha 11 de agosto y por el boceto autobiográfico.

Este nos ha cautivado sobremanera tanto a mí como a mi mujer, que me lo leyó ayer tras de nuestro regreso al hogar después de las vacaciones. Es verdaderamente una estupenda cabeza de Suabia la que se ha abierto camino en él y ha sabido luchar con un mundo tantas veces hostil.

Lástima que el exceso interminable de trabajo no me permita una carta más pormenorizada y cuidadosa; sus palabras bien la hubiesen merecido.

Siento mucho, asimismo, no poder aceptar sus dos consejos: o bien no volver jamás a preocuparme por Alemania, o bien hacerme informar por usted sobre los acontecimientos políticos.

Mas vea usted: si bien yo soy suabo solamente en una cuarta parte, y según mi naturaleza no soy ningún *Dick-schädel* (1), durante toda mi vida he buscado y seguido mi propio camino tan terca y pertinazmente como usted el suyo, y en las cuestiones de importancia vital me produce tan poco placer aceptar los consejos y las indicaciones de los extraños, hoy con mis setenta y tres años, como antaño de muchacho, cuando oponía tercamente mi desesperado sabotaje, para grandísimo pesar de mis padres, parientes y maestros, contra todos los intentos de someterme a un camino regulado y provechoso.

En todo caso, desde hace largo tiempo no me preocupo con demasiado interés por la política alemana. Durante la primera guerra mundial aprendí a despertar y extraje las consecuencias oportunas; desde aquel entonces no he vuelto a contemplar los destinos alemanes sino como un granjero neutral, porque desde hace casi cuarenta años vivo en Suiza, nación de la cual soy ciudadano.

Pero si, por muy buenas razones, me aparto de la adopción activa de una postura o de la actitud partidista, ello no significa en modo alguno que Alemania se haya tornado para mí en algo indiferente y extraño. En ella poseo una buena parte de mis orígenes y mis raíces y no puedo ni apartarme de las innumerables personas que me son muy queridas en Alemania, ni renunciar a vivir dentro del idioma y la cultura alemanas. Limitar esta simpatía o, según usted aconseja, eliminarla sin más ni más, me resultan cosas tan imposibles como evadirme de mi propio pellejo.

(1) "Dickschädel": lit. "cabeza gorda"; forma popular, por testarudo, cabeza dura.

Parecida cosa ocurre con su segundo consejo o propuesta, relativo a que en el futuro me deje informar por usted sobre los asuntos referentes a Alemania. En este asunto, una cabeza dura tropieza contra otra cabeza dura, y aunque la política alemana y la opinión pública me importan muy poco, prefiero, sin embargo, informarme yo mismo sobre estas cosas, de la mano de los periódicos y de los millares de cartas que recibo a lo largo del año.

Una vez más, gracias por sus noticias y muy cordiales saludos.

CARTA A UN POETA DE SUABIA

10 de septiembre de 1950.

Querido Heuschele:

Tras el libro con que ha poco tiempo me ha obsequiado usted, ha llegado una hermosa y amable carta, que me es tan imposible dejar sin respuesta como aquel primer regalo suyo. Uno de los aspectos más gratos del ocaso de la vida es el verse interpelado por los colegas o los desconocidos con singular delicadeza, cuidado y cortés afecto, así como recibir obsequios o cartas en cuyo envío el bienintencionado remitente tuvo, a buen seguro, este o parecido pensamiento: "¡Ojalá pueda alcanzarle todavía, ojalá no sea ya demasiado tarde!" La primera carta de este tenor, si mal no recuerdo, llegó hasta mí hace y muchos años y constituyó uno de los regalos más gozosos y más sorprendentes que nunca he recibido en mi vida. Era de André Gide, una carta muy breve, pero deliciosa y maravillosamente estilizada, y expresaba aquel pensamiento acerca del temor a llegar demasiado tarde en su segunda frase: "Cette pensée me tourmente: que l'un de nous deux puisse quitter la terre sans que vous ayez su ma sympathie profonde pour chacun des livres de vous que j'ai lus." He aquí cómo la sensación de la vejez, de la despedida, de la gratitud por una vida excepcionalmente rica y al mismo tiempo el terror de que pronto podía ser ya demasiado tarde para todo lo hermoso y lo amable, había llevado a un escritor conocido y admirado por mí desde muchos decenios atrás y del cual yo no sospechaba que tuviese siquiera un barrunto de mi existencia, a enviar un saludo desde la distancia a quien era diez años más joven que él y a iluminar de gozo el comienzo de su ocaso vital.

Pocas, muy pocas veces me ha ocurrido que una persona mayor que yo me haga objeto de tales obsequios; por el contrario, tanto más frecuentes fueron, los que me han llegado de parte de personas más jóvenes y el más singular y más conmovedor, quizá, de todos cuantos regalos he recibido en mi vida me llegó por la época de mi setenta aniversario, en el tiempo de la más amarga miseria material y moral de la posguerra; era una carpeta lindamente trabajada, que unos estudiantes de Dresde habían aderezado y caligrafiado cuidadosamente en escritura gótica a dos tintas y que contenía veintisiete pliegos, en cada uno de los cuales figuraba uno de mis poemas traducidos al gótico, Y en estos últimos días ha llegado la carta de un anciano lector, muy afecto a la sabiduría oriental, que me invoca a su *gurú* y me habla de una adhesión prolongada durante muchos decenios; seguidamente» el correo trajo un paquetito de este mismo lector y discípulo mío, el cual contenía, amorosamente envuelto, uno de esos pequeños *molinillos de oración* (1), adornados con diversos ornamentos y provistos de trabajos en bronce y lapislázuli, que suelen pertenecer a los pertrechos usuales de los sacerdotes tibetanos. Aunque este obsequio significa para mí un no pequeño embarazo, porque hace mucho tiempo que pasaron los tiempos en los que me divertía poseer objetos lindos y preciosos, y ni en mi repleta casa ni en mi vida hay ya lugar para ellos, este insólito regalo poseía, sin embargo, también aquel brillo vespertino y aquel amable resplandor tardío, aquel ansia cordial de gratitud y réplica a la ayuda recibida y aquella deferencia a la cual han tornado más tierna y cuidadosa el temor a un posible llegar demasiado tarde, que más de uno de esos que solo me conocen en mi aspecto de luchador y de cabeza terca nunca hubiese supuesto en mí. Pero aunque yo me he visto precisado con harta frecuencia a ser este luchador y cabeza terca, jamás lo fui por una plétora de robustez o por mero placer de luchar, sino por obra y gracia de esa sensitiva y delicada ternura del solitario indefenso; y ahora que soy ya viejo y me siento fatigado de todo, ahora que ya no existen en mí ni el orgullo ni la vergüenza, puedo reconocer sin timidez que yo, casi siempre en la situación del solitario e individualizado, del incomprendido o del comprendido demasiado tarde, he tenido que forzarme a mí mismo numerosas veces para alcanzar esa cortante agudeza y ese vigor combativo, y que hoy, ya en la vejez, no sé apreciar ese haber llegado a algo y esa apariencia, un tanto desagradable, de haber sido comprendido y aceptado, y sí, en cambio, este gratísimo incremento de consideración y respeto. Cuando un anciano tiene los dedos impedidos por el artrismo, cada vez se le dan más y más un ardite todos los rudos apretones de manos, y cuando se percata de que ante su yacija se habla en voz queda y se mueven todos con cautela, lo acepta con gusto y gratitud. Yo he tenido amigos de muy diverso género, y los tengo aún; pero a esos que le golpean a uno reciamente en el hombro y, al igual que el

cuñado de Attila Schmäzle, comienzan todas las mañanas, cuando uno no está todavía muy sobre sí, con la tonante pregunta: "¿Cómo se ha dormido, cuñado?", a esos tales, digo, siempre les he temido un poco, pese a toda la amistad y la consideración.

(l) "Gebetsmühle": molino de oraciones. Según los lamas cada vuelta o giro de dicho molino significa una oración.

Usted me ha traído unos momentos de gozo con una buena carta y un muy estimable y grato libro, y ambos obsequios se avalan a sí propios por ese tono de respeto y de urbanidad que le distingue, y me hablan con una grata voz libre de intención agresiva. Gracias, muchas gracias. Una gran parte de la tarea de su vida ha sido dedicada a la evocación y la interpretación de poetas, al sacrificio ante altares consagrados, al cultivo del recuerdo y de la reverencia. Siempre he sentido respeto y admiración por ello, mas no la atención y la disposición que siento hacia un contemporáneo del tipo de un André Gide, un Thomas Mann, un Strindberg, un Nietzsche o un Freud. Sin embargo, algunas veces ha llegado usted entrañablemente cerca de mí con algunos escritos suyos, se ha sentido atraído y guiado con frecuencia por las mismas estrellas que yo también veneraba y amaba. De estos escritos suyos, el más querido por mí es, sin duda, el dedicado a Maurice de Guérin; creo percibir en él un amor y un calor singularísimos, más aún, una auténtica ternura, y este escritor me es también muy querido desde mis años de adolescencia, atrayente y misterioso como una rara flor que destella, pálida, en la penumbra del bosque, o como ese precioso resplandor de gema que tiene una mariposa que se aleja sigilosamente. Mi primer contacto con él fue indirecto y tan solo incompleto; allá por mis dieciséis o diecisiete años me fue ofrecido por un periódico oscuro y hoy totalmente olvidado, cuyos tomos anuales se alineaban, oscuramente encuadernados, en la biblioteca de mi abuelo. En uno de estos tomos se encontraba un artículo sobre Maurice de Guérin, y como al mismo tiempo contenía un par de páginas de los *Centauros*, pude leerle y recibí una impresión tan fuerte y avasalladora de este retrato de un poeta, melancólico y dulce, que me lance a su búsqueda y fui feliz cuando, algunos años después, encontré al fin el *Centauro* y posteriormente también las restantes obras del nobilísimo y malogrado escritor. Por ello constituyó, asimismo, para mí un reencuentro gozoso gratísimo, un reavivarse la llama de aquellas íntimas

horas juveniles de lectura, la recepción de su hermoso librito sobre nuestro poeta, más de veinte años después.

Además de la común predilección por algunos poetas, hay algo en sus escritos que me agrada, que siento como algo amigo y próximo a mí y que, al mismo tiempo, rememoró y confirmó en mi mente algunos pensamientos y creencias. Es ello una vuelta o retorno hacia atrás, una nostalgia de todo su ser por los perdidos tesoros del espíritu y por las fuentes cegadas, un presentimiento de aquella verdad oculta que nos advierte que el hombre, esa criatura que según las investigaciones de los prehistoriadores comenzó como una bestia salvaje y desde entonces acá ha evolucionado y se ha perfeccionado sin cesar, ha perdido, por el contrario, dentro del ámbito histórico y documentado verbalmente, toda una serie de sus más preciosos conocimientos y sabidurías, los ha olvidado y desde el punto de vista espiritual antes ha evolucionado hacia abajo que hacia arriba. No se debe, desde luego, formular dichos pensamientos con excesivo rigor; es mejor y mucho más fecundo que permanezcan meros presentimientos, porque de otro modo suele llegarse a la construcción de grandes edificios de fe y de doctrina como produjo, por ejemplo, la literatura de los ocultistas, y a los que resulta tan difícil amar como a esa estúpida fe en el progreso de los periodistas liberales. Pero usted sabe, lo mismo que yo, que la veneración es más noble y más fecunda que el convencimiento de la propia excelsitud, y que en la historia del espíritu hay selvas primitivas de *oscuros* medievos que alumbran a quienes en ellas penetran más y mejor que muchas bibliotecas enteras de ayer y de hoy. Hace pocos días me tropecé con una frase sencilla por demás en un singularísimo libro, el libro del torrero de faro Harry Moeller, de Glückstadí, frase que me sobrecogió. Harry Moeller me envió un librito titulado *En lo alto del faro*; yo lo hojeé y me pareció que contenía un género de arte local por el cual no siento, en absoluto, la menor curiosidad. Pero mientras lo hojeaba tropecéme en seguida con palabras y frases en dialecto *plattdeutsch*, el único de todos los dialectos alemanes que leo con gusto. Se hablaba de un reloj que contaba las horas, ensimismado: *een, twee, drie, veer, fiv, süss, söben*, etc. Esto me tentó a proseguir la lectura y encontré algunas liandas y gratisimas descripciones de los años de niñez y de mocedad del autor allá en su país natal, cuadro; auténticos y sencillos, libres de pretensiones literarias. Me sentí asombrado cuando el autor pasó de la narración a la meditación filosófica, y ya comenzaba a sentirme un tanto defraudado, porque el nivel de estas meditaciones era cambiante por demás, cuando llegué a una frasecilla que me sorprendió y me llenó de júbilo y que quiero transmitirle aquí como un pequeño obsequio. Dice así: "Se llama progreso al empeño de alcanzar de nuevo las antiguas cimas."

Aquella reverencia, que pertenece a los temas predilectos de usted, se dirige siempre a estas *antiguas cimas*, o a la tendencia hacia ellas. En medio de nuestro ajeteo intelectual, un tanto insolente, resulta consolador saber que existen algunos celadores de esta reverencia.

Adiós, y acepte usted mis saludos.

A SEIJI TAKAHASHI

Reductor jefe de "Gunzo". Tokio.

Distinguido señor Takahashi:

Me ruega usted algunas palabras acerca de la situación político-moral de su país. Su pueblo ha expresado claramente, en su Constitución, el repudio de la guerra y de toda política de violencia, por una parte, y ha renunciado al Ejército y al servicio militar, mas por otra parte se siente peligrosamente amenazado por los acontecimientos políticos y militares que ocurren en Asia. Se halla en una situación muy similar a la de Alemania: ocupada por los vencedores, desarmada, sin otra ansia ni deseo que la paz y sumida en profundo temor ante las amenazas de agresión. La única diferencia es, quizá, que su pueblo ha llevado a cabo con mayor seriedad la comprensión de las injusticias por él cometidas y el desarme moral.

Mi opinión acerca de su dilema es inequívoca. Considero que la guerra mundial es perfectamente evitable, pero no mediante el rearme y la nueva acumulación de elementos destructores y aniquiladores, sino mediante la razón y la comprensión, y no creo que pueblo alguno del mundo gane, en definitiva, con el mero rearme y la declaración de guerra, ni pueda salvar su dignidad y su libertad. Soy enemigo acérrimo del fanatismo, que desearía dividir a la Humanidad en dos frentes y azuzar a ambos entre sí con todos los diabólicos medios de exterminio que se conocen. Y por ello no creo tampoco que el rearme signifique bendición alguna para su pueblo. Es mejor padecer la injusticia que cometerla. Es falso y errado intentar la realización de lo que deseamos acudiendo a medios prohibidos. Todo esto son necedades para los generales, y los estadistas se ríen de ello; pero, sin embargo, son antiguas y acreditadas verdades. Con toda seguridad, una nueva y más luminosa época de la Historia Universal y de las relaciones entre los pueblos no ha de ser engendrada por los vencedores en las próximas guerras mundiales, y sí probablemente por los que sufren y por los que renuncian a la violencia.

A UN PROFESOR EN AMERICA

Que deseaba visitarme y tratar conmigo sobre el plan de una antología anglo-alemana de mis libros, al estilo de la obra de Romain Rolland.

Octubre 1950.

Distinguido señor profesor:

Su ruego me pone en un compromiso, porque llevo la vida de un eremita y, desde hace años ya, la de un enfermo, por lo cual ni puedo recibir visitas ni me interesa la propagación y traducción de mis escritos. Desde mucho tiempo ha no sé lo que es ambición y no doy, por principio, ni un solo paso encaminado a la difusión de mis escritos. Si cincuenta años después de mi muerte existe todavía un interés por ellos en cualquier lugar del mundo, cada país puede escoger de entre mi obra lo que cuadre y apropiárselo. Mas si mis escritos han de caer del todo en el olvido en solo cincuenta años, es signo de que todos ellos eran perfectamente superfluos.

Con los mejores saludos, le saluda...

RESPUESTA A CARTAS VENIDAS DE ALEMANIA

Octubre 1950.

Gracias por su carta, que me trae tantas cosas interesantes y queridas y que, no obstante, antes me ha extrañado y sobrecogido que alegrado, porque rebosa tantos síntomas de la gran dolencia actual del mundo y está tan llena de un desesperado terror a la guerra y de un pánico ante los bolcheviques, que solo es posible contestarle: "Si usted, en el occidente alemán, ha sucumbido de modo tan desesperado y falto de valor a los primeros ataques de una psicosis de masas y de una guerra de nervios, muy pronto tendremos, sin duda, esa guerra que usted ha pintado sobre el muro y que espera con actitud tan infantil y tan incapaz de ofrecer resistencia."

Si la carta que me ha escrito no proviniese precisamente de usted, de un hombre a quien yo sé inteligente y culto y que me ha asegurado con frecuencia el pleno acuerdo de sus opiniones e ideas con las mías, o si fuese acaso, tan solo, la expresión de un individuo aislado, escrita en una hora de desaliento, yo no le daría respuesta alguna. Pero este mismo grito histérico de angustia, que restalla

como un látigo, esta misma credulidad para con todos los rumores, esta misma ciega aceptación de satánicas sugerencias y esta misma opinión insensata y extendida sin examen ni contraste, de que será nuevamente. como es lógico e inevitable, la *pobre Alemania* el escenario del espantoso futuro, se encuentra en muchas otras cartas y artículos, en otros escritos y trabajos que me llegan desde allá. Se tiene miedo, se tiembla por pura cobardía, se respira el veneno de las drogas morales, de los rumores y las mentiras, con un placer sensacionalista que se complace en el propio tormento, y se charla de manera irresponsable e incapaz de crítica todo cuando soplan y propalan los sembradores del terror y los incitadores de la guerra. Al igual que hace unos años, y no muchos por cierto, todos ustedes se han dejado embaucar por la propaganda de Hitler y han aceptado el pánico ante los bolcheviques, hasta que todo el pueblo estuvo presto para acopiar sobre sí otra guerra; del mismo modo proporcionan ustedes hoy día a todos cuantos están interesados en el estallido de una nueva guerra la alegría de regalar y aplaudir como energúmenos la fe en sus reclamos y su propaganda.

Mi querido amigo: una guerra no baja sin más ni más del cielo; al igual que cualquier otra empresa humana necesita una preparación, necesita el concurso y el interés de muchas personas para ser posible y real. Mas solo es deseada, preparada y sugerida por aquellas personas y potencias para las que trae consigo alguna ventaja. Ora les proporciona una directa y fácil ganancia económica, como es el caso de la industria de armamentos (y en cuanto se declara una guerra, ¡cuántas empresas hasta el momento inocuas se convierten en negocios de fabricación de armas, y cuan automáticamente afluye el capital hacia estos negocios!), ora les proporciona lucro en consideración, respeto y poder, como es el caso de los generales y de los coroneles sin mando. Así, por ejemplo, muchos millares de personas están interesadas en el rearme de Alemania, Japón y otros países desmilitarizados en la actualidad, personas con duras almas calculadoras o almas ambiciosas de guerreros, y entre los muchos medios con los que estas gentes se esfuerzan en preparar la guerra por ellos deseada, cuenta la propalación de la inseguridad y del temor; y vosotros, amigos, que padecéis esta infección, cooperáis por este medio a hacer posible y a provocar la guerra. Es triste y vergonzoso que se os deba llamar todavía la atención sobre todo cuanto ya habéis tenido ocasión de presenciar y vivir desde 1914, y no hace sino confirmar aquella fatal y presunta frase de Hegel: lo único que es posible aprender de la Historia Universal es que todavía no se ha aprendido nada de ella.

Yo soy el último en esperar de vosotros que cerréis los ojos ante la realidad y os entreguéis a dulces y lindos ensueños. El mundo está lleno de

peligros y de posibilidades de guerra, y los bolcheviques no son, en modo alguno, la única amenaza; ellos se hallan, asimismo, bajo la misma presión y probablemente tienen en su gran mayoría tan poco interés y entusiasmo como nosotros mismos por disparar y por ser blanco de los disparos de otros. La verdadera amenaza de nuestro mundo y de toda paz son aquellos que desean la guerra, que la preparan y que intentan convertirnos en colaboradores de sus planes mediante vagas promesas de una paz venidera o mediante el temor a los asaltos e invasiones del exterior.

A estas gentes y a estos grupos para quienes la guerra es un negocio, y por cierto mucho mejor y más lucrativo que la paz; a estos envenenadores y hechiceros, es a quienes hace usted el favor y el placer, mi querido amigo, de ceder sin resistencia alguna a sus sugerencias. Con ello echa usted sobre sí la responsabilidad compartida por una posible guerra futura. En lugar de reunir en su alma toda la claridad y la sagacidad, todo el valor y la alegría posibles, y de procurar fortalecerlos más cada vez, tal y como sería necesario y constituiría su verdadera tarea, deja usted colgar la cabeza, prosigue engullendo el veneno de la ceguera y del terror y se entrega usted, y entrega a su mundo en torno, al insensato terror. Yo no sé si usted puede siquiera sospechar qué dolor y qué desengaño serían para mí verme abandonado precisamente por un viejo y fiel lector, discípulo y seguidor como usted y tener que convencerme de la esterilidad de todos mis esfuerzos. Quizá sería bueno meditar sobre esto durante unos momentos; quizá ayudase a lanzar un poco de luz sobre las tinieblas que ahora le envuelven.

Si alguna vez se viese usted obligado a votar sobre el rearme, no le aconsejo que vote ni sí, ni no, sino que espero simplemente que deposite su voto después de una reflexión clara y consciente y no bajo la presión de esta histeria. Por muy intensamente que considere yo a la razón y a la renuncia a toda violencia como el único camino capaz de llevarnos a un futuro mejor, reconozco que de un país a otro y de un caso a otro son inevitables las adaptaciones a la realidad existente y actual. Así, por ejemplo, aquí en Suiza yo no he combatido jamás por puritanismo pacifista la organización de un ejército, que defiende nuestro país solo en caso de ataque exterior, y que se ha acreditado ya en dos guerras. En todos los Estados poderosos del mundo habrá siempre, con toda seguridad, un partido defensor de la guerra, pero en naciones vencidas y desarmadas no faltan tampoco gentes que preferirían hacerse cargo hoy, antes que mañana, de tareas y empeños encaminados a la milicia y a la guerra, y gentes que preferirían con mucho que las llamasen mi coronel o mi teniente antes que señor Müller. Y así ocurre por doquiera. Nosotros, amigos de la paz y de la verdad, usted y yo, no debemos prestar oídos ni ayudar a estos

negociantes y a estos arribistas; debemos, por el contrario, mantenernos firmes en la fe de que existen otros caminos para la paz y otros medios para el ordenamiento y desintoxicación del mundo, que no son las bombas y la guerra.

AL SEÑOR G. G.

5 de diciembre de 1950.

... Constituye una profunda contradicción que opine usted que el sentido y el valor de la vida se han perdido por entero, y al mismo tiempo escriba usted un poema que usted mismo considera grande y hermoso. En este caso, el sentido está ahí para eso. Con la aceptación del mundo que cabe en suerte o es negada a su obra poética, nada tiene que ver el *sentido*; se trata de dos planos absolutamente diferentes.

Dice usted que hoy día no tienen el menor derecho a la vida un inútil o un incapaz. No creo yo tal cosa. Si los villanos y los salteadores, desde el pequeño ratero hasta los jefes de Estado, tienen derecho a la vida, ¿cómo no concedérselo a un pobre tunante?

Yo lo formularía de otra manera, a saber: quizá el mundo no tenga hoy espacio para quien solo de tarde en tarde es capaz de escribir algo hermoso y vive de tal modo fuera del mundo diario que tiene tiempo libre para pensamientos y preocupaciones como los de usted. En modo alguno debe usted renunciar a su trabajo literario y desvalorizarlo ante sí mismo, pero debería tener mayor contacto con el mundo y la actualidad y colaborar con ellos. Si usted paga su tributo al mundo de manera constante y diaria, el contenido de sus horas santas y festivas no hará sino ganar en valor, y no volverá a acongojarle el hecho de que el mundo no conozca ni acepte todavía su arte...

A UNA ANTIGUA LECTORA

Que me hizo saber que había encontrado en Cristo lo que llevaba buscando desde siempre y yo no había podido darle a partir de un determinado momento.

Diciembre 1950.

Su grata carta fue muy bienvenida. Si no me sintiese tan débil y tan sobrecargado de trabajo le escribiría a usted una larga carta. No puedo ni debo

hacer tal cosa, pero no obstante deseo responder a su saludo y decirle a usted que he leído su confesión con verdadera alegría y aprobación. Creo que solo se equivoca usted en la suposición de que yo he sido educado, sí, entre cristianos, pero luego he desenvuelto mi vida entera sin Cristo, siguiendo a otros dioses. Y no es así; muchas veces a lo largo de mi vida he retornado a Cristo, y lo hago hoy día también cada vez que escucho una *Pasión* de Bach, leo a uno de los Padres de la Iglesia o pienso en mis padres y en mi niñez. La realidad, justa y cabal, es tal y como pudo usted leerla en mi carta a la Hermana Luisa. . Me alegra de veras que su fe no la lleve a adoptar frente a mí una actitud de polémica o de rechazo. Sin embargo, hubiese aceptado y dado, asimismo, la bienvenida a su carta aunque esta hubiese significado una despedida y una ruptura conmigo. Yo soy un poeta, un buscador y un confesor, debo servir a la verdad y a la sinceridad (y la Belleza pertenece también a la Verdad, de la que no es sino una de sus formas) y tengo sobre mí una tarea, aunque pequeña y limitada, a saber: debo ayudar a comprender y a soportar el mundo a otros buscadores como yo, aunque sea tan solo ofreciéndoles el consuelo de saber que no están solos. Cristo, empero, no fue un escritor, su Luz no estaba unida a un idioma concreto e individualizado ni a una breve época; El fue y es una estrella, una figura eterna. Si sus Iglesias y sus sacerdotes fuesen como El mismo no habría necesidad alguna de poetas.

A ANDRE GIDE

Enero de 1951.

Mi querido y admirado André Gide:

Su nuevo traductor Lüsberg me ha enviado sus *Hojas de otoño*; he leído ya la mayor parte de estos recuerdos y meditaciones y no me parecería ahora justo ni delicado dar las gracias al citado señor por su obsequio sin enviarle a usted, por fin, un nuevo saludo de afecto y gratitud.

Hubiese debido hacerlo hace ya mucho tiempo, pero hace otro tanto que vivo sumido en una resignada fatiga y no es este precisamente el estado de ánimo en el cual puede llevarse a cabo la visita a una persona mayor en edad y muy admirada. Pero la fatiga podía continuar hasta el final, y antes de este era mi deseo testimoniarle a usted una vez más mi simpatía y mi gratitud, invariable y aumentadas si cabe en los últimos años.

Las gentes de nuestra clase se han tornado ahora, según parece, harto escasas, y comienzan a sentirse solitarias; por ello mismo es una dicha y un

consuelo saber que en usted alienta aún un defensor y amante de la libertad, de la personalidad, del tesón, de la responsabilidad individual. La mayor parte de nuestros colegas más jóvenes, y por desgracia también algunos de nuestra generación, aspira a otras cosas muy distintas, como es la unificación o igualación, ya sea la romana, la luterana, la comunista u otra cualquiera, y muchos han llevado a cabo ya esta unificación hasta términos que en ocasiones han significado también la autoaniquilación. Ante cada conversión de cualquier camarada de antaño hacia las Iglesias y lo colectivo, ante cada apostasía de un colega que ha caído en la desesperación o en el cansancio sin remedio, demasiado grandes ya para poder seguir siendo un caminante solitario y responsable de sí propio, el mundo se torna para cada uno de nosotros más pobre y más fatigosa la tarea de seguir viviendo. Pienso que a usted le ocurrirá lo mismo.

Acepte usted una vez más los saludos de un viejo individualista a quien no se le ha pasado por la cabeza la idea de enrolarse en una cualquiera de las grandes maquinarias existentes.

AL SR. K. SCH., Decize, Nieve

9 de enero de 1951.

Estimado señor Sch.:

Poco puedo decir, y desde luego nada nuevo, relativo a sus problemas. Yo veo el mundo como artista y creo pensar, desde luego, de manera democrática, pero siento de modo absolutamente aristocrático, esto es, amo cualquier forma de calidad, no de cantidad.

Sabe usted muy bien que Platón es profundo y sagaz con su intento de ayudar al espíritu a que escale el trono también en el campo de lo político; y sabe, asimismo, que él, el artista Platón, ha podido extraviarse en su camino hacia la *Politeia*, un temprano ensayo de gobernar el mundo desde la inteligencia y la razón. Pese a su doble fracaso, Europa ha producido durante dos mil años una Historia Universal no precisamente satisfactoria, mas también una valiosísima cultura. Casi en la misma época que él, vivieron también los más grandes pensadores chinos que hicieron ensayos semejantes y no crearon, desde luego, ningún imperio regido por el Espíritu, pero sí una profundísima concepción de las relaciones entre Espíritu y Estado.

Para nosotros, los que hemos recibido como tarea, ora sea desde el Arte, desde la Naturaleza o desde las ciencias, el sentido de la calidad y el servicio a ella, para nosotros, digo, no puede constituir jamás obligación el servicio a la cantidad ni tampoco el fomento del craso error, ya sea de modo oriental u occidental, que sostiene que los problemas humanos pueden resolverse como los matemáticos. Tenemos que servir a los valores en los que creemos verdaderamente, nada más, y esto aun cuando solo podamos servirles dentro de un ámbito mínimo, en la propia vida y en las pequeñas comunidades, si acaso. Al obrar así nos arriesgamos necesariamente a caer bajo las ruedas y a destruirnos, pero ¿en qué puesto de la vida y del mundo no habríamos de atrevernos a lo mismo? ¡En todos!

He bosquejado los dos pensamientos que me vinieron a las mientes con la lectura de su carta. No me es posible hacer más. Quizá sirvan para robustecer un impulso atacado ya de fatiga o bien le inciten a usted, a través de la réplica contradictoria, a redoblar su coraje. Todo depende únicamente de este coraje. Incluso los más valerosos suelen perderlo también, y entonces nos inclinamos hacia la búsqueda de programas, seguridades y garantías. El valor necesita de la razón, pero no es hijo suyo, sino que procede de estratos más profundos.

A UN DISCÍPULO

Que lee mi libro *Unterm Rad* y de cuando en cuando piensa en el suicidio.

Enero de 1951.

Gracias por su carta; su parte más literaria y placentera me ha gustado tanto como la más grave. Primeramente, con objeto de no hacerle esperar a usted largo tiempo, le he enviado una carta impresa que en parte trata también de los problemas que le aquejan, y ahora quiero darle también, allí hasta donde sea posible, una respuesta individual.

Me plantea usted dos preguntas. La una reza así: "¿Qué debemos hacer?", y yo no puedo contestarla. Durante toda mi vida he sido un defensor del individuo, de la personalidad, y no creo que haya leyes generales y recetas con las cuales sea posible prestar un servicio al individuo. Las leyes y recetas, por el contrario, no están ahí para provecho del individuo, sino de los muchos, de los rebaños, los pueblos y lo colectivo. Las verdaderas personalidades tropiezan con una vida más ardua y difícil, pero también más hermosa; no gozan de la protección del rebaño, pero sí de los gozos de la propia fantasía, y si

superan los años de mocedad han de llevar sobre sí una responsabilidad muy grande.

Su segunda pregunta es esta: "¿Por qué razón no me he ahorcado cuando era seminarista, aunque en ocasiones tuve ganas de hacerlo?" No tengo razones ni motivos que apliquen esta inacción mía; pese a todas las razones en pro, mi gáznate sentía una clara aversión contra el nudo de cuerda, y dentro de mí, sin que yo lo supiese, latía más afán de vida que de muerte. Aunque tanto la escuela como el individuo me angustiaban y a menudo me martirizaban, y el futuro se me aparecía como muy problemático, yo estaba dotado de claros sentidos y de alma, tenía la capacidad necesaria para ver, gustar y sentir cuán bellas y embelesadoras son las cosas, los astros y las estaciones, el primer verdor de la primavera y el primer oro rojo del otoño, el bocado en una manzana, el pensamiento en las lindas muchachas. Añadíase a esto el hecho de que yo era no solo un hombre sensorial, sino también un artista: podía reproducir en mi memoria las imágenes y vivencias que me ofrecía el mundo, jugar con ellas, intentar convertirlas en algo nuevo y más mío mediante dibujos, melodías cantadas entre dientes, palabras poéticas. Y probablemente fue este júbilo de artista y esta sed curiosa de gozo lo que, pese a todo, hacía para mí más deseable la vida que la muerte.

Este fue mi caso. No sé si es también el de usted, o al menos semejante a él; no le conozco a usted y lo único que puedo hacer es desearle que posea dentro de sí esos dones y fuerzas del alma que signifiquen una ayuda.

Por lo que respecta al ahorcarse, el autor de aquel libro tampoco necesitó de la fugacidad y la vanidad, antes al contrario ha encontrado en la indagación y narración de esta fragilidad del mundo de las apariencias tanto encanto y tan secreto gozo, que le fue posible seguir viviendo y escribiendo. No era ya, desde luego, un adolescente cuando escribió su libro; tiempo atrás había sometido a su buena razón los pensamientos de suicidio, los había despojado de su contenido sentimental y se había dicho a sí mismo, con claridad y objetividad, que el suicidio era una posibilidad abierta siempre y en todo tiempo para él y para cualquiera, y por ello mismo bien podía dejar que llegase el momento en el cual el nudo corredizo en torno al cuello resultase más atractivo que la vida.

FELICITACIÓN PARA PETER SUHRKAMP EN EL 28 DE MARZO DE
1951

Mi querido amigo:

Cuando estuviste en Baden y Zürich poco tiempo ha, y tuvimos ocasión de charlar un par de veces, ya había recibido yo, de parte de algunos amigos, el encargo de unir a nuestros regalos de cumpleaños para ti una felicitación especial y sentí este encargo, al igual que todos los similares, como una carga abrumadora. Pues así como gusto singularmente de estrechar la mano a mis amigos, desearles cosas buenas o invitarles a un vaso de vino cuando se ofrece ocasión para ello, no me agrada en absoluto hacer estas cosas de manera pública y oficial; todas las veces que me veo obligado a ello me siento como disfrazado y ridículo, y doy al diablo todo el teatro de festejos y felicitaciones. Añádese a ello el hecho de que cada día se me torna más y más difícil la tarea de escribir, en parte por los achaques de la edad y en parte también por un resto de vanidad de autor; todo aquel que se ha servido un día, con placer y gusto de artista, del lenguaje y de la pluma, pero ha perdido luego el interés por ello y ha experimentado con creciente desazón lo discutible y dudoso de este quehacer, ese tal no puede volver a subir al alto hilo sin sentir sofoco y vértigos. Y de este modo me siento ante mi escritorio, cohibido, sin saber qué hacer y embarazado por mi cometido, que arrastro ya conmigo desde hace un par de semanas como si se tratase de una inflamación de garganta, e intento hallar las palabras apropiadas que he de decirte.

Lo humano, lo privado entre tú y yo, el hecho real de que somos amigos, de que nos tenemos mutuo afecto y nos deseamos todo género de venturas es cosa obvia. Es, como dicen los filósofos en su terrible lenguaje, una *Gegebenheit*, un dato objetivo, y habría que ser más joven, más dotado y más exento de preocupaciones de lo que soy yo para poder expresar todo esto de modo más prolijo y decorativo de lo que puede hacerlo un simple apretón de manos. Las amistades masculinas, sobre todo aquellas que surgen entre hombres de avanzada edad, son tanto más secas y cortas en palabras cuanto más cordiales son y hay parejas de amigos de sesenta, setenta y más años cuyos sentimientos no necesitan de otra expresión que el *Na ja...*, o el *Also Prosit...* También a nosotros

nos bastaría con ello, incluso en cualquier ocasión solemne, como un aniversario, un ensayo para recibir una corona de laurel o un acto necrológico. Y aun cuando llegase el caso de que uno de nosotros concediese al otro la expresión de nuestra simpatía y de nuestra amistad, en modo alguno lo concederíamos a los demás, a los testigos, oyentes y espectadores a quienes divierte sobremanera el intercambio entre dos viejecillos de hermosas palabras y sentimientos, o que presenciarían este intercambio conmovidos y aun fastidiados. No; nos guardaremos muy bien de hacer tal cosa, amice, y no solo por pura sensatez.

Otra posibilidad distinta, y harto más atractiva, de salutación y expresión en esta ocasión jubilar sería apartar de una vez por todas la hoja de parra que encubre la vergüenza de nuestra boca y decirse mutuamente todo cuanto se tiene en contra del otro, dando rienda suelta a toda crítica y a todo el enojo contenido. Bueno sería hablar sobre ello, y en semejante diálogo surgirían más cosas, y más interesantes, que en los abrazos emocionados con dulce marco musical. Mas tampoco tengo la menor gana de hacer tal cosa, y la entraña de tal crítica y de una expresión polémica me ha sido arrebatada mucho tiempo ha por la Gestapo hitleriana, que tras de la invasión de Holanda, en mitad de la guerra victoriosa, se tomó la fatiga de fotocopiar cuidadosamente, con la minuciosidad y la concienzuda perfección que le eran habituales en estos casos, algunas palabras críticas y de censura contra ti que yo escribí para una editorial holandesa en una hora de mal talante, y te las presentó, porque le hubiera agradado mucho por aquel entonces que nos hubiésemos enemistado y separado. Yo no me acuerdo ya, gracias a Dios, de las palabras de mi crítica sobre ti, pero naturalmente no dudo de que estaría hecha con gracia. Así, pues, esta diversión, como tantas otras, nos ha sido arrebatada por los caudillos de la Historia Universal. Y si quisiésemos intercambiar nuestras opiniones acerca de ellos, de estos caudillos de la Historia Universal, se originaría un hermoso y bien acordado dueto, mi querido Peter, pero en modo alguno la música apropiada para festejar tu sesenta aniversario.

Aquel antiguo mordiscar el mango de la pluma, que en tiempos pasados trajo con frecuencia hermosos resultados, ha quedado fuera de uso, desdichadamente, a causa de estas desabridas y caras estilográficas; de otro modo habría llegado el momento de echar mano de este medio estilístico. Así, pues, me veo precisado a continuar y lo hago mientras me tropiezo de manos a boca con la pregunta que me atosiga desde que hice la harto precipitada promesa de llevar a buen puerto esta felicitación para ti. y que es la siguiente pregunta: ¿en qué se basa realmente mi afecto hacia ti, qué es lo que le confiere este sonido especial que le distingue en absoluto de mis demás amistades? Hace veinte o treinta años, cuando yo era todavía psicólogo, o pasaba por tal, no podía plantear ni responder a esta pregunta por la sencilla razón de que todavía no nos conocíamos. Nos conocimos personalmente, y trabamos amistad, apenas dos o tres años antes de comenzar la segunda guerra mundial, durante mi última y breve estancia en Alemania. Te vi entonces en una situación llena de peligros, sí, pero todavía relativamente brillante, como continuador y mantenedor, caballerescamente dispuesto al sacrificio y a la batalla, del viejo y querido S. Fischer, y entre nosotros nada se habló aún - aunque pensábamos de modo muy similar sobre el futuro - acerca de las amargas luchas y sacrificios a los que habría de llevarte tu quizá excesivamente

hidalga lealtad. Sea como fuere, entonces eras ya un partisano de la resistencia contra los métodos e ideologías del terror imperantes a la sazón, y yo creo que llegué a tener algún presentimiento, algo así como un sabor anticipado, de los padecimientos y pruebas que habían de esperarte, porque en mi afecto hacia ti se mezclaban, ya en aquel primer y hermoso encuentro en Bad Eilsen, el temor y la compasión. Cuan fundados estaban este temor y esta compasión lo demostraron algunos años después tus experiencias en el dramático viaje a través de las cárceles y los campos de concentración hitlerianos; después, cuando lograste escapar de aquel infierno, destrozado y vejado, pero vivo, comenzó la nueva época de pruebas y sufrimientos que hoy no has superado aún y que es, quizá, más amarga todavía que aquella primera, porque frente a ti no se encontraban ya enemigos y demonios, sino gentes que un día fueron tus amigos, y que ahora te abandonaron, exceptuando a un par de ellos, y pagaron tu lealtad con su ingratitud. Esta vez tuve al menos la posibilidad de estar a tu lado moralmente y demostrarte mi fidelidad.

En aquel entonces teníamos preocupaciones muy distintas a las de hoy, y preocupaciones, sin embargo, que pese a su relativa falta de importancia, a veces incluso ridiculez, hubieron de ocultarse a los ojos de la censura alemana y a la comunicación escrita. Los nazis no llegaron a considerar necesaria una prohibición formal de mis escritos y una desnacionalización de mi persona, aunque eran profundamente contrarios tanto a aquellos como a esta. Pero desde mucho tiempo atrás yo no era ya ciudadano alemán, y, además, si mis libros estaban en la lista de la literatura no grata, contaban con la simpatía de ciertos círculos en Alemania a quienes no se quería dar abiertamente en la cabeza. Por si fuera poco, se vendían también en el extranjero, y proporcionaban a los todopoderosos su dinerillo en buenas divisas. Por ello se contentaron con advertir al librero y a la prensa que yo era persona muy poco agradable, y en todo lo demás hicieron un poco la vista gorda si el librero no exponía mis libros en el escaparate o en la mesa de su tienda, aunque los vendiese con una sonrisa avergonzada. En lugar de la escueta prohibición, hallaron sin embargo otro medio compulsivo: no se concedía cupo alguno de papel para las reediciones de los libros indeseables. Así, mi libro *Meditaciones*, que contiene todos mis artículos pertenecientes a los años de la primera guerra, estaba del todo agotado y desaparecido de la venta, y con algunos otros libros, cuya reimpresión hubiese estado próxima, se dio ocasión a curiosísimas preguntas y reflexiones. He olvidado ya la mayoría de estas preguntas, pero me acuerdo todavía de dos. En mi libro de poemas *Trost der Nacht* muchos poemas llevaban dedicatorias a diversos amigos, y entre estos figuraban también judíos y emigrantes. Fui preguntado si estaba dispuesto a eliminar estas manchas. Yo sentía gran afecto por el libro y deseaba salvarlo; por ello taché las dedicatorias, no solo las

ingratas, naturalmente, sino todas. Otro fue el caso de mi *Goldmund*. Contiene este libro algunas líneas sobre el antisemitismo y los *pogroms* en la Alemania de la Edad Media, y suprimir estas líneas hubiese sido una concesión a los nazis sobre la cual era imposible ponerse de acuerdo. Así, pues, el libro desapareció lo mismo que las *Meditaciones* y solo ha sido reimpresso nuevamente después de la segunda guerra mundial. Si es cierto que la compasión y el cuidado jugaron y juegan siempre un papel en mi relación contigo, también lo es que jamás ha sido una compasión de segundo rango, la que el fuerte y el seguro pueden sentir ocasionalmente para con el débil y el pobre diablo. Muy al contrario, dondequiera que tú aparecieses en peligro, vejado y necesitado de protección, tanto en tu naturaleza como en tu paciencia, percibía yo en mi propio ser una espacie de amenaza y de vulnerabilidad muy próxima a mi propia naturaleza. Con frecuencia, casi con ira, te he deseado más dureza, más vigor defensivo y más capacidad ofensiva, y mucha menos paciencia, menos sumisión de las que posees; y, sin embargo, era precisamente esta falta de dureza, esta paciencia y esta disposición para el sufrimiento lo que yo comprendía y sentía en el fondo de mi ser, y lo que ganó mi corazón para tu amistad. "Peter, sé duro", te he dicho algunas veces, y he aumentado mi afecto hacia ti precisamente porque no te tornabas más duro.

Pero no quisiera divagar en psicología investigando más al pormenor hasta qué punto descansa nuestra camaradería en las diferencias y hasta dónde se basa en las similitudes de nuestras dos naturalezas. Dejemos de una vez por todas este tema. Yo te deseo hoy, por puro egoísmo, que tus fuerzas no desfallezcan en mucho tiempo todavía. Hay suficientes editores que pueden vivir sin autores, pero en caso contrario es sencillamente imposible.

Tu vida es tan distinta y opuesta a la mía como es posible; una vida de agitación, de incomodidad, rebotante hombres, viajes, visitas, llamadas telefónicas, agitada en torbellino constante como por el ritmo de una centrifugadora. Esto lo hacen muchos, la mayoría quizá. Pero, no obstante, de ti emana el sosiego y la paz, nunca causas en mí un efecto excitante; pocas veces te he visto de otro modo que no fuera acosado, sobrecargado de trabajo, y, sin embargo, nunca te recuerdo impaciente. Tú posees algo de profundamente cristiano en tu corazón, y al mismo tiempo algo de ese sosiego oriental, un soplido del Tao, una secreta alianza con el interior, con el corazón del mundo. Volveré a meditar muchas veces sobre este misterio.

EPILOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN DE LAS "CARTAS"

(1952)

Han llegado hasta mí innumerables peticiones y ruegos de que añadiese a mi libro de cartas unas palabras explicativas. Algunos lectores han pedido incluso un catálogo o índice de nombres de todos los destinatarios de estas cartas, y casi todos una explicación minuciosa de cómo se ha llevado a cabo la selección.

No puedo decir muchas cosas sobre el particular. Yo he escrito muchos millares de cartas sin pensar jamás en guardar copia de ellas. Solo desde que empecé a compartir la vida con mi esposa, esto es, desde 1927, hemos conservado ocasionalmente cartas cuyo tema nos parecía característico o en las cuales se nos antojaba que un problema cualquiera de interés general aparecía formulado con singular precisión. Algunas Veces mi mujer copio una carta por entero o en parte, otras lo hice yo mismo con objeto de alegrarla con este nuevo incremento de su colección. Así surgió poco a poco una colección de cartas bastante mayor que el contenido de este libro. Cuando se planteó seriamente la cuestión de una posible publicación, mi mujer leyó de nuevo toda la colección y me leyó a mí aquellas cartas que le parecían más apropiadas para la publicación; ambos hemos corregido juntos los textos sin introducir modificaciones, como es natural, pero reduciéndolas a lo esencial mediante cortes y abreviaturas. En la labor selectiva predominó siempre el afán de dejar aparte, en la medida de lo posible, lo puramente privado, y allí donde un mismo tema aparecía tratado varias veces, hallar y escoger la formulación más escueta y aguda de todas.

FIN DE LAS "CARTAS"

CARTAS COLECTIVAS

SECRETOS

(1947)

En ciertas ocasiones siente el poeta, y quizá también quien no lo es, la necesidad imperiosa de apartarse por una hora de las simplificaciones, sistemas, abstracciones y demás falacias totales o parciales, y contemplar el

mundo tal como es en realidad, esto es, no como un sistema de conceptos complicado, sí, pero en última instancia abarcable y comprensible, sino como la inmensa selva primigenia llena de secretos hermosos y terribles, siempre renovados, del todo incomprensibles, que en verdad es. Todos los días tenemos ocasión de observar, por ejemplo, el llamado acontecer mundial, presentado en los periódicos, liso y llano, al alcance de la vista, reducido a dos dimensiones tan solo, oscilando desde las tensiones políticas entre el Este y el Oeste hasta la investigación del potencial bélico japonés, desde la curva de los índices hasta la aseveración de algún ministro, en el sentido de que la monstruosa potencia dinámica y peligrosidad de las más recientes armas de guerra debería llevar, precisamente, a destruir estas armas o a transformarlas en arados; y aunque todos sabemos que ninguna de estas cosas es verdadera realidad, sino en parte mentiras y en parte hábiles juegos de ilusionismo envueltos en un lenguaje superrealista, divertido, fantástico, irresponsable, esta imagen del mundo diariamente repetida, aunque se contradiga a sí misma, de un día para otro, de manera tan burda, nos causa una y otra vez cierto placer o nos trae cierta tranquilidad, porque durante un instante el mundo parece ser, en realidad, liso y llano, abarcable de una sola ojeada y carente de secretos, y someterse de buen grado a cualquier explicación que se acomode a los deseos de los suscriptores. Y el periódico no es sino un ejemplo entre mil; ni él ha inventado la desrealización del mundo, ni tampoco la abolición de los secretos, ni es su único practicante y beneficiario. No; de idéntico modo que el suscriptor, cuando ha terminado de ojear su periódico, goza durante unos instantes de la ilusión de saber cuanto ocurre en el mundo durante veinticuatro horas y de que, en el fondo, nada ha pasado sino todo cuanto ya predijeron en parte los avisados redactores en el número del jueves, del mismo modo se pinta y se miente a sí mismo cada uno de nosotros, todos los días y en todas las horas, el bosque primitivo de los secretos como un lindo jardín o un mapa liso y abarcable fácilmente: el moralista con ayuda de sus máximas, el religioso con ayuda de su fe, el ingeniero con ayuda de su regla de cálculo, el pintor con ayuda de su paleta y el poeta con ayuda de sus arquetipos e ideales; y cada uno de nosotros vive contento y tranquilo en su mundo ficticio y en su mapa de mesa, hasta que siente cómo se precipita súbitamente sobre él, a través de cualquier ruptura o cualquier iluminación repentina y terrible, la realidad, lo monstruoso, lo espantosamente bello, lo espantosamente horrible, y se siente abrazado por ello sin posible salvación, mortalmente rodeado y envuelto. Esta situación, esta iluminación súbita, este despertar, este vivir en la realidad desnuda nunca dura mucho tiempo; lleva la muerte en sí, y dura solo, cada vez que un hombre ha sido apresado por ello y precipitado en el espantoso torbellino, el tiempo preciso y justo que es capaz de soportar un ser humano y acaba después, o con

la muerte, o con la desalada fuga hacia lo irreal, hacia lo soportable, lo ordenado y lo comprensible. En esta tolerable, indiferente, tibia y ordenada región de los conceptos, de los sistemas, de los dogmas y de las alegorías vivimos nueve décimas partes de nuestra existencia. Así vive, contento y sosegado, en calma y orden, aunque quizá maldiciendo con frecuencia, el hombrecillo en su casita o su piso, sabiendo que encima sí tiene un techo, debajo de sí un suelo, y más debajo todavía, muy lejos ya, una conciencia del pasado, de su propio porvenir, de sus presentimientos y anhelos, que casi todos fueron y vivieron como él mismo, y por encima de él, además, una ordenación, un Estado, una Ley, un Derecho, una fuerza armada..., hasta que todo esto desaparece y queda aniquilado súbitamente, en un breve instante, techo y suelo convertidos en trueno y fuego, orden y derecho trocados en ruina y caos, sosiego y bienestar en angustiosa amenaza de muerte, hasta que todo el mundo ficticio, tan tradicional, tan respetable y digno de confianza, estalla en llamas y añicos y no resta nada de él sino lo monstruoso, la realidad. Puede dársele el nombre de Dios a lo monstruoso e incomprensible, a lo espantoso, a lo tan urgentemente persuasivo por obra de su propia realidad, pero el nombre no le añadirá nada, ni le hará ganar comprensión, claridad y facilidad para ser soportado. El reconocimiento de la realidad, que siempre es momentáneo, puede ser originado por la lluvia de bombas de una guerra, esto es, precisamente por aquellas armas que, según las palabras de algún ministro, nos obligarán algún día, por su misma espantosa crueldad, a convertirlas en arados; para los individuos basta en ocasiones con una enfermedad, o con una desgracia acaecida en su más íntima cercanía, a veces también un momentáneo estancamiento de su talante vital, un despertar de alguna pesadilla poblada de espectros, una noche de insomnio, Para situarle bruscamente ante lo inexorable y hacer que, durante un tiempo, se tambalee para él todo cuanto signifique orden, regalo, seguridad, fe o conocimiento.

Basta ya de esto; todos lo conocemos, todos sabemos de qué se trata, aunque solo nos haya rozado una vez, o unas pocas más, esta experiencia, y creamos habernos librado de ella y olvidado felizmente el suceso. Pero no, esta experiencia no se olvida jamás; y si la conciencia se obstina en encubrir la, la filosofía o la fe la desmienten y el cerebro intenta liberarse de ella, se ocultará en la sangre, en el hígado, en los dedos del pie, y surgirá de nuevo un día, indefectiblemente, en toda su vivida frescura, imposible de borrar de la memoria. En las líneas que siguen, no querría perderme en filosofías acerca de lo real, el bosque de los secretos ancestrales, lo numinoso y otros nombres de la experiencia; tarea es esta propia de otras personas, porque el espíritu humano, el sabio y juicioso, nunca suficientemente admirado, ha conseguido también esto: hacer de lo sencillamente incomprensible, único, demoníaco e imposible de

soportar, una filosofía con sistemas, profesores y autores. No son estas cosas de mi competencia, y ni siquiera he sido capaz de leer verdaderamente a los especialistas del enigma vital. Tan solo quisiera, porque sí, porque la hora me es propicia para ello, esbozar con la diaria historia de mi profesión, sin tendencia ni orden alguno, algunos aspectos sobre la relación del poeta con las mentiras de la vida, y también sobre el relampaguear del misterio a través de los muros de estas mentiras. Y añadido más: el poeta, como tal, no se halla ni un ápice más cerca del misterio del universo que cualquier otro hombre; tan imposible como para los otros, es para él vivir y trabajar sin tener un suelo bajo sus plantas y un techo encima de sí, y en torno a su lecho un mosquitero de sistemas, convenciones, abstracciones, simplificaciones y trivialidades. El también, lo mismo que el periódico, se crea su propio uso, con la tiniebla preñada de truenos que es el mundo, una ordenación y un mapa; él también prefiere vivir en la superficie que en lo pluridimensional, oye con mayor gusto la música que las explosiones de las bombas, y con aquello que escribe suele dirigirse a sus lectores lleno de la solícita ilusión de que existe una norma, un lenguaje, un sistema, que le posibilitan para dar a conocer a los demás su pensamiento y sus experiencias vitales, de tal manera que el lector puede vivirlas también, en cierto modo, y apropiárselas realmente. Por lo común hace lo que todos hacen, desempeña su oficio tan bien como es capaz, y se guarda mucho de reflexionar hasta dónde será capaz de soportar su peso el suelo que pisa, hasta dónde podrán sus lectores aceptar, sentir y participar realmente de sus propios pensamientos y vivencias y dónde, en fin, su fe, su imagen del mundo, su moral y su sistema de ideas son iguales que los de su lector.

Recientemente fui calificado de "viejo y sabio" por un joven que me escribió. "Tengo confianza en usted - decía en su carta - porque sé que es usted viejo y sabio." Pasaba yo entonces por un momento de buena disposición, y ello hizo que no tomase la lectura de esta carta, muy semejante, por lo demás, a otras cien de otras personas, a beneficio de inventario; antes al contrario, espigué aquí y allá alguna frase, un par de palabras, considérelas con la mayor exactitud y precisión posibles y luego les interrogué sobre su íntima esencia. "Viejo y sabio" estaba escrito allí, y estas palabras podían incitar a la risa a un anciano cansado y malhumorado que a lo largo de su dilatada y rica existencia había creído con harta frecuencia hallarse infinitamente más cerca de la sabiduría que ahora, en su estrecha y poco grata situación. Era viejo, sí; esto era cierto: viejo y gastado por los años, desengañado y cansado. Mas, sin embargo, la palabra "viejo" podía significar también algo completamente distinto. Cuando se habla de viejas leyendas, viejas casas y villas, viejos árboles, viejas comunidades o viejos cultos, este adjetivo "viejo" no hacía referencia a nada peyorativo, burlesco o despreciativo. Yo podía, pues, recabar para mí mismo,

solo en muy sucinta parte, las cualidades de la vejez; sentíame inclinado a valorar tan solo la mitad negativa de las múltiples significaciones de la palabra, y a referirlas a mí mismo. Pues bien, para el joven que me escribía, la palabra

"viejo", por cuanto a mí se refería, debía de poseer un valor y un sentido pintoresco, blanca y luengamente barbado, apacible y sonriente, en parte conmovedor y en parte

venerable; para mí, al menos, tuvo ya esta acepción secundaria en los lejanos tiempos en que no era viejo todavía. Así pues, podíamos aceptar y dar por buena la palabra, comprenderla y hasta considerarla estimable apostrofe.

¡Pero este otro adjetivo de "sabio"! ¿Qué debía significar en rigor? Si lo que significaba era una vacía nada, algo vulgar y común, borroso y turbio, un epíteto gastado por el uso, una frase hecha, podía pasarse por alto, sin más cuidado. Y si no era tal cosa, si verdaderamente quería significar algo, ¿cómo podría yo penetrar hasta el fondo de esta significación? Acordéme entonces de un método viejo ya, y empleado por mí con frecuencia: el método de la libre asociación. Me distendí y reposé unos instantes, di luego un par de paseos por la estancia, repetíme luego una vez más la palabra "sabio" y esperé la primera ocurrencia que se me viniese a las mientes. Y he aquí que fue otra palabra la que se anunció como ocurrencia súbita: la palabra Sócrates. Esto, sin duda, era algo, no era una mera palabra, era un nombre y detrás de este nombre no había una pura abstracción, sino una figura, un hombre. Mas ¿qué relación guardaba el sutil y dudoso concepto de sabiduría con el nombre realísimo y jugoso de Sócrates? Fácil era adivinarlo. La sabiduría era aquella cualidad atribuida en lugar preeminente a Sócrates, de modo irrecusable, por maestros y catedráticos, por eminentes conferenciantes ante la sala abarrotada de público, por los autores de los artículos de fondo y de los folletines, en cuanto llegaba el momento de hablar de él. El sabio Sócrates. La sabiduría de Sócrates..., o bien, como diría el eminente conferenciante: la sabiduría de un Sócrates. Nada mas había que añadir a esta sabiduría. Sin embargo, apenas escuchada esta frase, se anunciaba tras ella una realidad, una verdad; a saber: el Sócrates real, una figura llena de reciedumbre y de fuerza persuasiva, pese a todos los ropajes de la leyenda. Y esta figura, este anciano ateniense de rostro feo y bondadoso, había rendido una información tajante e indudable acerca de su propia sabiduría, al confesar, viva y expresamente, que él no sabía nada, absolutamente nada, y que no mantenía pretensión alguna sobre el adjetivo "sabio".

Hálleme, pues, apartado nuevamente del sendero recto , y abocado al inmediato dominio de las realidades y de los misterios. Así era, en efecto;

apenas se dejaba uno seducir por el deseo de tomar rigurosamente en serio los pensamientos y las palabras, cuando se encontraba de súbito en el vacío, en lo incierto, en la tiniebla. Si el mundo de los sabios, de los elocuentes, de los artistas de la dicción, de las cátedras y los ensayos tenía razón, era él un completo ignorante, un hombre que en primer lugar nada sabía y que no creía en saber alguno ni tan siquiera en su posibilidad, y que, en segundo lugar, hacía precisamente de este no saber y de este no creer en el saber su propia fuerza, su instrumento para interrogar a la realidad.

Allí estaba yo, un hombre viejo y sabio, ante el viejo e ignorante Sócrates, y nada me restaba sino defenderme o enrojecer de vergüenza. Causa más que suficiente había para esta vergüenza, porque, dejando a un lado todas las posibles intrigas y sutilezas, yo sabía perfectamente bien que el muchacho que me había calificado en su carta de sabio no había hecho esto llevado solamente por un arrebató de tontería o de juvenil atolondramiento; antes al contrario, yo mismo le había dado pie para ello, le había inducido a hacerlo, le había autorizado en cierto modo, por medio de algunas de mis palabras poéticas, en las cuales podía percibirse algo semejante a la experiencia y a la meditación frecuente, algo como una doctrina o una sabiduría acrisolada por la ancianidad, y aunque yo, según creo, he colocado posteriormente entre comillas a la mayoría de mis "sabidurías" formuladas poéticamente, las he puesto en tela de juicio, incluso las he echado por tierra, revocándolas; sin embargo, he afirmado más que negado a lo largo de mi vida y de mi quehacer, he asentido o cuando menos callado, más que luchado, y he demostrado con harta frecuencia una reverencia indudable frente a las tradiciones del espíritu, de la fe, del lenguaje y de las costumbres. En mis escritos aparecía aquí y allá, pero de modo incontestable, un relámpago, un desgarrón en las nubes y los ropajes de las imágenes de altar evocadas por mí; un desgarrón tras el cual se divisaba un mundo espectral, cargado de apocalíptica amenaza, indicábase aquí y allá que la más segura y estable posesión del hombre es su propia pobreza, y el hambre su pan más propio y peculiar, mas, con todo, y al igual que los demás hombres, me había vuelto con predilección hacia los hermosos mundos formales y las tradiciones, había otorgado preferencia a los jardines de las sonatas, las fugas y las sinfonías frente a todos los apocalípticos cielos ígneos, y a los juegos y las consolaciones mágicas del lenguaje frente a todas las experiencias vitales en las que el lenguaje queda en suspenso, aniquilado, porque durante un instante hermosamente terrible, quizá bienaventurado, quizá, también, letal, sentimos que nos mira cara a cara lo indecible, lo inconcebible, ese recóndito meollo del mundo que solo puede experimentarse como misterio y estupefacción. Si el mancebo escritor no había visto en mí un Sócrates ignorante, sino un sabio en el

sentido de los profesores y los folletines, era yo quien le había dado la razón y el fundamento para hacerlo.

Fuere como fuere, había algo imposible de averiguar: el significado verdadero, tanto de la representación mental del joven cuanto de su propia experiencia sobre el clisé de la sabiduría. Quizá su sapiente anciano no fuese sino una simple marioneta, un maniquí engañoso; quizá, por el contrario, conociese también él aquella serie de asociaciones de la palabra "sabio" que yo acababa de recorrer mentalmente. Quizá pensase él también, de manera inmediata e involuntaria, en Sócrates al pronunciar la palabra "sabio", para comprobar después con extrañeza y confusión que precisamente Sócrates no quería junto a sí nada de sabiduría, no quería saber nada de ella.

La investigación sobre las palabras "viejo y sabio" me había reportado, pues, muy escasa utilidad. Empecé entonces, para despachar de un modo u otro el asunto de la carta, el camino opuesto y procuré extraer una explicación, una luz, no de unas palabras aisladas cualesquiera» sino del contenido total que el joven había expresado en su carta. Este contenido era en realidad una pregunta, una pregunta en apariencia muy simple, y, por tanto, muy simple también, aparentemente, de contestar. Rezaba así: "¿Tiene un sentido la vida o quizá sería mejor alojar una bala en la cabeza?" A primera vista, esta pregunta no parece permitir demasiadas respuestas. Yo podía replicar: no, mi querido amigo, la vida no tiene sentido alguno, y en realidad es mejor, etc. O bien podía decir: la vida, mi querido amigo, tiene, por supuesto, un sentido, y la solución de la bala no hace en absoluto al caso. O también: la vida carece de sentido, es cierto, pero no por ello hay que matarse de un tiro. O también: la vida, sin duda alguna, tiene un sentido, pero resulta tan difícil saber apreciarlo debidamente o tan siquiera reconocerlo, que lo mejor que puede hacerse es dispararse, etc.

Estas serían, poco más o menos, las posibles respuestas a la pregunta del mozo, según podría pensarse en un primer golpe de vista. Pero apenas prosigo mi ensayo de nuevas posibilidades, cuando veo que las posibles respuestas no son cuatro u ocho, sino cien o mil. Y, sin embargo, podría jurarse que, en el fondo, solo hay una única respuesta para esta carta y su redactor, una sola puerta abierta, una sola redención posible del infierno de su miseria.

Para encontrar esta única respuesta no me sirve de ayuda ninguna sabiduría, ninguna senectud. La pregunta de la carta me aboca a la más profunda tiniebla, porque aquellas sabidurías con las cuales puedo contar, también aquellas otras de que disponen directores espirituales mucho más ancianos y más expertos que yo, resultan magníficas para ser administradas en libros y predicaciones, en conferencias y artículos, mas no en casos individuales

y verdaderos, como este; no con pacientes sinceros y leales como el mío. que respeta y valora profundamente, por cierto, la ancianidad y la sabiduría, pero que compromete en ello una amarguísima gravedad, y que arrebatada de mi mano todas las armas, artimañas y ardidés posibles con estas sencillas palabras: "Tengo confianza en usted."

¿Qué respuesta podrá hallar esta carta, con una pregunta tan infantil como llena de seriedad?

Desde las líneas de esta carta, algo ha volado hasta mí, algo ha centelleado ante mis ojos; algo, que percibo y asimilo antes con los nervios que con la razón, antes con el estómago o el simpático que con la experiencia y la sabiduría: es un soplo de realidad, un relámpago entrevisto a través del entreabierto desgarrón de las nubes, una llamada lejana, venida del más allá de las convenciones y los apaciguamientos, y no existe solución alguna, sino contenerse y callar, o aceptar y obedecer la llamada. Quizá tenga yo todavía, ante mí, la posible elección; quizá pueda decirme aún: no puedo auxiliar a este pobre muchacho, yo sé tan poco como él mismo; quizá lo mejor que pueda hacer es poner esta carta suya debajo de un montón lo mayor posible de otras cartas y así, de modo semiconsciente, cuidar de que permanezca allí debajo y desaparezca progresivamente, hasta olvidarla por completo. Pero mientras pienso esto, sé también que solo podré olvidarla cuando esté contestada efectivamente, y contestada de modo exacto y certero. El que yo sepa esto, el que me halle persuadido de ello, no proviene ni de la experiencia ni de la sabiduría; proviene de lo recio y alto de la llamada, del encuentro frente a frente con la realidad. Así, pues, la fuerza de la cual habré de extraer mi respuesta no procede de mí, de mi experiencia, mi discreción, mi destreza o mi humanidad, sino de la realidad misma, de esa diminuta esquirola de realidad que ha traído hasta mí esta carta. La fuerza, pues, que dará respuesta a esta carta yace en la carta misma, que habrá de responderse a sí propia; el joven mismo se dará la respuesta que busca. Si él es capaz de arrancar una chispa de mí del pedernal, del viejo y sabio, no es sino su martillo, su golpear, su urgencia, su fuerza sola quienes hacen saltar las chispas.

No debo silenciar que he recibido ya incontables veces esta misma carta con la misma pregunta, la he leído y la he contestado o dejado sin respuesta. Mas el aprieto y urgencia de la necesidad no son siempre los mismos; las almas recias y puras no son solo quienes plantean tales preguntas a cualquier hora, también adelantan un paso los mozos ricos, con sus sufrimientos a medias y su entrega a medias también. Alguno ha habido ya que me escrito diciéndome que yo era la persona en cuyas manos depositaba él la suprema decisión; un sí

pronunciado por mí, y él se vería sano y salvo; un no, y moriría... Y por muy fuertes que sonasen estas palabras, en ellas percibía yo una apelación a mi vanidad, a mi propia debilidad, y mi juicio fue este: este sujeto no sanará con mi sí, ni morirá con mi no, sino que proseguirá cultivando su angustiada problemática y enderezará quizá sus preguntas a otras personas igualmente calificadas de viejas y sabias, se consolará un poco y se regocijará otro tanto con las respuestas que reciba, y reunirá al cabo una buena colección de ellas dentro de una carpeta.

Si hoy no sospecho yo tal cosa del joven que me escribe, si tomo en serio sus palabras, respondo a su confianza y siento el sincero deseo de ayudarlo, nada de esto acaece por propio impulso mío, sino de él. Es su propia fuerza, que guía mi mano; su realidad, que quebranta mi convencional sabiduría proveya; su pureza, que me obliga asimismo a la lealtad, y esto no por causa de una virtud cualquiera, de un amor al prójimo o un sentimiento de humanidad, sino por amor a la vida y a la realidad, del mismo modo que, tras de haber espirado el aire que llena nuestros pulmones, necesitamos volver a inspirar de nuevo, un instante después, y pese a todos los propósitos o las teorías abstractas. No actuamos nosotros, sino que sucede con nosotros y a pesar nuestro.

Y si ahora, constreñido por la necesidad, iluminado por los relámpagos de la vida verdadera, me dejo empujar a la acción rápida por la delgadez de su aire, tan difícilmente soportable, si incito a la carta a que me hable o me grite una vez más, hallo que no puedo oponer ya a esta carta ni pensamiento ni duda alguna, que no puedo someterla a investigación ni diagnóstico, sino que debo seguir su llamada, no ceder a mi saber y consejo, sino a lo único que puede ayudar verdaderamente, esto es, la respuesta que desea recibir el joven y que necesita percibir en otra boca, para percatarse de que es su propia respuesta; su propio desamparo, lo que él acaba de conjurar.

Mucho es preciso para que una carta, una pregunta de un desconocido, llegue verdaderamente hasta su destinatario porque el remitente puede muy bien expresarse en signos convencionales, pese a lo auténtico y urgente de su necesidad. El pregunta: "¿Tiene un sentido la vida?", y esta frase suena vaga y disparatada, como el dolor cósmico de un adolescente. Pero no se refiere a "la" vida, no; nada tiene él que ver con filosofías, dogmáticas o derechos humanos. Al decir esto, se refiere única y exclusivamente a su propia vida, y en modo alguno desea escuchar de mi presunta sabiduría una frase profesoral o una sensata indicación sobre el arte de dar un sentido a la vida, no; lo que él desea es que su desamparo y su angustia real sean percibidos por un ser humano, real también; sean compartidos por un instante, y por este medio se vean vencidos y

superados al menos esta vez. Y si yo le otorgo esta ayuda, no seré yo quien le ha ayudado, sino la realidad de su propia angustia, que durante una hora me ha despojado a mí, viejo y sabio, de esta sabiduría y esta ancianidad y me ha anegado bajo una ola ardorosa y gélida de realidad.

Basta ya de esta carta. Lo que suele ocupar al poeta después de la lectura de las cartas que le dirigen sus lectores, son cuestiones como esta: ¿qué es lo que yo, en rigor, he pensado, he querido, he opinado y he perseguido al escribir mis libros, dejando a un lado el puro placer de escribir? Y después, preguntas como esta: ¿cuánto de lo que tú has pensado y perseguido con tu trabajo será aprobado o rechazado por tus lectores? Más aún: ¿cuánto de ello será percibido realmente por los lectores y comprendido conscientemente? Y esta pregunta: ¿acaso lo que un poeta piensa y desea lograr con sus creaciones, acaso su voluntad, su ética, su autocrítica, su moral, tiene algo que ver con los efectos que causan sus libros? Según mi propia experiencia, es bien poco en verdad. Ni siquiera aquella pregunta que suele ser la más importante para el poeta en la mayoría de los casos, y me refiero a la pregunta por el valor estético de su trabajo, por su contenido en belleza objetiva, juega en la realidad un papel demasiado importante. Un libro puede carecer de valor estético y poético y, sin embargo, ocasionar poderosos efectos. En apariencia, muchos de estos efectos son racionales y calculables, fueron previsibles y probables. Pero, en verdad, el acontecer de las cosas en el mundo es también aquí plenamente irracional y anárquico.

Para volver una vez más al tema del suicidio, tan caro y atractivo para la juventud: muchas veces he recibido cartas de mis lectores en las que me comunicaban que se hallaban justamente en trance de quitarse la vida cuando cayó en sus manos este libro, que les liberó y les iluminó, y desde aquel momento todo volvió a su cauce. Pero sobre este mismo libro, que tan saludables y redentores efectos podía causar, me escribió también el padre de un suicida, con palabras llenas de amarga acusación: mi libro, tres veces maldito, contábase entre aquellos que su pobre hijo había tenido sobre su mesilla de noche en los últimos meses, y solo a él debía imputarse la responsabilidad de lo sucedido. Sin duda, yo pude replicar a este padre enojado que simplificaba demasiado las cosas en favor propio si achacaba a un libro la responsabilidad por lo ocurrido a su hijo; pero pasó un buen tiempo hasta que pude "olvidar" aquella carta y bien se ve qué clase de olvido ha sido este.

Sobre otro de mis libros, escribióme una dama desde Berlín, en la época en que Alemania alcanzó el punto culminante de la curva febril del nacionalismo. Me decía que un libro tan indigno como el mío debería ser

condenado al fuego; buen cuidado tendría ella, y esperaba que todas las madres alemanas siguiesen su ejemplo, de guardar a sus hijos de semejante libro. Esta dama habrá guardado sin duda alguna a sus hijos, si es que realmente los tenía, del trato y conocimiento de mi vergonzoso libro; pero seguramente no habrá podido defenderles de la devastación de medio mundo, del triste vadear ese río de sangre de las víctimas inocentes e inermes y de todo el resto de horrores. Lo más curioso, sin embargo, es que otra dama alemana, más o menos por aquella misma época me escribió acerca de este mismo libro diciéndome si ella tuviese hijos, les daría a leer este libro a todos para que aprendiesen a contemplar la vida y el amor a través de él. No obstante, al escribir mi libro yo no había intentado ni llevar a los jóvenes a la perdición, ni tampoco darles lecciones sobre la vida; en ninguna de ambas cosas había pensado ni un solo instante.

Pero hay otra cosa, en la que probablemente no piensa jamás ningún lector, que pueda convertirse en obsesión y tormento para el poeta, y es la pregunta siguiente: ¿por qué yo, contrariamente a todos mis sentimientos en apariencia más espontáneos, he de exponer ante las miradas ajenas los hijos de mi imaginación, los hijos de mi gozo y de mi dolor, tejidos con la mejor y más pura sustancia de mi vida, y ver cómo salen al mercado público y son sobreestimados o menospreciados, ensalzados o escupidos, estimados o injuriados? ¿Por qué no puedo retenerlos conmigo, mostrárselos, cuando más, a algún amigo, no permitir jamás su publicación o consentirla si acaso para después de mi muerte? ¿Es acaso afán de notoriedad, vanidad, espíritu agresivo o deseo inconsciente de verme agredido, lo que me empuja a lanzar al mundo una y otra vez a mis hijos amados y a exponerlos a la incompreensión, al azar, a la rusticidad?

Es esta una pregunta de la que jamás se libera ningún artista. Porque el mundo nos paga por nuestra obra, si, y algunas veces con alta sobretasa; pero no nos paga con vida, con alma, con felicidad, con sustancia, sino con aquello que él tiene y puede dar, esto es, con dinero, con honores, con inclusión en la lista de los ilustres. Sí; para el trabajo del artista son posibles las más inverosímiles respuestas del mundo. Como esta, por ejemplo: un artista trabaja para un pueblo que no es sino su campo natural de acción y su mercado también natural, pero este pueblo deja pasar inadvertida esta obra de arte que le ha sido confiada, y niega al artista tanto su reconocimiento como su pan. Súbitamente, un pueblo distinto y extranjero se acuerda de él y ofrece al desengañado aquello que ha merecido en mayor o menor medida: estima y pan... En ese mismo instante, el pueblo a quien fue dedicado y ofrecido aquel trabajo comienza a aclamar jubilosamente al artista y se regocija de que un

hombre salido de sus filas sea tan apreciado y elogiado. Y no es esto, precisamente, lo más singular que puede suceder entre poeta y pueblo.

De bien poco aprovecha lamentarse por lo irreparable y llorar la pérdida inocencia, pero, no obstante, se hace así; al menos el poeta suele hacerlo. Y de este modo posee para mí un singular encanto el pensamiento de que por medio de artes de magia yo podría convertir de nuevo en propiedad privada todas mis creaciones poéticas y gozar de ellas como un señor particular llamado Fulano de Tal. Hay algo en las relaciones entre el poeta y el mundo que no marcha como es debido; incluso el mundo suele percatarse de ello en ocasiones. ¿Cómo no habría de sentirlo, harto más sensiblemente, el propio artista? Un eco de esta decepción con la que el artista, aun el más cortejado por el éxito, lamenta haber entregado su obra al mundo; un eco de aquel pesar íntimo de haber entregado, vendido y corrompido algo secreto, amado e inocente, brotaba hasta mí, ya en mis años juveniles, desde el fondo de algunas de mis creaciones predilectas, y muy en especial de un pequeño cuento de Grimm, uno de los Cuentos de ranas. Nunca he podido volverlo a leer sin sentir un estremecimiento y un leve dolor en el fondo del alma. Y como no se debe repetir la narración de una poesía mágica como esta, me limitaré a reproducir el cuento, textualmente, al término de mi apuntación.

Una huerfanita estaba sentada junto a las murallas de la ciudad y de repente se quedó sorprendida: allí, de una pequeña grieta en la parte baja del muro, salía una rana. Rápidamente extendió junto a sí el azul pañuelo de seda que llevaba al cuello, porque les gusta tanto a las ranas, que ellas solas se van hasta él. Mas tan pronto como la ranita vio esto, diose media vuelta, volvió a aparecer al momento trayendo una diminuta corona de oro, la puso encima del pañuelo y se marchó de nuevo. La niña tomó la coronita, que destellaba con mil chispas, y vio que era finísimo oro. Momentos después la ranita volvió a aparecer, pero cuando vio que su corona había desaparecido, arrastróse hasta el muro y llena de dolor golpeóse contra él la cabecita, una y otra vez, y tantas cuantas tuvo fuerzas para hacerlo, hasta que quedó muerta allí mismo. Si la niña hubiese dejado la corona sobre el pañuelo, la ranita habría traído sin duda muchos otros tesoros de los que guardaba en el fondo de su cueva.

JUEGOS NOCTURNOS

(1948)

Han transcurrido ya varios decenios desde que logré adquirir cierta maestría en el arte de recordar mis sueños nocturnos, de reproducirlos también, reflexivamente, incluso en ciertas ocasiones de describirlos y de interrogarles por su sentido, según los métodos aprendidos entonces, o al menos rastrearles y escucharles hasta el punto en que brotaba de ellos algo semejante a una admonición y un aguzamiento del instinto, una advertencia y un estímulo, distinto en cada caso, pero acompañado siempre de una mayor intimidad con la región de los sueños, un intercambio entre lo consciente y lo inconsciente mejor y más certero de lo que suele poseerse comúnmente. El conocimiento de algunos libros de psicoanálisis y la práctica psicoanalítica misma, que tuve ocasión de experimentar, fueron para mí algo más que una mera sensación: fueron un encuentro frente a frente con poderes realísimos. Pero como quiera que acaezca con la más intensiva diligencia y afán de saber, con la más genial y cautivadora enseñanza mediante hombres o libros, del mismo modo acaeció, al correr de los años, con este encuentro mío con el mundo del sueño y de lo inconsciente: la vida prosiguió su curso, trajo el planteamiento de nuevas y renovadas exigencias y cuestiones, lo más conmovedor y sensacional de aquel primer choque perdió novedad y exigencia de entrega absoluta, la totalidad de la experiencia analítica no pudo seguir cultivándose por tiempo indefinido como finalidad en sí, sino que fue incorporada y ordenada, olvidada en parte o ensordecida por nuevas exigencias vitales sin perder por ello totalmente su silenciosa eficacia y su fuerza, de modo semejante a como, en la vida de un muchacho, debe coordinarse en una trama de experiencias el pasado y las demás enseñanzas positivas, la primera lectura de Hölderlin, Goethe o Nietzsche, el primer contacto con el sexo opuesto, la primer conmoción operada por los eventos sociales o políticos y sus exigencias perentorias.

Desde entonces acá, he envejecido sin que la capacidad de dejarme interpelar, y en ocasiones enseñar y dirigir sosegadamente por medio de los sueños, me haya abandonado plenamente, pero también sin que esta vida de los sueños haya vuelto a adquirir aquella importancia y aquel apremio perentorio que tuvo durante algún tiempo. Desde entonces, sucédense en mi vida épocas en las que recuerdo mis sueños y otras en las que los olvido sin huella ni rastro alguno apenas alborea la mañana. No obstante, los sueños me siguen maravillando, y precisamente los sueños de otras personas no menos que los míos propios, por lo infatigable e inagotable de su fantasía lúdica Y creadora, por su arte combinatoria tan infantil y tan ingeniosa a un tiempo, por su tan a menudo espléndido humor. Cierta familiaridad con este mundo de los sueños y un repetido meditar sobre la cara artística del arte de los sueños (que, hasta el momento, lo mismo que el arte en general, no ha sido comprendido aún por el psicoanálisis de forma aproximativa, quizá ni tan quisiera observado) ha influido

asimismo en mi obra artística. Siempre me ha agradado en el arte lo juguetón, lo lúdico, y siendo aún muchacho y adolescente cultivé con asiduidad y placer, si bien para mi exclusivo uso personal, una especie de poesía surrealista, y aún sigo haciéndolo hoy, sobre todo en esos amaneceres insomnes, aunque, naturalmente, sin llevar al papel ese mundo de figuras y fantasías caprichosas como burbujas. Y en el ejercicio de estos juegos, así como en la meditación sobre los espontáneos e ingenuos productos artísticos del sueño y los nada ingenuos ni espontáneos del arte surrealista, cuyo goce y cuya práctica tanto placer ocasiona y tan escaso esfuerzo espiritual exige, se me ha hecho claro y comprensible el porqué de mi necesaria renuncia, como poeta, a la práctica de este tipo de arte. Puedo permitírmelo, con la conciencia limpia, en la esfera privada; he escrito miles de versos y de sentencias surrealistas a lo largo de mi vida y sigo haciéndolo aún; pero el tipo de moral y de responsabilidad artística, al cual he llegado al cabo de los años, no me permitiría hoy en modo alguno servirme de este género de producción brotada de lo más privado e irresponsable, para expresar mi producción seria y consciente.

Pues bien; estos razonamientos no pueden ser tratados aquí más al pormenor. Si hoy me ocupo una vez más del mundo de los sueños, no sucede esto con intención deliberada ni fines preconcebidos, sino simplemente estimulado a ello por el hecho de que en el corto espacio de pocos días me han visitado múltiples y singularísimos sueños.

El primero de ellos lo tuve la noche siguiente a un día cruel, lleno de dolores y de invencible cansancio. Poseído de un ánimo pesaroso y hondamente abrumado y obligado a permanecer en el lecho por los agudos dolores de mis miembros enfermos, yacía sumido en el sueño; y fue en este sueño malo y aciago donde soñé precisamente aquello que estaba haciendo en realidad: soñé que yacía en el lecho y que dormía pesada y turbiamente, si bien todo ello acaecía en un lugar desconocido y en una habitación y una cama extrañas. Seguí soñando que me despertaba de mi sueño en aquella estancia desconocida; despertaba lentamente, contra mi voluntad, fatigado, y necesitaba un largo tiempo para tomar clara conciencia de mi situación a través del velo de fatiga y de la sensación de vértigo que me embargaba. Lentamente, mi conciencia afloró y se afirmó; lenta y malhumoradamente hube de reconocer que estaba despierto, por desgracia, tras de un sueño impuro, fatigoso y vil, que antes me había cansado que fortalecido.

Así, pues, me había despertado (en sueños); abrí los ojos lentamente, me incorporé, lentamente también, recostándome sobre mi brazo, dormido e insensible; contemplé cómo caía desde la extraña ventana la luz de un día gris y

turbio, y de súbito me acometió un sobresalto, mientras recorría mi cuerpo un sentimiento de malestar y algo parecido al terror, a la angustia o a la conciencia culpable, y eché mano vivamente al reloj de bolsillo para ver la hora que era. Exactamente, maldita sea; ya habían dado las diez, casi eran las diez y media, y yo llevaba varios meses de alumno o invitado en un instituto de enseñanza media, donde me proponía, aplicada y casi heroicamente, reparar antiguas faltas de asistencia y recuperar los últimos cursos perdidos. ¡Dios mío, eran ya las diez y media y yo debería estar sentado en clase desde las ocho en punto, y aunque podría justificar mi falta ante el rector, como ya había hecho pocos días antes, por los crecientes impedimentos de la edad, e incluso estaba seguro de su comprensión, el hecho real era que había faltado a la clase de aquella mañana y ni siquiera estaba seguro de hallarme por la tarde lo suficientemente bien como para ir a clase, Y la enseñanza proseguía mientras tanto su curso, y mi asistencia se convertía en más y más problemática cada vez, y ahora no habría más remedio que hacer frente a cualquier súbita y terrible explicación sobre el hecho de que, para intranquilidad mía, yo no había asistido aún a ninguna clase de griego durante los dos meses transcurridos desde mi nueva entrada en el instituto, y también de que todavía no había podido hallar una gramática de lengua griega en mi pesada cartera escolar, que tanta fatiga me costaba a veces llevar conmigo! Ah, quizá mi noble decisión de recuperar, frente al mundo y el instituto, mis perdidas clases y de llegar a ser algo de provecho, había quedado aniquilada para siempre, y quizá el rector, que me distinguía con un trato tan comprensivo y afectuoso, estaba persuadido desde el primer momento de la extravagancia de mi propósito, y ya me conocía en cierto modo por alguno de mis libros. ¿Sería mejor, a fin de cuentas, dejar de nuevo el reloj en mi bolsillo, cerrar otra vez los ojos y permanecer toda la mañana, y quizá también toda la tarde, en cama, confesándome de este modo a mí mismo que me había dejado arrastrar por el señuelo de un imposible? En cualquier caso carecía de sentido levantarme de la cama aquella mañana. Mas apenas había formulado en mi mente este pensamiento, en aquella estancia y aquella cama extrañas para mí, cuando desperté me realmente, divisé un delgado rayo de luz que llegaba desde la ventana y me hallé en mi propia alcoba y mi propio lecho, sabedor de que abajo me esperaban ya el desayuno y el numeroso correo diario, y me levanté de mala gana, en modo alguno descansado y fortalecido por este sueño y este reposo, antes al contrario asombrado y hasta levemente inclinado a reírme de este pobre artista de mis sueños, que de tal modo me había situado ante el espejo, haciendo, al mismo tiempo, tan parco uso de las artimañas del superrealismo.

Un día después, cuando apenas había dejado abismarse en el olvido este sueño tan realista y tan poco poético, tan poco fantástico, volvió a interpelarme

un nuevo sueño, más poético y gozoso esta vez; un sueño no soñado por mí mismo, sino por una mujer desconocida para mí, una lectora de mis libros allá en cualquier villa del norte de Alemania, que me lo comunicó en una carta. Había tenido este sueño casi doce años antes, pero jamás lo había olvidado, y ahora le venía a las mientes la idea de comunicármelo. Citaré su carta textualmente:

Hálleme de pronto, con la estatura de un dedo pulgar, en medio de un enorme sombrero-jardín que usted llevaba. En el plantaba usted arbustos y yo sabía que usted estaba mezclando, amasando agua con tierra, aunque no podía verlo porque me impedían las anchas alas del sombrero. Ante mis ojos se extendía un maravilloso panorama de terrazas floridas. Yo eché a correr hacia abajo, un poco temerosa, como quien cruza un oscilante puente de cadenas, para no resbalar y caer rodando cada vez que usted se inclinaba. También tenía que ocultarme de cuando en cuando bajo el lazo que adornaba uno de los lados del sombrero, cada vez que una de sus manos lo asía recia y amenazadoramente para mí, con objeto de afianzarlo mejor sobre su cabeza. Me causaba grandísimo placer el que usted no sospechase nada de mi presencia allí, y mi alegría creció mucho más aún cuando comenzó a escucharse un maravilloso canto de pájaros. Vi al pájaro de fuego destellar entre el follaje oscuro de un árbol y me dije quedamente: "¡Si H. Hesse supiese que quien canta es el pájaro de fuego! El cree que es Papageno." Sea como fuere, me consolé ante el espectáculo del conjunto: el paisaje, mi presencia enana en aquel inmenso sombrero, el canto del ave, su trabajo de jardinero y también su error sobre el pájaro de fuego.

Sí; realmente este era un sueño muy lindo, muy hermoso y divertido al tiempo. Y como, además, era también un sueño extraño, no sentí la menor tentación de comprenderlo y explicarlo. Me bastaba con hallar placer en él, mas pensaba constantemente: ¡Sabe Dios si no sería verdaderamente Papageno!

Y como si este sueño de una persona desconocida, sueño que, desde mi punto de vista personal, era mucho más lindo e ingenuo que los míos propios, hubiese excitado mi capacidad para soñar o hubiese despertado su ambición, aderecé yo mismo, acto seguido, un sueño, no ciertamente hermoso o ingenioso, pero sí decididamente fantástico.

Hálleme en él, junto con otras muchas personas, en uno de los pisos superiores de un elevado edificio. Sabía yo que se trataba de un teatro y que en él estaban representando precisamente mi *Lobo estepario*, del cual alguien había hecho una pieza de teatro o quizá una ópera. Tratábase, indudablemente, de un estreno y yo había sido invitado a asistir a él. Los sucesos que se representaban

en la escena me eran conocidos en parte, pero no podía ver ni oír nada de ellos, porque me hallaba sentado en una especie de nicho, algo así cual si estuviese sentado en el coro alto de una iglesia, oculto tras el órgano. Había varios nichos semejantes al mío y la sala del teatro propiamente dicha, vista desde ellos, parecía estar rodeada una especie de espeso follaje; de cuando en cuando, me levantaba y marchaba en busca de un asiento desde el cual pudiese contemplarse el teatro y el escenario; pero era imposible de todo punto hallar tal sitio, y todos nos hallábamos sentados allí como esas personas que han llegado tarde a una representación teatral y solo saben que detrás de la pared están teatro y escenario. Yo sabía, empero, que en aquel momento se acercaban las escenas de la obra de las cuales los adaptadores y directores escénicos, con gran aparato de música, decoración y luces, habían hecho algo que yo llamaba, con repugnancia invencible, "gran teatro", y que con gusto y voluntad hubiese impedido. Comencé a impacientarme. Pero entonces se acercó el Dr. Korrodi, sonriendo, y me dijo: "Esté usted tranquilo, así no es preciso temer que haya casas vacías." Yo dije entonces: "Muy bien, pero todo este aspaviento teatral me ha echado a perder el tercer acto íntegro."

No hablamos más. Yo había descubierto poco a poco que la intrincada y misteriosa arquitectura que me separaba del verdadero teatro era en realidad un órgano, y me puse de nuevo en movimiento para rodearle por entero y de este modo descubrir, quizá, un acceso a la sala de espectadores. No lo conseguí, pero en el lado opuesto del inmenso órgano, que por lo demás recordaba muchísimo a una biblioteca, tropecéme con un andamio, una máquina, un aparato que se asemejaba en cierto sentido a una bicicleta, o por lo menos poseía dos ruedas de igual tamaño y encima de ellas algo parecido a un sillín o silla de montar. Y al punto todo se me hizo claro: si se sentaba uno sobre aquella silla y ponía en movimiento las ruedas, podría entonces, mediante una especie de tubo, ver y oír los sucesos que se desarrollaban en la escena.

Fue una solución salvadora, y al punto me sentí mejor. Mas el sueño no dio lugar a solución o sosiego mayores, bastóle con haber inventado aquella máquina genial y con el placer de hacerme sentar sobre ella. Porque lo cierto es que alcanzar aquella silla, situada a bastante altura por encima de las ruedas, no parecía empresa fácil, a sumo para gente joven que fuesen aficionados a la bicicleta. Por si fuera poco, la silla jamás estaba desocupada, ya que sobre ella siempre estaba ya sentada otra persona, cada vez que yo me disponía a trepar hasta ella. Y hube de permanecer abajo, fija la mirada en la silla y en el tubo maravilloso, a través de cuya estrecha boca podía verse y escucharse todo cuanto sucedía en el escenario del teatro, allí donde los expertos estaban asesinando el tercer acto de la obra. Yo no me sentía excitado ni tampoco

realmente triste, pero me sentí chasqueado y en cierto modo estafado; y aunque la dramatización escénica del *Lobo estepario* era algo absolutamente contrario a mi gusto, hubiese dado gustosamente cualquier cosa por haber podido penetrar en el teatro o cuando menos alcanzar la silla y el tubo prodigioso. Sin embargo, no hubo lugar a ello.

CORREO VARIO

(1952)

Había abrigado la esperanza de que, cuando hubiese logrado desembarazarme de todo el correo navideño y de año nuevo, sobrevendría una especie de oasis o pausa de reposo, y habría lugar para escribir un par de docenas de cartas privadas, para dar un poco más de tiempo a la lectura, quizá incluso para algún pequeño trabajo personal. Acababa de realizar un trabajo extra; algunos cientos de cartas de año nuevo y de Navidad, en parte extensísimas y dignas de reflexión, habían sido leídas, aunque todavía no contestadas, y el secreto regente de mi vida, mi querido médico de cabecera, había podido procurarme, tras un largo tiempo de depresión, un considerable alivio, incluso un pequeño impulso renovado. Y aunque las enseñanzas que yo usaba estrechamente a esta constelación favorable habían sido, como todas las esperanzas, un tanto excesivamente osadas y vivas de color, y el correo, por su parte, no pensaba en concederme unas vacaciones, se

han dispuesto las cosas de tal modo que, simultáneamente al grato efecto de las inyecciones médicas llegó hasta mí, desde el exterior, este o aquel suceso confortante, alegre o placentero. O quizá todo ha sucedido así sencillamente porque, bajo el efecto del alivio de las medicinas, todo cuanto me ofrecía el día antojábase más lindo y digno de bienvenida que en otras ocasiones. Mas para que volváis a oír nuevamente de mí, y a oír por cierto cosas antes gozosas que aflictivas, quiero contaros algo acerca de un par de regalos y de cartas que me han llegado a las manos en estos últimos tres días.

Dos de estos obsequios - llegaron anteayer, en el correo de la mañana - recibílos en un primer instante con sorpresa y susto antes que alegría; tratábase de paquetes de dimensiones insólitas, gravados con diversas tasas y reembolsos aduaneros y cubiertos profusamente de sellos extranjeros. Los contemplé con recelo y los aparté por el momento a un lado, sin abrirlos; parecían ser regalos navideños llegados con retraso, de origen desconocido, y hasta el momento solo en muy contadas ocasiones había tenido suerte con tales obsequios. Porque, o

bien los recibía, pagaba la tasa aduanera, desempaquetaba regalos nunca deseados, inútiles y en ocasiones necios y carentes de gusto enviados por personas desconocidas, con los cuales nunca sabía qué hacer, y que requerían no pequeña astucia y trabajo para conjurarles a desaparecer por siempre jamás, mientras que sus donantes, muy orgullosos de sus ocurrencias, esperaban una vehemente y emocionada gratitud, o bien, y esto lo había hecho yo durante las recientes Navidades en un caso concreto, se dejaba uno arrastrar por el primer impulso y rehusaba la aceptación del envío y el pago de los numerosos francos de tasa, porque se sospechaba o se sabía que con ellos no se iba a adquirir si molestias y enojos; pero en tal caso, era preciso embolsarse los amarguísimos reproches de las mismas personas que acababan de escribir cartas rebosantes de respetuoso homenaje.

Dediquéme, pues, en primer lugar, a las cartas. La primera de ellas me trajo ya noticias muy gratas, por cierto, sobre aquel grajo domesticado de Limmat, acerca del cual había escrito pocas semanas antes y cuya historia me había proporcionado ya muchas cartas hermosas y prolijas, cartas de ornitólogos, de literatos, de amigos de los pájaros y de los animales. La carta de hoy provenía de una dama que suele venir a Baden con cierta frecuencia, y que ya me había comunicado recientemente muy gratas noticias sobre los negros pájaros que llevan por nombre Jakob o Schaggi. Informábame esta vez de que su hermana habíase visto acompañada por Jakob durante un paseo de hora y media de duración, a través de altas cumbres y de montañas sembradas de viñedos; y después del regreso hasta el río y el puente no se había sentido satisfecho, y había seguido al ama elegida por él para aquel día hasta su calle y su casa, que no abandonó sin someter previamente a una minuciosísima investigación, desde el suelo hasta el desván.

Mas no todas las cartas llegadas esta mañana pertenecían al género agradable y digno de bienvenida. También las había de esas cuya caligrafía provocó en mí cierto susto, o cuyo formato o peso hacía aconsejable ponerlas junto a aquellas otras para cuya lectura quizá fuese necesario esperar la llegada de una jornada libre de trabajo y de preocupaciones. Pero en conjunto no fue un correo molesto, sino en parte agradable y en parte soportable: no había en él cartas en jeroglífico, ni amenazadoras ni mendicantes, y sí algunas muy gratas y halagadoras en su lectura. Por ejemplo, una enviada por mi editor americano. Comunicábame en ella que un buen número de mis libros aparecidos en su editorial parecían no tener salida ni venta posible, y solo podría desembarazarse de ellos si yo daba mi consentimiento para que fuesen ofrecidos, a precio reducido, en una liquidación de existencias. Naturalmente, también podía disponer a mi gusto, si lo estimaba conveniente, de las

existencias acumuladas y ya onerosas para él, asimismo por un precio muy moderado. Recibí esta noticia con verdadero contento, porque nunca he sido demasiado amigo de las traducciones y ya había defendido desde varios años ha, e incluso expresado en varias ocasiones, refiriéndome precisamente al caso de América, la opinión de que no podía por menos de basarse en una crasísima equivocación el intento llevado a cabo por este poderoso país de hacer suyos estos libros míos, en parte harto idílicos y en parte harto problemáticos. Y cuando un joven americano me escribió en cierta ocasión para decirme que había leído el *Lobo estepario* y se había sentido entusiasmado con el libro, yo le propuse en mi respuesta la meditación acerca de esto: que quizá fuese más útil y provechoso para su pueblo y su país el que fuese una generación posterior a la suya quien hallase por primera vez gusto en tales libros. Mi equipo de colaboradores, que consiste principalmente en mi mujer, se encogió de hombros y dijo que en ocasiones yo era aficionado a exponer opiniones un tanto barrocas. Pero ¿quién ha tenido razón a fin de cuentas?

La mañana transcurrió dedicada a la lectura de cartas y a preparar el envío de un par de paquetes de libros. En las primeras horas de la tarde hice por fin de tripas corazón y abrí los dos paquetes misteriosos, uno tras otro. El primero era de forma cuadrada, redondo el otro; pero ambos muy largos y estrechos. El redondo era, con toda seguridad, algún rollo de papel o tela; provenía de Nueva York y probablemente se trataba de un dibujo, pintura o aguafuerte enviado por alguien como retribución o intercambio de algún obsequio recibido de mi parte. El paquete alargado y anguloso despertó más fuertemente mi curiosidad; abrílo primero y al hacerlo vi que los numerosos y multicolores sellos que llevaba procedían del Japón. Aparecieron primeramente varias envolturas de papel áspero y fibroso, luego periódicos japoneses y, por último, un recipiente de madera color pardo verdoso, largo, estrecho y delicadamente trabajado, en cuyo interior, y envuelto nuevamente en papeles de seda, había una pintura montada como un "kakemono", una acuarela con una hermosa inscripción, pintada con una nada, con levísimo soplo de color; representaba un lago con las orillas amenas y caprichosas, pintadas con gran delicadeza ornamental, una rocosa montaña en primer término, el lejano contorno de otras allá en el horizonte, una casa, árboles y algunos bambúes. La hoja, según la costumbre tradicional, estaba montada en una larga tira de rica seda, entre dos varillas de finísima madera. Procedía de Hiroshima, la ciudad de la bomba atómica, de tan triste recordación, y por fin me acordé de quién era el remitente, un joven japonés algunos de cuyos pequeños deseos había podido satisfacer yo. En la pintura figuraba una leyenda de su propia mano, en lengua inglesa, por medio de la cual me enteré de que la acuarela se debía a la mano

del pintor Tetsuou (1786-1870), pintada en el año 1866, cuando contaba ochenta de edad, y acompañada de esta poesía:

May mystery soon be with you here,

And deep pure and cool you get near.

Ahora cuelga de mi estudio, después de haber sido durante un día huésped de honor en la habitación de mi mujer.

Decidíme por fin a desenvolver también el segundo paquete, el rollo procedente de Nueva York. Lo enviaba una dama, alemana por cierto, a la que me fue dado deparar cierta pequeña alegría y que quería ahora tomarse el desquite, y contenía, sólidamente empaquetados, cuatro pliegos de blanco papel. No comprendí en un primer momento el sentido e intención de este obsequio. Pero después de un rato de reflexión acordéme de que la remitente había leído el tomo de mis cartas, en el cual se hablaba algunas veces de mi pintura dominguera, mis manuscritos ilustrados y también del armario en donde guardo hermosos papeles para escribir y para pintar. Y aunque los pliegos neoyorquinos no eran útiles para estos juegos, me sentí lleno de alegría y encontré deliciosa la ocurrencia.

Es singular lo que puede llegar hasta las manos de uno desde un lejano país, cuando se ha aprendido a recibir tales dones de amor con la indiferencia de la ancianidad, cuando se siente uno saturado hasta el hastío, y harto más dispuesto a dar que a recibir. Un par de pliegos de hermoso papel americano, una pintura japonesa lírico-contemplativa, un manojo de composiciones musicales sobre poemas míos, escritas estas en Alemania, era en realidad más que suficiente y también demasiado; lo bastante como para pensar que nada podría sorprenderle a uno con mayor viveza. Pero la mañana inmediata me deparó algo más singular e insospechado todavía; a saber: una carta y un paquetito menudo y casi sin peso, procedente de Argentina; un paquetito cuya ligereza y especial aderezo excitaba ya la fantasía y que exhalaba además, con creciente intensidad según avanzaba su desempaquetamiento y su cuidadosa apertura, un aroma maravillosamente exótico, dulcemente resinoso, que recordaba al incienso y al bálsamo del Perú. Queridos amigos, creo que todos hubierais estado tan lejos como yo mismo de adivinar lo que llegaba hasta mí atravesando los mares, dentro de aquella caja tan grácil y liviana, tan misteriosa, tan olorosa a un perfume extranjero, dulce y áspero a un mismo

tiempo. ¿Una fruta quizá, o una flor crecida en la jungla cálida y húmeda, entre palmas y helechos? ¿O acaso un muestrario de semillas de exóticas plantas, o la menuda chirimía de un indio? No; de entre las dulces nubes del extraño aroma, de entre el pergamino y el papel de seda del envoltorio, apareció ante mis curiosos ojos algo muy distinto, un misterio selvático, un producto maravilloso de increíble delicadeza: el nido diminuto del más pequeño pájaro de la tierra, del colibrí argentino llamado picaflor, que se alimenta del néctar de las flores y se cierne inmóvil sobre ellas, vibrando mientras sus alas baten el aire catorce veces por segundo. El zumbido de sus alas minúsculas ha dado al picaflor su segundo nombre: rundún. El nido está tejido en tomo a una ramita; tiene el tamaño aproximado de una ciruela y su interior está formado por un plumón o fibra fina como la seda, mientras que por fuera parece recubierto con restos minúsculos de hoja y corteza, que al parecer son los que guardan en sí el delicioso aroma. Y dentro de este nido enano, con el mismo color crema, claro y alegre, de la mullida materia donde reposa, yace un huevo enano, quebrado durante el viaje, pero conservando todavía su forma íntegra; ¡un sueño, el ensueño diminuto de un huevo! El hombre, el agradecido lector que me hizo el obsequio de este pequeño objeto maravilloso y mágico, ha añadido a él una carta sobremanera hermosa, en la cual me hace minuciosa descripción del pájaro, de sus dos nombres y de su forma y costumbres de vida, añadiendo además que halló el pequeño nido abandonado sobre la rama, probablemente porque sobrevino una invasión de hormigas termitas, frente a las cuales se hallan indefensas estas avecillas. Ahora, mientras escribo estas líneas, lo tengo junto a mí, encima de la mesa, y sin duda lo guardaré algún tiempo, mientras conserve su mágico perfume. Después quisiera a mi vez regalárselo a otra persona más digna de poseerlo que yo, y al decir esto pienso en alguno de los ornitólogos con los cuales he sostenido una correspondencia a propósito del grajo de Ennetbaden.

Temo parecer demasiado charlatán y por ello me limitaré, como conclusión, a hablaros de otro regalo que me ha ocasionado no menos alegría que los otros, y que, afortunadamente, puedo traspasar ahora mismo a vuestras manos para que gocéis asimismo de él. El regalo en cuestión, que recibí asimismo estos días pasados, y con el cual voy a obsequiaros, es una poesía china unida a la historia de su nacimiento y de su ascensión a la fama. He de agradecerla a mi primo del lejano Oriente, que trabaja actualmente en una antología china y ha sido tan amable como para enviarme de cuando en cuando alguna flor de este hermosísimo jardín. Escuchad, pues:

En la época Tang, el año 725, tuvo lugar en Chang-an una prueba de aptitud para elegir servidores del Estado, cuyos candidatos debían demostrar,

entre otras cosas, sus aptitudes y destreza en el arte poético. El tema sobre el cual era preciso componer un poema durante el ejercicio de aquel año era el siguiente: La última nieve invernal sobre el monte Nan-shan.

El joven poeta Dsu-Yung, que tomaba parte en este examen como aspirante, compuso y entregó la siguiente poesía:

La testa altiva de los montes del Mediodía
corónase de nieve todavía, sobre el leve borde de las nubes.
El muro de los bosques se yergue, nítido, en la pureza del éter,
y cae la noche fría sobre la ciudad y la campiña.

El funcionario examinador no se mostró satisfecho con esta poesía. Devolviéndola al aspirante con una nota de censura, en la que le reprochaba su excesiva brevedad; se esperaban, decía, poesías de ocho o más versos. Dsu-Yung se limitó a responder: "I dyin", lo cual significa "el sentido está agotado". El comisario tomó de nuevo la poesía y volvió a examinarla. Tuvo que reconocer que verdaderamente contenía todo cuanto había que decir, y la aceptó. La sentencia de Dsu-Yung convirtióse después, con el paso del tiempo, en regla indiscutida para el enjuiciamiento y crítica de la poesía.

Basta por hoy. Espero no haberos aburrido. A uno o a otro de los que me leéis os sucederá, según creo, lo mismo que a mí me ha sucedido con el recibimiento de estos obsequios; al igual que la contemplación del nido del colibrí y el goce de su perfume despertó en mí la añoranza y la nostalgia de países lejanos y el aroma de bosques y selvas exóticas, así también sentí, ante la lectura del examen poético chino, una nostalgia y un ansia de otros tiempos y otras costumbres, de remotas regiones de Castalia o de China.

CARTA ABRILEÑA

(1952)

La verdadera época de floración de esta primavera transcurrió exenta de lluvias; desde las primulas temprana hasta las primeras anémonas y camelias,

la tierra permaneció reseca y polvorienta, barrida tercamente por un obstinado viento del Norte; por las noches se divisaban frecuentes incendios forestales que trepaban montañas arriba en largas líneas de fuego, y era emocionante y movía a una extraña compasión ver cómo, pese a todo, brotaban del duro y reseco suelo millares y millares de violetas, de crocos, de margaritas, de ortigas y de eufrasias, y cómo mantenían erguidas las pequeñas y tiernas cabecitas frente al despiadado cierzo, sonrientes a pesar de todo y exuberantes en su multitud innumerable. Tan solo la grama permanecía retraída, tanto en el bosque como en los prados, y el solitario bambú crecido en el lindero de mi bosquecillo tremolaba al viento su juvenil y tierno verdor. Para la mayoría de los viejos, la primavera no es precisamente una buena estación; también a mí me incomoda y perjudica sobremanera. Los polvos e inyecciones del médico me sirvieron de poco; los dolores proliferaron abundantemente, como las flores en la hierba, y las noches se hicieron muy duras de soportar. Sin embargo, casi cada día nuevo me traía, en las breves horas que podía pasar al aire libre, gratas pausas de olvido y de abandono a las maravillas de la primavera, y a veces también instantes de embeleso y de revelación, cada uno de los cuales hubiese sido digno de ser retenido y conservado si hubiese una conservación posible y si estos prodigios y revelaciones pudiesen ser sometidos a descripción y a posterior transmisión a otros espíritus. Llegan por sorpresa, con una duración de apenas segundos o minutos, estas experiencias súbitas en las que un suceso cualquiera acaecido en la vida de la naturaleza nos interpela y se nos desvela en sus secretos; y cuando se es lo bastante viejo, se le antoja a uno que toda la vida, la larga vida, con sus alegrías y sus dolores, con amor y conocimiento, con amistades, amoríos, libros, música, viajes y tareas, no ha sido nada sino un largo rodeo cuyo único fin era la maduraron de estos instantes en los cuales, y tras la figura de un paisaje, de un árbol, de un rostro humano o de una flor, se nos muestra Dios, se nos ofrece a la vista el sentido y el valor de todo ser y el acontecer. Y en verdad, aunque en años juveniles hayamos vivido probablemente en mayor viveza y apasionamiento el espectáculo de un árbol floreciente, de una formación de nubes o de una tempestad, para la experiencia a la que me refiero ahora se necesita la edad avanzada, se necesita una interminable suma de cosas vistas, experimentadas, pensadas, sentidas y sufridas, se precisa cierto adelgazamiento del impulso vital, un cierto abatimiento o caducidad, una cercanía a la muerte, con objeto de percibir en una pequeña revelación de la naturaleza a Dios, al espíritu y al misterio, la conjunción de los contrarios, el gran Uno. También los jóvenes pueden experimentar esto, ciertamente, pero muy raras veces, y desde luego sin esta unidad de sentimiento y pensamiento, de experiencia sensible y espiritual, de seducción y de conciencia.

Imperando todavía esta reseca primavera, y antes de que llegasen las lluvias y la larga serie de los días tormentosos, solía yo acudir a cierto rincón de mi viñedo, donde todos los años por estas mismas fechas, y sobre un pedazo de tierra todavía no cultivado ni trabajado de jardinería, acostumbraba encender fuego. Allí, en la cerca de espino blanco que rodea el jardín, crece desde hace años un haya, que al principio no era sino un pequeño arbusto, cuya simiente había traído el viento desde el bosque cercano; durante varios años déjela estar allí, de modo provisional y un tanto en contra de mi voluntad, porque me daba lástima del espino blanco; pero al cabo medró la pequeña y agreste haya invernal con tanta pujanza y gracia, que yo acabé por aceptarla y en la actualidad se ha convertido en un arbolito bastante grueso, por el que siento doble afecto, ya que la vieja y poderosa haya que era mi árbol predilecto en todo el bosque vecino ha sido talada hace poco tiempo: todavía yacen en el suelo, allá arriba, los pedazos de su tronco destrozado, como restos de pesadas y recias columnas. Y mi arbolito es probablemente un hijo de aquella vieja haya.

Me ha regocijado, y al mismo tiempo me ha impresionado vivamente, el tesón con que mi pequeña haya conserva sus hojas. Cuando todo aparece pelado y sin follaje, ella se mantiene todavía revestida de sus hojas mustias, durante todo diciembre, enero y aun febrero; sacúdenla las tormentas, cúbreala la nieve y gotea nuevamente de ella, pero las secas hojas, cuyo color fue un día moreno y oscuro y ahora se tornan cada vez más claras, más finas, más sedosas, no se ven abandonadas por el árbol, ya que deben proteger a los tiernos brotes. Y un buen día luego, en cada primavera, más tarde siempre de lo esperado, el árbol aparecía cambiado por completo, perdido su viejo follaje y en lugar de él cubierto con los tiernos brotes nuevos, húmedos todavía. En esta ocasión fui testigo de su mutación. Fue pocos días después de que las lluvias hubiesen verdecido y refrescado la campiña, un día de mediados de abril, a primera hora de la tarde; aún no había escuchado el canto del cuco, ni descubierto ningún narciso en los prados. Muy pocos días antes había estado aquí, bajo el recio viento norte, con el cuello del abrigo alzado y tiritando de frío, y entonces observé con admiración cómo la joven haya se erguía impávida frente al áspero viento y apenas se dejaba arrebatar una sola hoja; obstinada y valerosa, dura y tercamente, retenía consigo todo su viejo y descolorido follaje.

Mas hoy, mientras me hallaba partiendo leña junto a mi horno, gozando de la dulce tibieza de un clima sereno y sin viento, pude ver cómo ocurría: levantóse un leve, plácido soplo de brisa, apenas un aliento imperceptible, y al punto temblaron y cayeron por cientos, por millares, las hojas tanto tiempo celadas, sigilosas, ingravidas, dóciles, cansadas quizá de su larga resistencia, de su orgullo y de su coraje. Ellas, que se habían mantenido firmes durante cinco o

seis meses, ofreciendo impávida resistencia, sucumbieron ahora, súbitamente, ante casi nada, ante un soplo, porque había sonado la hora, porque su amarga persistencia ya no era necesaria. Dispersáronse y revolotearon, alejándose entre sí, sonrientes, sazoadas, sin lucha. El vientecillo era demasiado débil para arrastrar lejos de allí a las hojas, tan leves y delgadas ya; como una plácida lluvia, iban goteando hasta el suelo y terminaron por cubrir el sendero y la hierba a los pies del arbolillo, algunos de cuyos brotes habían estallado y verdecido ya. ¿Qué misterio se me había revelado en este espectáculo sorprendente y conmovedor? ¿Acaso la muerte, la muerte del follaje invernal, aceptada llana y voluntariamente? ¿Acaso la vida, la imperiosa y jubilosa juventud de los brotes nuevos, que se había abierto paso con voluntad súbitamente despertada? ¿Era triste o era consolador? ¿Era una advertencia para mí, el anciano, incitándome a dejarme arrancar y caer, o una admonición recordatoria de que estaba robando el terreno a otros más jóvenes y más robustos que yo? ¿O era acaso una invitación a resistir como el follaje del haya, a resistir sobre mis piernas tan larga y obstinadamente como fuese posible, a oponerme y defenderme con todas mis fuerzas, porque luego, en el instante justo, la despedida sería más gozosa y hacedera? No; al igual que cualquier contemplación no era sino una patentización de lo grandioso y lo eterno, de la conjunción de los contrarios, de su fusión en el gran fuego de la realidad; no significaba nada, no advertía nada, o mejor, lo significaba todo, significaba el misterio del ser, y era, así mismo, hermoso, era felicidad, era inteligencia, era donación y hallazgo para el contemplador, como lo son un oído lleno de Bach, unos ojos llenos de Cézanne. Estos nombres y estas significaciones no eran la experiencia propiamente dicha sino que llegaban después, y la experiencia misma no era sino fenómeno, prodigio, misterio, tan hermosos como graves, tan propicios como inexorables.

En aquel mismo lugar, junto al seto de espino y muy cerca del haya, verdecido ya el mundo y lleno de fresca savia, cuando había resonado ya el primer canto del cuco en nuestros bosques, el mismo Domingo de Pascua, en uno de esos días tormentosos, tibios y húmedos, tornadizos y huracanados, que preparan el salto de la primavera hacia el estío, el gran misterio me habló de nuevo, oculto bajo una experiencia visual no menos alegórica. En el cielo, pesado de nubarrones, que continuaba arrojando crudos rayos de sol sobre el verde en germinación del valle, tuvo lugar un magnífico espectáculo de nubes, mientras el viento parecía soplar de todos lados a un tiempo, si bien dominando la dirección Norte-Sur. Desasosiego y pasión llenaban la atmósfera de encontradas y violentas tensiones. Y en medio de esta escena, imponiéndose de pronto a mis miradas, surgió de nuevo un árbol, un árbol joven y hermoso, un álamo del vecino jardín, tupido de frescas hojas. Disparábase hacia lo alto como

un cohete, trémulo, elástico, con su aguda copa, cerrado en sí mismo como un ciprés, durante las pausas de quietud del viento, gesticulando cuando crecía este, con sus cien ramas finas, breves, enmarañadas. Inclinábase y cedía, ora a un lado, ora a otro, con el tierno y rumoroso brillo de su follaje, la copa del espléndido árbol, jubiloso de su fuerza y su verde lozanía, con un oscilar lleno de quedos susurros, tal el fiel de una balanza, cediendo a veces, blandamente, como en un juego, irguiéndose otras con obstinado orgullo. (Solo algún tiempo después vínome a las mientes que en otra ocasión anterior, varios decenios atrás, había contemplado este juego, con despiertos sentidos, en una rama de durazno, y lo había reflejado en el poema titulado *La rama en flor*.)

Con alegría y sin temor alguno, casi con petulancia, el álamo oponía sus ramas y su follaje al recio embate del húmedo viento, y el canto que lanzaba hacia el borrascoso día y la escritura de su aguda copa en el cielo eran hermosos, eran perfectos, eran tan gozosos como graves, tenían tanto de acción como de padecimiento, tanto de juego como de inexorable destino y reunían en sí, una vez más, todas las contradicciones y sentidos opuestos. No era el viento vencedor y poderoso por el hecho de sacudir y doblegar de tal modo al árbol, no era el árbol fuerte y vencedor por enderezarse, elástico y triunfante, después de cada embate; era el juego entre ambos, el unísono de movimiento y reposo, de fuerzas celestes y terrenales: aquella danza interminable y múltiple en gestos de la copa del árbol en la tormenta no era sino una imagen, una revelación del misterio universal, más allá de la fortaleza y la debilidad, del bien y del mal, de la acción y del sufrimiento. Durante unos instantes, durante una pequeña eternidad, leí en ella, representado con toda pureza y perfección, todo lo que otrora estaba velado y secreto; más pura y perfectamente que si leyese a Anaxágoras o a Lao-tsé. Y otra vez volví a sentir como si para contemplar esta imagen y descifrar esta escritura, hubiese necesitado no solo el don de una hora estelar de la primavera, sino también las andanzas y extravíos, las locuras y experiencias, los placeres y sufrimientos de muchos años y decenios, y comprendí que el amado álamo que me obsequiaba con aquel espectáculo era todavía adolescente, inexperto y candoroso. Todavía habrían de fatigarle incontables heladas y neviscas, sacudirle muchas tormentas, herirle o aniquilarle algún rayo, hasta el día en que él también se tornase capaz para contemplar y escuchar y sintiese el afán de penetrar en el gran Misterio.

No solo en el jardín y en el bosque, también en mi taller y en mi biblioteca deparáronme estos días de mediados de abril un hallazgo hermoso y sorprendente. Fue pocos días después de que el viento y el álamo me hubiesen mostrado su juego cambiante; mientras hablábamos en la biblioteca, atardeciendo ya - estaba con nosotros un invitado vienes -, de libros y de

poetas, y expresamente de Hugo von Hofmannsthal, al cual recordamos con agradecido afecto y veneración. Al final de nuestra charla dimos en hablar de cierta pequeña pieza en prosa suya, que todos guardábamos en la memoria con hermoso recuerdo, pero que no habíamos vuelto a leer desde años atrás. Decidimos leerla inmediatamente, y yo me dispuse a buscar el libro en el que presumíamos había de hallarse. Pero el aposento donde tengo mis libros tiene el defecto común a todas las bibliotecas utilizadas y vividas durante toda una larga vida: padece de una apremiante falta de espacio y en algunas secciones especialmente sobrecargadas los libros llevan ya muchos años colocados en doble fila, unos detrás de otros. Esto da origen a infinitas incomodidades, y para mí, a quien ya no obedecen las manos, hubiese sido imposible extraer el tomo que buscaba. Auxilióme mi mujer, y entre ambos conseguimos hallar el libro, no sin remover de su sitio la fila delantera de los otros; lo sacamos, pues, y en el índice hallamos efectivamente el ensayo que tantas ganas teníamos de leer; díselo a mi mujer, la cual acomodó más a su gusto la lámpara de lectura y abrió el libro. Esperamos a que diese comienzo a su lectura, pero de súbito abrió los ojos llena de sorpresa; retiró de entre las páginas del libro una cuartilla doblada y exclamó: "¡Pero si aquí hay una carta de Hofmannsthal!" Yo sacudí la cabeza, incrédulo, sin poder acordarme de semejante carta. Pero era cierto, sí; una carta cuyos renglones estaban levemente empalidecidos por el paso de los años, estaba colocada en el libro, como señal. Era del año 1924 y con ella quiero terminar mi carta de hoy. Decía así:

Bad Aussee (Steiermark)

15 de septiembre de 1924.

Mi querido Hesse:

Su nota crítica sobre el *Libro de lectura* acaba de llegar a mis manos, y me ha llenado de alegría ver que usted, uno de los escasísimos escritores serios y conscientes que tenemos en la actualidad, haya estimado que merecía la pena llamar la atención sobre este libro. Todo cuanto dice usted sobre él, y dicho precisamente por usted, ha sonado gratísimamente en mis oídos. Y muy especial las palabras con las que termina su nota: que por encima, y más allá, de la exposición de lo idiomáticamente bello, adivina todavía una intención: dar conciencia y sentimiento a la nación de su contenido más íntimo, repartido en los individuos que la componen.

Creo que no se debe cejar en el esfuerzo de llevar a la unión interna a esta nación hendida, desgarrada, y no por medio de programas, sino preparando el advenimiento de una especie de centro espiritual unificador.

En el correr de los años yo he emprendido diversas tareas encaminadas en este sentido, entre ellas la publicación de una modesta revista, que quizá haya caído en sus manos alguna vez. Hay muchos autores famosos, muchos hombres ingeniosos y llenos de talento, en realidad o en apariencia..., pero muy pocos que tengan conciencia clara del punto adonde debe llevar todo esto y de qué sería necesario emprender para que llegue a hacerse patente en el todo una cohesión y una armonía.... a la cual, a fin de cuentas, todo ha de llegar y solo merced a la cual la vida espiritual sería digna de ser vivida.

Reciba mi saludo con los más afectuosos recuerdos.

Hofmannsthal

DE MI ABUELO

(1952)

Un poema escrito en 1833 por Hermann Gundert, con motivo del cincuenta cumpleaños de su padre, poco después de la muerte de la madre.

Cae la tarde,

¿deberé quejarme?

¿Deberé quejarme de que el sol se oculte

cansado del día,

de que, en torno, nubes

lancen negras sombras,

de que las estrellas

luzcan en la paz nocturna?

Tú caminas, afuera,
entre marchitas primicias otoñales,
víctimas breves de las frías noches.

Mas en tu derredor, en las colinas,
se cuece un suave vino.

Con ansia fecunda
chupan los frutos maduros
maternales fuerzas,
agítanse las flores
con infantil delicia,
y un astro placentero
saluda con agradecido gesto
a flores y vides,
hojas y frutos,
y al grave rostro humano
que halla en él paz y gozo,
y al carro que desgrana espigas
mientras gime por el cercano henil.

Son figuras
del libre mundo de Dios,
mas entre sí se cambian y mudan
en aparición diversa y varia.

Solo hay una cosa que retoma siempre a mí:

¡la mirada humana que supo abarcarlas!

¿No fuiste tú la flor

que soñaba en el seno de la madre?

¿Ni el fruto que madura en el estío de la vida?

¿No eres el grano que se cuece,

mientras espera al lagarero

que ha de probar su fuerza y su dulzura?

Eres también la espiga sobre el reseco surco,

que ve a sus hermanas caer bajo el golpe del segador,

y se humilla, transida de dolor,

cuando divisa a los corceles

que han de conducir a cuantas le rodeaban

hacia ignotos y oscuros aposentos.

Mas desde el cambiante parto de la tierra

miras tú hacia arriba, al eterno cielo,

y si alguna fronda se agita

en la brisa vespertina,

marchita sobre marchitos cabellos,

tú no atiendes al viento ni a las nubes,

y prefieres acechar, entre cansadas ramas,

la centelleante luz de las estrellas.

Porque el día toca a su fin,
el día en que la fuerza llameante del mancebo,
erguido sobre la última cumbre,
juróse a sí mismo convertirse en sol
para infinitos espíritus.

Mas ve, ahora que ha caído el crepúsculo
y oculta el sol de la vida,
el valle terrenal, tan hondamente temido,
y desea tan solo asemejarse a los astros
y contemplar el sol por siempre jamás,
y con las luminarias de allá arriba,
imitar a porfía la lumbre de sus rayos.

En el umbral te encuentras de tu siglo.

¡La cuna aquí donde lloraste un día,
allí los universos que te esperan!

Y más arriba, los perfectos
con ademán que invita a más gozoso obrar.

Y aquí abajo, los que te fueron confiados,
vacilando en honestos afanes.

Ofrenda a lo alto la derecha mano
que un día diste a ella, la eternamente amada,

y que la ya curtida en la áspera pelea
te ayude en el último paso.

¡Pero deja, deja la siniestra,
deja tu mirada vigilante
y las llamas del recuerdo amoroso
a los jóvenes, desamparados peregrinos!

Mi abuelo Hermann Gundert escribió esta poesía, que es tanto un ensayo de explicación de su interior sentir como un consuelo para el padre enviudado, cuando era un estudiante de diecinueve años. El experto reconoce en seguida que se trata de un espíritu influido por Hegel y la India, pero familiarizado, así mismo, con Hölderlin, el que lucha por expresarse en estos versos. El autor de este poema, bien compuesto por demás, no volvió a escribir ni un solo poema como el que nos ocupa en el resto de sus días. Estos versos, en los que palpita un genio adolescente, fueron escritos en la época más agitada y comprometida de su vida, poco tiempo antes de la definitiva conversión del muchacho, que llevó al hasta entonces entusiasta defensor del panteísmo a la decisión de consagrar su vida, en adelante, a la labor misionera en la India.

Poseía yo este poema de mi abuelo en una copia manuscrita por mi madre, que luego entregué al Museo Schiller de Marbach, siguiendo sus reiteradas instancias. El azar hizo que cayese de nuevo en mis manos durante breves horas, en las cuales pude percatarme de sus visibles encantos tanto como de la corriente subterránea que lo atraviesa y de su tímido secreto; y en este reencuentro causóme tan fuerte impresión que decidí salvar esta pequeña joya. Los descendientes de la rama Gundert, a quienes he remitido la impresión, me han dado las gracias más rendidas, pero no han podido evitar la sorpresa y el embarazo, porque no sabían verdaderamente qué hacer con el curioso obsequio, y así mismo la multitud de los restantes destinatarios aceptó el envío con toda estimación, mas sin la menor emoción, ya que no llegaron a sentirse conmovidos ni por el vigor de estas juveniles palabras poéticas ni por el secreto fuego espiritual en el cual ardían. Pero entretanto han llegado hasta mí otras voces distintas, que han borrado por completo aquella primera y pequeña decepción. El primero a quien verdaderamente interesó y entusiasmó aquella

poesía fue aquel Dr. Lützkendcrf, que hace cosa de veinte años escribió una de las primeras disertaciones sobre mí y mis orígenes y estirpe espiritual y religiosa. Cito seguidamente las palabras de una carta suya, fechada en febrero de 1952:

"... Cuando escribí entonces mi trabajo acerca de usted, y me sentí lo bastante osado como para clasificar su obra según sus características y orígenes - créame que hoy no acierto a saber de dónde me vino este presuntuoso valor -, Hermann Gundert se me apareció desde un principio como una persona especial y distinta, de la cual me hubiese gustado saber muchas más cosas de las que tan fragmentariamente habían llegado hasta mí. Esta mezcla de entusiasmo arrebatado y de tenacidad encaminada al logro de un fin, que emergía una y otra vez envuelta en una misteriosa luz "bengalí", me hizo cavilar largamente y me lo convirtió en fuente y origen de muchas peculiaridades que también usted poseía. Sentíme verdaderamente dichoso al volver a encontrarme con él, de modo tan singular, en esta poesía del año 1833. En cierto sentido, este encuentro fue para mí un consuelo, al comprobar que no debemos juzgar a nuestra época solamente por las voces descomedidas, por el griterío y la irresponsabilidad que en ellas se evidencian. La esencia y la silenciosa fuerza que emanaron cien años ha de este espíritu juvenil hanse conservado intactas hasta hoy en su misma hondura. Si no fuese el abuelo de usted, nunca hubiésemos llegado a saber nada acerca de ellas..., pero, sin embargo, todo esto hubiese estado también ante nosotros. Con toda seguridad, viven hoy también personas como Hermann Gundert, hombres significativos, que son capaces de llenar el círculo de su propia vida y que, sin duda alguna, poseerían la fuerza suficiente para llevar sobre sí y soportar el peso de la gran fama. Pienso que tales fuerzas permanecen siempre inmanentes en un pueblo y que es definitiva no se debe desesperar del todo, por más que estos tiempos nos induzcan a ello."

No sé si el autor de esta hermosa carta tenía conocimiento de que el abuelo Gundert juega un papel - bien que disfrazado, mas dibujado fidelísimamente según la significación e importancia que para mí tenía - en un pequeño poema mío, la *Niñez del mago*, que nunca pasó de ser un fragmento inconcluso. Hállase este poema en el libro *Traumfährte*. En este mi abuelo, que murió cuando contaba yo dieciséis años, conocí no solo a un anciano sabio y, sin mengua de su profunda sabiduría, experto en el trato y conocimiento de los hombres, sino también a un eco o resonancia lejana, una herencia levemente encubierta bajo una capa de piedad y servicio constante al Reino de Dios, mas siempre viva y pujante, de ese mundo singular de Suabia, mezcla sorprendente

de estrechez material y magnificencia espiritual, que se ha conservado a lo largo de dos siglos, enriqueciéndose más y más y extendiéndose gracias a una valiosísima tradición, en las escuelas de Humanidades y Latín, en los seminarios evangélicos de los conventos y en el famoso *Stift* de Tübingen. Este mundo no es pura y simplemente el mundo de las casas parroquiales y las escuelas de Suabia, al que también han pertenecido hombres de noble espíritu y ejemplar integridad como Bengel, Oetinger y Blumhardt, sino ese mundo en el que crecieron y se formaron Hölderlin, Hegel y Mörike.

En este mundo, lo mismo que en casa de mi abuelo, olía a tabaco de pipa y a café, a libros viejos y a herbarios, y como este ámbito espiritual coloreado por la teología, pero que no excluía dirección alguna posible, desde el pietismo hasta el librepensamiento más radical, fue apropiándose año tras año de la élite de los estudiantes de Humanidades de todo el país, floreció aquí, a través de una serie de generaciones, una multitud de figuras significativas, originales, personalísimas, cada una de las cuales, si bien no llegó a convertirse en punto central o estrella fija, sí perteneció al círculo vital o de amistad de una de estas estrellas, dejó una estela de dibujos, correspondencia y retratos e incorporó a su vez a esta tradición a hijos y discípulos, y así mismo cuajó allí una riqueza y sobreabundancia vital, más o menos condicionada por el espíritu como en ninguna otra región o comarca de Alemania.

De este modo aprendí yo de mi abuelo Gundert, y a través de él, una cultura espiritual de matiz provinciano quizá, pero capaz de elevarse hasta lo más alto, una cultura que poseía su cuño propio y peculiar, su propio lenguaje, su vocabulario tan original y extravagante a veces, y que en él nunca se adulteró ni falsificó ni por los años que vivió en la India ni por sus innumerables relaciones y amistades internacionales, en tan diversas lenguas sostenidas, ni tampoco por su matrimonio con una suiza de habla francesa y educación calvinista, ni siquiera por sus trabajos sobre indología, que jamás interrumpió.

El recuerdo más vivo y más delicioso que conservo de él es el siguiente: contaba yo quince años mal cumplidos y era alumno de la escuela conventual de Maulbronn, esto es, de uno de los últimos peldaños de aquella escala que conduce al pensionado, a la sabiduría, a la cura de almas o quizá al Parnaso de Suabia; acababa de sufrir la crisis más aguda de toda mi vida escolar y cometido un delito imposible casi de purgar, incomprensible, que cubrió de vergüenza tanto a mí como a mi dignísima familia: me escapé del convento, buscáronme por los bosques durante todo un día, dieron cuenta a la policía de mi desaparición, casi me busqué la muerte al pasar la noche bajo el cielo raso y con

una temperatura de diez grados bajo cero y solo pude regresar a casa tras haber sido dado de alta en la enfermería y cumplido mi castigo en el calabozo escolar, cercanas ya las vacaciones, sin haber sido expulsado definitiva e irrevocablemente del seminario, pero si viendo mi carrera estudiantil amenazada casi sin esperanza de recuperación. Verme tratado como enemigo y delincuente por parte de mis familiares hubiese sido quizá menos espantoso para mí que aquella dulzura, aquella solicitud constante y llena de temor con la cual me rodearon todos, cual si fuese un enfermo atacado por una dolencia terrible y probablemente contagiosa. Pues bien: una de las primeras visitas obligatorias que hube de rendir después de mi retomo al hogar, y por cierto la más importante y la más difícil de todas para mí, fue la que hice a mi venerado, queridísimo y, sin embargo, tan temido en aquellos instantes abuelo Hermann. No podía dudar en modo alguno que mis padres se prometían muchas y buenas cosas de esta visita y que habían rogado, al venerado anciano me sometiese a un examen profundo y minucioso y me hiciese ver la magnitud y las consecuencias presumibles de mi crimen. Mi camino hasta él, hacia la vieja y amada casa y las escaleras que llevaban hasta su alto y soleado gabinete de trabajo, fue el camino de un pecador hacia el tribunal que ha de juzgarle. Allí, en la amplia antesala, se hallaban como siempre los centenares, millares de libros que tan invencible atracción ejercían sobre mí ya por entonces y tantos de los cuales habría de leer después; reinaba una grata penumbra y un sosiego y silencio que todo lo dominaba y a través de la única ventana de la estancia divisé la claridad cegadora del muro de la casa contigua, bañada de sol, con el amplio y sombrío agujero del desván, sobre el cual pendía, un tanto torcida y maltratada por el uso, la pequeña rueda de la polea empleada para subir las cargas de leña de quemar. Todo aquello, incluso la oscura y solemne fila de los infolios en los estantes inferiores, la exacta regularidad de las distancias entre los empaldecidos titulares de las interminables filas de periódicos encuadernados y el brillo quedo y fugaz del oro sobre los lomos de los libros, poseía en aquella supuesta hora crucial de mi vida una aparente realidad y significación superiores a lo normal, que me causaban una singular opresión, mientras todo me hablaba de un mundo de orden, pulcritud y legitimidad, para alejarme del cual, y perderlo para siempre, yo había dado ya el primer paso fatal, precisamente el paso por el cual habrían de juzgarme y de inculparme en este mismo lugar.

Así penetré, temerosamente, en el santuario; aspiré el aroma del tabaco de pipa, los papeles y la tinta, vi jugar a los rayos del sol sobre las mesas cubiertas con libros, revistas y manuscritos en innumerables lenguas y divisé también frente a mí, con las espaldas vueltas hacia la luz y el sol que entraba a raudales por la ventana, al anciano envuelto en una nube de humo refulgente

de luz, sentado en su viejo canapé, alzando los ojos lentamente de los papeles que estaba escribiendo. Salúdele con un hilo de voz y le di mi mano, dispuesto a sufrir el interrogatorio, el juicio y la condena. El sonrió con sus finos labios, expertos en tantas lenguas diversas, que florecían en medio de su amplia barba blanca, y más aún sonrió con sus claros ojos azules; entonces sentí que cedía dentro de mí aquella temerosa tensión que me embargaba y me di cuenta de que allí no me esperaban ni el juicio ni el castigo, sino la comprensión, la sabiduría de la ancianidad, la paciencia y un punto de burla y de picardía. Al fin abrió la boca y dijo: "Vaya, ¿conque eres tú, Hermann? He oído que recientemente has emprendido un *Geniereise*."

Un *Geniereise* se llamaba antes, sus buenos cincuenta años atrás, entre los estudiantes de Tübingen, a las aventuras y excesos cometidos por soberbia, insubordinación o, también, por desesperación. Y solo algunos años después entéreme de que también él, mi abuelo, el hombre famoso como cristiano y como sabio, había vivido en tiempos dentro de aquella peligrosa atmósfera en la que se cometen tales barrabasadas. Precisamente en aquella ardorosa y peligrosa época de su juventud, de la que probablemente se acordó mi abuelo en aquel instante, y que vivida por él y por sus más íntimos amigos en plena tempestad de orgullo juvenil y exaltado y desesperación suicida, precisamente en aquella época, digo, fue cuando escribió el poema que ahora he vuelto a sacar a la luz ciento veinte años después de haberlo visto por vez primera.

Y precisamente sobre este poema escribíome un germanista de París, contemporáneo nuestro, las siguientes palabras: "Tan solo desearía decirle cuan querida es para mí la poesía de Hermann Gundert. ternísima enredadera en torno a un firme tronco. También me parece importante porque en ella es fácil reconocer la significación y valor de la tradición familiar; supone ella una carga, sí, mas también ayuda a seguir adelante, cuando se sabe superar los nudos y puntos críticos. Pude estudiar esto en el caso de Albert Schweitzer; quizá sepa usted también que J. P. Sartre es su sobrino segundo, esto es, el nieto de su tío de París. Este tío era un notable germanista, experto en la figura de Hans Sachs, y muy parecido él mismo a Sachs, con su barba blanca y su ácido humor. Con semejante abolorio de sabios y pastores puede Sartre permitirse, sin riesgo alguno, el nihilismo; sus secuaces y discípulos, que casi nunca cuentan con tal falange protectora en la retaguardia, se corrompen y degeneran en él con harta frecuencia..."

Para mí, empero, que he alcanzado largo tiempo ha una porción de nietos y casi la misma edad de mi abuelo, constituye una singular especie de gozo y satisfacción saberle a él, que naturalmente solo se hubiese sonreído de

todo esto, vivo, presente y activo aun en un mundo que no es solo ya el de las misiones religiosas pietistas. Si en sus postreros años él no volvió a saber nada, o no quiso saber nada, de todo ello, antaño recorrió idénticos caminos que Hölderlin, Hegel y Mörike, copió de su puño y letra, con una bien tajada pluma de ganso, la reducción para piano de la *Flauta mágica*, escribió algunas poesías y se permitió en cierta ocasión un *Geniereise*.

RECUERDOS OTOÑALES (1952)

El incomparable estío de este año, de un año repleto para mí de regalos, fiestas y emociones cordiales, pero así mismo de pesares y de trabajo, comenzó a perder cerca ya de su término algo de aquel talante amable, grato y jubiloso que le había caracterizado, sufrió accesos de melancolía, de enojo y mal humor, sí, incluso de hastío y pronta disposición para la muerte. Si por la noche la retirada al lecho había tenido lugar bajo un cielo límpido y centelleante de estrellas, la mañana siguiente traía con frecuencia una luz borrosa, triste, fatigada y enferma; la terraza amanecía mojada y emanaba húmeda frialdad; el cielo se cernía lánguido y marchito; nubes sin forma descendían hasta muy adentro de los valles y cada nuevo instante parecía presto a derramar otra tromba de agua; y el mundo, que apenas ayer había exhalado su estival plenitud y la robusta madurez del verano, emanaba un cobarde y amargo olor a otoño, a podredumbre y a muerte, aunque los bosques y las verdes laderas, que acostumbran estar agostadas y amarillas por esta época del año, mantenían ahora con firmeza su fresco verdor. Había caído enfermo nuestro lozano y firme verano tardío, se había fatigado de pronto, tenía raros caprichos y *mauderte*, como dicen en Suabia. Pero de un modo u otro todavía estaba vivo. Casi cada uno de estos arrebatos de languidez, abandono y mal humor veíase seguido de un defenderse y un florecer, de un esfuerzo por recobrar el hermoso anteayer perdido, y estos días - a menudo eran solo horas - de renacer vital poseían una belleza singular, conmovedora y casi angustiada, una transfigurada sonrisa otoñal en la que se mezclaban y confundían verano y otoño, vigor y fatiga, afán de vivir y debilidad en un todo singular y maravilloso. Algunos días esta hermosura decadente del verano se abría paso y triunfaba lentamente, con el aliento entrecortado, con pausas de agotamiento, la luz diáfana y ternísima conquistaba, trémula, el horizonte y las cumbres de las montañas y en el crepúsculo cielo y tierra reposaban en medio de un gozo sosegado y sereno, que prometía nuevos días claros, frescos y alegres. Pero en el transcurso de la noche todo se perdía de nuevo y por la mañana el viento arrastraba pesados jirones de nubes sobre el paisaje empapado, olvidábase la jubilosa y prometedora sonrisa

de la tarde anterior, borrábanse los perfumados colores hasta confundirse en uno nuevo y apagado, y anegábase en cansancio la clara y alegre audacia y el talante de victoria tras de la guerra sostenida ayer.

No solo por causa de mí mismo observaba yo con desconfianza y desasosiego estas oscilaciones caprichosas y estas mutaciones tan singularmente excéntricas del tiempo atmosférico. No solo era mi vida de todos los días la que se veía amenazada por estas bruscas veleidades y forzada a hacerse a la idea de una temporada de encierro en mi casa y mi gabinete. Presentábase así mismo un importantísimo suceso, para el cual parecían ser más que deseables un cielo amigable y un poco de calor: se trataba de la visita de un viejo y dilecto amigo nativo de Suabia. Esta visita, aplazada ya numerosas veces, tendría lugar en breves e inmediatos días. Para mí hubiese sido un verdadero y fastidioso contratiempo el que la llegada, la estancia y la partida, aunque mi amigo solo se propusiese ser mi huésped durante una sola noche, hubiesen de tener lugar bajo un tiempo desapacible y sombrío. Por ello observaba yo con preocupación las dolencias y restablecimientos, el inquieto oscilar aquí y allá del tiempo. Mi hijo, que me acompañaba durante una larga ausencia de mi esposa, me ayudaba en las faenas del bosque y las vides, y yo, por mi parte, llevaba a cabo en casa mi trabajo diario; busqué, así mismo, un regalo para la esperada visita del amigo y por la noche contéle a mi hijo algunos pormenores del invitado, de nuestra amistad y de la persona y actividades del amigo, el cual, allá en su país natal, es venerado y amado por los conocedores como encarnación y herencia viva de la mejor tradición, como uno de los grandes espíritus del país. ¡Cuánto me hubiera pesado el que Otto, que según creo no había estado en el Sur desde varios decenios atrás, y que no había visto aún mi casa, mi jardín y mis espléndidas vistas sobre el valle del lago, hubiese tenido que contemplar todo esto trémulo de frío y bajo la luz húmeda y sombría de un día de lluvia! Secretamente, empero, ocupábame y atormentábame, asimismo, otro pensamiento, harto más opresivo y humillante, a saber: mi amigo de juventud, que fue primeramente abogado, luego prefecto de una ciudad, a continuación, y durante algún tiempo, funcionario del Estado, y más adelante, ya jubilado, investido de todo género de cargos honoríficos, algunos muy importantes, jamás había vivido en condiciones ni medios demasiado desahogados u opulentos, hubo de sufrir bajo el régimen de Hitler, como funcionario no adicto a él, algunos años de hambre junto con su numerosa familia, y luego la guerra, los bombardeos, la pérdida de sus bienes y su hogar, supo después adaptarse valiente y alegremente a una vida de austeridad espartana..., ¿qué impresión experimentaría al hallarme aquí, dispensado de los horrores de la guerra, en una casa espaciosa y grata, con dos gabinetes de trabajo, con recadero, servidores y cierta comodidad de la que muy difícilmente hubiese podido

prescindir, pero que a él habría de antojársele, sin duda alguna, un lujo viejo e inactual? Sí, ciertamente él estaba informado de algunos aspectos de mi vida, él sabía que yo había conseguido todo este grato desahogo y este bienestar quizá superfluo tras de largas privaciones y merced a renunciaciones harto amargas, y si no era así, había llegado hasta mis manos como obsequio. Pero, a pesar de todo, mi bienestar no podía despertar en él, el mejor y más leal de todos mis amigos, ni la más leve sombra de envidia y al cabo se vería forzado a reprimir una sonrisa cuando contemplase todo lo superfluo e innecesario que habría de hallar en mi casa y que a mí se me antojaba imprescindible. La vida le lleva a uno por senderos singulares: en otros tiempos hube de sufrir dificultades e impedimentos porque era pobre y llevaba flecos en los pantalones, y ahora debía avergonzarme de mi bienestar y mis propiedades. Y esta sensación había comenzado cuando principié a dar albergue a los primeros emigrantes y fugitivos.

Contéle a mi hijo cuándo y dónde nos conocimos ambos amigos. Sesenta y un años, atrás, siendo asimismo septiembre, fuimos ambos inscritos por nuestras respectivas madres como alumnos en el convento de Maulbronn; yo he descrito esto en uno de mis libros, ya que se trata de una ceremonia muy conocida en Suabia. Otto fue allí mi camarada de estudios, pero aún no fue mi amigo. Tal cosa se produjo poco a poco, en sucesivos y posteriores encuentros, y dio por resultado una amistad firme, nada sentimental, pero hondamente cordial. Mi amigo mantenía una relación inmediata y firmísima con la poesía, heredada ya de un padre doctísimo y cultivado y alimentada y ejercitada durante toda su vida; esto le hacía especialmente sensible para con la obra y la persona de un poeta unido a él además por tantos recuerdos comunes. Para mí resultaba este amigo admirable, y en ocasiones también envidiable, por su firmísimo enraizamiento en un suelo patrio y un pueblo, lo que otorgaba a su persona, por demás asentada y serena, una seguridad y una ancha base que a mí me faltaban. Hallábase muy lejos de cualquier estrecho nacionalismo y era quizá más sensible aún que yo mismo frente al griterío y las gestas patrióticas; pero se sentía plenamente dichoso en su hogar de Suabia, en su paisaje y su historia, en su lengua y su literatura, en su riqueza de usos, costumbres y refranes, y lo que había comenzado como herencia natural, esto es, aquella familiaridad con los misterios, con las leyes del crecimiento y de la vida y con las dolencias y peligros que aquejaban a su patrio pueblo, convirtiéndose a lo largo de los años, mediante la experiencia y el estudio, en un saber consciente que más de algún patriota de aspaviento y discurso le envidiaba secretamente. Para mí, el foráneo, era la viva encarnación de las mejores cualidades de Suabia.

Y al fin llegó a mi casa, y tuvo lugar la fiesta del reencuentro. Le hallé un poco más viejo que antes, más lentos sus ademanes desde que nos vimos por última vez; pero al igual que todas las anteriores ocasiones, parecióme esta también prodigiosamente vigoroso y ágil para su edad que era la mía misma; firme y erguido sobre sus bien ejercitadas piernas de andarín, y, también como siempre, vime a mí mismo, junto a él, enfermizo y débil. No llegó con las manos vacías. Como mensajero de mis parientes de Suabia, traíame un pesado paquete, el cual contenía todas las cartas que yo había escrito a mi hermana Adele entre los años 1890 y 1948, o al menos todas cuantas se habían hallado guardadas. De este modo me trajo el amigo no solo la posibilidad de conjurar el pasado irrepetible y entablar un diálogo con él, sino también un arca repleta de este pasado mismo, condensado y documentado. Y aunque el pequeño obsequio que yo tenía preparado para él se me antojó verdaderamente insignificante, desde el primer momento de su llegada no sentí el menor rastro de vergüenza y le llevé por toda mi casa con alegría y conciencia sosegada. Los dos nos alegrábamos con la presencia del otro; él se encontraba rebosante de buen humor viajero y yo sentí que junto con mi huésped había regresado a mi hogar un pedazo de mi mocedad y del lejano país de mi adolescencia. Logré hacerle desistir de su propósito de emprender el viaje de regreso a la mañana siguiente, y consintió en retrasar su partida un día más. Recorriólo todo en compañía de mi hijo, tal un anciano caballero amable y cortés, para el cual, pese a sus setenta y cinco años de edad, cualquier nuevo conocimiento y amistad no es en modo alguno una molestia, sino una sugestiva alegría. Por su parte, Martin se percató así mismo de que el hombre que acababa de conocer era una persona de muy alto y singular valor, y nos espió y retrató, con su máquina fotográfica innumerables veces cuando nos hallábamos conversando delante de la casa.

De todos aquellos que han de ser los destinatarios de estas líneas mías, muy pocos contarán mi edad. La mayor parte de ellos no saben cuánto puede significar para un anciano, sobre todo si ha pasado su vida lejos de los ámbitos y las imágenes de su adolescencia, un objeto cualquiera que le testimonie la realidad de sus años juveniles; un viejo trozo de mueble, una fotografía empalidecida por los años, una carta cuya caligrafía y cuyo papel abren, al volverlos a ver, secretas cámaras áureas de la vida pasada, llenándolas de luz, y en las cuales descubrimos apodos, nombres cariñosos y expresiones familiares que hoy no comprendería ya persona alguna y cuyo eco y contenido solo podemos explicarnos nosotros mismos tras un breve y grato esfuerzo de la memoria. Y más, mucho más que tales documentos de un tiempo pasado y lejano, significa el reencuentro con una persona viva, que fue un día niño y muchacho junto a ti, que conoció a tus viejos maestros, ha tantos años

enterrados, y guarda todavía dentro de sí recuerdos que tú habías perdido para siempre. Nos contemplamos ambos, mi compañero de escuela y yo, y cada uno de nosotros ve en el otro no solamente una blanca cabeza y unos ojos cansados bajo los párpados arrugados y un poco rígidos, sino también al Ayer oculto tras el Hoy. No son solo dos ancianos que conversan, es el seminarista Otto con el seminarista Hermann, y cada uno de ellos ve aún, tras de los años transcurridos y hechos historia, al camarada quinceañero, y escucha su voz juvenil de antaño, le ve sentado en el banco escolar, grabando caras en la madera; le ve jugando a la pelota o las carreras, con los cabellos al viento y la mirada chispeante; ve brillar sobre las facciones todavía niñas las primeras luces mañaneras del entusiasmo, de la emoción y de la devoción en los primeros encuentros con el espíritu y con la hermosura.

Dicho sea de paso: el que con harta frecuencia reciban muchos hombres en su ancianidad el sentido de la historia, que no poseyeron en su juventud, se basa en el conocimiento de estas numerosas capas o estratos que se van acumulando sobre una faz y un espíritu humano en el transcurso de varios decenios. En el fondo, y aunque no lo hagan de modo consciente, todos los viejos piensan de un modo histórico. No se contentan con esa capa primera y superficial que tan bien sienta a los jóvenes. No querrían prescindir de ella ni borrarla, pero desearían percibir tras de ella la serie de aquellas capas sucesivas del vivir y de la experiencia acumulada, que otorgan al momento presente su pleno peso e importancia.

Pues bien: nuestra primer velada fue una verdadera fiesta. No solo afloraron a nuestro diálogo recuerdos o juventud, ni se limitó la charla a informes sobre la vida, el estado actual o la muerte reciente de nuestros viejos camaradas de Maulbronn; también hubo diálogos y confesiones de tipo general sobre cuestiones y temas suabos y alemanes, sobre la vida cultural de allí arriba, sobre los hechos y los padecimientos de tantos coetáneos nuestros distinguidos o famosos. Sin embargo, nuestra charla fue alegre y plácida de modo predominante, e incluso acerca de temas verdaderamente serios se conversó casi juguetonamente y con esa distancia que nos resulta natural y grata a los viejos cuando nos hallamos frente a cosas o sucesos actuales. No obstante, fue para mí, el ermitaño, una insólita turbación de mi vida aquel permanecer sentado a la mesa más largo tiempo que de costumbre, hablar y oír hablar durante tres horas seguidas, sentirme caldeado por los afectos y recuerdos del que antaño fue mi país y arrastrado hasta muy dentro de la maleza de los recuerdos, y presentí, sin equivocarme, que a todo aquello seguiría una mala noche. Me hallaba preparado, empero, para pagar alegremente y a mi modo aquella hermosa velada. Y así me hallé a la siguiente mañana enfermo y

cansado, y también contento de que mi hijo se hallase a mi lado, tan bondadosa y servicialmente. El amigo se mostró sereno y de humor alegre, como siempre; nunca le he visto enfermo, nervioso, malhumorado o agotado de cansancio. Yo me mantuve durante las horas de la mañana retirado y silencioso, engullí unas píldoras y al fin me sentí de nuevo recobrado y capaz al comenzar la tarde. El tiempo estaba más despejado y benigno, y pude invitar a nuestro huésped a un paseo por nuestras colinas. No me avergonzaba, ni tampoco despertaba envidia en mí, verle a mi lado tan vigoroso, tan descansado, sensible y receptivo para todo cuanto sucediese en torno; por el contrario, causábame gozo y bienestar. Envolvía a esta querida figura un aura de sosiego y de ataraxia antigua, que yo percibía con agrado y con gratitud, mientras me dejaba bañar e influir por ella. ¡Qué gustoso, qué bello y qué justo era, sin embargo, el que ambos fuésemos tan distintos en temperamento, constitución y dotes! Más aún: qué hermoso era que cada uno de nosotros hubiese permanecido fiel a su esencia íntima, y hubiese llegado a ser precisamente aquello para lo que le capacitaba su naturaleza: por una parte el tranquilo, pero infatigable profesional y funcionario con fuerte inclinación por la poesía y los conocimientos culturales, y por otra el literato nervioso, tan propicio a la fatiga y, sin embargo, secretamente tenaz. Considerándolo todo en conjunto, cada uno de nosotros dos había conseguido y realizado en buena medida cuanto podía desear y esperar de sí mismo y cuanto podía deberle al mundo. Quizá la vida de Otto había sido la más feliz, pero ninguno de los dos pensábamos demasiado ni dábamos demasiada importancia a la *felicidad*; en cualquier caso, nunca había sido ella la meta de nuestras aspiraciones.

Yo le aventajaba a él en cierto sentido. Era tres meses mayor en edad y tenía ya tras de mí el aniversario de mi setenta y cinco cumpleaños; ya había sido superado, mi agradecimiento estaba expresado a todos y había sido dispensado de la asistencia personal a las fiestas y actos por sus comprensivos organizadores. Pero él, mi bravo suabo, tenía todavía ante sí todo esto, y sin dispensa ni escapatoria posible; en breve tiempo tendría que rendirse a las incomodidades de las fiestas, y no serían pequeñas, por cierto, ya que le amenazaban varios actos en su honor y homenaje. En manos de un amigo de Stuttgart hallábase ya un pequeño obsequio mío de aniversario: un manuscrito iluminado. Sin duda alguna, él sabría salir más airoso que yo del inminente acontecimiento, sabría enfrentarse a los homenajes, las alocuciones y distinciones honoríficas con plena dignidad y gentileza, y responder con cuidadosa cortesía a los cien apretones de manos y reverencias. Si no se había visto expuesto ante las candilejas tantas veces como yo, el sabio refrán "bene vixit qui bene latuit" tampoco había llegado a ser para él el lema de su vida; él era un hombre a quien conocía muchísima gente, que probablemente contaba

con algunos enemigos, además de los *nazis*, y había tenido que pelear más de una batalla, y que ahora, en el ocaso de su vida laboriosa y leal, contaba para todas las mentes sensatas entre los más genuinos e imprescindibles representantes del espíritu suabo. No hablamos ni una palabra acerca de sus inmediatos días de fiesta y homenaje, y sí de aquellas instituciones de la vida cultural patria a las cuales había sostenido decisivamente, incluso en ocasiones salvado, su colaboración y apoyo durante tiempos difíciles. Hablamos también un poco de nuestras esposas: recordamos a la suya, que había estado enferma en días recientes, y a la mía, que gozaba desde un par de semanas atrás unas bien merecidas vacaciones y había salido en viaje hacia Itaca, Creta y Samos, siguiendo el mayor anhelo de su vida.

También nuestra segunda y última tarde fue del todo alegre y armoniosa y nos deparó una nueva multitud de hallazgos en el tesoro del ayer y más de una buena y sabia máxima sacada de la experiencia del amigo. Era él harto consciente y amaba demasiado el lenguaje como para ser un conversador ameno y superficial, pero sabía hablar sin esfuerzo, aunque despaciosamente y con cuidadosa elección de las palabras. Bastante más tarde de lo proyectado nos despedimos ambos; él se proponía emprender el viaje la mañana siguiente, a una hora en la que mi jornada no ha empezado aún como tal, y, por otra parte, yo sabía que mi hijo le prestaría atenta y solícita compañía. Al despedirnos sonreímos ambos, sin decir palabra sobre lo que ambos estábamos pensando: "Esta será, quizá, la última vez." Tomé el grueso paquete de cartas, subílo conmigo a mi alcoba, pero no lo abrí aquella misma noche. En lugar de esto intenté fijar en mi interior la imagen del amigo y medité en su vida paciente, valerosa e hidalga durante una hora o quizá más tiempo.

Esta vida, pese a graves y amargos tiempos cruciales, había transcurrido más sosegada y equilibradamente que la mía propia, la cual, en comparación con ella, se me antojaba caprichosa, irregular y excéntrica. En determinadas épocas no hubiésemos podido expresarnos, quizá, con tanta libertad y carencia de pasión como hoy acerca de ciertas cuestiones, especialmente políticas. Pero, si bien senderos totalmente distintos y con andadura igualmente diversa, ambos habíamos alcanzado, en nuestra edad avanzada, esa zona de sosegada contemplación donde es posible comunicarse entre sí los pensamientos, incluso los que versan sobre cuestiones espinosas o amargas, sin reserva y sin temor a ser mal entendido o a despertar irritación, y en el cual cada uno confirma y aprueba los pensamientos del otro. ¿Es esto, quizá, un caso singular, un azar dichoso y raro, o habrá muchas otras personas con las cuales podría yo, si llegase a conocerlas, trabar un diálogo en este mismo tono y este mismo *tempo andante*? Vanas preguntas... En todo caso, era bueno y hermoso vivir con otra

persona esta especie de unísono en los tardíos días de la vida, en esos días en que una vida aspira a hallar su dominante y su más racional y oportuna resolución. Para mí, este día vivido en compañía de mi huésped fue un altísimo provecho y una fiesta, y creo que para él lo fue también.

En estos días, durante la hora de reposo después del mediodía, he dado comienzo a la lectura de las viejas cartas. No se retraían estas hasta los años de Maulbronn, pero sí hasta los años juveniles de Tübingen y Basilea, y de este modo pude disponer, como resarcimiento y compensación del puente hacia la juventud desaparecida junto con el amigo, de la posibilidad de despertar aquellos tiempos lejanos de la mano de mis propias cartas; desde entonces, en la sobremesa de cada día dedico un cuarto de hora, media hora a veces, a estas cartas de los años noventa. Había en ellas referencias sobre mis lecturas de Goethe, de Ossian, de Conrad Ferdinand Meyer, y vi con toda claridad mi habitación de Tübingen, con las paredes cubiertas por innumerables figuras y cuadros, recortados de los más diversos periódicos y catálogos, fijados con chinchetas sobre el papel pintado de la pared para que este no sufriese daño. Había allí todos los retratos de pintores y músicos que pudieron caer en mis manos, el más espléndido de los cuales era un gran retrato de chopin, una fototipia de anchos bordes por la cual hube de pagar tres marcos. Tres marcos eran entonces mucho dinero. Y entre todas aquellas testas famosas colgaban, en cuidadosa ordenación geométrica, pipas grandes y pequeñas, una de las cuales, si se la fumaba en pie, llegaba hasta el suelo con la policroma cabeza. Y vi también, súbitamente, el pupitre de blanca madera sin cepillar, en el cual había escrito yo la mayor parte de estas cartas, y a partir de este mismo instante me familiaricé de nuevo por entero con mi caligrafía de aquellos días, que sufrió un cambio radical durante mis años de Tübingen bajo la influencia de un curso de caligrafía que prometía también, aún lo recuerdo, la curación de los calambres en los dedos y al que yo asistí durante algunas semanas por deseo u orden de mi principal, el librero Sonnewald. También me representé con toda claridad la figura de este último, y las de mis compañeros de estudios, y las de algunos profesores de Tübingen, y las de algunas muchachitas a las que rendía yo mi devoción. Y los paseos vespertinos hasta Schwärzloch para tomar leche agria, las andanzas nocherniegas por las avenidas a orillas del Neckar, las excursiones dominicales a Reutlingen y Hauffs Lichtenstein y los amigos y camaradas de francachela, a los cuales, dicho sea de paso, no pertenecía Otto, cuya amistad comenzó un poco más tarde. La mayor parte de aquellos amigos de Tübingen, de los que ya he hablado en mi Lauscher, viven todavía hoy, pero apenas si mantengo relación con un par de ellos.

Los días se fueron tornando más y más otoñales, los días de lluvia cada vez más sombríos, los soleados cada vez más fríos y en numerosas cumbres apareció la nieve. El domingo que siguió a la marcha de mi amigo fue singularmente hermoso: fuimos en coche hasta un picacho desde el cual se divisaban todos los montes de Wallis; en la mayoría de las aldeas de la comarca las gentes se afanaban aún en la recolección de la vid. Gozamos de la contemplación de aquellas imágenes tan ricas en colorido y deseamos que el amigo hubiese podido compartir con nosotros aquel día, aquel azul, oro y blanco de las lejanas montañas, aquella cristalina y gozosa luminosidad del aire, aquellos grupos abigarrados de vendimiadores en las terrazas cubiertas de viñas.

Y en esta misma hora precisamente, cuando pensábamos en él en medio de nuestra caminata, murió mi amigo.

Había regresado a su hogar contento y en magnífico estado, y enviado a numerosos amigos tarjetas postales con noticias de su visita y estancia en Montagnola, incluso a mi hermana; me había escrito anunciándome su llegada al hogar y se había visto inmediatamente absorbido por una de sus numerosas ocupaciones oficiales. Y en aquella misma tarde, que nos bañó con el regalo de su nobilísima luz y su insólito colorido, murió él sin lucha ni resistencia, tras un breve padecimiento. Me enteré de ello a la mañana siguiente por medio de un telegrama, en el que se me rogaban unas pocas palabras para ser leídas ante su tumba, y casi en seguida por una breve carta de su esposa. Decía esta: "Ayer domingo, a las doce de la tarde, murió mi marido, inesperadamente y sin lucha. En la visita que hace poco le hizo a usted debió, sin duda, recoger afecto y amistad muy hondos, y quisiera darle las gracias por ello. Téngale usted ahora presente en su memoria con el mismo afecto."

Sí, estuve junto a él con todo mi corazón. Por encima del dolor de la pérdida, la muerte de este hombre, al cual, mientras vivía, habían considerado como ejemplo muchos otros hombres cabales y valiosos, se me antojó prodigiosamente ejemplar. Responsabilidad y fidelidad al trabajo hasta su postrer día de vida, y luego ni una queja, ni un momento de postración en el lecho, ni una llamada a la compasión o al desvelo; tan solo un sencillo, sosegado, plácido morir. Una muerte con la cual era preciso mostrarse conforme, a pesar de toda la amargura; una muerte que ponía fin a una vida valiente y sacrificada en el constante servicio y que liberaba benignamente al amigo, inconsciente aún de su propio agotamiento, de las exigencias del mundo y de las fatigas que la celebración de su aniversario le hubiesen deparado en breves días.

Tórnase otoñal toda mirada atrás, sea sobre la propia o sobre la ajena vida; otoñal también cada historia, otoñal cada entrega al recuerdo. Con mano exhausta y aquejado de agudos padecimientos he escrito las presentes líneas, que son, a lo que presumo, una trama de trivialidades y sucesos significativos, aunque me siento capaz de pronunciar un juicio cabal sobre ellas. No son poesía, ni tan siquiera literatura. Son notas deshilvanadas, apenas un monólogo, mas no para mí mismo, que no he necesidad de ellas, sino para algunos amigos míos y amigos de mi querido camarada de estudios. Fue para mí una gracia y un regalo que breves días antes de ganar el descanso definitivo hubiese conversado en mi casa, sentándose a mi mesa, traído saludos y obsequios del viejo país natal; que fuese yo el último, quizá, con quien mantuvo él un diálogo, alejado de los afanes y tareas de la diaria labor, el último a quien regaló una vez más con su amistad y compañía, con el sosiego, el calor y la alegría que emanaban de su persona. Sin este acontecimiento, sin esta experiencia, no hubiese sido yo capaz, probablemente, de comprender su fin, o quizá porque comprender se me antoja una palabra demasiado grande, de aceptarlo y encajarlo en un orden superior, como un postrer acento hermoso, justo y armonioso. Que a sus amigos también les suceda de este mismo modo, y que tanto para ellos como para mí mismo, en estos tiempos en que tanto necesitamos de ello, sean su figura, su persona, su vida y su fin; un consuelo y un ejemplo fortalecedor.

RECUERDOS DE LA ENGADINA (1953)

Queridos amigos:

Cuanto más largamente se afana uno en ello, tanto más arduo y problemático se torna el trabajo con el lenguaje. Por este solo motivo me veré muy pronto en la imposibilidad de narrar o describir un hecho cualquiera. Por ello. Y antes de que os cuente mis vivencias en la Engadina, deberíamos ponernos de acuerdo sobre lo que entendemos realmente por *Erlebnis*. La palabra, al igual que tantas otras, ha perdido gran parte de su peso e importancia durante el tiempo relativamente breve de mi vida consciente, y desde aquellos ricos quilates que tuvo un día, por ejemplo en la obra de Dilthey, hasta su depreciación por obra y gracia de los folletinistas, que nos cuentan cómo han *erlebt* Egipto, Sicilia, Knut Hamsun o la bailarina X., sin que, en la mayoría de los casos ni siquiera hayan visto y tomado nota fiel y honesta de ello, desde aquel punto hasta este, digo, corre un largo camino cuesta abajo. Pero yo, si he de seguir mis deseos e intento, según ellos, daros alcance por los vericuetos de la escritura y la letra impresa, debo cerrar un poco los ojos y

aspirar a mantener la ficción de que mi lenguaje y mi estilo anticuados conservan aún para vosotros la misma validez y eficacia que para mí mismo, y que un *Erlebnis* es para vosotros, como para mí, algo más que una fugaz impresión sensorial o un lance cualquiera entre los cien diversos de la vida diaria.

Otra cosa distinta, que nada tiene que ver con el lenguaje ni con mi arte de manejarlo, es la del modo o clase de experiencia vital propia de los viejos, y al llegar a este punto ni quiero ni debo permitirme ficción ni ilusión algunas, antes, al contrario, me afirmo en el convencimiento de que un hombre de edad juvenil o adolescente no puede hacerse idea en absoluto del modo y forma como los ancianos *erleben*. Y es que para los tales no existen ya, en el fondo, más *Erlebnisse* o experiencias vitales; ellos recibieron ya, hace largo tiempo, cuanto les fue asignado y predestinado en experiencias vitales primarias, y sus nuevas experiencias, que cada vez se tornan más raras y aisladas, son repeticiones de lo experimentado muchas veces o frecuentemente; son nuevas capas de barniz sobre una pintura concluida ya, aparentemente, mucho tiempo ha, que solo vienen a cubrir las viejas experiencias vitales con una nueva y delgada capa de color o de barniz, una capa más encima de otras diez, de otras cien anteriores a ella. Sin embargo, significan algo nuevo y son verdaderas y auténticas, ya que no primarias, *Erlebnisse*, porque se convierten una y otra vez, entre todas las restantes, en reencuentros consigo mismo y en introspecciones o exámenes de conciencia. El hombre que ve por vez primera el mar o escucha por vez primera *Las bodas de Fígaro*, experimenta algo muy distinto, y por cierto mucho más vivo e intenso, que aquel que lo hace por décima o quincuagésima vez. Este tal, sin duda, posee tanto para el mar como para la música unos ojos y unos oídos distintos, menos activos, pero más expertos y agudos, y no solo recibe en sí la impresión, que ya no es nueva para él, de modo diverso y más diferenciado que el otro, sino que en este nuevo experimentar tropieza también con las anteriores ocasiones, y no percibe pura y simplemente el mar o Fígaro, ya conocidos para él, de una nueva manera, sino que se encuentra consigo mismo, con su Yo anterior, con sus innumerables escalones vitales anteriores dentro del marco de esta experiencia vital, ora sea con sonrisa, burla, reflexión ponderada, emoción, vergüenza, alegría o arrepentimiento. En general, es propio y adecuado a la edad anciana que el sujeto que experimenta antes se muestre inclinado a la emoción o al rubor, ante sus anteriores formas de experiencia y experiencias mismas concretas, que al sentimiento de reflexión, y especialmente en el hombre productivo, en el artista, este reencuentro con la potencia, la intensidad y la plenitud de su madurez vital muy raras veces despertará, ya en los postreros estadios de su vida, ese sentimiento que le llevaría a exclamar: "¡Oh,

qué débil e insensato era yo entonces!", sino, por el contrario, este deseo: "¡Ay, si yo tuviese todavía un poco de aquel vigor de antaño!"

Junto a las humanas y espirituales, las experiencias vitales del paisaje pertenecen a las más importantes y conformes con mi modo de ser de cuantas me han sido deparadas. Además de los paisajes que fueron mi país natal y pertenecen a los elementos formadores de mi vida, como son la Selva Negra, Basilea, el lago de Constanza, Berna y el Tessino, me he adueñado, asimismo, convirtiéndolos en algo esencial y orientador para mí, de algunos otros paisajes de fuerte carácter, pocos en número, haciéndolos míos mediante viajes, peregrinajes, ensayos pictóricos y otros estudios: así, por ejemplo, la parte alta de Italia, y especialmente la Toscana, el mar Mediterráneo, ciertas partes de Alemania y algunos otros. Muchas han sido las tierras y paisajes que he visto, y casi todos me han gustado; pero muy pocos han sido los que me han deparado una huella fatal, los que me han impresionado de modo profundo y duradero, los que han crecido en mi interior hasta convertirse poco a poco en pequeñas segundas patrias, y todos ellos el más hermoso, el que más fuertemente ha obrado sobre mí, es la Alta Engadina.

He estado una decena de veces en este alto valle montañoso, algunas de ellas solo por breves días, mas también frecuentemente durante algunas semanas. Visítelo por vez primera hará cosa de cincuenta años; fui a pasar unas vacaciones, siendo muy joven aún, en Preda, sobre Bergün, junto con mi mujer y mi amigo de juventud Finckh, y cuando llegó el tiempo de regresar a casa decidimos los tres emprender una postrer y atrevida excursión. Abajo, en Bergün, un remendón me puso clavos nuevos en las suelas y los tres, con los morrales a la espalda, emprendimos desde Albula la ruta de la hermosa y larga carretera que atraviesa las montañas, y luego la más larga todavía que atraviesa los valles desde Ponte hasta St. Moritz, por una carretera sin automóviles, pero con infinito número de pequeños cochecitos de tiro, de uno o dos caballos, en medio de una permanente nube de polvo. Una vez en St. Moritz, mi mujer se despidió de nosotros y regresó a casa en tren. Y mientras mi camarada, que no podía soportar la excesiva altura y era incapaz de conciliar el sueño durante las noches, se tornaba más y más taciturno y malhumorado, surgió ante mis ojos, tal un paraíso entrevisto en sueños, pese al polvo y al calor sofocante, el Inntal superior. Presentí al momento que aquellas montañas y lagos, aquel mundo de árboles y flores, guardaba muchas más cosas para mí de cuantas pudiese captar plenamente y hacer mías en aquella primera ojeada, que algún día volvería a llamarme hacia sí, que aquel valle alpino tan severo como rico en variadas formas, tan grave como armonioso, era algo que me tocaba muy hondo, que tenía algo muy valioso que darme y algo también que exigirme. Tras pernoctar

en Sils María (donde me encuentro hoy de nuevo, y escribo estas notas) caminamos hasta llegar al postrero de los lagos de la Engadina, donde rogué en vano a mi agotado compañero de viaje que abriese bien los ojos y tendiese la vista más allá del lago, hacia Maloja y el Bergell, para contemplar la inaudita nobleza y hermosura de aquel cuadro; fue en vano, digo, y él me dijo con irritación, mientras señalaba con el brazo extendido hacia aquella inmensa y profunda lejanía: "¡Bah, no es más que uno de tantos efectos escénicos vulgares!" Tras de cuyas palabras yo le propuse que tomase la carretera que lleva hasta Maloja mientras yo emprendía a pie el camino hacia la orilla opuesta del lago. Al atardecer ambos estábamos sentados en la terraza de la Osteria Vecchia, alejados el uno del otro, solos cada uno ante nuestra mesa y nuestra merienda; nos reconciamos a la siguiente mañana y emprendimos el regreso saltando alegremente por los atajos de la carretera de Bergell.

La segunda vez, pocos años después, acudí a Sils Maria para reunirme con mi editor berlinés, S. Fischer, y pasé allí dos o tres días tan sólo, invitado por él en el mismo hotel que visito cada verano durante estos últimos años. Esta segunda estancia dejó tras de sí pocas impresiones; no obstante, recuerdo una hermosa velada con Arthur Holitscher y su esposa; ambos teníamos muchas cosas que decirnos por aquel entonces.

Y hubo allí también una experiencia distinta para mí, un espectáculo que, desde entonces hasta hoy, se me ha ido tornando más importante y querido cada vez que vuelvo a contemplarlo con el corazón conmovido; me refiero a la casa un tanto sombría, pegada junto a la rocosa falda del monte, en la que tuvo Nietzsche su albergue en la Engadina. En medio del bullicioso y abigarrado mundo deportivo y turístico y de los grandes hoteles, ella se alza todavía hoy, orgullosa y tenaz, y observa al visitante levemente malhumorada, como hastiada, despertando veneración y compasión a un tiempo y recordando con apremiante advertencia aquella alta y noble figura humana que levantó el eremita desde su doctrina herética.

Transcurrieron varios años sin que volviese a ver la Engadina. Fueron mis años berneses, los tristes años de la guerra. Entonces, cuando el médico me ordenó perentoriamente un período de reposo, allá en los comienzos del año 1917, enfermo yo de mi trabajo de guerra y más aún de las miserias de esta misma guerra, un amigo mío que se encontraba en un balneario situado poco más arriba de St. Moritz me invitó a pasar unos días con él. Andaba el invierno en su mitad, aquel amargo tercer invierno de guerra, y yo tuve ocasión de conocer desde un ángulo nuevo todo aquel valle, sus hermosuras, sus agrestes asperezas y sus hálitos fortificadores y curativos; aprendí de nuevo a dormir, a

comer otra vez con apetito; pasé los días entregado al esquí o al patinaje sobre el hielo; me sentí capaz de soportar nuevamente la conversación y la música, incluso de trabajar un poco; ascendí algunas veces con mis esquís hasta la cabaña o refugio alpestre de Corviglia, a la que todavía no llegaba el funicular, y fui la mayor parte de ellas el único ser humano que se encontraba allá arriba. Y fue precisamente allí, en aquel febrero de 1917, donde viví una mañana inolvidable en St. Moritz. Tenía que atender allí un quehacer cualquiera, comprar algo quizá, y cuando llegué a la plaza de Correos vi que salía del edificio postal, ante el cual se congregaron súbitamente numerosísimas personas, un hombre tocado con gorro de piel, que comenzó a leer en voz alta y sonora una hoja de prensa recién aparecida en tirada extra. El gentío se arremolinó en torno suyo; yo también corrí hacia él y la primera frase que pude percibir con claridad fue esta: "Le czar démissionna." Era la noticia de la revolución rusa de febrero. Desde aquel día hasta hoy he pasado cien veces por St. Moritz, en coche o a pie, pero muy rara vez habrá sido la ocasión en que no me haya acordado de aquel lugar y de aquella mañana de febrero de 1917, y también de mis amigos y mis hospederos de entonces, todos los cuales han muerto ya tiempo ha, y de aquel impacto y conmoción que sentí en alma cuando, tras una breve y sosegada existencia de enfermo y convaleciente en la paz de Chantarella, llegó hasta mis oídos la voz de aquel público lector que me llamaba brusca y amenazadoramente, trayéndome de nuevo al momento presente y a la Historia Universal. Y así también sucede por dondequiera camine de toda esta comarca; en todas partes me contempla el ayer y mi propio rostro y persona que un día tuvo ante sus ojos estas mismas imágenes; me tropiezo con aquel joven que aún no había rebasado la treintena, capaz de llevar gozosamente durante muchos kilómetros, bajo el bochorno de agosto, su pesado morral, y con el hombre, una docena de años mayor, que en medio de una amarga y difícil crisis, acosado, punzado y envejecido por los padecimientos de la contienda, halló allí arriba una breve pausa de restablecimiento, de curación y de meditación y con aquellos tardíos peldaños de mí vida en los que volví a ver el amado valle, camarada de esquí de la hijita menor de Thomas Mann, abonado del ferrocarril de Corviglia, construido en los años intermedios, acompañado a veces por el amigo Louis el Cruel y su discreto perro pachón, trabajador silencioso durante las noches sobre el manuscrito de Goldmund. ¡Oh qué ritmo misterioso de pensamientos y de olvidanzas juega en nuestras almas, misterioso y dispensador de infinita dicha, como también inquietante para el que conoce un poquillo los métodos y teorías de la psicología moderna! ¡Cuan bueno y consolador es poder olvidar! ¡Y cuan bueno y consolador que poseamos el don de la memoria! Cada uno de nosotros sabe qué cosas ha guardado celosamente su memoria y obra de acuerdo con ello.

Pero ninguno de nosotros es capaz de hallar una luz en medio del caos monstruoso de cuanto olvidó. En ciertas ocasiones, después de años y decenios, regresa a nosotros, tal un tesoro desenterrado o un viejo cañón descubierto por el arado de un labriego, un trozo del ayer olvidado, de lo que un día arrojamos a un lado como inservible o imposible de asimilar, y en tales momentos (uno de estos momentos fue descrito ya en el Goldmund) todo lo inmenso, lo precioso, lo sublime que constituyen el corazón de nuestros recuerdos se nos antojan no más que un puñado de polvo. Nosotros, los poetas y los intelectuales, concedemos gran importancia a la memoria, que es nuestro capital, del cual vivimos; pero cuando nos sorprende una repentina irrupción del submundo de lo olvidado y lo despreciado, el hallazgo, sea o no gozoso, cobra un brío y un poder tales como nunca suelen abrigar nuestros recuerdos, tan cuidadosamente alimentados y cultivados. Veníame a veces el pensamiento o la sospecha de que ese impulso hacia las andanzas y la conquista del mundo, esa hambre de cosas nuevas, nunca vistas aún, de viajes y exotismo, que alguna vez en su juventud han conocido todos los hombres no del todo horros de fantasía, es asimismo un hambre de olvido, de rechazo y repulsa de lo ya sido, al menos en cuanto nos constriñe a cubrir y velar las imágenes ya vividas con otras lo más nuevas y abundantes posible. Por el contrario, esa proclividad de la vejez hacia las costumbres firmes y las repeticiones, ese gusto por la búsqueda renovada de los mismos parajes, hombres y situaciones, sería un ansia de los bienes del recuerdo, una infatigable necesidad de asegurar celosamente lo guardado por la memoria, y quizá también un deseo, una leve esperanza de ver aumentado este tesoro de lo celado, de volver a hallar, quizá, esta o aquella experiencia, este o aquel encuentro, esta o aquella imagen o faz, que estaban olvidados y perdidos, y añadirlos al contenido ya existente de recuerdos. Todos los viejos, aunque no lo sospechen ellos, se hallan en perpetua búsqueda del pasado, irrepetible en apariencia, sí, pero que no es irrepetible ni está irremediabilmente muerto, porque puede ser traído de nuevo hasta nosotros bajo ciertas condiciones; por ejemplo, a través de la poesía y arrebatado para siempre del olvido y la fugacidad.

Otro tipo distinto de reencuentro del pasado en una nueva figura, es el que acontece cuando se tropieza de nuevo, tras algunos decenios, con personas a las que se conoció y amó antaño, cuando eran más jóvenes y distintas. De este modo habité yo en una casa de la Engadina, hermosa y grata sobre toda ponderación, junto con un amigo, el mago Jup. el cual lo era a su vez de Klingsor. El me ha hospedado y agasajado frecuente y principescamente cuando yo era un esquiador y asiduo visitante de las cabañas montaÑeras de Corviglia. Jugaban por aquel entonces en su casa tres lindos chiquillos, dos niños y una niña, la menor de los tres, en la cual me sorprendió, desde el primer

instante, el hecho de que cada uno de sus ojos fuese más grande que su boquita. No he vuelto a ver al mago desde hace algunas decenas de años, porque no gusta ya de buscar la compañía de las montañas; pero hace pocos años me tropecé con su esposa y junto a ella vi, asimismo, a sus niños, ya crecidos: un músico, un estudiante y la muchachita, que sorprendía aún por sus inmensos ojos y su menuda boca y se había convertido en una belleza singular y fascinante; recuerdo que me habló con entusiasmo de su profesor de París, con el cual estudiaba a la sazón ciencia de la literatura comparada. Estuvo también presente cuando el amigo Edwin Fischer nos tocó a Bach, Mozart y Beethoven una tarde, en casa de su madre. Y también con el hermano músico me he tropezado repetidas veces desde la época en que, siendo todavía un muchacho, allá en Berna, me mostró la música que había puesto a mis poemas a Elisabeth, y cada vez lo he encontrado en un peldaño distinto de mi vida, y nuestra amistad y camaradería se ha nutrido y fortalecido con cada uno de nuestros encuentros.

Así, en mis retornos a esta comarca me salió siempre, y me sale, al encuentro aún el amado tiempo pasado, irrepetible y, no obstante, obediente a la voz que es capaz de conjurarlo. Medir con él el día presente y mi yo actual es cosa que me reporta alegría y tristeza, que me llena de dicha y me confunde, me consuela y me apesara. Contemplar estas escarpadas pendientes, que un día remoto pude ascender incontables veces, a pie y con esquís, sin la menor fatiga, y la menor de las cuales sería hoy para mí imposible de trepar; pensar en los amigos con los que compartí tantas de mis experiencias vitales en la Engadina, y que reposan ya en sus tumbas desde años ha, causa un leve dolor. Mas poder conjurar aquellos tiempos y aquellos amigos en el diálogo o en la solitaria meditación, hojear en la rica imaginería del libro de los recuerdos (y siempre con la oculta, tímida esperanza de que una de esas imágenes perdidas y olvidadas se levante de pronto y llene con su resplandor a todas las demás), es un gozo muy hondo, y cuando las fuerzas flaquean y los paseos al atardecer se van haciendo más breves o más fatigosos de año en año, crece, por otra parte, con cada retorno nuevo y cada nuevo año este gozo del recuerdo y la evocación, y cada vez se torna más varia y rica la alegría de incorporar lo que hoy se acaba de vivir a la trama infinita de los recuerdos. En lo innumerable de estos recuerdos participa la compañera de mi vida, Ninón; desde aquel invierno nevado, hace ya treinta años, jamás he vuelto a estos parajes sin ella, y al igual que aquellas veladas en la mansión del mago y las transcurridas en compañía de S. Fischer, de Wassermann y de Thomas Mann, también ha compartido conmigo, hace ahora dos años, el maravilloso reencuentro con mi antiguo compañero de estudios en Maulbronn, Otto Hartmann, el más decidido, noble y valeroso defensor, entre todos mis amigos, del buen espíritu alemán y de la

buena y vieja Suabia. Fue aquel un día de señaladísima fiesta; el amigo nos obsequió con un día de sus breves vacaciones y le condujimos luego en coche hasta Maloja, donde los montes se alzaban cristalinos bajo el alto cielo de agosto; al caer la tarde le dije adiós con el corazón acongojado. Pero nuestro deseo, tímidamente expresado, de volver a vernos siquiera una vez más logró su cumplimiento: pocos días antes de su muerte volvió a ser mi huésped en Montagnola, *dona ferens*; ya os he hablado de ello en una prosa evocadora y conmemorativa.

Y he aquí que este verano he vuelto a subir hasta aquí por un camino distinto, porque el día en que emprendimos nuestro viaje la carretera estaba cortada y destruidos los puentes y nos vimos precisados a tomar el camino, hasta entonces desconocido para nosotros, que ascienda dando un rodeo por Sondrio, Tirano, el Puschlav y el paso de Bernina; un rodeo largo, sí, pero extraordinariamente hermoso, cuyas mil imágenes me sumieron pronto en el desorden mental y el vértigo. La impresión más duradera de mi memoria ha sido la causada por las poderosas laderas cubiertas de viñedos de la Italia superior, plegadas en cien terrazas, un espectáculo que se me hubiera antojado poco interesante en años más jóvenes. Entonces era el paisaje libre de hombres, bravío, salvaje y, en la medida de lo posible, romántico, lo que incitaba mi ansia y mi curiosidad; mucho después, y junto con el correr de los años, he empezado a sentir interés y predilección por esa conjunción de hombre y paisaje, por su sometimiento, su dominación y pacífica conquista mediante la agricultura y el cultivo de la vid: terrazas, tapias y senderos apretados contra las faldas de los montes, recortando más aún sus formas, celo, aplicación y buen juicio campesinos en callada lucha contra las asperezas destructoras y los caprichos de las fuerzas de la Naturaleza.

El primer encuentro importante de este verano en la montaña fue humano y musical. Desde algunos años atrás, el violonchelista Pierre Fournier había sido huésped del hotel en que nos alojábamos nosotros durante la temporada veraniega; según el juicio de numerosísimas personas, Fournier es el primero del mundo en su arte y especialidad, y según mi propia impresión, el más meritorio y dotado de todos los violoncelistas, comparable en el virtuosismo a su antecesor Casáls, y aún superior a él en lo artístico por la severidad y aspereza de su arco y la pureza y ausencia total de concesiones de sus programas. Y no es que yo me sienta plenamente de acuerdo, siempre y en todas partes, con Fournier por lo que a estos programas respecta; él muestra predilección por ciertos compositores a los que podría yo renunciar sin dolor, como, por ejemplo, Brahms; pero también esta música es música seria y auténtica, y como tal es preciso considerarla, al tiempo que el famoso anciano

también tocó en tiempos, junto a la música seria y auténtica, todo género de fruslerías y frivolidades. Es el caso que Fournier, lo mismo que su esposa e hijo, nos era conocido no solo por haberle oído. Sino también de vista; sin embargo, nos habíamos dejado en paz mutuamente durante varios años, limitándonos a saludarnos de lejos con un cortés ademán y a compadecernos uno del otro, en nuestro fuero interno, cuando nos veíamos importunados por los curiosos. Pero esta vez, después de un concierto en la casa consistorial de Samaden, dispusieron las cosas de modo que trabamos conocimiento más de cerca, y él me ofreció, amable y afectuosamente, tocar una tarde para mí, en sesión privada. Como debía emprender la marcha en fecha inmediata, este concierto casero hubo de celebrarse forzosamente al día siguiente, y he aquí que este día fue un día desdichado, un día de malestar, de enojo, de fatiga invencible y de constante desazón, como suelen sernos deparados, en este postrer escalen de la engañosa sabiduría de la vejez, por nuestro mundo en torno y por las mal domeñadas ansias de nuestro corazón. Casi tuve que hacer un esfuerzo de voluntad para decidirme a buscar la habitación del artista, a la hora convenida previamente, caída ya la tarde; con mi desazón, mi mal humor y mi melancolía tuve la misma sensación que si hubiese de sentarme a una mesa solemne y festiva sin estar lavado y aseado. Me dirigí allá, entré, ofrecieronme una silla, el maestro se sentó, afinó el instrumento..., y en lugar de aquel aire pesado de fatiga, decepción y descontento conmigo mismo y con el mundo, me envolvió al punto el aire purísimo y severo de Juan Sebastián Bach; fue cual si de súbito me hubiesen arrancado de nuestro valle alpino, cuyos encantos poco se me habían revelado hoy, y me hubiesen levantado hasta un mundo de cumbres mucho más elevadas, más claras y transparentes, que abría, invocaba y afinaba todos los sentidos. En unos instantes, la música operó en mí aquello que yo no hubiese sido capaz de llevar a cabo aquel día: evadirme de la vida diaria y dar el gran paso hacia Castalia. Una hora u hora y media permanecí allí, escuchando dos suites para violonchelo solo, de Bach, con breves pausas y poco diálogo, y aquella música, tocada de modo vigoroso, preciso y áspero, dejó en mi boca el sabor de un pan y un vino casi olvidados; fue alimento y baño al mismo tiempo y ayudó al alma a recobrar de nuevo coraje y aliento. Aquella provincia del espíritu que un buen día, ahogándome en el estercolero del oprobio alemán y de la guerra, me había edificado para salvación y huida, abrióme de nuevo sus puertas y me recibió en una fiesta grave y gozosa, inmensa, imposible de realizar jamás en una sala de conciertos. Sanado y lleno de gratitud, abandoné la habitación y he vivido durante largo tiempo alimentado de este recuerdo.

En épocas anteriores tuve ocasión de presenciar interpretaciones musicales semejantes a esta; siempre he mantenido una relación cercana y

cordialísima con los músicos y he hallado innumerables amigos entre ellos. Desde que vivo retirado y en soledad y no puedo emprender viajes largos, estos días dichosos se han tornado más raros, como es natural. Por lo demás, y en cierto sentido, siempre he sido harto exigente y reacio tanto en el goce como en el enjuiciamiento de la obra musical. No he crecido en el trato de los virtuosos ni en las salas de concierto, sino en el ambiente de la música familiar, y la más hermosa era siempre aquella en la que uno mismo podía participar de modo activo; con el violín y un poco de canto di mis primeros pasos en el reino de la música, siendo todavía un muchacho; mis hermanas y mi hermano Karl tocaban el piano, Karl y Theo cantaban ambos, y si escuchaba alguna vez, en mi más temprana juventud, las sonatas de Beethoven o los pocos *lieder* de Schubert conocidos, interpretados por aficionados cuya ejecución no era precisamente un alarde de virtuosismo, no lo hacía nunca, empero, sin provecho y resultado positivo, como tampoco lo era escuchar largo rato a Karl, luchando con una sonata en la habitación contigua, y finalmente, cuando la *tenía* ya, compartir con él el triunfo y el provecho de esta lucha. Más tarde, en los primeros conciertos de intérpretes famosos que he tenido ocasión de escuchar, me he sentido dominado a ratos por el encanto mágico del virtuosismo, como por una embriaguez irresistible; era apasionante oír cómo los grandes maestros dominaban la con la técnica con la apariencia de una sonriente facilidad exenta de esfuerzo, semejante a la de aquellos artistas de la cuerda y el trapecio, y sentía un placer dulce y doliente cuando añadían en determinados pasajes propicios al efecto un pequeño énfasis o destello, un desfalleciente *vibrado*, un melancólico y moribundo *diminuendo*; pero no duraba demasiado tiempo esta sensación de encantamiento: yo era lo suficientemente sano como para presentir el justo límite y buscar, tras el encanto sensible, la obra y el espíritu, no el espíritu del director o el solista deslumbradores, sino el del maestro. Y con los años antes aumentó mi sensibilidad contraria a la magia de los dotados y también contra ese tantico de exceso de fuerza, pasión o dulzura que añaden a una obra; no me gustaron al fin los directores de orquesta o los virtuosos demasiado expresivos o fantaseadores y me convertí en un adepto ferviente de la sencillez y la objetividad; en todo caso, desde hace algunos decenios hasta la fecha soporto mucho más fácilmente un exceso hacia la vertiente ascética que lo contrario. El amigo Fournier respondía plenamente a esta postura y esta preferencia.

Otra experiencia vital relacionada con la música, y dotada de un episodio alegre e incluso divertido, me esperaba pocos días después en un concierto de Clara Haskil en St. Moritz. Excepción hecha de tres sonatas de Scarlatti, el programa no era precisamente el que yo hubiese elegido; me explicaré mejor: se trataba de un programa hermoso y nobilísimo, pero,

exceptuando como digo a Scarlatti, no contenía ninguna de las piezas predilectas mías. Si se me hubiese concedido "el poder de los deseos", yo habría elegido otras dos sonatas de Beethoven distintas de las incluidas. Además, el programa prometía las *Bunten Blätter*, de Schumann, y yo susurré en el oído de Ninón, justamente al empezar el concierto, cuan profundamente lamentaba el que no nos esperasen las *Escenas del bosque* en lugar de las *Bunten Blätter*, porque las consideraba mucho más bellas o cuando menos me gustaban mucho más, y por otra parte sentía irresistible necesidad de escuchar una vez más, o muchas veces más, la piececilla preferida por mí entre todas las de Schumann, el *Pájaro profeta*. El concierto fue de veras hermoso, tan que me olvidé de mis preferencias harto privadas y mis caprichosos deseos. Pero la velada había de traer todavía un regalo singular de felicidad. La artista, que recibió cálidas muestras de entusiasmo, nos obsequió al final con una pieza fuera de programa, ¡y mira por dónde no fue otra que el mismísimo *Pájaro profeta*! Y al igual que en todas las audiciones de esta pieza bellísima y misteriosa, evoqué de nuevo aquella hora en que la escuché por vez primera; evoqué el aposento de mi mujer en la casa de Gaienhofen, con el piano en un rincón, y se me apareció nuevamente la cara y las manos del pianista, un huésped muy querido de todos, con un rostro ancho, pálido y barbado y oscuros ojos melancólicos, inclinados profundamente sobre el teclado. Este amigo querido y músico de fina sensibilidad se quitó la vida poco tiempo después; una hija suya suele escribirme aún hoy día y recuerdo su júbilo cuando yo pude contarle muchas cosas buenas y hermosas acerca de su padre, al que ella apenas pudo conocer. Así también fue esta velada, en una sala llena de un público antes mundano que recogido, una pequeña fiesta conmemorativa repleta de ecos y resonancias de un ayer íntimo y muy querido. A lo largo de una dilatada vida se llevan dentro de uno muchas cosas que se apagarán y enmudecerán junto con nosotros mismos. El músico de la mirada melancólica murió hace casi medio siglo, pero para mí vive todavía y le siento a veces muy cerca de mí, y la pieza del *Pájaro de las Escenas del bosque* constituye para mí, cada vez que vuelvo a escucharla al correr de los años, y más allá de todo su encanto schumanniano, una fuente de recuerdos, de los que apenas son trozos dispersos la habitación con el piano en Gaienhofen, el pianista y su triste destino. Junto a ellos resuenan también en mi memoria otros innumerables sonos, que me hacen regresar hasta los años de la niñez, cuando guardaba en mi cabeza más de una pequeña pieza de Schumann, interpretada al piano por mis hermanos. Y también el primer retrato de Schumann que tuve ante los ojos, allá en los años de la niñez, ha permanecido inolvidable para mí. Era un retrato en colores, una impresión de los años ochenta, como en la actualidad es casi imposible hallar; pertenecía, como una hoja más, a un viejo juego de cartas infantil, a un terceto con retratos de artistas

famosos y una enumeración de sus obras maestras: también Shakespeare, Rafael, Dickens, Walter Scott, Longfellow y otros tuvieron para mí un día, y han conservado durante toda mi vida aquella cara de vivos colores del juego de cartas. Y aquel juego del trío, con su panteón de artistas y obras de arte tan instructivo para la juventud y las gentes sencillas, muy bien puede haber sido la primera incitación de aquella imaginación mía de una *universitas litterarum et artium* que abarcase todas las épocas y culturas, y que andando el tiempo habría de recibir los nombres de *Castalia* y *Juego de abalorios*.

En los decenios de mi relación con nuestro valle alpino, la más hermosa casa natal de un gran río que me ha sido dado conocer, he podido observar también, naturalmente, los progresos de la mecanización, de la inundación de lo extranjero y de la especulación, casi tan fielmente como en los alrededores de mi lugar de residencia en el Tesino. St. Moritz era ya, hace cincuenta años, una villa agitada y bulliciosa, repleta de forasteros, y la inclinada y vieja torre de su iglesia parecía colgar, afligida y senil, sobre la aglomeración de feos edificios utilitarios, en espera quizá de que diese un empleo más útil a la angosta superficie de su planta, y presta en cualquier momento a mostrarse complaciente con las leyes de la estática y derrumbarse para siempre. Pero han pasado los años y ella sigue en pie, invariable, manteniendo sosegadamente su equilibrio, mientras que algunos de aquellos ostentosos y brutales edificios de especulación utilitaria construidos hacia el 1900 han desaparecido ya. Pero dentro del espacio no demasiado grande que se extiende entre St. Moritz y Sils, y más allá hasta muy dentro ya de Fex, avanza la parcelación y la explotación del suelo, la edificación de casas de campo grandes y pequeñas, la invasión extranjera que inunda y confunde la población. Alzanse allí innumerables casas que solo están habitadas durante pocos meses, en ocasiones durante pocas semanas, y estos vecinos, cuyo número crece de año en año, que conviven con las poblaciones nativas de los valles, permanecen siempre extraños y extranjeros para estas gentes, cuyo país natal han comprado, e incluso los que abrigan sentimientos más amistosos no viven allí la mayor parte del año, no comparten los meses amargos del invierno, de los aludes de nieve, del deshielo primaveral y apenas si participan de las preocupaciones y necesidades, con frecuencia hartas graves de las gentes del país.

De cuando en cuando consuela y alegra salir de excursión en coche para buscar alguna de esas comarcas en las que los últimos decenios apenas han cambiado nada, o muy poca cosa. Mis excursiones a pie no pueden llegar ya muy lejos, desgraciadamente; pero con el auto es posible satisfacer algunos deseos. Desde hace varios años he deseado vivamente volver a ver el lugar donde dio comienzo mi primera peregrinación juvenil por estas montañas: el

paso de Albula y Preda. La ruta rodada siguió esta vez la dirección contraria a la marcha a pie de antaño, y fue imposible reconocer aquella carretera estrecha y polvorienta entre St. Moritz y Ponte que recorrían entonces los innumerables y deliciosos coches de tiro. Sin embargo, al arribar a Ponte, que hoy se llama La Punt, nos encontramos de súbito en medio de un silencioso y severo mundo de piedra en el que volví a encontrar, unas tras otras, las formas y situaciones de antaño. En lo más alto del paso apárteme de la carretera y me senté en una suave loma cubierta de hierba, y en el espectáculo de la cordillera inacabable, pelada y, sin embargo, llena de colorido, y de la pequeña Albula (cuyo lindo nombre siempre me ha traído a la memoria aquella *animula vagula blandula*) hallé de pronto recuerdos singulares que creía perdidos para siempre, recuerdos de aquel peregrinaje del estío lejano de 1905. Aquellas peladas y agrestes masas rocosas, aquellos riscos y canchales se ofrecían a mi vista intactos e invariables, y durante unos instantes tuvimos esa sensación bienhechora y admonitoria que solo puede provocar la estancia junto al mar o en un paraje montañoso virgen de hombres y de cultura: la sensación de haber sido lanzado fuera del tiempo, o al menos la de respirar dentro de una especie de tiempo que no conoce lo que son minutos, días y años, sino tan solo sobrehumanas piedras miliars, alejadas entre sí por la distancia de muchos milenios. Era hermoso, sí, este ir y venir de los sentimientos y las evocaciones entre un mundo primigenio y libre de tiempo y esas pequeñas parcelas de tiempo en que dividimos nuestra propia vida; era hermoso, pero al mismo tiempo llenaba de fatiga, entristecía y hacía aparecer extrañamente percedero y trivial todo lo humano, todo lo vivido y lo que pudiese vivirse aún en el futuro. Con gusto hubiese regresado a la cima del paso después de nuestro breve descanso, porque sentí que ya habían penetrado dentro de mí demasiadas impresiones, y más que demasiado tiempo muerto y evocado. Pero en mi memoria palpitaba aún la mínima Preda, aquellas pocas casas junto a la entrada del túnel donde un día lejano, joven recién casado todavía sin hijos, pasé unas semanas de vacaciones. Y estaba también, llamándome con mayor fuerza aún, la imagen de un pequeño lago alpino, en medio de un verdor profundo y fresco, con azules ojos de pavo real. Quería volverlo a ver, y además habíamos convenido en hacer el viaje de regreso por Tiefencastel y el Julier. Pronto nos encontramos con los primeros alerces y yo comencé a percibir, en esta vertiente del paso, pequeños signos del tiempo y la civilización; en un nuevo descanso de nuestra marcha encontramos el sosiego y silencio del valle, hasta entonces absolutos, desgarrados por el obstinado ruido de un motor, al que tomé en un principio por algún tractor o excavadora y que era, en realidad, diminuta allá en el fondo del valle, una pequeña segadora que hacía su trabajo en los prados. Y al fin surgió el lago ante nuestras miradas, el lago de Palpuogna, en cuya

pulida superficie, de un color fresco y verde, reflejábanse los bosques y las faldas de los montes, dominados por los tres picachos ásperos y agrestes. Era casi tan bello y mágico como antaño, aunque en su desaguadero habían llevado a cabo todo género de obras de contención y terraplenado y junto al borde de la carretera descansaba una interminable fila de automóviles. Mas según nos íbamos aproximando a Preda fue desapareciendo mi disposición de ánimo para la contemplación y mis deseos de volver a ver los viejos lugares y despertar los viejos recuerdos. Habíame propuesto detenerme allí unos instantes, buscar la casita en la cual nos alojamos antaño y preguntar por sus habitantes actuales. Pero no me sentí con deseos ni ánimo para hacerlo; parecióme superfino e inútil enterarme de que el viejo Nicolai y los suyos habían muerto ya, naturalmente, muchos años atrás. Por lo demás, era este uno de los primeros días calurosos de aquel fresco y lluvioso verano y allí no llegaba el soplo fresco del viento de las cumbres. También es posible que se agitase en mí el eco de muchas cosas olvidadas de los años de mi juventud y mi primer matrimonio, es posible que no fuesen solamente la fatiga del viaje y el sofoco del estío las causas de mi entumecimiento y mi tristeza, sino precisamente un sentimiento de insatisfacción y de arrepentimiento sobre determinados períodos de mi vida y la profunda tristeza por lo irremediable e incorregible de cuanto sucedió o se llevó a cabo. Crucé sin detenerme a través de la pequeña Preda, a la que me había propuesto, en rigor, visitar de nuevo e insté vivamente el regreso inmediato. Y mientras me esforzaba en analizar en mi pensamiento aquellos singulares sentimientos de insatisfacción y arrepentimiento, hálleme invadido de nuevo, sin tropezar en ningún hecho u omisión determinados de mi vida pasada, por aquel curioso, sordo sentimiento de culpabilidad que es imposible acallar totalmente y que suele aflorar en los hombres de mi generación y mi clase cuando piensan en los años anteriores a 1914. Aquel a quien la Historia Universal ha estimulado y sacudido desde aquel primer derrumbamiento del viejo mundo en paz, no logrará responder adecuadamente a la pregunta de la participación en la culpa, aunque esta pregunta, en rigor, es más propia de la edad juvenil, porque vejez y experiencia, juntamente, deberían habernos enseñado que la tal pregunta es idéntica a la que se plantea nuestra participación en el pecado original y por ello no debería inquietarnos, ya que es de la competencia de teólogos y filósofos. Pero como el mundo en el que yo viví un día se ha transformado ahora de un mundo pacífico, lindo, juguetón y un tanto dado a los placeres, en un lugar de espanto y crueldad, me temo que habré de sufrir con frecuencia ocasionales recaídas en esta conciencia culpable. Probablemente este sentirse copartícipe responsable en la marcha del mundo, que suelen gustar de interpretar los que lo padecen como signo de una conciencia especialmente despierta y de una elevada calidad humana, no sea

sino una situación patológica, concretamente una falta de inocencia y de fe. El hombre cabal y bien dispuesto no caerá a buen seguro en el orgulloso pensamiento de que es cómplice de las penas y dolencias que aquejan al mundo, así como de su inepticia para la paz y de su brutalidad bélica, y de que él es lo bastante grande e importante como para poder aumentar o atenuar a su capricho el padecimiento y la culpa que en dicho mundo se albergan.

Todavía me estaba reservado, en este verano en la Engadina, otro encuentro con el pasado en el que jamás se me hubiese ocurrido pensar. No llevé conmigo lectura abundante; de igual modo me hago remitir la correspondencia más importante, y nada más; por ello me sentí sorprendido de veras cuando un buen día llegó a mis manos directamente, sin dar el rodeo obligado por Montagnola, un paquetito remitido por mi editor. Contenía el tal una nueva edición del *Goldmund*, y mientras yo contemplaba el libro, examinaba el papel, la encuadernación y la cubierta y comenzaba ya a reflexionar a quién podría regalarle el libro, con objeto de no hacer con él más pesado mi equipaje, vínome a las mientes que desde su aparición, mejor dicho, desde que llevé a cabo las correcciones en las pruebas para la primera edición, hace ya sus buenos veinticinco años, no había vuelto a leerlo. En cierta ocasión había arrastrado conmigo el manuscrito de esta obra desde Montagnola hasta Zürich y desde allí hasta Chantarella; recordaba, asimismo, dos o tres capítulos que me habían costado harta fatiga y alguna noche de vigilia, pero el conjunto de la obra, como suele ocurrir con la mayoría de los libros para con sus autores, se me había tornado extraño y desconocido, y hasta aquel momento nunca había sentido la necesidad de renovar aquel viejo conocimiento. Ahora, empero, mientras hojeaba el libro distraídamente, parecióme incitarme a ello, y hallóme propicio y gustoso. Y el *Goldmund* se convirtió en mi lectura durante dos semanas. Había sido, en su día, uno de mis libros más favorecidos por el éxito; durante un buen tiempo anduvo, como reza la desagradable expresión, "en boca de la gente", y esta boca no expresó siempre gratitud y alabanza, antes al contrario ha sido el buen *Goldmund*, junto con el *Lobo estepario*, el libro que más reproches y explosiones de enojo me ha hecho cosechar entre todos los que llevo escritos. Apareció a la luz poco tiempo antes de la última época de guerreros y héroes que inundó Alemania, él, que era antiheroico y antiguerrero en grado sumo, blando y delicado, e incluso, como se llegó a decirme, incitador a una vida desordenada e inmoral, erótico y deshonesto, y muchos estudiantes suizos y alemanes mostráronse partidarios de quemar y prohibir el libro, mientras que algunas madres de héroes reales o en ciería tuvieron a bien comunicarme, invocando al Führer y a la época, grandiosa que vivían, su irritación y enojo en formas muchas veces menos que incorrectas. Sin embargo, no fueron estas experiencias las que me vedaron la relectura del libro durante

dos decenios largos, sino simplemente ciertas mutaciones acaecidas de modo impremeditado, tanto en mi conducta vital como en mi forma de trabajar. Anteriormente me había visto precisado a releer la mayoría de mis libros con ocasión de la corrección de pruebas de nuevas ediciones, había retocado algunos de ellos, con este mismo motivo, y hasta abreviado otros. Pero con el incremento de las dificultades en la vista procuré evitar en lo posible este molesto trabajo, -y desde hace largo tiempo encargóse de él íntegramente mi esposa. Ciertamente yo no había perdido una indudable predilección por el *Goldmund*; había nacido esta obra en una época hermosa y llena de impulso, y los denuestos y bofetadas que se había visto obligado a sufrir antes hablaban en mi corazón en favor suyo que en contra, lo mismo que en el caso del *Lobo estepario*. Pero la imagen de él que yo guardaba en mi memoria había sufrido cambios y se había difuminado un tanto, como todos los recuerdos en el correr de los años; ya no podía decir que le conocía bien y fielmente, y ahora, cuando el trabajo de escribir libros ha tocado a su fin largo tiempo ha, he aquí que me he visto comprometido en la tarea de dedicar una semana o dos a la renovación y ubicación exacta de esta imagen.

Fue un reencuentro de veras grato y bienhechor, y nada en el libro me incitó al reproche o al arrepentimiento. No quiere decir esto, claro es, que me sintiese yo totalmente de acuerdo con todo él; el libro tiene, naturalmente, muchas faltas, y me pareció ahora, lo mismo que casi todos mis libros cuando los releo después de un largo tiempo, un poco largo, un tanto demasiado charlatán: quizá se repiten en él excesivas veces las mismas cosas con palabras levemente distintas. Tampoco se me escapó esa percepción tantas veces experimentada y un tanto humillante de la penuria de mis dotes y los límites de mi capacidad; fue verdaderamente una dura prueba, y esta lectura me indicó una vez más, con toda claridad, mis propias limitaciones. Ante todo y sobre todo, se me apareció una vez más con toda claridad el hecho triste de que la mayor parte de mis extensas narraciones no planteaban, tal como yo había creído en el momento de su nacimiento, nuevos problemas y una nueva imagen del hombre, como hacen las obras de los auténticos maestros, sino tan solo se limitaban a repetir, en diversas variaciones, ese par de problemas insignificantes que me resultaban propios, si bien presentándolos desde un nuevo peldaño de la vida y de la experiencia. Así, mi *Goldmund* no estaba configurado solamente en el *Klingsor*, sino también en *Knulp*, como *Castalia* y *Josef Knecht* lo estaban en *Mariabronn* y *Narziss*. Pero esta persuasión no dolía en absoluto; significaba tan solo una mengua y limitación de mi estimación personal, que tiempo atrás había sido harto más elevada, y significaba asimismo algo bueno y positivo, porque me mostraba claramente que yo, pese a ciertos deseos y aspiraciones vanidosas, había permanecido fiel en la totalidad de mi

propio ser y jamás había abandonado el camino de la realización de mí mismo, incluso a través de pasos harto angostos y de crisis peligrosas. Y la cadencia de esta obra, su melodía, el juego de las intensificaciones y apagamientos, eso no se me había tornado extraño ni me sabía a pasado ya muerto y a una época marchita de mi vida, aunque hoy ya no sería capaz de apresar entre mis manos la levedad fugaz de la corriente. Este género de prosa guardaba hoy todavía su plena correspondencia conmigo, y no había olvidado nada de sus estructuras fundamentales o accesorias, de fraseo, de sus pequeños juegos; era el lenguaje del libro, mucho más que su contenido, lo que yo había conservado en mi memoria, fiel y sin falsía.

Mas, no obstante, ¡cuánto, qué increíble cantidad de cosas había olvidado! Bien es verdad que no tropecé con página o frase alguna que no me resultase familiar y conocida de modo inmediato, pero casi en ninguna página ni capítulo hubiese sido capaz de adivinar lo que vendría en el siguiente. La memoria había retenido fielmente pequeñas singularidades, tales como el añoso castaño junto a la puerta del convento, el hogar campesino con el muerto en su interior; *Bless*, el caballo de Goldmund; también algunas cosas un poco más significativas, tal como determinadas conversaciones de los dos amigos, la escapada nocturna a la aldea, la carrera a caballo en competición con Lydia. Pero había olvidado por entero, había olvidado de manera incomprensible la mayoría de las cosas y sucesos que había vivido Goldmund junto con el maestro Niklas, había olvidado a Robert, el peregrino loco, olvidado el episodio con Lene, y cómo por causa de ella mató Goldmund a un hombre por segunda vez en su vida. Algunas cosas que yo tenía por conseguidas y de las que guardaba un bello recuerdo, me decepcionaron levemente. Algunos pasajes que me causaron no poca aflicción y trabajo cuando los escribí, y de los que jamás había llegado a sentirme del todo satisfecho, me causaron ahora no poco trabajo cuando quise volverlos a hallar, y cuando lo hube logrado, los encontré de buena calidad.

Mientras me entregaba a esta lectura, cosa que hice lenta y cuidadosamente, me vinieron asimismo a las mientes antiguas experiencias vitales del tiempo en que fue escrito el libro, todas relacionadas con él. Os haré partícipes de una de ellas, porque algunos de vosotros habréis estado presentes allí con toda probabilidad. Tocaban a su fin los años veinte; y había prometido dar una lectura de mi obra en Stuttgart, porque deseaba volver a ver la tierra de mi adolescencia, y me hallaba de huésped en casa de uno de mis amigos de dicha ciudad, que ya murió. *Goldmund* no había visto aún la luz, pero el manuscrito conteniendo la mayor parte del libro estaba ya listo, y yo había elegido y llevado conmigo para la lectura pública, no muy discretamente por

cierto, justamente el capítulo que narra la epidemia de peste. Fue escuchado con atención - este tipo de narración o relato tenía por aquel entonces mucha importancia para mí, y era mi predilecto -, y mis historias de la Muerte Negra causaron impresión, al parecer; recuerdo que se adueñó de la sala una cierta gravedad, que quizá fuese solo el silencio del malestar. Pero cuando la lectura terminó y el reducido círculo de amistades se reunió para cenar en una hospedería predilecta, dime cuenta de que la peregrinación de Goldmund a través de la muerte había incitado poderosamente en mis oyentes el afán de vivir. Yo mismo me sentía aún rebosante de mi capítulo de la peste; por vez primera había leído en público un trozo de mi nueva obra, no sin íntima resistencia me encontraba en el centro del suceso y había seguido muy a disgusto la invitación para asistir a aquella amistosa reunión. Y ahora tuve la impresión, lo mismo da con razón que sin ella, de que todos los allí reunido se precipitaban sobre la vida con ansia redoblada, jadeando, agotados, después de escuchar mi narración. Hubo apiñamiento y ruidosa confusión en torno a los puesto a la mesa, en torno a los camareros y a las cartas de manjares y de vinos, rostros rientes y complacidos y saludos efusivos y estentóreos; vi cómo los dos amigos que me flanqueaban a ambos lados luchaban a voz en cuello en medio de la algarabía general, para obtener sus platos con tortillas, hígado o jamón, y me pareció hallarme en medio de uno de aquellos festines en los que Goldmund, en medio del círculo de los ansiosos de vida, ensordeciendo el espanto ante la muerte, vaciaba una y otra vez su copa y estimulaba más aún el júbilo forzado. Pero yo no era Goldmund, y me sentía perdido, rechazado y repelido por este júbilo, incapaz por completo de soportarlo. Y así, me deslicé hasta la puerta y desaparecí antes que nadie pudiese echarme de menos y salir en mi busca. Fue un comportamiento poco discreto y nada heroico, lo sé y lo supe también entonces, pero fue una reacción instintiva, imposible de dominar.

Después de aquella ocasión he vuelto a leer en público una o dos veces más, porque había dado ya mi palabra de hacerlo, pero en adelante no lo he hecho nunca más.

Mientras escribía estas notas ha transcurrido este verano en la Engadina y ha llegado el tiempo de hacer las maletas y partir. Llenar de líneas unas cuantas hojas me ha costado más esfuerzo del que merecen; parece que ya nada quiere salirme a derechas. Un tanto desilusionado emprendo nuevamente el regreso a casa; desilusionado por algún fracaso físico y más aún porque, pese a todos mis esfuerzos y al derroche de tiempo, no he sido capaz de hilvanar nada mejor que esta carta, que hace tanto tiempo os debía a muchos de vosotros. Al menos tengo ante mí todavía algo hermoso, algo muy hermoso: me refiero al regreso al hogar, por Maloja y Chiavenna; al viaje, lleno cada vez de un

renovado encanto, desde las cumbres frescas y transparentes hasta el sur cálido y bañado en el vaho estival, en dirección a Meira y a las bahías y villas; los jardines, olivos y adelfas del lago de Como. Quiero saborear todo esto una vez más. Tened indulgencia conmigo y aceptar ahora mi adiós.

ENCUENTROS CON EL PASADO

(1953)

Una y otra vez llegan hasta mí las cartas de los poetas jóvenes, con sus versos de principiantes. Muy rara vez se apartan la melodía o el mundo imaginativo de esos pocos tipos puestos en curso por la moda, mucho más raramente aún intenta alguno hacer algo nuevo y distinto; nunca, desde hace algunos decenios, logró ninguno de estos jóvenes sorprenderme tan plenamente o mostrarme un rostro tan propio, tan nuevo, tan único y tan personal en la intención y la voluntad como antaño hicieron, cuarenta o más años atrás, el joven Robert Walser o el joven Trakl. Además, el anciano colega a quien confían los mozos sus hojas y sus cuadernos, no es ya un lector interesado y afanoso; a lo largo del año recibe un millar largo de nuevos poemas y se siente repleto y fatigado, si bien hartó paciente, tal un invitado que se siente saciado mucho rato atrás ante una mesa en la que se renuevan constantemente los manjares y la inoportuna instancia a seguir probando de ellos. Vienen en ocasiones poesías de hermoso y armonioso sonido, de acabada construcción, de noble prestancia, casi como de Goethe, casi como de George, casi como de Rilke. Otras son de una infantil y conmovedora torpeza en su pretendida imitación de un modelo: un trozo de prosa ha sido trocado en un poema por el simple medio de comenzar una nueva línea cada tres o cuatro palabras, que hacer este puramente gráfico, que no conduce a nada desde el punto de vista artístico, pero que sin duda, pone trabas harto menores a los pensamientos o experiencias vitales del autor que las que le ofrecían aquellos sabios versos, tan nobles y perfectos. Con frecuencia se reconoce en los imitadores hechizados por su arquetipo y maestro, no solo al poeta imitado, sino también al poema concreto e individual que sirvió de estímulo para la imitación. El viejo poeta lector apenas puede comprender, mientras sacude la cabeza pensativamente, cómo pueden atenerse estos muchachos a su dechado predilecto con tan directa e infantil imitación, cómo es posible que se hallen tan lejos del pensamiento en la mera posibilidad de ser descubiertos y puestos en evidencia en su tarea, de que las plumas con las que se engalanan puedan delatar al lector su origen y abolengo. No solo plagian descaradamente las formas del verso, el son rítmico y el vocabulario de sus venerados modelos: hasta toman de ellos el contenido y el temple de ánimo.

Dubitativamente compruebo este hecho, veo a estos muchachos increíblemente inocentes, asombrosamente irreflexivos, que, como posesos o arrebatados por una magia, dicen de nuevo una y cien veces más lo ya dicho en poesía otras tantas, procurando guardar la mayor semejanza posible.

No obstante, cuando los viejos sacuden la cabeza ante las gestas y las fechorías de los jóvenes, suelen olvidar con frecuencia cómo se comportaron antaño ellos mismos cuando eran todavía mozos e inexpertos. Así también me sucedía a mí cuando observaba a los infinitos Georges, Rilkes o Trakls, ora con un humor compasivo, ora con cierto enojo. Pero también en la vejez es posible aprender. Estos días pasados he podido experimentarlo de manera inesperada.

Entre las cosas dejadas por mi hermana Adele recibí un pequeño trozo de papel, que contaría sus buenos sesenta años de edad y estaba cubierto por unos versos escritos con mi caligrafía adolescente. Se trataba de un poema que había escrito yo a la edad aproximada de dieciséis años y regalado a mi hermana. Carecía de título y rezaba como sigue:

Las olas reposan mudas,
ni un ave canta en la orilla,
el dios del agua tañe su arpa,
en su barca acecha el pescador.

Los pinos inclinan sus ramas,
el viento se esparce y apaga;
la aldea está oscura. En las rocas
la torre del faro se alza.

Allá lejos, cruzan los barcos
llevando un dorado tesoro,
y algún corazón, de nostalgia sangrante,

reposa en la nave entre nieblas.

¡Cuan hondo y sereno el silencio!

Mas pronto despierta la tempestad...

¡Oh Dios, acompaña a los que andan de viaje,

oh Dios, sé nuestro guía en la noche mortal!

Lo leí consternado. ¡Cuántas poesías juveniles había leído yo con un sentimiento en el que se mezclaban la emoción y la extrañeza, sintiéndome muy capaz de juzgarlas desde el punto de vista formal, pero incapaz por completo de participar y comprender su sencillez infantil y su inocente afán plagiador! Y ahora tenía ante mí mi propia poesía adolescente, y me daba cuenta de que era por lo menos tan carente de originalidad, tan plagiada y tan poco personal como cualquiera de aquellas otras escritas por los muchachos de hoy, que al menos se esforzaban por repetir la forma y el estilo de sus amados George, Rilke, Loerke o Benn. Mi poesía, sin embargo, estaba escrita dentro de las huellas estrictas de Eichendorff, que fue ciertamente un grande y piadoso poeta, pero que, tanto en su formulación como en la disposición y hechura de su verso, habíase mostrado negligente y no raras veces desaliñado. Todos los elementos de que estaba compuesta mi poesía habían sido tomados de él: el cómodo esquema general, las imágenes, el dios acuático, los barcos cruzando en la lejanía, la piadosa invocación final. Yo nunca había visto cruzar los barcos con mis propios ojos, ni había contemplado el mar cubierto de niebla o azotado por la borrasca, ni visto la torre de un faro, ni escuchado al *Wassermann*, ni sentido al atardecer necesidad de implorar de Dios la protección y guía para los pobres viandantes de la tierra o de las aguas. Si consideraba mi poesía del mismo modo que los poemas noveles de estos jóvenes desconocidos, debía reconocer que era absolutamente imitativo, inauténtico, espurio, incluso mendaz. Debía ofrecer mis excusas a un incontable número de poetas mozos, y confesarles que yo mismo había comenzado como ellos. Había dicho una vez más lo que ya estaba dicho mucho tiempo atrás, en formas agotadas mucho tiempo antes, con palabras extrañas a mi persona, con melodía aprendida de otros y sin que bajo aquellos malos versos se hallase una experiencia vital o un pensamiento que fuesen propios y peculiares míos. Retuve mi verso en las manos, avergonzado y casi entristecido.

Pero lo que tenía entre mis manos no era, a fin de cuentas y exclusivamente, un poema carente de todo valor. No solo me había traído rubor y desaliento, sino también algo mejor y distinto: una agitación y emoción en el alma, cual si hubiese hallado de nuevo mi propia imagen infantil. El papel mismo estaba como cargado de una fuerza secreta, casi mágica. Era un papel bastante recio, de una coloración levemente rojiza, que reconocí al momento. Se trataba de aquel papel que durante toda mi niñez y mi mocedad, y siempre que no me aplicaba a los restos de papel de embalar o al envés de viejos sobres, sirvióme para dibujar, pintar y escribir: el papel más barato que había entonces en las tiendas, aquel llamado papel de borrador, que costaba a un pfennig dos pliegos dobles tamaño folio, y que durante todos aquellos años se encontró invariablemente en las listas de regalos escogidos y deseados por mí para mi cumpleaños o para la Navidad. Nunca me parecía que hubiese bastante cantidad, y conforme fueron pasando los años de la niñez y me fui apartando poco a poco de la pintura y el dibujo para entregarme de lleno a escribir, fui haciéndome más y más ahorrador y procuré economizarlo en lo posible. Probé varias veces todas las posibles formas y maneras de dividir estos folios, y recuerdo que me gustaba hacerme pequeños cuadernillos de minúsculo formato, que cosía con hilo y aguja tomados del cesto de labores de mi madre. Un cuadernito de estos, que mi caligrafía infantil había llenado con alguna historia o con versos, servía luego, en horas singulares, como regalo íntimo para algún amigo, o bien para mi madre o mis hermanas.

Y con la contemplación y palpación de este papel, que se había conservado muy bien a lo largo de seis decenios c incluso había guardado un resto de su coloración rojiza, brotaron recuerdos y ámbitos de cien imágenes totalmente olvidadas: la habitación en la que vivía por aquel tiempo, la mesa escritorio y la silla, junto al entarimado y la antecama. Y mientras recordaba todo aquello, mi malhadada poesía fue perdiendo poco a poco toda su condición fatal, dejó de ser propiamente una poesía y no debía, por tanto, ser considerada como tal, sino como un trozo de recuerdo arrancado a aquellos tiempos de mi mocedad, tan hermosos como difíciles, tan ricos en experiencias, tan arrebatados y llenos de problemas, en los que el trabajo poético jugó un papel ciertamente importante, pero de manera semejante a como desempeñan los juegos un papel importante en la vida de un niño. Si yo intentaba entonces imitar a Eichendorff o a Geibel en versos mal pergeñados y sin valor, lo importante no era el poema escrito y terminado, sino el juego mismo, la imitación, aquel darse y enmascararse como una persona mayor, y además no solo como una persona mayor elegida a gusto y capricho, sino magnífica, singular y famosa. Si yo, muchacho, utilizaba entonces las herramientas de predecesores y maestros grandes o pequeños y tomaba de ellos no solo la

disposición de las palabras y las rimas, sino también los sentimientos y las experiencias vitales, hacía, en realidad, lo mismo que hace un chiquillo que corretea por el jardín sobre sus propios pies, pero sosteniendo entre sus manecitas un imaginario volante mientras goza imaginando que conduce un gran automóvil con muchos cilindros e incontables caballos de fuerza. Del mismo modo que el niño se transforma en *chauffeur* y utiliza a su placer y capricho el coche de este, así también el poeta, en aquella etapa primera de su vida, se convertía a sí mismo, fantásticamente, en Eichendorff y pulsaba las cuerdas de su instrumento. La persona que interpretase esto como necio remedio o aún como vulgar latrocinio, era un triste y huraño crítico, incapaz de saber lo que son la niñez y el juego.

Bien: el caso es que me resultó muy grato que aquel reencuentro con mi hoja de papel de borrador, además de vergüenza y enseñanza, me trajese unos momentos de recuerdo de aquellos tiempos en que viví de un modo más vehemente y apasionado. Fue una primavera vital inquieta y llena de crisis la que yo viví por aquel entonces, y si algún lector crítico y acerbo hubiese sacado de mis versos seudorrománticos la conclusión de que a aquel muchacho juguetón le faltaban sentimientos propios y experiencias vitales también propias, hubiese cometido un grandísimo error; las olas de aquella vida juvenil se alzaban muy altas, pasaban del supremo éxtasis y arrobamiento a la más profunda desolación, hasta rondar la muerte, y no es maravilla que mi afición poética no solo fuese incapaz de expresar fielmente aquellas experiencias, sino que se guardase muy mucho, y casi con angustia, de intentar siquiera considerarlas y moldearlas en un trabajo espiritual. Fueron los tiempos que intenté evocar diez años más tarde en la narración *Bajo la rueda*, todavía con harta inseguridad y muy lejos de la verdadera comprensión y superación. En la figura y la historia del pequeño Hans Giebenrath, al que pertenecen asimismo su amigo Heilner, como compañero y contrafigura a un mismo tiempo, intenté exponer la crisis de aquellos años de desarrollo y liberarme del recuerdo de ellos, y para sustituir y compensar debidamente todo cuanto me faltaba en madurez y reflexión, jugué un poco el papel de acusador y crítico frente a aquellos poderes ante los cuales sucumbe Giebenrath y ante los que yo también estuve un día a punto de sucumbir: la escuela, la teología, la tradición y la autoridad.

Como acabo de decir, fue una empresa prematura y harto precipitada la que me propuse cumplir con mi novela escolar, y así esta solamente pude considerarse lograda felizmente de modo muy parcial. Por ello, y cuando con el correr de los años cayó en el olvido este libro antaño tan debatido - desde hace muchos ha desaparecido por completo de las librerías - , no tuve nada que

oponer a que fuese quitado de la vista de los críticos profesionales y de mí mismo, y hasta me di por muy satisfecho de ello.

Empero, logrado o no, aquel libro contenía un pedazo de vida vivido y sufrido con verdad y autenticidad, y una medula viva como esta es capaz en ocasiones, tras un tiempo sorprendentemente largo y bajo circunstancias nuevas y del todo distintas a las de antaño, de recobrar su eficacia de días lejanos e irradiar algo de sus viejas energías. He pedido comprobar esto de forma sorprendente en grado sumo, apenas una semana después del regreso hasta mis manos de mi poesía juvenil. *Bajo la rueda* acababa de ser traducido al japonés, y he aquí que me llegó una hermosa y conmovedora misiva de un joven lector, una carta adolescente, un tanto exaltada y abundosa, concebida en un alemán bastante bueno, en la que me contaba que aquel suabo Hans Giebenrath, tanto tiempo ausente en ignorado paradero, se había vuelto a convertir, allá en el lejano Japón, en camarada y consolador de otro muchacho. Aparté las frases aduladoras y exageradas de la carta; el resto decía así:

"Soy un estudiante de Instituto en Tokio.

"Su libro, el primero de los suyos que he leído, es la novela *Bajo la rueda*. La leí hace apenas un año. Por aquel entonces meditaba yo muy seriamente en la soledad, y al igual que Hans Giebenrath, me hallaba en un estado espiritual hartado confuso y turbado. Entre otras muchas, escogí aquella obra como la que mejor podía corresponder al estado de mi alma. No es para ser descrita la inmensa alegría que me embargó cuando hallé en aquella novela la figura y persona juvenil de usted mismo. Creo que nadie podrá comprenderle por entero hasta que no haya vivido una experiencia semejante.

"Desde entonces soy un asiduo lector de sus obras. Y cuanto más las leo, tanto más profundamente me hallo a mí mismo en ellas. Por eso estoy persuadido de que la persona que mejor puede comprenderme vive en Suiza y tiene siempre sus ojos fijos en mí.

"Cuídese mucho y viva siempre con salud."

Cuanto yo había vivido y soportado, allá por los años de la poesía hija de Eichendorff, en la vieja casa familiar de Calw, cuanto había intentado objetivar después en forma de novela, diez años más tarde, y en la misma casa, no había muerto aún, no había desaparecido del todo; medio siglo después, y a

través de la traducción a la lengua japonesa, había hablado a un muchacho que luchaba desesperadamente en el áspero camino hacia sí mismo, y le había iluminado un trozo de este camino.

SOBRE LA ANCIANIDAD

(1952)

La edad proveya es una etapa de nuestra vida y, al igual que todas las restantes, posee su rostro propio, una atmósfera y temperatura peculiares, alegrías y miserias propias también. Nosotros, los viejos de cabello blanco, tenemos también nuestra tarea, al igual que nuestros hermanos más jóvenes; una tarea que da sentido a nuestra existencia, y hasta un enfermo de muerte y moribundo, al que apenas puede alcanzar una invocación de este mundo de aquí, tiene su tarea propia y ha de cumplir muchas cosas importantes y necesarias. Ser anciano es una tarea tan hermosa y sagrada como ser joven; aprender a morir y morir realmente es una función tan llena de dignidad y valor como cualquier otra, supuesto que sea cumplida con reverencia ante el sentido y la santidad suprema de toda vida. Un anciano que tan solo aborrece y teme a la vejez, al cabello cano y a la proximidad de la muerte no es digno representante de su edad, como tampoco lo es el hombre joven y robusto que odia su profesión y su trabajo diario y procura zafarse de ellos.

Dicho en pocas palabras: para cumplir debidamente el sentido de la vejez y mostrarse a la altura de su tarea, hay que estar de acuerdo con esta misma vejez y con todo cuanto trae consigo, hay que decirle un sí sin restricciones. Sin este sí, sin la entrega total a lo que la Naturaleza exige de nosotros, perdemos el valor y el sentido de nuestros días - ya seamos viejos o jóvenes - y cometemos una estafa con la vida.

Todos sabemos que la edad anciana comporta múltiples achaques y que a su término se alza la muerte. Año tras año es preciso ofrecer sacrificios y llevar a cabo renunciaciones. Hay que aprender a desconfiar de los sentidos y las fuerzas propias. El camino que poco tiempo antes no era sino un pequeño y grato paseo, tórnase ahora largo y fatigoso, y llega un día en que ya no podemos recorrerlo más. Hemos de renunciar a los manjares que durante toda nuestra vida hemos comido con gusto y placer. Las alegrías y goces corporales se tornan cada vez más raros y han de ser pagados a precio creciente. Y además, todas las lacras y enfermedades, el debilitamiento de los sentidos, el entumecimiento de los órganos, los incontables dolores, sobre todo en las noche

tan frecuentemente largas y asaltadas por el constante temor.... todo esto son cosas imposibles de negar, son la amarga realidad. Pero sería triste y mezquino abandonarse únicamente a este proceso de decadencia y obstinarse en no ver que también la ancianidad tiene sus cosas buenas, sus ventajas, sus fuentes de consuelo y sus alegrías. Cuando se encuentran mutuamente dos ancianos, jamás deberían limitar su diálogo al maldito artritismo, a los miembros entorpecidos y al ahogo producido por la subida de escaleras, no deberían intercambiar tan solo sus dolencias y sus enojos, sino también sus experiencias y recuerdos alegres y consoladores. Que son también muy numerosos.

Cuando traigo a colación de recuerdos estas hermosas y positivas páginas en la vida de los viejos y digo que nosotros, los que tenemos blanco el cabello, conocemos fuentes de vigor, de paciencia y de gozo que en la vida de los jóvenes no juegan papel alguno, no me corresponde hablar de los consuelos de la religión y de la Iglesia. Eso es asunto de los sacerdotes. Pero sí puedo llamar con nombre propio a algunos de los dones con que nos obsequia la vejez. El máspreciado para mí de todos estos dones es el tesoro de imágenes que se acumulan en la memoria después de una larga vida y a las cuales se vuelve con interés más vivo y vario que nunca se hizo con anterioridad, según va apagándose en nosotros la actividad juvenil. Figuras y rostros humanos que no pisan ya la tierra desde sesenta o setenta años ha, prosiguen viviendo dentro de nosotros, nos pertenecen como cosa propia, nos prestan compañía, nos miran con ojos que viven todavía. Casas, jardines, ciudades, que en el correr de los años transcurridos han desaparecido o han cambiado por completo, nos contemplan incólumes como antaño, y en nuestros libros de estampas hallamos de nuevo, frescas y llenas de colorido, las lejanas montañas y las largas costas marinas que contemplamos en nuestros viajes decenas de años atrás. La mirada, la observación, la contemplación, tórnase más y más en costumbre y ejercicio adiestrado y el temple de ánimo y el ademán del contemplador penetran imperceptiblemente toda nuestra conducta. Nos sentimos acosados por deseos, ensueños, apetitos y pasiones, como la inmensa mayoría de los hombres, precipitados aquí y allá durante los años y décadas de nuestra existencia, impacientes, expectantes, llenos de tensión, sacudidos vivamente por sensaciones de plenitud o de desencanto..., y hoy, cuando hojeamos cuidadosamente el gran libro ilustrado de nuestra propia vida, nos maravillamos de cuan hermoso y bueno puede ser verse libre de aquel acoso y aquella persecución y haber llegado a la vita contemplativa. Aquí, en este jardín de los ancianos, florecen ciertas flores en cuyo cuidado apenas hemos pensado en años anteriores. En él florece la flor de la paciencia, nobilísima especie que nos hace más resignados y tolerantes, y cuanto menor se torna nuestra apetencia de usurpación y de acción, tanto mayor se vuelve nuestra capacidad

para escuchar y contemplar la vida de la Naturaleza y la vida de los demás hombres, para dejar que pase ante nosotros sin crítica y con creciente asombro ante su infinita variedad, a veces con interés y recóndita compasión, a veces con risa, con viva alegría o con humor. Hace pocos días me hallaba yo en mi jardín ante una fogata que acababa de encender y que alimentaba con ramaje y follaje seco. Y he aquí que llegó una anciana, cruzando a lo largo del seto de espino; contaría cerca de los ochenta años y al pasar se detuvo y me miró. Yo saludé y entonces ella se echó a reír y dijo "Hace usted muy bien en encender ese fuego. A nuestros años hay que irse acostumbrando poco a poco al infierno." Con estas palabras se inició un diálogo en el cual ambos nos lamentamos mutuamente de todas nuestras dolencias y flaquezas, pero siempre dentro de un tono de broma. Y al final de nuestra conversación ambos hubimos de confesarnos que pese a todo no éramos todavía tan terriblemente viejos, y que ni siquiera podíamos considerarnos como auténticos ancianos mientras viviese en nuestro pueblo la más vieja de todas: la centenaria.

Cuando la gente joven, con la suficiencia de sus fuerzas y su despreocupación, ríe tras de nosotros y encuentra cómicos nuestros escasos cabellos blancos, nuestro andar fatigoso y nuestro escuálido pescuezo, nosotros recordamos que antaño, cuando nos hallábamos en posesión de idéntica fuerza y despreocupación, también sonreímos en casos semejantes y no solo no nos sentimos humillados y vencidos, sino llenos de íntimo gozo por haber podido superar esta etapa de la vida y habernos tornado un tantico más sensatos y más pacientes.

CONJUROS

(1954)

Cuando doy comienzo a mi carta colectiva con el encabezamiento que reza: "Queridos amigos", debo decir a sinnúmero de sus destinatarios que no me refiero a ellos en lugar preeminente. Antes al contrario, mis pequeños relatos van encaminados sobre todo a ese círculo de compañeros de edad y de época con los cuales comparto los recuerdos más vivos y plenos de valor de toda mi vida, esto es, los de la niñez y la juventud. Y de aquellos amigos quedan muy pocos ya; en mis cartas colectivas me dirijo más a los muertos que a los vivos, son antes conjuros evocadores que meros exordios, cuando las inicio diciendo: "Queridos amigos." Por muy querido que me sea un amigo más joven que yo, falta empero en el diálogo con él una dimensión, y si yo tuviese en mi mano la elección entre el diálogo con el más noble y discreto de los hombres de

nuestra época o una conversación con alguien que hubiese conocido al músico Speidel en Calw, al rector Bauer en Goppingen o al éforo Palm en Maulbronn, y que hubiese conversado con mi abuelo, la elección me resultaría muy fácil. Y los pocos testigos de aquellos ámbitos llenos de imágenes radiantes que todavía viven hoy, que parecen eternos y, sin embargo, se apagarán para siempre en breve tiempo, estos pocos camaradas de colegio, primos y primas con los que podría conversar acerca del abuelo o del rector Bauer si algún día viniesen a sentarse a mi lado, van cayendo uno tras otro, implacablemente; el pasado año me ha arrancado a muchos de ellos, cruelmente, y me los ha hecho inalcanzables ya para siempre. Entretanto - y estoy presto a reconocer que esto es un suceso normal y experimentado por innumerables personas -, con la muerte de cada miembro de este estrechísimo círculo se cumple y culmina un proceso característico de la mutación y la sublimación: el fallecido, que ha sido esta vez mi camarada de estudios en Calw, Theodor, inspector forestal, consejero de comercio, dignísimo conciudadano y concejal de su villa natal, padre y abuelo de numerosa prole, y persona que era en cierto modo, extraña a mí y casi antipática en algún raro encuentro posterior, quizá por su voz recia e imperiosa, quizá por su terco nacionalismo militante o por sus juicios sobre arte y poesía, ya no es para mí padre ni abuelo, ya no es consejero privado ni fabricante, antes al contrario, al deshacerse de sus tardías vestiduras se ha convertido de nuevo en el viejo camarada de colegio, no guarda ya nada extraño ni molesto para mí, sino que me mira con sus claros ojos azules de muchacho, los ojos de Theodor o de Wilhelm, ha retornado de nuevo a la sala de los cuadros y los retratos radiantes y no me pertenece menos, sino mucho más que poco tiempo antes, cuando todavía estaba vivo y ostentaba títulos y combatía por sus ideas. No posee títulos, ni ideas, ni patrimonio alguno, ni goza ya de buena o mala fama; simplemente es otra vez aquel que sabía deshacer tan bien los sedales de pescar o era tan experto en robar huevos de paloma. Y así también espero yo, que muy probablemente me he tornado más o menos sospechoso para algún camarada de adolescencia, ora por mi manera de pensar, ora por el aplauso que algún día me fue deparado, ora sea por los éxitos, títulos y más títulos que me han conferido, que tras despojarme, asimismo, de todos estos arreos y perifollos volveré a ser otra vez, para los miembros de aquel círculo íntimo, aquel Hesse de la Bischofstrasse que entretenía con bromas a sus camaradas de clase y del cual dijo entonces el rector Weizsäcker que no era digno de que el sol le alumbrase con su luz. Todos nosotros, yo lo creo así, Theo y Wilhelm y August, junto con el rector Weizsäcker, regresamos desde las sendas extraviadas y los errores de nuestras vidas hasta aquella forma de inmortalidad que es para mí imaginable, más aún, certísima, para nosotros los hombres y nuestras humanas cosas; una inmortalidad problemática y no

garantizada por dogma alguno, pero que en ciertos casos puede ser asaz defendible, sobre todo cuando la tradición, la fábula, la poesía otorgan a las humanas figuras, gestas o experiencias esa perdurabilidad por encima de la muerte que puede prolongarse durante una vida humana, un siglo o incluso varios milenios. De este modo han alcanzado la inmortalidad, junto con sus maestros o creadores, no solo el venerable Buda con Ananda y Kaundinia, no solo Alcibíades o el Apóstol Pablo, sino también Mirtilo y Cloe, Eupalinos y Telémaco, la infeliz doncella Ofelia o la opulenta Margot de Villon, porque las (quizá) inventadas figuras de la creación poética pertenecen en grado no menor que las históricas y reales a esta problemática y, sin embargo, innegable eternidad. Bien; hoy me vuelvo y dirijo a vosotros, los vivos, que esperáis de mí una salutación y un relato, y comienzo con la Navidad. Y en ella fue precisamente el primero y más singular de los obsequios quien me adentró profundamente en el mundo de los recuerdos. Parientes de Suabia me enviaron un obsequio delicioso y conmovedor: un cuaderno, un cuaderno escolar del Korntal del año 1857, casi centenario ya y veinte años más viejo que yo mismo; un cuaderno levemente amarillento, pero tratado visiblemente con cuidadoso desvelo durante estos cien años transcurridos, un cuaderno con el tamaño y formato usuales en la vida escolar. Sin embargo, no parece ser un cuaderno escolar vulgar y corriente, porque tiene una cobertura muy hermosa, incluso demasiado ostentosa para aquella época y para el Korntal, con un dibujo enmarcado en una ornamentación seudogótica y tratado en vivos colores, y unos versos edificantes en las caras anterior y posterior; en la primera de ellas se representa la Sagrada Cena, y en ella se cree reconocer a Juan y a Judas entre los discípulos, y en la posterior, el Salvador asciende de la tumba, con ademán triunfante, entre guardianes mudos de espanto y otro dormido todavía, mientras un ángel orante le da la bienvenida en los aires. En los dos dibujos que le glorifican, Jesús es quien peor parado sale; pese al resplandor del halo que orna su cabeza, no presenta precisamente una buena figura. No obstante, la presentación y confección del cuaderno debe ser descrita como lujosa y solemne; o bien se otorgaban tales suntuosos cuadernos como premio a los alumnos distinguidos en el famoso Instituto del Korntal, o había que comprarlos en las tiendas del ramo, y en tal caso un infeliz alumno solo podría adquirirlos, seguramente, tras fatigosos ahorros del dinero de muchas semanas.

Pues bien: este suntuoso cuaderno, cuando resplandecía en toda la novedad de sus colores, allá por el año 1857, fue propiedad de mi madre, que contaba a la sazón quince años y ella lo llenó con hermosa caligrafía y extremo aprovechamiento del espacio, escribiendo en él sus poesías predilectas de aquel entonces, una pequeña antología privada que comenzaba con el *Taucher* de Schiller. Esta caligrafía, todavía a medias infantil, pero ya muy ágil y suelta, no

posee todavía la belleza que tanto pudimos amar y admirar después en sus cartas, pero es la suya, inequívocamente. Si las cubiertas piadoso-patéticas hacen esperar un florilegio de textos edificantes, un presunto descubridor de este tesoro, sin duda guardado muy en secreto, hubiese sufrido una decepción; la antología de la muchacha quinceañera está constituida por poesías declaradamente profanas y en su mayoría muy hermosas. Siguen a Schiller, del cual se recogen ocho poemas, Goethe, Uhland, Lenau, Hebel y Kerner; también se hallan una poesía respectiva de Eichendorff y de Rückert, y no faltan la *Lorelei*, de Heine; la *Tempestad*, de Schwab, y la *Ofrenda de los difuntos*, de Matthison; después, algunas cosas olvidadas como el *León de Florencia*, de Bernhadi, una larga balada anónima titulada *Witterkind* y un poema larguísimo, extrañamente complicado y humorístico de Langbein, con el título *Las aventuras del cura Schmolke y el maestro de escuela Bakel*. Por lo que respecta a Schiller, sabemos que la lectura de sus poesías estaba rigurosamente prohibida a las jóvenes colegialas. Y sabemos también que el hermano mayor de mi madre, Hermann, en plena floración de su inflamado y revolucionario período *Sturm und Drang*, fue un entusiasta lector de Schiller y mantuvo con su hermana un intenso y vivo intercambio de cartas.

Mas todo este cuaderno, exceptuando su cubierta de alegres colores y la amada caligrafía de colegiala, no hubiera sido digno de mención especial si no se hubiesen añadido a él unas cuantas hojas suplementarias del mismo formato, cuidadosamente cosidas por su propietaria con hilo y aguja, y llenas igualmente de poesías, escritas por la misma mano; y en ellas no encontré a Goethe ni a Matthison ni a Langbein, sino que estos versos habían sido compuestos por la misma autora de aquellas copias, y eran versos de amistad juvenil y de exaltada melancolía adolescente, escritos algunos en lengua inglesa y uno de ellos en francés. Las poesías rebasan con mucho el marco del Korntal y alcanzan hasta el regreso de mi madre a la India; pero las más importantes y significativas para mí provienen de los años del Instituto y el internado y aunque sean un tanto despreocupadas o convencionales en la expresión, rebosan de apasionadas experiencias juveniles, y especialmente de dolor y de amarga indignación por la pérdida de la amiga predilecta, que se hizo tan poco grata a los maestros y directores del piadoso establecimiento, que fue al cabo expulsada de la escuela. ¡Ay, no había vuelto a pensar en todo esto desde muchos decenios atrás, y, sin embargo, la figura de esta amiga de juventud y el apasionamiento de mi madre por ella eran para mí tan conocidos como si los hubiera vivido yo también. Porque cuando éramos todavía unos niños ella nos contó en alguna ocasión aquella historia de su mocedad, sonriendo y no obstante en un tono casi apasionado. Olga se llamaba su amiga, y era la muchacha más linda, más aventajada y más cortejada de toda la clase superior, y mi madre estaba

entregada a ella, que era más o menos dos años mayor, con ese género de amor, admiración y prontitud rendida que solo pueden ser ofrecidos en esta edad por los más jóvenes, menos maduros y más necesitados de amor al deslumbrante compañero mayor, hermoso, aventajado e inalcanzable. Se puede leer esta historia en la biografía de mi madre. Comenzó en aquella hora en que la *mayor* halló a la pequeña llorando de congoja y de nostalgia en un oscuro rincón y le comunicó su simpatía y su comprensión con un gesto afectuoso, y alcanzó su punto culminante en el día en que Olga fue presentada ante la clase como reo y carne de horca, marcada a fuego por el director espiritual a causa de sus inauditos pecados Y prohibido cualquier trato con ella a las restantes alumnas. Y entonces fue la más joven de todas, la que hasta entonces se había limitado a ser una tímida admiradora, quien supo acercarse finalmente a la amiga doblemente querida, supo consolarla y mantenerse valientemente a su lado. El crimen de la pecadora había sido, naturalmente, un inocente amorío con un garboso y desenvuelto mozalbete de la escuela de muchachos. Con valor heroico, y también con cierto amargo goce, la adoradora cargó también sobre sí, en parte proporcional, la proscripción y el destierro de su amiga, ya que, tras un período de orgullo y de rebeldía contra el establecimiento docente, atravesó su vida una época de ligereza mundana, de rebeldía y de vanidad espiritual, por las cuales hubo de ser castigada prestamente y humillada hasta la amenaza de expulsión. Ella misma se arrepintió después, amargamente, de este período de altivez y de entrega a los placeres mundanales, y siempre nos lo presentó como un imperdonable y equivocado desliz. Pero nosotros, sus hijos, gustábamos especialmente de oírla contar a ella, la espléndida narradora, los sucesos de esta época de su vida, y nuestras simpatías no estuvieron jamás del lado del Korntal y su director espiritual, sino plena y apasionadamente del de las jóvenes pecadoras.

Y he aquí que ahora sostenía estas hojas en mis manos, estas hojas sobre las que mi madre había cantado, ensalzado y llorado sus gozos y sus dolores en el Korntal, sus amigas de juventud y sobre todo aquella Olga jamás olvidada. Me avergüenzo de haber olvidado todo esto, y os lo cuento ahora porque tengo gran interés en que sepáis de ello y en que no caigan para siempre en el olvido aquella agridulce primavera adolescente y aquella amiga llamada Olga.

Este, pues, fue el más notable y el menos esperado de mis regalos navideños. Los restantes, si es que pudieran interesarnos algo, guardan relación estrecha con mi última carta veraniega, la que habla de las experiencias o recuerdos en la Engadina, y de aquella pieza pianística de Schumann, el *Pájaro profeta*. En mi carta desde la Engadina di a conocer sin rebozos mi viejo y profundo afecto por esta prodigiosa pieza musical, y de aquí que una

bienhechora y amiga de Frankfurt me remitió una fotocopia del manuscrito original de este poema musical. La dama en cuestión se había informado de que el original se conservaba en París y no había rehuído esfuerzos ni gastos para tomar una fotografía de él y remitírmela. Mas no para aquí la cosa: un pianista berlinés, que había leído asimismo esta carta, determinó también obsequiarme con el *Pájaro profeta* y grabó su interpretación en un disco, que me envió luego. Yo me sentí sorprendido. Pero como suele ocurrir la mayoría de las veces con estos discos de grabación privada, el resultado fue una decepción. El disco era demasiado liviano y flexible, y hubiese sido preciso un brazo reproductor casi del todo ingrávido para poder reproducirlo debidamente; todos los experimentos con los dos aparatos de que yo dispongo fueron un absoluto fracaso, y solo logramos extraer un murmullo quejumbroso y moribundo. Solo me restó la ingrata tarea de escribir al donante expresándole, junto con mi gratitud, un breve informe sobre estos fracasados intentos. Nos sentimos decepcionados y afligidos los tres: Ninón, yo mismo y nuestro huésped, un amigo de Göttingen. Pero transcurrieron los días y Ninón me sorprendió gratamente con la noticia de que ya era posible tocar el *Pájaro profeta*; he aquí que aquel disco sutil e imposible de reproducir se había trocado en otro recio y utilizable, que acto seguido colocamos sobre el aparato y la hermosísima y mágica pieza de Schumann, tocada por Cortot, se elevó desde la madera, arcaica y eternamente juvenil; y el pequeño milagro me pertenece ahora para siempre. Fue nuestro huésped, el testigo de mi decepción, quien llevó a cabo a mis espaldas esta reparación del fracaso primero.

El correo fue abundante en la época de la Navidad y el Año Nuevo, y tanto que no he terminado de leer toda la correspondencia hasta mediados de enero. Entre ella había muchas cartas hermosas, graves y dignas de recordación. Y también había una, que en sí no era importante, Por cierto, pero que hizo evocar a mi memoria algo ya olvidado, algo de lo que ahora querría hablaros y contaros. Se trataba de la carta de un joven idealista residente en el norte de Alemania, carta apasionada y exaltada por demás. No me acuerdo ya del motivo que dio origen a la existencia de esta carta. Quizá su autor leyó cualesquiera manifestaciones escépticas o pesimistas escritas por mí y se propuso levantar mi ánimo, consolarme y convertirme, cosa que no sucede raramente. Pero quizá desease tan solo utilizar la coyuntura del cambio de año para exponer una profesión de fe y ofrecérmela como obsequio festivo. Tratábase de una carta juvenil, casi niña, conmovedora, crédula, inocente, que comenzaba con la invocación: "Admirado amigo." El joven no negaba en modo alguno que viviéramos en un mundo difícil y áspero, en una época dura, y que hay por doquiera avaricia y sensualidad, materialismo y bombas atómicas. Pero, al menos así se le antojaba a él, cuando se lanzaba una mirada sobre el

alma de la vida de los pueblos y la historia universal, cuando se pensaba en la espléndida conferencia del profesor M. sobre el futuro del humanismo, en la reciente concesión de dos Premios de la Paz a hombres de altísimos méritos o bien se había tenido la dicha de presenciar, pocos días atrás, cómo al extinguirse los acordes de la Novena Sinfonía de Beethoven atravesaba la gigantesca sala de conciertos en S. una oleada casi visible de emoción y suprema espiritualidad; ¡oh, sí!, entonces era imposible dudar de que todo avanzaba y progresaba en la tierra, de que se avecinaba una época grandiosa y magnífica, mejor dicho, que esta época había irrumpido ya y que su aurora iluminaba con sus rayos llenos de promesa y de esperanza a todos aquellos que poseían limpia y buena voluntad. Era hermoso: nos elevaba y, al mismo tiempo, nos comprometía gravemente, el hecho de vivir en semejante época una hora estelar como la presente, de emprender el camino de la vida de cara a este amanecer glorioso y de saber que en toda la redondez de la tierra, tanto en el Este como en el Oeste, existían hombres de buena voluntad prestos a desterrar para siempre a los poderes acechadores de la tiniebla, convertir en práctica y acción las doctrinas santificadas de los grandes conductores y guías de la Humanidad y contribuir finalmente a la decisiva victoria del Bien.

Ora con una sonrisa, ora con melancolía, leí el monólogo del noble marqués Posa, recordando aquellos versos tan hermosos que decían: "¡Cuan bello, oh hombre» con tus frescas palmas...!", y con los cuales otro idealista semejante a este, poseído de idéntica fe, había saludado la llegada de un nuevo siglo mejor; y no tuve la menor dificultad en reconstruir el origen y razón de un documento semejante. El muchacho poseía un corazón joven y ardoroso, tenía dos o tres amigos que compartían sus nobles ideales, había oído hablar a un famoso profesor, había escuchado la Novena Sinfonía, quizá por vez primera, no solo la había escuchado, sino vivido íntimamente, y no solo vivido, sino descubierto, casi creado él mismo, estaba abonado a una publicación de noble tendencia humanista y pacifista, cuyos artículos le fortalecían en sus ideas y le edificaban semana tras semana; jamás había leído verdaderamente un periódico, nunca se había molestado en comparar el número de los suscriptores de su hoja con el de los abonados de cualquier gran rotativo..., en una palabra, con su ideología, sus amigos, con Schiller y Beethoven y los artículos de su semanario defensor de la paz se había creado una atmósfera, naturalmente de modo inconsciente, que le protegía de los embates de la cruda realidad y dentro de la cual él se sentía a gusto, cómodo y dichoso; y si él se sentía así, ¿cómo podrían existir en el mundo el mal y la duda? ¿Acaso no se pronunciaban maravillosas lecciones, que eran oídas y retenidas en el corazón de piadosas comunidades; acaso no se tocaba una música espléndida, no ardía en los corazones jóvenes la hermosa chispa celestial de Schiller y de Beethoven? No.

no era justo ni cierto hablar y rezongar de otra cosa sino de peligros de guerra y de armas atómicas, no creer sino en las fórmulas de la física nuclear o de los ambiciosos políticos y dejarse inficionar por los malsonantes pesimismo y nihilismos de los existencialistas.

Era un optimismo hermoso, radiante de juventud, magníficamente confiado, piadoso e insensato, un optimismo ideal, el que exponía este simpático muchacho como su propia concepción del mundo. Los colores eran un tanto crudos y tratados con cierta tosquedad, la construcción delataba cierto matiz carente de originalidad y personalidad: tras de todo ello se alzaba un catecismo no hallado por la propia meditación, algo como un ejemplo ideal o un dechado a quien imitar, un género de filosofía popular demasiado linda, demasiado inexperta, de la que no eran responsables Schiller y Beethoven, sino ciertos maestros y guías que profetizaban sendas de salvación, y escritos como los que han aparecido a centenares desde los años aquellos del hombre con la fresca palma, y han sido engullidos por millones de seres humanos: escritos con títulos como *La dolencia de nuestra época y su curación*, o *Sencilla guía para alcanzar la felicidad sobre fundamentos morales*, o *El paraíso reencontrado sobre la base de una cultura racional de cuerpo y espíritu*, u otros semejantes, folletos y librejos de innumerables salvadores ya olvidados o en plena actividad aún, cuya magia se nos antoja a nosotros harto conocida y vulgar, pero que en labios de un recién convertido, de un joven noble, exaltado y capaz de una apasionada entrega a un ideal, pueden ganar de nuevo cierto encanto y frescor.

Leí, como ya he dicho, esta linda y bienintencionada carta con cierta emoción, pero también con alguna ironía, del mismo modo como debió de contemplar Heinrich Heine aquella cara de muchacha a la que cantó diciendo: *Du bist wie eine Blume*, y después: *Betend, dass Gott dich erhalte so rein una schön und hold*. Había algo en mi interior que se negaba a burlarse, ni siquiera en pensamientos, de esta mirada azul y confiada, y unos días después, cuando estaba leyendo una vez más la carta en cuestión, sentí una súbita sorpresa y me pareció que de mis ojos se habían caído unas escamas. Cerrando los ojos, vi una estancia y una escena que viví allá en mi lejana juventud y que andando el tiempo hube de olvidar, en apariencia de modo total. Vi una habitación amplia, un tanto sombría, de alto techo, con numerosos estantes que llegaban hasta este, cubriendo ambos muros laterales, y repletos de libros; en la parte delantera y más iluminada de la estancia había dos mesas escritorio con tinteros y cajas de madera llenas de fichas de catálogo ordenadas alfabéticamente. Era la librería de antigüedades en el Pfluggässlein de Basilea, en donde aprendí y trabajé antaño, por tiempo poco mayor de año y medio. Su propietario era un viejo solterón de barba blanca, un caballero apacible y bonachón, al que solía

tropezarme en ciertas tabernas y billares de la *Cigüeña* con harto mayor frecuencia que en su tienda de libros. Esta era regentada, desde muchos años atrás, por su factótum, un tal herr Julius Baur, natural de Steckborn, como discípulo y ayudante del cual trabajaba yo en la casa desde poco tiempo antes. Julius Baur era también un solterón, algo más joven que su patrón, pero tan perfecto ejemplar de soltero empedernido como este, y uno de los nombres más limpios de corazón, más bondadosos, más honrados y más dignos de aprecio que he conocido a lo largo de mi vida. Mucho pude aprender de él, primeramente en la profesión, porque él era no solo un perfecto anticuario, familiarizado con todos los recursos, expedientes y reglas de juego de la bibliografía, poseedor de varios idiomas y conocedor suficiente de otros muchos más, amantísimo de la vieja literatura italiana y francesa, sino, además de todo esto, viajero experto y buen conocedor de casi todos los valles de Suiza. Porque sus dos máximas pasiones eran, por una parte, el mundo de los idiomas y los libros, y por otra, como contrapeso, el peregrinaje a través de su país natal, en larguísimas marchas a pie. Y del mismo modo que sabía investigar y penetrar en el mundo de los libros con todos los recursos de la bibliografía, así también, como caminante y viajero, no solo era un infatigable andarín, sino un descubridor expertísimo de nuevas sendas, persona versada en la lectura e interpretación de un mapa y al mismo tiempo provista siempre de los mejores y más nuevos de ellos (recuerdo que entonces eran los de Dufour y Siegfried), y sensible y curioso por demás para los idiomas, formas de expresión popular e historias locales. Si yo guardase todavía en la memoria todo cuanto él me enseñó en horas felices de ocio acerca de usos y fiestas, nombres campesinos y familiares, islotes idiomáticos, construcciones de vallados lingüísticos, etimología de los nombres para vacas y toros y tantas otras cosas más, bien podría cubrir todas las necesidades folklorísticas de las emisoras de radio suizas. Y él, que vivía como un penitente y sabía contentarse casi solamente con pan y agua, era un derrochador y un gran señor en cuanto tocase a sus aprestos de excursionista y singularmente a los mapas y planos guías, recibía las hojas nuevas de los mapas oficiales de la región y hacía encuadernar cada una de estas hojas, en magníficas tapas de tela, por un encuadernador cuyo trabajo y material supervisaba él cuidadosamente. Cónteme una vez una historia de un cura rural de uno de los valles alpinos, el cual compuso en cierta ocasión un poema en elogio y alabanza de su paisaje. Todavía recuerdo el comienzo de aquel larguísimo poema pedagógico:

Dies schöne Tal,

un Form oval,

voll Mineral...

Viejos libros y mapas regionales nuevos, tesoros ocultos en la tienda de antigüedades y excursiones a pie, eran las dos comarcas en las que se desenvolvía el viejo ermitaño y que conocía como la palma de su mano; en todo lo demás, pese a su grandísima prudencia y buen juicio, era un verdadero niño. Su predilección por el arte romántico e italiano era intensa y siempre tuvo palabras de admiración, hasta de veneración, para colegas que, tal Ulrico Hoepli o el mismo Olschki en Florencia, habían logrado realizar algo de valor. Ah, y una vez me confesó, en un momento de especial intimidad y confianza, que el gran deseo incumplido de su vida fue siempre haber nacido en el País de los Grisones en lugar de hacerlo en Turgovia.

Cuando yo, cediendo a un viejo deseo, cambié la librería del comisionista depositario por la librería de antigüedades, convertíme en un perturbador de la paz que reinaba en aquel viejo edificio, cuyo Jerónimo vivía su apacible soledad, que había podido gozar sin molestias durante largos años, porque su jefe y patrón aparecía raras veces por allí y casi más raramente todavía se perdía algún comprador por aquella estrecha callejuela y paraba en los tres escalones que daban acceso a la librería. Pero si mi llegada le resultó pesada o no, y estoy seguro que así fue, sobre todo al principio, yo no tuve la menor cata de ello. Julius Baur era el hombre más amable y sin doblez en que es dado pensar, y desde el primero hasta el último día nunca me consideró y trató sino de modo sonriente, bondadoso y lleno de fraternidad de colega y camarada. Más aún: mientras yo extraía mi diaria e intensa utilidad de su sabiduría y sus conocimientos, él se sentía, estoy certísimo de ello, casi avergonzado de esta superioridad, y procuraba disimularla y atemperarla en la medida de sus fuerzas. Era así con todo el mundo; jamás hubiese podido causar daño a nadie, ni tampoco despreciarlo. Causaba la impresión de un ermitaño estafalario y socarrón, sin formas ni conocimiento del mundo, y, sin embargo, tras de su sonrisa humilde, amable y tímida se ocultaba un sabio de altísimo rango. Yo era entonces harto joven y me encaminaba hacia mis propios fines con demasiado egoísmo (el manuscrito, casi listo ya, del *Peter Camenzind* descansaba en el escritorio de mi cuartito alquilado) para poder darme cuenta exacta del pleno valor de aquel humilde sabio, pero le quise muy de veras desde un primer momento y me sentí avergonzado con frecuencia cuando, por ejemplo, aparentaba no darse cuenta de mi retraso en llegar a la tienda, después de una noche agitada, ni tampoco de mi desaparición camino del desván,

donde intentaba recuperar un poco el sueño perdido. Mi patrón y maestro se comportaba de igual modo con todo el mundo, se ponía a la disposición de quienquiera que fuese con la misma amable paciencia, por manera que yo no hubiese podido decir si él sentía por mí el mismo afecto que yo por él. Pero en algunas ocasiones parecióme, empero, que habíamos llegado a ser amigos, sobre todo en las horas, no demasiado abundantes, por lo demás, en las que intercambiábamos ambos pareceres, confesiones y confidencias de más íntimo matiz.

¿He charlado acaso demasiado? ¿Me he detenido quizá demasiado tiempo en las memorias de mi querido colega y maestro? Creo que no. Creo, por el contrario, que él se hubiese merecido una hoja conmemorativa harto más amplia. Y creedme que daría mucho, mucho, por tener ahora un retrato suyo. Por aquellos años, hacerse fotografiar constituía un suceso verdaderamente solemne, al que jamás se hubiese decidido él. Sin embargo, poseo un recuerdo precioso de él: me refiero al regalo que me hizo con ocasión de mi boda: fue, naturalmente, un libro, un libro viejo y raro, la primera edición, en cuarto, de las Cartas de Pietro Aretino, impresas por Francesco Marcolini en Venecia, año de 1538.

Comencé hablándoos de la carta de Año Nuevo de aquel joven idealista, de aquella carta conmovedora y un tanto chistosa, y he de contaros ahora la escena que me trajo súbitamente a la memoria una frase determinada de esta carta cuando la leía por segunda vez. Me refiero a la frase "victoria del Bien". Frase conmovedora y disparatada, que yo mismo hice mía en aquellos años juveniles de Basilea y expresé con acento lleno de *pathos*, no, ciertamente, ante un camarada y coetáneo, sino precisamente en diálogo con aquel secreto sabio y santo que fue Julius Baur. Por lo común, no teníamos la costumbre de conversar sobre temas que atañesen al mundo en general y a su consideración, pero en cierta ocasión charlamos en este sentido; mejor dicho: no fue tanto un diálogo cuanto un monólogo, que acometí yo, y cuyo amable y paciente auditor fue el otro. He olvidado ya el motivo; por quién sabe qué caminos, una conversación nos llevó hasta el tema de la Historia Universal y su interpretación, y creo recordar que el comienzo del diálogo estuvo bajo las sombras de Hegel y de Jakob Burckhardt. En dos palabras: con tal tema me sentí en mi elemento y como por aquellos años vivía yo de modo predominante en un temple de ánimo que podríamos llamar de Hermann Lauscher, y apenas había leído exégesis o comentarios históricos, si se exceptúan quizá los *Fundamentos del siglo XIX*, de Chamberlain, sentíame invadido, mozo de mí, de una férvida elocuencia al servicio de lo noble y lo bueno; y cuanto más afectuosamente callaba mi compañero de dialogo, escuchando con la cabeza gacha mi apasionada y

magnífica perorata, tanto más hermosa y abundante brotaba esta de mis labios hasta convertirse en una confesión de fe o al menos en una explosión de ánimo en defensa de la más elevada y sublime determinación y concepto del hombre, y de un sentido de la Historia Universal que yo designé, en mi ardoroso cántico, como la "victoria del Bien sobre lo vulgar", y precisamente esta frase acerca de la victoria del Bien fue lo que me irritó y excitó en la carta de mi joven lector, evocando en mi recuerdo, con la rapidez del relámpago, al anticuario Julius Baur, mi querido y viejo maestro, junto con aquella entera época de Basilea y, sobre todo, aquella hora del mediodía en la que yo me hallé ante mi oyente en la misma posición que ocupa hoy mi lector ante mí. Vi con toda precisión la enjuta figura y el rostro amable y surcado de arrugas del solterón; vi otra vez sus bondadosos y sosegados ojos tras de las antiparras con aro de níquel y en sus rasgos aquella sonrisa cortés y benévola, y hasta creí percibir de nuevo un eco del ebrio impulso de mi discurso de antaño. Fue aquella; en verdad, la primera vez en que creí necesario abrir lo más íntimo y noble de mí mismo ante mi colega, mi compañero y hermano mayor ermitaño, entre aquellas altas y polvorientas paredes cubiertas de libros. Mientras que las palabras acudían a mis labios con creciente facilidad y profusión, yo me sentía más y más seguro de mi presunta idea, y llevé a perfecto término en mi perorata lo que jamás había podido expresar de modo completo en mi propio pensamiento, y no dudé ni un solo momento de que algún día alcanzaría la meta, íntimamente deseada, de mis esfuerzos y aspiraciones, de que mi maestro y amigo mostraría su entusiástico acuerdo conmigo y se adheriría a mi creencia en la victoria final del Bien.

El querido maestro escuchó mi apasionado canto con la cabeza gacha, como ya he dicho; no se borró de sus rasgos la bondadosa sonrisa que siempre los animaba, ni me interrumpió palabra o gesto alguno de impaciencia o de contradicción; antes al contrario, la sonrisa y la expresión de benevolencia parecieron crecer en su arrugada cara y tornarse cada vez más luminosas y afectuosas. Y de este modo yo cerré mi interpretación del sentido de la Historia Universal con la pregunta: "Creo que todo está hartamente claro; ¿verdad que usted piensa lo mismo que yo?" Mas él, entonces, alzó lentamente su cara hacia mí, una cara que prosiguió sonriendo cordialísimamente, y sacudió la cabeza en silencio, mejor dicho, la movió lenta y cuidadosamente tres, cuatro veces hacia derecha e izquierda. En un primer momento recibí este mudo no casi con incredulidad; hasta tal punto había creído y esperado que mis palabras encerraran la verdad y que le habría convencido plenamente, caso de que no estuviera él ya desde tiempo atrás. Muy lentamente me di cuenta clara de que aquel afectuoso sacudir de cabeza significaba realmente una negativa llana y decidida, y de que tras de este no se hallaba una fe o una incredulidad que no

precisaba de argumentos ni de elocuencias; y también de que esta fe o incredulidad, que tan difícilmente comprensibles eran para mí, se fundamentaban en una base mucho más sólida y contenían mucha más verdad y realidad que toda mi filosofía de la historia, tan copiosa en palabras. Y si mi lector se hallase ahora ante mí, mi respuesta a su entusiasta optimismo sería la misma que maese Baur me dio a mí un día. Yo tampoco me opondría; me limitaría a sacudir la cabeza afectuosamente. ¡Cuidado, empero! No es que yo no crea en el *Bien* y en su pleno sentido y valor. El Bien era indestructible para mí, y tan real y eficaz como la maldad y la vileza. Pero ¿acaso podía llamarse a esto una victoria! No; dejemos a los jóvenes el empleo de esta palabra con son de fanfarria. Me vienen a las mientes ciertos pensamientos cuando me acuerdo de mi viejo librero de antigüedades, al que tantos años he tenido olvidado en mi memoria. A veces ocurre esto en nuestra vida espiritual. Por ejemplo: cuando escribí el *Siddhartha*, treinta años ha, jamás pensé en persona alguna conocida mía cuando perfilé la figura del barquero Vasudeva, y, por supuesto, no pensé en Julius Baur. Y, sin embargo, pareceme hoy que en la figura de Baur me encontré verdaderamente, en mi propia vida real, con el sabio barquero, y no tuve la suficiente madurez para darme cuenta de ello. Todo cuanto experimentamos en nuestra vida puede alcanzar un sentido. Para mí este grito del joven y exaltado idealista ha cumplido el sentido y la tarea de recordarme a una noble e incomprensiblemente casi olvidada figura de mi propia edad moza, y de hacerme posible un fructífero reencuentro con él. ¡Oh amigos muertos, cuan inmortales sois, cuan bienhechora y cuan dolorosamente podéis tornaros vivos de nuevo en cualquier instante!

Me viene a las mientes en este momento el amigo Zeller, que murió en el transcurso del pasado año, cuando contaba ochenta y uno de edad; algunos de vosotros le habéis conocido y sabéis que soportó valientemente y sin lamentaciones la destrucción de Ulm y de todo su patrimonio, entre el cual se contaban innumerables reliquias de Mörike, dos traslados de residencia por evacuación y finalmente la muerte de su esposa; era un hombre sin tacha, una de las figuras más notables de Suabia, en el cual se aunaban el valor inflexible y la inagotable bondad de corazón con un feliz humor. Desde que dejaron de llegarme sus cartas, desde que no pude volver a remitirle mis saludos y mis trabajos, noto que en mi vida falta algo, hondo e importante. Este anciano robusto, impávido, erguido y siempre alegre se había ido tornando en los últimos años cada vez más cansado y duro de oído, y tras la muerte de su esposa volvióse de pronto débil, abatido y lleno de creciente tristeza; acabó por volverse prácticamente sordo y su espíritu empezó a sumirse en un progresivo adormecimiento, aunque en sus postreras cartas, fatigosamente garrapateadas, con frecuencia difícilmente legibles e interpretables, emergía en ocasiones de

nuevo, espléndidamente, en cualquier giro o locución sorprendente y hermosa. Lo último vivo que me llegó a las manos en relación con él fue a través de una carta de mi primo Wilhelm. Creo que no tendrá inconveniente alguno en que no me limite a repetiros este postrer suceso y os transcriba aquí sus mismas palabras. Me decía en su carta; "En U. asistimos a la muerte y sepultura de la bondadosa frau Zeller. Tu viejo amigo ha sufrido un terrible golpe. No es capaz de levantar cabeza, ni sabe qué hacer. No puede estar en cama, pues se lo han prohibido, y tampoco puede andar por sí solo; se pasa el día sentado como un preso en su celda, incapaz de leer y sin oír apenas una palabra. Pero en el fondo de su ser sigue tan grande y tan bueno como siempre, y el día del entierro, cuando los demás regresaron del cementerio - ya que él no tuvo fuerzas para ir - parecía un rey sentado entre sus súbditos. De entre todas aquellas frases, a menudo confusas e incoherentes, hablaba un espíritu que posee su propia región, muy por encima de las ruinas de la vida terrenal. Recuerdo que a cierta pregunta mía sin importancia, que no comprendió exactamente, e interpretó según su propia suposición, replicó, mientras alzaba el pecho, la cabeza y la mano izquierda, como deseando explicarse mejor: 'Estoy siempre presto a la solución más osada.' Yo me fui de allí como si llevase conmigo un testamento."

NOTICIAS PARA PASCUA DE RESURRECCIÓN

(1954)

Es cosa peculiar del temple de ánimo y la consistencia laxa e insegura de los tardíos días de la vida el que esta vida pierda mucho de su realidad o de su cercanía a la realidad; que la realidad, de por sí sola dimensión un tanto incierta de la vida, se torne cada vez más delgada y transparente, que no haga valer su pretensión sobre nosotros con el poderío y la energía desconsiderada de antaño, que deje y haga posible conversar consigo, jugar consigo, obrar consigo. La realidad, para nosotros los viejos, no es ya la vida, sino la muerte, y no la esperamos ya como algo que nos llega de fuera, sino que sabemos que habita dentro de nosotros. Nos defendemos, sí, contra los achaques y dolores que su cercanía nos comporta, mas no contra ella misma; la hemos aceptado ya, y si nos cuidamos y protegemos con cuidado mayor que antes, la cuidamos y protegemos a ella también, porque ella está junto a nosotros y en nosotros, y es nuestro aire, nuestra tarea, nuestra realidad.

Además de ello, el mundo en torno y la realidad que nos rodeó antaño pierden mucho de su misma realidad, incluso de su verosimilitud; ya no son válidos por sí solos y de forma incontestada, podemos tan pronto aceptarlos

como rechazarlos, gozamos de cierto poder sobre ellos. La vida diaria gana así una especie de superrealidad lúcida, los viejos y firmes sistemas dejan de tener validez, los aspectos y acentos se han desplazado, el pasado sube vertiginosamente en valor e importancia comparado con el presente y el porvenir deja de interesarnos seriamente. Por ello, nuestro comportamiento en la vida de todos los días, considerado desde el ángulo de la razón y de las viejas reglas, adquiere algo de irresponsable, de poco serio, de burlesco; es ese comportamiento que la voz popular llama "la segunda infancia". Mucha razón hay en ello, y yo no dudo que, por lo que a mí respecta, ofrezco al mundo que me rodea un sinnúmero de reacciones infantiles, y ello de modo impremeditado y espontáneo. Y, sin embargo, estas reacciones no suceden siempre de modo inconsciente e incontrolado, como me ha podido enseñar la observación. Los viejos bien pueden llevar a cabo acciones infantiles, poco o nada prácticas, nada rentables y del todo caprichosas, incluso con plena conciencia de ello (¿o acaso solo a medias?) y con una especie de gozo o complacencia lúcida, tal y como puede sentirlo el niño cuando conversa con un muñeco o, simplemente, enhechiza por obra y gracia de su fantasía y sus ensueños el pequeño huertecillo de la madre convirtiéndolo en una selva poblada de tigres, serpientes y hostiles tribus de indios.

Citaré un ejemplo: Estos días pasados solía yo pasear un rato por el jardín, cerca del mediodía y después de haber leído el correo. Digo jardín, pero en realidad se trata de una falda o declive cubierta de hierba, harto empinada y con una constante tendencia a cubrirse de maleza, fraccionada en algunas terrazas para vides, en las que las cepas están bien cuidadas y conservadas por el trabajo de nuestros jornaleros, pero todo el resto muestra por doquiera la terca tendencia a transmutarse en selva virgen. Donde hace apenas un par de años solo había una pradera, se ha tornado hoy el césped escaso y ralo, y en lugar de sus prósperas anémonas, arándanos y sellos de Salomón, zarzamoras y brezos por doquiera, y entre ellas el espeso y lanoso musgo. Este musgo, junto con la vegetación que crece entre él, debería ser pastado por las ovejas y el suelo pisoteado por sus pezuñas para salvar estos hermosos prados; pero nosotros no poseemos ovejas, ni tampoco tendríamos de estiércol para abonar las praderas ya salvadas, y de este modo el áspero tejido de raíces de los arándanos y sus camaradas se adentra, año tras año, cada vez más profundamente, en el suelo de la pradera, cuya tierra se torna poco a poco en zona inculta y silvestre.

Según mi estado de ánimo, miro esta mutación hacia atrás con enojo o con satisfacción. Algunas veces recorro un trocito de la moribunda pradera, ataco la profusa maleza con el rastrillo y la azada, arranco sin compasión el almohadón de musgo entre las cohibidas matas de hierba, arranco también un

cestillo lleno de anémonas, con sus raíces y todo, sin creer en la utilidad práctica de todo este quehacer, porque mi afición a la jardinería se ha tornado, con el paso de los años, en un juego de ermitaño carente de sentido práctico alguno; mejor dicho, tiene un sentido, mas solamente para mí, como higiene y economía personal. Cuando los dolores de ojos y de cabeza son demasiado recios, necesito un cambio, una variación en mi actividad mecánica, una mutación física. El trabajo ficticio o aparente, tanto en jardinería como de preparación de carbón, que he aderezado con este fin a lo largo de los años, no solo tiene por objeto servir a esta necesidad de mutación física y de relajación, sino también a la meditación, al constante tejer de los hilos de la fantasía y a la concentración de los estados de ánimo espirituales. De cuando en cuando, pues, procuro dificultar a mi pradera su tarea de convertirse en maleza virgen. Otras veces me detengo ante aquel terraplén que formamos hace mas de veinte años junto al límite sur de la finca, con la tierra y las incontables piedras que se extrajeron cuando se cavo un foso protector encargado de detener el avance del vecino bosque, y que estuvo en tiempos plantado de mata de frambuesa. Hoy, este dique o terraplén está cubierto de musgo, grama silvestre, helechos y arándanos, y hasta se alzan en él algunos árboles de magnífica presencia, tal un umbroso tilo, que son centinelas avanzados del bosque que todo lo invade lentamente. Aquella mañana yo no tenía nada especial en contra del musgo y la maleza, ni tampoco en contra del bosque y del progresivo estado de incultura y selvaticidad; por el contrario, contemplé con asombro y placer esta floración silvestre de las plantas. Y en la pradera se erguían por doquier los jóvenes narcisos, con su carnosos follaje, no del todo florecido aún, con cálices todavía cerrados, no blancos, sino de un delicado color amarillo.

Caminé lentamente a través del jardín, fui contemplando el follaje de los rosales, juvenil, de un rojo oscuro y bañado en el sol matinal, y los pelados troncos de las recién trasplantadas dalias, entre las cuales se erguían con incontenible fuerza los gruesos tallos de los martagones; escuché, allá abajo, cómo el honrado y fiel viñador Lorenzo se afanaba con los cubos de agua y determiné ir a hablar con él y charlar de todo género de política jardineril. Lentamente, descendí la falda de la colina, de terraza en terraza, armado con alguna herramienta de trabajo; me regocijé al contemplar los lujuriantes jacintos entre la hierba, aquellos jacintos que yo prodigué años atrás, a centenares, sobre todas estas laderas; reflexioné cuál de los cuadros y de los macizos necesitaría aquel año mayores cuidados; contemplé con júbilo la floración de los alhelios amarillos y observé con desagrado los huecos y puntos rotos del vallado, entretejido de ramaje, que rodeaba el estercolero de arriba y que aparecía completamente cubierto por el hermosísimo manto rojo de las camelias caídas sobre él. Descendí hasta abajo, llegué a la llana huerta, saludé a Lorenzo y di

principio a la planeada charla preguntándole cómo se encontraban su esposa y él mismo e intercambiando algunas opiniones acerca del estado del tiempo. Bueno era, dije yo, que se avecinase indudable lluvia. Pero Lorenzo, que tiene casi la misma edad que yo, apoyóse en su azada, arrojó una breve mirada de soslayo sobre las errantes nubes y sacudió la cabeza gris. No, hoy no caería lluvia alguna. Nunca se podía saber, desde luego... Siempre se daban sorpresas... Y recorriendo de nuevo el cielo con una experta mirada, sacudió de nuevo la cabeza con energía y cerró el diálogo sobre la lluvia venidera con estas palabras: "No, signore."

Hablamos entonces de las verduras, de las recién plantadas cebollas; yo alabé todo extremadamente y derivé la conversación hacia mi verdadero deseo. La valla que rodeaba el estercolero de arriba no se sostendría en pie mucho tiempo; era mi intención ocuparme de su renovación, no, naturalmente, en aquellos días en que apenas bastaban las manos para llevar a cabo todo el trabajo, pero sí allá hacia el otoño o el invierno, ¿no? El se mostró de acuerdo conmigo, y ambos coincidimos en que cuando se entregase a este trabajo sería mucho mejor renovar también los postes y no solo el entramado de ramas verdes de castaño. Podrían resistir, sin duda alguna, un añito más, pero no obstante, mejor sería... Sí, dije yo; y ya que estábamos hablando del estercolero, me gustaría, asimismo, que al llegar el otoño no diese toda la tierra buena a los macizos y cuadros de arriba, sino que me apartase un poco para la terraza de las flores, por lo menos un par de carretillas colmadas. Muy bien; más tampoco debíamos echar en olvido el aumento de los madroños, así como la supresión del macizo inferior de madroñeras, el que estaba junto al vallado, que llevaba ya demasiados años en pie. Y de este modo se nos fueron ocurriendo, tan pronto a mí como a él, estas o aquellas cosas útiles o favorables para el verano, para septiembre, para el otoño. Y después de haber conversado gratamente sobre todo ello, yo proseguí mi camino y Lorenzo se entregó de nuevo a su faena. Y ambos nos sentimos contentos y satisfechos con el resultado de nuestra deliberación.

A ninguno de los dos se le ocurrió traer a colación una circunstancia harto conocida para ambos, y que hubiese convertido nuestra charla en un diálogo ingrato e ilusorio. Los dos habíamos conversado, sencillamente y de buena fe, o al menos casi de buena fe. Y, sin embargo, Lorenzo sabía tan bien como yo que esta charla no echaría raíces duraderas, pese a sus magníficos designios y planes, ni en su memoria ni en la mía; sabía que ambos la habríamos olvidado del todo en un tiempo máximo de quince días, muchos meses antes del plazo señalado para el aderezo del estercolero y para la ampliación de los cuadros de madroñeras. Nuestra charla matinal, bajo aquel

cielo poco propicio a la lluvia, había sido provocada y llevada solo por ella misma, era un juego, un divertimento, una empresa puramente estética, sin consecuencias. Para mí había sido un verdadero placer contemplar por unos momentos el viejo y bondadoso rostro de Lorenzo y haber sido objeto de su diplomacia, que, sin tomar del todo en serio a su interlocutor, le brinda un muro protector de preciosa y delicada cortesía. Por otra parte, como camaradas de edad que somos, sentimos el uno hacia el otro un movimiento de fraternidad, y cuando alguno de ambos cojea cualquier día demasiado notoriamente, o siente excesiva molestia con los torpes e hinchados dedos, no se hacen tales cosas tema de conversación, sino que el otro se limita a sonreír comprensivamente y con un leve dejo de superioridad, mientras siente, por esta vez, cierta complacencia, sobre la base de una mutua comunión y simpatía, dentro de la cual cada uno gusta de sentirse momentáneamente el más robusto, pero asimismo piensa con anticipada tristeza en el día en que el otro no estará ya más a su lado.

Y cada vez que converso con Lorenzo he de pensar en Catalina, que yace bajo tierra desde hace más de diez años y tras de cuya muerte empecé a notar, por vez primera, en mi jardín y en mi jugueteo con el trabajo de jardinería ese sentimiento amargo de vacío y de superfluidad que, con el tiempo, ha llegado a serme tan familiar. Por lo demás, y en cuanto al jardín se refiere, Lorenzo y Natalina no eran amigos ni estaban de acuerdo, antes al contrario se observaban mutuamente con esa mirada vigilante, entre desconfiada y burlona, de los contrincantes acérrimos. El, el labriego, era un trabajador y su tarea era cavar, acarrear agua o piedras, afilar estacas e hincarlas en el suelo, derribar árboles. Ella, la menuda, delicada, hacendosa y locuaz Natalina, era tan diestra y mañosa en el trato con las plantas como ante el fogón y bajo los tiernos cuidados de sus manos salían adelante el esqueje más reseco o el raigón más inútil; hoy todavía se yergue aquí y allá más de un monumento perpetuador de su finísimo arte de jardinería: una rosa de cien hojas, pasada ya de moda; alguna gigantesca hortensia; un par de eléboros negros; los hermosos lirios blancos. No es posible olvidarla, porque ella ayudó a guardar y a hacer más hermosos los mejores años de nuestra vida, fue el alma de mi casa durante mis años de eremita y nuestra fiel servidora y camarada tras mi matrimonio y la erección de nuestro hogar. ¡Y cómo sabía expresarse! Sus vocablos certeros, sus frases, bella y concisamente construidas, no hubiesen avergonzado a Manzoni ni a Fogazzaro, y algunas de sus formulaciones clásicas son citadas, hoy todavía, entre nosotros. Por ejemplo, la de aquel enorme gato rubio rojizo que se empeñó en meternos en casa, recién terminada esta, para que cazase todos los posibles ratones, gato que escapó acto seguido, espantado, según opinión de Natalina, ante la magnificencia de nuestras recién amuebladas y aderezadas

habitaciones. "Ma lui, spaventato di tanto lusso, scappava." Lo cual, traducido, quiere decir: "Pero él, espantado ante tanto lujo, escapó."

En Pascua de Resurrección volví a escuchar este año, por la radio, la Pasión según San Mateo. Cada vez vivo de manera distinta esta festividad sacra, porque desde los años de mi niñez, en los que daba buena cuenta del trozo de chocolate que me había dado mi madre mucho tiempo antes de que hubiese terminado la primera parte del oratorio, y soportaba con escasa paciencia las numerosas repeticiones en las arias y coros, sobre todo en el coro final porque todavía no estaba hecho a tan largo tiempo de sedentaria pasividad sobre una silla, ha tenido esta experiencia tan gran número de antecedentes, que los recuerdos acuden a mi memoria en un enjambre y se entrecruzan y confunden unos con otros. No obstante, los primeros son también los más vigorosos de entre todos ellos: aquellas *Pasiones* técnicamente imperfectas, pero vividas honda y emocionadamente por sus protagonistas y sus oyentes, en la iglesia de Calw y bajo la dirección de mi tío Friedrich, que tenía los mismos hermosos ojos oscuros de mi madre y en cuyo coro cantaban mis hermanas y mis primas. Mi memoria musical ha conservado con máxima fidelidad una ejecución en la que mis dos hermanastros mayores cantaron los papeles de Cristo y el Evangelista, y en la que yo había superado ya aquella opresión e impaciencia infantil de mi primera audición. En las incontables *Pasiones* que hube de escuchar andando los años, quienquiera que fuese el cantante que interpretase a Cristo y al Evangelista, yo escuchaba en ellos, de nuevo, las voces y la expresión de mis hermanos. También ciertas ejecuciones bajo la dirección de mi amigo Volkmar Andreae han quedado grabadas en mí con determinados detalles: la primera audición pública de la Pasión según San Mateo ofrecida en Italia, en Milán concretamente, donde comenzó mi conocimiento y larguísima amistad con Ilona Durigo; y después, muchos años más tarde, aquella otra, que Andreae supo dirigir con valeroso temple de ánimo mientras su madre, tan querida también para nosotros sus amigos, yacía en el lecho mortuario; y aquella otra en que escuché por última vez la voz de Ilona, poco tiempo antes de su muerte.

De todas las festividades cristianas, la Pascua de Resurrección es la única que, desde muchos decenios atrás, Vivo con verdaderos sentimientos de piedad y de veneración; van unidos a estas fiestas tanto la dulzura temblorosa de la recién nacida primavera como el recuerdo de mis padres y de la búsqueda de los huevos por entre los matorrales del jardincillo, tanto la música de Bach como mi temple de ánimo por aquellos días de mi confirmación, aquella lucha interior entre el respeto ante la piedad de mis padres y los primeros descontentos y objeciones contra la fe reducida a fórmulas y ligada a una iglesia

determinada. Esta constante oscilación entre el respeto y la rebeldía resuena de nuevo en mí, quedamente y a través de tantos años transcurridos, cada vez que vuelvo a escuchar las *Pasiones* de Juan Sebastián Bach, con acentos ora melancólicos, ora irónicos. Mi respeto se dirige entonces hacia los padecimientos de Jesús, a sus angustias en Gethsemaní, y mi crítica hacia determinados pasajes del texto, especialmente contra los discípulos. Y no solo porque se echasen a dormir mientras su Maestro peleaba su postrer batalla, no; el sueño podía ser, a fin de cuentas, comprensible y perdonable, y no provenía solamente de la pereza y del temor a lo que muy difícilmente podría soportarse, sino que tenía también algo de infantil y de espontánea naturalidad. Pero que un discípulo traicionase al Maestro y que otro, el llamado Piedra, le negase por tres veces, y que surgiese de aquel círculo un temple de ánimo acalorado, propenso a la disputa y al afán de prioridad, ansioso de ver milagros, de crear leyendas y de fundar iglesias, todo esto me hizo sentir decidida hostilidad contra los discípulos, sobre todo en ciertas épocas de mi vida, y en más de una ocasión, ha muchos años ya, esta actitud crítica ha llegado a influir mi estado de ánimo festivo y solemne durante la audición de la *Pasión*. ¡Como si los discípulos representados en las *Pasiones* de Bach o en los grupos de las crucifixiones de pintores e imagineros fuesen realmente los mismos que figuran en la historia dogmática protestante y en la hermenéutica bíblica! ¡Como si no hubiese podido yo sentir y participar de las angustias, confusiones y espantosa vergüenza y arrepentimiento de Pedro, escuchando el relato de sus negaciones, harto mejor que los padecimientos de Jesús! Pero aquella influencia que padecían mi devoción y recogimiento, por obra del impulso crítico, no era sino una estremecida contracción en una cicatriz que fue, en tiempos, una herida sangrante.

Al llegar a este punto me viene a las mientes una carta que escribí a un simpático teólogo, un religioso vecindado en la Alemania oriental, y que quizá pudiese interesar a algunos de mis amigos. Me había dirigido el citado religioso un par de preguntas, entre ellas una en la que me interrogaba si veía yo en Josef Knecht algo así como un hermano de Cristo, y otra concerniente a la diferenciación nacional y racial de los mundos religiosos. Hablaba de los diversos *ojos* con que los pueblos perciben la realidad de lo divino. Voy a copiar a continuación unas cuantas frases características extraídas de mi respuesta:

"A su pregunta he de responder: sí, en efecto; los ojos indios, romanos y judíos son, a Dios gracias, distintos unos de otros. Las naciones, culturas y lenguajes son todos árboles, sí, pero uno es un tilo, otro un arce, el tercero un pino, etc. El espíritu, ya esté ataviado teológicamente o de otro modo cualquiera, suele inclinarse demasadamente hacia el concepto puro, hacia la

simplificación, hacia la tipificación; se conforma con el árbol, mientras que al cuerpo y al alma de nada les sirve este árbol, sino que necesitan y aman al tilo, al arce y al pino. Precisamente por ello es posible que los artistas estén más cerca del corazón de Dios que los pensadores. Si Dios se expresa entre los indios y los chinos de modo distinto a como lo hace entre los griegos, no es esto una falta o defecto, sino una espléndida riqueza, y cuando se intenta captar en un solo concepto unitario todas estas formas de aparición de lo divino, no brota jamás una encina o un castaño, sino, en el mejor de los casos, un árbol.

"En Josef Knecht no veo yo, como usted indica, un hermano de Cristo. Veo en Cristo una aparición de Dios, una teofanía, de las que hubo y hay muchas y diversas. En Knecht vería yo mejor un hermano de los santos. También hay muchos de estos, infinitamente más que teofanías; son ellos la *élite* de las culturas y de la Historia Universal y se diferencian de los hombres corrientes en que no fundamentan su inordinación y entrega a lo suprapersonal en una falta de verdadera personalidad y singularidad, sino precisamente en lo contrario: en un exceso de individualidad."

CARTA COLECTIVA DESDE SILS-MARIA

(1954)

Queridos amigos:

Es tiempo ya de enviaros un saludo y unas noticias. Desde mi postrer carta colectiva, fechada en la Pascua de Resurrección, me sentí, al igual que la mayoría de la gente, acobardado por la interminable humedad y por el frío; y hoy, ya en agosto, cuando comienzo a escribir esta carta, lo hago en una habitación del hotel templada por la calefacción y vestido con un espeso chaleco de lana. En épocas como esta poca cosa pueden hacer los viejos sino aguantar del mejor modo posible y procurar no perder del todo esa paciencia y alegría interior que tanto faltan al mundo de hoy. Para ello, en todo caso, no bastan los buenos propósitos; ha de venir, asimismo, de afuera algo que fortalezca y refresque, de la Naturaleza, de la vida, del Arte. Y como no han faltado estos auxilios fortalecedores, e incluso se me han ofrecido algunos insólitos bocados de consuelo y golosina, intentaré narraros lo relativo a ellos.

La primera experiencia, quizá la más rica en contenido, perdurable y de hermosas consecuencias, fue el reencuentro, pocos días antes de Pentecostés, con mi primo japonés Wilhelm, el primero que tenía lugar desde hace veinticuatro años. Habíamos intercambiado, sí, frecuentes cartas y otros

saludos; él es, entre todos mis amigos, quien ha penetrado de manera más profunda e íntima en el mundo del Lejano Oriente, más aún, ha sido acogido y alimentado por él de modo más amistoso y maternal. Pero no habíamos vuelto a vernos desde muchos años atrás, y como él no solo comparte conmigo el amor por la China y el Japón antiguos (hace cosa de un año apareció en Múnich el espléndido libro titulado *La lírica de Oriente*, en el cual ha corrido a su cargo y cuidado la parte correspondiente a China y Japón), como él, repito, no solo participa de una grandísima parte de mis intereses espirituales, sino que, además de esto y por encima de ello, es amigo mío desde los nueve años de edad y, como pariente cercano que es, le conozco más íntimamente y me siento más unido a él que a otros amigos ganados en el correr de los años, deseaba fervientemente volver a verle en persona, desde largo tiempo atrás. Este año me decidí y rogué a este hombre activo y lleno de ocupaciones que aceptase una invitación para pasar unos días en Montagnola. Y él accedió y vino a mi casa, y pasamos juntos cuatro días preciosos e inolvidables. En ellos invocamos figuras, casas, jardines y otras muchas imágenes de un ayer lejano, llenas durante unos instantes con la magia y la sagrada realidad de lo irrepetible; y dominando todas ellas, la poderosa figura del abuelo, la casa de los Gundert en la Lenzhalde de Stuttgart, situada entonces, todavía, bastante lejos de la ciudad, y la vieja casa de Hirsau, tan venerable y llena de misterios, de la que había sacado a su segunda mujer, madrastra de Wilhelm, el padre de este: una enorme casa con incontables habitaciones, cuyo número era imposible recorrer y sobre cuya disposición habíamos cavilado tanto de chiquillos, y el jardín con aquel *dirlitze* y el otro árbol lleno de manzanas tempranas, y el brocal de piedra del pozo, fresco y sonoro siempre, en cuya umbrosa y oscura profundidad habitaba un enorme pez, una robusta trucha, que jamás olvidé de visitar y contemplar cada vez que volvía a la casa. Sentí un escalofrío de alegría y de espanto cuando me dijo Wilhelm que esta trucha, sobre cuya elevada edad hacíamos cálculos y presunciones setenta años ha, vive todavía y habita en el viejo pozo recubierto de musgo. Me di cuenta más tarde, cuando ya se había marchado mi huésped, de que había olvidado preguntarle si conocía esta noticia solo de oídas o acaso había vuelto a visitar la vieja casa, visto con sus propios ojos y reconocido el viejísimo pez. Creo que omití esta pregunta no tanto por olvido cuanto por temor a ver, quizá, destruida para siempre la leyenda. Porque esta trucha, habitante del gigantesco pozo en el jardín de la casa de Hirsau, junto con el ciervo y los corderos, pertenece a mí, desde los tiempos de mi niñez, al mismo tipo de venerables realidades a que pertenecen, asimismo, la torre de las lechuzas, el viejo olmo centenario y el espléndido puente de Nagold, con su molino de aceite.

He de confesar que en este reencuentro y este intercambio de recuerdos no fui yo el dador, sino mi primo, y esto mismo ocurre en casi todas mis conversaciones con amigos o colegas; siento vergüenza, asimismo, en mis charlas con Thomas Mann, que ocupa actualmente una habitación en el hotel donde me hospedo yo y me obsequia frecuentemente con su visita al atardecer. Durante toda mi vida, pero muy especialmente en los últimos decenios, he necesitado siempre demasiada distancia y soledad para protegerme y defenderme; y el don de comunicarme en el diálogo se me ha ido atrofiando con el paso del tiempo, hasta casi perderlo por completo, y nada pueden hacer contra ello la buena voluntad y el esfuerzo constante. En cambio, soy un oyente atento y sensible, y aún hoy me paso a veces días enteros rumiando y dando vueltas en la cabeza a una conversación determinada. Así ocurrió también con los recuerdos de Calw, de Stuttgart y de Hirsau, que despertó mi primo dentro de mí y muchos de los cuales eran demasiado íntimos para darles publicidad. Fue realmente prodigioso ver cómo mi japonés, que ya ha dejado atrás los setenta, se convertía de nuevo, durante nuestras charlas, en el muchacho de doce y catorce años que fue, y cómo se transmutaba su rostro, tan familiar y querido, en el del niño y el adolescente de antaño, como una nube pasajera, los rasgos de su rostro fueron cambiándose y durante un instante perdió incluso aquel otro rasgo, el asiático, que le ha quedado desde sus largos años vividos en Japón, y volvió a ser aquel Wilhelm de los años noventa. Por aquel entonces era un muchacho piadoso y de buen natural, y después de sus años de estudiante se trasladó al Japón con el propósito de dedicarse a la tarea misional, no sin antes empaparse y penetrar tan honda y fielmente como fuese posible de la vida y costumbres de aquel país y aquel pueblo; durante muchos años llevó atavíos nipones, vivió y durmió, comió y bebió a la japonesa, y al igual que su alegre cara de suabo recibió aquel revestimiento de sosiego asiático, de paciencia y ensimismamiento, del mismo modo su espíritu, sin que fuese necesaria una brusca ruptura con su tradición protestante pietista, vióse lentamente ensanchado y engrandecido, a través de esta aceptación íntima de lo oriental, en tradición, sabiduría y moral, y no solo fue capaz de almacenar dentro de su alma las lenguas, las literaturas y las religiones de Oriente como algo meramente aprendido, sino hacerlas fructificar dentro de sí y transformarlas en vida propia.

Por ello, el diálogo y la correspondencia con él significan para mí mucho más que los que pueda mantener con uno cualquiera de mis amigos japoneses auténticos y de nacimiento. Wilhelm me trae consigo cada vez todo el Lejano Oriente y sabe expresarlo y comunicarlo de modo muy distinto a estos otros, porque lo hace en mi propia lengua, en un alemán que recibe su especial coloración, sus vocablos peculiares y sus acentos que van desde una suprema

gravedad hasta la más alegre y jocosa burla, no solo del alemán literario, sino de más atrás aún, del lenguaje de Suabia, del lenguaje del internado de Tübingen y también del muy peculiar de la familia Gundert; me habla siempre, ora se trate de la lírica japonesa, de Lao-tsé o de otro tema cualquiera del Lejano Oriente, en un lenguaje que solo comprendemos nosotros dos y un par de personas más procedentes, asimismo, de idéntica estirpe y tradición. Esta vez trajo consigo, además, como obsequio de huésped, algo verdaderamente precioso y notable: las pruebas del trabajo que le ocupa en la actualidad. Se ha propuesto traducir la más antigua y original colección de anécdotas procedentes del temprano budismo Zen, junto con los comentarios de siglos posteriores, a los cuales hará seguir el suyo propio. Para la persona que no esté familiarizada con los misterios de China y del budismo esto constituye un tejido fantástico, casi insensato, de proverbios y acciones, legados por la tradición, de uno de los grandes maestros del Zen, envueltos y casi sofocados por los comentarios de sus más significados seguidores, una colección de ejemplos extraídos del método del viejo maestro para educar y madurar a sus discípulos, llevándoles al sendero de la perfecta imitación de la gran luz del Buda, y estos medios educativos del viejo son variadísimos y alcanzan desde el proverbio rebosante de amor y de sabiduría hasta el bofetón y el sopapo. A lo largo de dos veladas analizamos un par de dichos proverbios, junto con la inextricable red de comentarios que los envuelve, y en verdad fue una cura para el pensamiento y para el alma este baño en la severidad y el gozo chino-budista, tan penetrado de humor como de profundo sentido. Poseídos por la emoción, y al mismo tiempo con la risa en los labios, vimos cómo surgía el diálogo entre el búfalo y la vieja vaca, junto con los comentarios, todo cuanto han hecho crecer los fértiles milenios de Oriente en sabiduría acerca del hombre y el mundo, la vida y la muerte, la superación del sufrimiento y el dolor por medio de la paciencia, la sumisión, el juego y la broma. Fue para mí una verdadera alegría el que Ninón, poco versada en chino y japonés y no muy inclinada, por lo demás, hacia ello, se viese captada, encadenada y colmada de gozo por esta maravillosa trama.

Muy a mi pesar dejé partir de nuevo a mi huésped, que todavía consintió amablemente en prolongar su permanencia entre nosotros por un día más, con su cara suabo-japonesa y su precioso manuscrito. La despedida fue triste en verdad. Por lo demás, aunque él aparentase ser harto más joven, había un punto en que era más viejo y más impedido que yo: me refiero a su sordera incipiente. Pero también este defecto traía consigo su fantasía y su broma. Ninón y yo hubimos de comprobar de consuno que esta sordera no era del todo independiente del tema de conversación que se tratase en un determinado momento y que cuando se hablaba sobre la lírica del Oriente o sobre el Zen, el oído de nuestro buen japonés se tornaba súbitamente agudo y despierto.

El baño de refresco y el golpe de gong surtieron su efecto. Apenas se hubo marchado mi primo Wilhelm, cuando un asunto oficial exigió mi decisión. Me vi precisado a responder sí o no a una pregunta con la que no me ligaba relación alguna interior. Mi reacción primitiva fue decir no, ya que me inclino decididamente a otorgar el mínimo poder posible sobre mí a las exigencias y llamadas del mundo. Pero me di cuenta asimismo de que esta repulsa y este retraimiento, permitido y justificado en otras mil ocasiones, habría de significar en esta una rudeza y descortesía ciertas. Por modo y manera que la naturaleza decía no, y la razón se inclinaba hacia el sí. Y como yo, recordando a mi primo y al búfalo, me sentía iluminado aún vigorosamente por la luz del Oriente, determiné hacer lo que no había hecho desde mucho tiempo atrás: abandoné la decisión en manos del oráculo chino, el I Ging, recibí inequívoca respuesta y obré en consecuencia.

Y justamente entonces llegó a mis manos aquella carta de un estudiante, de la que ya os di cuenta, amigos míos, bajo el título "Yin y Yang", y que me trajo tan poderosa evocación de mis estrellas orientales. Si la hice publicar para vosotros (en el *Neue Zürcher Zeitung* de 2 de julio de 1954), hécelo menos por la relación que me une con el estudiante en cuestión que por su propio peso específico; creo que su joven autor tiene muchas y muy graves cosas que decir no solo a su generación, sino también a nosotros los viejos, siempre que sepamos tener bien abiertos los oídos.

No me interesa especialmente la radio, y apenas la oigo una o dos veces por semana, en invierno con alguna mayor frecuencia, y nada en absoluto aquí arriba en las montañas. Pocas semanas antes de nuestro viaje de vacaciones, Ninón descubrió en el programa radiofónico algo que deseaba escuchar, y con esta ocasión viví unos momentos insólitamente beatos y melancólicos. Radiaron un disco gramofónico, el ciclo de Schumann *Amor y vida de mujer*, cantado por la inglesa Kathleen Ferrier, muerta en plena juventud. Lo que entonces oí me resuena todavía en la memoria en muchas horas nocturnas de insomnio. y en ella he conservado versos aislados, palabras sueltas; la experiencia de la audición de estas canciones reproducidas mecánicamente pertenece al tipo de las complejas, ricamente estructuradas, fuertemente cargadas de recuerdos y asociaciones. Allí estaba, sobre todo, la serie misma de los *Lieder*, este ciclo un poco pasado de moda y otro poco sentimental, que no había vuelto a escuchar desde varios decenios atrás, ni tampoco había deseado hacerlo, pero que llegué a conocerme casi de memoria en los años de mi primera juventud, porque no había entonces damita alguna aficionada al canto que no dominase perfectamente estos *Lieder*; la obra se hallaba, por lo demás, en la biblioteca musical de nuestra casa; yo había leído los textos numerosas veces y

reproducido torpemente la melodía de uno de estos *Lieder* en el piano de mis hermanas. Así, pues, lo que allí me captó de nuevo y me llenó de emoción fue el recuerdo de aquel tiempo agitado, lleno de problemas, arduo y magnífico de la incipiente adolescencia, y en el progresivo reconocimiento de cada uno de los *Lieder* fue cobrando forma nuestro gabinete de música en Calw, aquel cuarto en el que se alzaba, asimismo, todos los años, el árbol de Navidad, y junto con ciertos *Lieder* aparecieron también ante mí las figuras de las jóvenes cantantes a quienes se los escuché en aquel entonces: amigas de mis hermanas, con los peinados y los vestidos, los apasionamientos súbitos, las languideces y los sarcasmos de aquel tiempo, de un siglo distinto. Entonces, a medias niño y a medias adolescente, tomaba ya los textos de los *Lieder*, de Schumann (fuesen estos cuales fueren), y creía en ellos con tanta seriedad y cuidado como la hermosa música que los vestía, y todo cuanto guardaba dentro de mí, tanto en timidez ante las muchachas cuanto en romántica y caballeresca veneración por la mujer, fue alimentado y fortalecido por estos versos, en los cuales una mujer de suprarreal nobleza, una mujer idealizada, transforma en canto sus gozos y sus dolores. Por otra parte, dos o tres de aquellas cantantes aficionadas habían causado en mí, realmente, aquella misma impresión hermosa y conmovedora, puramente ideal, mientras que, entre aquel enjambre de muchachitas, había otras a quienes consideraba yo como auténticos micos, con mal reprimidas ganas de reír. ¡Qué tiempo aquel tan agitado, tan tormentoso, ora desesperado, ora dichoso y placentero! Me habló de nuevo, desde la nobilísima música de Schumann, en su figura ideal, y desde los textos de los poemas en mi madre sobre el redondo macetero, bañados por el sol vespertino ante la abierta ventana, y el armario de las partituras, con los tomos y carpetas de Beethoven y de Schubert, los *Lieder* de Silcher, las baladas de Loewe, y el piano en el que se ejercitaba Marulla o Adela acompañaba el canto de Karl... Y también a mí me acompañó numerosas veces, porque, si bien con ciertas violencias y transgresiones rítmicas, yo cantaba con toda desenvoltura, más frecuente y gustosamente, aquellos *Lieder* que me agradaban en especial y que conocía de memoria y en el fondo de mi ser sentía, aunque jamás lo confesaba, una profunda gratitud hacia mi hermana, por la paciencia y la flexibilidad con que procuraba adaptar la parte pianística a mi exaltada declamación.

Esto, más o menos, fue todo cuanto me colmó hasta rebosar durante esta nueva audición, tiempos pasados que resucitaban de nuevo a su conjuro; y aún vino a añadirse la participación más sosegada y más comprensiva, más capacitada para un juicio sereno, en lo poético y en lo musical de esta retransmisión; recuerdos emocionados de los años de adolescencia luchaban contra los pensamientos críticos, y el conjunto total de este *Amor de mujer* no era ya como fue antaño, había sido roído por el tiempo, no había podido resistir

airosamente ni mi propio envejecimiento ni los cambios sufridos por el mundo en los sesenta años transcurridos. En la música de Schumann había, sí momentos magníficos y encantadores, en los versos se encontraban asimismo algunas líneas que conservaban su vida hoy todavía, pero en rigor yo no deseaba volver a escuchar el conjunto ni por la música ni por la poesía. Había cosas harto más nobles, más perfectas, más imperecederas.

Y, sin embargo, hubiese dado mucho por haber podido obligar a la emisora a repetir la emisión acto seguido. Y en las semanas transcurridas desde entonces se ha mantenido firme en mí la impresión de esta audición; casi diariamente me han perseguido trozos y pasajes de ella y el recuerdo del modo como cantó los *Lieder*, de Schumann, esta inglesa tempranamente muerta, se ha condensado hasta convertirse en algo grandioso y eterno, en un ejemplo y dechado de la más pura práctica artística. Porque no solo se tornaron en nada aquellas remotas y juveniles cantantes a las que oí declamar este ciclo de *Lieder* en otro mundo y otra época distintos; también palidieron algunos artistas famosos y admirados y algunas creaciones del arte de estos, ante esta pureza y plenitud perfectas, mantenidas incólumes más allá de la tumba. La voz, dominada plenamente, cálida y llena de fuerza, lenguaje y declamación de una fidelidad casi matemática, castidad y absoluta precisión, exenta, sin embargo, de dureza, porque la voz y la madurez y calor humanos de esta muerta insigne atemperaban la cristalina claridad de su canto o comunicaban a esta claridad casi inmaterial un algo divino y delicado como una flor, que conmovía el corazón con emocionada ternura.

De este modo, apenas veinte minutos de audición radiofónica me depararon una experiencia que alcanzó desde lo más personal y privado hasta la pura abstracción, y desde el calor afectivo hasta el recogimiento en la veneración de lo Bello absoluto. Estamos muy necesitados de este devoto recogimiento en nuestro mundo enfermo y agitado; él es la lucecilla perpetua que no debemos dejar consumirse. En él poseemos un baluarte y un refugio de igual alcurnia y valor que el alegre y profundo sentido del Oriente.

Hace sesenta y cinco años acudía yo a la famosa escuela del Rector Bauer, en Göppingen, cuya tarea era conducir año tras año a sus discípulos, a través del ojo de aguja del *Landexamen*, hasta aquella *élite* de los estudiantes de Humanidades suabos, de la cual recibían la iglesia evangélica y las escuelas humanísticas de Württemberg sus mejores prosélitos en lo que respecta a religiosos y profesores. Pero, muy por encima de esto, nuestro Rector era, a sus setenta años cumplidos, un maestro y un educador de gran estilo y un carácter original hasta lindar con lo chusco, lleno de fantasía y de autodomínio, muy

comparable por cierto a aquel famoso búfalo de la fábula china. La autoridad escolar se sentía orgullosa de él, que era objeto de la admiración y el cariño de varias generaciones de estudiantes; pero también era capaz de poner en un verdadero aprieto a sus superiores de Stuttgart con la adopción de medidas que entonces podían parecer despóticas y osadas en grado sumo, y hoy serían sencillamente inimaginables. Así, por ejemplo, se permitió conceder vacaciones cuatro semanas antes de la fecha oficial a un curso que se mostraba cansado y un tanto hartado después de un año de intenso trabajo, y al cual él deseaba ver de nuevo animoso y alegre.

Por aquel entonces - contábamos nosotros entre trece y catorce años -, había en nuestra clase un muchacho aplicado y tímido, llamado Hans, que se contaba entre los alumnos más puntuales y menos castigados, y que jamás destacaba o llamaba la atención, quizá por su cara tierna y rosada, que enrojecía presta y profundamente. No jugaba papel alguno, ni lo deseaba tampoco; era mucho mejor alumno que la mayoría de nosotros, especialmente que Edmund y yo, y cuanto pudiese guardar en dones especiales del espíritu y el carácter permanecía todavía oculto, esperando el despertar que pudo experimentar solo algunos años después, siendo ya estudiante en la Universidad de Tübingen, intensamente y con pleno éxito. Siguió fiel a la teología, perteneció a los discípulos de Naumann y Traub y hasta edad muy avanzada ha servido en las filas de la Iglesia y de su ala liberal y vertida hacia lo social.

Edmund, por el contrario, era un muchacho a quien no se podía por menos de notar y echar en cuenta, aunque solo nos acompañase durante las horas de clase y las breves pausas intermedias de recreo; no vivía, como el resto de nosotros, en una pensión estudiantil de Göppingen, sino que venía todos los días en tren, desde un par de estaciones más allá y desaparecía de nuevo al terminar las clases. Era muy claro de color, de un rubio casi blanco, con una cara despierta, atenta y sagaz, como sus ojos, rápido y vivaz como una marta o una ardilla, siempre superior a los demás en los ejercicios gimnásticos, en la escalada, el patinaje o la carrera; al igual que yo, tocaba el violín, ciertamente con destreza hartado mayor. Solía llevarlo consigo a la escuela, y nuestro viejo rector le pedía con frecuencia que tocara; concretamente, recuerdo que le cantaba de viva voz un viejo toque de trompeta militar, que Edmund se veía precisado a interpretar con su violín innumerables veces, con cuya ocasión podía yo admirar una y otra vez la firmeza rítmica, el segurísimo ataque y en singular el "tempo" excepcionalmente rápido con que interpretaba él, vigorosamente, la breve melodía.

Estos eran, pues, Hans y Edmund, el uno decano jubilado hoy, el otro todavía en plena actividad como jurisconsulto, porque no permaneció fiel a la teología, para la que había sido destinado, sino que descubrió sus propias dotes y aficiones, y determinó, con gran espanto de su buen padre, estudiar leyes. Cuando su padre le preguntó, admonitoriamente: "¿Y en qué te fundamentas para saber si tienes o no talento de jurista?", replicó él expedito: "¿Y en qué te fundamentas tú para afirmar que tengo talento de teólogo?"

Y he aquí que un buen día, no por obra del azar, sino con cierta ayuda por nuestra parte, nos hallamos los tres viejos estudiantes de latín, el teólogo Hans, el jurista Edmund y yo, junto con nuestras mujeres, sentados este verano en una hostería de Maloja, ante una mesa con te, vino y dulces; y los tres mozos de cabeza blanca nos sentimos llenos de vida y de calor mientras charlábamos sobre el rector Bauer y nuestros años de vida escolar, intentan recordar nombres, figuras y sucesos de una época veinticinco años anterior a la primera guerra mundial, mientras nuestras esposas nos observaban con afectuosa atención y los desconocidos que nos rodeaban, por su parte, con curiosidad levemente burlona. Durante una hora entera celebramos una verdadera fiesta, una orgía de recuerdos, de piedad y de camaradería, en lo más mínimo influida esta última por el hecho de que la vida nos hubiese llevado por sendas muy diversas y alejadas y de que Hans y Edmund no se hubiesen vuelto a ver desde aquellos años escolares en torno a 1890. Por lo que respecta a la situación corporal, Hans se hallaba en un estado muy parecido al mío propio, perdida su antigua robustez y pronto a la fatiga apenas caminaba dos pasos; mas en lo relativo al espíritu todavía conservábamos ambos un poco de vivacidad y de alegría. Edmund, en cambio, estaba todavía robusto y ágil, animoso y curtido, y fue capaz al día siguiente, mientras nosotros tiritábamos bajo nuestros abrigos y chalecos de lana, de bañarse y nadar en las heladas aguas del lago.

Fue hermoso en verdad que lográsemos celebrar este reencuentro. Quedan muy pocos ya de aquel tropel de muchachos que peleamos antaño con el latín y el griego en aquel aire escolar sazonado con el humo de la pipa del rector Bauer o en el convento de Maulbronn, y celebramos competiciones de carreras y patinaje y batallas con bolas de nieve bajo la supervisión y arbitraje del mismo rector. Y apenas hubo dado fin nuestra entrevista, cuando una de esas cartas orladas de negro que con tan dolorosa frecuencia enturbian nuestro correo diario, me anunció la muerte de un camarada de aquel tiempo. Edmund había partido ya, conduciendo él mismo su automóvil, de retorno a Suabia. Hans, en cambio, permaneció unos días más en nuestra compañía; por dos veces más, fuimos a buscarle con objeto de dar un grato paseo en coche, y en

uno de estos paseos nos ocurrió nuevamente un pequeño y hermoso milagro que no quisiera olvidar.

El amigo Hans y su esposa no conocían el Julier, y nos propusimos ir hasta allá. Ascendimos, deleitosamente, por la clásica carretera del paso, contemplamos, más allá de la Silla de Fuorcla, cómo surgen las altas cumbres nevadas de la comarca de Bernina, haciéndose cada vez más elevadas y poderosas, vimos las verdes praderas donde pasta el hermoso ganado, los guardacantones rojos junto a la carretera; rodamos, ávidamente, en dirección a las columnas que marcan la cúspide del paso montañoso y hacia ese mundo primigenio y hosco de los muros rocosos, pelados pero ricos en hermoso colorido, de los ásperos canchales y los pedregales, visitamos el pequeño lago y al contemplar los preparativos militares para la obstrucción del paso alpino, no solo recordamos las luchas, ha largo tiempo concluidas entre las grandes potencias de antaño por el dominio de esta ruta militar, sino también las guerras vividas por nosotros, porque aquel día se celebraba el cuarenta aniversario de las primeras declaraciones de guerra del año 1914, y Hans habló con voz emocionada, no solo de lo insensato y criminal de estas dos guerras, sino, en general, de la tragedia alemana y de todo cuanto hubiese podido crecer y fructificar si en torno al meollo de la vieja y democrática Suabia se hubiese estructurado un "Reich" completamente distinto, no romano ni bismarckiano-prusiano, sino precisamente suabo. Por su boca, por la boca de aquel muchacho tímido y taciturno de antaño, hablaba no solo el historiador erudito e idealista, sino también el hombre que, junto con su esposa, ha sufrido terriblemente y ha perdido muchas cosas irreparables bajo el último e insensato kaiser y bajo el imperio del terror hitleriano. Precisamente por ello, no le planteé la pregunta que en otras circunstancias le habría planteado indudablemente: si acaso él y los suyos, en aquel año de la segunda elección presidencial en Alemania, no habían votado también por Hindenburg, y de este modo, con toda su buena fe, abierto las puertas al espanto que habría de seguir. No era posible plantear la pregunta, y hubiera sido, por lo demás, del todo inútil. También mis parientes mas cercanos, incluso mis propios hermanos, habían votado a favor del senil guerrero, y como consecuencia de ello, habían tenido que experimentar y padecer mayores desventuras que yo.

Rodamos lentamente montaña abajo, en dirección hacia el valle de Julia, Arve y Bivio, bajo los amenazadores murallones gigantes y un cielo de nubes agitadas y dramáticas, formando todo ello un talante muy propio de los Julier, que recuerda ora a Gaspar David Friedrich, ora a Grünewald, jugueteando entre los súbitos oscurecimientos y los repentinos y breves desgarrones de sol; una o dos veces creímos escuchar el lejano y débil tronar de la tormenta.

Llegamos, por fin, al valle, descendimos del automóvil, deambulamos por Bivio, dimos breve descanso a nuestros ojos en una hostería, mientras tomábamos el té, y emprendimos el viaje de regreso bajo una espesa capa de nubes y los primeros conatos de lluvia. No pudimos librarnos del intensísimo tráfico rodado y hasta hubo un punto en el cual se había concentrado una interminable fila de automóviles, detenidos tanto en dirección ascendente como descendente; en el medio, triste y abollado, un coche casi destrozado obstruía por entero la carretera, hasta que los automóviles obligados a esperar escupieron de su interior un número suficiente de hombres, que arrastraron a un lado al enfermo y dejaron libre la calzada. Al parecer, persona alguna había sufrido daño, y nosotros olvidamos pronto el accidente, porque con el día que se hundía poco a poco tras los montes, iban tornándose cada vez más imponentes y poderosas las montañas y el cielo, los tormentosos nubarrones y el clima de tempestad; diríase que huíamos, oprimidos y humillados por un inminente y amenazador derrumbe del universo.

Pero en medio de este hermosísimo y agreste entenebrecimiento sucedió, sorprendente, el bendito prodigio: ante nosotros se alzó, resplandeciendo, jugoso, en sus vivos colores, un hermoso arco iris completo. Apoyaba ambos extremos en las rocas y la fina grama, de la que parecía chupar el fresco y luminoso verde. Como una puerta abierta de par en par para una fiesta, alzábase ante nosotros creciendo por momentos en fuerza luminosa y en vigor de colorido. El amigo Hans, que iba sentado detrás de mí, puso su mano sobre mi hombro y dijo: "Mira, es una señal para nosotros; significa paz". Era la conclusión reconciliadora de nuestras anteriores meditaciones sobre las dos últimas guerras.

No pudimos conseguir atravesar por debajo de la luciente puerta de colores; el arco, visible ahora hasta el suelo, sobre ambas orillas del valle, se cernía y oscilaba ante nosotros, siempre al alcance de la mano, tan burlón como solemne, justamente delante, mas siempre imposible de alcanzar, y nos acompañó así durante toda la travesía del paso. Hans rozó una vez más mi brazo y cuando me volví hacia él, sonriendo, dijo: "La paz se cierne ante nosotros, nos sonríe, nos consuela, pero no podemos alcanzarla, no lograremos alcanzarla jamás."

¡Ay, esto de tener que hablar constantemente de la paz y la guerra, incluso allí donde se renunciaría a ello con gusto! De esa guerra tan minuciosamente preparada por doquiera, aunque deseada solo por unos pocos, y de la paz nunca preparada por nadie, y, sin embargo, añorada por casi todos... Parece cosa irremediable.

Nosotros, los literatos, poco podemos hacer en la lucha contra la guerra; ni siquiera a la poderosa Iglesia de Roma le ha sido dado, no solo limitarse a rogar por la paz, sino ayudar a realizarla en la práctica. Y no obstante esto, el espíritu y la palabra, poseen su propia fuerza invencible y con ella su permanente responsabilidad. Poseo un colega especialmente querido, uno de los más bravos y más dignos defensores de la palabra contra la estupidez y la terquedad de máquinas y cañones. Acabo yo de proponerle por segunda vez para el Premio Nobel: se trata de Martin Buber. Quiero cerrar esta carta con unas palabras tuyas, que os ruego leáis atentamente. Dicen así:

"La guerra tiene desde antiguo un contrincante, que casi nunca surge a la luz como tal, pero que lleva a cabo su obra en la oscuridad y el silencio: me refiero al lenguaje; el lenguaje consumado, el lenguaje del verdadero diálogo, en el que los hombres se entienden entre sí y se hacen comprensibles mutuamente. Está ya en la esencia de la guerra primitiva el que comience siempre, invariablemente, allí donde termina el lenguaje, esto es, allí donde los hombres no son capaces de dialogar entre sí sobre los objetos o circunstancias debatidos o de someterse al sencillo intercambio de pareceres, sino que rehuyen el mutuo diálogo para buscar en la mudez del mutuo homicidio una presunta decisión, algo así como un juicio de Dios; mas la guerra se adueña pronto del lenguaje y lo esclaviza al servicio de su torpe griterío guerrero. Pero allí donde el lenguaje, por tímidamente que sea, se deja percibir nuevamente de trinchera en trinchera, la guerra se convierte inmediatamente en algo dudoso y cuestionable."

FIN DE "CARTAS COLECTIVAS"